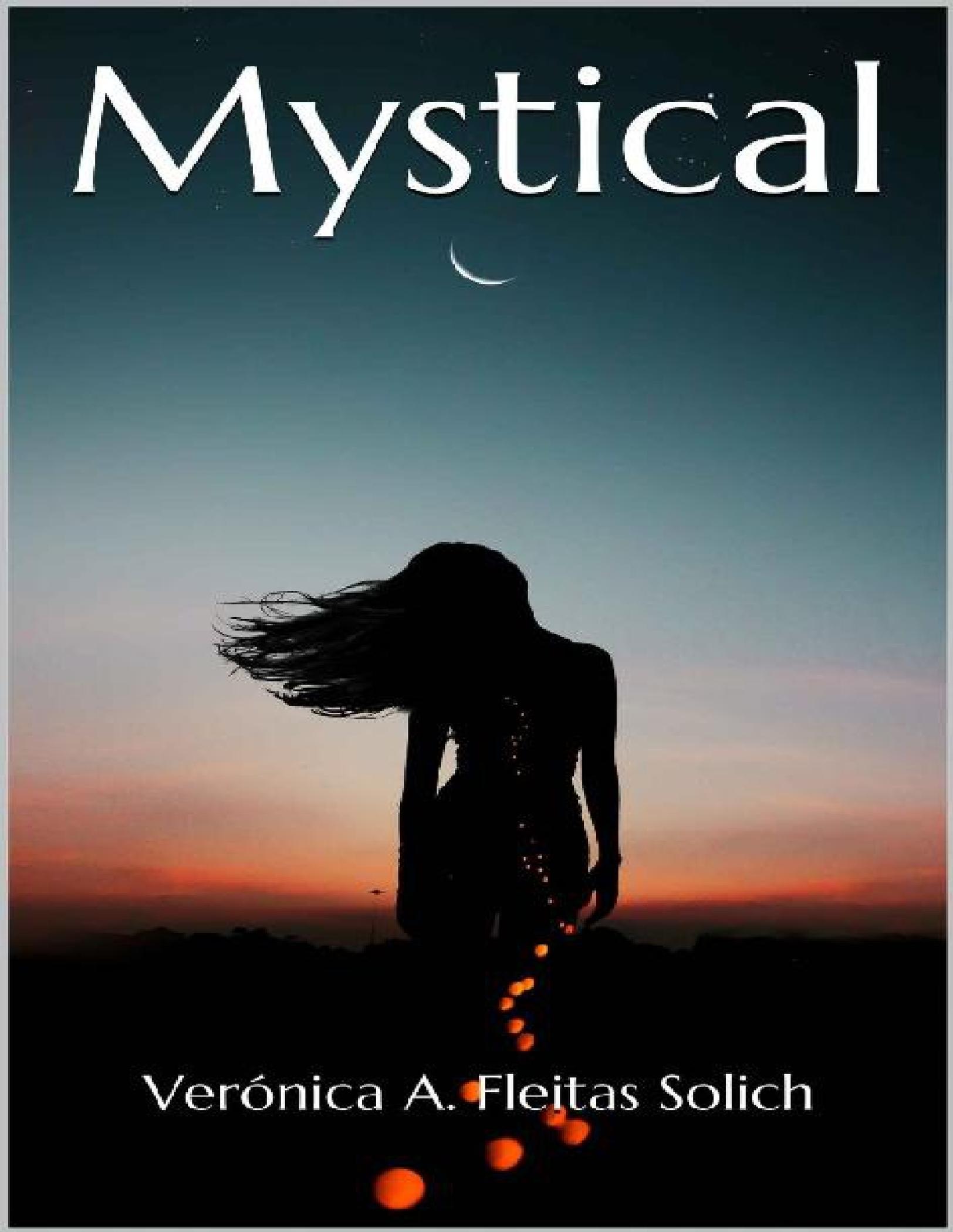


# Mystical

The background of the cover features a silhouette of a woman with long, flowing hair, standing against a sunset sky. A crescent moon is visible in the upper portion of the sky. At the bottom, a path of glowing orange lights leads towards the woman's feet.

Verónica A. Fleitas Solich

La magia ocurre cuando el pensamiento  
y el deseo están libres del pasado.

Ramtha



Ella está loca pero es mágica.

No hay mentira en  
su fuego.

Charles Bukowski

1. Cree en la magia que la magia

## cree en ti.

“Cree en la magia que la magia cree en ti”. Lidia solía repetir esta frase hasta el cansancio, entonándola para quien quisiera recibirla: sus clientes, el mundo... yo, en especial cuando me notaba de mal humor o demasiado silenciosa, cuando intuía que algo no muy bueno rondaba por mi cabeza o por el corazón.

Lidia siempre fue dueña de un instinto particular, o quizás influyese en gran parte, que me conocía demasiado bien y que presentía cuando la magia y yo no estábamos de buenas, cuando dejaba de creer en ella, o quizás fuese en la vida; esos días cuando mi piel ardía abrasada por las llamas y mi cabeza se ponía ciega, sorda y muda por el calor que me rodeaba, cuando en mi pecho no podía percibir más que humo negro y denso que me impedía respirar, que me ahogaba y que me hacía desear morir en un parpadeo.

Ahora acababa de soltármela porque me había pedido un favor. No era que me molestase hacerle favores, esto siquiera era en particular para ella, era que ese lugar jamás me agradó demasiado. Las aglomeraciones de gente nunca fueron mi fuerte, ni la música tan alta; me daba aprensión esa oscuridad interrumpida por rayos de luz azul con toques de violeta y esos rostros que parecían flotar sin cuerpo a mi alrededor.

El encierro tampoco me simpatizaba, siempre preferí sentir la brisa en la cara y si bien el espacio era enorme, le faltaban ventanas, y perder de vista el cielo me incomodaba tanto como podría molestarme llevar constantemente, una venda sobre los ojos.

Esas paredes negras y el encierro me traían malos recuerdos. Bien en realidad no estoy del todo segura de que fuesen recuerdos de mi vida sino sensaciones que me dejaban las pesadillas como las que tuve anoche y las que suelo tener casi todas las noches, por las cuales casi siempre termino en la terraza de mi edificio viendo la luz de las estrellas sucumbir ante la luz del amanecer, siempre acunadas por la corriente salada del mar y por su murmullo lejano.

No hubiese podido decirle que no aunque hubiese querido, aunque las manos no me sudasen ante lo que sabía que vendría.

Lo que menos me gustaba era tener que llevar mis cartas conmigo a ese espacio tan ajeno a mi realidad. Cada vez que las llevaba allí, las sentía vibrar en mis manos y no de alegría, no para nada. Sonará ridículo, un trozo de cartón no vibra por sí solo; yo de cualquier modo lo percibía.

Quizás fuese la magia recordándome que creía en mí aunque yo no creyese en ella, que aunque me encontrase a oscuras en aquel lugar tan ajeno a mí, ella no me abandonaría jamás.

Como fuese, a mis cartas, incluso manteniéndose a mi lado, en contacto con mi piel, no les gustaba aquel sitio. La gente allí no nos tomaba en serio, ellos no terminaban de creer en la magia y veían lo que yo hacía como un mero truco, diversión ligera que mañana probablemente no recordarían, que quizás siquiera les interesase recordar.

Lo desafortunado era que yo no olvidaba lo que las cartas decían en sus imágenes, menos que menos lo que me susurraban, y que yo no le decía a aquella gente que hacía preguntas porque sabía que ellos jamás se lo tomarían en serio. Ese lugar no era sitio para revelar la mayoría de las cosas que mis cartas dicen.

La persona a la que reemplazaría por la noche tenía cartas similares a las mías, sin embargo ella no sabía usarlas, no tenía la capacidad de leer lo que éstas ocultaban, con ella los mensajes se quedaban a medias sobre la mesa, mensajes que ella no veía.

El caso era que ella hoy no iría porque estaba enferma, y siendo noche de viernes no podían quedarse sin alguien que tirase las caras porque ese era parte del atractivo de lugar.

El Mystical era el club nocturno de unos amigos de Lidia, ellos tomaron el nombre de mi local, Lidia se los sugirió cuando lo fundaron tres años atrás aunque Jake ya me había pedido permiso para usarlo. Jake era uno de los amigos de Lidia, ella me lo presentó, salimos un par de semanas y al igual que muchos antes que él, huyó de mí asustado y abrumado. Jamás conseguí culparlo por terminar lo nuestro, por eso aún hoy continuábamos siendo amigos, bien, mejor dicho conocidos, él no faltaba a comportarse del modo más correcto y amable conmigo si embargo en lo más mínimo le interesaba enredarse una vez más con mis problemas, con mis locuras.

¿Cómo culpar a todos los demás por salir espantados si me espantaba a

mí misma?

La ciudad hoy había sido un infierno con tanto calor y humedad, y pese a que el sol había caído hacía rato, el aire continuaba sofocante.

Iba con las ventanillas abiertas porque el aire acondicionado de la reliquia que conducía no funcionaba. El movimiento de las estrellas en el cielo trajo un poco de brisa que tímida, intentó circular dentro de la cabina de mi automóvil detenido frente al semáforo. A los pocos segundos el aire volvió a quedar estático.

La ciudad ya palpitaba la noche, sobre todo en esta zona, que era una de las de moda y más caras de la ciudad.

Más arriba estaba plagado de mansiones con helipuertos y piscinas rodeadas de palmeras detrás de murallones altísimos que impedían que llegasen a sus terrenos miradas indiscretas. Aquí en las calles que me rodeaban abundaban los centros nocturnos, los bares de moda, los restaurantes en que un plato de comida valía lo que yo gastaba en alimentarme toda la semana; y a unas calles, las tiendas de diseñador más caras.

Nada de esta zona de la ciudad me gustaba.

Lidia adoraba todo en este lado, desde su gente hasta su moda y su música. Música que ahora sonaba a mi derecha porque un hombre joven, rubio y bronceado acababa de pararse junto a mi vehículo con su coche descapotable, el que probablemente debía valer un par de cientos de miles, y que resplandecía de plateado debajo de la luz del alumbrado público. Tenía la música a todo volumen e iba siguiendo el ritmo con la cabeza.

No pensé que fuese a fijarse en mi trasto amarillo con manchas de óxido sin embargo lo hizo, de repente giró la cabeza y me miró a la cara a través de mi ventanilla baja. Una media sonrisa de conquistador apareció en su rostro.

Tenía bonitos ojos; bonita mirada no, por eso aparte la mía cuanto antes, preferí evitarme la angustia y el dolor de cabeza de ver lo que esos ojos escondían.

El semáforo cambió de amarillo a verde y él fue el primero en arrancar haciendo rugir el motor de su vehículo; de hecho lo dejé alejarse a propósito

porque todo mi cuerpo se tensó y no daba señales de pretender alejarse. Sin duda hoy estaba sensible (más de lo que prefería estarlo y de lo que ameritaba la situación), eso se debía a que anoche apenas si había pegado en ojo por culpa de las pesadillas y me había tomado hasta el mediodía para que se me quitase el ardor de la piel y esa sensación de respirar fuego.

El dolor de cabeza se fue por la tarde cuando casi terminaba de atender a todos los clientes que tenían cita; después de eso, cerré mi Mystical y subí a casa a descansar.

Azrael se pegó a mí y casi tuve que meterlo en casa a empujones porque venía detrás mío, cuando salí. Ese gato se preocupaba por mí tanto o más que Lidia.

Con el intermitente puesto, doblé hacia la izquierda. El Mystical de Jake y sus amigos estaba apenas a una calle de aquí y mis manos decididas a evidenciar mis nervios, sudaban profusamente. En realidad todo mi cuerpo estaba pegajoso, inquieto y molesto.

El aire volvió a entrar en la cabina de mi coche y de cualquier modo no fue suficiente para refrescarme; al menos me ayudaba a meter un poco de oxígeno dentro de mis pulmones.

Llevaba dos horas intentando hacerme a la idea que no sería más que una noche cualquiera, que no tenía importancia, que ya había hecho esto antes y había sobrevivido a la experiencia sin mayores complicaciones, que antes del amanecer regresaría a mi vida sin embargo hoy me sentía, ni en lo más mínimo, en control de mi cuerpo; bueno, mucho menos de lo que conseguía controlarlo en un día medianamente normal.

Me pesaba una de esas malas sensaciones que dan ganas de dar la vuelta para regresar y esconderte en tu rincón seguro y si no lo hice, más allá de que le había prometido este favor a Lidia, fue porque tenía la impresión de que esta noche no quedaba lugar seguro para mí en el mundo.

Lo peor del mal presentimiento, de esta incomodidad era que me provocaba tanto miedo que siquiera me atrevía a hacer una tirada para averiguar qué sucedería.

Había veces –ocasiones semejantes ésta– en las que no me gustaba creer en la magia, en las que prefería que la magia no confiase en mí; deseaba dudase de mi existencia, que no me creyese digna de enseñarme sus

misterios... A veces la ignorancia puede tener gusto a un sabroso respiro, a la paz que no tenía ni nunca tuve.

El sonido que identificaba las llamadas que me realizaba Lidia, llenó el interior de mi automóvil; debía querer saber dónde me encontraba, si la dejaría plantada, si estaba hundiéndome entre mis mantas en mitad de una crisis o qué.

—Hola, Lidia, enseguida llego —le dije poniendo el manos libres del móvil—. Se me hizo un poco tarde, es todo.

Y así pasando frente a la fila de gente que esperaba para entrar en el Mystical, doblé en la esquina para meterme en el callejón en el que los dueños y algunos de los empleados que aquí trabajan, dejaban sus automóviles.

Hoy había mucha concurrencia y eso lo empeoraba todo —al menos para mí—.

—Qué bueno. Es que Jake recién me preguntó por ti. Es una noche importante y quieren tener todo bajo control. Todos los reservados serán ocupados para una fiesta privada y necesitan que todo salga perfecto. Carter está de un humor que ni te cuento; le ofrecí prepararle una tisana para sus nervios y ni te explico la mirada que me dedicó.

—Ese hombre vive de mal humor —le contesté entrando en el callejón.

—Sí concuerdo contigo pero hoy... bueno hoy está empujando sus propios límites. Parece que el cliente que organizó la fiesta pidió un champagne en particular y el repartidor se olvidó de traerlo. Los llamó hace media hora para que viniesen a entregarlos, amenazó con dejarlos sin trabajo a todos. Quedaron en que vendrían y todavía no aparecen. Está cómo loco. Casi mata a Henry cuando intentó hacerle una broma.

—Bueno, tranquila, yo ya llegué. Enseguida entro.

—Me alegro, una cosa menos. Gracias mi vida, te debo una grande.

—Sí, claro, claro —tironeé de las llaves para quitarlas del contacto.

—¿Te encuentras mejor?

—No es de mis mejores días —sacando el “manos libres” me llevé el móvil la oreja y recogí mi bolso. Arrepintiéndome de lo dicho, porque no

quería angustiarla, añadí—no te preocupes, se me pasará.

—Te prepararé un trago fuerte para que te recuperes.

—Lo que menos necesito ahora es alcohol —salí del auto—. ¿Qué pasa con esa fiesta privada? ¿Por qué es tan importante?

—¿Vienes entrando? Te veo en la puerta, esto vale la pena contártelo cara a cara. Cuando te lo diga no lo creerás; nos tiene a todos alterados.

—Ok, entro.

Supuse que se trataría de algún famoso y la verdad era que no tenía ningún interés en saber de qué se trataba pero a Lidia le encantaban estas cosas.

Su rostro apareció detrás de la puerta de la entrada que utilizaban los empleados y los proveedores, antes de que yo terminase de guardar las llaves del coche dentro de mi bolso.

—¡Amiga querida! —soltó extendiendo sus brazos hacia mí.

—No necesitas eso, ya estoy aquí.

—Si estás preciosa. Me encanta esa blusa.

Mi blusa negra no tenía nada de particular y ella ya la conocía, lo decía solamente porque se sentía culpable por hacerme venir. Incluso así y todo, la quería con el alma; que sería de mí sin ella. Le sonreí y le devolví el abrazo.

—Esa falda también me gusta. ¿Me la prestas mañana para venir a trabajar?

—Sabes que sí —le contesté soltándola—. ¿Qué pasa, quién vendrá esta noche?

—¿No te entusiasma descubrir quién es? ¿Sigues mal?

—Más o menos. Dime, vamos, cuéntame porqué es tan importante esa fiesta.

—Es un festejo privado.

—Sí, eso lo mencionaste.

—¿Adivina organizado por quién?

—Lidia que hoy no estoy para juegos, de verdad que no tengo ánimo para eso hoy —respondí después de entrar detrás de ella en el Mystical. La música sonaba aunque el lugar todavía se encontraba vacío. Britta la DJ debía estar probando sus consolas y el sonido ambiente.

—Es increíble, en mi vida pensé que fuese a conocerlo.

—¿Conocer a quién?

—Al hombre que es dueño de media ciudad, a ese al que le dicen “*El Señor*”. ¿Te suena?

A Patrick Reed lo conocía todo el mundo. Lo conocían hasta las piedras, y hasta incluso yo. En mi vida lo había visto, no solía mirar las noticias y no era común ver su rostro en los diarios aunque sí hablan de él en muchos artículos. El hombre al que llaman “*El Señor*” era dueño de media ciudad. Hijo de una latina que llegó a Miami en busca de trabajo al igual que muchos de los que rondábamos por aquí, supo hacerse una carrera en bienes raíces y otros negocios, y hoy movía millones y millones en emprendimientos inmobiliarios entre otros negocios.

El apellido Reed ya sonaba mucho por esta latitud antes de que apareciese él, o al menos eso me había comentado Owen un día. Los Reed eran una familia de dinero de la ciudad que había sido dueña de restaurantes, parques acuáticos, hoteles, y gigantescos y modernos edificios de oficina.

No era un secreto que el apellido de nacimiento de Patrick no era Reed sino Torres, el apellido de su madre quien fue madre soltera.

María Torres tuvo a Patrick aquí, él era hijo de un ciudadano estadounidense que jamás se hizo cargo de su título de paternidad. La historia que circulaba sobre él contaba que con Patrick de cinco años, María entró a trabajar en la casa de los Reed como empleada doméstica y el hijo mayor de la familia se enamoró perdidamente de ella.

María y Landon contrajeron matrimonio menos de un año después de conocerse y Landon Reed adoptó a Patrick formalmente incluso antes de que se consumase el matrimonio.

En la actualidad Patrick tenía cuatro medio hermanos, dos varones y dos mujeres pero si bien ellos habían amasado buena fortuna, no eran ni tan conocidos ni tan adinerados cuanto él. A Patrick se lo conocía por ser muy

corto de carácter, por lo poco dado que era a las presentaciones públicas y por el miedo que provocaba entre sus pares.

Incluso la gente de calle, el ciudadano común lo tenía como una suerte de entre dios y demonio. Todo el mundo sabía que cuando a ese hombre se le metía algo en la cabeza no había nadie que tuviese el poder de detenerlo, y eso mismo sucedió hacía tan solo dos meses. Patrick Reed estaba interesado en comprar unas tierras que eran propiedad de la ciudad, en las que se alzaban unos viejos edificios justo frente a la línea costera. El señor Reed planeaba construir allí edificios de categoría —como los llamaba él—. La historia sobre eso era simple: los vecinos que habitaban aquellos edificios organizaron movilizaciones y protestas; siendo toda gente de bajos recursos no tenían dónde ir una vez finalizasen sus contratos de alquiler. Eso poco le importó al señor Reed, y tampoco al gobierno de la ciudad. La venta de esos terrenos se consolidó y los edificios fueron vaciados hacía tres semanas, demolidos hacía dos.

En resumen: muchas personas lo admiraban porque quisieran ser igual de poderosos o tener el dinero que él tenía, y otros le temían por las mismas razones.

A mí lo único que me llegaba de él es su desidia porque sí tuve la oportunidad de ver en televisión, una mañana que desayunaba en el café de la esquina de mi casa, entrevistas que les hicieron a muchas de las familias que estaban por quedarse en la calle, entrevistas que sé que repitieron una y otra vez en todos los canales locales y que imagino que si él no las vio, al menos debieron llegarles comentarios sobre las mismas. Evidente que poco y nada le importó lo que padecía aquella gente.

Cómo fuese, no me interesaba en lo más mínimo conocer a ese hombre.

—¿No es eso increíble? Me muero por conocerlo —lanzó Lidia entusiasmada.

—Bueno la verdad es que no parece que sea muy buena persona. Viste lo que sucedió con los edificios frente a la playa.

—Agatha —Lidia me abrazó pegando su costado contra el mío—. ¿Viste alguna foto del sujeto en cuestión—. Me soltó para sacar su móvil del bolsillo de sus ajustados pantalones vaqueros plateados.

—Eso no es lo que importa —le contesté apartando el apuro incluso

antes de que tuviese tiempo para encenderlo—. Definitivamente no me interesa.

—Dicen que le gustan las rubias —acotó guiñándome un ojo, sin que dejásemos de caminar entre cajas de bebida, torres de sillas y mesas, altavoces y demás material que se guardaba aquí en la trastienda del local.

—Yo no soy rubia, tengo el cabello decolorado.

—Como sea, tienes una melena estupenda.

—Lidia, por favor.

—¿Cuánto tiempo llevas sola?

—Eso lo sabes muy bien.

—Owen...

—Lidia, no, por favor, hoy no. De verdad que no estoy para eso.

—Ayer cuando fui a tatuarme...

No le permití terminar.

—No deberías darle charla mientras trabaja.

—Fue él quien comenzó la charla. Ese hombre no puede hacer otra cosa que hablar de ti. Está muerto por esa bruja que lo hechizó.

—No soy bruja y no lo hechicé. Yo no te digo bruja. Sabes que no me gusta ese término.

—Lo mío no es como lo tuyo, por eso tengo que trabajar aquí.

—Trabajas aquí porque te gusta. Si quisieses podrías trabajar un par de horas más conmigo y no tendrías...

—¡Sí, ya, ya! Me gusta aquí, además lo que yo tengo no le llega ni a las suelas de los zapatos a lo tuyo. Llega de vez en cuando y se va sin decir adiós —se detuvo—. Hace un rato tuve un presentimiento.

Ya podía imaginarme qué tipo de presentimiento; tenía en sus ojos castaños una mirada pícaro y me sonreía con emoción.

—Caerá rendido a ti.

—Ni siquiera preguntaré quién —bufé retomando la marcha —porque

eso es absolutamente ridículo.

—Ese hombre hará que tus pesadillas desaparezcan.

—Eso sería un milagro y no lo veo capaz de eso. Primero quieres arrojarme a los brazos de Owen y al segundo a los de ese hombre. Lidia no tienes remedio.

—Y de cualquier modo me quieres.

—Sí.

—Gracias por venir. Jake también está muy agradecido —lanzó guiñándome un ojo.

—Será una noche larga.

—Valdrá la pena, no te preocupes, esta noche Jake prometió recompensarnos muy bien a todos. Quiere que todo salga perfecto.

—Eso si pueden resolver aquel asunto del champagne.

—Si sabe lo que le conviene, el proveedor estará aquí de un momento a otro. La que se dará no será cualquier fiesta, “*El Señor*” cerró un muy importante contrato para edificar en el terreno en el que demolieron los edificios, supuestamente hizo negocios con un ruso que nada en rublos; mucho más dinero del que juntan Patrick Reed y toda su familia. Las malas lenguas murmuran que con esto Reed duplicará su fortuna, y por lo visto eso le entusiasma, que yo sepa nunca antes había organizado nada semejante.

—Será tan solo una ridícula fiesta de esas que tienen como objetivo hacer un despliegue de derroches.

—Tú sabes que nada, siquiera el gesto en apariencia más insignificante es ridículo o falta de valor. ¿No eres tú la que dice que cada segundo de la vida cuenta para el siguiente, y para todos los otros que vendrán, que cada cosa dicha y hecha, modifica el futuro?

—Esta noche no modificaré el mío.

—“La rueda nunca deja de girar”, esa también es una de tus frases. Owen me la dijo hoy, ese hombre te idolatra y recuerda cada palabra que dices.

—Lidia, por favor.

—Es un magnífico tatuador y artista, es buen hombre, un gran padre, te

quiere, es tu amigo, cocina como los dioses, tiene su propio negocio, su casa, tiene perro, es ordenado, limpio, tiene los ojos verdes más hermosos que yo haya visto jamás, es dueño de un estilo impecable, un cuerpo que quita el aliento y esa barbita... —Lidia se mordió el labio inferior—. Es mucho más de lo que se pueda pedir. ¿Lo verás mañana, no es así?

—Sí, me dio la última hora.

—Podrían ir a comer a algún sitio bonito cuando termine de tatuarte.

—Lidia...

—Mira lo que hizo en mí—. Con cuidado Lidia despegó la cinta que sostenía la parte inferior del parche de papel film sobre su antebrazo, para enseñarme un tatuaje a colores de un bellissimo colibrí—. ¿No es absolutamente estupendo?

Me tomó un parpadeo enamorarme de aquel pequeño pájaro tatuado en la piel de mi amiga. Owen tenía una destreza suprema a la hora de captar la delicadeza en contraposición con la fuerza en cada objeto y criatura, a través de sus dibujos.

—Es precioso. ¿Y luego quieres endilgarme a un hombre que echó a la calle a ochenta familias y una veintena de octogenarios?

—No soy yo, fue ese presentimiento.

—Pues dile a tu presentimiento que hoy no estoy de humor para esto.

—Las cosas llegan a tu vida cuando tienen que llegar, no cuando tú quieres.

—Agatha —entonó Jake a modo de saludo apareciéndose en nuestro camino, saliendo del corredor que conducía a las oficinas de los tres socios—. Qué bueno ver que pudiste venir.

—Hola, claro, le dije a Lidia que vendría y aquí estoy.

—Es un alivio. Estás muy bella esta noche.

Jake no me dedicaba un cumplido semejante desde que salimos.

—Gracias.

Lidia hizo todas las muecas habidas y por haber. Este era el tercer hombre a cuyos brazos intentaba arrojarle esta noche, y la velada recién comenzaba.

—Sí que está bonita. Parece una hechicera o algo así. Estás muy etérea.

—Lidia no digas tonterías —solté carcajeándome.

—Te ves como una mezcla entre una gitana y un elfo.

—Es cierto —afirmó Jake y la melodía de su móvil nos interrumpió.

—Precioso maquillaje —me susurró Lidia mientras Jake cruzaba unas palabras con alguien al otro lado de la línea.

—Con algo tenía que taparme las ojeras que me salieron por culpa de no poder dormir.

—El champagne está en la puerta —exclamó Jake con entusiasmo, guardando su móvil otra vez en el bolsillo de su chaqueta.

—Me alegro.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias —le contesté mientras Lidia volvía a dedicarme todo un despliegue de muecas exageradas y ridículas, por detrás de Jake—. Creo que lo mejor es que vaya a prepararme —palmeé el bolso que colgaba de mi hombro. Aquí dentro cargaba mis cartas y algunas cosas que necesitaba para poder trabajar un poco mejor, cosas que aquí no encontraría y que necesitaba para tener un poco más de armonía en un lugar que solía ser puro caos.

—Sí, claro.

Di medio paso y Jake me detuvo.

—Escucha, no sé si Lidia te avisó. Esta noche es importante. Sabes que hay otras personas trabajando y que el nombre del lugar es más por... bueno, tú sabes que nuestro Mystical no es como tu Mystical. No necesitas ser tan profesional, la gente viene aquí a divertirse. No tienes que decir todo lo que ves allí, menos que menos si se te aparece Reed, no creo que quiera escuchar nada malo o nada demasiado serio. ¿Sí?

—Sí, claro, no hay problema—. Después de todo aquí jamás podía ser como era en mi Mystical. Sabía muy bien que la gente no venía aquí para eso.

—Bien, perfecto, acordado. Hasta más tarde.

—Sí, claro —le contestó Lidia.

—Otra vez, muchas gracias por venir.

—No es nada, Jake.

Jake se quedó viéndome un momento, me sonrió y después partió en silencio.

—¿Y a ese que le sucede?

—Y a mí me lo preguntas. No tengo la menor idea, Lidia. Es tu amigo.

—Sí pero está raro. Te vio y perdió la cabeza por ti otra vez.

—¿Acaso piensas dedicarte a ser casamentera? Es que compraste algún libro nuevo sobre hechizos para enamorar o algo así.

Lidia se rio.

—Contigo necesitaría mucho más que eso.

Definitivamente. El amor no era mi especialidad.

—Te dejo que tengo que prepararme.

—Sí. ¿Necesitas que te ayude con algo?

—No, estoy bien, conozco bien el lugar. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Nos veremos más tarde.

—Sí, te debo un trago fuerte.

—No, esta noche mejor agua.

Lidia puso los ojos en blanco y se alejó doblando a la derecha para dirigirse a su puesto de trabajo: la barra del Mystical la cual atendía con otras tres personas; y yo rumbo a mi rincón arriba en los reservados.

Por las escaleras me topé con un par de rostros conocidos a los que saludé.

Esta sería mi cuarta vez aquí para reemplazar a la chica que tiraba las cartas del tarot a la gente que venía a bailar y a pasarlo bien, pero en bastantes otras, las oportunidades en que vine en compañía de Lidia y otros amigos, incluso de Owen para pasar un buen rato. No era mi lugar favorito sin embargo cuando no tenía que hacer uso de lo que llevaba dentro de mi bolso, en medio de la locura de la música a todo volumen y de las luces cegadoras, lo sobrellevaba mucho mejor.

Comencé a subir las escaleras y a mí regresó la incomodidad que experimenté de camino aquí.

Mi piel se puso a arder otra vez pese a que aquí dentro el aire acondicionado aún podía disfrutarse porque la marea humana que esperaba afuera todavía no entraba. Cuando ingresasen, como siempre, no daría abasto y aquí comenzaría a hacer mucho calor.

Solamente para cerciorarme de que todo en mí estaba bien, me miré los brazos intentando disimular el gesto.

Las llamas de mi sueño de anoche, de ese sueño que me atormentaba una y otra vez desde que tenía uso de razón, se sentían de regreso sobre mi piel, quemándome, chamuscando mi carne, enviándome poco a poco al Infierno, torturándome por un delito que desconocía.

Continué ascendiendo por las escaleras, mas al igual que media docena de veces anoche, mis pulmones apenas si conseguían meter oxígeno en mi sistema. Lo único que percibía eran lenguas de fuego metiéndose por mi nariz para consumir mis pulmones igual que si inhalase carbones al rojo vivo.

A tres escalones de llegar arriba de todo, olfateaba humo, humo con un toque acre, ese humo que huele a una mezcla de madera quemada, tela y carne, ese nauseabundo olor que anoche me había hecho vomitar dos veces y quedar prendida del inodoro otras tantas.

El té que tomé en la tarde trepó por mi garganta y mi vista se nubló.

Creí que me desmayaría allí mismo, si hasta sentía mi cabello en llamas, ese largo cabello que me llegaba a la cintura y que tomado por el fuego me envolvía como una cortina asesina en mi sueño de anoche, al igual que todo lo demás.

Últimamente mi pesadilla se tornaba cada vez más vivida y lo peor de todo era que comenzaba a traspasar la barrera del sueño para obligarme a revivir aquello estando despierta, para tener que experimentarlo, como ahora, con una intensidad despiadada que me hacía dudar de si estaba despierta o dormida, y de qué era real y qué no.

—Agatha... ¿te encuentras bien? —me preguntó uno de los camareros que subía por la escalera. Yo le obstruía el paso.

Parpadeé un par de veces y el fuego desapareció de mis retinas

permitiéndome ver otra vez las paredes negras. Mi piel pasó del ardor al frío y se me puso la piel de gallina.

—¿Necesitas ayuda? —insistió el camarero cuyo nombre no conseguía recordar, porque apenas si sabía cómo moverme, cómo respirar. El mundo no se sentía igual que cinco minutos atrás. Ni el mundo ni yo éramos los mismos.

No podía precisar con exactitud qué era lo que había cambiado o debido a qué, simplemente sabía que era como si algo cayese, como si la división entre dos cosas hubiese desaparecido. Como si dos mundos distantes, dos realidades diferentes acabasen de colisionar.

Sacudí la cabeza pero mi cerebro era humo.

—No, estoy bien —mentí. Cada célula de mi cuerpo gritaba que me largase de allí para poner toda la distancia posible entre este sitio y yo, y eso quería, correr hasta mi coche y manejar lo más rápido posible, al menos hasta mi casa, para ocultarme allí, en mi cuarto, en mi cama hecha un ovillo junto a Azrael.

El miedo era tanto que me costaba lo indecible soltar la baranda de la escalera de la cual me aferraba.

—Ok... —se quedó viéndome—. ¿Subes? —inquirió algo fastidiado.

Tuve que obligar a mis dedos a soltar la baranda. Todavía atontada, solamente atiné a hacerme a un lado. Pensar en subir los pocos escalones que me faltan para llegar arriba era demasiado, bajarlos, todavía mucho más difícil.

El camarero subió y me tomó un momento para calmarme. No podía ni quería perder el control ahora. Lidia contaba conmigo, igual que Jake y no tenía ganas de decepcionarlos, menos que menos de verme en la obligación de explicar el por qué de mi fuga. Sabía que Jake no querría escucharlo, a él cuando estábamos juntos le costaba mucho aceptar que esto me sucediese, de hecho jamás fue fácil para él procesar quién era yo, y hacerle frente a lo que implicaba convivir conmigo.

Con Lidia sería todavía peor porque ella lo entendía, al menos en parte, o hacía todo su mejor esfuerzo por entenderlo, y por eso se preocupaba tanto, porque sabía perfectamente lo mucho que a mí me afectaba esto.

Cerré los ojos un segundo y lo único que conseguí, fue ver las llamas trepando por mis piernas.

¡No podía rodearme otra vez!

La música que cayó a mi alrededor con un estruendo ensordecedor, me arrancó de mi pesadilla.

Escuché a Britta pedir disculpas una y otra vez, alzando la voz luego de que el amplio espacio del club quedase en silencio.

Las llamas se extinguieron una vez más.

Me repetí un par de veces que todo iría bien, que las horas pasarían rápido y yo regresaría a casa sana y salva, que dormiría en mi cama con Azrael, que mañana trabajaría atendiendo las citas que tenía marcadas, que vería rostros conocidos y que pasaría tiempo entre mis piedras, mis hierbas y todos los objetos maravillosos de mi tienda para luego, al caer la noche, ir al local de Owen a hacerme un nuevo tatuaje.

Poco a poco el mensaje caló en mí y conseguí ascender un escalón, otro y el último para encontrarme con lo que solían ser los oscuros reservados de aspecto siempre un tanto tétrico, teñido de blanco.

Las paredes continuaban negras, en cambio los sillones morados de siempre habían sido reemplazados por unos blancos, las mesas en vez de ser las mismas negras de siempre era unas plateadas sobre las que había cuencos con agua dentro de los cuales flotan partículas plateadas.

Del techo colgaban unas esferas blancas de papel plegado. Había más luz que de costumbre, mucha más porque por todos lados pendían farolillos blancos con unas bombillas que titilan de dorado dentro.

Había flores en gigantescos floreros de cristal. Azucenas que perfuman todo otorgándole al espacio un perfume suave y casi angelical. Si cerrabas los ojos e inspirabas hondo podías imaginarte en un páramo mágico y fragante casi como de una película de fantasía. Eso mismo me sucedió cuando parpadeé y mis ojos cedieron a la vista para permitirle a mi cerebro ver.

Abrí los ojos una vez más.

Este no parecía el mismo Mystical de siempre. El lugar estaba simplemente irreconocible.

Me moví un poco más por los reservados observando trabajar a un batallón de gente que traía más sillones y banquetas altas, que acomodaban copas de cristal sobre una repisa transparente.

En un rincón detecté cuatro de baldes de zinc llenos de hielo y botellas con bebidas.

Incluso y para mi sorpresa, reparé en que habían abierto dos de las cuatro salidas de emergencia que daban a la terraza para disponer fuera, a la luz de la luna y la brisa que llegaba del mar, unas zonas de estar con sillones blancos y unos techos de telas blancas cruzadas que iban y venían de columnas plateadas adornadas con guirnaldas de luces.

Por lo visto Reed tenía el suficiente peso y dinero para encargarse y pagar todos estos cambios en la decoración.

Los únicos dos rincones de los reservados que permanecían intactos eran el pequeño altar con un Buda, rocas energéticas y otros objetos simbólicos a un lado, y en el otro extremo, el rincón que ocuparía yo esta noche: un cubo negro con un telón violeta por detrás, la aparatosa butaca negra de capitoné y la mesa cubierta con la pieza de terciopelo negro que arrastraba por el suelo, coronada por un bola de cristal soportada sobre unas garras de madera debajo del único haz de luz que iluminaba el lugar.

Todo el espacio salvo aquella caja negra, era luz. La luz que yo no había tenido nunca y ciertamente menos que menos hoy.

El detalle me incomodó muchísimo. Si es que desde ya podía sentir las miradas de la gente que asistiría a la celebración, clavada en mí, observando a aquella extraña mujer de larguísimo cabello casi blanco, maquillada con abundante sombra negra sobre la piel muy blanca, vestida de negro con una blusa de breteles sobre hombros flacos, y una larga y abultada falda que Lidia tenía razón, parecía de gitana, con mi piedra de turmalina negra, mi *figa* y el resto de mis amuletos colgando de una cadena en mi cuello.

Yo con mis anillos, mis pulseras y mis tatuajes. Con estos ojos oscuros que nadie en la familia jamás tuvo idea de dónde heredé. Imaginaba que si estuviesen a mi lado, más les preocuparía averiguar de dónde heredé lo que soy. Bien, en realidad siempre les interesó más procurar quitarme aquello extraño e inexplicable en mí, que averiguar de dónde había salido. Lo malo era que esto “extraño e inexplicable en mí” no se quitaría, lo intentamos con

medicamentos, con terapia, con hipnosis, intenté no escuchar lo que a veces me llegaba a gritos, procuré reprimirlo y fue peor. Siempre se había notado, lo quisiese yo o no, tanto como se notaba entre el blanco de la decoración, el cubo negro hacia el cual avanzaba.

Sabía que no debería estar aquí. Lo presentía con cada célula de mi cuerpo, tenía la certeza de que todo iría a peor en cuanto sacase las cartas de mi bolso para acomodarlas sobre la mesa, cuando llegase a sentarme en la butaca que parecía el trono de la mismísima muerte. Lo percibiría en cuanto entrase en la penumbra de aquel lugar.

Debería irme antes de que fuese tarde y sin embargo coloqué mi bolso sobre el sillón, extraje el mazo de cartas envuelto en la seda lila y lo deposité así cerrado sobre la mesa. Escondí mi bolso debajo ésta y tomé asiento. No pensé en sacar el resto de las cosas que allí cargaba, no las necesitaba, estaba demasiado susceptible, demasiado receptiva y de paz, no encontraría ni el más tenue rastro así me fugase a una playa desierta. La calma quedaba fuera de todo pronóstico esta noche.

Erguí la espalda e inspiré hondo procurando encontrarme a mí misma entre tanta turbación.

Al posar ambas manos sobre las cartas lo percibí, la magia creía en mí y ojalá no fuese así.

## 2.

## Profundo.

No me gustaba ver el modo en el lugar, poco a poco, iba llenándose de gente y de ruido. De cualquier manera no eran ni las voces ni la música lo que me aturdía; lo que eran estas personas, lo que sentían, lo que pasaba por sus cabezas y sus corazones, eso me afectaba.

Podían continuar pasando por delante de mí fingiendo no verme. Había quienes se atrevían a mirarme de reojo; más allá de eso nada, no eran capaces de verme directo a los ojos, a posar por demasiado tiempo, su atención en mí, menos que menos tenían coraje de acomodarse en la silla al otro lado de mi mesa. Esto era común, cada vez que reemplazaba a la chica que solía hacer este trabajo, la silla al otro lado de la mesa acostumbraba permanecer vacía casi la totalidad del tiempo. Con ella solía ser un desfile de gente que quería preguntar cosas sobre su vida a las cartas, incluso formaban fila para descubrir lo que éstas tuviesen para decirles.

No todo el mundo se atrevía a la verdad, a saber lo que ya sabían o suponían. Muchos de nosotros somos capaces de anticipar cosas que sucederán sin embargo no somos muchos los que prestamos oídos a ese mensaje que viene desde lo profundo de alguna parte que no está dentro de nosotros, o quizás sí, quizás sea un espacio compartido.

Sin importar dónde se ubicase esa profundidad a veces el mensaje asusta tanto que preferimos no escuchar, no ver, no sentir.

Así de asustada estaba yo, porque eso profundo dentro de mí repetía que no debí venir.

Llevaba más de una hora aquí sentada observando a este gente que prefería no verme y todavía no lo veía a él, a quien organizó la fiesta. Identifiqué el momento de su llegada, se armó un tumulto de gente, hubo aplausos y silbidos de aliento, una marea de gente que se abalanzó sobre la escalera para recibirlo; cortejo que me impidió verle la cara puesto que se pegaron a él cual sequito fiel dispuesto a rendirle pleitesía. A él y a su nuevo y muy adinerado socio, supongo. Los dos por igual debían estar siendo adulados esta noche.

Si bien no tenía especial interés en conocerlo, deseaba descubrir qué impresiones me dejarían su presencia. Tanto decían de él que era difícil decidir quién podría ser en realidad más allá de las máscaras.

¿Tendría remordimientos por haber dejado tanta gente en la calle? Y si era verdad en que realidad no le gustan este tipo de situaciones públicas, ¿se sentiría tan incomodo como yo ahora?

Debería irme a casa, debería irme a casa ahora, no tenía sentido quedarme aquí más tiempo, nadie aquí quería saber nada de mí. Si incluso al mirar el

mazo de cartas sobre la mesa sabía que ellas no estaban a gusto con la situación. Mi presencia en este sitio no tenía razón de ser.

—¿Cómo va eso? —lanzó Lidia sobresaltándome.

Al alzar la vista del mazo de cartas la vi acercándose con un vaso lleno de un líquido entre verde y turquesa.

—Debería irme.

—No, ¿por qué? Si la noche recién empieza. Bébete esto y en un momento te sentirás mejor.

—Sí bebo eso en un momento estaré borracha. Hoy apenas si comí y además debo conducir a casa.

—Sí te quedas toda la noche, para cuando acabes —añadió señalando el vaso con la cabeza, el cual dejó sobre la mesa —lo tendrás en los pies.

—No gracias, es en serio, prefiero no beber.

—Anda, te relajarás. ¿Todavía no aparece ningún cliente?

—No y dudo aparezca alguno. A esta gente no le interesa lo que yo tenga para decir y la verdad es que no estoy segura de querer decir mucho. No es una buena noche, Lidia y preferiría irme a casa.

Una ola de frío me cubrió en el exacto momento en el que vi la cabeza del hombre aparecer sobre el hombro derecho de Lidia.

—¿Está ocupada?

Tenía el cabello castaño claro y ojos un tanto rasgados y claros. Por el acento de su inglés resultaba evidente que norteamericano no era, mucho menos latino.

Lidia se apartó y entonces nos miramos directo a los ojos.

A veces preferiría no ver con tanta claridad. Fuera lo que fuese que allí se veía, porque no era que estuviese viendo una película ni que leyese un mensaje escrito en un papel, a la perfección adivinaba que no era bueno. Por eso el frío, por eso la angustia y la incomodidad.

—No señor, ella no está ocupada. Los dejaré solos.

El hombre la miró por un segundo y acto seguido volvió a fijar sus ojos

en mí.

—¿Podemos conversar? —preguntó tomando el respaldo de la silla frente a mí, con una de sus anchas manos. El resto de su cuerpo también lo era. Vestía elegantemente, y el reloj en su muñeca gritaba a los cuatro vientos lo costoso que era.

—Claro —le contesté alzando el vaso en dirección a Lidia. Sabía muy bien quien era este hombre y lo que sucedería a continuación, y esa bebida no tenía cabida aquí.

A Lidia le tomó menos que un parpadeo desaparecer.

—Lleva mucho rato aquí sola —entonó tomando asiento—, estuve observándola con mucha atención. Su presencia aquí fue una grata sorpresa; intrigante también. Con detalles así, uno no se topa todos los días.

La mirada límpida y leve que me dedicó se sintió como el suave tacto del algodón de azúcar. Percibí una alegría que no era mía, una alegría casi infantil que me llegaba desde la persona frente a mí. Imaginé un recuerdo feliz de la infancia, uno de esos momentos preciados que duran para toda la vida.

Por alguna razón, en este instante, el hombre frente a mí revivía un preciado recuerdo.

—¿Tiene un don de nacimiento? —me preguntó interrumpiendo esa dulce llegada de luz dorada que me hizo sentir más a gusto (al menos por un par de segundos).

Asentí con la cabeza y en silencio, tomé las cartas. Como mínimo podría decir que este hombre era extraño; no de un mal modo; todo él cargaba una intensa mezcla de tonalidades en su ser. El modo en que me miraba tampoco me caía del todo bien y no porque me mirase de mal modo, si no porque en realidad estaba viéndome, viéndome a mí y no conseguía determinar qué pretendía decirme con su mirada.

—Mi abuela materna también tenía un don de nacimiento.

Allí como una de burbuja de jabón que explota, retumbó a mi alrededor el brillo dorado de aquel recuerdo feliz.

No sé cómo, sus manos llegaron a posarse sobre las mías, cálidas y mas

livianas de lo esperable pese a su tamaño, y entonces lo percibí con todavía más claridad, el futuro de este hombre estaba teñido de oscuro, no veía nada, nada de nada en él más que dulces momentos del pasado a los que parecía pretender aferrarse para así, no desprenderse de la vida. Más allá de los recuerdos, el vacío era total y sabía que las cartas me confirmarían exactamente eso si él me permitía desplegarlas de sobre la mesa.

Intenté quitar mis manos de debajo de las suyas para hacer mi trabajo; no me lo permitió, sus manos no se movieron de sobre las mías.

—Usted no las necesita —dio unas palmaditas sonriéndome para finalmente apartar sus manos—. Quiero escuchar lo que usted tenga para decirme, no las cartas. Es una noche importante, una época importante en mi vida. Muchos cambios se suceden.

—Lo sé —fue lo único que atiné a contestarle porque no quería decirle que un cambio todavía más rotundo aparecía por delante en su existencia.

—¿Sabe quien soy? —inquirió con una mirada y una sonrisa de picardía infantil.

—El nuevo socio del señor Reed —articulé con dificultad—. No me lo dijeron las cartas. Lo supuse.

—Andrey Vorobiov, para servirle —tendió su mano hacia mí.

—Agatha.

—¿Es ese tu verdadero nombre Agatha o...? ¿No hay apellido?

—Disculpe señor Vorobiov, no necesita saber nada más de mí.

—Yo creo que sí, usted está a punto de meterse en mi vida. Supongo que me merezco un apellido. Al menos un nombre verdadero.

—Señor Vorobiov pregúntele a las cartas lo que quiera saber—. Ver este tipo de cosas jamás resultaba agradable, verlo en un ambiente en el que la gente pasa por tu lado con una sintonía mental tan distinta no hacía más que ponérmelo más difícil.

—Le dije que quiero saber lo que tenga usted para decirme y no sus cartas —adelantándoseme envolvió las cartas en el paño de seda lila—. Mi abuela las usaba cuando quería tomar distancia de lo que tenía para decir. No suele ser fácil sobrellevar un don de nacimiento, lo sé. Mi abuela me hablaba

mucho de eso, ella decía que a veces era como tener dos corazones , cuatro pares de oídos y ojos en la nuca; demasiado abrumador para el cerebro de un ser humano.

No, no era sencillo y no pude más que darle toda la razón del mundo a la abuela de Andrey Vorobiov. No lo era y por eso me mantuve en silencio, por solía mantenerme en silencio permitiéndole a las cartas hablar.

—Vamos, haga un intento, después de todo si el destino y yo tenemos una cita marcada, me gustaría poner en orden mi agenda. Soy un hombre muy organizado —acotó sonriendo y yo no conseguí secundar su sonrisa, no pude encontrar dentro de mí nada con qué crear una.

—Señor, creo que lo mejor es que esta noche le permita a las cartas hablar. No es una buena noche para mí.

—¿A qué le teme?

—Perdón, cómo dice.

—La preocupación se lee en usted, no seré mi abuela...

—Estoy bien, señor Vorobiov —involuntariamente me removí sobre mi silla.

Después de adelantar su silla, clavó los codos sobre la mesa y me miró directo a los ojos sonriéndome

—Llegué a donde llegué porque usualmente no suelo pasar por alto cuando la gente me engaña y me miente. Le exijo que me diga lo que ve. Usted se guarda algo y me gustaría mucho saber qué es.

—No tiene que ver con usted. Tengo una mala noche, se lo dije.

—Ayudaría que le diga que tengo un mal presentimiento.

Tragué en seco. Yo también tenía un mal presentimiento.

—¿Trabaja solamente aquí o tiene otro sitio en el que podríamos vernos?

—De hecho este no es mi lugar de trabajo. Estoy aquí por casualidad reemplazando a alguien.

—Podría hacerle una visita mañana por la tarde.

—No creo que...

—Cada vez que se niega usted, me siento más seguro de mi necesidad de escuchar lo que tenga para decir. Y Agatha... las casualidades no existen.

Mi corazón se lanzó a latir a la velocidad de la luz. No quería escuchar ni lo que él tenía para decirme, ni lo que yo tenía para decirle.

La muerte no me asustaba, me asustaba el dolor, la maldad, la sangre fría que pueden tener algunos seres humanos, lo despiadados que pueden llegar a ser. No creía que Andrey Vorobiov fuese despiadado, no era él, era lo que lo rodeaba, era esa sombra negra que no me permitía ver absolutamente nada.

—Andrey.

Su nombre entonado por una voz mansa y al mismo tiempo potente y densa, sin duda con mucho carácter, hizo que saltase de mi silla; las llamas que aparecieron a mi alrededor, que acabase pegada al telón púrpura detrás de mí.

Era la voz, las llamas que me rodeaban otra vez, el calor que quemaba mis piernas, mis brazos, mi cabello, era el humo que me asfixiaba con ese vaho nauseabundo, y la sensación de abandono; una tristeza inconmensurable que mataba mi corazón como una destructiva peste. Mi corazón se partió una vez más, porque esa tristeza era el producto de una combinación fatal: amor y odio; tanto de ambos que no sabía qué percibir primero o a quién hacerle caso. Eso profundo dentro de mí gritaba señales de alerta, alterando hasta el último de mis pensamientos.

No quería morir así, no quería perecer por culpa de una alucinación en medio de un club nocturno. Que sucediese en mis pesadillas era una cosa; que me ocurriese estando en público, algo muy distinto. Además de todo sentía vergüenza, no por estar reaccionando así de un modo que nadie jamás podría comprender, era vergüenza por algo que no entendía, me sentía culpable y tenía la impresión de que la culpa se leería en mi piel haciéndome desear esconderme.

Era como si supiese que alguien siempre me creyó culpable y no podía desprenderme de eso pese a que por años lo había intentado. Llevaba gran parte de mi vida esforzándome por explicar a no tenía idea quién, que no era responsable de ese algo que siquiera sabía que había hecho, lo cual resultaba por demás frustrante. ¿Cómo pedir perdón por algo que no sabes qué es?

Necesitaba largarme de aquí.

—¿Agatha?

Y así con la voz de Andrey Vorobiov las llamas, y el humo desaparecieron y me vi a mí misma parada en esta ridícula posición frente a dos hombres, el de nacionalidad rusa y alguien a quien no conocía.

Alguien con ojos de tigre de un verde acuoso y salvaje como el de aguas perdidas en mitad de un páramo de exuberante vegetación, vegetación en la que ese mismo tigre podría esconderse para cazar y devorar a su presa, si incluso ese verde estaba tintado de manchas rojas que mi hicieron pensar en sangre.

Demasiada bravura—pensé.

El hombre tenía la piel bronceada, una abundante cabellera negra y barba poblada de canas; era joven sin embargo algo en él decía otra cosa. Guapo, de eso no quedaba la menor duda, tenía facciones muy masculinas y debajo del traje negro que llevaba, saltaba a la vista que el sedentarismo no era lo suyo; eso aquí no era remarcable, todo el mundo como mínimo, salía a correr.

Olía bien y tenía bella voz pero no me gustaba, y tampoco me agradaba antes de conocerlo en persona.

—¿Todo bien, Andrey?

—Sí, Patrick. Muy bien, me encuentras aquí conversando con Agatha — le contestó señalándome.

Ni la menor duda. El señor Reed en persona quien moviendo sus ojos hasta mí me dedicó una muy explícita mirada de desdén.

—Patrick llegó alguien que quisiera presentarte —entonó el recién llegado, un hombre joven, debía de tener veinte pocos años, de cabello de un rubio ceniciento y ojos azules—. Es importante —añadió rodeando los hombros de Reed con uno de sus brazos—. Señor Vorobiov... ¿Todo está en orden?

—Yo estoy perfectamente bien, Tommy. Tu hermano escogió un lugar estupendo para celebrar la firma de nuestro contrato, acabo de tener el gran placer de conocer a esta señorita. ¿Conoces a Agatha?

Uno de los medio hermanos de Patrick Reed, supuse. Me quedé un largo segundo buscando similitudes entre ambos, resultó difícil encontrarlas.

Tommy era tenía la mirada más liviana, la sonrisa más fácil.

—No. Hola. ¿Tiras las cartas del tarot, no es así? Te vi de pasada.

—Así es —contestó Vorobiov adelantándoseme—. ¿Patrick quisieras que Agatha te lea tu futuro?

—No, no creo en esas cosas. No se ofenda —comenzó a decir sin mirarme a la cara —esas cosas siempre me parecieron una tontería. Cosas para gente con poco cerebro. Prefiero usar la lógica.

Vorobiov estalló en una carcajada.

—¿Lógica? Mi amigo, la mayor parte de las cosas de la vida no tiene lógica. ¿Sabías que al igual que la dama aquí presente, mi abuela tenía un don de nacimiento?

La mirada de Patrick Reed pasó fugazmente sobre la mía para luego perderse otra vez sobre el espacio vacío que quedaba por encima de las cabezas de la gente que bailaba, entre la primera planta y el techo muchos metros por encima de nosotros.

—No, y no te ofendas, Andrey, es que no creo en eso.

—¿Eso? ¿No crees en los seres humanos?

—No es una cuestión de seres humanos.

—¿Agatha no es un ser humano? —articuló Andrey girando su cabeza hacia mí para sonreírme—. Luce como un ser humano, como uno muy bello. ¿Qué crees que esta joven mujer tan bella, sea?

—No creo en la brujería.

—¿Brujería? —Andrey se carcajeó otra vez—. Bien, bien, llámalo como gustes. En ocasiones la gente utiliza términos que cree despectivos para definir y nombrar cosas que no entiende. Lo que posee Agatha y lo que poseía mi abuela es simplemente un sentido más, un sentido que muchos de nosotros no alcanzamos a desarrollar jamás. Ella creen en la magia al igual que mi abuela.

Ni bien soltó eso, mis piernas temblaron. No comprendí por qué, me llevaron por delante las ganas de llorar, las ganas de llorar por Andrey Vorobiov.

—Bueno, ellas se definen como brujas —escupió Reed haciendo un ademán con la mano en mi dirección, otra vez, sin tomarse la molestia de mirarme.

—No soy una bruja —fue lo único que atiné a decir. No necesitaba pasar por esto una vez más, ya sumaba suficientes en mi recuerdo, y a decir verdad no pensaba aceptarlo de alguien que siquiera tenía la decencia de mirarme a los ojos.

—Siéntate aquí —Andrey se puso de pie—. Ven aquí y permite que Agatha haga lo suyo—. Vorobiov tomó a Reed por los hombros apartando a su hermano y lo obligó a sentarse frente a mí, ocupando el que hasta ahora fuese su lugar—. No uses las cartas, Agatha. Por favor —dijo viéndome directo a los ojos.

—Pero es que...

—Seguro puedes hacer esto por mí, ¿no es así? Por tu amigo Andrey —acotó sonriéndome.

—¿Ustedes dos se conocen? —quiso saber el medio hermano de Patrick.

—Ahora sí —le respondió Vorobiov—. Anda, Agatha, dile algo.

—No puedo si el señor Reed no quiere.

—Claro que quiere. Solamente tiene miedo.

—¡No tengo miedo!

Ante su exclamación mis células se alteraron. Pude despegar la espalda de la pared pero no me atrevía a regresar a mi silla, no quería aproximarme más a ese hombre que no deseaba tener nada que ver conmigo.

—Agatha, toma asiento por favor. Vamos, los dos que si estamos aquí por una razón será. No desperdiciemos la oportunidad —Andrey rodeó la mesa y llegó a mí—. Tú te sientas aquí —al igual que como hizo con Reed me tomó por los hombros para obligarme a ocupar la silla—. Y tú... —miró y apuntó con un dedo a Patrick —permítele hacer su trabajo.

—Pero yo no quiero...

Andrey no le permitió terminar la frase, tomó la muñeca izquierda de Reed y tiró de su brazo en mi dirección al tiempo que con su otra mano

tironeó de mi mano derecha. Sin previo aviso puso su mano sobre mi palma y fue igual a que si alguien atravesase mi corazón con un hierro caliente. Sonaría ridículo lo sabía, de cualquier modo lo ridículo que pudiese sonar no alcanzaría jamás para opacar lo que sentí a continuación. Algo así como si una catarata de sangre tibia comenzara a emanar de mi pecho para humedecer mi torso, mi vientre, incluso la sentí acumularse sobre mis muslos empapando mi falda, chorreando hasta el suelo, formando un charco alrededor de mis pies. La sangre me dio asco sin embargo nada tan terrible cuanto el dolor en mi pecho.

Reed me miro directo a los ojos, fijo, por más de dos segundos por primera vez permitiéndome verlo.

Mi mano se cerró alrededor de la suya.

Así, entre piel y miradas, conseguí atrapar esa parte de él que normalmente no se ve, que el resto de la gente, que la gente común no consigue ver ni percibir.

El vacío y la oscuridad en Andrey no tenían ni punto de comparación con los que cargaba Reed muy profundo dentro de sí. No me quedó más que darle la razón a mi instinto por hacerme saber que este hombre no me gustaría. Su oscuridad, la densidad de su interior me asustaron de verdad, no por él como me sucedió con Andrey. No era miedo a lo que pudiese sucederle a Reed sino a lo que pudiese sucederle a las personas que lo rodeaban, lo que le sucedía a las personas que lo rodeaban. Un alma oscura, un alma perdida que estaba impregnada de cosas que debió liberar, de todas esas cosas que la mayoría de los mortales dejamos partir para así poder seguir viviendo sin consumirnos por dentro en tristezas, amarguras y malos pensamientos.

Quedaba claro que Patrick Reed no dejaba partir todas aquellas cosas. Intencionalmente o no, las acumulaba en su interior. Podía haber mandado a blanquear el espacio de los reservados con toda aquella decoración sin embargo su interior era tan negro como este rincón en el que nos encontrábamos ahora.

Reed parpadeó. Lo sentí inspirar hondo y contener el aliento. Fijó otra vez la mirada en mí, sostenida, implacable, ya sin duda, cargada de desafío; su mano continuaba tensa en un puño sobre mi palma.

Su carne irradiaba una enorme cantidad de calor tal es así que mi palma

empezó a sudar una vez más. Terminaría la noche agotada de tanta ansiedad.

Me tocó a mí, el turno de inspirar hondo. El aire que entraba en mi nariz olía a humo otra vez y a nuestro alrededor no ardía ningún incendio.

Pese a todo me concentré en intentar divisar alguna cosa dentro de su oscuridad, todo el mundo tiene su punto de luz aunque se rehúse a enseñarlo.

Bueno, quizás no todo el mundo.

Di vueltas dentro de Reed buscando, sin saber qué; al menos una punta, un gesto.

No vi nada. Lo único que alcancé a percibir y muy fugazmente, fue una situación de conflicto, un problema grave, un quiebre. Entendí que no tenía que ver con un problema de salud.

Vi su vida enredarse en círculos una y otra vez, y sentí que él carga una gran pérdida acompañada de un remordimiento tan pesado que apenas si quedaba espacio para otra cosa en su corazón.

Todos somos complicados, todos tenemos nuestra cuota de problemas, una maleta que cargamos de aquí para allá; el equipaje de Patrick Reed debía pesar toneladas, siglos.

En mi vida estuve frente a alguien tan atribulado, tan enojado con la vida, tan dolido y al mismo tiempo tan plantado sobre sí mismo decidido a no rendirse, a pelear por sus objetivos sacrificando lo que fuese necesario sacrificar, incluso si eso implicaba perder una parte de sí mismo. Es que esa fue la impresión que me dio, que Patrick Reed había perdido partes de su persona en el tiempo en que llevaba en este mundo.

Se suponía que ganas cosas que añadir a tu persona con la vida, no perderlas —le dije mentalmente mirándolo a los ojos.

—Señor Reed —le escuché articular a mi voz—. No puedo convencerlo de algo en lo que usted no quiere creer y no creo que quiera escuchar lo que tengo para decirle, de cualquier modo lo diré. Tenga cuidado.

—Qué adecuado. Un presagio ominoso siempre calza bien cuando no hay nada más inteligente para decir.

—Patrick, socio. Relájate. Escucha a Agatha.

—Andrey te aprecio pero esto es ridículo. Insistí en que quitasen esto de aquí no me hicieron caso —escupió sacando su mano de encima de la mía para abarcar con sus brazos el espacio que me contenía—. Claramente fue como hablarle a las paredes. La gente es inepta hasta en lo más básico.

—Podría haberle pedido a cualquiera de los dueños que me despidiese por esta noche si tanto le molestaba mi presencia, señor Reed.

—No me interesaba perder tiempo en insignificancias. Tengo cosas mucho más importantes en las que ocuparme esta noche, señorita. Este ridículo espacio negro de supuesta magia, no es más que una esquina oscura de tantas.

—Las esquinas oscuras suelen asustar solamente a ciertas personas —se apuró a lanzar mi lengua y me dieron ganas de mordérmela. No me preocupaba perder alguna otra posible noche de trabajo aquí, es que no quería meter a Lidia en un problema, ni tener que discutir con Jake.

—¿Ciertas personas? —Reed plantó sus dos manos contra el borde de la mesa. Alzó los hombros y me miró fijo con el ceño fruncido.

—Cálmate, Pat, es solamente un juego —intentó calmarlo su medio hermano dándole una palmada en el hombro—. Andando, vamos a buscar unas copas de champagne y a...

—No pienso ir a ninguna parte —entonó alzando la voz—. ¿Quién te crees que eres, bruja? —gruñó en mi dirección destilando odio tanto desde su mirada cuanto en su voz.

—Eh, eh, eh, clama Patrick que Agatha solamente...

Reed no le permitió a Andrey terminar la frase. Sus dos puños estallaron contra el borde de la mesa, la cual se estremeció a tal punto que la bola de cristal sobre la garra de madera saltó de su sitio y cayó al suelo, y gran parte de la bebida del vaso se derramó sobre el mantel.

—¿Con quién crees que hablas? ¿Será que toda esta ridiculez te funciona alguna vez? ¡¿Don de nacimiento?! —chilló carcajeándose—. Una gran tontería, una ridiculez. ¡Eso es lo que es! No creo en la magia y menos que menos en un bruja que trabaja en un club nocturno. ¿Será que acaso te falló aquello de ser actriz o modelo y no quisiste trabajar como camarera?

Solamente volví a sentir mi mano derecha después de que impactara

sobre su mejilla.

No sé cuanto le dolió el golpe a él; la mano a mí, me quedó latiendo y ardiendo por el impacto.

Reed se tambaleó sobre la silla. La incredulidad le duró dos segundos y entonces se abalanzó sobre mí como una fiera.

Por echarme hacia atrás derribé la silla en la que había estado sentada y de no ser por su medio hermano y por Andrey, Reed me hubiese golpeado, al menos me dio toda la impresión de que ganas no le faltaban. Sus ojos de tigre ardían con llamas igual que mi piel otra vez. Su rostro se había puesto al rojo tanto cuanto mis pulmones por no poder respirar.

Reed continuó forcejando y a nuestro alrededor llegó gente atraída por el alboroto. Por sus gritos.

No tengo idea de lo que escupía en mi dirección con toda virulencia, solamente capté sus gestos deformados por la furia, sus manos lanzándose en mi dirección una y otra vez igual que si quisiese despellejarme viva. Reed era la rabia viva y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Andrey y su medio hermano apenas si conseguían contenerlo al otro lado de la mesa.

La marea humana se cerró sobre nosotros. Entre la gente vi aparecer a Lidia y a Jake, y con su cara de enojo constante, la cual era típica en él, a Carter.

Henry dulce y atento como siempre fue el primero en llegar a mí para abrazarme. Entre él y Lidia me apartaron de la mirada de Reed, mientras Carter y Jake intentaban calmarlo. No escuchaba sus gritos antes y tampoco los escuchaba ahora mas no por eso no dejé de sentirlos sobre mí.

Cada grito, cada exclamación se clavaba en mi carne una cual flecha.

Yo era su diana y Reed tenía toda la intención de convertirme en un alfiletero.

Me sentí odiada, incluso más que en esas malditas pesadillas en las que ardía una y otra vez y ese intenso desprecio me arrebata todas las fuerzas tal es así que tuve que sostenerme de Henry y Lidia para bajar las escaleras.

Después de tanto dolor contenido mis lágrimas al fin encontraron un

cauce por el cual escaparse y se los permití, contenerlas era imposible frente a la batalla que libraba contra la angustia.

Allí abajo la gente continuaba bailando como si nada y así solía ser siempre, el mundo seguía rodando mientras yo me desmoronaba dentro de mi cuerpo.

Odiaba esto, odiaba ser esto y perdí la cuenta de la cantidad de veces que rogué, recé incluso imploré de rodillas y al borde de la desesperación para que esto en mí desapareciese.

No quería oír esa voz profunda, no quería ver lo que la gente carga dentro y mucho menos sentirlo. Deseaba ser una persona normal como esas personas que continuaban bailando allí abajo.

—¿Te lastimó? —le escuché preguntarme a Henry.

—Agatha... —jadeó Lidia—. ¿Te encuentras bien?

—Sí estoy bien.

Llegamos abajo.

—Vamos a sacarte de aquí. No te ves nada bien, estás más pálida de lo normal —me gritó Henry para que su voz se escuchase por encima de la música que mezclaba Britta.

—Sí, será lo mejor —convino Lidia y entre los dos me llevaron hacia el pasillo por el que había entrado un par de horas atrás.

Al meternos en la trastienda la música apenas si se escucha.

—¿Qué fue lo que sucedió? —Henry abrió la puerta que daba al callejón.

—Ese hombre estaba completamente fuera de sí. Es un violento.

—¿Discutieron o algo?

—Las brujas no le simpatizan —dije y a continuación tomé una gran bocanada de aire. El cielo se había cubierto de nubes rojas y el aire estaba perfumado de olor a lluvia. Vi las nubes iluminarse. La tormenta no tardaría nada en caer sobre nosotros. El aire continuaba húmedo tan húmedo como siempre mas al menos se sentía un poco más fresco.

—¿Brujas? ¿Qué dices? —el rostro de Lidia se puso rojo de furia.

—¿Te llamó bruja?

—Sí, Henry.

—¡Infeliz! Evidentemente ese hombre es un desgraciado. Llamarte así e intentar golpearte. No sé cómo pedirte disculpas por este mal momento que acabas de pasar.

—¿Por qué te llamó bruja? ¿Viste algo, Agatha, qué le dijiste?

—Es oscuro por dentro. Apenas si pude ver. Él está tan lleno de... —las palabras no salían de mi boca y por eso que mis dedos se tensaron como ramas secas al igual que mis manos, enseñándole lo que aquel hombre me hizo sentir—. Ese hombre no es bueno para nadie. Siquiera para él mismo. Algo muy malo sucederá, no sé exactamente qué. Antes que eso se sentó frente a mi su socio. No vi futuro, solamente vacío y los dos juntos... nada bueno saldrá de allí.

—A ver chicas que no es momento para eso. Agatha... escucha no quiero faltarte el respeto, sabes que aunque no lo entienda acepto lo que tú... ¿de qué hablas, podrías ser más clara?

—¿Su socio morirá?

—¡¿Qué dices, Lidia?! —Henry por poco y de desnuca al girar la cabeza para enfrentarla.

Un trueno interrumpió nuestra discusión.

—¿De qué hablan ustedes dos? —insistió Henry—. ¿Quién morirá, Andrey Vorobiov? Siquiera se atrevan a bromear con eso. No es gracioso.

—No, no lo es —murmuró Lidia—. ¿Lo viste? —inquirió volviéndose en mi dirección.

—No estoy segura de lo que vi. Vorobiov no me permitió usar las cartas, me preguntó si tenía un don de nacimiento, mencionó que su abuela materna también lo tenía. Dijo que tenía un mal presentimiento.

—Mierda, Agatha, ¿se lo dijiste?

—No porque en ese exacto momento apareció Reed y perdí control de mi cabeza. Nunca sentí mis pesadillas tan vívidas estando despierta. Fue... —tragué en seco. Vi el resplandor de un nuevo rayo al caer y acto seguido nos

ensordeció un trueno—. No quiero volver a estar cerca de ese hombre nunca más—. Tenía miedo de volver a encontrarme frente a él, tal es así que desvié la vista en dirección a la puerta temiéndolo ver aparecer.

—¿Qué tan malo fue?

—¿No fui lo suficientemente clara, Lidia? De sobra tengo con pasar por esto cuando duermo. No deseo tener que experimentarlo también cuando estoy despierta.

—Ok, ok, perdón. Disculpa es que esto... ese Reed, me asusté tanto cuando lo vi. Definitivamente no se siente bien estar en su presencia. ¿Por qué dijiste que cuando los tuviste a los dos juntos frente a ti empeoró?

—No lo sé, no estoy segura. Reed es peligroso —me escuché decir.

—¿Peligroso cómo?

—No puedo precisar en qué modo. Percibí que a su alrededor sucedería algo muy malo. Sentí el odio de ese hombre en mí.

—¡Alto, deténganse! No digan anda más. Podrían hacerme el favor de explicarme lo que sucede aquí. ¿Agatha dices que viste la muerte de ese hombre, de Vorobiov sí o no?

—No exactamente eso, Henry, simplemente vi que no tiene futuro. No pude ver nada y no porque él estuviese ocultándomelo igual que oculta las cosas Reed, Andrey propuso venir a verme a donde yo trabajo, quería hablar conmigo. Seguro lo intuye.

—¿Sentiste alguna enfermedad? ¿Crees que sea algo que podamos evitar, un infarto —Lidia meneó la cabeza —algo sobre lo cual podamos ponerlo sobreaviso?

Negué con la cabeza.

—Es un hombre sano y fuerte, no noté ninguna enfermedad en él. No es algo que ni él ni nadie pueda controlar, o al menos eso creo. Sea lo que sea no es bueno. No debí venir esta noche. Yo no debería haber estado aquí. Henry, Reed dijo que expresamente pidió que quitasen el espacio que ocupé esta noche, que no quería a nadie tirando las cartas ni nada. ¿Por qué igual me pusieron allí?

—¡¿Qué?! No tenía idea. En ningún momento traté con Reed, yo no sabía

nada, si él no quería a nadie allí... quizás habló con Jake o con Caleb; no lo sé.

—Vimos a Jake al entrar y él no dijo nada —le explicó Lidia.

—Pues no sé, no tengo idea, no puedo darles una respuesta.

—Mis cartas—. Me angustié al recordar que mis cartas habían quedado arriba al alcance de aquel hombre.

—Las recuperaré más tarde, no te preocupes.

—Mis cartas —repetí y las lágrimas volvieron a escapárseme. La lluvia comenzó a caer junto con mis lágrimas, primero una gota aquí, otra allí y luego ya no hubo forma de parar ninguna de las dos.

Henry se quedó anonadado viéndome.

—¿Qué?

—No quedará mucho para recuperar, Henry—. Le contesté al percibir que de mis cartas no quedaban más que restos sin magia lo cual amenazó con destrozarme. Aquella percepción me llegó de un modo tan preciso como el tener un cadáver ya frío frente a mí. La sensación de pérdida me desestabilizó a nivel mental y también físico por eso debí tomarme de Lidia para no caer —. Gracias de cualquier modo.

—¿Cómo lo sabes? —se detuvo e hizo una mueca—. Pregunta más tonta la mía. Perdona.

—Quisiera irme a casa ahora.

—Sí, claro —contestó Lidia con voz ahogada.

—Las llaves de mi coche están en mi bolso y mi bolso está debajo de la mesa allí arriba, Henry.

—Iré por tu bolso en este instante. Lamento muchísimo que tuvieses que pasar por esto.

—Está bien.

—Enseguida regreso.

Henry se metió corriendo dentro del edificio mientras Lidia y yo permanecíamos afuera debajo de la lluvia fría.

—Ahora que estamos solas...

—Ese hombre me hizo sentir despreciable —comencé a decir y luego le relaté toda la experiencia. Lidia me escuchó pacientemente como siempre. Ella conocía a la perfección mis pesadillas y en cierto modo, casi las revivía cada vez que yo se las relataba—. Nunca se sintió tan real estando yo despierta. Creo que fue su culpa, cuando él apareció todo se salió de control. Esta noche estoy susceptible, estoy hecha un desastre y él lo empeoró todo. Ese hombre... Reed es capaz de cosas muy malas, lo sé.

—¿Qué tan malas?

—Supongo que ni él mismo lo sabe. Quizás siquiera él desee ver lo que es capaz de hacer.

—¿Crees que haya alguna relación entre lo que está por sucederle a su socio y él?

—No puedo afirmarlo. Mi única seguridad es que la vida de ambos cambiará rotundamente dentro de muy poco, muy poco Lidia.

—Me asustas, nunca antes...

—También estoy asustada. Esto me gusta tan poco como a ti. Primero y principal porque se suponía que yo no debería haber estado aquí y aquí estuve. Andrey Vorobiov dijo que no era una coincidencia que yo estuviese aquí, lo dijo antes de que Reed me escupiese a la cara que él no me quería aquí—. Se me puso la piel de gallina y me estremecí al repetir las palabras de los dos hombres—. Solamente quiero irme a casa.

Lidia moviéndose rápido, me abrazó.

—Lo siento es mi culpa, jamás debí pedirte este favor.

—Ya pasó. Me iré a casa, tomaré una ducha y me meteré en la cama, y con un poco de suerte con un par de horas de sueño mañana estaré un poco mejor.

—Sí, no te preocupes, mañana todo estará bien —mintió apretando mis hombros al tiempo que me apartaba de su lado. Sabía perfectamente cuando Lidia se esforzaba para mentirme con el único objetivo de hacerme sentir bien.

—Sí, así será —mentí también.

Nos quedamos en silencio esperando a Henry, yo al menos, intentando procesar la pérdida de esa magia extinta.

Instantes después, la puerta se abrió.

—Tu bolso —entonó Henry reapareciendo.

—Gracias.

—Quieres que te acompañe a casa, puedo regresar en un taxi después.

—No, está bien, no es necesario.

—Si quieres puedo seguirte hasta tu casa en mi automóvil —se ofreció Henry—. O llevarte en mi coche. Disculpa que no te lo ofrecí antes. Todo esto me dejó un tanto descolocado.

—No es necesario, pueden quedarse aquí tranquilos los dos.

Henry se quedó otra vez viéndome. Lo vi meter una de sus manos al interior de su saco.

—Tenías razón, creo que algunos trozos se perdieron. Arriba hay poca luz. Le avisaré al personal de limpieza que si encuentra algún trozo que lo guarden —me tendió lo que quedaba de mi mazo de cartas envuelto en la seda lila.

—Gracias—. Tomé las cartas y no sentí nada, ni la más leve vibración. Mi corazón se partió una vez más. Estas cartas me acompañaron por trece años y ahora...

Lidia tomó entre sus manos mi mano derecha la cual sostenía las cartas.

—Lo lamento.

Sus ojos se llenaron de lágrimas también.

Apreté los dientes e intenté sonreír para ellos. No fue fácil verla entristecerse por mi.

—No se preocupen, estaré bien.

—¿Segura?

—Sí, Henry. Regresen allí dentro que tiene trabajo que hacer.

—Te llamaré en la mañana, si necesitas algo durante la noche, lo que sea,

sabes que puedes contar conmigo a cualquier hora.

—Sí, gracias, te quiero.

—Conduce con cuidado y descansa.

—Claro, Henry, hasta mañana—. Solté las cartas dentro de mi bolso y rebusqué en pos de las llaves. La lluvia continuaba cayendo sobre nosotros pero no era por eso por lo que me costaba tanto acertar la llave en el orificio de la cerradura, era porque las manos me temblaban, porque todo mi cuerpo continuaba contaminado de miedo, porque la mirada de ese hombre no paraba de aparecerse frente a la mía, porque tenía su olor metido en la nariz, entremezclado con el olor a humo, porque el calor de su puño contra mi palma todavía ardía más en mí que el fuego que solía devorar mi piel cada noche.

Todavía bajo la mirada de mis amigos me acomodé al volante y me coloqué el cinturón de seguridad.

Encendí los faros cegándolos por un segundo. El alivio fue momentáneo y lo que yo necesitaba era poder encontrarme en soledad y ya no tener testigos, para así lograr descargar en paz todo lo que cargaba dentro sin asustar a nadie, sin provocar que mañana me viesan con incluso más cara de extrañez que hoy.

Puse la marcha atrás, giré en “u” y empecé a alejarme de allí con la lluvia que había mutado en un segundo a un diluvio, estrellándose contra los cristales de mi automóvil, lluvia que los limpiaparabrisas no lograban apartar del todo.

Mis bramidos se mezclaban con los truenos y el estruendo del diluvio. Grité y lloré sin dejar de conducir. Grité y lloré hasta que quedé tan vacía que no conseguí recordar quién yo era o hacia dónde debía conducir.

No sé cómo llegué hasta la línea costera, quizás mi automóvil recordase muy bien el camino a casa.

A mi izquierda el océano plomizo reventaba una y otra vez contra la playa. Era un espectáculo hipnótico del que no quería perderme.

Prácticamente tiré mi coche frente a los pies de un lujoso edificio de apartamentos, apagué el motor, bajé para cruzar en dirección a la arena.

El mar estaba furioso, tan crecido que apenas si quedaba una línea de arena la cual era devorada con cada ola; daba miedo ver el mar deseando llegar a tierra firme.

El viento que provenía de las profundidades de éste amenazaba con derribarme mas no lo se lo permití, tenía experiencia de sobra en resistir en pie los golpes, por más duros que fuesen, sabía cómo transformar el dolor en resistencia y así como te acostumbras a lo bueno, también me había acostumbrado a lo malo, de modo que lo malo con la costumbre se transformaba en normal, subiendo un escalón mi resistencia.

No era un huracán pero casi, y a así la naturaleza me asustó y maravilló una vez más, como me asustaba y maravillaba mi don. Cuantas veces me habían dicho que no era posible contener a la naturaleza, que hiciera lo que hiciese se abrirá paso para llegar donde necesita llegar. Eso mismo hacía mi don. Imposible contenerlo.

Me quité las sandalias y con mi larga falda negra enredándose en mis piernas por culpa del agua de lluvia que chorreaba por la prenda, y por el impresionante viento, atravesé los pocos metros de arena que restaban hasta llegar a donde el mar explotaba como una bomba nuclear una y otra vez.

Allí, azotada por la lluvia, las salpicaduras del mar y el viento permanecí hasta que volví a sentir mi piel, hasta que comencé a tiritar de frío, sin bajar jamás, la vista del horizonte.

Nunca dejes de mirar el horizonte —me había dicho alguien alguna vez, no recuerdo cuándo, no recuerdo quién—. El horizonte es tu destino, no temas. Si no pierdes de vista el horizonte quedará todavía mucho más para ti. No tengas miedo, allí en el horizonte el dolor desaparecerá.

Seguí mirando el horizonte pero el dolor todavía no desaparecía.

Al menos la lluvia no fallaba en su cometido, apagó el fuego de mi piel; por eso la amaba, es por era que odiaba perderme de ella.

La lluvia evitaba que muriese.

No quería morir quemada.

### 3. Fuego.

*Conocía bien este espacio oscuro, eran seis pasos de una pared húmeda a otra, cuatro separan las otras dos.*

*La ventana en la pared a unos palmos sobre mi cabeza no era más que un agujero del tamaño de una manzana y la pared era tan gruesa, quizás de un ancho tan largo cuanto mi antebrazo, que a la luz y al aire les costaba horrores entrar.*

*El poco aire que ingresaba era helado y eso sumado a la humedad que había aquí abajo, hacía que este espacio fuese una tortura.*

*El encierro, la falta de luz, las ratas que sabía, rondaban a mi alrededor probablemente esperando que muriese para apoderarse de mi cuerpo porque estaban tan muertas de hambre como yo, formaban un cuadro tan denso y deprimente que me costaba respirar.*

*Perdí la noción del tiempo. No tenía idea de cuantos días llevaba encerrada aquí. Me habían traído una noche (o al menos eso creía), justo antes del amanecer cuando el cielo se pone todavía más oscuro que a media noche.*

*No estaba segura de cuantas personas eran, verlas, habían tapado mis ojos y mi cabeza, y nada dijeron. Lo único que se escuchó fueron mis gritos pidiendo socorro, mi llanto cuando comprendí que nadie me ayudaría.*

*Luego alguien me había golpeado tan duro que me desmayé. De ese momento a aparecer aquí encerrada, no recordaba nada. No tenía idea de*

*dónde me encontraba o porqué me habían encerrado aquí, solamente sabía que me despreciaban, que su intención era que me pudiese aquí dentro.*

*Si tan solo pudiese avisarle que estoy aquí —pensé.*

*No podía hacerlo porque temía ponerlo en peligro.*

*Era obvio que mis captores estaban convencidos de que yo había hecho algo malo y no tenía ni idea de qué era eso. ¿Cómo defenderme?*

*Él... siquiera sabía quién era él. Solamente sabía que lo amaba y que él había jurado que me amaría por siempre.*

*Al cerrar los ojos lo vi besarme. Recordé el perfume de su piel y su sonrisa; tenía unos dientes tan preciosos... y sus labios, esos labios que amaba besar y morder.*

*Él sabía que su cuerpo me enloquecía, que con él perdía el control, que desbordaba de energía cuando me tocaba.*

*Recordaba una primera vez que no sabía precisar cuándo sucedió. Estábamos en mi casa, junto al fuego encendido porque afuera apretaba el frío.*

*No tenía idea cómo llegamos hasta aquí, solamente sabía cómo se sintió, era como si lo experimentase en este instante, el tener sus labios y lengua condecorando de besos mi piel.*

*Todavía tenía los ojos cerrados y no los necesitaba abiertos para captar con plenitud, todo lo que él me hacía sentir.*

*Apretaba su cuerpo contra el mío por lo que percibía cada hebra de músculo en su estructura. Era fuerte, eso siempre lo supe aunque no supiese cómo.*

*Era fuerte y estaba excitado, tanto que sus ropas eran incapaces de disimular su erección. No me molestaba saber que su pene ya estaba duro, todo lo contrario, estaba aquí parada necesitándolo, aquí parada deseosa de él. Mi cuerpo llevaba una eternidad esperando este momento.*

*No sé por qué, tenía miedo de que alguien llamase a la puerta, de que alguien irrumpiese aquí dentro, que nos vieses juntos. Desconocía la razón*

*pero no necesitaba que nadie me explicase que esto era peligroso para él, más que para mí.*

*Por él había hecho todo lo posible para evitar este instante; él jamás cedió, desoyó todas y cada una de mis advertencias. Le dije que las cartas decían que lo nuestro no era bueno, que acabaríamos mal y él había insistido una y mil veces en que las cartas no podían saberlo todo, que el destino cambiaba a cada instante, que él cambiaría el destino por mí, porque me quería a su lado y haría todo lo que estuviese en sus manos para que así fuese.*

*No me gustaba cuando soltaba esas cosas, cuando se ponía en contra del curso de la vida. Temía que resultase lastimado.*

*Él no tenía miedo.*

*No tenía miedo y por eso hizo trepar mi falda por encima de mis muslos luego de soltar sus pantalones para empujarlos por sus piernas quedando desnudo de la cintura para abajo.*

*Su urgencia se hizo mía porque soñaba con hacerlo mío pese a que sabía que nunca lo tendría para mí.*

*Repitió en mi oído que era su dueña y con eso bastó para saber que lo amaría por siempre así jamás volviese a aparecerse por aquí, así a partir de mañana me quitase el saludo o no me mirase a los ojos nunca más.*

*Era yo la que hacía encantamientos pero fue él quién me hechizó a mí. Y este hechizo no se rompería por nada en el mundo.*

*Lo amaba y por eso cuando me susurró esas mismas palabras al oído, toda la magia del universo estalló dentro de mí.*

*Quería hacer magia, quería que el fuego que me acompañó toda la vida nos consumiese a ambos para convertirnos en luz.*

*Lo quería, lo deseaba y necesitaba que me hiciese suya porque ya lo era.*

*En un beso le arrebaté la boca, me hice dueña de su lengua y él con esas manos suaves que eran tan distintas a las de otros hombres, tomó mi pierna izquierda y la alzó hasta la altura de sus caderas.*

*Me pidió que abriese los ojos y eso hice; no vi ni pestañas, ni cejas, ni párpados, siquiera un color de sus iris, lo que vi fue una mirada en la que me*

*refleje. El espejo del alma del hombre que amaba, allí, con todas sus imperfecciones, con todas esas maravillosas cualidades suyas, con ese amor que sentía por mí.*

*Otra vez afirmó que me amaba y su otra mano se coló entre mis piernas para acariciarme. Un único dedo suyo hizo que perdiese el control sobre mis pensamientos.*

*Era increíble que una caricia tan suave tuviese el poder de despertar una pasión tan extrema.*

*Tampoco tenía idea de cómo lo sabía, pero era consciente que él no era mi primer hombre y de cualquier modo, los que pudiesen haber pasado por mi vida antes de él, en este momento no contaban y jamás volverían a contar.*

*Sus caricias eran solamente equiparables con sus besos. Parecía querer arrebatarme el alma y matarme de placer todo al mismo tiempo.*

*Sin quitar su boca de encima de la mía, deslizó sus dedos hacia abajo para introducirlos dentro de mí, para comenzar a moverlos en mi interior despertando mis carnes, despertando hasta la última de las estrellas allí afuera. Definitivamente pretendía asesinarme de placer con esos dedos que sin duda fueron creados para mí, para entrar en mí y adueñarse de mi interior. Su mano moviéndose por dentro y por fuera de mí me obligó a dejar escapar jadeos que hasta ahora había contenido porque no quería que nadie nos escuchase, porque ya estábamos demasiado lejos y porque deseaba llegar al final del camino antes de que esto se terminase; necesitaba gritar su nombre aunque no supiese cual era. La verdad era que no había ninguna diferencia en si tenía un nombre o no, él era lo que necesitaba y con eso me bastaba.*

*Si existía un hombre en este mundo para mí era él.*

*Mi cuerpo se retorció de gozo, toda mi espina dorsal se contorsionó sobre sí misma. Él lograría al final, arrancarme el alma del cuerpo, estaba segura de que terminaría mutando a una criatura desconocida; al final lograría que me temiesen todavía mucho más.*

*Antes de que estallase quitó su mano de mí y sentí su pene caliente en la entrada de mi vagina.*

*Esto era lo que había estado esperado; ser una sola persona con él.*

*No podía demorar esto ya más.*

*Tomándolo por el trasero y la cintura lo empujé hacia mí, en ese exacto momento él arremetió contra mi cuerpo penetrándome.*

*Su cuerpo empujó el mío contra la pared y toda la casa tembló, yo temblé incluso mis cartas al otro lado de la sala se estremecieron.*

*No quería lastimarlo pero lo necesitaba tanto que clavé mis dedos en él, mis uñas en su carne al atraerlo todavía un poco más contra mí. Quería que su pene me penetrase hasta quebrar cada centímetro de mi cuerpo, deseaba que su cuerpo me asfixiase. Quería morir en él por el resto de mis días.*

*Él me tomó por el cuello con una de sus manos (la otra continuaba sosteniendo mi muslo izquierdo a la altura de su cadera) y se apartó un poco de mí abandonando mi pecho, saliendo de mí lo suficiente para que sus ojos tuviesen distancia suficiente para verme, para que yo pudiese verlo acometer contra mí una vez más, para ser testigo de cómo empezaba a moverse entrando y saliendo de mí.*

*Arremetió contra mi cuerpo otra vez igual que un animal, como uno de los animales que habitan el bosque que no sabía cómo, tenía la certeza de que se extendía al otro lado de las paredes que nos rodeaban.*

*Me gustaba que no se contuviese, que fuese solamente instinto porque yo no conseguía contenerme más. Llevaba toda mi vida conteniéndome, siendo prisionera de mi cuerpo, de mis pensamientos, de los pensamientos de quienes me rodeaban y del mundo.*

*Con un empujón suyo más, sentí que me colmaba y la pared detrás de mí se clavó en mi espalda.*

*Lograría que terminase confundiendo la estructura de la casa con la mía y al mismo tiempo él se fundiría conmigo.*

*Las cartas habían dicho que lo encontraría pero jamás hubiesen podido adelantar que lo que hallaría sería algo semejante a lo que tenía entre manos. De cualquier modo no había vuelto a preguntarles sobre él, no quería ni necesitaba escuchar nada más de lo que se hallaba ahora frente a mí: un hombre tenso de placer, uno hombre que descargaba su energía sobre mí.*

*Tomando mi otra pierna me alzó del suelo y se empujó hacia mi interior*

*todavía con más brío.*

*No podía parar de jadear, de gemir.*

*Su boca estaba otra vez en mi cuello, escondida entre mi cabello y mi hombro, y su pene se movía dentro de mí haciéndome tan amplia como el cielo allí afuera; inmensa e interminable.*

*Sin saber qué más podía querer de mí, que más pretendía conseguir con mi cuerpo, estallé de placer y un momento después estalló él.*

*En la noche no se escuchaba más que nuestras respiraciones aceleradas y el crepitar del fuego que caldeaba la estancia.*

*Él no se movió, permaneció en mi interior. Enterrado en mí por el resto de mi existencia.*

*—Eres mi fuego —susurró en mi oído derecho—. Eres el fuego que me da energía. Eres la energía del mundo. Te amo —dijo para después hacerme cosquillas con sus labios entre mis clavículas. Ascendió con sus labios por mi cuello hasta llegar a mi barbilla y me dio un mordisco—. ¿Cómo es que el fuego no te consume, cómo es que tu piel consigue resistirse a ser quemada? Cualquier otra piel terminaría negra, arrugada y carbonizada pero la tuya sigue tan blanca y perfecta cuanto siempre. ¿Es magia no? Así como con magia conseguiste que tu cabello sea una fundición entre la plata y el sol, así como atrapaste el cielo nocturno para convertirlo en tus ojos e hiciste con el mar tu boca para con ella devorarlo todo. Tus manos son el viento... —canturreó llegando a mi boca.*

*Mis manos estaban sobre su cuello sintiendo su pulso; reí dentro de su boca. Solía decirme cosas semejantes y yo no estaba acostumbrada a que me dedicasen palabras bonitas, no sabía por qué pero así era, por eso lo quería a él, porque él jamás me insultaría.*

*—Tus piernas son las raíces de los árboles de todo el mundo y tu perfume el de la naturaleza.*

*Sus labios llegaron a los míos otra vez, su lengua me arrebató mi sabor.*

*—Dime que no tengo necesidad de partir —entonó, para a continuación morder mi labio inferior.*

*—No quiero que partas. Todavía le quedan horas a esta noche.*

—¿Podrías hacerla durar para siempre?

—No, pero después de que salga el sol mañana, llegará la noche otra vez, y luego otra vez y otra vez, tantas veces cuanto tú quieras.

Lo único que podía ver era su sonrisa y esa mirada sin un color de ojos y sin ningún rasgo particular.

—Entonces vendré aquí cada noche. Todas las noches que me lo permitas.

Él me besó una vez más y salió de mí, y así sin más recordé que estaba en este pozo oscuro de seis pasos por cuatro pasos, con un ventanuco que me proveía de aire que no era más grande que una manzana por el cual entraba viento helado. Escuché a las ratas chillar a mi alrededor una vez más.

No les bastó con comerse la porquería que me dieron para comer y que yo no pude probar pese a que tenía el estómago pegado a la espalda por culpa del hambre.

No podía permitir que las ratas se me acercasen. No quería que nadie se me acercara. Solamente lo quería a él, no necesitaba a nadie más ni nada más.

Quería salir de aquí y sin embargo cada vez que, al igual que ahora, sentía pasos aproximándose a mi puerta, me dieron ganas de que aquí no hubiese ninguna puerta.

Una oscuridad todavía más densa que la experimentada hasta ahora, me arrastró a ese momento de siempre en el que las llamas me rodeaban, en que el humo no me permitía respirar.

El fuego hizo arder mi piel.

Estaba asfixiándome.

Mi corazón se partió en tantos trozos como personas habitan este mundo.

No le tenía miedo al fuego y quizás por eso el tampoco él me temía. Era casi como con la magia, la simbiosis es la misma y ambas cosas, magia y fuego, duelen.

...

Me ahogaba, me ahogaba y me quemaba, y pese a que sabía que estaba soñando nada podía hacer para evitar ser consumida por las llamas y asfixiada por el humo negro y acre.

Desesperada abrí los ojos. Necesitaba convencer a mi cerebro de que eso que sucedía mientras tenía los ojos cerrados no era real. Lo real era la tormenta cayendo al otro lado de mi ventana, los rayos estallando entre las nubes a diestra y siniestra, Azrael sentado a mi derecha, viéndome con sus ojos amarillos clavados en mi pupila. Lo real eran las sábanas enredadas entre mis piernas. Sábanas no llamas.

Todo eso era real y sin embargo continuaba sintiendo mi piel quemándose con el fuego.

Atontada, hecha un mar de lagrimas y sin comprender nada, me levanté de la cama. Tambaleante comprobé que ni rastro había de llamas.

Las ventanas de mi cuarto eran amplias y no del tamaño de una manzana, y estaba sola. No me acompañaba un hombre que me besase de esa manera, que me hiciese el amor de esa manera y probablemente nunca lo habría porque nadie soportaría a una mujer que despertaba indefectible, al menos una vez cada noche, envuelta en llamas.

Mareada y sin ser capaz de meter oxígeno dentro de mis pulmones caminé hasta el baño.

La única forma de apagar el fuego siempre había sido la misma: meterme bajo una ducha de agua fría así vestida como iba, fuese invierno o verano.

Las manos me temblaban por lo que me costó mucho más de lo normal conseguir abrir la canilla para que saliese el agua.

—Vete —le dije al fuego sin poder parar de llorar—. Estás matándome. Vete.

Las piernas empezaban a fallarme y ya no era capaz de decir nada más porque el dolor era demasiado y aturdía mi cerebro.

Un par de gotas de agua escaparon de la ducha de bronce.

Las primeras se metieron en mi cráneo el cual ardía, y fue como si me lanzasen alfileres de hielo.

De un golpe abrí la canilla un poco más y entonces una lluvia similar a la que caía allí afuera, se me vino encima. Fue como si pasase de una olla de agua hirviendo a ser lanzada en el agua de alguno de los polos.

Algo más que no solía suceder estaba sucediéndome: mi piel despedía vapor al chocar el agua fría contra su superficie.

Estaba alucinando seguro, nada así podría suceder jamás.

Era culpa de mi cabeza que había quedado hecha un desastre después de lo sucedido en la víspera. La angustia alimentó las malditas pesadillas que me atormentaban cada noche para convertirlas en un tortura sin límite.

Empecé a tiritar del frío por culpa del agua de la ducha y de cualquier modo todavía podía sentir una llama viva consumiéndome por dentro.

Por entre la cortina de agua que caía por mi cabeza vi a Azrael llegar al baño para sentarse sobre la alfombra morada a un lado de la bañera dentro de la cual me encontraba.

Maulló suavemente con ese tipo maullido que le hacen los gatitos pequeños a sus madres y después se alzó un poco sobre sus patas traseras para maullar una vez más, esta ocasión expresando su preocupación.

—No te preocupes, pasará —le dije y agotada por la experiencia que poco a poco se iba con el agua por el desagüe. Apoyé la frente sobre los azulejos blancos para percibir el fresco de su superficie.

Cerré los ojos y vi una vez más, el fuego rodeándome y acto seguido, esa sonrisa bella que podía llenar de magia el mundo, la sonrisa del hombre cuyo amor me daba fuerzas.

Por delante me llevó ese conjunto de sensaciones que experimenté mientras soñaba antes de que la pesadilla del fuego lo arruinase todo.

Entré en calor y me invadió una sensación de ahogo, percibí por delante de mí la presión de un cuerpo que no existía.

Mi boca se llenó del sabor de esos besos que en realidad nunca nadie me había dado. Sus jadeos hicieron cosquillas en mis orejas y sus manos en mis muslos desnudos provocaron que se desatase un estremecimiento delicioso por toda mi piel. Mis rodillas temblaron. Estaba excitada, ardiendo, con el pecho subiendo y bajado como si estuviese con aquel hombre aquí

penetrándome, con ese hombre masturbándome y besándome.

Me olvidé del fuego que quemaba mi piel porque este fuego era todavía mucho más potente y dañino.

¿De dónde salió todo esto?

¿De quién eran esas manos que se clavaban justo por debajo de mi trasero para sostenerme en alto, para aprisionarme contra la pared para sí poder hundirse en mí.

Jadeé una vez, más. Los recuerdos del sueño harían que tuviese un orgasmo aquí mismo.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza debajo del chorro de agua sintiéndolo entre mis piernas.

Le clavé las uñas a los azulejos.

Abrí y cerré los ojos una infinidad de veces en un segundo, intentando aclarar mi cerebro. No resultó, él continuaba empujando para meterse más y más en mí demostrándome lo mucho que me necesitaba.

Volví a despegar los párpados y vi ante mí, el rostro de Jake. Más de una vez habíamos tenido sexo aquí dentro, en un par de ocasiones inmediatamente después de que yo me levantase al terminar de una de mis pesadillas. Él no solía fallar a la hora de hacerme olvidar al menos por un par de minutos, mi locura, esa que jamás se curó ni con psicólogos ni con medicinas, pero lo que él conseguía de mí no se comparaba con lo que me arrebatava el hombre de mi sueño.

Tragué saliva deseando tenerlo aquí aunque fuese injusto para él. Jake ya había soportado suficiente, una cuota mayor a la que estaba preparado para manejar.

Owen... sus amables ojos verdes se abrieron paso desde el recuerdo para verme a mí. Su barba, sus tatuajes, sus manos enfundadas en guantes cada vez que se preparaba para poner su arte sobre mi piel. Nadie en este mundo tenía un tacto tan dulce; sus caricias se notaban hasta en el modo en que solía barrer con un papel absorbente, el exceso de tinta de mi piel. Sus caricias se notaban cada vez que pasaba por casa a traerme comida después de salir a trabajar o cuando por horas y horas se sentaba a mi lado a dibujar mientras yo leía.

Sus caricias y sus sonrisas habían dicho siempre las mismas cosas bonitas que el hombre de mi sueño. Sin duda me hicieron sentir del mismo modo y por eso mismo siempre me había dado miedo dejarlo entrar en mi vida. Siempre supo todo de mí pero saberlo no era lo mismo que vivirlo, y con que yo soportase esto era suficiente. No necesitaba hacer que nadie más padeciese esta tortura.

—¿No puedo obligar a nadie más a sufrir esto, no es así Azrael?

Azrael se paró con dos patas contra el borde de la bañera y maulló.

—No te preocupes, salgo de aquí en un momento.

Cerré un poco el agua fría y abrí la caliente para templarla porque comenzaba a congelarme.

Pasados unos minutos, conseguí recuperar el control sobre mí, y así chorreando agua como estaba, me senté sobre el borde de la bañera y cerré las canillas.

Me quité las bragas y al camisón mojado, y me abrigué con la bata. Por culpa de la pesadilla no lo había notado, la temperatura ambiente había descendido notablemente a causa de la tormenta.

Regresé a mi cuarto. Tampoco noté antes, que las dos ventanas habían quedado abiertas de par en par y que la lluvia salpicaba dentro por culpa de las ráfagas que soplaban fuera.

No me agradó distinguir entre el olor a lluvia que entraba del exterior, el olor a humo que no se veía por ninguna parte.

Una vez más el miedo me tomó prisionera.

Iluminada por los rayos que caían afuera caminé hasta mi bolso el cual se encontraba sobre la vieja butaca de cuero. Metí la mano dentro y extraje el paquete que conformaba el paño de seda lila que contenía mis cartas.

Azrael saltó a la cama ronroneando para acodándose muy en el borde casi como si se estuviese arrimando demasiado a un precipicio.

—Tendré que comprar cartas nuevas.

Avancé hasta él y su reacción fue apartarse si bien creí que se quedaría allí para recibir la caricia que ya amagaba yo con mi mano libre.

Dándome la espalda regresó al punto en el que se encontraba cuando desperté.

—Ok, no voy a tocarte si no quieres. Ya me despertarás al alba queriendo caricias.

Acostado sobre sus cuatro patas, mi pantera negra se dio la vuelta y me miró entornando los ojos, acto seguido volvió la vista al frente otra vez, es decir, para darme la espalda una vez más.

—¿Qué te pasa, acaso te hice algo?

Obviamente Azrael no respondió.

Me senté sobre el borde de la cama y apoyé el paquete sobre las mantas enredadas. Todavía no había visto en qué estado habían quedado mis cartas. Tenía demasiado miedo de corroborar lo que intuía desde que salí del Mystical.

Liberé el primer nudo que mantenía cerrado el paquete de seda lila y después el último. Henry había anudado la seda con demasiada fuerza.

Aparté una esquina y mi nariz se llenó de un fuerte olor a ceniza.

Aparté la siguiente y lo vi.

Lo que una vez fue una pila de cartas se desmoronó en una infinidad de partículas grises increíblemente volátiles, sobre la seda lila.

No entendía cómo había podido sentir la firmeza del cartón de las cartas cuando las tome del bolso y hasta el momento en que coloqué el paquete sobre la cama si esto no era más que una nube de livianas partículas grisáceas que mi respiración esparcía.

Henry nunca hubiese podido juntar esto. Las cartas podían haber estado rotas, destrozadas, jamás en este estado hace una fracción de segundos atrás.

Mi primer impulso fue alzar la vista y comprobar la hora en el reloj para ver si era factible llamar a Henry para preguntarle por el estado de las barajas cuando él las recogió del suelo. Todavía no era las cuatro de la mañana y el Mystical debía estar abierto y él todavía allí.

Entendí que no podía llamarlo, no después de lo de esta noche, no para comentarle que mis cartas se habían quemado solas en el proceso de

desanudar la seda lila en el que él las guardó.

Pensé en Lidia, tampoco tenía mucho caso angustiarse ahora; la vería mañana al igual que todos los días, entonces le contaría lo sucedido, eso si no me arrepentía antes. Una cosa era contarle sueño, otra muy distinta decirle que lo que sucedía de los sueños se escapaban de la noche para meterse en mi vida real. No estaba segura de que pese a todo lo que ella sabía, y a lo que experimentaba en carne propia, estuviese lista o tuviese ganas de escuchar nada semejante.

Como necesitaba asegurarme de no alucinar, metí los dedos dentro de la montaña de cenizas. Eran tan reales cuanto mi carne, al menos tan reales cuanto creía que lo eran.

En silencio anudé el paquete y caminé hasta mi mesa de luz para sacar la cajita con el péndulo de amatista y el trozo de cuarzo. Las guardé para que descansasen allí donde solían descansar cada noche hasta que decidiese qué hacer con ellas. Nunca antes había tenido que desechar un mazo y siquiera sabía cómo debía proceder, mucho menos quería tener que despedirme de ellas, habían estado allí para mí desde que acepté que no tenía caso continuar ocultando y reprimiendo lo que era. Mis cartas eran un símbolo de un cambio rotundo en mi vida y ya no estaban...

Me invadió la pena porque a cada segundo que pasaba me quedaba más claro que las había perdido, que jamás regresarían a mi lado. Eran mi mazo, mi único mazo y ahora tendría que procurarme uno nuevo.

Azrael se aproximó a mí una vez más, llegó ronroneado y pidiendo cariños, o mejor dicho quizás dándolos al aceptarme otra vez a su lado; debía presentir que nada en mi ser estaba en su sitio, que me encontraba a un paso de desmoronarme.

Exhausta me tendí sobre la cama dispuesta a consentirlo y a permitir que me diese lo que tenía para mí: su protección incondicional.

Acurrucados el uno contra el otro, volvimos a quedarnos dormidos.

...

Escuché el timbre de la puerta sonar una y otra vez para arrancarme de mis pesadillas. Milagrosamente en esta pesadilla no estaba quemándome pero si estaba frente a ese hombre y era igual de desagradable porque sus ojos, mejor dicho su mirada era una abstracción del poder devastador de las llamas que solían quemarme.

Le pregunté por qué me odiaba y no respondió. Solamente continuaba bramando, casi lanzando espuma por la boca, destilando su odio en mi dirección. Al igual que anoche sabía que gritaba cosas horribles, que me insultaba sin embargo no podía distinguir sus palabras. Me llegaba su odio y un sentimiento así tan fuerte no necesitaba traducción, lo hubiese entendido en el idioma que fuese, lo hubiese entendido así fuese sorda o ciega.

Por suerte quien estaba a mi puerta hizo sonar el timbre una vez más, terminando de despertarme y se lo agradecí porque el odio de ese hombre me dolía como ninguna otra cosa que yo hubiese tenido oportunidad de experimentar antes.

Azrael ronroneó en mi oreja derecha y tocó mi lóbulo con su nariz mojada y fría. Estaba fresco y yo destemplada porque me había acostado con el cabello húmedo y en ningún momento de la noche atiné a cubrirme con las mantas.

Me pregunté si por un suceso inexplicable, uno de la misma procedencia que el que quemó mis cartas, hacía frío en mi apartamento o si era la ciudad que después de la tormenta de anoche, se había enfriado para darnos un respiro.

Abrí los ojos y vi el pelaje de mi felino negro.

Azrael me dio un cabezazo, me marcó como parte de su territorio y después me ofreció su cuello para que se lo rascase.

—Buen día —lo saludé rascándole el cuello y dándole unos besos. Hundí la nariz en su pecho y él volvió a empujarme con su cabeza. Sus caricias jamás faltaban cuando las necesitaba—. ¿Vamos a ver quién llegó? —le pregunté para a continuación rodar sobre la cama y mirar la hora en el despertador. Eran las diez y media de la mañana de un sábado radiante.

Adiviné a mi amiga al otro lado de la puerta dos pisos más abajo con una caja de donas y café caliente.

Amaba a esa mujer, más que mi amiga era mi hermana, mi alma gemela.

—Sí —palmeé el lomo de Azrael —vamos a abrir la puerta.

Encogiéndome dentro de la bata me senté sobre la cama. Mi cabeza continuaba un tanto turbada y mi piel se sentía como la superficie de la playa después de la tormenta, demasiado golpeada, agitada y cansada.

Como pude me puse en pie. La habitación a mi alrededor amenazó con ponerse a girar igual que una peonza; en un par de parpadeos logré hacer que se quedase quieta. Di un par de pasos y Azrael saltó de la cama para seguirme. Caminamos juntos hasta una de las ventanas, la cual abrí para ventilar el cuarto y sí, de afuera entraba la brisa por demás más teñida de fresco. Desde aquí no se podía ver el horizonte de agua pero si salía a la terraza y me asomaba por la esquina tenía todo el espejo de mar para mí.

El aire fresco le vendría muy bien a este cuarto viciado de una noche complicada.

Salí de la habitación y Azrael vino conmigo. El timbre sonó una vez más pero afuera estaba tan tentador, el cielo todavía con algunas nubes negras y un tanto amenazante sobre nosotros, que no conseguí resistirme. Se me puso la piel de gallina. Las demostraciones de la fuerza de la naturaleza solían maravillarme al punto de dejarme completamente abstraída del resto del mundo.

Corría viento y todavía olía a lluvia.

Cerré los ojos y me abracé a mí misma alzando el rostro para entregarle mis rasgos al viento.

Fueron un par de segundos sublimes hasta que el timbre sonó de nuevo y ya no conseguí ignorar —ni quise— el llamado de mi amiga.

Corriendo bajamos las escaleras, en la parte de debajo de mi departamento, en el primer piso se encontraba el resto de mi hogar, un espacio en el que se repartían los metros cuadrados una sala de estar, la cocina, otro baño y un pequeño estudio, y debajo, a nivel de la calle, mi Mystical.

Fui directo a la cocina a contestar por el portero eléctrico.

—¿Es mi amiga que viene con el desayuno? —solté sabiendo que sí es

ella.

—¿Quién más? —respondió Lidia con voz cantarina—. Me olvidé tus llaves, ¿Me abres?

—Pasa —le dije al tiempo que presionaba el botón que abriría la puerta para ella.

—¡Subo! —exclamó y su voz sonó con eco a causa del hueco de la escalera que era alto y angosto.

Azrael se puso a comer de su plato y yo fui a abrir la puerta para Lidia.

Al abrirla escuché sus pisadas. Un segundo más tarde su cabeza apareció por encima de los escalones.

—Buenos días.

—Buenos día —me contestó alzando la caja de donas y los dos cafés en el soporte de cartón—. Llegó tu salvadora.

—Así es.

—¿Cómo estás?

—Mejor te dejo que primero disfrutes una dona y bebas algo de café. Yo necesito café esta mañana, mucho café.

—¿Tan mal?

Me aparté para permitirle entrar pero ni bien cerré la puerta Lidia me rodeó con el brazo en cuya mano sostenía la caja de bollería.

—Te quiero. Sabes que aquí estoy para ti.

Para decirle que lo sabía, la abracé sintiéndome al instante reconfortada. Cada vez que pensaba en mi vida sin ella, se me amargaba la saliva, Lidia había escuchado de mí, las historias más locas, soportado los momentos más difíciles y aún así, continuaba aquí a mi lado. Lo más importante de todo era que en verdad ella era quien me había salvado de continuar mi vida perdida y sin rumbo.

La solté antes de que se me escapen las lágrimas al recordar lo que fuera antes de ella. Lidia hacía que lo que llevaba guardado dentro, que lo que me molestaba o angustiaba, saliese a la superficie para liberar a mi pecho de un poco de la presión que solía cargar. Su sola presencia me exorcizaba.

—Tenemos mucho de que hablar —dijo para apartarse un poco y observarme requisando mi apariencia a conciencia—. Una noche muy mala.

Asentí con un lento parpadeo.

—Una noche espantosa, Li y lo peor es que perdí mis cartas.

—Sí, lo sé, lo lamento tanto. Henry y yo buscamos anoche; no encontramos más trozos.

—No tiene importancia —comencé a decir avanzando en dirección a la cocina—. Las cartas ya no existen, no son más que cenizas.

—¿Las quemaste?

Negué con la cabeza.

—Después de una noche que ya te contaré, fui a buscarlas a mi bolso, abrí el paquete de seda y con lo único que me encontré allí dentro fue con un puñado de cenizas. De mis cartas no queda nada. Cuando las tomé del bolso pude sentir las rotas, muertas, sin embargo hubiese jurado que todavía eran cartón, cuando lo abrí... fue como si combustionasen en una fracción de segundo.

—¿Qué me estás contando?

—Te cuento que mis cartas se convirtieron en cenizas así sin más, en menos que un parpadeo. No queda nada de ellas, absolutamente nada.

Sorprendida y quizás también un tanto incrédula, Lidia posó la caja de donuts y los vasos sobre la mesa y se dejó caer sobre una de las sillas que rodeaban la mesa. Tenía la mirada perdida en la pared de la cocina. No parpadeó por un par de segundos y además hizo varios intentos de decir algo; nada salió de sus labios. Al final sacudió la cabeza y...

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. Juro que no miento y no deliro. Los delirios quedan para lo que te contaré a continuación.

—Agatha...

—Soñé con un sitio en el que jamás estuve, bien en realidad soñé con dos lugares, uno era un espacio negro frío y húmedo. Estaba encerrada allí, había ratas rodeándome, estaba helada y tenía tanto miedo... —casi instintivamente

volví a abrazarme a mí misma al recordarlo—. El lugar tenía una ventana diminuta por la cual solamente entraba frío. No podía ver hacia fuera, la pared era muy ancha.

—¿Y qué sucedía allí?

—Sucedía que estando allí yo, recordaba a alguien, una persona a quien quería ver; soñaba fuese salvarme de aquel sitio horrendo y que al mismo tiempo esperaba que no lo hiciese porque no quería ponerlo en peligro. Un hombre.

Tomé el vaso con mi nombre.

—Mejor bebas también —le dije.

—No hasta que me lo cuentes todo. Estabas en ese sitio y entonces recordabas a un hombre.

—Creo que amaba a ese hombre. Bueno de hecho sí lo amaba. No solamente lo sabía, lo sentía.

—¿Y entonces qué, despertaste?

—No, no desperté —sonreí en una mezcla de angustia y emoción—. Se sintió muy real.

—¿Qué cosa?

—Recordaba la primera vez que él y yo hacíamos el amor. Fue muy vívido, muy... —me mordí el labio inferior al recordar su mano en mi muslo, él penetrándome —por otra parte siquiera pude ver su rostro.

Lidia se sonrió picara, su rostro de preocupación se había diluido casi por completo en uno tanto más alegre.

—¿Le viste el cuerpo al menos? ¿Estuvo bien? ¿La tenía larga? ¿Sabía lo que hacía? Es que hay muchos hombres que creen que es suficiente con ir bien armados y no tienen ni idea de lo que deben hacer...

—¡Lidia!

Mi amiga se carcajeó y yo volví a apretar mis labios mordiéndolos porque tenía la impresión de que los recuerdos se me escaparían por la piel de tanto sentir.

—Estuvo más que bien —admití sintiendo que el rojo empezaba a cubrir

mi rostro—. Fue... —me perdí una vez más en los recuerdos de mi sueño y por un instante deseé que Lidia no estuviese aquí, quería que aquel hombre sin rostro fuese quien hubiese llegado a mi casa para hacerme sentir lo que me hizo sentir anoche.

—¿Dices que no le viste el rostro? Bueno, a veces eso sucede pero aunque no puedes identificar las facciones de alguien en un sueño, usualmente de cualquier modo sabes quien es.

—Pues no tengo ni la más remota idea de quién era. Todo el sueño fue extraño, se sentía demasiado real. Y él... —meneé la cabeza —no lo sé. Era como si detrás de ese momento hubiese demasiado, más de lo que normalmente hay en un sueño. Temía por él y por mí. Era como si supiese que aquello no estaba bien, era... —me perdí en el recuerdo una vez más y sabía que siquiera en ese sueño, debería haber estado con él, porque no era mi intención hacerle daño—. Quería que él viniese a rescatarme de aquel lugar oscuro y al mismo tiempo necesitaba que no viniese porque sabía que era perjudicial para él, que lo pondría en peligro.

—Un momento, no entiendo. Estabas haciendo el amor con él y...

—Estaba con él en esa casa, junto a una chimenea encendida, con él jurándome amor eterno y de repente volví a aparecer en aquel sitio para tener miedo. Escuchaba unos pasos y me aterraba; mi corazón se partía en dos. Después de eso regresé a mi pesadilla de siempre. El fuego nunca falta.

Lidia se quedó viéndome en silencio, con el vaso de café en las manos.

—Nunca habías soñado con eso, ¿no es así? —ahora estaba muy seria otra vez. Sabía perfectamente que su picardía de minutos atrás había tenido como único cometido, levantarme el ánimo, sin embargo como la conversación había vuelto a ponerse seria, allí estaba ella para mí.

—Sí, nunca.

—Bueno anoche tuviste una noche complicada. ¿Qué era ese sitio oscuro?

—No tengo idea, nunca había estado allí. Desperté y tuve que ir directo a la ducha, por culpa del fuego —tomé asiento —por culpa de él.

—Bueno, es un cambio no del todo desagradable —soltó en un suspiro.

—No lo sé. Casi preferiría seguir sola en mis pesadillas. No me gusta involucrar a nadie más en esto.

—Sí, lo entiendo. Son pesadillas, nada más, no puedes dañar a nadie allí. Sé que han de tener su significado pero no enredes el haber soñado con ese hombre, junto con el fuego.

—Creo que hay algo que estoy pasando por alto. Anoche sucedieron demasiadas cosas.

—No te angusties, llevas noches durmiendo mal, es normal que tu cerebro esté así de confundido y que tu cuerpo se haga eco de esa confusión.

—Sé que dices eso para que no me preocupe pero permíteme recordarte que mis cartas son cenizas. Eso no es nada remotamente normal y no tiene que ver con que yo durmiese mal.

—Bueno —Lidia dejó escapar un suspiro —quizás debiésemos llevar las cartas con ya sabes quién para ver qué puede decirnos al respecto. Si él no tiene la respuesta al menos sabrá qué camino seguir para encontrarla. Nadie mejor que él, Agatha.

—Sí lo sé, ya había pensado en él.

—Puedo llevarlas yo si no quieres ir.

—No, está bien, iré yo cuando pueda. Cabe la posibilidad de que no quiera recibirme.

—Sí claro, como si existiese la más remota posibilidad de que Silver no quiera recibirte. Por favor, Agatha, eso no sucederá nunca. Además podrías aprovechar que vas, para conseguirte un nuevo mazo de cartas.

—Lo sé.

—Y para hablar con él sobre todo esto.

—No lo sé...

—Tu historia no es nueva para él y sin duda querrá saber de esto.

No, Silver conocía mi historia casi de memoria. Lidia me llevó con él al día siguiente de conocernos, él fue quién le enseñó a ella las cosas que sabía y quién me enseñó a mí las que sé. A simple vista lucía como un hombre sin edad; su verdadero nombre era un misterio para mí y dudaba que nadie lo

supiese.

Silver era dueño de un don de nacimiento y se dedicaba a adivinar el futuro de gente muy poderosa. Él solía atender en su mansión que tiene puerto, helipuerto y un garaje en el que guarda una docena de automóviles. Vivía como un rey y hasta lo que yo sabía, no tenía familia y diría que tampoco amigos.

Las únicas visitas que recibía en aquella inmensa casa, a parte de sus clientes, era la de una señora que iba un par de veces por semana a hacer la limpieza.

Silver además de ser una fuente de conocimiento para mí, era una fuente de instrumentos, fue él quién me regaló el mazo de cartas que perdí en la madrugada y quién me proveía de muchos de los productos que vendía en mi tienda, de las cosas que eran realmente especiales y que no estaban en venta para cualquiera que entrase de la calle.

Tampoco era un detalle menor que él fue uno de los primeros hombres de mi vida. Lo nuestro duró casi nada, un suspiro mas en cierto modo, continuábamos unidos. Antes lo éramos más porque solía frecuentar su casa para conversar con él. Todo cambió cuando conocí a Owen. A Silver no le gustaba desde un comienzo y repitió tantas veces que me alejase de él que al final terminé haciéndome amiga de Owen y separándome de él porque en su demanda, jamás sumó una justificación y aquello a mí me sonó a celos.

Cada vez que cruzábamos alguna que otra palabra, lo que solía ser siempre por negocios, acababa soltándome que regresase a su lado y que no volviese a ver a Owen nunca más.

Llevábamos tres semanas sin hablarnos porque en la que fue nuestra última conversación nos gritamos cosas desagradables. Él me dijo que yo no sabía nada de la vida, que estaba haciendo oídos sordos a mí don, que me comportaba de manera obtusa con absolutamente todo en mi existencia. Le contesté que lo suyo no eran más que celos, que su lugar no era el de pensar por mí, que era hora de que se buscara una familia y amigos, y que yo tenía derecho a hacer lo que se me diese la gana.

Silver no volvió a llamarme desde entonces y yo no volví a llamarlo a él.

—Es hora de que vuelvan a hablarse.

—No es tan sencillo.

—Sé que se comportó como un idiota pero tú... Sabes que eres especial para él.

Abrí la caja de donas y tomé una.

—Sabes que sea como sea él jamás te negará su ayuda.

—Me incomoda tener que correr hacia él, Lidia. Quisiera seguir teniéndolo en mi vida, es que Silver a veces se pone... bueno, no tengo que explicártelo. Ya sabes como es. Sé que me quiere pero a veces me ahoga.

—No tienes que correr. Es tu amigo. Él correría en tu dirección si se lo permitieses.

La miré torcido. Silver jamás corrió en mi dirección, siempre me hizo correr hacia él. De cualquier modo tenía muy claro que su presencia en mi vida era algo que aún hoy y pese a todo, continuaba agradeciendo.

—Es que sé que es probable que nadie más que él pueda ayudarme. Y él sabe que es el único que puede ayudarme. Lo tiene demasiado claro.

—Eso no te hace débil y estoy segura de que él también te necesita. Sí, bueno, no negaré que su ego a veces es un poco... ¿exasperante? Pero vamos, que el hombre es único.

Royendo con mis neuronas sus últimas palabras, le di un mordisco a mi dona y comí en silencio por momento hasta que Lidia despegó los labios y se quedó esperando no sé qué mientras me veía fijo.

Alcé las cejas como preguntándole qué era lo que quería decir, ella en vez de contestar cerró la boca y apartó la mirada.

—¿Qué es lo que tienes en la punta de la lengua?

En respuesta me sonrió y sacó la lengua para enseñarme su piercing.

—No me refiero a eso, chistosa.

—Venía a contarte un cotilleo y cuando soltaste todo lo que soltaste... terminó pareciéndome insignificante. Es una tontería —apartó sus palabras revoloteando su mano por frente a su vaso de café.

—Lidia.

—¡Fue un escándalo! —exclamó tomándose del borde de la mesa—. Obviamente nos equivocamos cuando creímos que aquel hombre se calmaría. Por lo visto no hizo demasiada diferencia que te llevásemos de allí. Reed estaba completamente fuera de control. Henry fue a llevarle una botella de agua y el hombre la revoleó por el aire haciéndola estallar contra una pared. Estaba hecho una furia, no dejaba de gruñir y bufar. Cuando yo lo vi estaba empapado en sudor, con el rostro completamente rojo y la mirada perdida, desenchajado. Si me lo preguntan a mí, diría que tomó algo. Estaba demasiado fuera de control.

—Sí, quizás.

—Tal vez por eso viste lo que viste en él. Si estaba tan drogado...

—A mí no me pareció que estuviese drogado.

—Vorobiov le pidió que se calmase y Reed comenzó a insultarlo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Reed no solamente lo insultó sino que comenzó a decir barbaridades sobre la abuela de Vorobiov. Que era una bruja fue lo más suave. A continuación se lo tomó con él otra vez, lo acusó de haber conseguido todo lo que consiguió durante su vida usando magia; brujería para ser más exactos.

Escuchaba aquello salir de la boca de Lidia y todavía no podía creerlo.

—Lo que te digo, que debía estar muy, muy drogado para decirle esas cosas. Vorobiov se lo tomó con calma, y no entiendo cómo, porque aquel hombre sí que se sabe maldecir, y no me refiero a insultos de salón, si no de esos que ya son ofensivos de simplemente pronunciarlos; imagino que Vorobiov intuyó que Reed estaba fuera de sí y siquiera le contestó, solamente intentó calmarlo al igual que todos los demás y entonces sucedió.

—¿Qué sucedió? —se me formó un nudo en el estómago porque sé bien que fuese lo que fuese, no fue nada bueno.

—Zafándose de las manos de su medio hermano, de Caleb, de Henry, de Jake y del propio Vorobiov, Reed se le echó encima al ruso y comenzó a golpearlo. Lo envistió de un modo tal que el ruso quedó en el suelo. Y eso que Vorobiov es bastante más corpulento que Reed. De cualquier modo nada pudo hacer el ruso para defenderse. Lo tenía encima y no podía quitárselo de

sobre su pecho. Reed lo golpeó de un manera impresionante. Salvaje. Juro que siquiera parecía humano. A Jake y a Caleb les costó muchísimo arrancarlo de encima del ruso. Tuvieron que ayudar Henry, su medio hermano y un par de personas más que estaban en la fiesta. Te lo digo, en mi vida había visto nada igual. Reed siquiera parecía humano. Terminó con su puño derecho hecho sangre porque el ruso consiguió esquivar uno de los puñetazos de Reed moviendo la cabeza. El puño de Reed impactó contra el suelo, incluso así, con la mano destrozada continuó golpeándolo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al imaginarme aquella escena, porque había tenido la impresión de que Reed estaba dispuesto a hacer eso mismo conmigo.

—Te lo digo, debía estar muy drogado. No sé con qué pero lo estaba. Podía tener cualquier cosa encima, teniendo tanto dinero...

—¿Cómo terminó todo? —pregunté intentando apartar el hielo de mí.

—No sé entre cuantos lograron arrastrarlo fuera del lugar. Sé que su hermano y alguien más se lo llevaron de allí pero nada más.

—¿Y Vorobiov?

—Caleb lo llevó al hospital. Hablé con él antes de venir hacia aquí. Está lleno de golpes; por suerte no tiene nada que revista gravedad. Pasó la noche en el hospital. Fue él quien me dijo esta mañana que supuestamente le darían el alta por la tarde, quieren asegurarse de que no tenga ninguna contusión interna —Lidia bebió un poco de su café—. Me da la impresión de que Reed se quedó sin socio anoche.

—Sí, supongo.

—¿Crees que eso que sucedió fuese lo que viste para Vorobiov? Por poco y lo mata.

Me encogí de hombros. Ojalá así fuese pero no estaba segura.

—No lo crees —entonó ella ante mi silencio.

—No lo sé. Ojalá. No le deseo ningún mal a ese hombre. Parece buena persona.

—Lo es. Pese a todo según me contó Caleb no piensa levantar cargos contra Reed por la golpiza.

—Vorobiov debería regresar cuanto antes a Rusia—. Era lo que sentía que ese hombre debía hacer ni bien le diesen el alta del hospital.

—¿Irás a verlo al hospital?

—¿Yo?

—Sí. Anoche dijiste que Vorobiov pidió de hablar contigo a solas.

—No lo sé, no quiero volver a meterme allí otra vez. No quiero tener nada que ver con nadie que se relacione con Reed.

—Entiendo. Mejor pasamos a un tema más agradable. ¿Lista para tatuarte?

Mi amiga me arrancó una sonrisa.

—No es el primero.

—Sí, pero cada uno es especial y este es muy significativo. Quería saber si no cambiaste de opinión.

—¿Por qué habría de cambiar de opinión?

—Porque eso está contigo constantemente y no sé si sea buena idea, para colmo de males, tatuarlo sobre tu piel.

—Es además mi elemento.

—Sí pero...

—Y está relacionado con mi signo del zodiaco.

—Owen tiene un par de dibujos muy bonitos que me enseñó. Quizás quieras echarles una mirada.

—Les echaré una mirada mas no por eso pienso cambiar de opinión.

—Él tampoco está muy de acuerdo.

La miré torcido.

—No me gusta que hablen de mí de ese modo. No tengo seis años, no necesito que estén cuidándome. Además antes no tenía dudas, ¿qué le dijiste?

—Nada, nada. Yo te quiero como a una hermana y él te adora y además es muy paternal. Podría cuidar muy bien de ti.

—Tiene un niño de seis años del cual debe cuidar, no necesita cargar conmigo. Y no es eso lo que yo necesito de él.

—Sabes que él haría cualquier cosa por ti, incluso tatuarte algo que no quiere que te tatúes.

—Lidia...

—Ese hombre te ama —soltó sin que le importase que con mi tono le diese a entender que no quería hablar de esto.

—Dime que no te pasa nada con él y cerraré la boca.

—No es eso, sabes que adoro su compañía, que es uno de mis mejores amigos, que me gusta. Es sólo que no puedo meterme en su vida a ese nivel porque él tiene una existencia que conlleva demasiadas responsabilidades.

—Tú también llevas adelante una vida.

—Su vida es tanto más normal que la mía. Te recuerdo todo lo sucedido anoche. Él no puede exponer a su hijo a mi existencia.

—No digas tonterías, Rocco te adora.

—Rocco me adora porque jamás me vio en un mal momento, porque nunca lo desperté a las tres de la mañana quemándome. Porque él no sabe lo que hago o lo que veo, o las cosas que me suceden a diario.

—Agatha, Rocco vive la mayor parte del tiempo con su madre.

—Y yo no quiero ser otra razón que lo aleje todavía más de su padre.

—Eso no sucedería.

—Sería exactamente eso lo que sucedería. Además sabes que Adele me odia. No puede verme en la tienda de Owen siquiera.

—Pues ella que se aguante. Recuerda que fue ella quien dejó a Owen.

—No tiene que ver con eso. Sabes que es una cuestión de piel y que además ella sabe de mí. Sé que no quiere verme cerca de su hijo.

—Quizás por una vez —comenzó a decir abriendo la caja de las donuts —podrías pensar en ti y no en los demás.

—También pienso en mí.

—Perfecto entonces ve de compras y esta noche cocinas algo rico para Owen. No le toca cuidar a Rocco hoy, Adele se lo llevó a visitar a su madre porque es su cumpleaños.

—Eres impresionante. ¿Ya lo tenías casi todo resuelto?

—Solamente me faltaba convencerte.

—El día es largo. Ya veré.

—¿Tenías clientes para hoy?

—Sí, un par. Los llamaré para cancelar y después averiguaré si Silver puede verme. Necesito esas cartas nuevas, bueno al menos saber si él puede darme unas. No me agrada la idea de usar de las que vendo abajo.

—¿Quieres que te acompañe a verlo?

—No, mejor no. Tengo que hacer esto sola.

—Bien.

—A que no sabes con quien me encontré de camino aquí.

—Con quién.

—Ellie. Su novio y ella terminaron anoche. Está destrozada. Andaba por la calle paseando a ese malhumorado caniche que tiene, iba llorando, moqueando como una magdalena. Comentó que quizás venga a verte. Igual le dije que lo mejor era que quedásemos para ir a tomar margaritas o algo por ahí uno de estos días. Sabes que cuando se queda sola se pone...

Lidia continuó hablando y así, por suerte, cambiamos de tema y también de ambiente. Necesitaba aflojar las tensiones y tener la oportunidad de hablar de cosas normales de la vida.

Media hora más tarde bajamos para abrir mi Mystical. Después de la noche que había pasado, fue un alivio encontrarme rodeada de todas aquellas cosas que me hacían sentir en un lugar seguro, más en mi universo. Los libros a la venta, las geodas por los rincones, los péndulos, los mazos de cartas, inciensos y demás artículos que componían una imagen que ayudaba a que mi cerebro se relajase, a que mi cuerpo perdiese parte de la tensión.

No fue una cura instantánea y siquiera sería una cura de por vida, yo no olvidaba que al otro lado del cristal en el que estaba impreso en letras lilas el

nombre de mi local y dibujada esa misma mano que colgaba de mi cuello, estaba el mundo que para muchos era el real, ese mundo al que tanto me costaba acoplarme; tener estos momentos aquí donde todos los que me rodeaban creían en aquello que estaba más allá del mundo real escondido por detrás de lo que se puede ver, me hacía sentir menos anormal.

Aquí dentro nadie me ponía mala cara cuando hablaba de mi experiencia, aquí dentro la gente llegaba sintiendo de un modo distinto, uno quizás un tanto más libre y quizás un tanto más saludable también; era raro que aquí entrase alguien con mal humor y si así era, poco y nada tardaba en pasársele, todavía más extraño resultaba ver entre estas paredes a personas sintiendo toda aquella rabia y furia de la que Patrick Reed había hecho gala anoche en el Mystical de Jake. Al recordarlo a él y todo, a su mirada desencajada, se me puso la piel fría y me dio miedo. Llevaba un par de minutos preguntándome qué podía llevar a una persona a comportarse de aquel modo, bien en realidad lo más importante de todo era lo que lo había llevado a sentirse así. Quizás fui yo la que desató lo que llevaba dentro; bien podría haber sido conmigo o con cualquier otra persona pero lo más triste de todo el asunto era que más allá de su arrebató anoche, él de seguro continuaba cargando esa oscuridad dentro de sí.

Lidia insinuó que podría haber estado intoxicado. Lo dudaba, lo que vi en sus ojos era genuino y no algo creado por un momento de confusión mental.

Me dio pena por él. ¿Qué clase de vida puede vivir alguien que no puede ver la luz ni aunque esté frente a sol?

Una de las primeras lecciones que me dio Silver incluyó una recomendación clara: nunca, jamás, por motivo alguno, te juntes con gente así.

Silver insistía en que yo era demasiado abierta y susceptible, y que una persona con ese tipo de energía no haría más que destruirme.

Patrick Reed casi lo consigue anoche y sin embargo hoy, lo que ponderaba más que el miedo en los recuerdos de su persona, era la pena.

Nadie debiera vivir con esa oscuridad dentro, nadie debería vivir sin creer al menos un poco en la magia.

La campanilla de la puerta sonó y el tintineo, no sé por qué, me hizo pensar en Owen. Owen que era pura luz y paz; que así como este lugar no

hacía más que traerme luz y paz.

De pronto y pese a todo, deseé que fuese la hora de ir a su estudio para tatuarme, para tener la oportunidad de conversar con él un rato, de permitir que su presencia aquietase mi alma y despejase las nubes de tormenta de mi corazón.

Alcé la vista deseando verlo aparecer a él; era una de nuestras clientas asiduas que venía, no a comprar, sino simplemente a traernos de almorzar. Aquí solía ser así, el Mystical no era una mina de oro ni yo necesitaba que lo fuese; lo más valioso de este sitio era la familia que me había regalado.

Un par de minutos más tarde otros clientes daban vueltas por allí y Lidia movía un péndulo sobre la mano de una joven mujer para averiguar cuantos hijos tendría.

Así rodeada de paz y libre de los oídos de mi amiga, tomé el teléfono y marqué el número de Silver, más tarde, cuando acabase de hablar, llamaría a Owen para alegrarme el día y quizás seguir el consejo de Lidia invitándolo a cenar.

El teléfono repiqueteó cuatro veces antes de que escuchase la impresionante voz de Silver al otro lado de la línea. El sonido de su voz era tan rotundo como un trueno y al mismo tiempo tan encantador como el susurro de pequeñas olas chocando contra la playa.

—Soy yo, Agatha —dije esperando que de un momento a otro colgase para dejarme escuchando la señal de tono. Lo imaginé enojado pero por sobre todo, ofendido.

—No me llegó ninguna noticia sobre tu defunción sin embargo ya comenzaba a dudar de que estuvieses viva —soltó sin ningún saludo de por medio—. ¿Estás muriendo y por eso llamas, o será que soy yo el que está próximo a perecer?

—Silver...

—Debí ser yo quien te llamase. Todavía me preocupo por ti ¿lo sabes?

—Silver yo...

—Lo que siento por ti no ha cambiado ni un ápice desde el primer día. No puedo enojarme contigo. Créeme que lo he intentado; se me pasa pronto.

Sabes qué, me moría de ganas de llamarte pero quería ver en qué daba esto, necesitaba averiguar si no volverías a llamar nunca más.

—No llamaba porque no quería pelear contigo.

—Nosotros no peleamos, discutimos como adultos. Y para que quede claro, continúo opinando de la misma manera sobre ese sujeto que dice ser tu amigo.

—Silver no llamé para hablar de Owen.

—¿Todavía te ves con él?

—¿Quieres que discutamos como adultos otra vez? —solté medio en broma medio en serio.

—No, quiero que nos veamos a la cara cuando hablamos. Sabes que no me agrada demasiado la tecnología.

—Algunos aspectos de la tecnología.

—No me gusta meter la tecnología en asuntos que son concernientes a la gente como nosotros. Si llamas después de tanto y todavía no me dices por qué me has llamado, deduzco que nada tiene que ver con lo mundano. ¿A qué hora puedo pasar por ti?

—No necesitas pasar por mí.

—¿Vienes a casa? Te esperaré a la hora que me digas. ¿Tienes muchos clientes?

—No, de hecho no, bueno, es decir los tenía... ya no. Tuve que llamar para cancelar todas las citas que tenía.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Te sucedió algo? Dime. Iré ya mismo para allí —soltó con urgencia, casi podía imaginármelo abalanzándose a toda prisa hacia alguno de sus lujosos automóviles para venir hasta aquí.

—Perdí mis cartas. Bueno, ese es un resumen de lo que sucedió.

—¿Las perdiste? Tú no eres descuidada. ¿Qué le sucedió a tus cartas?

—Así como tú, prefiero no contártelo por teléfono. Te llamé para preguntarte si podías recibirme en algún momento del día.

—Agatha, mi reina, sabes que no necesitas preguntarme eso. Aquí estoy

para ti. Tú dispones, como siempre.

—Silver no necesito que sea así, si tienes compromisos me amoldaré a tus horarios.

—Te guste o no, así son las cosas. Aquí estaré, ven cuando quieras.

—Bien, en un par de horas paso por allí.

—¿Te quedas a cenar?

—No, Silver.

—Sí tienes alguna otra cita puedo esperarte para la hora de dormir.

—Silver...

—¿Agatha?

Me quedé en silencio.

—Te extraño. Nunca dejarás de hacerme falta —entonó con su contundente voz—. Sabes que nadie en este mundo puede completarnos como yo te completo a ti y tú a mí.

—Por esto no quería llamarte.

—Sí, lo sé. No soy idiota. Te molesta que te recuerde que te amo, que me gustas, que nunca conoceré a otra mujer como tú, que me gusta mucho tenerte en mi cama o en cualquier otra parte de mi casa. Extraño tu apartamento, extraño verte en tu cama, transpirada y rendida debajo de mí.

Mi cuerpo reaccionó en consecuencia a sus últimas palabras, sobre todo porque mi cerebro las conectó con los recuerdos de mi sueño de anoche. Empecé a experimentar un sofoco que nada tenía que ver con el fuego sino con otro tipo de llamas.

Con Silver había tenido algún que otro momento así, bueno, quizás no tan intenso; lo innegable era que su fortaleza se mostraba en todos los aspectos de toda su existencia no solamente en su modo de hablar. Los recuerdos de nosotros no se me olvidarían nunca porque era imposible borrar a Silver de tu cabeza así lo conocieses solamente por cinco minutos.

Al principio yo también había extrañado su cama y a él en la mía; lo malo fue que caí en cuenta que de nuestra relación como pareja, fue lo único que acabé extrañando y eso hizo que me sintiese más segura de ponerle fin.

—Bien —lanzó después de mi largo silencio y de uno de su parte—. No diré una palabra más, al menos por el momento. Ven cuando quieras y resolveremos el asunto de tus cartas sea lo que sea que implique aquello de que las has perdido.

—Gracias, Silver.

—De nada, me alegra que llamaras reina.

Siempre odié que Silver me llamase de aquel modo. No dije nada al respecto, ni caso tenía decirle una vez más, que no lo hiciera. Silver raramente escuchaba a alguien que no sea a sí mismo.

Nos despedimos, colgué y acto seguido, llamé a todos mis clientes par cancelar sus citas.

Sí, me moría de ganas de hablar con Owen pero necesitaba separar mi conversación con Silver de la que tendría con él. Así como a Silver no le gustaba Owen, Owen por razones obvias, jamás toleró a Silver. Sabía que fuimos pareja y no se le pasa por alto el modo en que él lo miraba (Silver no era dado a disimular lo que sentía o lo que le generaba la gente que lo rodeaba).

Después de las llamadas para cancelar y reorganizar las nuevas citas, las cuales esperaba poder comenzar a cubrir a partir del lunes, me fue imposible ponerme al teléfono otra vez.

Quizás fuese por la influencia del pronóstico de fuertes lluvias para más tarde, que toda la clientela que normalmente podía haber pasado durante todo el día, llegó hasta el local en el lapso de tiempo de un par de horas nada más.

Apenas si tuvimos tiempo de picotear pequeños bocados de la comida que nos habían traído y Lidia, que en realidad planeaba ir a hacerse la manicura, tuvo que quedarse conmigo para ayudarme.

A las cuatro de la tarde, y de la mano de una tormenta negra que amenazaba con huracán, acabó el mundo y la calle quedó desierta, al igual el Mystical.

—¿Entonces... irás a ver a Silver ahora? —me preguntó Lidia recogiendo su bolso y su chaqueta.

Habíamos acordado cerrar el local antes que se desatase la tormenta. Ella

iría a intentar recuperar su turno de manicura.

—Sí, eso haré. Necesito cartas nuevas y quiero intentar descubrir qué le sucedió a mi mazo.

—Cuando regreses puedo acompañarte a ir a ver a Vorobiov antes que le den el alta; y si ya se la dieron, podemos ir hasta su hotel y...

—Lidia ya te dije que no quiero tener nada que ver con nadie que esté relacionado con Reed.

—¿Harás de cuenta que nada sucedió? Esa no eres tú.

—Esa es la Agatha que no quiere buscarse más problemas de los que tiene.

Lidia me dedicó un parpadeo lento que vino acompañado de una media sonrisa cómplice.

—Bien, como digas —estiró el cuello y me dio un beso en la mejilla—. Te llamaré más tarde para ver cómo te fue con Silver —dio un paso para alejarse de mí y eso fue todo lo lejos que llegó—. ¿Seguro no quieres que te acompañe? Mis uñas pueden esperar.

—No, tus uñas no pueden esperar, dijiste que extrañabas tus uñas negras y yo prefiero hablar con Silver a solas; si hay público todo en él se exagera y suficientemente difícil es tratar con él en su estado natural.

Lidia rio.

—Si necesitas que te socorra, me llamas e iré por ti.

—Vete ya.

—Y recuerda que si cambias de opinión con respecto al tatuaje, Owen...

—Adiós, Lidia —canturreé empujándola en dirección a la puerta.

—Te llamo más tarde, bueno, mejor no, no vaya a ser que interrumpa algo con Owen, porque lo invitarás a cenar, ¿no es así?

—Estás fuera, Lidia —entoné para ella abriendo la puerta—. Vete.

Lidia salió mas no se alejó de la puerta de cristal.

—Ese hombre se muere por pasar la noche contigo.

Su voz me llegó opacada por los cristales que nos separaban.

La saludé con una mano y tiré de la cortina para cerrarla.

Terminé de pasar los cerrojos de la puerta mientras ella me soltaba un adiós.

Supe que se había alejado y por eso apagué las luces del local y abrí la puerta que daba al hueco de la escalera que conducía hacia arriba, a mi hogar y a la calle a través de la puerta a mi derecha.

Cerré la puerta por detrás de mí y fui a buscar mis cosas para salir. Quería llevar lo que quedaban de mis cartas para que Silver las examinase.

Di de comer a Azrael y salí de casa.

...

A pocos minutos de llegar a la casa de Silver las primeras gotas de lluvia comenzaron a estrellarse contra mi parabrisas.

Para cuando quedé frente a las puertas de la propiedad, el viento y las nubes negras tenían un aspecto que metía miedo. Comencé a imaginar a la tormenta acabando por dejándome aquí encerrada con él y lo que menos se me antojaba era verme forzada a quedar aislada en su casa. A poco estuve de poner la marcha atrás y largarme.

Poniéndome ansiosa, detuve mi automóvil y presioné el botón del intercomunicador.

Sentí el zumbido eléctrico de las dos cámaras moviéndose sobre mí. Silver tenía su casa muy bien protegida y pese a todo, cargada de una cantidad suficiente de tecnología como para hacerla parecer un fuerte de última generación pese al desagrado que sentía por ésta.

—Adelante, mi reina —fue lo único que entonó su voz traducida en un sonido metálico que me llegó al tiempo que el portón de doble hoja, comenzaba a apartarse una mitad hacia cada lado del paredón.

Le di movimiento a mi automóvil y me interné en el camino rodeado de palmeras y un matorral que hacía que los jardines de su casa luciesen igual

que un trozo del Amazonas o alguna otra selva tropical.

Giré el volante de un lado al otro antes de captar un retazo de la edificación de dos pisos que era lujosa y exuberante. Un par de metros más por el camino y divisé a Silver parado muy erguido en lo más alto de las escaleras que daban ingreso a la propiedad.

Iba vestido de negro como siempre. Ese era el único color que tenía lugar en su guardarropas. Lo otro que llevaba al igual que siempre era su larga melena plateada sujeta en lo más alto de su cabeza.

Silver puso su mirada gris sobre mí y no la movió hasta que bajé de mi automóvil.

Alrededor de sus ojos había un par de líneas de expresión que siquiera podían llamarse arrugas, sin embargo, a lo que irradiaba de su mirada podías adjudicarle quizás en centenar de años.

Su cuerpo no aparentaba tener más de treinta y pocos; con todo lo que había visto y vivido, aquel número se quedaba corto.

Era imposible deducir su edad.

Las veces que le pregunté en qué año había nacido o cuándo había terminado el colegio, él se había limitado a sonreír y apartar la mirada.

Lidia tampoco sabía cuantos años tenía o muchos más detalles de su vida de los que yo conocía.

—Bienvenida a casa —entonó mientras me colgaba del hombro mi bolso y tomaba la caja con mi mazo de tarot incinerado.

Un par de gotones enormes se estrellaron sobre mi cabeza.

Ignoré sus palabras, no por la bienvenida sino por lo que Silver me recordaba una vez más; “bienvenida a casa”. Desde el primer día dijo que ésta era también mi casa y de hecho lo fue durante un tiempo al principio de nuestra relación.

Di un par de pasos más y sus ojos grises bajaron de los míos hasta mis manos. Su rostro se ensombreció.

Silver retrocedió un par de pasos y yo me detuve en seco. Aquello no era buena señal.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Esperaba que pudieses explicármelo. Por eso estoy aquí.

Un trueno rasgó el aire para echar a volar a los pájaros que ocupaban los árboles a nuestro alrededor.

Silver avanzó un paso para quedar otra vez al filo de la escalera. Di un tentativo paso hacia él y al ver que no retrocedía me le acerqué un poco más.

—¿Alguna vez escuchaste nombrar a Patrick Reed?

Silver asintió con la cabeza.

—Lo conocí anoche en el Mystical. No en mi Mystical, en el de Jake, Caleb y Henry. Fue allí para dar una fiesta. Cerró un trato muy importante con un hombre de apellido Vorobiov y eso mismo celebraba.

—No deberías ir a ese lugar, menos que menos llevar tus cartas allí. Te lo dije docenas de veces.

—Fui a hacerle un favor a Lidia.

—Lidia no debería pedirte esa clase de favores. ¿Qué sucedió? Continúa.

—El socio de Reed se sentó frente a mí, su abuela también tenía un don o al menos eso me contó. Vorobiov me pidió que le dijese algo sin ver mis cartas. Solamente alcancé a divisar un gran vacío. Hablábamos cuando apareció Reed. Todo se salió de control. Reed se enfureció. Dijo que había pedido expresamente que no quería a nadie allí... me llamó bruja y por poco...

Sin previo aviso Silver bajó dos de los cuatro escalones que nos separaban y se quedó observándome fijo.

—Sentí como si todas mis pesadillas cayesen sobre mí en ese instante. Mi piel ardió mientras él me insultaba. El hombre se puso hecho una furia. Hay algo sobre él, Silver. Carga oscuridad en su interior.

Silver se llevó una mano al esternón y luego la bajó despacio por encima de la camiseta negra que cubría sus abdominales. De allí, su mano voló directamente a sus labios.

—Pretendía atacarme. Más bien parecía deseoso de destrozarme. De no haber sido por su socio, su hermano y los demás... —me relamí los labios

nerviosa —me sacaron de allí; en la huida mis cartas quedaron atrás. Reed por poco mata a su socio, entre varios tuvieron que quitárselo de encima para que dejase de golpearlo. Estaba fuera de sí. Vorobiov terminó en el hospital.

—¿Qué tiene que ver todo esto con tus cartas?

—Ese hombre las destrozó.

—A eso te referías cuando decías que las perdiste.

—Bueno, más o menos. Llevo un par de noches con mis pesadillas siendo más vívidas de lo normal. Anoche llegue a casa muy turbada, las cartas habían quedado en mi bolso envueltas en su paño, convertidas en trozos inutilizables —abracé la caja que las contenía, contra mi pecho.

Silver descendió un escalón más.

—Anoche además de soñar con el fuego de siempre...

Silver bajó el último escalón que nos separaba y se detuvo justo frente a mí. Su aroma llegó a mi nariz. Él siempre olía a madera, a bosque y yo jamás lo vi ponerse perfume alguno.

Inspiré hondo y recibí en mis retinas pantallazos fugaces de recuerdos compartidos.

Silver interrumpió mis recuerdos poniendo una mano sobre la caja.

—¿Qué soñaste, Agatha?

Tragué saliva.

—Soñé que estaba sola en un lugar oscuro. Encerrada. Había ratas y mugre a mi alrededor. Hacía frío y ese espacio contaba con una ventana diminuta por la que entraba aire todavía más helado.

Silver clavó sus ojos en mí. Jamás lo había visto tan serio.

—¿Continúa?

—Bueno... —no sabía cómo contarle sobre aquel hombre de mi sueño, el que yo amé anoche en ese otro mundo que no comprendía.

—Agatha. ¿Qué más?

—Había un hombre. No estaba en esa sala, sino que estando allí en ese sueño yo lo recordaba a él, sabía que lo amaba y quería que viniese a

rescatarme.

—¿Viste su rostro?

Negué con la cabeza.

—¿Mencionaste su nombre?

—No, no salió de mis labios y no creo que lo recordase tampoco en aquella situación. No lo sé, es la primera vez que sueño eso.

—¿No viste nada de él que pudieses reconocer. Su perfume, el color de sus ojos, de su cabello, su voz?

—Escuché su voz pero dudo que pueda identificarla. Su olor... no lo sé. Lo único que sé es que yo sabía que para él era peligroso estar conmigo.

—¿Un hombre corría peligro por estar contigo? —Silver resopló—. Entonces ciertamente ese hombre no debía estar a tu lado.

—No era culpa de él. Soy tóxica hasta en los sueños.

—Mi reina, no eres tóxica, es que simplemente no eres para cualquiera, por eso nosotros dos deberíamos estar juntos.

—Silver...

—¿Fue por ti ese hombre, a sacarte de allí?

Negué con la cabeza una vez más.

—Es obvio que el hombre no era el indicado. Así como Owen no tiene nada que hacer a tu lado.

—Silver no vine a hablar de él.

Silver chasqueó la lengua y me dio la espalda por un momento para echarse a andar por el jardín. Las gotas continuaban cayendo a nuestro alrededor.

—¿Qué tiene todo esto que ver con tus cartas?

—Bueno, nada directamente —solté siguiéndolo—. Desperté en mitad de la noche completamente descontrolada y fui a por mis cartas. Al sacarlas de mi bolso todavía podía sentir los trozos de cartón destrozados dentro de la seda lila pero en cuanto las desenvolví... —correteé hasta él y abrí la caja. Silver siguió de cerca los movimientos de mis manos al apartar la seda—. Me

encontré con esto.

Conté cinco segundos antes de que Silver volviese a parpadear después de quedarse viendo las cenizas a las que habían quedado reducidas mis cartas.

—Yo no las quemé. Las cartas estaban rotas sin embargo todavía eran cartas cuando las metí en mi bolso antes de dejar el Mystical.

Silver apretó los labios y me miró.

—Tengo un mazo de cartas ideal para ti. Pasa, lo buscaremos.

Dio la vuelta e hizo el ademán de lanzarse de camino a la casa pero lo detuve con mi mano sobre su antebrazo.

—Silver...

Se volvió y me miró.

—¿No dirás nada? Mis cartas son ahora cenizas y nadie las prendió fuego —alcé la caja para que volviese a ver lo que contenía—. El paño estaba intacto. No miento, yo no quemé las cartas. Yo no provoqué estas cenizas y nadie puede haberlo hecho. Si, Henry las tocó para recogerlas pero luego las guardé yo.

—¿Ese hombre las rompió, él las tocó?

Asentí con la cabeza comprendiendo que se refería a Reed.

—Entiérralas. Dale las gracias, cierra el paño y entiérralas en algún buen lugar. Tú encontrarás el sitio correcto.

—Sí, claro.

—Y por nada de este mundo vuelvas a aproximarte a ese hombre.

—¿A Reed?

—Nunca más, ¿lo has oído? Nunca vuelvas a aproximarte a él.

—¿Es responsable de esto? ¿Cómo? Él siquiera sabe... él no cree en estas cosas y a decir verdad apenas si termino de concebir que algo semejante sucediese con mis cartas.

Silver bajó la tapa de la caja.

—Cierras el paño, das las gracias y las entierras, y nunca más te cruzas

por la vida de ese hombre —repitió en un tono más pausado.

—¿Cómo pudo hacer esto?

—Deberías mudarte aquí conmigo —soltó dando un primer paso hacia la casa otra vez. Ahora las gotas que caían eran el principio de una lluvia que no parecía fuese a ser ligera.

—Silver. ¿Dime cómo lo hizo? ¡Silver!

No se detuvo y continuó camino para rodear la propiedad. Apretando el paso para seguir el ritmo de sus larguísimas piernas, trepé los escalones.

—Escucha, necesito una explicación no solamente un mazo nuevo de cartas.

Silver se frenó de golpe poco de cruzar la puerta de entrada.

—¿En verdad necesitas que te explique el porqué no debes aproximarte al hombre que te insultó y quemó las cartas que yo te regalé?

—No, lo que necesito que me expliques es cómo hizo para quemarlas.

—La maldad encuentra sus modos, mi reina.

—Silver no me llames así, sabes que no me gusta.

—Múdate aquí conmigo.

—Silver, no empieces con eso.

—Al menos por unos días. Estoy preocupado por ti. Tus sueños, Agatha.

—Estaré bien.

—No deberías rechazar la ayuda que se te ofrece.

Le dediqué una media sonrisa.

—Aceptaré las cartas que quieras darme.

Silver aceptó mi broma con una sonrisa.

—Quizás fuese buen momento para cambiarlas.

—Sí, claro.

—Son cartas especiales las que te daré.

Se echó a andar otra vez bajando los escalones que conducían a una sala de estar por debajo del nivel de la entrada en la cual estaba montado un jardín que era un trozo del que se expandía a cada palmo del exterior, sólo que aquí lo hacia entre sillones negros, mesas de apoyó, lámparas y enormes geodas.

—Son cartas que llevan un siglo sin ser utilizadas. Sé que se enamorarán de tus manos —entonó, se detuvo, dio la vuelta y le echó un vistazo a mis manos—. Cómo no enamorarse de tus manos —soltó y continuó andando—. Son cartas muy poderosas. Tendremos que comprobar si funcionan.

—Bueno, puedes darme otras si no. Yo lo que no quería era tomar un mazo de las que vendo. No es lo mismo.

—Claro que no. Nosotros necesitamos cartas con vida y personalidad.

—Sí, supongo.

—No supongas, así es mi reina.

—Silver, no me llames así por favor.

—Supéralo, Agatha, yo todavía te amo.

—Silver, no es momento para esto.

—Sabes que los rumores corren rápido —comenzó a decir sin detenerse. Ahora avanzábamos por la sala de música de camino a su espacio más

personal.

—¿A qué rumores te refieres?

—Sé bien que tienes una cita en su estudio.

Lo comprendí al instante.

—¿Podrías darme una tregua? No es momento para hablar de Owen.

—¿Por qué insistes en relacionarte con él?

—Por que es mi amigo.

—Quiere ser algo más que eso. ¿Qué te tatuarás esta vez?

Otro trueno sonó y entonces sobre nuestras cabezas, por encima del techo de cristal comenzó a caer un verdadero diluvio.

—Silver estoy agotada.

Mirándome con cara de pocos amigos se detuvo a unos cuatro metros del gigantesco portal que debíamos traspasar para entrar en aquel sitio que a mí siempre me pareció demasiado mágico y al mismo tiempo muy tenebroso. Esas enormes y altas puertas negras indefectiblemente me ponían los pelos de punta cada vez que las enfrentaba.

—¿Contesta?

—Un triángulo equilátero en el cuello justo por debajo de la nuca. ¿Feliz?  
—solté enfrentándolo.

—Fuego.

—Sí, el símbolo del fuego.

—Ese hombre no tiene la menor idea de lo que hace y tampoco tú. Jamás le preguntaste a las cartas por él. ¿Por qué es eso?

—Sabes que no me gusta tirarme las cartas.

—¿Qué temes ver?

Mis labios permanecieron sellados. Supongo que temía ver cualquier cosa que las cartas pudiesen enseñarme.

—Con lo que siento es suficiente.

—Siquiera le haces caso a lo que sientes. Si escuchases lo que tu don te dice cortarías de raíz con ese hombre.

—Silver, Owen no es mala persona.

—Ese hombre jamás te rescataría de esa sala oscura, sucia y fría con la cual soñaste. No tiene lo necesario ni como hombre ni como ninguna otra cosa. Les preguntaremos a las cartas en un momento. Ya lo verás.

—No quiero verlo. ¡Silver! —chillé su nombre al verlo abrir la puerta.

Esta gigantesca sala era un museo de lo místico, de lo pagano y mágico. Aquí había de todo, desde geodas, pasando por antiquísimos manuscritos y libros sobre pies de madera igual de antiguos, velas por todas partes, esculturas que no tenían aspecto muy amistoso, animales disecados. Repisas y más repisas con más libros y cientos de miles de frascos, cajas y demás envases conteniendo sustancias desconocidas para el hombre común. Cuernos, caracoles, plantas, hojas y flores secas, y lo que más me disgustaba de todo aquí: la serpiente de Silver durmiendo en su gigantesca caja de cristal que más parecía un sarcófago; enroscada y a la luz ultravioleta.

Pasamos junto a ella, yo apartándome todo lo posible, lo cual no resultaba sencillo con tantas mesas de trabajo y cosas que había por el medio.

Recordaba que la primera vez que entré aquí sentí como si acabase de caer de pie en un estupendo set de filmación de una película de brujas. Esto era demasiado real y al mismo tiempo demasiado fantástico.

Apurando mis últimos pasos, dejé atrás la serpiente y lo seguí en dirección hacia el gigantesco armario en el que guardaba su tesoros más preciados. Éste era un ropero de unos cuatro metros de ancho, dos puertas de madera labrada con las formas de un gigantesco arbusto en flor; flores poco amistosas que tenían la apariencia de ser carnívoras y no las carnívoras que devoran insectos sino las que podrían comerse a un ser humano, igual que la serpiente en la caja.

Silver sacó un manajo con tres llaves del bolsillo trasero de sus pantalones antes de detenerse frente al armario.

—Ya quieren reunirse contigo —entonó y entonces un reflejo de luz que dio en la una de las tantas bolas de cristal que había aquí, impactó de lleno en mis ojos.

Al recuperar la vista vi que ya había abierto el armario.

Silver apartaba una de las tres puertitas centrales que escondían el resto de los elementos que se guardaban dentro de aquel mueble, y de entre unos libros de piel extrajo una caja de marfil y madera.

Al principio no logré captar el detalle de las incrustaciones mas en cuanto la sacó divisé las flores y las hojas adornándolo todo.

Las flores eran de un violeta muy tenue.

Llevó hasta la mesa más cercana. Lo seguí de cerca para dejar la caja con las cenizas a un lado.

Con gran ceremonia Silver apartó la tapa de marfil y madera para sacar de dentro el paquete de seda lila que apenas si tenía color y cuerpo. El único y más sublime detalle era que olía a lavanda.

Desanudó el paño de seda y me presentó las cartas.

—Aquí las tienes, tu nuevo mazo de cartas.

Al instante las sentí vibrar sobre la mesa y en mi pecho.

El reverso de las cartas era un cielo violeta repleto de estrellas.

Silver me arrebató mi muñeca derecha tirando así de mi cuerpo. Posó mi palma sobre el mazo.

Escuché que me preguntaba qué sentía. No conseguí contestar. Lo que experimentaba era demasiado abrumador. Fue como si me reencontrase con un pariente muerto hacia una eternidad, como si encontrase un trozo de mi alma que no sabía que había perdido.

Sentí miedo y al mismo tiempo una felicidad enorme.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi piel se calentó.

Las llamas volvieron a mí sin embargo a pesar del calor, no conseguían quemarme. Las cartas me protegían, eran mi escudo.

Sonreí.

Silver sonrió conmigo.

—Bien, no queda duda. Las cartas son tuyas. Lo único es que deberás limpiarlas porque yo las usé un par de veces y porque planeo utilizarlas

ahora. Corta.

—¿Qué?! ¡No! —de un tirón quise apartar mi mano; no me lo permitió.

—Corta, Agatha. Corta o no permitiré que te lleves las cartas.

—¿Qué?! No puedes hacerme eso, Silver. Esas cartas son mías —chillé al borde de la desesperación y al escucharme gritar aquello, me preocupé todavía más. Sabía que no podía irme de aquí sin esas cartas. Ese mazo estaba ligado a mí mucho más de lo que lo estuvieron las anteriores y no tenía ni idea de porqué, siquiera las había utilizado antes, no tenían ni mi energía ni nada mío.

—Corta ahora o las cartas se quedan aquí.

—No puedes hacerme eso.

Silver soltó mi mano.

—Es tu decisión, o cortas o te vas sin las cartas.

Me quedé contemplándolo incrédula.

—Hazlo.

—Por favor, Silver —gemí. Miré las cartas y a continuación alcé la vista hacia él.

—De algún modo tienes que entender cómo funciona el mundo. Corta —entonó sin piedad.

Ante lo implacable de su mirada gris rodeada de cejas plateadas y unas pestañas que todavía se resistían al plateado del resto de su cuerpo, posé mi mano sobre las cartas y dividí el mazo en dos. Tragué en seco. No quería hacer aquello pero tampoco podía separarme de las cartas.

Silver las acomodó.

Me aparté un poco y moví mis ojos fuera de su campo de actividad.

Silver comenzó a desplegar las cartas sobre la mesa mientras yo me concentraba en las flores de manzanilla colgando boca abajo al otro lado de la sala.

—Bueno, alguien morirá. Eso está claro.

Fue como si alguien me golpease en la nuca con un bate de beisbol.

—¿Qué dices?!

—No es alguien muy cercano a ti pero lo conoces, por eso salió en la tirada.

Silver señaló las cartas. Ya no me quedaron fuerzas para mantener la vista lejos de la tirada. No me gusto nada de lo que vi pese a que intenté no prestar demasiada atención.

—No vuelvas a cruzarte en el camino de Reed ni que sea por accidente, ese sujeto no es bueno para ti ni para ninguno de nosotros, lo que él es no se mezcla con lo que nosotros somos. Y aléjate de Owen, también —se despachó aprovechando el momento. A continuación Silver tomó la carta y la puso prácticamente delante de mi nariz.

La miré por una fracción de segundo y se la arrebata de la mano.

—Suficiente. Ya viste todo lo que querías —uní esa carta al resto y comencé juntarlas.

—Ayudaré a mudar tus cosas mañana.

—No harás eso porque no pienso mudarme aquí, Silver.

—¿No? ¿Qué harás entonces?

—No lo sé. Gracias por las cartas.

—Allí estaba, tú y yo estaremos juntos por siempre. Suceda lo que suceda. Los demás son como extras en una película. Puede que tengan unas cuantas líneas que decir mas jamás tendrán un protagónico.

—Esto no es Los Ángeles, Silver.

—No, es Miami. Este extraño lugar al que vinimos todos a caer.

—Escucha. Te agradezco y siempre te agradeceré...

—No soy idiota. Viste la cara de la muerte.

Sí que la había visto y por eso mismo pensaba ir de aquí directamente al hospital en el que se encontraba internado Vorobiov para advertirle que se alejase de la ciudad lo antes posible.

—No viste nada en el futuro de ese hombre y dudo que esa carta se refiera a alguien más —prendió su mano de mi muñeca otra vez—. Si haces

algo no solamente pondrás tu vida en peligro. Muchos sufrirán.

—No digas esas cosas.

—No te vayas.

—Tengo que irme.

—No podrás evitar lo que pueda sucederle a él, pero si podrías evitar destrozarte tu vida. Alguien morirá y no puedes hacer nada al respecto.

—Gracias por las cartas, Silver—. Entoné y su mano se cerró alrededor de mi muñeca.

—El único que podría sacarte de un lugar oscuro como el que soñaste anoche soy yo, y de hecho lo hice una vez. ¿Lo olvidaste acaso? ¿Olvidaste quién te rescató cuando estabas perdida?

—No. Me salvaste.

—No fue Owen ni fue ese hombre que morirá, fui yo.

—Ya lo sé.

—No cometes una estupidez. Cometiste una anoche y viste cómo acabó —soltó mi mano—. Es muy valiente de tu parte imprimir con tinta el fuego en tu piel. Quién no es muy valiente es el hombre que enciende la chispa. Él solamente inicia el fuego sin embargo jamás podría hacerse responsable de lo que las llamas provocarán. Él no tiene ni la menor idea de cómo controlar eso.

—Será mejor que me vaya. La tormenta se pone cada vez más fuerte.

Silver dio un paso atrás.

—Claro, conoces la salida.

Encerré las cartas dentro del paño y las coloqué sobre la caja con las cenizas para pegar todo contra mi pecho.

—Si de madrugada quieres aparecerte por aquí con tu equipaje y Azrael, ven, sabes que las puertas de mi casa están siempre abiertas para ti.

—Eso no será necesario.

—Nos vemos pronto mi reina.

Con un bufido le demostré que pese a las cartas que me había dado todavía continuaba molestándome muchísimo aquel apodo.

—Gracias y hasta pronto.

Silver no contestó con palabras sino que todavía de espaldas a mí, alzo su mano izquierda y movió los dedos.

Salí de la casa a toda prisa. Corrí bajo la lluvia y me metí en mi auto.

Una vez allí y bajo el sonido ensordecedor de la tormenta, acaricie el paquete con las cartas nuevas.

El mazo latió debajo de mi palma igual que una criatura viva, rebosante de energía.

Feliz de llevarme conmigo ese trozo de mi alma, sonreí.

Puse el motor en marcha y al alzar la cabeza vi a Silver parado, cruzado de brazos sobre lo más alto de la escalera de entrada.

No tenía ni idea de cómo había llegado allí. Hacia un segundo no estaba.

Silver no me dedicó más gesto que seguirme con la mirada. Incluso cuando retomé el camino para salir de la propiedad lo vi por mis espejos retrovisores todavía parado muy firme en el mismo lugar.

El portón de entrada se abrió a mi llegada y cerró en cuanto dejé atrás el camino.



## 4.

## Tinta.

Quizás pudiese hacer algo para evitar la muerte que se avecinaba.

Con las calles cubiertas de una pátina de lluvia que semejaba cristal, conduje en dirección al hospital en el que Lidia me había contado que Vorobiov estaba internado. Esperaba encontrarlo allí todavía. En ciertos aspectos los hospitales eran lugares seguros, sobre todo si sobre ti pesa la sombra de la muerte.

Rogaba porque todavía no le hubiesen dado el alta, de otro modo tendría que intentar averiguar dónde se alojaba.

Todavía me quedaban un par de horas antes de tener que sentarme frente a Owen, o mejor dicho de espaldas a él.

Temí que la tormenta me impidiese llegar. Las ráfagas de viento se ponían cada vez más feroces por lo que las palmeras y demás vegetación, no paraban de sacudirse de un lado al otro. Había papeles y follaje volando por las aceras.

Divisé la fachada del hospital completamente iluminada pese a que faltaba un par de horas para que cayese la noche. Las nubes de tormenta se habían ocupado de oscurecerlo todo.

Una ambulancia pasó junto a mí a toda velocidad y se metió por el ingreso de ambulancias.

Aparté la vista y mis sentidos del vehículo. No quería saber nada más de dolor o muerte.

Busqué un sitio en el que dejar mi automóvil, por desgracia no encontré ninguno medianamente cerca del hospital. No me quedaría más remedio que mojarme. Dejé mi bolso y demás pertenencias en mi vehículo, no tenía caso someterlas a la lluvia torrencial que caía. Tomé coraje, abrí la puerta y salí corriendo.

Creo que la lluvia no tardó ni tres metros en hacer agua de mí.

Un par de ojos que ocupaban la sala de espera al otro lado de la entrada del edificio, se alzaron para verme llegar. Para no alarmar a nadie, frené mi paso ni bien la atravesé.

Tenía la ropa pegada al cuerpo y el pelo aplastado contra el rostro.

De camino a informes, intenté recomponer mi imagen.

La enfermera al otro lado de mostrador, despachó a un hombre y me recibió a mí con un buenas tardes no demasiado feliz.

—Hola, buenas tardes. Estoy buscando a una persona. Lo ingresaron ayer por la noche. Su apellido es Vorobiov.

La mujer alzó las cejas, me contempló por un segundo y poniendo los dedos sobre el teclado me pidió que le deletrease el apellido.

Se lo deletreé como me pareció que podía escribirse, la realidad era que no tenía ni la menor idea de cómo se escribía.

—Su nombre de pila es Andrey —solté para intentar facilitar su búsqueda.

—El señor Andrey Vorobiov fue dado de alta hace una hora.

—¿Ah sí?

—Sí. Tres hombres en una limusina vinieron por él.

—¿Tres hombres en una limusina?

—Sí, como lo oye. Hay gente para todo.

—¿Tiene idea de quiénes eran esas personas?

—¿Tengo aspecto de agente secreto?

—No, pero es que... ¿Sabe si eran amigos suyos?

—No tengo ni la menor idea. Solamente sé que esos tres hombres se fueron con él al cabo de subirlo a la limusina. Dos se montaron con él en el vehículo y un tercero en un auto que les hacía de escolta. Un automóvil negro de aspecto costoso.

—Se fijó mucho en los detalles para no ser agente secreto. ¿Por qué se fijó tanto en ellos?

—No lo sé —la enfermera que era una mujer de unos cincuenta años tenía la apariencia de ser muy seria. Su aspecto era muy recatado, casi neutro, sin una pizca de personalidad y por eso me llamó la atención que se fijase en los detalles.

Me le acerqué intentando captar algo.

Lo único que sentí fue una nube de humo gris rodeándonos a las dos. Hubiese jurado que hasta casi si podía oler el humo. Y entonces así sin más recordé mi fuego y lo sucedido anoche con Reed.

—¿Podría decirme si uno de los hombres que lo acompañaba tenía barba? Un hombre de unos treinta y pocos años, ojos verdes.

La mujer se quedó pensando el tiempo en que duran dos parpadeos.

—Alguien así bajó de la limusina cuando llegó pero él no fue a buscar al paciente, se quedó afuera —indicó con su dedo en dirección a la puerta, a la calle en la que todavía llovía a mares —estuvo un par de segundos parado allí afuera debajo del techo y antes de que el paciente bajase, se metió otra vez dentro del vehículo. No volví a verlo. Tenía barba pero no podría asegurarle que tuviese los ojos verdes. Desde aquí no se veía. Era elegante, eso sí; no esperaba otra cosa de un hombre que va con semejante comitiva.

—Claro. Escuche, sé que Andrey está quedándose en un hotel, ayer fue un amigo mío quien lo trajo aquí... podría decirme si el señor Vorobiov dejó la dirección de algún hotel como referencia al ingresar.

—No puedo darle esa información. Pídasela a su amigo.

—No quisiera molestarlo y tengo prisa.

La mujer negó con la cabeza de manera rotunda.

—Se lo ruego. Es un asunto de vida o muerte.

—El señor Vorobiov salió de aquí andando perfectamente. Dudo que él corra algún riesgo. No tenemos por qué preocuparnos por ese paciente. ¿O acaso es que es alguien más quién está en peligro? —soltó esto último en un tono burlón que me aseguró que la mujer no soltaría prenda—. Ahora, por favor, si no necesita ninguna otra cosa le ruego despeje el lugar.

Negué con la cabeza resignada.

—Adiós.

—Adiós, que tenga buen día —soltó sin la menor intención de desearme nada bueno.

Todavía empapada corrí de regreso a mi automóvil para ponerme en marcha hacia el estudio de Owen.

Al primer semáforo que me frenó con su luz roja puse el manos libre y llamé a Jake.

—¡Agatha! ¿Estás bien? ¿Te sucedió algo?

—Hola, Jake. ¿Estás ocupado?

—Sí, no... bueno, más o menos. Perdona que no te llamé para ver cómo estabas. Es que tengo mucho trabajo. Esta noche tenemos otra fiesta y después de anoche... bueno, hay un pequeño caos aquí. ¿Estás bien? Lamento muchísimo lo sucedido. Henry me dijo que se ofreció a escoltarte a tu casa. Perdona por no llamarte.

—Estoy bien, Jake, no pasa nada. No había necesidad de que nadie me acompañase a casa. Escucha, te molesto porque necesito que me ayudes con una cosita.

—¿Qué cosita es esa? —dijo en un tono más alegre.

—Sé que Caleb acompañó anoche a Andrey Vorobiov al hospital.

—Sí, así fue.

—Necesito saber en qué hotel se hospeda el socio de Reed.

—¿Y eso para qué?

—Tengo que hablar con él.

—¿Agatha de verdad crees que después de lo de anoche sea una buena idea?

—Es importante, Jake.

—¿Importante cómo? Lo de anoche nos trajo suficientes problemas. Abogados y ríos de tinta de por medio. No creo que sea lo ideal, que te pongas en contacto otra vez con el socio de Reed.

—¿Abogados?

—Sí, los de Reed, Agatha. Los nuestros dicen que intentarán resolver todo por vías extrajudiciales y con la mayor amabilidad posible pero esto está siendo un verdadero dolor de trasero. Tú no debías estar aquí, ese era el puesto de trabajo de Kelly. Este error no nos saldrá muy barato que digamos.

—Reed mencionó que había pedido que nadie ocupase aquel rincón, es más dijo que quería que lo quitasen.

Doblé en la esquina y un rayo plateado atravesó el horizonte.

—¿A quién le pidió Reed quitar el rincón?

Jake se mantuvo en silencio.

—¿Jake?

—Fue a mí y me olvidé por completo. Ayer fue aniversario de la primera vez que nos vimos.

—Jake...

—Fue una estupidez. Estoy sobrepasado de trabajo y lo olvidé. Solamente te quería allí. Caleb está furioso y hasta Henry me dijo que soy un estúpido. No te conseguiré esa dirección, Agatha. Los chicos me matarían si lo hiciera, y ni te explico nuestros abogados. No puedes volver a acercarte a ninguno de los dos y con esto me refiero a Vorobiov y a Reed.

—Es importante, Jake, muy importante. La vida de Andrey Vorobiov corre peligro.

—No, Agatha, no digas esas cosas. No quiero oírlo.

—Es cierto.

—¿Te lo dijeron tus cartas? —lanzó en un tono cansino.

—Mis cartas se transformaron en cenizas esta madrugada. Vi algo raro en él anoche y tuve una confirmación hace un rato nada más.

—¿Una confirmación? ¿Qué clase de confirmación?

—Bueno...

—¿Cómo lo adivinaste?

—La verdad es que no fui yo.

—¿Quién, Lidia acaso?

—No —contesté imaginando que Jake no tardaría ni cinco segundos en hacer sus deducciones.

—Silver —entonó riendo con desgano—. Claro, no podía ser de otra manera. ¿Qué fue lo que predijo esta vez? ¿La muerte de Vorobiov? Seguro que sí, todos conocemos a Silver, le encantan las predicciones apocalípticas. Como si no lo conocieses, Agatha.

—Necesito encontrarlo.

—Lo siento, no puedo ayudarte e imagino que entenderás que Caleb no te facilitará su dirección y te ruego, te imploro que no metas a Henry en aprietos. No podemos volver a inmiscuirnos en el asunto o tendremos todavía más problemas. Debo colgar ahora. Me gustaría hablar contigo pero en este momento todo es una locura. Por favor, no te enojas conmigo ni con ninguno de nosotros.

—Bien.

—Lamento cortarte así. Te llamo mañana y me cuentas lo que sucedió con tus cartas.

—Sí, claro, no te preocupes por eso.

—Adiós.

—Adiós, Jake.

Desvié un segundo la vista del camino y corté la comunicación.

Sí Jake se había negado a pasarme los datos sobre el hotel en el cual se alojaba Vorobiov, con Caleb no tendría ni la más ínfima pizca de suerte; jamás le caí bien, y dadas las circunstancias, él debía creer que yo tenía la culpa de todo.

Conduje en silencio por un par de calles intentando decidir qué hacer, no podía empezar a llamar a todos los hoteles de la región para preguntar si el socio de Reed se alojaba allí. Me pregunté si de conseguir esos datos, encontraría a Vorobiov en su habitación, después de todo, por lo que había dicho la enfermera, era probable que estuviese con Reed, ¿o sería que él solamente lo había pasado a buscar para llevarlo a su hotel?

Un semáforo me detuvo. Los limpia parabrisas iban de un lado al otro del cristal provocando olas. La lluvia golpeaba contra la carrocería de mi vehículo de un modo tal que parecía que del cielo no caían gotas sino piedras.

Mis dedos sobre el volante repiquetearon al ritmo de las gotas.

Lo pensé y lo hice casi al mismo tiempo. Del asiento del acompañante manoteé mi móvil y busqué su número. Lidia contestó al segundo repique.

—Hola. ¿Cómo te fue con Silver?

—Hola, Lidia. Bueno, Silver es Silver. Al menos tengo cartas nuevas.

—Eso está muy bien. ¿Al menos?

—Silver las usó, me hizo cortar.

—¿Le pediste que te tirase las cartas? —me preguntó sorprendida.

—No. Le dije que no quería y él de cualquier modo lo hizo. Me obligó, dijo que era eso o no me daría las cartas—. El semáforo pasó de amarillo a verde—. En resumidas cuentas Silver volvió a pedirme que me aleje de Owen y que me mude a su casa. Mi futuro inmediato es un tanto incierto. Eso no es lo peor.

—¿Que te mudes a su casa? —repitió—. ¿Qué salió en tus cartas?

—No importa. Lo más urgente ahora es resolver una situación en particular. Le hablé a Silver de lo sucedido con Reed y Vorobiov. Me advirtió que me mantuviese alejada de todo lo que tuviese que ver con Reed, si no lo hago saldré perjudicada, bueno eso por expresarlo de un modo suave. Sabes cómo es él.

—Sé como es él pero lo que dicen las cartas no puede ser falseado, no al menos ante ti que sabes de qué modo funciona. ¿Qué tan malo fue?

—Preferí no ver demasiado.

—Agatha... Bien, pasar unos días en la casa de Silver no...

—De ninguna manera —dije interrumpiéndola—. No iré a quedarme en su casa. Lidia, por favor, no nos desviemos del tema. Hay algo más importante que eso.

—Dime.

—Por lo visto Silver no es de la idea de que la paliza que recibió anoche el socio de Reed fuese lo peor que vaya a sucederle.

—Agatha eso significa que... Por Dios. Lo que viste es que no tenía futuro.

—Silver me advirtió que me alejase de Reed, dijo que él es no se mezcla con lo que nosotros somos. Insinuó que es peligroso, quizás también para Vorobiov, por lo que entiendo. En cuanto dejé la casa de Silver fui al hospital a buscarlo; ya le dieron el alta. La enfermera de la recepción dijo que habían ido a buscarlo con una limusina y un automóvil costoso. Creo que Reed fue a buscarlo. Necesito hablar con Vorobiov para advertirle —efectué una pequeña pausa—. Lo que sucede es que Jake no quiere pasarme sus datos. Reed inició acciones legales contra ellos porque le había pedido a Jake que quitase el rincón de adivinación y él supuestamente lo olvidó. Jake me confesó que me quería allí anoche. Cumplimos aniversario de la primera vez que nos vimos.

—¿Kelly no está enferma entonces?

—No lo sé, imagino que no. Lidia no tengo forma de averiguar dónde puedo encontrar a Vorobiov. En verdad temo por su vida, sobre todo si es que se fue con Reed.

—Ok. No digas más. Llamaré a Caleb. Algo le sacaré. Tú no te preocupes, daremos con Vorobiov antes de que algo malo le suceda. Te llamo en cuanto tenga novedades. ¿Vas de camino al estudio de Owen?

—Sí, estoy por llegar.

—Así que Silver estuvo muy Silver —canturreó.

—Sí, le conté sobre mi sueño, la parte en que estaba yo en ese lugar oscuro a la espera de que ese hombre que creía amar, viniese a rescatarme. Silver soltó que Owen jamás podría ser ese hombre y que de hecho él ya lo había sido, que él ya me había rescatado de la oscuridad.

—Sí, es cierto. Lo hizo. No puedes olvidar como era todo cuando llegaste al país.

—No lo olvido sin embargo no me quedaré junto a Silver solamente por eso. Supongo que los dos nos merecemos mucho más —hice una pausa—. Silver estaba un poco más raro que de costumbre hoy. Tuvo un par de reacciones extrañas. La primera cuando me acerqué a él cargando las cenizas de mis cartas, se apartó como si yo sostuviese en mis manos... no sé, algo potencialmente dañino para él. Al final me dijo que les diese las gracias y las enterrase.

—No le hagas caso, sabes que le encanta exagerar. ¿Y qué tal las cartas que te dio?

—Bien. Más que eso en realidad. Son cartas antiguas creo. Silver me dijo que llevan mucho tiempo sin ser usadas. No las había sacado de su caja y yo ya las sentía como mías. Fue como si recuperase un trozo de mi alma. Las limpiaré esta noche cuando tenga tiempo.

—¿Te tatuarás?

—Sí, Lidia y es más, casi llevo—. Por encima de unas edificaciones vi el cartel luminoso del estudio de tatuajes de Owen. Evité decirle que Silver tampoco estaba de acuerdo con eso—. Por favor, llámame en cuanto sepas algo. Owen tiene un amigo que es conserje, veré si puede llamarlo a ver si consigue averiguar en qué hotel se aloja.

—Sí, buena idea. Ya mismo llamaré a Caleb.

—Gracias, Lidia. Perdona que te ponga en estos líos a cada rato.

—De nada, si a mí me encanta —rio—. De cualquier modo cuídate mucho. Silver siempre exagera pero lo mejor es prevenir.

Terminamos de despedirnos y arrojé mi móvil dentro de mi bolso. Justo delante del estudio tenía un lugar para estacionar, lo cual agradecí porque todavía diluviaba y pese a que continuaba húmeda, no quería terminar chorreando agua otra vez.

No terminé de sacar la llave del contacto que vi a Owen salir con un paraguas en mano, dispuesto a rescatarme de la tormenta.

Corriendo llegó a mi lado del vehículo.

—Hola —me saludó con una enorme sonrisa que derrochaba dulzura. Sus ojos tampoco se quedaban atrás.

—Hola —salí del coche y le di un beso en la mejilla.

—Me encanta tenerte aquí una vez más.

Cerré la puerta.

—A mí me encanta venir aquí. Sabes que no dejaría que nadie más me tatuase.

—Y tú eres mi piel preferida —entonó yendo un poco más allá.

—¿Cómo va el trabajo? —tenía que cambiar de tema cuanto antes porque no se me antojaba hablar de nosotros.

Nos echamos a la carrera otra vez hacia la acera y la entrada de su local.

—Llevo un día agotador. Tenía sesiones de un par de trabajos muy grandes y mi espalda acusa mi edad y una semana de no parar ni un segundo.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

Llegamos al alero que formaba la marquesina de su estudio, allí al resguardo de la lluvia, sacudió el paraguas.

—De ninguna manera, llevo toda la semana esperando por este momento. ¿Cómo crees que te diría que lo dejásemos para otro día? Sí es hoy, es hoy — Owen se detuvo a observarme un instante. Su mano derecha fue hasta el mechón de cabello mojado que caía sobre el lado izquierdo de mi rostro—. ¿Por qué estás mojada?

—Salí sin paraguas y cae una tormenta de mil demonios —resumí. No planeaba contarle todo mi día.

—Te buscaré algo seco que puedas ponerte o te enfriarás —enganchó el mechón de mi cabello casi blanco, por detrás de mi oreja.

Recordé el día que aparecí con mi melena así ante Silver. Lo hice cuando todavía vivía con él, al poco tiempo de llegar. Si bien su cabello era de un

blanco tirando a grisáceo que así crecía de modo natural, y el mío de un blanco un tanto más dorado, él había soltado que éramos como dos gotas de agua, una caída sobre la plata, otra sobre el oro. Yo una gota de agua caída sobre una corona de reina, él sobre la corona de plata de un príncipe consorte. Desde ese día fui su reina.

Por primera vez desde que la lluvia me bañara, sentí frío, verdadero frío que hizo que se me pusiese la piel de gallina.

Ante mi estremecimiento Owen me rodeó con uno de sus brazos. Su cuerpo caliente me reconfortó al instante. Cómo no sentirme cercana a él y todo en su persona, desde su carácter, pasando por su voz, su mirada, acabando en su cuerpo, me gustaba.

Lo mejor de él era lo que desprendía desde lo profundo de su ser: paz, estabilidad, afecto, por sobre todo. En Owen no había ni una pizca de maldad.

—Andando, te prepararé una buena taza de té.

—¿Ya se fueron todos?

—Rita todavía está trabajando. Terminará en unos minutos, no te preocupes.

Le sonreí.

—Está bien, no me molesta Rita.

—A mí sí —rio —tengo ganas de que pasemos un rato solos. Llevamos demasiado tiempo sin conversar e incluso sin estar en silencio juntos, ya sabes, te extraño.

—También te extrañaba.

Owen se quedó mirándome. Por un momento pensé que me besaría, en vez de eso desvió los ojos en dirección a la acera de enfrente; seguí su mirada y no vi a nadie. A causa de la lluvia no había un alma en la calle.

—¿Qué?

Owen sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

—No, nada. Pensé que... —volvió a sacudir la cabeza—. Entremos que hace un clima espantoso.

—Sí, claro.

—¡Llegaste! ¿Lista para más tinta en la piel? —exclamó Rita en cuanto me vio entrar, deteniendo su labor de envolver en papel plástico, el brazo de un hombre que acaba de tatuar. No sabía mucho de tatuajes orientales, de cualquier modo era imposible no quedar impactado ante la belleza de los personajes de ojos rasgados en aquel muy elaborado trabajo que imaginé vendría acumulando muchas sesiones.

Lo mío de hoy sería cuestión de minutos.

—Así es, lista para más tinta —le contesté.

—Owen me comentó que te tatuarás un triángulo en el cuello, justo debajo de la nuca.

—Exacto.

—El símbolo del fuego —comentó ella.

—Me gusta —opinó su cliente—. Te ves como alguien que deba llevar el fuego en su piel —me guiño un ojo y yo recordé el fuego destrozando la estructura de mi piel hasta convertirla en algo tenso, reseco, negro y mal oliente.

Sentí nauseas sin embargo logré mandarlas hacia abajo otra vez por mi garganta con una sonrisa.

—Le quedará estupendo —aseguró Owen—. Esto también quedó magnífico, Rita —hizo un par de comentarios elogiosos más sobre el trabajo de su empleada.

Mientras tanto yo me perdí en recuerdos, en uno en particular, ante mis ojos vi el rostro de Silver al decirme que esto no era una buena idea. Tuve y tenía miedo; nada mejor para superar ese miedo que tener aquello que te lo provoca, a la vista cada día. El fuego no acabaría conmigo, del fuego tomaría energía, del fuego renacería—. ¿Empezamos?

Owen soltó una carcajada.

—¿Tan ansiosa estás? Primero deberías cambiarte de ropa. Te buscaré una camiseta de las que mandamos a hacer como publicidad del local para que te cambies la ropa mojada, hay chaquetas también, sabes de aquellas con cierre que te enseñé en el catálogo la semana pasada. Me las entregaron hoy. Una ya tenía tu nombre —me dijo sonriente—. Creo que tengo un par de

jeans limpios de repuesto por ahí. Te los buscaré o acabarás resfriada — Owen dio un par de pasos internándose en el local—. Ven, mientras tanto busco las cosas, puedes prepararte un té.

—Listo —le dijo Rita a su cliente.

—Mil gracias por esto, Rita. Es un trabajo estupendo.

—Gracias.

—Es cierto, Rita. Te mereces un descanso —comentó Owen.

—Sí que sí. No puedo más. Limpiaré mis cosas y me iré a casa.

—Ok, nosotros estaremos allí atrás.

—Claro.

Owen se internó en la trastienda y yo lo seguí atravesando la cortina de terciopelo azul.

La trastienda del local de Owen se dividía entre un deposito, una cocina que utilizaban los empleados junto con una pequeña sala de estar. Atravesamos todas esas áreas para llegar al fondo del estudio: la oficina de Owen que era un espacio inmenso con una cocina incorporada, sofás, mesas, una biblioteca muy nutrida sobre tatuajes y arte en general, y un baño.

Fui directo hacia la tetera sobre la encimera de granito negro mientras él avanzaba hasta la pila de cajas, una que estaba en lo más alto ya había sido abierta.

—Tengo chaquetas blancas, grises y negras. ¿Cuál quieres? ¿Negra?

Asentí con la cabeza mientras cargaba la tetera con agua.

—Creo que no me quedaron camisetas negras. ¿Blanca te sirve? —me preguntó avanzando hasta el armario azul, con la bolsa que contenía la chaqueta con cierre y capucha negra la cual en la espalda llevaba el logotipo de su estudio.

—Sí, Owen, cualquiera estará bien. No te preocupes —coloqué la tetera sobre la base y la encendí.

—¡Listo, una camiseta y una chaqueta, todo talla M! Creo que te irán bien —se metió todo debajo del brazo y comenzó a rebuscar dentro del armario—. Estoy seguro de que tengo un par de pantalones por aquí. Te quedarán algo

holgados; mejor eso que terminar el día con fiebre.

—¿De qué quieres el té? ¿Tilo?

Owen me sonrió. Nos conocíamos bien. Las preguntas sobraban.

—Listo, aquí está todo —alzó victorioso el pantalón negro sobre su cabeza y acto seguido avanzó hasta mí—. Anda, ve a cambiarte que yo prepararé el té cuando el agua esté lista.

Tomé las cosas que me entregaba pero Owen no las soltó. Se quedó con sus ojos fijos en mí sin añadir nada más.

—¿Qué?

—Te ves distinta.

—Estoy igual que siempre.

—¿Sí?

—Sí.

—Estaba pensando... llevo un par de horas dándole vueltas a algo.

—¿A qué?

—Recuerdas ese dibujo que hice de ti, el de carbonilla.

—¿Sí, qué hay con él?

—Hoy lo veía y... pensaba en algo. Es ridículo.

—¿Qué es lo ridículo?

—Lo que ese dibujo me hace sentir.

Aquí estaba, esa conversación que Owen y yo nos debíamos, solamente que después de mis últimas cuarenta y ocho horas, no me sentía de mucho ánimo para afrontar esto pese a que en el fondo lo deseaba.

—¿Qué es lo que el dibujo que hace sentir?

—Que hay algo malo.

—¿En el dibujo o...?

Owen recuperó un poco de su sonrisa y liberó las prendas a mis manos.

—Creo que no me lucí con ese trabajo.

—Es un trabajo estupendo. No entiendo que...

—No, no está bien, debería hacerte uno nuevo. Pero no en estas ropas —sonrió todavía más—. No así mojada. Otro día. Lo que quiero ahora es tatuar el fuego en tu cuello—. Owen me esquivó y caminó hasta la tetera—. Anda, ve a cambiarte.

Iba a pedirle que se explicase, que pusiese en claro eso que no terminaba de convencerme: ¿que el dibujo no estaba bien?; cuando Bowie llegó correteando con su particular y cansino paso.

—¿Dónde estabas tú? —lo saludó Owen pero Bowie vino directo hacia mí para entregar a mis pies una botella plástica, vacía. La soltó y se pegó a mis piernas esperando mimos.

—¿Estabas jugando por ahí? —le dije rascándole el lomo.

—Debía estar en el depósito —Owen se nos acercó y tomó a Bowie en brazos para darle un beso en la barriga—. Anda, ve a quitarte la ropa mojada, nosotros estaremos aquí esperándote —con la cabeza apuntó en dirección al baño.

—Gracias. Enseguida regreso.

Owen se puso a hablarle y a besuquear a su bulldog francés.

Me metí en el baño a cambiarme. Fue un alivio quitarme la ropa húmeda y si bien el pantalón me quedaba grande (no se me caía porque de cinturón le había puesto un pañuelo que llevaba en el bolso) era agradable sentir ropa fresca sobre mí.

Antes de salir de la privacidad del pequeño cuarto de baño le eché una mirada a mi móvil; ni señales de Lidia.

Espié hacia fuera por la pequeña abertura de ventilación. Aún llovía sin embargo con mucha menos intensidad. Era noche cerrada ya.

Echando mi cabeza hacia abajo peiné mi cabello con mis dedos y armé un moño en lo más alto de mi cabeza para que Owen pudiese trabajar sobre mi piel. Lo fijé en su sitio con un palito de madera que en la punta llevaba colgando una especie de dije de metal con una estrella de cinco puntas que me había regalado Lidia.

En el exacto momento en que abría la puerta, Owen levantaba de al lado de la tetera las dos tazas cargando la humeante bebida.

—¿Lista? Rita se fue hace un minuto; tenemos todo el lugar para nosotros solos. Hoy en la tarde hice varias plantillas. Ya me dirás que tamaño de triángulo te parece mejor.

—Claro.

Owen dio un par de pasos hacia mí.

—Lidia expresó con mucha elocuencia su desconformidad ante este tatuaje. Estoy feliz de hacerlo pero si tú no quieres... ya sabes. No pasa nada; bebemos nuestro té y conversaremos un poco.

—Quiero ese tatuaje.

—Bien, entonces no perdamos más tiempo.

Fue eso lo que hicimos.

Mientras bebíamos el té caliente y afuera llovía, Owen preparó su estación de trabajo, desinfectándolo todo con su cuidado y obsesión de siempre.

Preparó la tinta, las agujas y entonces abocamos a buscar el triángulo del tamaño ideal.

Con la transferencia de aquellas tres líneas sobre mi nuca, Owen preparó su máquina de tatuar.

Mis nervios, los cuales se habían ido incrementando con el correr de los minutos llegaron a un punto límite cuando a mi nariz, llegó el olor a humo de un incendio que jamás encontraría en este mundo.

Decidida a seguir adelante sin quebrarme por culpa de una pesadilla, me aferré a la silla rodeándola con mis brazos.

Owen encendió la máquina y entonces percibí más que humo. La piel del dorso de mi mano derecha comenzó a arder como si estuviese expuesta a flama viva, igual mis pies, y unos segundos más tarde, mis piernas.

Sentí la mano izquierda de Owen sobre la parte baja de mi cuello de ese mismo lado.

—Estoy listo para empezar —Owen aproximó su mano derecha a mi lado

derecho por la espalda también. El sonido del ronroneo eléctrico de la máquina de tatuar hizo cosquillas en mis oídos.

El fuego subió por mis muslos y de repente fue como si hubiese estallado una bomba incendiaria a mis pies, una llamarada dio de lleno en mi abdomen y en mi pecho. Apreté los dientes para contener el grito de dolor y le contesté que sí.

A la silla acolchada negra le clavé mis diez uñas pintadas de negro con toda la furia. Estaba furiosa con aquel dolor, no quería que me obligase a flaquear, quería este tatuaje sobre mí. Apreté los dientes y no le hice caso al humo que llenaba mis pulmones y que parecía tener la firme intención de sofocarme, de arrancarme hasta la última gota de energía, de a poco, mientras que la vida se me escapaba por los ojos en lágrimas que jamás conseguirían apagar el fuego que me devoraba.

Asentí con la cabeza para que Owen supiese que podía comenzar con su trabajo y pegué la frente al soporte de la silla para entregarle a él mi cuello, para que pudiese comenzar a trabajar.

Mi amigo y tatuador, pasó su mano por mi cuello desde abajo y hacia arriba tal si quisiese borrar de mi piel algo que jamás estuvo allí y entonces me avisó que comenzaría.

El fuego continuó invadiéndome incluso sin necesidad de que las agujas que entraban y salían del extremo de la máquina de tatuar, rasgase mi piel para depositar su tinta en lo profundo del órgano más grande que los seres humanos tenemos. Ese primer disparo se sintió en toda la superficie de mi piel así como se sentía el fuego en mis pesadillas justo antes de despertar.

Incluso apretando los párpados las lágrimas se me escaparon.

Owen dejó una línea ardiente sobre mí cuello y limpió el exceso de tinta.

Recordé las palabras de Silver, bien, no las palabras exactas, en este momento el dolor era demasiado intenso como para poder pensar con claridad y aquel sufrimiento nada tenía que ver con el tatuaje que Owen imprimía en mí. Era el fuego.

Chispa, había dicho Silver, el hombre que con la chispa enciende el fuego...

El fuego que él no podrá controlar jamás.

Ante lo que mis ojos vieron, solamente me restó desear estar dormida.

*—¡Arderás en el infierno! —vociferó el hombre y mi corazón se quebró en dos—. Tú y todos los que son como tú. ¡¿Cómo pudiste?!*

*Alcé la cabeza buscando su rostro pero a mi alrededor no conseguía ver más que una nube de humo negro.*

*—Nunca me amaste, este amor nunca existió. Todo fue un truco. ¡Brujería!*

*—¡No! —gritó mi voz desesperada—. Tienes que creerme. Te amo, es real. No miento. No es un truco.*

*—¡Algo me hiciste! ¡Esto no está bien! Debí darme cuenta de que era demasiado para ser real. Nada semejante existe en el mundo real, en el mundo de los hombres.*

*—No digas eso —lloré y sentí los dos trozos de mi corazón resquebrajarse en cientos.*

*—¡Tienes que hacer que deje de amarte!*

*—No puedo —gemí dolida tanto por su desprecio cuanto por la imposibilidad de ser capaz de hacer lo que me pedía. Ojalá pudiese hacer que dejase de amarme.*

*—Quizás el fuego termine con esto. Debería encender una hoguera para mí.*

*—Hay cosas que el fuego no puede quemar, que el fuego no daña y que jamás conseguirá extinguir. Mi amor es una de esas cosas.*

*No vi sus ojos viéndome y de cualquier manera sentí su mirada de desprecio sobre mí.*

La nube de humo quedó en silencio entonces. Dejé de oler el humo para percibir el olor a desinfectante y el perfume de Owen, para escuchar el zumbido constante de la máquina de tatuar y lo desacompañada de mi respiración.

*—¿Vas bien? —me preguntó Owen para a continuación barrer con papel*

absorbente los restos de tinta sobre el lado izquierdo de mi cuello. Uno de los tres lados del triángulo debía estar listo.

—Sí, bien —entoné procurado que en la voz no se me notase la angustia y el dolor; por sobre todo para que no se me notase que una vez más, mis pesadillas traspasaban la barrera de los sueños para hacerse presentes en el mundo real. Nunca antes había tenido esa pesadilla en particular pero era evidente que tenía que ver con el hombre con el que soñé anoche, el amor era el mismo, podía sentirlo incluso ahora con los ojos abiertos y viendo de refilón a Bowie dormido a un lado de la silla de su dueño.

El corazón destrozado también era el mismo al que ese hombre anoche le juró amor eterno.

—Bien, sigamos.

—Sí, sigue. Estoy bien —le dije a Owen. Necesitaba que terminase el tatuaje de una vez, puesto que apenas conseguía forzarme a mí misma a mantenerme aquí sentada y no salir corriendo hacia la lluvia en busca de un remedio para mi corazón destrozado.

Un par de quejidos se me escaparon cuando después de hacer la otra línea diagonal, Owen pasó con la horizontal bien por encima de mis vertebras.

Apreté los labios y me recordé que el fuego dolía más que la tinta.

Y fue así como soporté la hechura del tatuaje para que al final, el fuego quedase completamente metido en mí de una vez y para siempre. Las llamas ya no sería mi enemigo sino mi aliado, el fuego no me devoraría, no sería una entidad que me había poseído. El fuego seguro no se imaginó que al meterse en mí, perdería el control sobre mi persona. Su intención fue apoderarse de mi alma mas ahora era yo, de una vez por todas, y para siempre, quién se apoderaría de su fuerza.

—Listo —entonó Owen limpiando mi piel por última vez—. ¿Todo bien?

—Sí, muy bien —el fuego ya no estaba sobre mí piel, ahora lo sentía arder dentro de mí y ya no dolía. El olor a humo había desaparecido.

—Bien, cubriré el tatuaje.

—Sí, perfecto. Oye, casi me olvidaba. Tu amigo, el que trabajaba en un hotel...

—¿Neil?

—Sí, ese mismo. Estoy buscando a alguien que se hospeda en un hotel, en uno caro imagino, no se exactamente en cual.

Owen dejó el papel absorbente sobre la mesa y me giré para mirarlo.

—¿Crees que si le doy el nombre y el apellido de esa persona pueda averiguar en qué hotel se encuentra?

—¿Para qué quieres hacer eso, quién es esa persona?

—Es alguien que conocí anoche —ante mis palabras los ojos de Owen se abrieron como platos; celos—. Es que estuvimos hablando y me comentó que tenía una abuela que también poseía un don de nacimiento y me gustaría hablar un poco más con él —mentí, resumí o como se quisiera llamar a aquello. No pensaba enredar a Owen en esto más de lo estrictamente necesario.

—Imagino que regresará a país en unos días y me gustaría cruzar unas palabras con él antes que eso suceda.

—Sí, bien, supongo que sí. Debe estar trabajando ahora, si quieres lo llamamos y le preguntamos.

—¡Estupendo!

Owen terminó de proteger mi tatuaje y llamó a su amigo quien nos contestó que en cinco minutos nos llamaría de vuelta.

Mientras Owen terminaba de poner orden en el local, fui a preparar más té.

Hablando del clima, de nuestros respectivos negocios y de Bowie quien estaba siendo medicado por gastritis ya que anteayer había robado la bolsa de basura, se nos escaparon los minutos y el móvil de Owen sonó.

—Lo tiene —me avisó Owen ni bien contestó—. Consiguió averiguar en qué hotel se hospeda.

Le sonreí feliz. Quizás todavía tuviese oportunidad de ayudar a Vorobiov.

Mi móvil comenzó a sonar. Fui corriendo por mi bolso y contesté, era Lidia.

—¿Sí?

—¡Descubrí en qué hotel se hospeda! —le gritó a mi oído derecho y en el exacto momento en que ella me lo decía, Owen puso ante mis ojos, un papel con ese mismo nombre escrito.

—¿Pasas por mí? Te acompañaré a verlo.

—No, creo que debo hacer esto sola.

—No estás haciéndolo sola, tu amiga te consiguió el nombre y la dirección del hotel en que Vorobiov se hospeda.

—Sí, sé que no estoy sola. Owen también acaba de conseguírmela.

—¿A sí?

—Sí.

—Las cosas que hace ese hombre por ti —hizo una pausa—. ¿Te tatuaste?

—Sí, Lidia.

La escuché suspirar.

—Bien, está hecho. ¿Te gusta al menos, estás feliz?

Feliz no era la palabra. Como se sentiría un general cuando acaba de alzarse con la victoria pero tiene frente a sí un campo de batalla poblado de los cuerpos de sus soldados y de los restos de las fuerzas del bando contrario.

—Quedó lo que debía ser —solté por respuesta.

—Bien, bien... oye, hay algo más. Solamente por las dudas, en caso de que no encontremos a Vorobiov en su hotel.

—¿Qué tienes?

—Robé del móvil de Caleb la dirección y el número de móvil del señor Patrick Reed. ¿Qué te parece eso?

—¿Cómo lo hiciste?

—Nosotras las brujas tenemos nuestros medios. Ven a buscarme, ya estoy de regreso en casa; cenarás con Owen mañana, seguro que si esperó hasta hoy para estar contigo, también puede esperar un día más.

—En veinte minutos estoy allí —le dije y Lidia estalló de entusiasmo en

mi oído. Owen me puso mala cara—. Lo siento, tengo que irme.

—Sí, te escuché. Puedo acompañarte si quieres, no me agrada la idea de que vayas a encontrarte con un extraño ni aunque sea que él tuviera una abuela con dones de nacimiento.

—No, está bien, no es necesario, Lidia vendrá conmigo. Además estás cansado.

—Sí, pero...

—No me gusta irme así, sin embargo... no quiero dejar pasar la oportunidad de hablar con este hombre.

—¿Entonces dejas pasar la oportunidad que podrías tener conmigo?

—Owen, lo siento, de verdad que no fue mi intención. El plan era que fuésemos a comer algo por ahí...

—Sí, ese era el plan... —lanzó interrumpiéndome.

—Te llamaré mañana y organizaremos otra cita. ¿Te parece?

Owen asintió con la cabeza medio a regañadientes.

Lo tomé por el cuello, le estampé un beso en cada una de sus mejillas y al instante me quedé helada, su piel olía a humo.

De la impresión me costó soltarlo. Owen se quedó mirándome.

Me obligué a reaccionar para soltarlo porque no quería que confundiese aquello con la intención de besarlo. No era que no quisiese besarlo sino que este, definitivamente y por muchos, y muy importantes motivos, no era el mejor momento.

—¿Qué te debo por el tatuaje y todo lo demás?

—El beso que acabas de negarme —entonó muy serio—. Pero no te lo cobraré ahora. Anda, vete y me llamas mañana.

—Sí, claro—. Tragué en seco—. Lo siento.

—Vete ya, antes de que te diga que te amo.

En mi sitio y con esas palabras, me convertí en piedra. Nunca antes había soltado sobre mí un encantamiento tan poderoso.

Sus facciones acabaron soltándose y entonces sonrió.

—Vete de una vez y no te metas en problemas. Si para mañana en la tarde no me has llamado me plantaré en tu casa. ¿Entendido?

—Entendido —le contesté y me lancé a recoger todas mis cosas para partir hacia la casa de Lidia—. Te quiero. Eres grandioso.

—Sí, sí, claro, vete ya.

Owen me abrió la puerta y siquiera le di tiempo a abrir el paraguas para acompañarme al coche.

A la carrera me lancé al interior de mi vehículo el cual puse en marcha.

Ayudaría a Vorobiov, tenía la seguridad de que lo conseguiría sin importar lo que las cartas dijese o lo que mi don dijese.

## 5. Blanco y sangre.

Lidia esperaba por mí en la puerta de su casa cuando llegué para recogerla. Apenas si me dio tiempo a acercar mi automóvil junto al cordón que ya estaba abriendo la puerta para subirse del lado del acompañante. Por suerte la lluvia había parado aunque el cielo continuaba amenazante.

—¿De modo que te tatuaste? —Lidia cerró la puerta y me tomó por los hombros para darme la vuelta. Soltó un suspiro después de mirar mi cuello—.

Su trabajo es impecable como siempre.

—Lo es —volví a pegar la espalda contra el asiento. Mejor dejaría para otro momento el contarle lo que experimentara mientras Owen realizaba su trabajo sobre mi piel. También pasé de contarle que él había soltado lo que yo ya sabía y que ella tanto esperaba que me dijese.

—Bien, está hecho de modo que no me queda más que acostumbrarme a verlo allí en tu piel —revoleó los ojos—. ¿Sabes dónde queda el hotel o necesitas que te indique cómo llegar?

—No te preocupes sé cómo ir.

—Tienes que doblar aquí a la derecha —me indicó en cuanto puse el automóvil en marcha.

—Lo sé.

—¿Qué le dirás?

—Todavía no estoy muy segura. Quisiera volver a verlo primero, tal vez así... Solamente espero poder encontrar en él algo distinto a lo que vio Silver.

—Silver no suele equivocarse. Pensaste en eso ¿no?

—Silver no es infalible.

—Bien, algo se nos ocurrirá. Caleb estaba como loco por lo de Reed. Dice que el hombre les lanzó encima a media docena de abogados. Jake y él discutieron a gritos; eso me lo contó Henry. El pobre dice que no sabía dónde meterse, que les pidió que se calmaran pero poco y nada consiguió. Caleb me contó que Reed lo llamó para amenazarlo. Le dijo que se arrepentirían de lo sucedido. Creo que Patrick Reed no está muy bien de la cabeza. Una pena porque me gustaba.

—Te dije que ese hombre es de cuidado. Silver también insistió con eso. Espero puedan resolverlo sin que se arme todavía más descalabro.

—Jake a veces se comporta como un idiota, lo quiero y es mi amigo pero la verdad que a veces pareciera que no pensara. Sí, espero frenen esto pronto.

Nos quedamos en silencio y así conduje un par de calles hasta que Lidia volvió a despegar los labios.

—¿Crees que Vorobiov continúe siendo socio de Reed?

—Bueno, ya te dije que parece que fue él quien pasó a buscarlo por el hospital. Sin duda planeaba hacer buena letra para que le perdona lo que hizo anoche.

—¿Lo perdonaría Vorobiov?

Asentí con la cabeza, tenía la impresión de que sería justamente eso lo que el socio de Reed haría. Vorobiov no se sentía como una persona ni rencorosa ni dada a los pleitos.

Volvimos a caer en el silencio por un par de calles más.

—Reed... —soltó Lidia y volvió a enmudecer.

—¿Qué? ¿Qué pasa con él?

—Nada, no me hagas caso. Tienes que doblar en la siguiente calle a la izquierda. Ya casi llegamos.

—Sí, ya lo sé, Lidia.

No cruzamos ni una palabra más hasta llegar a nuestro cinco minutos después. El hotel era uno de esos que son increíblemente caros en los que la habitación cuesta más de lo que ningún ser racional debería pagar o cobrar por un hospedaje.

Dejamos mi coche y caminamos por la calle hasta la entrada bajo un cielo que cada pocos segundos se iluminaba con la luz de un relámpago.

Intentando no parecer muy fuera de lugar, pese a que así me sentía sobre todo porque todavía iba vestida con la ropa que me diera Owen, ingresamos por el exuberante jardín del hotel, codo a codo con Lidia.

Al hall de entrada le sobraba ostentación.

Inspirando hondo avancé hasta la recepción.

Ciertamente no tenía la mejor apariencia para presentarme en un lugar así, con mi pelo el cual había pasado por la lluvia y que ahora descansaba sobre mi cabeza en un moño y con el parche del tatuaje sobre la parte posterior de mi cuello.

La recepcionista que era tan rubia natural cuanto yo, me atendió con una falsa sonrisa dándonos las buenas noches.

—Buenas noches. Estoy buscando al señor Andrey Vorobiov, él se hospeda aquí.

La recepcionista nos escrutó de pies a cabeza por turnos, era normal que las personas se quedasen mirándonos. Ya cuando íbamos de a una resultábamos llamativas, las dos juntas, era por descontado que acabasen mirándonos raro o echándonos de donde fuese.

Los ojos de la recepcionista se fijaron en los tatuajes de la mano izquierda de Lidia, en las cantidad de pulseras con amuletos de su muñeca derecha, en los colgantes que pendían de mi cuello, en mi rostro, en mi cabello y por último en mis ojos. Entonces la mujer parpadeó dos veces e inhaló profundo.

—El señor Vorobiov ya no es nuestro huésped. Dejó el hotel hace un par de horas.

—¿Regresó a su país? —inquirí a toda velocidad.

La mujer negó con la cabeza.

—No, el señor Vorobiov recogió su equipaje pero su estadía aquí, según tengo entendido, durará lo que estaba planificada.

—¿Cómo es eso?

—El señor Vorobiov se alojará en la casa de su socio. Nos pidió que si alguien venía a buscarlo avisásemos que se pusiesen en contacto con él allí.

Mis brazos se pusieron pesados y mi pulso se aceleró.

—¿El señor Vorobiov está quedándose con el señor Reed?

—Así es —me contestó la mujer y por el rabillo del ojo vi a Lidia taparse la boca con una mano. Se había puesto pálida.

—¿Es usted Agatha, no es así?

—Soy yo.

—El señor Vorobiov me dijo que le dijera que puede llamarlo a este número si desea hablar con él. Ese el número de su móvil.

Tomé la tarjeta personal que la recepcionista me tendía.

—Gracias —entonó Lidia por mí—. Fue usted muy amable —añadió mientras yo miraba completamente fuera de mí, aquella tarjeta.

Mi tatuaje se puso a arder como si Owen estuviese tatuándolo otra vez, pasando tinta sobre tinta. Sentí sangre brotando por los poros de mi piel, sangre que desbordaría el parche de papel film y cinta, para teñir el rojo del cuello de mi camiseta blanca.

—¿Agatha te encuentras bien?

Alcé la vista de la tarjeta.

—Sí, estoy bien —moví mis ojos hasta la recepcionista—. Gracias por todo. Buenas noches.

Di la media vuelta para salir de allí, necesitaba ponerme en contacto con Vorobiov en este instante; no llegué muy lejos.

—Agatha —llamó la recepcionista. Me detuve y di la vuelta para mirarla—. Me gusta su tatuaje. ¿El fuego, no es así?

Toda mi piel se erizó.

—Sí.

La mujer aceptó mi *sí* con un movimiento de su cabeza y regresó a su trabajo.

No habíamos salido de la recepción que ya marcaba el número de Vorobiov en mi móvil.

La buzón de voz saltó directamente.

—Señor Vorobiov soy Agatha. Estoy saliendo del hotel en el que usted se hospedaba, me han dicho que fue a quedarse con su socio el señor Reed. Escuche, sé que sonará extraño pero sería mejor que viniese aquí otra vez. Tenemos que hablar. Por favor. Llámeme. Mi número es... —con las voz temblándome por los nervios, terminé de pasarle mi número de móvil y el de casa.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Esperaré un momento a ver si me regresa el llamado.

—Podríamos ir a buscarlo a casa de Reed.

Pisamos la calle otra vez.

—¿Te parece que Reed tenga ganas de recibirme en su casa? Dudo que

siquiera quiera volver a toparse conmigo en su vida.

—Si Vorobiov quiere verte...

—No quiero complicar a Jake.

—Sí pero acabas de decirle a ese hombre en el mensaje que le dejaste que dejase la casa de Reed, que regresase a su hotel. Lo quieres lejos de Reed. No soy idiota, Agatha. ¿Crees que pueda él tener algo que ver con que Vorobiov no tenga futuro?

Me estremecí.

—No estoy segura. No puedo ni afirmarlo ni negarlo. Solamente sé que Reed no me gusta. Lo siento en la piel. Eso, sumado a todo lo demás... —  
Motivos de sobra había para que todos nos alejásemos de él.

—Entonces tenemos que ir a sacar a Vorobiov de esa casa.

Saqué las llaves de mi automóvil.

—Te llevaré a casa y si no me contesta el mensaje, en el trayecto volveré a llamarlo.

Lidia me arrebató las llaves de la mano.

—Tengo un mejor plan. En vez de conducir hasta mi departamento iremos a la casa de Reed y si no llama durante el trayecto, lo volveremos a llamar estando fuera de la casa en la que se hospeda y si no contesta, llamaremos a la policía.

—¡Lidia!

—Lo predijo Silver y me lo dices tú. Sobrados motivos tengo para querer llamar a la policía.

—Lidia...

—Eso será lo que haremos. No te preocupes, yo conduzco, sé como llegar a esa zona de la ciudad.

Otra vez llovía, otra vez un tiempo espantoso sobre nosotras y mi móvil que se mantenía tan mudo que creí que me había quedado sin batería pero no, allí estaba su energía.

La tormenta se puso cada vez más fuerte. Las palmeras se sacudían en

todas direcciones. En la radio pedían por favor a la población regresase a sus hogares o buscarse un lugar seguro en el que refugiarse. Justo anunciaban que varias zonas de la ciudad se habían quedado sin luz cuando todo a nuestro alrededor se oscureció de pronto.

La calle frente a nosotras quedó solamente iluminada por los débiles faros de mi automóvil.

—Qué oportuno —murmuró Lidia para después de asomarse hacia fuera buscando la dirección—. Debe ser un poco más adelante —levantó el pie del acelerador —pero no debemos estar muy lejos.

Las casas a ambos lados de la calle estaban completamente a oscuras hasta que a una, a unos diez metros más adelante, y del lado derecho de la calzada, le parpadearon las luces de la entrada un par de veces para finalmente quedar encendidas.

—Deben tener un grupo electrógeno.

—Supongo porque todas las otras casas continúan a oscuras —comenté y vi por el espejo retrovisor que a una casa más atrás, se le encendían las luces otra vez.

—Esa casa debe tener vista a *Biscayne Bay*.

—Sí, supongo.

—Mira toda esa vegetación. No deben querer que se vea hacia adentro.

Nos aproximamos a la casa.

—Esa es —entonó Lidia señalándola.

Lo que se veía de la propiedad era bonito; blanca, una estructura completamente blanca y con reminiscencias españolas. Una casa de aspecto acogedor que ni remotamente hubiese acertado que sería la que pertenecía Patrick Reed.

—¿Segura?

—Completamente. Avanzaré un poco más; detendré el automóvil por allí adelante.

Más adelante en la calle estaba tan oscuro cuanto puede estarlo la boca de un lobo y la vegetación que sobresalía de los murallones de las casas a ambos

lados de la calle era la perfecta cortina de humo en la cual escondernos.

—Llámalo, Agatha; no esperes más. Llámalo ahora.

Busqué su número entre los llamados recientes y me llevé el móvil a la oreja. Otra vez saltó directamente el buzón de voz.

—Señor Vorobiov, soy Agatha otra vez. Estoy fuera de la casa de Reed; me gustaría mucho hablar con usted. Si pudiese salir... Espero su llamado. Tenemos que hablar—. Corté la comunicación y Lidia se quedó mirándome una vez más—. ¿Qué?

—Llámalo otra vez.

—No contesta.

—Llámalo y no dejes mensaje.

—Lidia...

—Llámalo —insistió y cedí.

Eso hice tres veces; en ningún momento Vorobiov contestó, lo cual me puso todavía más incómoda y molesta. Una vocecita dentro de mi cabeza me decía que esto no estaba bien, que no podía quedarme aquí sentada simplemente esperando. Tampoco se me ocurría qué más hacer. No podía ir hasta la casa y llamar a la puerta, Reed me echaría a patadas de allí.

Llamé una vez más bajo la atenta mirada de Lidia.

—Señor Vorobiov llevo quince minutos esperando fuera. Por favor póngase en contacto conmigo—. Corté y dejé otra vez el móvil sobre mi regazo.

—¿Tienes una linterna?

—¿Para qué?

—No quiero ahogar mi móvil que está lloviendo a cantaros.

—¿Qué?

—Que no quiero usar mi móvil como linterna porque llueve a cantaros.

—Sí eso lo entendí. Para qué quieres... —me detuve porque Lidia apuntó con su barbilla en dirección a la casa.

Negué con la cabeza. No podíamos entrar. Por sobre todo, no debíamos.

—La luz del frente está encendida pero yo no planeo entrar por el frente y el resto de las luces del parque parecen estar apagadas, lo cual nos favorece sin embargo no quiero matarme en la oscuridad por tropezar con algo.

—No entraremos a la casa. ¡Lidia!

—Si me dices que no intuyes que algo extraño está pasando pondré el motor en marcha y daré la media vuelta; estoy segura de que si yo lo siento, también tú. Entraremos allí y averiguaremos qué sucede aquí y por qué Vorobiov no contesta a su móvil.

—Estará durmiendo.

—Agatha te quiero pero en este momento te golpearía. ¿Quieres averiguar qué sucede sí o no?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Sabes que algo no va bien.

—Lo sé—. Lo sabía, también lo sentía.

—Entraremos y si... si es necesario llamaremos a la policía y nos largaremos de allí a toda velocidad.

—Bien, creo que tengo una linterna atrás dentro de la caja de herramientas; no estoy segura de que tenga batería.

—Si no, nos las arreglaremos así.

—Bien —entoné intentando darme coraje. Metí mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón de Owen.

Lidia comenzó a trenzar su larguísimo cabello el cual hasta ahora había llevado suelto. Ella al igual que yo, llevaba el cabello casi por la cintura.

—Bien. ¿Lista?

No había forma de que estuviese lista para lo que estábamos a punto de hacer.

—Sí, bajemos —mentí. En lo profundo de mi alma sabía que no quería esto; de igual modo entendía que era inevitable así como muchas otras cosas en esta vida.

Abrimos las puertas al mismo tiempo.

—Deberíamos ir por allí que es más oscuro —le señalé la parte de la casa que teníamos más cerca.

—Sí, perfecto —me contestó ella y para este instante las dos ya estábamos encharcadas en agua de lluvia.

La luz delantera de la casa de Reed parpadeó una vez más.

Sonó un trueno que hizo temblar el camino bajo mis pies.

Le pedí a Lidia las llaves y fui a por la linterna. Con la lluvia resbalando por mi rostro para finalmente desprenderse desde mi nariz y mentón, me incliné dentro del maletero. Allí entre las herramientas estaba la linterna amarilla.

Presioné el botón y el interior del maletero se iluminó de una luz muy blanca y fría.

—Funciona —le avisé a Lidia y vi en la caja, junto con las demás herramientas una de mis viejas navajas. No lo pensé dos veces, la encerré en mi puño y a escondidas la metí en el bolsillo delantero del pantalón. Apague la linterna, no se me antojaba delatar nuestra presencia a los vecinos sobre todo cuando teníamos planeado meternos a escondidas en la casa de alguien de su barrio.

Pegadas a la pared avanzamos hasta la casa de Reed.

Con tanta lluvia resultaba difícil ver y caminar. La correntada arrastraba hojas, barro y demás detritos que se mezclaban con la lluvia.

El cabello comenzó a escapárseme del moño en el que lo tenía sujeto.

—Por aquí —Lidia tiró de mi mano antes de que yo tuviese tiempo de mover las piernas para dirigirme en dirección al angosto callejón sin salida que daba a uno de los laterales de la propiedad de Reed.

Medio tropecé con mis propios pies mas logré mantenerme en pie.

—Al menos la pared no es alta —comenté ante la perspectiva de tener que romperme el alma para entrar a la casa.

—No, será sencillo. Cualquiera puede pasar por allí.

—Si la pared perimetral no representa un problema es que de seguro

estará plagado de cámaras, equipos de seguridad y alarmas—. Ni bien terminé de pronunciar aquello vi el poste con la cámara en el extremo, había visto cámaras como esa antes, cámaras que de noche ponían sus visores en rojo para captar imágenes nocturnas. La cámara estaba oscura, apagada—. Mira —se la señalé a Lidia.

—Está apagada.

—Sí, eso creo. Hay sensores de movimiento —se los señalé—. En cuanto traspasemos la pared nos daremos cuenta si la alarma funciona o no.

—Quizás el generador no soporte el gasto energético del sistema y cubra solamente algunas luces de la casa.

—Es extraño que no funcione. Si se cortase la luz yo querría que siguiese funcionando.

—Quizás también falló por alguna razón, algo que no tiene que ver con el corte de luz.

—Puede ser—. No sé por qué, el que no funcionasen las cámaras hizo que me preocupase por Vorobiov todavía más. Mi móvil dentro de mi bolsillo continuaba mudo.

Quizás no pueda contestar —pensé—; quizás jamás conteste.

Le eché un vistazo a la casa y no encontré ni una sola ventana iluminada. La propiedad más que vacía parecía muerta, terrorífica.

—Mejor entremos de una vez, necesito saber si Vorobiov está allí dentro.

Lidia asintió, y entre las sombras, la vegetación y la lluvia caminamos hacia el muro el cual tenía mi altura, no más que eso.

—Iré primero, saltaré la pared y si no escucho ninguna alarma vendré por ti.

—No irás sola.

—Será un momento hasta que me asegure que todo está tranquilo. Si escuchas una alarma sonar te subes al auto y te largas de aquí. Sea lo que sea lo que suceda quedará entre Reed y yo.

—Agatha...

—¡Lidia! —chillé escupiendo la lluvia que se metía en mi boca—.

Obedece. Dime que lo harás o nos iremos de aquí en este instante.

—Pero necesitamos saber si ese hombre está bien.

—Por eso. Te prometo que no entraré en la casa sola. Cinco minutos y verás mi cabeza aparecer por encima del muro para buscarte. Por favor.

Lidia revoleó los ojos.

—Bien. Esperaré aquí. Si en cinco minutos no regresas, entraré a buscarte.

—Bien, ok, pero antes de entrar a buscarme, si es que no salgo en ese lapso de tiempo llamarás a la policía.

—Ok.

—Entraré ahora—. Mi corazón se puso a latir con el mismo ritmo frenético que debían tener las olas en la playa a causa de la tormenta.

La pared no era lisa y no representó un verdadero problema cuando me prendí del canto y me impulsé con los pies para trepar un poco más. Mi mano izquierda se prendió del poste sobre el que estaba instalada la cámara; empujé un poco más y mi mano derecha llegó al ángulo del lado interno del muro. Tiré con fuerza y alcé la pierna izquierda. Ahí todo fue más sencillo. Sentada sobre el borde de la pared, vi la cámara frente a mí. Tenía la capucha echada sobre el cabello y podría ser que cubriese parte de mi rostro pero así y todo imaginé que quizás la policía no tuviese demasiados problemas para identificarme si éstas estaban funcionando.

Vi por delante de mí a unos tres metros, un sensor de movimiento. Giré la cabeza hacia atrás y vi otro igual. Yo estaba cortando la circulación de la señal y hasta ahora ninguna alarma sonaba, solamente la lluvia, los truenos y el viento.

Ante la nulidad de alertas pasé las dos piernas hacia el lado interior de la propiedad.

A mis pies un parque de abundante vegetación tropical que debía ser precioso a la luz de sol pero que ahora se veía como grandes sombras negras que no paraban de moverse.

La oscuridad y las sombras me recordaron a mi pesadilla de la otra noche y en respuesta mi cuerpo se tensó y se me cerró la garganta.

Obligándome a alzar la vista al frente, contemplé la casa una vez más. Nada, continuaba igual de quieta y a oscuras.

Desde mi posición podía verse unos amplios ventanales que daban a un salón en el que apenas divisé un sillón muy simple y de aspecto no muy confortable. No parecía una casa habitada.

Le hice un señal a Lidia y me dispuse a saltar hacia el interior.

Mi aterrizaje sobre el parque fue un tanto aparatoso, la tierra era lodo de tanto llover. Resbalé un poco y mis rodillas se esforzaron por impedir que mis piernas se abriesen y cayese al suelo de boca. Para amortiguar un poco más la caída me prendí de una rama arañándome toda la palma derecha.

—Mierda —mi mano se puso a arder.

Solté la rama y recuperé la verticalidad.

Inspiré hondo y di un paso, y otro, uno más, entre agazapada y con ganas de salir corriendo hacia el interior.

El parque era enorme y muy frondoso. Continúe avanzado por el borde del terreno en el que la vegetación crecía sin control. El espacio lucía tan deshabitado cuanto el resto de la casa; no había ni sillas, ni una mesa, ni macetas con flores, ni hamacas ni nada.

Estiré el cuello en dirección a la entrada: todo continuaba igual.

—Agatha.

Por poco y vomito mi corazón cuando Lidia llamó mi nombre, ni siquiera la había oído llegar.

Me di la vuelta.

—¿Qué haces aquí?

—¿No esperabas que te hiciese caso, o sí? Además no sonó ninguna alama —espió por encima de mi hombro —todo se ve muy tranquilo.

—Sí, de hecho la casa parece vacía, deshabitada.

—Sí, pero la casa es ésta. Andando. Entremos.

—Lidia, espera —lancé procurando no alzar demasiado la voz. Su brazo se escapó de mis dedos, igual el resto de su cuerpo.

Salió de la protección de la vegetación y avanzó en dirección a la casa.

La seguí.

—Quizás encontremos alguna ventana abierta.

—No toques nada por favor. Si hay que abrir alguna puerta ya me encargaré yo —saqué la navaja roja de mi bolsillo y se la enseñé.

Lidia se sonrió.

—Casi me olvidaba de tus otros dones.

Durante tiempo me esforcé por intentar olvidar esas otras cosas que sabía hacer y que se me daban muy bien. En este instante agradecí no haberme olvidado de cómo hacer esto. Como fuese, del pasado se puede tomar un poco de distancia, sin embargo escapar de éste es imposible.

Así sin más recordé una vez, la casa era parecida a ésta; mis motivos para ingresar en ella eran muy distintos. De cualquier modo, la situación no dejaba de ser un delito por más que mis intenciones fuesen muy distintas.

Aquella vez me habían atrapado y terminé en la cárcel. Mis padres tuvieron que ir a buscarme a la comisaría. Si no terminé peor fue porque era menor.

No quería terminar en la cárcel esta vez y tampoco quería que nada malo le sucediese a Vorobiov. Tampoco a Lidia por arrastrarla hasta aquí conmigo. Esperaba no terminar teniendo que darle la razón a Silver en aquello de que no debía inmiscuirme con nada que tuviese que ver con Patrick Reed.

Miré a Lidia, ella alzó un pulgar en alto para mí. Estaba entusiasmada.

Empezamos la tarea de rodear la casa procurando escondernos entre las frondosas plantas que crecían dentro de macetas en forma de vasijas. Pasamos por delante de dos ventanas que tenían las cortinas echadas. No se veía nada hacia adentro puesto que estaba oscuro, de otro modo, como las cortinas eran un tanto vaporosas, hubiésemos podido ver, al menos, si había señales de vida dentro.

No se escuchaba ningún ruido y las ventanas de la planta alta también se encontraban a oscuras.

Lo siguiente que apareció ante nosotras fue una amplia ventana que daba

luz a la cocina. Sobre la barra que atravesaba el espacio todo a lo largo había un par de luces encendidas que apenas si iluminaban la superficie de piedra negra pero que no servían de mucho a la hora de llevar luz al resto del ambiente.

Debajo de uno de los focos de luz había una taza.

—Hay alguien.

—Espero que no sea Reed —le contesté a Lidia en voz muy baja. Con cuidado me asomé por la ventana una vez más para espiar en ambas direcciones. Por lo que se veía desde aquí, la cocina estaba vacía. La ventana se encontraba a la altura de mis ojos y la casa más elevada que el nivel de la calle pero si hubiese alguien sentado a la mesa, al menos habría visto su cabeza.

—¿Dónde estarán?

—No lo sé. Continuemos avanzando.

Nuestros pies se movieron una vez más sobre el barro pegajoso.

Recorrimos todo el frente de la casa sin ver a nadie y sin captar ninguna otra fuente de luz.

Llegamos al final de la pared. Pegué la espalda contra ésta y Lidia a mi derecha hizo lo mismo.

Con una señal le indiqué que guardase silencio y asomé la cabeza hacia la parte posterior de la casa. A unos metros había una puerta angosta a la que se accedía por tres escalones de piedra clara. Un poco más al fondo estaban dos portones para entrada de automóviles en un edificio contiguo, uno de estos se encontraba abierto y el espacio vacío. Desde la distancia me pareció divisar una moto junto al otro coche que debía entrar y salir por la puerta que estaba cerrada.

Tanto sobre la entrada del garaje cuanto sobre la puerta que imaginé debía ser la de servicio, quizás de acceso directo a la cocina, había unos pequeños faroles de hierro negro, sus bombillas parpadearon, se apagaron, volvieron a encender y al final quedaron muertas y a oscuras. Giré la cabeza hacia el frente de la casa. La luz de la entrada también se había apagado.

Ante la oscuridad nos iluminó un rayo.

—El grupo electrógeno debe haber fallado.

—Eso creo.

—¿Dónde lo tendrá, quizás ahora que falló Reed salga para solucionar el problema?

—No lo sé. Quizás no esté en casa, falta un automóvil —le señalé el garaje y ella se asomó por delante de mí.

—Sí, quizás, no podemos fiarnos de eso, podría tener chofer y que éste se llevara uno de sus automóviles, tal vez ese lugar está siempre vacío, no lo sabemos.

—Sí, cierto.

—Asomémonos por la puerta.

Y a eso fuimos, avanzando con nuestras espaldas todavía pegadas a la pared.

Frené unos quince centímetros antes de la puerta y con el corazón palpitándome en los oídos acerqué mi cabeza poco a poco al cristal. Con miedo me asomé.

La puerta daba a una especie de despensa y un par de metros más allá, pasando otra puerta que estaba abierta, la cocina, la cual parecía no tener fin. No vi a nadie, ni un alma. ¿Sería que esa taza habría quedado allí olvidada y que en la casa no había nadie?

Aprovechando que estábamos debajo del techo de la entrada de la cocina, saqué mi móvil y llamé una vez más a Vorobiov. No conservaba demasiadas esperanzas de que contestase, llamaba con la ilusión de escuchar su móvil sonar por alguna parte dentro de la casa.

Otra vez saltó directamente el buzón de voz.

—Nada. Sigue sin contestar —guardé mi móvil —demos una vuelta más —. Antes de intentar forzar una cerradura preferiría comprobar si no quedó ninguna ventana abierta.

—Sí, claro.

A paso rápido pasamos por delante de la puerta.

Un tramo largo de pared y a continuación una pequeña ventana a unos

tres metros de altura la cual también estaba a oscuras. Todas las ventanas de la planta alta, incluso una pequeña terraza que había, también estaban a oscuras. Las siguientes tres ventanas tenían las cortinas cerradas y ni rastro de luz al otro lado. Con la que nos topamos a continuación pertenecían a una biblioteca y allí no había nadie.

Las otras dos, que daban a un gimnasio, al igual que todo lo demás, estaba desierto.

Llegamos a la siguiente esquina.

Asomé la cabeza. Desde aquí se veía el agua, un muelle al fondo, con los rayos rasgando el cielo.

El parque trasero era amplio y dispuesto con simplicidad. Una piscina muy angosta y larga que moría en la orilla, césped prolijo y sin flores que parecía una alfombra, y una mesa blanca con dos sillas de un diseño moderno despojado de cualquier detalle.

Toda la parte posterior de la casa estaba recorrida por un alero que formaba una galería que debía ser sumamente fresca en las tardes de calor, o incluso en esas noches de pleno verano que parecen interminables.

Me imaginé sentada allí, viendo las estrellas más allá del alero, escuchando a las criaturas de la noche, escuchando el agua golpear con suavidad contra el muelle y la costa. El olor a verde de la vegetación.

En condiciones normales, más allá de que a la casa le faltaba el espíritu de hogar, esta propiedad debía ser un regalo para quien la supiese disfrutar.

No sé por qué se me antojó que Reed no debía tomarse el tiempo suficiente para gozar con propiedad, de lo que tenía, que sería incapaz de escuchar a los grillos o ver las estrellas o incluso de dejarse arrullar por el agua que abrazaba los pilotes del muelle una y otra vez, como si quisiese trepar por él para llegar a tierra.

La parte posterior de esta preciosa residencia eran todas puertas ventanas acristaladas que se asomaban como ojos a la galería.

Uno de esos ojos estaba abierto, bueno al menos uno de sus párpados. Aquello no me supo nada bien. Alarmada busqué a Reed por los alrededores. ¿Habría salido de la casa para verificar el funcionamiento del generador? Detrás del edificio del garaje había otro menor que parecía ser una suerte de

sala de máquinas o algo así.

Me pegué contra la pared y empujé a Lidia hacia atrás con mi brazo.

—¿Qué?

—Una de las puertas está abierta.

—¿Hay alguien entonces?

—No lo sé. Quizás Reed salió por lo del generador. Allí atrás hay otro edificio.

—Iré a ver si está allí.

—¡No!

Lidia no me hizo el menor caso. Agazapada se echó a correr en dirección al edificio y yo tras ella.

Nos escondimos detrás de unos bananeros que había junto a la puerta.

Sin previo aviso Lidia manoteó el picaporte. La puerta no se abrió. Lo intentó otra vez tironeando. Estaba cerrada y no cedió.

Reed no podía estar dentro y no había otro lugar en el que pudiese haberse metido. Bueno, en realidad sí, las cocheras tenían una de sus puertas abiertas.

—Esto es tan mala idea. ¿Por qué Vorobiov tuvo que venir aquí?

—Hagamos algo, entra en la casa a ver si encuentras a Vorobiov y yo iré a las cocheras a ver si Reed está allí. Pon tu teléfono en silencio. Si lo veo te enviaré un mensaje. ¿Qué te parece?

La idea no terminaba de gustarme mas quería terminar con esto de una buena vez.

—Ok, ten cuidado.

—Tú también.

Con la linterna apagada en la mano, Lidia pasó por delante de mí para regresar a las cocheras y yo eché una carrera de regreso a la galería.

Todo el interior de la casa estaba a oscuras.

Eran ambientes amplísimos desprovistos casi en su totalidad de muebles

o decoración alguna. El único lugar de la casa que realmente parecía habitado era la nutrida biblioteca por la que habíamos pasado.

Los suelos eran blancos, las paredes igual; completamente desnudas. El espacio de la sala de estar era enorme sin embargo lo único que había aquí era una vasija que debía tener mi altura y un banco de madera colocado en mitad de el espacio.

Me pareció que aquel banco no debía ser demasiado cómodo para sentarse a ver el espectáculo que se extendía fuera.

Caminé un par de pasos más hasta la puerta ventana que tenía una de sus hojas abiertas. Aquí directamente no había nada, solamente una extensión de suelo blanco.

Con cuidado de no hacer ningún ruido entré.

Mi respiración hacía más ruido que cualquier otro que se pudiese sentir dentro de la casa.

Me dieron ganas de alzar la voz y llamar a Vorobiov; me contuve. Tenía una sensación extraña en la nuca que nada tenía que ver con mi nuevo tatuaje. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Esta sala de estar daba a una galería por detrás, o una especie de pasillo al que llegué andando con mucho cuidado. Desde ese anchísimo corredor había acceso a otras habitaciones y a una escalera que subía al primer piso.

Entré en el corredor y asomé la cabeza por el hueco de la escalera. No escuché nada.

Para sacarme la duda avancé por el corredor hacia donde creía que debía estar la cocina.

Mi orientación sirvió. En diagonal y desde la distancia vi la ancha barra oscura que tenía por debajo estantes. Al final de ésta había un enorme florero de cristal con dos hojas de monstera. En el otro extremo estaba la taza que alguien había olvidado.

Algo plateado llamó mi atención en la encimera del fondo, parecía un móvil enchufado a la red eléctrica. Debía haber alguien aquí.

Mi respiración se puso pesada. No podía más de los nervios y tenía miedo.

Arrastrando los pies me pegué a la entrada de la cocina.

Con la nuca contra la pared saqué mi navaja y desplegué uno de los filos. Reed me acusaría de querer matarlo.

Conté uno, dos, tres y me moví rápido para enfrentar la abertura.

A toda velocidad registré el lugar con mis ojos. No había nadie.

Puse mis dos pies dentro de la cocina y entonces una sombra a mi derecha llamó mi atención. Bajé la vista. Una de las sillas que rodeaba la mesa estaba volcada, la otra apartada de la mesa y mirando hacia cualquier parte. Más allá del final de la mesa había un bulto en el suelo.

—No —jadeé sintiéndome a punto estaba de desmayarme. Di dos pasos más.

La mancha roja era más que elocuente. Un enorme charco rojo sobre la superficie del suelo de la cocina, marcas de manos que habían resbalado por el blanco de los muebles de debajo de la encimera. Manchones rojos desesperados.

Sobre el espejo de sangre alguien se había arrastrado, borroneando la mancha para dejar entrever la superficie de debajo.

Al final de aquella escena había un cuerpo.

Su pantalón inundado en sangre, su camisa blanca empapada... un rostro salpicado de virulentas gotas rojas.

Vorobiov.

Con las dos manos me tapé la boca para no gritar pero las lágrimas se me escaparon igual.

Sentí como si alguien me diese una puñalada en el corazón con el mismo filo con el que a él le habían abierto la garganta.

No necesitaba aproximarme a él para saber que en su cuerpo no quedaba vida. Su carne no irradiaba nada y con ello no me refería a calor, podría ser que incluso estuviese tibio mas allí no quedaba vida alguna.

Llorando a lágrima viva me acerqué al cuerpo procurado no pisar la sangre.

Aproximé mi mano a su hombro y lo toqué, todavía estaba caliente.

Aparté la mano y retrocedí.

—Lo siento, Andrey —le dije sintiéndome terriblemente culpable por llegar tarde.

Retrocedí un poco más y di la media vuelta. Fui hasta la taza. Era una taza de café, evité tocarla; al asomar la nariz dentro noté que todavía olía a café caliente y sentí la tibieza del líquido en mi rostro.

Tenía que salir de aquí, buscar a Lidia y decidir si llamaba a la policía o...

Un sonido llamó mi atención. Provenía del corredor.

Eran pisadas y procedían de la escalera.

Ya no me importó si hacía ruido o no. Me lancé a la carrera y al pasar junto a la escalera para volver a entrar en la sala de estar a la que tenía que llegar para salir por la puerta acristalada, una mano se prendió de mi hombro clavando sus dedos en mí.

Me di la vuelta para ver una cabeza completamente oculta bajo de un pasamontañas. Con la oscuridad siquiera le vi los ojos y no tenía intención de detenerme a averiguar de qué color los tenía. De un tirón me zafé de la mano enguatada de negro y salí disparada en dirección a la puerta ventana.

El agresor gruño y yo apuré el paso.

Casi tropezando con mis propios pies salí a la galería, vi a Lidia avanzar en mi dirección por debajo de la lluvia.

—¡Corre, corre! —le grité y en ese exacto momento ella vio al sujeto que sin duda era un hombre, venir tras de mí.

Sus fuertes pisadas corriendo tras mis pasos sonaban igual de poderosas que los truenos entre las nubes.

Lidia salió disparada hacia el frente de la casa y yo tras ella.

Sin el menor reparo atravesamos el jardín delantero.

Lidia se perdió entre la oscuridad de la vegetación del parque.

Mi perseguidor bufó otra vez tras de mí. No necesité voltearme para saber que me pisaba los talones.

Su mano alcanzó mi capucha la cual se había caído y flotaba detrás de mi espalda.

El tirón seco me hizo perder el equilibrio. Creí que caería hacia atrás pero evidentemente no fui la única en perder la estabilidad; el hombre me soltó y yo apreté el paso otra vez.

—¡Maldita desgraciada no te escaparás! —me gritó y su voz salió amortiguada por el tejido del pasamontañas ahora empapado de agua de lluvia.

Su mano esta vez atrapó la parte posterior de mi chaqueta. Resbalé y caí hacia delante, entonces el hombre me saltó encima aterrizando con todo el peso de su cuerpo sobre mí.

—¡Con mi amiga no te metes! —le escuché gritar a Lidia, y entonces al girar, la vi darle con la linterna que era bastante pesada, en la cabeza al sujeto que nos proseguía.

Con el golpe me lo quitó de encima.

Lidia me tendió su mano y tiró de mí y nos echamos a correr como locas en dirección al muro.

A toda velocidad trepamos la pared y caímos al otro lado.

Al aterrizar en la calle Lidia dejó caer la linterna y salió corriendo en dirección al automóvil; la recogí, en el aparato estaban nuestras huellas.

Al tomarla del suelo embarrado vi que estaba rota pero me pareció que no había perdido ninguno trozo.

—¡No te escaparás, perra! —gruñó la voz del hombre y esa fue mi señal para salir corriendo.

Las luces de posición de mi viejo cacharro amarillo ya estaban encendidas cuando llegué a él. La puerta del acompañante se abrió para mí.

—¡Sube! —gritó Lidia y ni falta que hacía que me lo pidiese.

En cuanto me lancé dentro puso la marcha atrás y dio la vuelta.

El sujeto vestido de negro de pies a cabeza que todavía llevaba el pasamontañas cubriendo su rostro pasó por nuestro lado y por poco lo arrollamos.

Lidia pisó el acelerador y no ralentizó la marcha hasta que estuvimos a varios kilómetros de distancia.

—¿Qué sucedió?!

—Vorobiov está muerto. En la cocina, en medio de un charco de sangre, degollado. Me atrevo a decir que quien nos perseguía era su asesino. Cuando yo salía de la cocina el bajaba de la primera planta.

—Pudiste verlo, podrías identificarlo.

Negué con la cabeza.

—Siquiera pude ver su color de ojos. Era alto, no demasiado pesado, sí fuerte, muy ágil. Su voz destilaba odio —dije aquello último y al instante pensé en Patrick Reed. Su voz había tenido un efecto similar sobre mí—. Acababa de matarlo, Lidia. Si hubiésemos llegado un par de minutos antes... —apreté los labios—. Su móvil estaba sobre la encimera allí mismo en la cocina, cargándose. La taza era una taza de café y todavía estaba caliente.

—¿Viste a Reed?

Negué con la cabeza.

—No, no tengo idea de si estaba allí o no, no me dio tiempo a recorrer el resto de la casa. El hombre ese apareció por la escalera.

—¿Crees que lo matara también? Quizás estuviese arriba en su habitación o algo.

—No lo sé, puede ser.

—Tenemos que llamar a la policía.

La miré y pensé en Silver; tendría que darle la razón.

—No podemos.

—¿Qué?!

—Que no podemos, Lidia. No puedo volver a tener líos con la policía y lo sabes. Suficiente con que estuvimos allí. Dejé pisadas por todas partes y si bien no encontrarán huellas mías por ninguna parte... no puedo, entiendo que no puedo llamar a la policía y decir que estuve allí porque si bien no tienen nada en mi contra ni tú ni yo debimos entrar en esa casa así.

—¿Crees que Reed también está muerto?

Me encogí sobre mí misma.

Vi sus ojos gritándome, su rostro desencajado, su furia. ¿Cómo podía ser que toda esa energía ya no existiese?

Dejé a Lidia en su casa y ella a regañadientes accedió a bajarse de mi automóvil. Me fui a casa y cerrando las puertas con todos los cerrojos antes, me metí en la ducha. Por encima del mi tatuaje de fuego corrió el agua.

6. Media noche.

*No creo recordar otra vez en mi vida, en la que sintiese tanto frío o en la*

*que me importase menos ese mismo frío y la oscuridad que me rodeaba.*

*Alcé la vista al cielo.*

*La luna flotaba allí arriba, en un mar repleto de estrellas, en un mar de aguas frías que congelaba mi nariz y sacudía mi cabello de un lado al otro.*

*Sabía que estaba aquí parada, junto a este árbol, precisamente a éste y no ningún otro de los que me rodeaba porque aquí lo vería a él.*

*Las ganas de verlo era lo que impedía que me congelase y que me diese miedo la oscuridad en este lugar perdido en medio de ninguna parte.*

*Lo que sentía por él era lo que le ponía luz a este sitio así como la luna llena, se la ponía al cielo.*

*Sabía que todo tipo de criaturas merodeaban por los alrededores pero las únicas que me acechaban y que realmente me daban miedo no eran aquellas cuyo lugar natural era este bosque sino aquellas que como yo, invadían este sitio tan lleno de magia.*

*Mi miedo eran los hombres. Los hombres que no comprenden la magia en las criaturas que me rodeaban ahora, la magia por detrás de mí, la que encierra el cielo en su magnífica cúpula azul, la magia de lo que ahora mi corazón bombeaba por mis venas y con eso no me refería a mi sangre sino a mi amor por él. Ese amor dispuesto a dar cualquier cosa por él, por su seguridad, por su vida.*

*Por eso temía; tenía miedo de que le sucediese algo, que lo viesen a mi lado, que pensasen que por estar conmigo quedaba implicado con aspectos de mi vida que él siquiera comenzaba a comprender.*

*Él...*

*¿Cómo podía ser que amase tanto a un hombre como él?*

*Alguien tan distinto, alguien de otro mundo; una de esas personas que siquiera debería atreverme a mirar de lejos, una de esas personas que sabes que no son y jamás serán para ti. Un ser distinto, destinado a cumplir un rol en su vida; un hombre con obligaciones, deberes y privilegios de los que muy pocos gozan. Uno de esos hombres para los que alguien como yo no es más que un árbol en un inmenso bosque. Un árbol que podría talar y convertir en leña para calentar su habitación una noche. Una noche... eso fue lo que*

*creía y sin embargo aquí estaba esperándolo otra vez y no podía contener todo lo que desbordaba mi corazón.*

*Que no sueñe despierta —ese ruego retumbaba en mi cabeza una y otra vez pero no podía parar de soñar despierta porque soñar era la mitad de mi vida y hoy mi vida sin él solamente sería eso, una mitad, una quizás no demasiado viva. Si la otra parte, la que no estaba demasiado viva antes de conocerlo a él era hoy millones de veces más fuerte, más sensible, más receptiva y abierta al todo lo que la rodea.*

*Recordando sus labios sobre toda mi piel, su cuerpo entre mis piernas experimenté un fuego encenderse, las llamas que nació en mi vientre y que eliminaron los pocos rastros de frío que habían tenido lugar en mi interior.*

*Apoyé la espalda contra el árbol y sentí la presión de su pecho sobre el mío y sus dedos clavándose en mis muslos al tiempo que se internaba con fuerza en mí, para darme placer, vida, para liberar la magia en mí.*

*Cerré los ojos y apretando los párpados recordé el modo en que su voz hacía temblar mis oídos para luego bajar por mi cuello hasta mi pecho y desatar allí una sucesión interminable de agradables estremecimientos. Casi podía sentir mi vello poniéndose de punta, la energía corriendo de un lado al otro.*

*—¿Quién es esta mujer que se atreve a internarse sola, a media noche en un bosque oscuro sin más compañía que los latidos de su corazón?*

*Ante su voz sonreí. No despegué los párpados, porque escucharlo así, hacía que su voz sonase más clara, más pura como si fuese su alma hablándole directamente a la mía sin necesidad de nuestros cuerpos como intermediarios.*

*Un par de brazos que conocía muy bien, rodearon mi cintura. Su perfume se metió por mi nariz y su nariz buscó sitio entre mi cuello y mi oreja.*

*En el silencio y en la oscuridad de mis párpados cerrados mis manos llegaron una a su hombro izquierdo y la otra a su rostro.*

*—La mujer que te ama —contesté y él besó mi cuello.*

*—La mujer a la que amo—. Sus brazos me pegaron todavía más a su cuerpo—. Creí que no sobreviviría todas estas hora sin ti.*

—Sobreviviste. Eres fuerte, ya lo ves.

Ante mis palabras rio suave sobre mi oreja. Sus labios volvieron a acariciar mi piel.

—No soy fuerte. Estoy aterrado pero tenía que verte. Hubiese muerto de no haberte encontrado al final de mi camino. Me hubiese perdido, perecido aquí; las fieras me habrían devorado y de mí no habrían quedado más que mis huesos, y qué hubieses hecho tú con un par de huesos. Qué digo si es probable que tú encontrases a alguien nuevo en un parpadeo. Yo no tendría tanta suerte dos veces, es más, todavía me cuesta creer que la tengo ahora —se apretó más contra mí—. Continuo preguntándome si no estaré soñando—. Su boca encontró la mía cuando tomó mi rostro por mi mentón para echar mi cabeza hacia atrás—. No quiero despertar. Si me diste una poción para dormir y soñar contigo por favor no dejes de administrármela, no uses conmigo el antídoto. Este sueño es la única realidad que deseo tener. La única que quiero.

—Eres lo único que necesito —le dije y tomé su labio inferior entre los míos inspirando hondo para tragarme toda su esencia de hombre. Su olor enseguida alteró todo mi cuerpo. Él olía como solamente él podía oler, del modo más perfecto para mí; su aroma calzaba tan bien conmigo que me daba la impresión de que en realidad lo que yo percibía era un perfume creado por mi nariz para darle a mi cerebro lo que éste deseaba.

Terminé de girar sobre mis pies y acomodé mi cuerpo frente al suyo.

—No encontraría nadie como tú ni en cientos de años. Jamás podría reemplazarte.

—Lo dices solamente para curar un poco de mi debilidad por ti. No resultará, amor. No necesito que resulte. Me gusta decir que soy tuyo, que me haces falta, que desde que nos separamos la otra tarde, no he hecho otra cosa que pensar en ti, en tu espalda —sus manos subieron por mi espalda al tiempo que me apretaban todavía más contra él —en tu boca—. Su lengua barrió cualquier otro sabor que no fuese el suyo, de sobre mis labios, y luego entró en mi boca para poner orden entre en mis sensaciones eliminando todas aquellas que no tuviesen que ver con él, y lo hizo con presteza. Su lengua jugó con la mía mientras una de sus manos bajó hasta mi trasero para pegar mi pelvis contra la suya haciendo que lo desease todavía más

dentro de mí.

*Abandonó mi boca y sus dientes atraparon mi barbilla.*

*—Tu piel... —besó todo mi cuello hasta su base —con qué otra poción me diste vida. Algo debió provocar que te desee tanto, que no pueda parar de pensar en ti—. Sus manos tironearon de mis ropas, soltó mi camisa para liberarla de la cintura de la falda, su mano se coló por dentro al tiempo que su boca llegaba a la mía. Mi cabeza cayó hacia atrás y mis párpados se relajaron cuando su mano encontró mi pecho izquierdo—. Tu piel está embebida en esa poción por eso es que al tocarte una vez ya no puedo parar—. Su mano se movió sobre mi piel hasta llegar a mi espalda—. Eres tóxica por eso hay personas que tienen miedo de ti. Piensan que morirán si te tienen cerca. Ellos no saben cómo enfrentar esto que eres —su boca atrapó mi pecho por encima de la tela de mi camisa. Su aliento caliente traspasó la tela para calentar mi carne, para subir mi temperatura un par de grados más. Me atrapó con sus labios haciéndome jadear.*

*Quise su boca en mí sin tener la camisa de por medio. Quería su lengua humedeciéndome con su saliva, se sentía tan bien ser inundada por él, tenerlo impregnado en mí de aquel modo. Sí mi piel era tóxica, su saliva era mortal.*

*—Tienen miedo, yo también. Pero prefiero morir de ti que vivir todo una eternidad sin ti—. Su boca llegó a la mía otra vez—. Eres como la magia: puede ser terrible en las manos equivocadas, o absolutamente perfecta en las correctas—. En un movimiento brusco que me quitó el aliento, me dio vuelta para pegar mi trasero contra su ingle. Su boca mordió primero la base de mi cuello y de allí todo de camino hasta mi hombro izquierdo apartando la camisa.*

*Reí.*

*—Quizás esto sea terrible —rio.*

*—Sí, es probable —le contesté mientras sus manos se lanzaban a la tarea de alzar mi falda por mis piernas más allá de mis caderas.*

*—Explotaré por tu culpa. Te deseo tanto. Mi cuerpo no quiere dejarte siquiera cuando nos separan kilómetros. No he hecho otra cosa que pensar en tu boca, en tus palabras, en ti. Estoy loco por ti. Tengo demasiada buena memoria como para olvidar lo que sucedió entre nosotros y por lo tanto,*

*para tener algo de paz. No sabes las penurias que pasé por culpa de mis recuerdos contigo.*

*Echándome hacia atrás lo tomé por el cuello. Él atrapó el lóbulo de mi oreja con sus labios.*

*—Estaba rodeado de gente y no podía hacer otra cosa que pensar en ti.*

*—¿Pensar en mí? ¿Qué pensabas?*

*—Soñaba despierto.*

*—¿Qué soñabas?*

*—En que estábamos juntos —susurró en mi oído y una de sus manos llegó hasta mi pubis.*

*—¿Y entonces qué? —le pregunté en un gemido.*

*—Entonces te arrancaba gemidos de placer y tú pedías más.*

*—¿Ah sí? ¿Y qué hiciste cuando yo te pedía más?*

*—Te daba más.*

*—¿Cómo?*

*Su mano dibujó un par de pequeños y suaves círculos entre mis piernas. Sus dedos resbalaban sobre mí. Esta era su magia en mí, su truco era incinerarme sin necesidad de fuego, sin siquiera una chispa, él me encendía con tocarme como si sus manos fuesen capaces de generar la energía que en las tormentas descargaba el cielo. Sus dedos eran rayos que al chocar sobre la tierra desatan incendios, sus dedos eran rayos que sobre mí, licuaban mi cuerpo para darle una forma distinta, esa forma que se acoplaba a él con un calce perfecto.*

*Mi falda acabó por encima de mi cintura, una de sus manos en mi muslo y la otra deslizándose con suavidad hasta la entrada de mi vagina. Dos de sus dedos me acariciaron, me rondaron tentándome y yo sentí como si mi cuerpo se abriese en dos para hacerle espacio a su mano, para invitarlo a entrar en mí por completo.*

*La sangre comenzó a no caber dentro de mis venas.*

*Con las uñas me prendí del árbol y moví mi trasero sobre él. Necesitaba más que esto, lo necesitaba todo.*

*—Muéstrame cómo —le pedí en un jadeo.*

*Dos de sus dedos entraron en mí.*

*—Estás exactamente como te recordaba: húmeda, caliente, mía.*

*—¿Y tú eres mío?*

*—Desde las ropas que llevo, la piel por debajo, la carne sobre mis huesos y mi alma. Mi amor por ti me hizo tuyo.*

*Escuché y sentí sus dedos moverse en mí.*

*—Este no podía ser el modo en que me diceses más. Necesito todo de ti.*

*—Y yo de ti —susurró suave en mi oído. Sus dedos salieron de dentro de mí y con su otra mano me apartó un poco de él. Lo escuché trajinar, estaba soltándose los pantalones.*

*La luna nos vería, el bosque guardaría el secreto y todo lo que hiciésemos, todo el placer que nos diésemos, todo el amor que generaba esta situación se fundiría en la vida y en la magia a nuestro alrededor.*

*Mi interior latía de necesidad por él.*

*Una de sus manos subió por mi espalda hasta mi cuello empujando hacia abajo. Mis manos se deslizaron por el tronco del árbol del cual me sujeté con fuerza abrazándolo.*

*Una vez que me tuvo donde quería, acomodó otra vez mi falda por encima de mi cintura. Tomó mi cadera con una mano hincando sus dedos otra vez en mi carne.*

*Su pene erecto y duro tocó la parte interior de mi pierna derecha. Él lo movió hasta mi trasero.*

*Me estremecí cuando bajó por encima de mí, pasando por encima de la entrada de mi vagina pero sin penetrarme. Fue un poco más adelante y luego se movió hacia atrás otra vez. Hasta mí ano.*

*Jadeé de gusto.*

*La que corría riesgo de morir aquí era yo.*

*Volvió a moverse por encima de mí otra vez sin penetrarme y lo hizo un par de veces más, con fuerza frotándose contra mí. Gruñendo de gusto.*

*Se encontraba a mi espalda mas de cualquier modo podía sentir su mirada clavada en la mía.*

*—Así es como te daba más —entonó y entonces sí se abrió paso en mi carne. Jadeamos juntos y me liberé por completo para recibirlo, para olvidar que él no debía estar aquí, que era peligroso más que nada para él, porque tenía mucho más para perder que yo. Él podía perderlo todo y yo solamente lo tenía a él.*

*Su cadera se movió hacia un lado y al otro con su pene dentro de mí, buscando implacable los confines de mi interior como si fuese una comitiva de expedición en tierras desconocidas, tierras peligrosas y encantadas, de las cuales incluso saliendo con vida, no pudiese despegarse jamás. Algunas tierras dejan maleficios en ti, de esos que ninguna magia puede contrarrestar.*

*—Vuelves a embrujarme una y otra vez —salió de mí y por una fracción de segundo temí que aquello fuese el aviso de que me dejaría, que no volvería conmigo jamás, que no se uniría a mí otra vez, que no me haría sentir esto nunca más. No fue así, de un empujón volvió a clavarse en mi interior y entonces empezó a moverse, y yo a moverme con él para que no se detuviese, para que me llevase al delirio, para encontrar ese punto en que la magia lo cubre todo, en el que cuesta decidir si se está despierto o dormido. Ese instante en que sabes que duermes y preferirías quedarte allí para siempre porque ese sueño es mejor que cualquier realidad.*

*Quise quedarme allí con él para siempre. Deseaba sentirme así de amada y deseada por toda la eternidad. Él se ponía en riesgo por mí, no solamente por venir a verme; corría peligro porque me amaba.*

*Él desapareció y entonces detrás de mí se materializó un hombre con manos enguantadas de negro, mojado y con un pasamontañas que olía a nuevo.*

*Me escapé de sus garras y vi sangre todo a mi alrededor, sangre en mis manos, en mis pies descalzos. Llovía mas lo que caía del cielo no eran gotas cristalinas sino unos gruesos goterones rojos y pegajosos.*

*La lluvia roja que se acumulaba en el suelo de pronto estalló para convertirse en fuego y el fuego me envolvió para devorarme.*

Sentí un terrible ardor en la nuca. El dolor como un rayo de tormenta atravesó mi cráneo desde la base del mismo hasta mi frente.

Apretando los párpados por culpa del dolor me senté de golpe.

Sentí mi colchón debajo de mí. Escuché la lluvia cayendo. Aquí olía a mi perfume, al jabón que usaba para lavar la ropa.

Algo peludo tocó mi brazo.

Abrí los ojos y encontré a Azrael a mi lado. Él era mi única compañía.

Aquí no había magia sino solamente una tormenta eléctrica memorable que encendía el cielo de blanco al otro lado de las ventanas.

Por suerte tampoco había fuego.

Jadeé alterada. Todavía lo sentía dentro de mí y el no tener a ese hombre de rostro desconocido dentro de mí me hizo sentir vacía e ingrávida.

La presión en el pecho apenas si me permitía respirar.

Giré la cabeza.

Eran las cuatro de la madrugada.

Recordé lo que había hecho anoche. Recordé la sangre, el cuerpo de Vorobiov.

—Debí llamar a la policía —entoné en voz alta y Azrael maulló—. Debí llamarlos —le dije como si él pudiese entender exactamente de qué le hablaba—. ¿Qué hice Azrael? Es posible que permitiera que el asesino de dos personas huyera. Debí llamarlos, debí detenerlo. Dios santo, no puedo creer que le diese la espalda a los dos de esa manera—. Salté de la cama y comencé a vestirme—. Estoy loca —gruñí—. Bueno eso no es ninguna novedad.

Busqué una falda, una camisa, una chaqueta y con el pelo así como estaba, recogí mi móvil, mi bolso y las llaves del auto.

Por suerte, al momento de estar lista para salir, había dejado de llover.

Sin molestarme en encender ninguna luz, bajé por la escalera atropellándome con mis propios pies. Necesitaba llegar en este instante a la casa de Patrick Reed. Me haría responsable de lo sucedido, tomaría las riendas de la situación y llamaría a la policía. Al menos haría eso por Vorobiov.

La calle todavía olía a lluvia y a mar turbulento. Entre las pesadas nubes de tormenta que restaban se veía alguna que otra estrella y un cielo que en una hora habría aclarado para anunciar la llegada de la mañana.

Las calles estaban en una de esas pocas horas –quizás las únicas– en que nadie o casi nadie las transitaba.

Conducía con la culpa haciéndome sudar a mares, tanto que las manos se me resbalaban del volante y la chaqueta de cuero me sofocaba. Tuve que parar a un lado del camino para quitármela y recogerme el cabello, incluso me quité el parche con el que me había cubierto el tatuaje nuevo porque tenía la impresión de que con éste, mi piel no podía respirar.

Regresé al camino.

A parte de la sangre y el cuerpo de Vorobiov estaba él, ese hombre sin rostro que era una mirada, una voz, un sentimiento y miles de sensaciones todas juntas, sensaciones más embriagadoras y potentes que el fuego que me quemaba en sueños. Él era el fuego, un fuego que me hacía arder por dentro, un fuego que si bien tenía origen en mi corazón calcinaba mis pechos, mi vientre, las puntas de mis dedos y todo mi interior.

Lo recordé por detrás de mí y mi vista se nubló. Sentí su perfume, el tacto de su calor sobre mi piel, él en mi interior moviéndose para darme placer, sus manos sosteniéndome con fuerza como si temiese que yo pudiese escapar; ¿a dónde iría sin él?, si incluso ahora, estado despierta lo extrañaba. Mi corazón se puso nervioso y mis tripas se revolviéron inquietas dentro de mi abdomen.

¿Por qué sentía este vacío? ¿Por qué experimentaba esta tristeza? ¿Por qué me dolía tanto el cuerpo como si me hubiesen desmembrado?

Me dieron ganas de llamarlo para que traspasase la barrera de las sueños y llegase ahora a mi lado para hacerme compañía, para protegerme así como durante mi sueño nos habíamos protegido el uno al otro en ese bosque oscuro. Él no había tenido miedo de llegar a mí, él estaba dispuesto a todo por mí y quise sentir eso de él aquí y ahora. Necesitaba su apoyo y la seguridad que me brindaba.

Lo quería conmigo y punto, ahora y luego durante el día y de ser posible, en algún momento en mi cama también.

Mis sueños eran demasiado vívidos, de allí mi angustia.

—Estoy volviéndome loca —entoné en voz alta—. Completamente loca.

Lidia tendrá que internarme en un manicomio y la verdad era que prefería la cárcel a una institución mental, conmigo allí se darán un festín. En la cárcel al menos sabría como defenderme —pensé.

Mi cabeza era un torbellino de pensamientos y si continuaba así, de esto no saldría nada bueno y para saberlo no necesitaba que las cartas lo predijesen.

¿Cómo pude errar tanto? —me pregunté poco antes de llegar.

A diferencia de unas horas atrás en que la oscuridad reinaba casi por completo en esta zona de la ciudad, había más casas iluminadas.

Encendí mi móvil y comprobé que había llegado a cargarse por completo. Tenía que estar preparada para llamar al servicio de emergencias. Soltaría nada más que la dirección de la casa y cortaría la comunicación antes de que pudiesen rastrearme; o al menos eso esperaba.

Me pregunté qué diría si la policía llegaba a mí. Nadie me creería si les dijese que estaba en la casa para advertir a Vorobiov de que algo malo le sucedería, de que en el fondo temía que Reed le hiciese daño. ¡Qué ridícula! Si ahora muy probablemente Reed también estuviese muerto, quizás yaciendo en un charco similar en el que encontré a Vorobiov.

Jamás debí dejar la casa sin llamar a la policía —repetí dentro de mi cabeza.

Me sentí tanto o más responsable que el propio asesino.

Retorciéndome de ansiedad avancé un par de calles más y entonces lo vi. Patrullas, ambulancias, camionetas de la policía forense y un montón de automóviles civiles con luces de patrulla encima, incluso había dos camiones de la televisión local con sus antenas apuntadas a las satélites de retransmisión.

Faltaba poco más de una calle sin embargo no me quedó duda que estaban frente a la casa de Reed.

La calle estaba precintada más allá de la esquina. El tráfico cortado.

Detuve mi vehículo y me quedé observando la escena.

Lamenté lo que estaba a punto de hacer pero tenía que saber con qué lidiaba.

Tomé mi móvil y llamé a Lidia.

—¿Agatha?

—Sí, soy yo.

—¿Qué hora es, qué pasó?

—Pasan de las cuatro. Decidí llamar a la policía pero ya están aquí, me encuentro a una manzana de la casa de Patrick Reed, también llegaron los canales de televisión. Necesito que enciendas la tele y me digas qué es lo que sucede.

—¿Qué haces allí?

—Que no podía dejar las cosas así. Tuve un sueño... Lo que sucede es que necesito saber qué dicen, si atraparon al asesino, si tienen pistas, si saben que entramos. Lidia por favor enciende la televisión y búscalos.

—Sí. Ok, bien, ya la enciendo. Dame un segundo para que despierte y asimile todo esto —la escuché removerse con el teléfono en la oreja—. Dices que tuviste un sueño.

—Sí, soñé con el hombre de la otra noche. No vi su rostro tampoco ahora pero sabía que era él. Yo lo esperaba en un bosque y él llegaba. Me decía tantas cosas... hacíamos el amor y... —mi garganta se cerró al recordar el momento. Todo mi cuerpo se alteró—. Soñaba con él y de pronto todo cambió, en mi sueño apareció el hombre que nos persiguió, el asesino. No debí irme de la casa sin llamar a la policía.

—Sí, bien, debimos llamar; lo hecho, hecho está. ¡Un momento, aquí lo encontré! Están transmitiendo en vivo desde la casa de Reed. ¡Mierda!

—¿Qué, qué dicen?

—Patrick Reed no está muerto, Agatha. Está justo allí, frente a las cámaras, hablando con la policía en la puerta de su casa. Lo acompaña su hermano, el que estaba la otra noche en el Mystical y hay alguien más con él. Es una locura, dicen que Vorobiov fue degollado y que Reed no se encontraba en la propiedad cuando todo sucedió. Hubo corte de luz; según declaraciones de Reed, las cámaras debieron haber continuado funcionando y

no fue así. Se cree que alguien desactivó el sistema de seguridad y no saben cómo. Probablemente lo hackearon. No tienen idea de cómo sucedió nada semejante. Los de la empresa de seguridad están en el lugar. La periodista dice que los de la compañía de seguridad afirmaron que sus sistemas son inviolables. No se explica cómo pudieron desconectarlo. Dicen que tiene contraseñas y que solamente Reed podría haberlo desactivado. Bueno es un alivio tener la confirmación de que esas cámaras no funcionaban.

—¿Dicen algo más? ¿Alguien nos vio? ¿Atraparon al asesino? ¿Fue Reed quién encontró el cuerpo?

—Calma, calma —Lidia hizo una pausa—. No dicen mucho más. No mencionan a nadie más. No fue Reed quien encontró el cuerpo, según dicen un vecino llamó a la policía porque vio una camioneta negra sospechosa alejarse a toda velocidad de allí. Llamó a la policía y ellos llegaron y como Reed no estaba, entraron en la casa y encontraron el cuerpo. Patrick Reed no llegó hasta que la policía dio con él. Según comentan les costó encontrarlo. Recién llega a su domicilio. Creo que el otro hombre que está con él es su abogado.

—¿Entonces Reed está bien? —una parte de mí sintió alivio de que él asesino no se lo cargase también, la otra se preocupó. No es que no me aliviase verlo con vida. No era santo de mi devoción sin embargo tampoco lo quería que le sucediese nada malo, si hasta me había angustiado al imaginarlo muerto, pensar en que toda esa energía que cargaba pudiese haber desaparecido. Era solo que... que todo aquello que sentí cuando lo conocí se materializó en el miedo que me daba el saberlo cerca de su socio.

—Sí, está bien. Bueno por bien me refiero a vivo. No se lo ve muy tranquilo que digamos, no está feliz, eso te lo aseguro. A cada momento lanza miradas al interior de la casa, es que de allí no paran de entrar y salir policías y peritos. Diría que el hombre los sacaría a todos a patadas si su hermano le soltase el brazo, tal parece que él y el que yo diría que es su abogado, están sujetándolo. Sí, están sujetándolo —hizo otra pausa —no mira con muy buena cara al detective que tiene en frente. Creo que lo golpearía si pudiese.

—Golpeó a Vorobiov —solté angustiada.

—Sí, lo sé.

—¿No dicen dónde se encontraba Reed mientras esto sucedía en su casa?

—No, no comentan nada. ¿Agatha...?

—¿Si?

—Que te conozco y sé que a veces tus silencios dicen más que tus palabras. En qué piensas. ¿Querías alejar a Vorobiov de Reed?

—Sí... no lo sé, no estoy segura.

—¿Y entonces?

—No lo sé. ¿Y si fue él?

Lidia no respondió. Aguardé un par de segundos.

—¿Lidia, qué pasa, por qué no dices nada? —continuaba sin responder; escuchaba su respiración al otro lado de la línea—. Lidia dime qué es lo que sucede, ¿qué ves?

Ya no pude contenerme, tenía que verlo con mis propios ojos. Saqué las llaves del contacto, bajé del auto y comencé a caminar en dirección a la casa, después de todo mi presencia se disimularía entre el resto de vecinos curiosos que se habían agolpado allí en el último par de minutos.

Noté más movimiento del que había un par de segundos atrás.

—¿Lidia qué sucede?

Escuché un par de gritos que no provenían de mi móvil sino de la calle más adelante.

—¡Lidia!

—Reed está forcejeando con la policía. Creo que quieren llevárselo. Están gritándose. ¡Ah mierda!

—¿Qué? —corrí hasta la cinta de la policía. Dos de los vecinos de Reed filmaban los disturbios con sus teléfonos móviles.

—Patrick Reed acaba de lanzarle un puñetazo al policía que intentó sujetarlo.

Lidia lo dijo y yo vi a Reed intentado zafarse de las manos de dos policías mientras un hombre y su hermano, procuraban hacer que se calmara. Una de las patrullas cercanas tenía una de sus puertas abiertas evidentemente esperándolo. Se lo llevarían detenido.

—¿Lidia, qué es lo que dicen? —pregunté siguiendo el perímetro delineado por la cinta policial para intentar conseguir un mejor ángulo de visión.

—Dicen que parece que se resistió a ser llevado a la comisaría para dar una declaración.

Eso mismo decía el periodista a mi izquierda cuando llegué a él.

—Nos informan que Reed se negó a decir dónde se encontraba esta noche —añadió el reportero y vi a un policía de uniforme mirar de costado al periodista. El uniformado estaba a menos de tres pasos, de brazos cruzados y con cara de satisfacción—. Anteanoche mismo, el señor Reed le habría dado una golpiza a su socio Andrey Vorobiov quién pasó la noche en el hospital. Según nos informan nuestras fuentes, Reed pasó en la tarde, a buscar a su socio por el hospital y lo trajo aquí a su casa. Vorobiov no había levantado cargos por la agresión y no queda claro porqué dejó su hotel para instalarse aquí. La sociedad entre ambos era multimillonaria y por lo que nos han podido informar diversas fuentes, existen varias cláusulas que beneficiarían mucho al señor Reed si Vorobiov rescindía el contrato.

—¿Lidia qué es eso de las cláusulas?

—No tengo idea, también estoy escuchándolo.

—¿Beneficios económicos?

—Supongo.

—Reed heredaría el proyecto y todo el dinero invertido en este —anunció el periodista.

—¿Escuchaste eso? —le pregunté a Lidia.

—Sí, lo escuché. ¿Crees que lo asesinara él, o que mandase matarlo? El hombre que nos persiguió anoche tenía su misma altura, su complexión.

—Bueno... —dudé y dejé atrás al periodista y su camarógrafo para acercarme más a Reed quien ahora se había calmado un poco. Los sostenían tres policías y entre él y el detective de traje oscuro, mediaba el que debía ser su abogado—. No lo sé, Lidia. Quizás. Anoche con la carrera... estábamos asustadas y la verdad es que apenas si me fijé. Jamás podría asegurar que el hombre con el pasamontañas fuese él. Además es una tontería, para qué

ocultarse así en su propia casa.

—No lo sé. Por las dudas no consiguiese asesinar a Vorobiov. No debía querer que éste lo reconociese si llegase a escapar con vida.

—Le cortó la garganta.

—Los de la agencia de seguridad dijeron que es casi imposible desactivar el sistema, que el único que podía era Reed.

—Lidia...

—Solamente te recuerdo las evidencias.

—Sí fue él pues entonces sabe que lo vimos —jadeé asustada.

—Entonces mejor que se lo lleven preso y que no lo suelten por un buen tiempo. Estamos en problemas, Agatha.

—Mierda.

—Sí, eso mismo. Si Reed es un asesino no hay muy buen pronóstico para nosotras. Mejor sal de allí.

—Tengo que verlo.

—¡Estás loca! Ni se te ocurra ponerte frente a él.

—Debo mirarlo a la cara para saber si fue él.

—Agatha sal de allí ahora, ese sujeto es un todo poderoso, incluso dentro de la cárcel tendrá sus métodos para silenciarnos. Regresa aquí, quizás Silver nos permita quedarnos en su casa por un tiempo.

—No pienso ocultarme de esto.

—Pero Reed te lo advirtió.

—Sí, pero yo tengo que saber si fue él. Te llamo luego.

Colgué la comunicación e inspiré hondo. Tenía que hacer esto.

Ninguno de los policías miraba hacia este lado de la calle, todos estaban de frente a la casa, viendo lo que sucedía entre Reed y el detective que tenía cara de pocos amigos.

Inspiré hondo una vez más y desestimé mi miedo a terminar detenida o incluso peor, a que Reed me reconociese o reaccionase del mismo modo que

la primera vez que me vio.

Haciendo todo a un lado, todo lo que no fuese él y yo, me agaché por debajo de la cinta de plástico para lanzarme a correr en su dirección.

Uno de los policías me gritó que me detuviese y no lo hice. Tenía que llegar a Reed, tocarlo al menos o pescar su mirada por un par de segundos.

Esquivando vehículos policiales y uniformados logré llegar a él.

Creo que no me frenaron porque no esperaban esto, no entendían nada.

Entonces lo hice, colándome por entre los presentes pesqué el puño que Reed alzaba en dirección al detective como recriminándole algo.

Su piel hizo estallar la mía. Mi corazón tomó fuego. Quedé paralizada, destruida y mi corazón acabó en cenizas.

La fuerza de Reed me llevó por delante, también su miedo y algo más que no pude definir qué era. Volví a percibir aquella oscuridad en él; un océano profundo de tristeza, de vergüenza y desazón. Lo sentí perdido.

Sus ojos de tigre se posaron en los míos enseñándome su sorpresa. Me reconoció al instante, lo supe. No entendía qué hacía yo allí, por supuesto que no me esperaba en las puertas de su casa antes del amanecer con todos estos policías rodeándonos, con su socio muerto.

Su mirada de terrible y potente se aflojó en un parpadeo.

Sufría como nadie que yo hubiese visto antes en mi vida y era un sufrimiento tan hondo y profundo que me dieron ganas de llorar. Ganas de abrazarlo y cuidar de él.

—No fui yo —me dijo.

—Señorita no puede estar aquí. ¡Señorita!

Alguien tomó mi muñeca, la de la mano con la que sujetaba de Reed y tiró pero la otra mano de Reed sujeto la mía para impedir que nos separasen.

—Yo no lo hice, no maté a Vorobiov.

—¡Saquen a esa mujer de aquí!

—¡No lo hice! —bramó Reed y entre dos policías tiraron de mí hacia atrás.

Reed no me soltaba.

—¡Patrick suéltala! —le gritó su abogado.

—¡No lo hice, no lo hice! —lanzó viéndome directo a los ojos.

—Tiene que retirarse —chilló uno de los policías.

—¿Quién es usted?

—¡Suelta, Patrick!

—¡No lo hice; es una locura! ¡Son todos unos ineptos! —gritó Reed y sus ojos cambiaron otra vez a los ojos de un tigre enfurecido.

Dos policías se metieron entre nosotros y tironearon para separarnos. Reed tenía sus dedos tan clavados en mí que arañó mi piel cuando me arrancaron de su lado.

—¡No lo hice, no lo hice!

—Usted no puede estar aquí —el policía me arrastró hacia atrás—. ¿Quién es usted? ¿Conoce a Reed? ¿Es una vecina de la zona? Tendrá que mostrarme una identificación —soltó hasta que llegamos a la cinta de plástico y entonces todos los periodistas nos cayeron encima.

—¿Quién es usted?

—¿Conoce a Reed? ¿Cuál es su relación con él?

—¿Es su novia?

—¿Estaba con él en la casa?

—¿Conocía a Andrey Vorobiov?

—¿Reed asesinó a su socio por dinero?

—¿Oficial qué puede decirnos, se llevarán detenido a Reed?

—¿Es el señor Reed sospechoso de asesinato?

Los periodistas armaron un revuelo tal que logré soltarme de las manos del oficial y me eché a correr en dirección a mi automóvil.

Ahora había el doble de gente en la calle y otras tres unidades móviles de televisión acababan de llegar.

Sin mirar atrás llegué hasta mi coche. Por poco y pierdo mi móvil por el camino.

Encendí el motor, metí la marcha atrás y como una salvaje di la vuelta en “U” para pisar el acelerador y poner entre mi automóvil y la policía, la mayor distancia posible.

Lidia me llamó tres veces, solamente contesté a la cuarta cuando me encontraba lo suficientemente lejos y me había asegurado que nadie me seguía.

—¿Qué fue todo eso?! —chilló en mi oreja—. Te gritó que él no fue. Lo captaron todas las cámaras. ¿Te lastimó? Vi que te tenía agarrada de la mano. ¿Agatha acaso perdiste la cabeza por completo?! ¿Sentiste otra vez lo de anoche? ¡Di algo!

—¡Si no me dejas! —me miré la mano y quedé embobada por los arañazos rojos que había dejado en mi piel—. Dijo que no fue él. Me lo dijo, lo repitió unas cuantas veces mirándome a los ojos. Sonó casi como si me rogase para que creyese en él. Lo repitió tantas veces, Lidia... No entiendo por qué lo hizo, sobre todo después de lo de la otra noche. Es como si esperara que le creyese, como si lo necesitase. Así lo sentí. Reed es... él... yo no sabría decir... me dio pena. Él es tan... y sus ojos...

—¡Ven aquí ahora! Estás loca, Agatha, mira que exponerte a ese hombre así. Ahora mismo llamaré a Silver para preguntarle si podemos quedarnos en sus casa por unos días.

—Ni loca haré eso. Voy a casa, quiero limpiar las cartas que Silver me dio.

—Agatha por favor.

—Necesito averiguar más sobre Reed.

—Eso le incumbe a la policía no a ti. No seas necia, es probable que Reed matase a su socio por dinero. Las cláusulas del contrato ya dan vueltas por todos los canales de televisión. No sé cómo las consiguieron pero si son reales, estaban destinadas a favorecer a Reed en todo sentido, tanto si su socio rompía el contrato como si fallecía. Es muy probable que él sea el

asesino.

—Me dijo que no lo había hecho. Averiguaré qué sucedió. No llames a Silver, hablaré con él más tarde.

—Agatha...

—Por favor, Lidia. No le digas de esto ni una palabra a nadie. Ya lo resolveré yo.

Lidia gruñó en respuesta.

—Haremos una cosa, esperaremos a ver qué dice la policía y luego resolveremos qué hacer.

—Sí, eso haremos.

—Por favor, de verdad piensa en que sería bueno que desaparezcamos por unos días. Silver no preguntará demasiado si le decimos que queremos quedarnos un tiempo en su casa. Él jamás hace demasiadas preguntas.

—Tiene otros métodos para averiguar lo que quiere —murmuré por lo bajo. Así era Silver, para bien o para mal.

—Además el tiene abogados y puede ser que necesitemos uno.

—Lo sé.

—Piénsalo.

—Está bien, lo pensaré; ahora debo ir a casa.

—Ok, te llamaré en un par de horas. Intenta no meterte en más problemas.

—Lo prometo.

—Te quiero, cuídate.

—Y tú—. Corté la comunicación y conduje a casa.



## 7. Energía peligrosa.

Con dos tazas de té bien fuerte corriendo por mi sistema, me dispuse a limpiar las cartas.

Afuera amanecía mientras yo reacomodaba el pequeño altar que tenía en casa para poder llevar esa tarea a cabo.

Encendí una varilla de sándalo que al instante lo perfumó todo. Mientras Azrael se hacía mimos con las patas de la mesa en la que estaba armado el altar, llené un vaso con una solución de agua con sal, lo coloqué a un lado, dejando mi nuevo mazo en medio. Con un fósforo le di lumbre a la vela blanca que lo coronada todo. Alrededor de las cartas boca arriba coloqué algunas piedras que tenía cargadas con luz de la luna, en su mayoría cuarzos y amatistas, acompañados de un par de trozos de turmalinas y obsidianas.

Este proceso lo había realizado una sola vez en mi vida y cuando todavía no era demasiado consciente de lo que implicaba. Hoy por hoy las cosas eran muy distintas. “Cree en la magia que la magia cree en ti”, eso solía decir Lidia y en verdad, por más que tuviese días negros en los que prefiriese no creer en la magia y que ésta no creyese en mí, me resultaba imposible poder extirpar de mi ser esa gran parte de mí que estaba ligada a la magia, a eso que no se puede explicar con métodos racionales.

Podría ponerle cualquier nombre a aquello, incluso llamarlo con ese

nombre que tan malas asociaciones conlleva para algunos: brujería. Pero cuando ésta es parte de ti, las malas asociaciones y cualquier otra consecuencia que pueda traer, es tan soportable como para cualquier ser humano puede ser saber que depende de respirar, del oxígeno para vivir.

No podía desprenderme de eso, era parte de aquello que no tiene explicación y lo sería hasta mi último aliento y quizás incluso después de que exhalase por última vez.

Retrocedí un paso y observé las cartas rogándoles que me aceptasen, que me permitiesen ver lo que mis ojos no eran capaces de captar, lo que mis sueños no conseguían mostrarme con claridad.

Cerré los ojos y vi en mis retinas a Patrick Reed gritando que no había sido él, que no había asesinado a Vorobiov.

¿Por qué me lo había jurado a mí después de todo lo que me dijera la otra noche? ¿Por qué necesitaba que creyese en su palabra?

Di otro paso hacia atrás y estrujé en mi puño derecho los dices que colgaban de mi cuello. No me sentía segura aquí, no me sentía segura en mi propia piel mas no por eso tenía pensado huir.

En teoría debía dejar las cartas limpiándose al menos un día; en teoría debía montar este altar en una habitación y cerrar la puerta para condensar la energía. Todo en teoría. Mi ansiedad y la desesperación que me causaba averiguar la verdad me impedían seguir las reglas.

El sol de la mañana comenzó a dar sobre el mazo puesto que las nubes se habían disipado y si conseguía contenerme las dejaría allí junto a la ventana para que les diese la luz de la luna también.

En silencio le pedí al universo y a toda fuerza superior, para que me iluminase, para que me permitiese, a través de la cartas, llegar a la verdad, para poder ayudar a los que viniesen a mí en busca de ayuda.

Me tomé un momento para mí y mis nuevas cartas y a continuación fui a la cocina a por otra taza de té.

No solía ver demasiada televisión sin embargo encendí el aparato, mi urgencia no era por distraerme sino por saber más de él. No me costó nada encontrar un canal en que la noticia no fuese la muerte de Andrey Vorobiov la noche pasada en casa de su socio, el adinerado Patrick Reed, que dueño de

media ciudad ahora heredaría un proyecto multimillonario.

Una periodista salió al aire en directo desde la puerta del edificio en que aún tenían a Reed demorado para que prestase declaración. Sin especificar qué indicios sostenían la causa, relataba que él señor Reed era uno de los sospechosos. No mencionaron ninguna prueba contra él y sus abogados todavía no habían publicado ningún comunicado.

Hasta ahora no había otros sospechosos; sí se investigaba los contactos que ambos personajes habían tendido en sus últimos días y tantas otros detalles más.

En cuanto la periodista mencionó eso, mi cerebro fue directo hacia mis mensajes en el móvil de Vorobiov; sin duda la policía los escucharía y no les tomaría mucho llegar a mí.

Pensé en mis pisadas dentro de la casa, en que pudiese haberseme caído algún cabello.

En cuanto la policía diese con mi nombre, también darían con mi pasado.

Se me puso la piel de gallina. No podría salir de esto sola.

Silver, su nombre venía una y otra vez a mí y lo hizo todavía con más fuerza cuando de la imagen de la reportera pasaron otra vez a la transmisión en los estudios y de allí a lo sucedido a noche. Vi otra vez a Reed forcejear con la policía y luego...

Mi corazón literalmente se detuvo cuando mi rostro muy cerca del de Reed, captó casi todas las pulgadas de mi televisor.

—Mierda —jadee. Estaba tan en pánico que siquiera alcancé a escuchar lo que comentaban los periodistas mientras de fondo se veía a Patrick Reed gritándome que él no lo había hecho—. Mierda, mierda, mierda—. Me aferré del borde de la encimera sin poder despegar la mirada de aquellos ojos de tigre. Y luego el policía apartándome de la zona, los periodistas preguntándome si conocía a Reed, si era su novia, si sabía algo sobre lo sucedido.

El teléfono comenzó a sonar y por poco vomito mi corazón.

Lo manoteé de la pared y me lo llevé a la oreja sin apartar mis ojos de la pantalla.

—¿Agatha estás viendo las noticias? Pon el canal ocho. ¿Qué es esto?

—Owen...

—Sí, soy yo. ¿Qué hacías allí? ¿De dónde conoces a ese hombre? ¿Necesitamos buscarte un abogado. Dime algo. Agatha que me muero de preocupación. ¿Te encuentras bien? Dime algo.

—Sí, estoy bien.

—¿Qué hacías en ese lugar anoche? ¿Ese Vorobiov era el que buscabas? ¿Sabías que eso sucedería?

—No, no sabía que moriría, que lo asesinarían. Solamente temía por él y no llegué a tiempo.

—Dicen que su socio lo asesinó.

—Reed dice que no fue él.

—Sí, lo vi gritándotelo. ¿Qué es todo esto, de dónde conoces a Reed?

—Nos conocimos el viernes por la noche en el Mystical.

—Entiendo que no en tu Mystical.

—No, en el club. Reed organizó una celebración por su asociación con Vorobiov.

—¿Y entonces se te tiró como perro en celo? Ese hombre cambia de mujer todas las semanas.

—Se tiró encima de mí pero más como perro rabioso —solté y Owen se quedó mudo. Procedí a contarle toda la historia para ubicarlo en situación. Tomé coraje y también le conté lo que habíamos hecho con Lidia por la noche y lo que había hecho yo esta madrugada, de cualquier modo eso último él ya lo había visto por televisión.

—Es que acaso estás loca —rugió en mi oreja—. Agatha no sabes con quien te metes. Tenemos que buscarte un abogado. La policía encontrará tus mensajes además querrán saber quién eres después de verte con Reed. En todos los canales dicen que Reed se negó a declarar, que no ha dicho dónde estuvo anoche. Hay muchas dudas sobre la alarma de la casa y demás.

—Sí, lo sé.

—Te gritó que no lo había hecho. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Después de lo que te hizo, de destrozar tus cartas... no me queda claro por qué necesitaba convencerte a ti.

—Ya te dije que no lo sé, Owen. No entiendo nada.

—Hablaré con unos amigos e intentaré buscarte un abogado.

—No, está bien, no quiero meterte en esto. Ya me las arreglaré yo.

—¿Conoces a algún abogado?

—No pero...

—Silver —soltó interrumpiéndome.

—No quiero complicarte la existencia, de cualquier modo todavía no hablé con él.

—Necesitas un abogado, Agatha. Tienes antecedentes y sabes cómo es a veces la policía.

—Sí, ya lo sé.

—Sí no quieres que te ayude a buscar uno pídeselo a Silver pero por favor no te demores. La policía podría llegar a ti de un momento a otro, y aunque sea para hacerte un par de preguntas, me parece que deberías contar con apoyo profesional.

—Sí, lo haré. No te preocupes.

—¿Cómo no preocuparte? ¿Te paso a buscar y vamos juntos a ver a Silver? ¿Estás sola? No me agrada la idea de que estés sola.

—Estoy sola, sí. No te preocupes, Owen.

—No puedo no preocuparme por ti, te amo. Quizás no fui lo suficientemente claro anoche. Es que no me diste tiempo. Saliste corriendo.

—Sí, perdona.

—Mejor voy par allí.

—No, Owen, mejor ahora no. Te prometo que pasaré más tarde por tu casa si puedo.

—¿Para contestarme a cuando te digo que te amo? Sé que no es el momento ideal pero entre nosotros jamás parece serlo.

—Owen este es pésimo. Por favor, dame unas horas para intentar aclarar mi cabeza, llevo varias noches desastrosas y eso... Lo siento, de verdad, sabes que te quiero, es que estoy desbordada. Juro que intentaré pasar a verte más tarde.

El timbre de mi puerta sonó y entré en pánico. Ya me imaginaba a la policía allí abajo esperando a que les abriese para entrar aquí y revolverlo todo, para llevarme detenida por todos y ningún motivo a la vez.

—Owen, te llamo luego que llaman a mi puerta.

—¿Quién es?

—No sé.

—¿Es Lidia?

—Que no sé, Owen.

—¿La policía?

Apartando el teléfono contesté al portero eléctrico.

—Mi reina soy yo. Ábreme. Tenemos que hablar.

Ya me imaginaba yo que Silver no tardaría mucho más en llamar o en aparecerse por aquí.

—Sube —le contesté presionando el botón que abriría la puerta para él.

—Owen, tengo que dejarte ahora, no es la policía, es Silver. Te llamaré más tarde lo prometo.

—Tampoco me agrada mucho que estés con él a solas.

—Estaré bien, gracias por llamarme. Te juro que te llamaré luego.

—Bien. Si no me llamas iré a tu casa. Cuídate y si Silver se pone pesado me mandas un mensaje y estaré allí en menos de cinco minutos.

—Gracias, Owen.

Terminamos de despedirnos, colgué el teléfono sobre su base y fui a abrirle a Silver.

Llegué a la puerta y él ya estaba esperando allí, de pie, con muy mala cara y de brazos cruzados. Azrael llegó para darle la bienvenida con un maullido y sonoros ronroneos.

—¿Será que no fui lo suficientemente claro cuando te dije que no te metieses en eso? ¡¿Agatha?! —me gritó—. ¿Qué demonios se te metió en la cabeza?

—Tenía que evitar que Vorobiov muriese.

—Algunas cosas son inevitables.

—No me vengas con eso —de mal modo se metió dentro de mi apartamento. Usualmente lo primero que hacía era alzar a Azrael para prodigarle una interminable sesión de cariños; esta vez pasó junto a él sin siquiera mirarlo—. ¿Es que no entiendes cuando se te advierte que algo es peligroso para ti?

—Sí, lo entiendo pero Vorobiov también corría peligro.

—Vorobiov ya estaba muerto ayer cuando te lo dije Agatha.

Sus palabras no me gustaron ni un poco y por eso cerré la puerta dando un portazo.

—No hables así.

—Quizás ayer debí ser así de claro. Cuéntamelo todo ahora. ¿Por qué te vi en las noticias con Patrick Reed prendido a tu mano diciéndote a gritos que es inocente cuando a todas luces, no lo es. Creí que ese hombre te odiaba.

—Sí, supongo que así es, no lo sé. Anoche entramos en su casa con Lidia. Le había dejado un par de mensajes a Vorobiov y no me contestó. Lo encontré muerto en el embaldosado de la cocina y el asesino nos persiguió. Anoche tuve sueños raros otra vez y supe que no debí irme de allí sin llamar a la policía antes, incluso creí que el propio Reed estaba muerto. Desperté a las cuatro de la mañana y fui directo a su casa, me encontré con la policía y con...

—Sí reina, vi tu rostro en las noticias, saliste en todos los canales de televisión. La policía vendrá por ti en cualquier momento. Ya llamé a mis abogados. Haremos lo que haga falta para minimizar los daños. Es probable que sepan quien eres, si tus llamados están en el contestador del móvil de

Vorobiov —Silver de pronto quedó en silencio. Desvió la vista hacia las cartas y acto seguido hasta mi cuello, parecía querer ver la parte posterior a través de la carne—. Al final lo hiciste.

—Sí, lo hice.

Se cruzó de brazos y me enfrentó.

—No tienes miedo de lo que pueda pasarte, ese es tu mayor defecto. Es más que un tatuaje y lo sabes. El fuego ha quemado tu piel en sueños desde que tienes uso de razón y ahora ahí lo tienes, metido en tu piel para siempre.

—No le temo como le temía antes.

—¿Qué debo hacer para que entiendas que necesitas ser cuidadosa? Todo el mundo engaña, Agatha.

—¿Por qué me dices eso?

—Por qué es así.

—¿Me engañas?

—Te quiero e intento protegerte.

—¿Qué es lo que no me dices?

—No es eso. Agatha no te metas en más problemas. No estoy engañándote, creí haber sido claro cuando te dije que Owen no me agrada ni un poco y cuando te aclaré que te mantuvieses alejada de Reed y de Vorobiov.

Me dio a impresión de que Silver iba a acotar algo más, al final se quedó con los labios separados y sus ojos clavados en mí.

—Sí, lo dijiste —entoné yo para cortar su largo silencio.

—Anoche estabas con Lidia.

—Sí —avancé en dirección a la cocina —no debí llevarla, lo sé. No hace falta que me regañes por eso también.

—No son regaños, intento cuidar de ti lo mejor que puedo.

—Silver no tienes que hacerlo.

—No, no tengo pero quiero. Arma un bolso, pon a Azrael en la

transportadora; nos iremos a casa.

—Estoy en mi casa.

—Por favor, Agatha. No seas terca, nada de esto está bien. Corres peligro. Hay un asesinato de por medio. Tienes que entrar en razón, no es un juego. Te lo advertí ayer. Parece que hicieras todo esto para llevarme la contraria al igual que siempre. Llevas una eternidad llevándome la contraria.

—No es así —me detuve frente a la tetera y él se acomodó a mi izquierda.

—Lo que está por venir no es bueno y lo sabes.

—Como dijiste, algunas cosas son inevitables.

—Haré lo que sea necesario para evitar esto.

—Tienes que dejarme vivir mi vida.

—Tú no estás queriendo vivir tu vida, estás queriendo terminarla. Lo sabes, lo sientes, estás poniéndote en peligro voluntariamente y todo por qué...

Me quedé pensando en un porqué y no vi más que aquellos ojos de tigre con esa tan peligrosa energía suya encerrada en su mirada.

Silver me perforó con sus ojos grises. Al final acabé apartando la vista.

—Esta vez no me quedaré de brazos cruzados viendo como te destruyes inútilmente por personas que no lo valen. Tú vales más que todos, que todo este jodido mundo. Lo que cargas dentro es algo que las pequeñas mentes que te rodean, nunca comprenderán; siquiera aunque hagan su mejor esfuerzo por procurar ponerse en tu lugar. Mi reina, tu mundo no está en este mundo, jamás lo estará. No importa cuanto te esfuerces por ser una de ellos, jamás lo serás y eso lo agradezco. Así intentes disimular lo que eres jamás pasará inadvertido, por eso que mucha gente te envidia, que mucha gente te teme. La gente le tiene miedo a aquello que no comprende, a aquello que saben que jamás dominarán. Tú eres indomable y tu poder va mucho más lejos de lo que imaginas. Las almas antiguas como tú están destinadas a otras cosas, no a salvar necios, ególatras o falsos.

—Silver...

—Haré todo lo que sea necesario para esto se resuelva como es debido.

—Silver no puedes evitarme todos los problemas, mucho menos todas mis penurias.

Silver se pasó ansioso, ambas manos por su cabello plateado, apretó los labios y sacudió la cabeza para por último, fijar sus ojos en mí otra vez.

—Escúchame bien, te hablo a ti, no a Agatha, te hablo a ti, a quién eres. Tú y yo nos conocemos bien —nos apuntó por turnos —demasiado bien y no lo puedes negar. Tú y yo estamos en esto, somos lo mismo y siempre lo hemos sido. No necesito decirte que sea lo que sea, que pase lo que pase, si tú acabas en el fuego, yo me quemaré contigo. Si te pasa algo, lo que sea, me sucede a mí también —tomó mi mano derecha.

Sus manos siempre me resultaron frías, no de un modo incomodo sino más bien refrescante. Silver siempre me pareció un ser de otro mundo, no únicamente por su aspecto, más bien por lo que llevaba dentro, por lo que era.

—Mi alma tiene demasiados pesares por ti y no estoy dispuesto a acumular más, no porque desista de ti sino porque esta vez no pienso ceder, lucharé hasta el final, ¿me oyes? Eres mi reina y lo serás por siempre.

—Silver... —jadeé. El fuego estaba sobre toda mi piel, así y todo, por el frío de sus manos, se me puso la piel de gallina. El fuego quemaba mis pies, comenzaba a calcinar mi cabello y yo de cualquier modo me sentí fresca y llena de energía, sentía como si la tormenta de anoche estuviese circulando por mis venas ahora.

Por un par de segundos olí a cabello quemado, en este instante el perfume del aire que nos rodeaba era completamente distinto, olor a madera y a tierra húmeda, olor a lluvia, a los rayos deshaciendo el oxígeno, quemando las partículas de polvo con su descarga eléctrica.

A mi nariz regresaron los olores del bosque en mis sueños, a la piel de mis manos, el tacto del árbol del cual me sujeté mientras mi amor tomaba cuenta de mí, abriéndose paso en mi interior.

La mano de Silver estrujó la mía. Su rostro se deformó.

*En un torbellino oscuro vi dos hombres discutiendo a gritos, no alcancé a*

*divisar rostros, eran apenas sombras, sombras furiosas que se amenazaban. Sentí miedo, miedo por mi amor. No podía distinguir cuál de esas dos sombras era el foco de mi preocupación.*

*De los dos hombres riñendo pasé a aquel lugar oscuro, frío y húmedo, a una voz que susurraba una canción en mi oído. Una tonada que me resultó familiar y si bien escuchaba la letra de esa música que sonaba como una canción de cuna, no podría volver a repetirla. Vi mis manos acariciando la superficie de la hierva, vi un cielo impecable y celeste, y sabía que debajo de mí estaba la tierra fértil de la cual absorbía gran parte de mi energía. Me sentí parte del cielo, del sol, del prado, de los árboles, de las moscas que flotaban a mi derecha, de algún pequeño roedor que escarbaba la tierra a mi izquierda, vi los ojos de Silver y también me sentí parte de él.*

Algo cambió de pronto y regresé a mi apartamento, a Silver, al perfume del sándalo.

—¿Qué es lo que sucedió recién?

Silver dio un lánguido parpadeo.

—No sé, tú dime —soltó mi mano con un gesto brusco—. Llamaré a mis abogados y les contaré tu historia completa. Todo lo sucedido desde el viernes por la noche me refiero. Creo que lo mejor será que te presentes tú a declarar antes de que vengan a buscarte, cuanto antes te apartes de la vida de Reed mejor será.

—Bueno es que...

—¿Es que qué? —lanzó Silver alzando la voz quedándose con su móvil en alto, en mitad de algo que escribía.

—No me hables así. Y lo escuchaste, Reed dijo que no fue él y el asesino me vio. Tengo que encontrar al asesino si es que no fue él. No estoy segura de que ese hombre fuese Reed y si fue él, si sabe que yo lo vi...

—Por eso mismo, darás tu declaración y te quedarás en casa. Reed jamás se atrevería a entrar y te aseguro que si lo hiciera, no saldría de allí con vida.

—Silver, por favor, no digas esas cosas.

—Ese hombre no me gusta.

—A ti no te gusta nadie.

—Casi nadie. Tú me gustas y permíteme desconfiar del resto del mundo, tengo experiencia de sobra.

—Exageras.

—¿A sí? ¿Necesitas que te recuerde tus vivencias?

Mi boca se puso amarga. Negué con la cabeza. Silver podía ser muy cruel incluso cuando no se lo proponía.

—No, no hace falta, tengo buena memoria.

—Disiento contigo en eso, si tuvieses buena memoria no estaríamos discutiéndome esto ahora.

—Cuando quieres eres muy exasperante, ¿lo sabes, no?

—Sí, lo sé pero te quiero como nadie antes te ha querido o te querrá — Silver me sonrió y de mí desapareció cualquier rastro de enojo con él—. ¿Me preparas un té? Llamaré a mis abogados para que nos recomienden qué hacer.

—Sí, claro, siéntate.

Silver se sentó a la mesa de mi cocina y Azrael llegó a él, entonces sí las cosas volvieron a ser como siempre: Silver rascó el cuello negro y peludo de mi gato y éste le dio cabezazos a su mano marcándolo como parte de su territorio, una más de sus pertenencias.

Mientras preparaba las tazas y el agua lo escuché hablar. Todavía hoy no dejaba de sorprenderme el modo en que Silver viviendo en un mundo tan mágico podía tener una conciencia tan plena y profunda de la realidad y del día a día de las personas normales, de los humanos que no leen cartas del tarot o perciben energías.

Él me decía que yo era un alma vieja mas sin duda, él lo era todavía más.

Los preparativos para presentarme en la comisaría duraron hasta casi hasta el mediodía. Uno de los abogados de Silver se presentó en mi casa, vistiendo su elegante y costoso traje, con su camisa impecablemente planchada y su corbata, a pesar de que el clima era cálido y que estábamos en domingo.

Tuve que contarle toda la historia, la más reciente, el resto, mi pasado, él

ya lo conocía. Silver debía haberlo puesto al tanto de todo. Yo conocía a algunos de sus abogados, a este no.

Todas las recomendaciones que me hizo el abogado y todas las que soltó sobre mí, Silver, no hicieron más que incrementar mi ansiedad.

Si por algo deseaba ir a la comisaría no era para aclarar mi situación, nada de eso, lo que yo quería era saber de Reed, si tenían pruebas en su contra.

El abogado fue en su coche y yo con Silver en el de él.

Frente a la comisaría había media docena de camiones de televisión y un montón de gente agolpada en la puerta esperando novedades. En la acera de enfrente paparazis, muchos de ellos sobre escaleras de aluminio.

Curiosos en automóviles pasaban a baja velocidad.

Antes de salir de casa, el abogado había llamado a la comisaría para avisar que íbamos y lo hizo justo a tiempo porque según dijeron, ya habían visto mis mensajes en el móvil de Vorobiov y querían saber porqué deseaba verlo.

Silver le había aclarado a su abogado que había sido él quien vio la muerte de Vorobiov en la tirada de cartas, que fue él quien me lo contó.

Yo por supuesto no estaba muy segura de querer involucrarlo pero el abogado nos recomendó que nos apegásemos a la verdad, que de ese modo nos libraríamos de esto muy pronto.

Hubiese preferido evitar lo que sucedió a continuación mas fue imposible. Más de uno de los periodistas reconoció mi rostro y el resto se hicieron eco.

Me acribillaron a preguntas y por única respuesta obtuvieron la voz del letrado diciendo que no haríamos comentarios.

Entrar en la comisaría tardó lo indecible.

El interior del edificio de la comisaría me resultó desagradablemente familiar.

—Señorita Briz, le agradecemos su presencia aquí —me dijo el detective que anoche había discutido con Reed—. Soy el detective Crowell y estoy a cargo de la investigación. Usted y yo nos vimos anoche, por desgracias se fue antes de que pudiésemos ser presentados.

Estreché su mano y me aparté muy pronto.

—Soy el abogado de la señorita Briz y del señor Kostka.

—Es un placer abogado. Por favor acompañenme por aquí si son tan amables.

Silver me tomó de la mano, el abogado se ubicó a la cabeza a unos centímetros por detrás del detective.

—Todo saldrá bien —me susurró al oído y entonces vi a lo lejos sentado en una silla, a uno de los hermanos de Reed, a su abogado y a un par de personas más. Una mujer de entre unos cincuenta y cinco y sesenta años, a un hombre con aires de lord inglés y a dos jóvenes más. Debían ser la familia de Reed. Él debía estar aquí todavía.

Vi que íbamos hacia ellos y mis piernas se aflojaron. ¿Me reconocerían su hermano y su abogado?

—Tranquila.

—Son su hermano y su abogado, y el resto de su familia —le expliqué en voz baja.

—Nada tienes que ver con ellos y ellos nada tienen que ver contigo Agatha.

—Es por aquí —el detective se detuvo y abrió una puerta—. Señor Kostka podría esperar fuera un momento.

Silver le lanzó una mirada a su abogado.

—La señorita Briz entrará primero con su abogado, si es que no hay ningún problema. Creí que venían aquí para colaborar —le dijo el detective al abogado.

—Así es —contestó éste. Para eso estamos aquí. Silver, por favor, espera aquí unos minutos.

Silver le puso mala cara otra vez.

—Por favor. No te preocupes. Todo saldrá bien.

—Agatha si no... —empezó a decirme a mí, el detective lo interrumpió.

—Señor, Kostka así son los procedimientos. La señorita Briz estará con

su abogado.

—Está bien, Silver, no pasa nada. Espera aquí.

Silver le dio un apretón a mi mano y besó mi mejilla.

Los dos hombres me cedieron el paso hacia el interior de la sala, la cual era un espacio insípido con cuatro sillas de metal separadas a la mitad por una mesa del mismo material.

Sobre la mesa había una carpeta dispuesta del lado al que fue a sentarse el detective.

El abogado y yo nos sentamos al otro lado.

—Bien señorita Briz —abrió la carpeta—. Es usted Victoria Briz nacida el... —el detective comenzó a leer todos mis datos personales, mi verdadero nombre, fecha y lugar de nacimiento, donde había crecido, quienes eran mis padres, quienes mis hermanos, en qué año había llegado al país, como había obtenido mi residencia. Y luego pasamos a los datos menos agradables, mis antecedentes penales. Obviamente las causas que tenía en ese expediente eran muchos menos de las veces que me metí en problemas.

—La primera vez que te atraparon robando tenías quince años.

Asentí con la cabeza. Había intentado robar un BMW, bien, mejor dicho lo robé. A la policía le tomó cien kilómetros de persecución atraparme.

—Robos en casas, robos en la vía pública.

El miedo creció dentro de mí. ¿Sabrían que anoche había entrado en casa de Reed?

—Ahora eres dueña de una suerte de tienda esotérica ¿puedes confirmármelo?

—Sí, tengo mi tienda.

—¿Cómo conociste a Andrey Vorobiov?

—En el Mystical, es un club, fui a reemplazar a la persona que usualmente tira las cartas allí.

—Vorobiov te pidió que le tirases las cartas.

—No exactamente, me contó que su abuela tenía un don de nacimiento y

me preguntó si ese era mi caso, le contesté que sí y entonces el me pidió que le dijese qué veía en él.

—¿Que le dijese qué veías en él? ¿Eso qué significa?

—Que le dijese lo que podía de ver en su futuro sin usar las cartas, clarividencia.

—¿Y qué viste, qué le dijiste?

—No vi mucho, solamente tuve una mala sensación. No quería hacerlo. Le dije que le tiraría las cartas y él no quiso, no le interesaba lo que las cartas pudiesen decir.

—Anoche lo llamaste en repetidas ocasiones. ¿Cómo conseguiste su número? ¿Te lo dio él?

—Fui a buscarlo a su hotel. Él había dejado una tarjeta personal suya, para mí, por si pasaba por allí. Vorobiov quería que nos encontrásemos.

—Escuché tus mensajes, Victoria, los que dejaste en el contestador de Andrey Vorobiov. En uno le dijiste que sabías que estaba hospedándose con su socio y que por favor regresase a su hotel. Le dijiste —tomó la carpeta y leyó mi mensaje. El “sé que sonará extraño” sonó extraño. “Que por favor regresara a su hotel”. Eso no sonó bien.

Apreté los dientes.

—Sé que el señor Reed te atacó en el Mystical. ¿Por qué?

—En realidad no lo sé. Me llamó bruja.

—Sí, sé que te gritó un par de cosas desagradables y que golpeó muy fuerte a Vorobiov. ¿Conocías al señor Reed?

—No, el viernes en la noche fue la primera vez que lo vi.

—¿Por qué fuiste esta madrugada a su casa Victoria?

Que pronunciase una y otra vez mi verdadero nombre me incomodaba.

El abogado me miró.

—Quería saber si Vorobiov se encontraba bien.

El detective se reclinó sobre su silla.

—A ver Victoria, aclaremos los tantos. Puede que las cámaras del sistema de seguridad del señor Reed no funcionasen pero el de uno de sus vecinos sí. Ellos no estaban en casa mas sus cámaras continuaron filmado pese al apagón, también tiene un sistema de emergencia. Sabemos que estuviste allí con alguien, llegaste en tu automóvil. Vimos las filmaciones hace un rato nada más. Por lo visto estabas muy desesperada por ponerte en contacto con Vorobiov, por las filmaciones y los horarios de las llamadas nos dimos cuenta de que incluso lo llamaste desde la puerta de casa de Reed.

—Yo no maté a Andrey, quería hablar con él; es todo. Estando en el Mystical él me pidió vernos en otra parte.

—No he dicho que lo mataras —por debajo de la carpeta el detective sacó un par de fotos. Pisadas de barro sobre la superficie blanca del suelo de Reed —. Hay pisadas de barro que imagino deben ser tuyas, por el corredor y casi se desvanecen en la cocina.

—Yo no lo asesiné, cuando entré en la cocina lo vi allí tirado en un charco de sangre. Me asusté. Estaba angustiada, quería advertirle que temía por su vida y llegué tarde. Cuando salía de la cocina apareció un hombre, completamente vestido de negro, enguantado y con un pasamontañas. Siquiera alcancé a ver el color de sus ojos. Era alto y fuerte; no puedo decirle más que eso. Me persiguió por el jardín, Lidia mi amiga, la que vino conmigo lo golpeó con la linterna. Así conseguimos zafarnos de él. Nos siguió hasta el automóvil—. Ante lo que solté a toda prisa, el abogado se quedó boquiabierto.

—Sí, vimos eso en las filmaciones —me contestó el detective.

—Cuando salí de la casa pensé que Reed también estaba muerto.

—¿Por qué no nos llamaste anoche?

—Por eso —apunté en dirección a la carpeta—. No quiero volver a eso. Mi vida es distinta ahora.

—Pero dejaste que ese hombre escapara. ¿Por qué regresaste esta madrugada?

—Desperté a las cuatro de la mañana y supe que había hecho mal. Fui hasta la casa de Reed con toda la intención de llamar a la policía.

—Y nosotros ya estábamos allí.

—Así es.

—¿Qué te motivó a pasar el cerco policial y llegar a Reed? ¿Por qué te acercaste a él si él se había comportado tan mal contigo?

—Victoria no tienes que...

—Porque tenía que averiguar si fue él —solté desoyendo al abogado.

—¿Lo averiguaste, usando tus poderes, digo? —entonó en un tono desagradable—. Por que por lo que todos vimos allí, Reed te gritó una y otra vez que él no había sido. ¿Qué dices tú, fue él o no?

—Esa pregunta no... —comenzó a decir mi abogado, el detective lo frenó con una mano en alto.

—Responde, Victoria. ¿Qué sentiste tú, que Reed fue ese hombre que te persiguió anoche por el jardín o no?

Miré a mi abogado, me pregunté si él por trabajar para Silver estaría acostumbrado estas extrañas situaciones.

Su rostro no me dijo nada, tampoco su energía, a decir verdad el hombre parecía alzar delante de sí, una barrera impenetrable.

—No lo creo.

—¿Dónde golpeó tu amiga al atacante con la linterna?

—En la cabeza.

—¿Más precisamente en...?

—No lo sé.

—Dirías que lo golpeó duro como para que se notase.

—Detective mi clienta no está en condiciones de emitir una opinión al respeto. Si quiere saber que tan fuerte fue golpeado el agresor deberá preguntárselo a la persona que lo golpeó.

—Yo solamente espero que la señorita Briz me de su apreciación sobre los hechos, es todo.

—No lo sé.

—¿El golpe lo detuvo por mucho tiempo?

—No, en realidad no.

—¿De quién era la linterna con la que lo golpearon?

—Mía. Se la haré llegar.

—Mandaré a un equipo a recogerla.

—Está bien.

—¿Qué más podría decir del hombre encapuchado? ¿Te dijo algo, te golpeó? Dices que no pudiste ver el color de sus ojos pero qué podrías decirme de él, sobre su forma de andar o lo que sea.

—Sí, me gritó dos veces, que no me escaparía.

—¿Podrías reconocer su voz?

—No lo sé, llevaba el pasamontañas, su voz sonó extraña, llovía a cantaros y la lana de la capucha se mojó en cuanto salimos. Lo único identificable es que era una voz masculina. Nada más.

El detective fue y vino una y otra vez por los sucesos de la noche y de la madrugada, sobre lo sucedido en el Mystical. Hizo preguntas cuyas respuestas jamás podría entender.

Preguntó sobre mi situación actual, sobre mis actividades, tenía la firme intención de poner mi vida al desnudo.

El interrogatorio me dio dolor de cabeza y me puso tan tensa que toda mi piel comenzó a resentirse, era como si mi tatuaje tironease hacia esa parte de mi cuerpo, del resto de la piel.

—¿Eso es todo? Creo que esto ya se ha extendido demasiado, detective  
—gruñó el abogado.

—Sí, es todo por ahora; no descarte que deba volver a llamarla en el futuro. Abogado luego arreglaré con usted sobre la entrega de la linterna.

—Sí, claro.

—Ahora me gustaría cruzar unas palabras con el señor Kostka, me gustaría mucho que me explicase cómo es que funcionan esas cartas y qué clase de terrible futuro vio para el señor Vorobiov en ellas en el día de ayer.

El abogado tocó mi brazo para que me pusiese de pie.

Él, el detective y yo salimos de la sala.

Silver se encontraba esperando sentado en una silla a un lado de la puerta. Dos policías custodiaban el corredor, uno de ellos tenía sus ojos muy fijos en Silver, tal si intentase leerle la mente. Silver no se arredraba ante nada ni ante nadie, siquiera ante un hombre con uniforme y un arma cargada. Su mirada para él era al mismo tiempo plácida y altiva.

Muchas veces tuve la impresión de que Silver no temía a la muerte. Él me tildaba a mí de kamikaze pero era realmente él, quien parecía no tener problema en desestimar todas las leyes humanas, inclusive las que alertaban sobre peligros.

Con su sonrisa mansa en aquel pálido rostro, desplegó toda su altura, que no era poca, ante nosotros. Las luces sobre nuestras cabezas le arrancaron a su cabello destellos plata.

—¿Todo bien mi reina?

—Sí, estoy bien.

Silver tomó mi mano y me sonrió solamente a mí, en una mueca con la que me demostraba su afecto.

—Señor Kostka, por favor, pase. Me gustaría conversar con usted.

—Claro detective, será un placer.

—Espéranos aquí, Agatha. Me pidió utilizando el nombre que me sentaba mejor que el que se suponía era mío.

Dejé de llamarme Victoria a los diecisiete años y la verdad era que no quería volver tener que llamarme así.

La puerta se cerró devorando a Silver, al abogado y al detective. Ocupé la silla en la que había estado sentado él y me dispuse a esperar.

Silver podía haber lucido plácido en esta situación, yo de plácido a esto no le encontraba nada; entre los dos policías me observaban, y desde lo lejos las miradas que me dedicaban el hermano y el abogado de Patrick Reed me hacían sentir igual que un espécimen de feria.

El hermano de Reed parecía enojado, su abogado preocupado, su madre triste, su padre apenas si podía estarse quieto.

Me pregunté si alguno de ellos había presenciado alguna vez, uno de los arranques de furia de Patrick. ¿Lo creerían capaz de matar?

Los minutos se me hicieron eternos; por suerte Silver no estuvo tanto tiempo dentro de la oficina. Media hora más tarde, dejábamos el edificio, todos, incluido el detective, seguido de un compañero y un vehículo de la policía forense y una patrulla.

Esperarían junto a mi automóvil a que llegase la orden del juez para revisarlo y llevarse la linterna.

—¿Cómo fue? —le pregunté en cuanto quedamos a solas en su coche.

—¿Cómo crees que pueda ir cuando intentas explicarle a una rata el modo en que funciona el universo? Siquiera eso, las ratas son más inteligentes y perceptivas que ese detective. Él no encontraría al asesino ni por más que lo tuviese frente a su nariz.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije lo que mis cartas dijeron.

—¿Y eso? ¿Podrías hacerme una traducción? ¿Qué le dijiste, Silver?

—Le dije que te tiré las cartas, que vi la muerte de Vorobiov y que te advertí que te alejases de Reed porque presentía un gran peligro para ti, y todavía lo presiento.

—¿Le echaste la culpa a Reed?

—Le dije que a las cartas no les agrada ese hombre.

—Silver, no sabes si fue él quien lo mató.

—Ni tú sabes si es inocente. De haber podido te habría destrozado el viernes y porque en un acto de desesperación, cuando se ve implicado en un problema muy gordo, te grita que es inocente y tú le creas, no lo libra de culpa. Vamos Agatha, intenta recordar el modo en que comenzó todo—. Silver hizo una pequeña pausa. Por delante nuestro y del colche del abogado iba una patrulla, por detrás de nosotros el detective, el furgón de la policía forense y por detrás otra patrulla. Silver los miró por su espejo retrovisor—. Le pedirán a Lidia que declare y supongo que revisarán a Reed en busca del golpe de la linterna.

—No creo que Reed sea responsable.

—Lo que yo creo es que tú no quieres que él sea responsable y no entiendo por qué. Agatha, apártate de ese hombre.

—Pero y si Reed...

—No es asunto tuyo. De milagro te libraste de un problema muy serio. No tientes al destino.

No pude decir nada más. En silencio llegamos a casa.

Escoltada por el detective y el abogado fui en búsqueda de las llaves de mi coche y allí, junto a mi vehículo esperamos hasta que llegó la orden del juez.

Llamé a Lidia para ponerla al tanto de todo y sobre todo para avisarle que se tendría que presentar a declarar. Por supuesto Silver le dijo que nuestro abogado estaría también presente en su interrogatorio.

El detective me pidió los datos de mi amiga y mientras los forenses metían en una bolsa la linterna amarilla, llamó a Lidia para que lo viese en la comisaría en una hora.

No dejaron centímetro cuadrado de mi automóvil sin revisar y finalmente se fueron.

El abogado se metió en su coche para ir otra vez hacia la delegación policial.

—Prepara un bolso, cuando Lidia termine de declarar vendré por ti.

—No es necesario, Silver. El detective ya dijo que esta noche mandará a un policía a que se quede en mi puerta hasta que todo esté resuelto.

—Sí pero para la noche todavía faltan un par de horas.

—Estaré bien aquí, es mi hogar.

—Eres terca.

—Ya me conoces.

—Tengo cosas que hacer y no puedo quedarme aquí contigo. Ven a casa. No me hagas suplicar.

—Con más razón, si tienes cosas que hacer no quiero estar allí yo por

medio fastidiándote.

—No hay forma en que tú puedas fastidiarme además mi casa es enorme. No tienes que cruzarte conmigo si no quieres. Es que estaré más tranquilo si sé que estás allí.

—Ve tranquilo. Te llamaré si necesito algo.

A regañadientes Silver se fue siguiendo la comitiva de vehículos.

Antes de que él decidiese caer por mi casa, llamé a Owen para ponerlo al tanto de todo. Insistió en que fuese a quedarme en su casa, incluso a venir a quedarse conmigo y fue más lo que tardé en convencerlo de que todo estaría bien, que el tiempo que empleamos en conversar.

Cuando corté con él me llamó Lidia para pasarme el parte de su declaración a la policía. Me contó que les dijo que no estaba demasiado segura dónde le había asestado el golpe al agresor y que en realidad le parecía que no lo había golpeado con tanta fuerza. Por el resto de su relato deduje que mucho favor no le había hecho a Reed. Ella también quiso venir a quedarse conmigo, le dije que la vería en la mañana.

Con el sol comenzando a menguar por el horizonte bajé a pasarle todas las trabas a la puerta de calle, encendí un nuevo incienso junto a mis cartas y una nueva vela y apagué todas las luces. Necesitaba un momento de calma después de este día tan turbulento.

Sentada frente a la mesa y mis cartas, de cara al atardecer que casi era noche, me puse a repasar todo lo sucedido en los últimos días. No tenía muy claro qué era lo que había cambiado en mí sin embargo no me sentía igual a la persona que fui hasta el jueves.

Azrael vino a sentarse a mi lado.

La noche delató todavía más su presencia.

Me pregunté si al final enviarían a un policía a custodiar mi puerta, el detective había prometido llamar para ponerme al tanto de esa guardia, y hasta ahora ni señales.

Estaba casi perdida en la llama de la vela rodeada por la oscuridad de la noche al caer, que pegué un salto cuando sonó el timbre de la puerta.

El silencio reinó a mi alrededor otra vez de un modo tal que me hizo

dudar en si había escuchado de verdad o no, el timbre volvió sonar.

Sonó otra vez y ya no me quedaron dudas.

Corrí hasta la cocina a contestar.

—¿Quién es?

No obtuve respuesta.

—¿Quién está allí?

En vez de contestar el timbre volvió a sonar.

No necesitaba ser una iluminada para entender que esto no iba bien.

Manoteé mi móvil y marqué el novecientos once pero no llamé. Revolví mi bolso en búsqueda de la navaja que solía cargar, y armada de las dos cosas, bajé muy despacio la escalera sin encender ninguna luz.

El timbre sonó dos veces más.

Conteniendo la respiración llegué abajo y me acerqué a la puerta. Tocaron el timbre una vez más.

Pegué una mano a la puerta. Capté que del otro lado provenía una energía peligrosa, muy poderosa, una energía que reconocí al instante.

¿Cómo podía ser que estuviese al otro lado de mi puerta?

No me costó comprender que no le habría resultado difícil dar con mi dirección, lo que no entendía era qué hacía suelto, qué hacía aquí.

Aparté la mirilla y lo vi. Ojos de tigre a los pies de mi hogar.

—¿Estás allí? ¿Hay alguien? ¿Agatha eres tú? ¿Señorita Briz soy Patrick Reed?

Agatha por favor, necesito hablar contigo. ¿Agatha? O quizás debería llamarte Victoria. Por favor abre, necesitamos hablar. Sé que estuviste en mi casa anoche. Yo no mate a Vorobiov, debes creerme, no fui yo. Por favor, Victoria.

Esa segunda vez en que él pronunció mi nombre mis extremidades se aflojaron tanto que por poco me caigo, y suelto el móvil y la navaja.

—Te lo ruego, por lo que más quieras, abre. Necesito hablar contigo. No

sé porqué, no lo entiendo. Solamente sé que necesito hablar contigo. No sé cómo pedirte perdón por lo del otro día. Lamento lo que le hice a tus cartas. Por favor, haré lo que me pidas si me dejas entrar. Te lo ruego.

Espiaba por la mirilla cuando de pronto lo vi desaparecer, se había agachado ante mi puerta.

—Por favor —gimió—. Por favor, tienes que ayudarme.

Su voz traspasó mi piel. Todo mi vello se puso de punta y mi corazón enloqueció.

—Te lo ruego, ayúdame.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por él.

Dejé el móvil y la navaja sobre un escalón y tomé las llaves. Quité los cerrojos.

—Agatha —entonó Reed al percatarse de lo que hacia. Lo vi ponerse de pie y alejarse un poco de la puerta—. Gracias, gracias.

Metí la llave en la cerradura. Abrí la segunda y entonces aparté un poco la puerta.

Asomé al cabeza, allí estaba él.

Sus ojos de tigre llegaron a los míos.

—Agatha —susurró casi sin aliento.

—¿Qué hace usted aquí, señor Reed? ¿Lo soltaron o se escapó?

—No, no me escapé —me dedicó una tímida sonrisa—. Tuvieron que dejarme ir, no tienen verdaderas pruebas en mi contra. Tienes que creer en mí, yo no lo hice. No maté a Vorobiov.

—¿Por qué debería creerle? Si tomo en cuenta el modo en que se comportó conmigo y la golpiza que le dio a su socio.

—No tengo idea de qué me sucedió la otra noche, Agatha, apenas tengo recuerdos de la fiesta. Recuerdo tu rostro, me mirabas asustada. Se qué te grité cosas; no estoy seguro de qué fue.

—Me gritó bruja y por lo demás fue bastante despreciativo con lo que hago.

—Disculpa, es que yo no creo en estas cosas. De cualquier modo no quería insultarte. No tengo nada en contra de...

—¿Por qué está aquí? —solté interrumpiéndolo.

—¿Puedo pasar?

—No creo que sea buena idea.

—Te lo ruego.

—¿Dígame qué quiere de mí?

—No lo sé, no lo sé con certeza; nadie sabe que estoy aquí —se quedó pensativo un momento—. Mi abogado enloquecerá cuando se entere de que vine.

—Quizás debería irse, señor Reed. Me pondrán custodia y deben estar por llegar de un momento a otro.

—Por favor. Si tú no crees en mí, quién más lo hará.

—Usted tiene una familia, un abogado.

—Por favor, apiádate de mí. Necesito que me ayudes a encontrar al asesino.

—No puedo hacer eso.

—Sí, puedes.

—¿Cómo pretende que lo haga?

—Confiaba en que tu magia pudiese ayudarnos.

—Recién dijo que usted no cree en mi magia.

—Me basta con que tú creas en ella.

Me quedé mirándolo sin poder creer que acabase de soltarme aquello.

Di un paso atrás y aparté la puerta del todo.

—Sí me mata le costará mucho librarse de ésta.

—No vine a matarte, vine a pedirte ayuda.

Me hice a un lado para recoger mi móvil y la navaja.

—Adelante señor Reed, ingrese al mundo en el que usted no cree —le

dije y él después de mirarme serio, puso un pie dentro de mi hogar.

—Gracias.

—No me lo agradezca todavía señor Reed.

—Creo que tengo motivos de sobra para agradecerte.

—Mejor suba. Tenga cuidado que arriba está oscuro.

—Eres valiente, no le temes a la oscuridad.

—¿Usted sí?

—No es temor, es respeto.

—Pues es recíproco, si usted la respeta, la oscuridad la respeta a usted — cerré la puerta—. Y el problema señor Reed no es la oscuridad sino los que eligen esconderse en ella.

Reed me sonrió.

—Supongo que es cierto. Nunca lo había pensado de ese modo.

—Suba.

—Sí, claro.

Aquella masa de increíble energía comenzó a subir las escaleras y yo fui tras él observándolo con cuidado.

Su traje no era el mismo de esta madrugada y olía a limpio. No me quedó duda de que antes de venir aquí debió pasar por su casa a cambiarse.

Ascendía los escalones tranquilo. No noté tensión en sus hombros, tampoco en sus manos.

Vi que tenía una preciosa nuca. Su espalda no estaba nada mal tampoco, su trasero mucho menos.

Reed llegó arriba y me esperó antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Adelante señor Reed, puede pasar.

Lo vi inspirar hondo. Casi podría jurar que se tomó un segundo para juntar coraje y entonces sí puso un pie dentro de mi casa. No llegó muy lejos, Azrael le cortó el paso, soplando y bufando. Reed no le gustaba ni un poco.

Mi intención fue recogerlo pero apenas si llegué a levantarlo. Azrael se escapó de mí resoplando.

Me moví hasta la llave de luz y puse claridad en la oscuridad abrumando a Reed con todo lo que había aquí para ver.

Sus ojos fueron directos a mis cartas.

—Gracias por dejarme entrar —me dijo una vez más.

—Espero que no haga que me arrepienta de esto señor Reed.

—Espero que no, y soy Patrick —me tendió una mano—. Soy Patrick, Agatha.

No fue elegante dejar su mano en alto, no lo pude evitar porque me costó convencerme de permitirle tomar mi mano. Finalmente lo toqué. Se sintió bien. Potente pero bien.

—¿Quiere una taza de té?

—Me encantaría.

—Tome asiento. enseguida regreso.

De refilón lo vi escoger un sofá. Acabó sentado en mi sillón preferido, el de tapizado violeta.

Sintiendo una ridícula satisfacción, me metí en la cocina para preparar el té.



## 8.

## El Mundo.

Desde la cocina lo espí en varias ocasiones, lo vi examinar el espacio que lo rodeaba con su mirada, y en un momento lo encontré con la vista fija en mis cartas. La vela se había extinguido, igual que el incienso, sin embargo los ojos de Patrick Reed continuaban fijos en aquel sector.

Terminé de preparar las dos tazas de té y regresé a la sala de estar.

Él giró su cabeza en mi dirección al sentirme aparecer.

Apoyé la bandeja sobre la mesa a un lado del cuenco con las piedras y le pasé una de las tazas.

—Está endulzado ya. Espero que le guste, es un té especial. Así se prepara en el Tíbet. Tiene leche y especias.

Se llevó la taza a la nariz.

—Huele muy bien. Jamás lo había probado. No suelo beber el té con azúcar y leche pero...

—Puedo prepararle un té solo si quiere —dije tomando mi taza para sentarme.

—No, está perfecto —bebió un sorbo y en sus labios se dibujó una sonrisa—. Es delicioso. ¿Lo preparaste ahora? Si no estuviste ni cinco minutos allí dentro.

No se me pasó por alto el hecho de que me tuteaba y que yo no podía

llamarlo de otro modo que no fuese “señor Reed”.

—No, lo prepararé esta mañana. Es que preparo mucho porque cuanto más tiempo se lo deja reposar, más sabroso queda.

—Es exquisito.

—Me alegro que le guste. Ahora señor Reed, podría empezar por explicarme qué es lo que sucede.

—Bueno, siquiera sé por dónde empezar.

—No lo sé, por donde se le ocurra. Por ejemplo: ¿dónde estuvo anoche?

Reed dejó la taza sobre la mesa e incomodo se removió en el sillón.

—¿Por qué apareciste en mi casa esta madrugada?

—Es mi casa y yo hago las preguntas. ¿Dónde estaba usted anoche cuando todo sucedió?

—Las manos que juegan mis cartas son las tuyas, Agatha.

—No, señor Reed, yo hice lo que pude para advertirle a Vorobiov que se alejase de usted pero usted no es mi responsabilidad. ¿Dónde estuvo anoche? Sí no contesta comenzaré a creer que es el asesino.

—No sé dónde estuve anoche. No puedo recordarlo.

—¿Bromea?

—No, desgraciadamente no bromeo. No tengo idea dónde estuve anoche. Solamente sé que en un momento dado me di cuenta de que iba por la autopista en dirección a ninguna parte. Al percatarme de lo que hacía regresé a casa y encontré a la policía allí.

—¿Tiene problemas de memoria?

—No, tengo una memoria excelente.

—No juegue conmigo.

—No juego, Agatha, tampoco sé que fue lo que me sucedió el viernes por la noche. Es que no podía controlarme—. Se inclinó hacia delante para poner los codos sobre los muslos, se retorció las manos y me di cuenta de que todavía tenía los nudillos muy lastimados de golpear a Vorobiov y del puñetazo que le había dado al suelo sin querer—. No soy así, yo no golpeo a

la gente, no pierdo la memoria. Sé que no soy la persona más agradable y social de la ciudad, que tengo algo de mal genio... de eso a... no voy por la vida golpeando a las personas, tampoco insultándolas y mucho menos asesinándolas. No soy así, puede que no le caiga bien a la gente pero no soy así.

—¿Y qué explicación puede darme para sucedido?

—No lo sé, no es algo que pueda entender. Agatha sé que alguien golpeó al asesino cuando escapaba de mi casa, me dijeron que lo golpearon en la cabeza. Yo no tengo ningún golpe. Los forenses y mis médicos de confianza lo confirmaron. Yo no fui, te lo juro. No fui yo quien asesinó a Vorobiov.

—Quizás no lo golpearon tan fuerte y por eso no quedó marca.

—Agatha... —Reed se puso de pie, le lanzó una mirada a las cartas, las veía como si éstas fuesen una amenaza para él—. Dejémonos de rodeos. Mi abogado fue puesto al corriente de todo. Sé que llamaste a Vorobiov, que fuiste hasta mi casa para intentar reunirte con él. Tu amiga y tú entraron en mi casa y dieron de frente con el asesino —se volvió en mi dirección y se llevó una mano al bolsillo interior del chaqueta.

Mi cerebro hizo sonar todas sus alarmas. Él era el asesino y probablemente había traído un arma consigo para terminar con mi vida.

Siquiera atiné a moverme de mi sitio. A pesar del miedo, de que no quería morir y de que esto me parecía sumamente injusto, continué en mi sitio.

Lo vi sacar un objeto que no era un arma.

—Lo siento mucho. Creo que esto te pertenece. No sé cómo o por qué quedó en mi poder.

Reconocí al instante la ilustración del reverso de mi antiguo mazo de tarot. Reed me tendió la carta.

—El mundo —entonó en voz muy baja—. Es una muy bonita ilustración. Esa mujer se te parece, la que está dibujada aquí —en silencio rodeó la mesa y volvió a tendérmela—. Tenía que devolvértela, es tuya.

—Gracias —iba a tomarla pero me detuve—. Por qué mejor no se la queda usted.

—No me parece correcto. Mi hermano me dijo que destrocé tus cartas.

Veo que tienes unas nuevas —desvió la vista por un segundo en dirección al altar —me parece una falta de respeto todavía más grande, apropiarme de esta.

—No si yo se la doy. Quédesela. Esas cartas fueron muy importantes para mí pero...

—Con más razón —soltó él interrumpiéndome.

—No, en serio, creo que usted debería tenerla.

—Yo siquiera sé que significado tiene este dibujo.

—Es “El Mundo”, allí esta escrito.

—Sí, lo leí, de cualquier modo no me dice demasiado.

—“El Mundo” es un indicador de un cambio importante e inexorable, una transformación que tiene el poder de cambiar la superficie de la Tierra así como un gran terremoto. Este cambio representa una oportunidad para terminar con lo viejo y darle un buen inicio a lo nuevo. Implica el fin de un ciclo, quizás. Esta carta apunta hacia un crecimiento en la madurez, en el equilibrio interno, y un entendimiento más profundo de su persona. Bien, de la persona a la que se le haga la tirada. También sugiere puede estar aproximándose a una comprensión más madura de su identidad y la seguridad en sí mismo que viene con la edad. También representa la caída de las barreras, en ocasiones de sentido espiritual, otras veces en el sentido puramente físico.

—Es una carta importante.

—Todas las cartas lo son, la vida es un conjunto de cosas importantes y debe intentarse no descuidar ninguna.

—¿Entonces de verdad quieres que me la quede? No puedo entender porqué estarías dispuesta a dármela.

—No sé, quizás haya algún motivo que usted ni yo, ni nadie pueda entender.

—¿Ni siquiera tú?

Negué con la cabeza.

—Bien —Reed acarició al anverso de la carta con la yema de su pulgar y

la regresó al bolsillo de su chaqueta. Se sentó y en silencio bebió un poco más de té—. ¿Qué fue del resto de las cartas?

—Son cenizas, por eso tengo nuevas.

—¿Por qué están allí? —apuntó con la cabeza en dirección al altar.

—Debo limpiarlas antes de usarlas. Las cartas me las dio un amigo, son muy viejas.

—¿Limpiarlas?

—De otras energías. Usted no cree en esto, no tiene sentido que se lo explique.

—¿Me crees tan necio?

—No señor Reed pero no gastaré energías en intentar hacer que crea en algo que usted no quiere creer.

—Soy Patrick.

—Escuche...

—No, escúchame tú a mí. Necesito saber qué sucedió y nadie del mundo que yo conozco puede darme una explicación de porqué no recuerdo nada de lo sucedido anoche, o por qué te atacó y atacó a Vorobiov. Un psiquiatra que me vio insinuó que podía ser que hubiese algún problema con mi cerebro, me harán unas pruebas mañana —se interrumpió un momento—. No se siente como eso, es como si de pronto hubiese dejado de ser yo. Además ahora soy plenamente consciente de quien soy. Estoy avergonzado por lo que hice y te veo y... Todavía no creo en esto y de cualquier modo... no sé por qué quiero creer en ti. Necesito creer. Como te dije mis cartas están en tus manos. Es una locura pero así es. Estoy haciendo esto en pleno uso de mis facultades —me sonrió —o al menos eso creo. Necesito encontrar al asesino. Puede que sea despiadado en los negocios, que sea muy corto de carácter mas respeto la vida. No soy ese hombre, Agatha. Te lo digo, seré muchas otras cosas, pero ese hombre no. Yo jamás te insultaría de ese modo. Si odiase tanto tu magia, tus cartas y tu mundo no me habría quedado con esta carta para mí, no la llevaría encima desde el viernes en la noche. No lo entiendo, solamente sé que así es.

Me quedé viéndolo por unos segundos.

—¿Cómo espera que le ayude?

—No lo sé, con tus cartas quizás. Con lo que puedas recordar de lo sucedido.

—Bien.

—Haré lo que me pidas que haga.

—Señor Reed no tengo idea de cómo haremos esto.

—No es que esté dejando toda la responsabilidad en ti. Mis abogados están intentando averiguar dónde estuve anoche y con quién. Incluso me hicieron estudios de sangre, resonancias magnéticas y otros exámenes para intentar encontrar alguna pista en mí.

—Dijo que use mis cartas. ¿Eso significa que está dispuesto a que le haga una tirada?

—Si eso te ayuda...

—Tendrá que poner un poco de buena predisposición de su parte o no funcionará.

—Está bien, lo intentaré.

—Espere aquí —le pedí poniéndome de pie.

—¿Dónde vas?

—A lavarme las manos.

—¿Y eso?

—Es que lo toqué a usted.

—¿Tenía las manos sucias? Disculpa, no me di cuenta —se miró las manos obviamente sin encontrar restos de suciedad.

—No es eso, es su energía. Sé que le sonará ridículo, es que ésta cambió desde que entró y... —Reed se quedó observándome—. Nada, no me haga caso. Enseguida regreso.

—No, explícame —se puso de pie.

—A veces más que explicar es sentir. Solamente me lavaré las manos. Intente relajarse.

—Bueno, para serte sincero eso lo encuentro un tanto difícil.

—¿Por qué?

—Jamás pensé que diría nada semejante... es como si tu apartamento... como si este espacio no me quisiese aquí. Admito que algunas cosas de este lugar me incomodan; es que...

—¿Qué cosas?

—Esas piedras —señaló las piedras sobre la mesa—, ese rincón —apuntó con la cabeza en dirección al altar —tu gato, o gata, o lo que sea —con una mano apuntó en dirección a la escalera y entonces vi a Azrael sentado muy firme en el primer descanso mirándolo.

—¿Le teme a los gatos?

—No, pero tu gato...

—Pues debiera temerles —reí y giré sobre mis talones para avanzar hacia la cocina.

—¿Y eso? ¿Por qué debo temerle a los gatos?

—Intente relajarse, señor Reed —le dije abriendo el agua para enjabonarme las manos.

—No puedo si me dices que debo temer a tu gato. Parece pantera. Temo que salte a mi yugular y me mate de un momento a otro.

—Los tigres no se asustan de las panteras —solté todavía riendo y en cuanto acabé de pronunciarlo me quedé de piedra. No tenía idea de dónde había salido aquello.

Mis manos quedaron bajo el chorro de agua. Se me puso la piel de gallina.

—¿Qué dijiste? Repite lo que acabas de decir.

Giré la cabeza para encontrar a Reed sosteniéndose del marco de la puerta.

—Los tigres no se asustan de las panteras —repetí sin poder quitarme el estremecimiento de encima. Sus ojos de tigre se fijaron en mí.

—Creo que escuché eso antes y no fue de tus labios. ¿De dónde lo

sacaste?

—No sé, no tengo idea —el tatuaje en mi nuca comenzó a quemarme. A los apurones terminé de lavarme las manos.

—¿Agatha?

—¿Si?

Reed se sonrió.

—Nada, no lo sé, ya lo olvidé creo —hizo una pausa—. Por favor, podrías llamarme Patrick. Eso de que estés llamándome “señor Reed”, es... extraño.

—No nos conocemos.

—Ahora sí.

A su sonrisa e incluso a sus ojos de tigre no me quedó más remedio que sonreírle.

Sequé mis manos con el paño de cocina.

—Muy bien Patrick, veamos qué podemos hacer para encontrar al asesino.

Llegué a la puerta pero él continuaba allí parado.

—Mi abogado me dijo que tu verdadero nombre es Victoria.

—Así es —tragué saliva. No quería hablar con él de aquello.

—Por qué no lo usas, no es que no me guste Agatha, de hecho te queda muy bien.

—Hace mucho tiempo dejé de ser Victoria, es más, creo que siempre fui Agatha.

—¿Todos te llaman por ese nombre?

—Sí, mi gente me llama así.

—Es un buen nombre para alguien que tiene magia.

—Usted no cree en la magia.

Patrick se hizo a un lado.

—Mi gente me llama Patrick, Agatha.

—Bien, Patrick, acompáñame, veamos qué podemos hacer.

Hasta la ventana me siguió. Me detuve frente al pequeño altar montado sobre la mesa y él se detuvo por detrás de mí. Fui a por una vela nueva y la encendí. Con mimo junté las cartas y despejé la mesa. Sobre ésta no quedaron más que las cartas y la vela.

—Tome asiento por favor.

Todo su cuerpo me hizo saber cuan ansioso lo ponía esto.

Me senté frente a él.

Tomé las cartas entre mis manos una vez más, y en silencio, dentro de mi cabeza les pedí que me ayudasen a ayudar a quién lo necesitase. Les pedí que me diesen luz para iluminar el camino de otros. Y de antemano les agradecí por todo.

—¿Listo?

—Eso supongo. Sí.

—Bien, aquí tienes —le tendí las cartas —mezcla, pon el mazo sobre la mesa y corta. Concéntrate en las cartas, en lo que necesitas, en las respuestas que esperas de ellas.

La mano de Patrick dudó en el aire un momento. Las tomó y comenzó a hacer lo que le pedí.

El mazo quedó dividido en dos sobre la mesa.

—¿Quién te enseñó a hacer esto? —me preguntó mientras yo reagrupaba el mazo.

—Un amigo.

—¿El mismo que te dio estas cartas?

—Sí.

—¿Él te conoce desde que eras Victoria o desde que comenzaste a ser Agatha?

—Él me conoció siendo Victoria. En parte gracias a él soy quién soy ahora.

—Debe ser alguien muy importante en tu vida.

—Lo es.

—¿Es tu novio?

—No es momento para hablar de eso.

—¿Tienes novio?

—¿Tiene usted novia?

Patrick soltó una carcajada.

—¿Eso no saldrá en tus cartas?

—Podría ser.

—Yo no sé tirar las cartas.

—Silver no es mi novio, Patrick —entoné procurando contener mi sonrisa.

—Al menos ahora sé su nombre —articuló él sonriendo—. Un nombre extraño para ser su nombre verdadero.

—No necesita saber su verdadero nombre y si planea buscarlo y averiguar algo sobre él, de antemano, le sugiero que no lo haga.

—¿Y eso por qué? Dijiste que no es tu novio. ¿Se pondrá celoso?

—Es probable. Quizás no. El asunto es que usted... perdón, tú no le gustas ni un poco Patrick. Es más, expresamente me pidió que no me acercase a ti.

—¿Qué le hice yo a él?

—Nada.

—¿Entonces?

—Silver me tiró las cartas a mí, éstas mismas cartas. Lo hizo ayer por la tarde. Insinuó que Vorobiov moriría y que no eras alguien... que yo no debía acercarme a ti. Que me traerías problemas. Bueno en realidad algo peor que eso.

—¿Peor que eso? No tengo intención de hacerte daño. ¿Por qué te haría algo si estás intentando ayudarme? Quizás tú seas como esa mujer dentro del

mundo, la de la carta. Mi pasaje al cambio. Las personas cambian a veces. El mundo pone en tu camino cosas y situaciones distintas. Te influencia.

—Sí pero las influencias se aceptan o no. ¿Quiere que le tire las cartas o no?

—Sí, sí quiero es que no me hace muy feliz escuchar eso que dijo tu amigo. ¿Es él muy bueno en lo que hace?

—El mejor, Patrick. Fue, es y seguirá siendo mi maestro siempre.

—Si él es tan bueno y te dijo... —se puso de pie de un salto—. Mejor me voy.

Lo pesqué por la mano así como él se aferró a mí esta madrugada.

—Te quedas aquí. Silver puede predecir lo que quiera pero yo soy dueña de elegir mi futuro. Quiero que te quedes, quiero intentar ayudarte. Siéntate por favor. Intentemos averiguar qué es lo que sucede aquí.

Patrick tomó asiento una vez más.

En silencio comencé a desplegar las cartas por delante de mí.

La tirada resultaba increíblemente confusa. No había concierto ni relación alguna entre las cartas, y poco y nada podía captar más allá de ellas.

—¿Y bien, qué es lo que dicen las cartas?

—Es... —me estremecí —extraño. Las cartas no son nada claras.

—¿Sucede seguido? Que las cartas no sean claras, digo.

—No. A veces. Es que no siempre se logra una conexión con quien tienes en frente, de cualquier modo la otra noche pude ver más en ti que ahora.

—¿Viste lo que sucedería?

—No, vi otras cosas, sentí tu energía.

—¿Y si vuelvo a cortar?

—No creo que haga la menor diferencia. Hay algo que no es normal, normal para mí, desde ya nada normal para ti.

—¿Qué es ese algo?

—Una fuerza por detrás. Lo enturbia todo. Se cubre, intenta pasar

desapercibida pero ahí está —apunté el mazo en dirección a la carta “El Mundo”—, esta rodeada de cartas favorables y desfavorables. Sea lo que sea que suceda, será muy importante, rotundo. El camino no será sencillo. No lo ha sido hasta este día.

—Jamás lo fue y eso no me detuvo, Agatha.

—Pues parece que alguien o algo tiene la firme intención de detenerte ahora, de no querer permitirte que lleves a cabo tu objetivo.

—¿A qué objetivo te refieres?

—No estoy segura, quizás tenga que ver con ese cambio. Es muy importante para ti.

—Pues no tengo idea de lo que pueda ser.

Observé las cartas un momento.

—No tienes novia —dije para intentar aflojar un poco las tensiones.

—No, no tengo novia. ¿Estás enamorada de Silver? ¿De alguien más?

Lo preguntó y se me escapó una sonrisa al recordar al hombre de mi sueños.

—Sí que lo estás. Es un hombre afortunado.

—¿Estuviste enamorado alguna vez? —solté pensando en si tanto se me notaba. Me sentí ridícula al saber que se percibía en mí que sentía cosas por alguien que siquiera existía.

—Quisiera decir que sí sin embargo no estoy seguro de haber amado bien —sonrió —no sé si eso tenga demasiada coherencia. Supongo que para ti el amor debe tener connotaciones mucho más mágicas.

—No vivo en un mundo de fantasía. Mi magia va de la mano de la realidad, es una parte de ésta, que algunas personas simplemente no ven o no quieren ver; no por eso implica que yo viva en un mundo perfecto, en uno en el que por ahí flotan hadas o las penas se resuelven con una poción mágica. Hay cosas que ayudan pero la verdadera magia la hace el ser humano siendo quien es. Además ya te dije, también están aquellas cosas que se esconden en la oscuridad. Cosas que insisten en esconderse de estas cartas. Maldad hay en todas partes, en tu mundo y en mío.

—Sí, ya lo creo. Me hicieron ver el cuerpo de Vorobiov.

Noté que tragaba con dificultad.

—¿Por qué lo llevó a su casa?

—Porque me sentía muy culpable por lo sucedido. Andrey siempre fue... él era muy distinto a mí, hablaba de un modo diferente, tenía una comprensión de la vida que yo no tengo, una visión que más se parece a la tuya. Era un hombre de negocios y no por eso dejaba de ser uno de esos seres humanos en cuya cabeza desearías meterte para poder entender de qué va todo. Le pedí perdón y le ofrecí mi casa para pasar el resto de su convalecencia.

—¿Por qué salió de casa, por qué lo dejó allí solo?

—No tengo idea. La única persona que probablemente sepa por qué salí, está muerta.

—Vorobiov.

—Exactamente.

—No quiero ser el hombre que mató a Vorobiov, Agatha. Lo viste, lo tuviste frente a ti. ¿Era yo?

Me relamí los labios y los apreté con fuerza. No creía que fuese él, no quería que fuese él.

—Iba completamente cubierto y no alcancé a ver el color de sus ojos.

—Pero si tuvieses que arriesgar...

—Diría que no —hice una pausa—. ¿Sabe si Vorobiov tenía enemigos?

—La policía está en eso. Yo lo conocí en un viaje de negocios a Rusia hace tres meses. Allí era tratado como una suerte de rey, era un hombre de mucho poder. Su rostro estaba al frente de diversas industrias por todo el país. Vorobiov no tenía familia. Quedó huérfano a los tres años. Se hizo de la nada hasta llegar a ser uno de los hombres más ricos de su país. Su abuela lo crió. Gran parte del dinero que ganaba iba a parar a entidades de beneficencia. De cualquier modo él tenía mucho dinero y poder, y eso desde ya que suscita envidias. Más allá de eso no sé. Andrey jamás mencionó que tuviese problemas con nadie.

—¿Y tú, tienes enemigos?

—Creo que nadie lo suficientemente desquiciado como para matar a alguien e intentar inculparme a mí.

—No es que esto me agrade pero quizás yo... quizás debiese volver a tu casa.

—Por ahora ni yo puedo regresar a casa, solamente me permitieron ir allí a por un poco de ropa. Lo hice con una docena de policías mirando por encima de mi hombro. Pasaré la noche en un hotel.

—¿No puedes ir con tus padres o a casa de alguno de tus hermanos?

—No quiero a todos los periodistas en las puertas de sus respectivos hogares. Ya montan guardia, discretos pero allí están. En fin, supongo que cuando me permitan regresar no habría ningún problema para que pases por allí. ¿Qué planeas?

—Quizás intentar dar con algún rastro del asesino que la policía no detectara.

—¿Algo que la gente que no es como tú puede ver, esa parte de la realidad que los demás no vemos? —articuló lentamente y después sonrió.

—Eso—. Le devolví la sonrisa.

—Claro, no habrá ningún problema, espero que para mañana a la tarde terminen con todo. A lo sumo para pasado mañana. Mi abogado está haciendo todo lo posible para conseguir que liberen mi casa.

—Está bien.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Dijiste que la policía te pondría seguridad?

—Sí, como el asesino y yo estuvimos frente a frente...

—Sí, es lo más lógico. ¿No tienes miedo de quedarte aquí sola? Tienes a tu gato pero... ¿Vives con alguien más?

—No, vivo sola. Estaré bien.

—Entiendo que la tienda de abajo es tuya.

—Sí.

—Se llama igual que el Mystical.

—Bien de hecho ese otro Mystical le robó el nombre a mi Mystical.

—¿Sí?

—Sí, Jake me pidió permiso, yo ya tenía mi tienda cuando lo conocí.

—¿Cuándo lo conociste? —abrió los ojos de par en par.

—Sí. Sabes qué, mi vida no es tan interesante, además no es por eso por lo que estamos aquí.

—Pues yo creo que nuestras vidas es por lo que estamos aquí, cada cosa que hemos hecho o dejado de hacer nos trajo hasta aquí. No hablo del destino sino de nosotros mismos.

—O quizás de un destino que nos conoce demasiado —le guiñó un ojo—. No, es cierto, concuerdo contigo en eso, prefiero creer que fui yo.

—Suena extraño saber que los dos nos trajimos hasta aquí, más extraño que si el destino nos hubiese obligado a llegar a este instante.

—Por eso lo digo, en ocasiones lo mágico resulta menos aterrador que lo humano.

—¿Jake Bowman es un amigo?

—Sabes que no tengo por qué contestar eso ¿no es así?

—Disculpa, no sé por qué lo hago. Bueno, sí sé, estoy intrigado. Nunca conocí a alguien como tú.

—¿Una bruja?

—No quise llamarte así, bueno, no al menos utilizando la palabra con connotaciones negativas. No sé, es que en lo que llevamos conversando... es una tontería o quizás no; tengo la impresión de haberme perdido la mitad de la vida.

—Pues no encontrarás la mitad que te falta preguntándome sobre mí vida.

—Sí, tienes razón. Lo lamento, fue un día muy largo y mi cerebro no funciona con normalidad. ¿Cuándo dijiste que probablemente siempre habías sido Agatha te referías a esto? Tu don.

—Así es. Esto no es una enfermedad que contraje, Patrick. Si hay algo

mal en mí, pues es así de fábrica.

Sonrió suavemente.

—¿Mal de fabrica? No digas eso.

—Sí, no es que sea culpa de mis padres. Obviamente que no... ellos no son así, son más como el resto de las personas. Les costaba entender esto.

—¿Por eso estás lejos de ellos? Si ya no eres Victoria...

—Así es. Al principio esto puede parecer interesante, llamativo, puede provocar curiosidad, a la larga cansa, no es fácil convivir con lo que soy.

—¿Por qué?

—Sobrados motivos.

—Todos tenemos nuestras cosas.

Quise decirle que él no tenía sueños en los que las llamas quemaba su piel, que no tenía esas visiones incluso estando despierto; al final preferí guardar silencio.

Me quedé un instante con los labios pegados observándolo, así, al otro lado de la mesa no parecía muy distinto a mí. Ciertamente que su cuerpo demostraba cierta incomodidad, esta casa no era la suya sino la mía y era la primera vez que venía, así y todo de cualquier modo no desentonaba demasiado del espacio que nos rodeaba y eso me agradó.

Le sonreí y él me sonrió de vuelta.

Su facilidad para las sonrisas no cesaba de sorprenderme. Probablemente no fuesen sonrisas creadas por las razones más alegres, más bien de esas que tienen que ver con los nervios o la ansiedad, incluso con el cansancio ya que había pasado todo el día en la comisaría. De cualquier modo era bonito verlo sonreír.

—¿Cómo hace alguien que no tiene magia para creer en la magia?

—No tengo idea. Dime tú cómo pasaste de no querer saber nada con esto a llegar a la puerta de mi casa. Allí debe estar su respuesta.

Patrick sonrió ampliamente ahora.

—Sí, claro, supongo que así es.

—Es igual que con la gente. Empiezas por confiar y luego crees.

—¿Hay algún otro modo de averiguar quién pudo ser el asesino?

—La verdad es que espero que la policía se ponga a ello.

—A pesar de todo me parece que la policía está más inclinada a pensar que fui yo. Pese a todo creo que quieren creer eso. Es más fácil. Para ellos cerraría maravillosamente bien porque el que Vorobiov muriese me convenía económicamente.

—Sí, escuché sobre su contrato.

—Yo no quería eso.

—¿Hacerte rico? Entiendo que ahora lo eres mucho más, más que tu padre quizás.

—¿Si soy más rico que Landon? ¿Eso es lo que dicen? Bueno, es probable que ahora sí. No lo sé, no sigo los extractos bancarios de mi padre.

—Pero te beneficiaste.

—Sí, supongo; mi intención era construir algo con Vorobiov, aprender de él, no quitarle su dinero. Hago lo que hago porque es lo que me gusta, siempre fue así. No voy a negar que desde que mi madre contrajo matrimonio con Landon en el aspecto monetario nuestra vida ha sido más cómoda, sin embargo el resto de mi existencia ha sido igual que la de cualquier otro. Mi madre y mi padre creen en el valor del trabajo y tanto mis hermanos como yo trabajamos desde muy jóvenes para ganarnos nuestra mensualidad. Jamás me asustó el trabajo y si tuviese el doble o la mitad del dinero que tengo ahora, eso no cambiaría en nada. No hubiese matado a Vorobiov ni por dinero ni por nada. Amo lo que hago y no planeo dejar de hacerlo. Se lo dije a la policía pero dudo que crean ni una sola palabra. El móvil “dinero” siempre funciona bien para justificar la muerte de alguien.

—¿Qué dicen tus padres al respecto de lo sucedido?

—Bueno, ellos están preocupados. Mi padre ya contrató a un detective privado y puso a sus abogados a mi disposición. Mi madre está angustiada.

—Creo que la vi hoy, ella estaba sentada con tu abogado y con uno de tus hermanos.

—Sí, ella estaba allí y también mi padre. Al que viste es a Tommy, él trabaja conmigo.

—¿Te llevas bien con tus hermanos?

—Sí, bastante bien. Trabajo demasiado y la familia a veces se queja pero sí. Son medio hermanos. Yo no conocí a mi padre.

—Sí, lo sabía.

—¿Las cartas?

—La gente habla más que las cartas.

—Sí, claro. No es ningún secreto.

—¿Te gustaría haberlo conocido?

—Tengo un padre excelente. No necesito otro. La vida me privó de uno para darme otro que es todo lo que debe ser un hombre. ¿Tus padres no te extrañan? ¿Hablas con ellos?

Negué con la cabeza. No quería hablar de ellos ahora, siquiera pensar.

Volvimos a caer en el silencio otra vez.

—Bien, creo que será mejor que me retire. ¿Dime cuanto te debo por la tirada y por las cartas, las que rompí y las nuevas? —entonó sacando su billetera de uno de los bolsillos internos de su chaqueta.

—No pienso cobrarte nada. Pediste mi ayuda y es eso lo que estoy dándote.

—Sí pero este es tu trabajo y me parece lo más justo. Me ayudas con éste y lo mejor es que te pague.

—¿O si no qué? Me deberás un favor.

Patrick sacó de su billetera lo que me parecieron eran cuatro billetes de cien dólares.

—¿Qué haces?

—No tengo idea de cuánto cuestan esas cartas, parecen mu antiguas. Es lo correcto.

—Lo correcto sería que guardes el dinero otra vez en tu billetera y que

entiendas que esto es un favor. Llegaste a mi puerta pidiendo ayuda, los favores no se pagan.

—En eso no concuerdo contigo, todos los favores se pagan. De un modo u otro siempre se pagan. Por favor acepta el dinero, no es gran cosa.

—Son cuatrocientos dólares, señor Reed.

—Agatha no seas necia y no me trates de usted.

—No puedo llamarte Patrick si no quitas ese dinero de allí. No te abrí la puerta de mi casa como un cliente.

—¿Qué soy entonces?

—No sé.

—No soy tu amigo.

—Solamente llévese su dinero.

—Ya no es mío. Es tuyo. Te lo ganaste en buena ley —se puso de pie—. No tienes otro método por el que podamos descubrir quién está detrás de esto.

—Llévese el dinero.

—No lo haré. ¿Qué más se puede hacer?

—No lo sé.

—Tu amigo, el tal Silver. Le pagaré lo que me pida.

—¿Sabe que en este mundo no todo se arregla con dinero?

—No todo, sin embargo el dinero resuelve muchas cosas y eso ha sido así desde que el mundo es mundo. Si pudieses conseguirme una entrevista con tu amigo. No repararé en gastos para encontrar al responsable.

—Silver tampoco necesita tu dinero.

—¿Tampoco? ¿Tú no lo necesitas?

Eso que soltó me sorprendió.

Reed se llevó la mano al interior del chaqueta otra vez y extrajo su billetera una vez más, sobre la mesa, junto a los cuatro billetes dejó seis más.

—¿Qué hace?

—Tienes cuentas pendientes.

—¡¿Qué?!

—Lo necesitas.

—¿Cómo lo sabe?

—No suelo ir con tanto dinero encima. Es todo lo que pude conseguir antes de venir. Después te traeré el resto.

—Tiene que ser una broma.

—Me pondré en contacto contigo cuando liberen el acceso a mi casa, lo que espero sea muy pronto porque los hoteles me fastidian. Espero poder llamarte mañana.

—¿Tiene mi número también?

—Vamos Agatha, no le des más vueltas, las cosas son así.

—Hay algo que no me queda claro, toda esa postura de... ni siquiera sé como llamarlo... ¿dijo todo lo que dijo solamente para que yo lo ayudase? Es que casi pretendió hacerme creer que... tan amable y... —sentí la ira nacer en mi estómago y subir por mi cuello. Mi piel se encendió—. ¡Solamente lo hiciste para que te permitiese entrar!

—Lo siento. Necesito encontrar al asesino. No pretendía usarte; imaginé que de otro modo siquiera me permitirías pasar el umbral de tu puerta. Es real que necesito que me ayudes y que no quise ofenderte cuando te llamé bruja. Ese no era yo.

—¿Y este sí? Tampoco es mucho mejor.

—No entiendo por qué te ofende tanto que te pague. Necesitas el dinero. Si eres así de generosa con todos tus clientes jamás podrás pagar la cuentas pendientes que tienes.

—¿Entiendes que me molesta que sepa que tengo cuentas pendientes?

—¿No creerías que llegaría aquí sin tener idea de con quién me metía? Podrías ser una loca extorsionista.

—Extorsionista no, loca sí.

Patrick volvió a sonreír.

—Ni qué decir que me molesta que tenga mi número de teléfono.

—Entonces no te gustará saber que sé hasta tu número de seguro social —sin previo aviso se movió hasta el aparador. Junto al teléfono había un bloc de notas y lápices. Del interior de su chaqueta sacó lo que me pareció era una tarjeta y anotó algo más en ésta—. Para que quedemos a mano, este es mi número y este el del hotel en el que me hospedo.

—Quizás no seas un asesino, sí que eres muchas otras cosas. Dejarme el nombre de tu hotel o tu número de teléfono no lo resuelve.

—Es un número privado que no muchas personas tienen. Además — sonrió pícaro —te lo advertí.

—Claro que sí. Es fácil así, menos culpa.

—No hagas un drama de esto. Es solamente dinero. Dinero que necesitas.

—Es toda la mentira y el dinero es parte de eso. Eres así de rastroso y mentiroso con su familia también o ellos en verdad lo conocen.

—Sí me ayudas a encontrar al asesino te ayudaré a saldar tus hipotecas.

—Puedes irte ya mismo.

—Sí, me iré. Igual todo sigue en pie. A ti también te conviene encontrarlo, si lo hallamos juntos todos saldremos muy favorecidos. Yo quedaré libre para seguir adelante con mi vida y tú no tendrás que preocuparte por tus hipotecas o por las otras deudas que tienes con el banco. Si hablas con tu amigo Silver por favor dile que le pagaré lo que sea que pida. Necesito acabar con esto cuanto antes. Con o sin Andrey necesito ver ese proyecto cobrar cuerpo, llevo diez años peleando por esto y no pienso detenerme ahora. Díselo por favor y si no quieres decírselo tú, por favor pídele que me dé una cita. Te llamaré mañana.

—No tienes que hacer nada de eso.

—Hasta mañana, Agatha, descansa. Cuídate por favor. Cierra bien la puerta y no dejes entrar a extraños.

—Te abrí la puerta.

—Bueno quizás debiste hacerle caso a Silver y no meterte conmigo. Es

un poco tarde para eso —caminó hasta la puerta y la abrió—. Cuida mucho de tu pantera también.

—¿Señor Reed?!

Ante mi grito Patrick se detuvo a mitad de la escalera y se volvió a verme.

—¿Sí?

—La magia no se puede comprar ni con mil dólares ni con el pago de dos hipotecas. Si usted necesita que la magia lo ayude mejor será que empiece a creer que hay algo más que el dinero. Son los seres humanos los que hacen magia, no el dinero—. Bajé los escalones que me faltaban y lo alcancé. Pasé por delante de él y fui a abrirle la puerta para que pudiese salir. Afuera en la calle se notaba la llegada inminente de la noche—. Cuídese usted también, señor Reed.

—Me cuidaré. Hasta mañana Agatha —soltó desde la mitad de la escalera y bajó a toda prisa para alejarse sin mirar atrás.

Cerré la puerta con todas las trabas y al llegar arriba apagué la luz de la escalera y eché un vistazo hacia abajo. No me quedaba claro lo que acababa de suceder. Cerré la puerta y me quedé viendo el espacio a mi alrededor. Mi casa estaba llena de una energía que no le pertenecía. La energía de Reed.

Azrael apareció por el hueco de la escalera maullando.

—¿Desde cuándo, tan antisocial?

Azrael me ignoró. Terminó de bajar la escalera y fue directo a la cocina, a alimentarse supongo.

Fui hasta la mesa y tomé las cartas, las envolví en el paño lila y las guardé en el armario en el que tenía otros objetos especiales. Cuando enterrase las cartas incineradas las guardaría en mi mesa de luz en la cajita que ahora contenían las cenizas.

Fui a recoger las tazas de té. Yo apenas si había tocado la mía pero Reed había bebido más de la mitad de la suya.

A veces dejamos atrás, sin querer, más cosas de las que deseáramos.

Me senté en el sillón violeta y casi con miedo, tomé la taza entre mis

manos. Lo más fácil hubiese sido soltarla al instante sin embargo resistí toda aquella oscuridad, una bola que era en parte angustia, en parte vergüenza, mucho miedo y también mucho enojo, quizás más que enojo, ira. Una ira tan potente que mi corazón empezó a palpar al ritmo de las señales de alarma que el resto de mi cuerpo pudiese captar y comprender. El mensaje era uno: suelta la taza, aléjate de esto.

Cerré los ojos y apreté las manos, mis dedos querían dejar caer la porcelana.

Había mucho dolor aquí, más del humanamente soportable.

El dolor llegó a la piel de mis manos de la forma más conocida: fuego. También lo sentí en mis pies subiendo por mis piernas.

El aire que entraba a mis pulmones olía a humo y el tatuaje en mi nuca empezó a arder una vez más.

Puse todo mi esfuerzo en encontrar una imagen clara, en dar con un motivo para todo aquello, en ver de Patrick Reed más de lo que las cartas se atrevieron a mostrarme, lo malo fue que no lo soporté más; ¿cómo continuar aferrándote a un cable de acero si tus manos arden en llamas, si tu piel se chamusca hasta ponerse negra es muy difícil?

Desesperada y muerta de dolor solté la taza sobre la mesa, la misma se volcó. Lo que quedaba de té inundó la mesa y fue directo a rodear mi taza.

Las luces de mi apartamento parpadearon y del susto por poco me caigo del sillón.

Me levanté inmediatamente y antes incluso de limpiar el desastre que acababa de hacer fui a encender una vela en mi altar.

Con una incómoda sensación en todo mi cuerpo hice un poco de orden, me preparé otro té y fui directo a meterme en la cama.

Incluso antes de apagar la luz, Azrael ya estaba a mi lado para custodiar mi sueños.

## 9.

## La oscuridad.

*Tener lo ojos completamente abiertos y no ver más que oscuridad resultaba aterrador. Le rogué a mis ojos que captasen al menos formas o sombras y de nada sirvió, la oscuridad era densa y fría.*

*Además de escuchar mis jadeos de pánico, el resto era silencio.*

*Moviéndome con miedo, di una vuelta entera sobre mis propios pies. Nada más que oscuridad a mi alrededor.*

*Aterrada por no ver siquiera el tenue brillo que a veces entraba por la pequeña ventana, me abracé a mí misma. La camisa que llevaba puesta no abrigaba mucho y estaba sucia, dura, al igual que mis pies helados. Me eché a llorar rogando para que el llanto no ganase la batalla; es que no quería terminar de desarmarme, no quería que la oscuridad me venciese, no podía permitírselo. Si quería salir de aquí tendría que luchar contra ella.*

*No sé cómo no lo sentí antes; el dolor en mi espalda quemaba, ardía. La piel de esa zona de mi cuerpo estaba tensa, rígida por culpa de la sangre seca, de las heridas.*

*Mi cuerpo era un completo desastre. Ya no sentía hambre pero sabía que llevaba demasiados días sin comer porque tenía el estómago pegado a la columna. Era como si estuviesen intentando secarme por dentro, apagarme. No les faltaría mucho para conseguirlo.*

*—Tienes que salir de aquí —me dije—. Tienes que encontrar el modo de escapar o morirás.*

*Pero no podía hacerlo en este estado, si es que apenas podía mantenerme en pie.*

*Con cautela me agaché. No conocía este lugar y no tenía ni la menor idea de lo que me rodeaba.*

*Los quejidos se escaparon de mi garganta y pecho sin que pudiese hacer nada para evitarlo.*

*Mis manos llegaron a la superficie de piedra mojada y helada por delante de mis pies, entonces los extremos de mi dedo índice y medio de la mano izquierda empezaron a doler.*

*Fue instintivo, cubrí la mano dolorida con la sana y el dolor fue todavía peor. Las lágrimas se abrieron camino. Me faltaban dos uñas y las palpitaciones en la zona, mezcladas con el dolor me subían por el brazo hasta llegar a la axila, hasta el corazón.*

*¿Por qué me habían lastimado así?*

*El llanto barrió parte de la mugre de mi rostro.*

*Desesperada por sentarme, por hacerme un bollo y dormir un poco, palpé el suelo a mi alrededor con la mano sana.*

*No parecía haber nada peligroso a mi alrededor.*

*Agotada apoyé mi trasero en el suelo y escondiendo la mano dolorida contra mi pecho, descansé la frente sobre mis rodillas.*

*Mi espalda se quejó un poco más hasta que conseguí acomodarme para intentar dormir un poco. Los párpados se me caían del sueño. Creo que llevaba demasiado tiempo sin dormir; no sé cuanto pero se me antojaba dormir por el resto de mis días, teniendo sueños bonitos como los de antes.*

*Un crujido a mi espalda hizo que el corazón me saltase a la garganta. Me moví tan rápido, para intentar ponerme a resguardo, que el dolor me dejó ciega. Bueno en realidad fue el dolor y el resplandor.*

*Luz se extendió más hacia mí.*

*Llegaron pasos iluminados por un resto de vela cuyo brillo no se alejaba más allá de la mano que la sostenía desde el candil.*

*—Tranquila, tranquila. No te haré daño. Traje sopa. No está muy caliente pero te hará bien —la voz masculina tuvo un efecto balsámico sobre mi corazón. Yo conocía aquella voz—. Traje un poco de pan también, y un*

*trozo de queso, no es mucho pero ayudará.*

*La mano posó el candil sobre el suelo de piedra que ahora comprobé, estaba mugriento.*

*La sombra se acomodó de rodillas frente a mí y posó sus dedos sobre mi mano sana.*

*—Estoy haciendo todo lo posible para sacarte de aquí.*

*Quise agradecerle pero mi voz no salió, solamente llanto.*

*—Tranquila, tranquila. Confía en mí, haré lo que sea necesario; por lo pronto necesitas ponerte bien—. En mi mano puso el cuenco y como yo no fui capaz de sostenerlo lo llevó hasta mis labios.*

*Tenía la boca tan seca que me costó mover la lengua. Mis labios no estaban en mejores condiciones, cuando los moví para rodear el borde el cuenco se partieron soltando lo poco que debía quedar de sangre corriendo por mis venas.*

*—Bebe despacio o lo vomitarás todo.*

*Sabía que tenía razón en lo que decía sin embargo el gusto salado de aquel líquido le hizo recordar a mi estómago que había algo más que la inanición y los golpes.*

*Conteniéndome de tragarlo todo de un sorbo, bebí un poco, y todo mi cuerpo se despedazó de dolor a medida que el líquido bajaba.*

*—No saben lo que hacen.*

*Su voz me llegó después del segundo sorbo de sopa.*

*—No tienen idea y jamás la tendrán. No es justificativo pero la realidad es una, no entienden, no saben y no se molestan en preguntar. Quizás crean que en la ignorancia estarán seguros.*

*—Se esconden en su propia oscuridad y yo siempre he estado en la luz, he hecho todo en la luz —conseguí articular aunque en un tono lastimero.*

*—Lo sé. Bebe un poco más. No puedo quedarme aquí demasiado tiempo, tengo que llevarme el cuenco. Si lo encuentran, tendremos en problemas.*

*—No me dejes —disparé mi mano la cual se prendió de la suya.*

—Tengo que irme.

—No puedes déjame aquí. Tienes que sacarme ahora.

—No, ahora no. Es demasiado arriesgado además no puedes ni mantenerte en pie y tenemos que ser rápidos.

—Te lo ruego.

—Lo siento, no puedo. Te lo juro, regresaré por ti.

Se desprendió de mi mano y en ésta puso el trozo de pan y el queso.

—Bebe.

La sopa se mezcló con mis lágrimas pero bebí empujando el cuenco sobre mi boca después de dejar el pan y el queso sobre mi regazo.

Supongo que bebía los últimos sorbos cuando la luz lo invadió todo, luz de verdad, como la que me enceguera antes, no como la de la vela.

—¿Qué sucede aquí?! —rugió una voz para nada amistosa—. ¿Qué haces?

De la mano me arrebató el cuenco desparramando lo que quedaba de sopa sobre mí. Lo vi esconderlo debajo de la chaqueta oscura que llevaba para después levantar del suelo el candil.

—Nada y no tienes derecho a hablarme así. Solamente estaba revisando en que estado quedó.

—Cómo crees que podría haber quedado. Por eso está aquí, enterrada en este sitio con lo que todavía le queda de vida. Andando, salgamos antes de que pueda...

El resto de la frase se perdió en la oscuridad. Sentí un golpe en la parte baja de la espada, quizás sobre los riñones. No fue una patada muy fuerte, lo que sucedió fue que sumada al estado en que me encontraba fue como si me hubiesen tirado de un barranco.

Caí al suelo perdiendo el pan y el queso. Mi estómago dio una vuelta y entonces vomité la sopa que había bebido.

De la oscuridad salté al fuego de las llamas y mientras las llamas se daban un festín conmigo, escuché un sonido que no tenía nada que ver ni con las llamas ni la oscuridad.

La llamas desaparecieron y olfateé el perfume de mis sábanas. El sonido continuaba allí.

Abrí los ojos para encontrarme con mi habitación a oscuras.

Todavía percibía el sabor ácido del vomito, el de la bilis.

No me dio tiempo a procesar lo que había soñado. En mi apartamento se escuchaba un sonido que no debería escucharse aquí, ahora.

Azrael no estaba a la vista y de cualquier manera sabía que no eran sus paseos nocturnos los causantes de aquel susurro extraño.

El aire que entró en mis pulmones, el que rebotó contra mi piel estaba distinto, cargado de ira, cargado de eso que se esconde en la oscuridad.

Con cuidado de no hacer ningún ruido, desenredé mis piernas entumecidas de las sábanas. Odiaba que las sensaciones de los sueños perdurasen después de despertar.

Despacio me deslicé sobre el colchón. Posé los pies en el suelo y bajé de la cama, todo sin darle la espalda a la puerta de mi habitación.

Estaba casi segura de que había alguien abajo, podía sentirlo sin problemas.

Manoteé mi móvil que estaba cargándose sobre la mesa de noche, le quité el sonido y llamé al novecientos once.

La operadora contestó al instante.

—Hay alguien en mi casa —susurré lo más bajo que pude y sin esperar a que me lo preguntase, le pasé la dirección de mi casa.

—No corte, manténgase en contacto conmigo. La policía va en camino. ¿Está armado?

—No lo sé, está en el piso de abajo. Estoy en mi habitación, en el piso superior. No vino a robar, vino a matarme.

—¿Conoce al agresor?

—Creo que es el mismo hombre que anoche asesino a Andrey Vorobiov.

—¿A quién?

Enmudecí, es que lo sentí más cerca.

No me quedó más remedio que soltar el móvil. Tenía que buscar algo con qué defenderme y pronto. O salir de aquí y muy rápido. Sopesé el salir a la terraza, el edificio contiguo tenía una terraza unos metros más abajo pero de saltar qué, la puerta que conducía a esa azotea debía estar cerrada y jamás había visto a nadie allí. No quería acabar en un callejón sin salida y si al menos intentaba defenderme, golpearlo quizás tuviese oportunidad de llegar abajo y salir a la calle en busca de ayuda.

Rodeé la cama y fui a por el candelabro de pie que había en el otro extremo del cuarto, quité la vela blanca de encima. Era de hierro, de unos cincuenta centímetros de largo y si bien no era demasiado pesado, a mi alrededor no encontré mejor arma.

Escondiéndome detrás de la puerta me pegué a la pared.

Las manos me temblaban y no sólo del miedo. Mi pulso iba tan acelerado como cuando las llamas lamían mi piel.

Resultaba evidente que quien avanzaba por las escaleras estaba dando su mejor esfuerzo para no hacer ningún ruido sin embargo no tenía como ocultar su presencia, su energía estaba aquí y devoraba la mía.

Si salía de ésta y Silver se enteraba, debería escuchar de él, una y mil veces “te lo advertí”.

La puerta comenzó a moverse.

Mis brazos se llenaron de miedo.

El hombre puso un pie dentro del cuarto; vi su cabeza encapuchada con el pasamontañas. Su olor era el mismo, sus vibraciones las mismas, venía a matar.

Demasiado rápido se percató de que la cama estaba vacía y su instinto le hizo saber que algo no estaba bien.

No tardó nada en girar la cabeza reconociendo mi presencia para a continuación saltar en mi dirección con una de sus manos en forma de garra hacia mi cuello y la otra empuñando un cuchillo. El filo brilló de la punta al mango tanto cuanto la luna.

Él tuvo su reacción, yo la mía. Lancé el golpe con la mayor presteza

posible. Mi idea era romperle la mano al menos; solamente le arrebaté el cuchillo el cual voló fuera de la vista de ambos.

Protestó furioso y yo le asesté otro golpe. Esta vez fui más efectiva, su gruñido no fue de enojo si no de dolor, el hombre se apartó sujetándose el brazo. Lo golpeé una vez más, no sin siquiera fijarme en dónde y no le quedó más remedio que retroceder.

Sin parpadear me lancé en dirección a la puerta. No fui lo suficientemente rápida. Tiró de mi cabello y antes de que pudiese llegar a la escalera me desestabilizó. Perdí el equilibrio y caí sentada sobre los primeros escalones. La caída me ayudó, al menos momentáneamente. El tirón en mi cabello fue fuerte mas valió la pena, éste se soltó de la mano del agresor. Dolorida procuré ponerme en pie y entonces recibí un fuerte golpe en la espalda que me hizo recordar a mis sueños, más que eso, me llevó directo a ese lugar oscuro, al miedo, a la parálisis, el hambre y el agotamiento. Cerré los ojos y volví a ver esa oscuridad tan densa que parecía tener materia. Caí un par de escalones más, golpeándome por todas partes sin embargo yo continuaba viendo y sintiendo ese espacio oscuro con su frío y su mugre, con mi cuerpo destrozado por lo que sin duda había sido una larga tortura. Los latigazos en mi espalda dolieron como si fuesen frescos, los dedos me latían una vez más, tenía ampollas en los pies y por mis muslos corría un hormigueo producto del agotamiento.

*Alguien me levantó tirándome de mi cabello.*

*—¿Planeas embrujarlo a él también? —gritó la voz que había entrado en aquel lugar oscuro apartando a mi salvador de mi lado—. No te funcionará bruja.*

Parpadeé, abrí los ojos y volví a estar en mi casa. El hombre encapuchado me tenía sujeta por el cabello. Me zarandeó para lanzarme junto al sillón violeta. La oscuridad cayó otra vez.

*—¿No tuviste suficiente, perra? ¿Cuántos hombres más planeas destruir? Debieron acabar contigo ni bien te encontraron. No necesitan hacerte*

*confesar, no tienes perdón de Dios.*

Otra patada en los riñones me arrancó el aire de los pulmones.

Las lágrimas saltaron de mis ojos. Mi vientre se quejó, la náuseas llegaron una vez más. Me dieron arcadas mas nada salió de mi garganta.

Abrí los ojos una vez más. Tenía que salir de aquí, de mi apartamento si quería vivir así como sabía que tenía que salir de aquella oscuridad si no quería morir.

*Otra patada interrumpió mi intento de ponerme en cuatro patas.*

*Caí contra el suelo de piedra helado y mal oliente. Mi labio inferior se partió otra vez. Giré la cabeza en dirección a la puerta, la luz provenía de allí, la figura de un hombre se recortaba con el brillo de las luces ondulantes de afuera.*

Otra patada me dejó boca arriba y en vez de ver oscuridad vi el ventilador de techo de mi sala de estar.

*—Ya déjala. La quieren viva —dijo la voz que me había traído la comida, metiéndose en la oscuridad.*

*—No saldrás de aquí con vida —dijo el hombre de la capucha.*

Parpadeé y vi que entre sus dos manos extendía un cable de alambre hasta dejarlo tenso.

No moriré en la oscuridad —me dije dentro de mi cabeza—. No hasta que averigüe qué sucede aquí, qué significan estos sueños.

No sé de dónde saqué las fuerzas pero junté las suficientes para conseguir moverme. Llegué hasta la mesa y del borde me sujeté, todo daba vueltas a mi alrededor, por culpa de las patadas, sobre todo la que me había dado en el vientre cuando estaba en cuatro patas, apenas conseguía hacer que mi

diafragma funcionase y por lo tanto poco oxígeno metía en mis pulmones.

Logré arrastrarme hasta detrás de las sillas. Mi objetivo era el vaso con vinagre que tenía en la esquina, tal vez si conseguía echárselo a los ojos... luego buscaría algo más con que golpearlo.

—¿Dónde vas bonita? No creo que seas muy buena bruja, si lo fueses habrías previsto esto.

Silver había profetizado esto, él sabía que mi vida corría peligro y yo también.

El hombre encapuchado con sus manos enguantadas de negro se puso en cuclillas frente a mí. El cable de alambre relució entre sus manos.

Quizás no fuese buena idea darle la espalda pero no se me ocurría que más hacer. Fui lo más rápida que pude, manoteé el vaso y dándome la vuelta se lo lancé a la cara, era vinagre de alcohol que ponía para quitar las malas energías, dudaba que resultase agradable tenerlo en los ojos.

Evidentemente no lo era. El hombre chilló. Incluso lo escuché escupir. El muy idiota tenía la boca abierta.

De un salto me puse en pie y me lancé con todo lo que quedaba de mí, en dirección a la puerta y de allí a las escaleras.

Las bajé tropezando con mis propios pies y con el asesino corriendo detrás de mí soltando todos los insultos posibles.

La puerta estaba abierta. Tiré y salí a la calle. No me detuve a fijarme mas no me pareció que ninguna de las cerraduras hubiese sido violentada.

Ni bien pisé la acera lo vi. A unos metros de la puerta de mi casa había un coche patrulla, me alegré y al instante me preocupé. Tenía las luces apagadas, la puerta del conductor abierta. Vi un trozo de frente, cabello rubio y un charco de sangre. Iba a salir corriendo en dirección opuesta cuando una mano se prendió a mi brazo. El encapuchado me obligó a enfrentarlo. Al voltearme para vi que por la calle, desde el mismo sentido del que había llegado el automóvil patrulla que estaba detenido, venían otros dos vehículos con las luces y las sirenas encendidas.

Los policías debieron verlo. Uno de los automóviles se detuvo, un policía gritó y dio la voz de alto.

—Ya nos veremos otra vez, bruja.

Su despedida acabó con un golpe en mi quijada que hizo crujir mi cuello. Mi cabeza dio vueltas y más vueltas y caí al suelo.

Todo se puso negro.

*Cerré los ojos y entregué el peso de mi cuerpo magullado a la piedra helada, a la oscuridad.*

*—Déjala de una vez, ya se ocuparán de ella. No te preocupes, no irá muy lejos —entonó el hombre que me trajo la comida—. Andando, tenemos mejores cosas que hacer que estar en este lugar inmundo, es probable que si nos quedamos mucho tiempo aquí nos contagiemos de alguna enfermedad.*

*—Las que debe tener ella —murmuró el hombre que me había golpeado.*

*—Sí, seguro. Andando, arriba hay vino y me apetece una copa.*

*Giré la cabeza y los vi salir, llevándose cualquier rastro de luz con ellos.*

*Entendí que en la luz también se escondían cosas terribles. Que la gente miente. Todos engañan, todos pueden ser muy malos, incluso los que juran ser buenos, casi santos.*

—Ten cuidado con la gente que no es como nosotros, ellos no nos entienden, jamás nos entenderán, nos temen, le temen a lo que no pueden controlar. Jamás te dejes controlar—. Tantas veces había escuchado esas palabras de Silver.

El mundo quedó sumido en la oscuridad y acto seguido caí en un mar de llamas.

La voz de Silver evitó que pereciese de asfixia y que mi cuerpo se quemase.

—Agatha, mi reina, abre los ojos. Tienes que despertar.

—Señor no la estrese, pasó por mucho esta noche.

—Ella tiene que despertar ahora —le contestó Silver a la mujer—. Agatha.

La luz a mi alrededor era demasiado sintética por eso volví a cerrar los ojos ni bien los abrí.

—Hola, reina, ¿cómo te sientes?

—Me duele todo —articulé y mi labio partido volvió a quebrarse para sangrar.

—Estás muy golpeada. Por suerte no tienes nada roto. Te administraron calmantes.

—Sí, me siento más perdida que de costumbre.

—Al menos no corrompieron tu mal humor.

—¿Necesita algo? —quiso saber la enfermera y yo negué con la cabeza —. Buscaré al medico para avisarle que despertó. Enseguida regreso.

Nos quedamos solos. Silver me tomó de la mano.

—¿No dirás “te lo dije”?

Negó con la cabeza.

—El asesino logró escapar. Pudo haberte matado a ti también.

—Ganas no le faltaban.

—Ya lo creo que no. Asesinó al policía que habían enviado para saber si estabas bien. Dicen que el sujeto era un profesional. Degolló al policía al igual que a Vorobiov.

—Lo vi, vi la sangre.

—Vendrás a quedarte a casa, y eso no es discutible.

—No haré eso.

—Tu casa no es segura.

—Silver es mi casa.

—Si te quedas allí entonces me quedaré contigo. Debiera quedarte claro ahora que esto no es un juego.

—Jamás dije que lo fuera.

—Antes de que llegue el detective cuéntame, qué sucedió.

—El sujeto quería matarme. Dormía estaba soñando con...

—¿Con qué? ¿Tus llamas otra vez?

Negué con la cabeza.

—Creo que estaba en un calabozo a oscuras. Tenía azotes en la espalda, me habían arrancado las uñas, mi cuerpo estaba casi destrozado y agotado. Tenía mucho miedo. Había sido torturada. Entonces llegaba un hombre cargando una vela, traía consigo sopa y pan. Él decía que me ayudaría, que me sacaría de allí. Me pareció que era uno de los guardias. Él sabía que yo tenía magia sin embargo eso no le molestaba, él... quería defenderme, ayudarme... Luego llegó otro guardia; me pateó, me golpeó y me llamó bruja. El hombre que me había traído la comida no intercedió por mí, solamente le dije que parara de golpearme en un tono con el que intentaba disimular.

Silver se puso todavía más pálido de lo que normalmente era su piel .

—El sueño fue horrible porque de las patadas yo vomitaba la sopa, es que mi estomago llevaba demasiado tiempo sin probar nada. Al despertar tenía gusto a vomito en la boca y mientras el asesino me golpeaba una y otra vez, regresé al sueño. La realidad y ese calabozo se mezclaron de un modo que jamás había experimentado antes. Era tan real, demasiado real, Silver. Como si fuesen recuerdos.

—¿Le viste la cara al hombre?

—¿A quién, al agresor, al del sueño o la del asesino?

—La del hombre que te llevaba de comer.

—¿Qué? —me quedé viéndolo extrañada—. No, no vi la cara de ninguno de los tres.

—Lidia está en camino, en cuanto llegue la enviaré a tu casa a que recoja a Azrael y algo de ropa para ti. No puedo sacarte de la ciudad pero si te sacaré de esa casa y de este embrollo.

—Silver... ¿Qué crees que sea? Llevo un par de días con los sueños metiéndose en la realidad, avanzando en paralelo y ya no es el fuego solamente. Siempre terminan en el fuego pero están sucediendo otras cosas.

—Son las energías que te rodean, todo esto te hace daño.

—No se siente como si fuese eso.

—¿Y crees que es?

—Es demasiado real.

—Es tu cerebro enredándolo todo. Me dijiste que una vez un policía te golpeó en un calabozo.

—No fue como eso que soñé, Silver. Era tortura como...

—¿Las que les aplicaban a las brujas? Jamás debiste leer esos libros. Eso ya no existe, fue una locura, una masacre; acabó. Sí, todavía tenemos que cuidarnos porque la gente no lo comprende y es probable que jamás lo entiendan sin embargo nosotros somos más fuertes ahora y ¿sabes por qué?, ellos están demasiado perdidos. No paran de alejarse de la magia, de tornarse cada vez más inútiles menos sensibles, ya casi no son humanos sino cosas. Apenas si piensan y no ven, están ciegos.

—No me siento más fuerte que el resto de la humanidad.

—Eso es porque todavía no te atreves a hacer uso de todo lo que cargas dentro. Saldrá, ya lo verás, saldrá de ti y entonces ellos de verdad te temerán y se arrepentirán de todo lo que han hecho, de todo el dolor y el daño. Tendrán que comerse cada una de sus palabras.

—No quiero venganza, Silver. Exageras.

—No es venganza, Agatha, es poner cada cosa en su lugar.

Silver enmudeció y entonces llegó el médico, y por detrás de él, el detective.

Al doctor tuve que contarle cómo me sentía y qué o dónde me dolía. Me dijo que a lo largo de la noche me harían un par más de pruebas y que si todo iba bien, en la mañana me darían el alta.

Al detective y dos oficiales que entraron en la habitación después, tuve que relatarles paso a paso todo lo sucedido, por supuesto omití la parte que ellos no entenderían, además nada tenía que ver con el caso del asesinato de Vorobiov.

Cuando terminaron de interrogarme llegó Lidia, con una cara de preocupación que me hizo sentir culpable. Apareció con un bolso de ropa y

me dijo que tenía a Azrael en su coche.

Ella se quedó conmigo y con Silver hasta que me llevaron a hacerme una resonancia magnética y luego se fue. Silver, como no podía ser de otra manera puso todo de sí y la convenció de que regresase a su casa, después de todo no podía dejar a Azrael en la transportadora, metido en su coche, tuviese las ventanas abiertas o no.

Con los estallidos del resonador todavía retumbando en mis orejas y dentro de mi cráneo, caí rendida gracias a la nueva tanda de calmantes que me administraron.

## 10. Espiral.

—¿Puedes?

—Silver no estoy inválida.

—No; sí muy golpeada.

—Puedo caminar hasta la entrada, no te preocupes —abrí la puerta y salí del coche para moverme hasta la puerta trasera y sacar la transportadora de Azrael. Antes de venir aquí, habíamos pasado por casa de Lidia a buscarlo. Intenté convencer a Silver de que podía quedarme allí; no hubo manera, entre Lidia y él acordaron que lo mejor para mí era quedarme una temporada aquí. La casa de Silver era una fortaleza y yo bien sabía que sería difícil quitármelo de encima incluso dentro de la ésta.

Azrael maulló en cuanto abrí la puerta. No sería su primera estadía aquí, él había vivido sus primeros días en esta casa. Lo encontré en la calle cuando debía de tener nada más que unos diez días y lo traje. Todavía aquí y pese a que Silver no le agradó mucho la idea de tener un gato, lo convencí. Azrael claramente me había adoptado a mí como madre sustituta y si bien entre felino y hombre se acabaron adorándose, cuando Silver y yo terminamos me

lo llevé conmigo.

—Déjalo, yo lo cargo —dijo Silver sacando mi bolso del maletero.

—Que puedo.

Silver cerró el maletero y antes de que tuviese tiempo de cerrar la puerta, después de sacar la transportadora, me quitó la jaula de las manos.

—Yo lo llevo.

Le puse mala cara y como era de esperarse, me ignoró.

—Esta mañana vinieron a hacer la limpieza. Les encargue que le comprasen comida y que preparasen su baño. Todo está en los mismos lugares que cuando vivían aquí.

—Tenía comida en casa —solté siguiéndolo escaleras arriba.

—No iba a ir hasta tu casa a buscarla —abrió la puerta—. Bienvenida a casa.

Antes de entrar me detuve y lo miré.

—Esto será temporal. ¿Entiendes eso, no?

—Todo en esta vida es temporal.

—No enredes mis palabras, Silver.

—Bueno, eso lo veremos. Pasa. Imagino que querrás darte una ducha y ponerte cómoda. Azrael está ansioso por salir.

Azrael maulló.

Entré y él cerró la puerta detrás de mí.

Bajó la transportadora al suelo y lo liberó. Azrael salió y se fue correteando por el amplio espacio directo a la cocina.

—Lo ves, él está como en casa. Los gatos son inteligentes.

—¿Y yo no?

Silver llegó a mí, me atrapó por la cintura y besó mi mejilla.

—No te lo tomes a mal, es que solamente espero que no vuelvas a cometer los errores del pasado. Sabes que la vida es un espiral, todos estamos

en constante crecimiento y evolución, y sin embargo volvemos al mismo lugar una y otra vez, sólo que en un nivel distinto. Jamás pierdes de vista el centro, jamás puedes cambiar de centro.

—¿Eso fue insulto?

—Sabes que no.

—¿Pero temes que cometa los mismos errores? Aprendí mi lección, Silver. Gracias por preocuparte por mí.

—¿De verdad que sí? Yo no estaría tan seguro de eso.

—Por qué no hablas claro.

—Te advertí que no te metieses en ese lío, que no harías más que buscarte peores problemas.

—No puedo cambiar lo que hice y además, no puedo simplemente darle la espalda a la realidad. El asesino anda por ahí suelto y no puedo ignorar el hecho de que debí haber hecho más por Vorobiov para evitar que muriese. Ciertamente no me quedaré de brazos cruzados, no tendré tranquilidad hasta que el responsable pague por lo que hizo.

—¿Sabes que la policía soltó a Reed?

Apreté los labios. Si le decía que Reed había estado en mi hogar, Silver entraría en cólera; no me costó nada imaginarlo poniendo el grito en el cielo. Por cierto, tenía que hablar con Reed sobre lo sucedido anoche.

—¿Lo sabías o no?

Silver cruzó sus musculosos brazos sobre la camiseta negra que cubría su pecho.

Sus ojos grises horadaron mi cráneo.

—¡Claro que lo sabías! — soltó enfureciendo—. ¿Qué me ocultas? ¿Agatha?

—Me pidió que le ayudase a dar con el asesino. Admito que todavía no termino de decidir si Reed me agrada o no. Ese hombre es demasiado enredado y quizás un tanto frío —negué con la cabeza—, no es el asesino. Terminé de comprobarlo anoche. El hombre que irrumpió en mi apartamento no tenía la misma voz.

—No puedes hablar en serio.

—Sí, hablo en serio. Le tiré las cartas y la tirada fue muy confusa, todo lo que pude percibir de ese hombre es complicado, carga una enorme culpa encima.

—Y yo creo que desde anoche carga todavía más culpa sobre sus hombros.

—¿De qué hablas?

—Puede no haber empuñado el cuchillo con el que degollaron a Vorobiov o ser el hombre que irrumpió anoche en tu apartamento pero.... ¿Te suena el término “autor intelectual”?

Siquiera se me había pasado por la cabeza.

—No lo creo. Escucha, Reed me pidió si podía conseguirle una entrevista contigo para que le tires las cartas.

Por toda respuesta Silver me dio la espalda y se echó a andar en dirección a la cocina siguiendo los pasos de Azrael.

—No creo que sea el responsable.

—No aprenderás jamás.

—No seas terco. Además si él está detrás de todo y le haces una tirada, quizás puedas verlo. Yo no pude, no conseguí ver nada.

—¿Reed cree en esto?

—Bueno, más o menos.

Silver se detuvo y me espió por encima de su hombro.

—¿Más o menos? En resumen, no.

—Quiere encontrar al responsable y yo también. Le prometí que iría a su casa en procura de rastros que el asesino pudiese dejar atrás.

—Debería pedirle permiso al detective que lleva el caso para sacarte del país.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Primero te tatúas el fuego en la nuca y a continuación te enredas con

ese sujeto. No haces más que hundirte hasta el cuello.

—Tengo que averiguar qué sucedió y con respecto a Owen...

—Eso, ¿qué sucede con él?

—No lo sé, no puedo pensar en eso ahora.

—No necesito hacerle una lectura a ese hombre para saber que no debes meterte en su vida o permitir que él se meta en la tuya. ¿De verdad entró en tu casa? ¿Le permitiste pasar así sin más?

—Bueno él... no fue del todo sincero al principio y no me gustó que dejase ese dinero en mi apartamento. Me pagó por la tirada de cartas mucho más de lo que debiera y dijo que el resto del pago era por los daños causados, por las cartas que rompió y para pagar las nuevas.

—Yo no te cobré las nuevas cartas y jamás te las cobraría.

—Ya lo sé. Es que él sabía que tengo algunas deudas y...

—Deudas con las que jamás me has permitido ayudarte. Averiguó donde vives, que tienes deudas, y tú te quedas ahí muy tranquila. Eso sin tener la certeza todavía, de que llegó a tu casa porque seguro sabe que pasó la noche de la muerte de Vorobiov, sabe que tú estuviste allí. Vamos Agatha, piensa. Ese hombre no quiere pagar tus deudas, ese hombre fue a tu casa para averiguar cuánto sabías tú de lo sucedido. Y también es probable que fuese a espiarte, conocer tu casa, saber cómo vives y demás. Debe haberle pasado un informe detallado de todo al hombre que anoche se metió en tu propiedad. Es probable que él tenga una coartada perfecta pero yo estoy cada vez más convencido de que ese sujeto solamente te traerá problemas.

—Me dijo que la noche del viernes no se sentía como él, que no tiene idea de lo que le sucedió. Tampoco recuerda dónde estuvo la noche del sábado. Solamente recuerda haber aparecido en una autopista rumbo hacia ninguna parte y que cuando fue consciente de lo que hacía, dio la media vuelta y regresó a su casa para encontrarse allí a toda la policía. Dijo que él intuía que Vorobiov era distinto, que de él...

—¡No necesito escuchar más! —me interrumpió Silver—. Y tú le creíste todo lo que dijo —meneó la cabeza—. Es evidente que te dijo todo lo que necesitabas escuchar.

—Eso no es así —solté dolida y sintiéndome un tanto estúpida. ¿Y si así era?—. Como sea, tengo que encontrar al asesino. Dudo que él se detenga hasta acabar conmigo y me creas o no, yo también presiento que Reed está en peligro.

—No actúas con coherencia. No podrías detenerte a pensar, al menos por un segundo en todo lo que te sucede, todas esas visiones que tienes. ¿Soy el único aquí que entiende que son advertencias? No es mera casualidad, Agatha. Te metes donde no debes y esto no acabará bien.

—Ayúdame.

—Eso es lo que intento hacer y no haces más que complicarlo todo. Te lo ruego, apártate de él. ¿Enterraste las cartas?

—No, todavía las tengo en casa. Hay algo más que no te dije.

—¿Qué?

—Reed no rompió todas las cartas el viernes. Ayer cuando apareció en casa cargaba una. “El mundo”, dice que no sabe porqué la conservó, que se encontró cargando la carta.

Silver apretó los labios.

—¿Dónde está la carta?

—Le dije que la conservara.

—¿Estás mal de la cabeza?

—No me hables así.

—Está bien, haré algo para solucionarlo.

—¿A qué te refieres?

—Esa carta tiene tu energía.

—Reed no es de esa clase de personas. Te lo dije, no cree demasiado en esto, solamente lo justo y necesario para que intentemos ayudarle a encontrar al asesino.

—Ese hombre no necesita encontrar al asesino, probablemente sabe muy bien quien es. Haré algo para protegerte, para evitar que llegue a ti de ese modo.

—Estás delirando.

—¿Quién de los dos tiene sueños que se mezclan con la realidad? —hizo una pausa—. Te quiero más allá de lo que podamos ser o no, y te ayudaré así lo quieras tú o no. No pienso permitirle ni a él y a nadie, destruirte. Yo ya aprendí mi lección. Erré mucho contigo, suficiente. Ya no más, Agatha.

—No tienes que cuidar...

—No tengo, quiero.

—Silver...

—Deja que la policía sea quien se encargue de esto. Y permíteme que ayude a tus pesadillas a regresar al sitio al que pertenecen.

—No creo que deba hacer eso.

—¿Qué dices?

—Esto está evolucionando hacia alguna parte y quiero saber a dónde lleva el camino.

—Agatha...

—Hay algo detrás de todo, puedo sentirlo y la verdad es que esperaba que pudieses ayudarme a descubrirlo. Por favor, Silver. Siento que si no lo hago no podré seguir adelante.

—Si no te apartas de este camino no podrás seguir adelante.

—¿No fuiste tú quién acaba de decir que la vida es una espiral y que giras siempre en torno al mismo centro? No puedo apartarme, Silver. Simplemente tengo que mantener fluyendo esa espiral.

Silver puso los ojos en blanco, me dio la espalda otra vez y anunció que prepararía el desayuno.

No volvimos a hablar del tema.

Me ayudó a instalarme en uno de los cuartos y después de eso me di una ducha y fui a recostarme, él tenía un par de clientes por atender.

...

Acomodé la cabeza en la almohada y Azrael apareció por la puerta entreabierta. Con un andar sinuoso llegó a la cama y saltó para acomodarse muy pegado a mí. Recostó su perfil sobre mi brazo y se acurrucó contra mi pecho. Era un día claro y por eso yo había bajado casi a tope las cortinas. Apenas si entraba un poco de luz.

Mi pantera negra empezó a ronronear.

—En cuanto podamos regresaremos a casa.

Azrael comenzó a amasar mi brazo sin sacar las uñas.

—¿Quién tiene el espiral más bonito? —canturreé y comencé a rascar el cuello de Azrael allí donde tenía un remolino.

Cerré los ojos y continué acariciándolo hasta que no pude más del cansancio. Bien en mi somnolencia también tenían que ver los calmantes que me habían recetado.

Agotada y necesitando no pensar por un rato, cerré los ojos y me entregué al sueño.

Fuera de los confines de mi cabeza, mi deseo no tenía coherencia, dentro, debajo de mi piel, el desear encontrarme con ese hombre que amaba, aunque fuese en sueños, tenía gusto a bendición. Necesitaba un poco de fantasía para no morir de realidad y puse todo mi esfuerzo en orientar mi cerebro hacia él.

Dejando que el sueño me arrastrase a sus dominios mi boca se llenó del sabor de sus besos.

*Silver mezcló el contenido de la copa y me la tendió. Era una copa de un plateado opaco, un tanto abollada y ciertamente muy usada. Este no era su lugar de trabajo, no al menos el que yo recordaba y las ropas que él llevaba puestas eran algo más estafalarias de lo usual, no por los colores, Silver siempre vestía de negro; su cuerpo estaba enfundado en una especie de túnica que arrastraba por el suelo alrededor de sus pies descalzos.*

*Aquí dentro olía a madera, a resina y a humo. Giré la cabeza y vi un fuego ardiendo por detrás de mi espalda. Las paredes eran de piedra y de éstas colgaban cientos de cosas, manojos de flores secas cabeza abajo,*

ramas, conchas marinas, plumas... junto a una de las ventanas sin cristal había una especie de trenzas de campanas que sonaban dulcemente. Lo que sí era normal para un lugar que ocupase Silver, eran las estanterías con libros y otras con tal vez cientos de miles de pequeños frascos y potes.

Había velas encendidas por todas partes y la mesa en la cual preparó la bebida estaba inundada de cuarzos y amatistas, hojas secas, papeles con anotaciones, un par de morteros, más frascos y en un gran cuenco, una piel de serpiente que alguna criatura dejó al hacer su muda.

—¿Qué es? —le pregunté y llevé el borde de la copa a mi nariz. Inspiré hondo, olía espantoso. Era una brebaje negro y más allá de su desagradable olor no tenía buena pinta—. Esto podrías usarlo para ahuyentar moscas o algo así. Huele espantoso.

—Sí, algo así.

—No lo beberé si no me dices que es.

—Un repelente.

—¿Repelente de qué?

—Intento protegerte.

—¿De alacranes, serpientes u osos?

—Bébelo—. Pasó por mi lado y llegó hasta la chimenea.

—No si no eres más claro.

—Es contra ciertos seres humanos.

—No necesito tomar un repelente contra seres humanos. ¿Qué ridiculez es esa? —posé el vaso sobre la mesa.

Silver agregó un leño al fuego y regresó a mí. Tomó el vaso de la mesa y me lo tendió una vez más.

—Bebe. Necesitas protección.

—Estoy bien, gracias.

—Claro que no lo estás.

—Silver te quiero pero cuando te pones así no...

—Lo vi entrando en tu casa ayer.

Sus palabras detuvieron lo que serían mis réplicas. Quedé boquiabierta. Sabía perfectamente bien de qué hablaba.

—Fui a tu casa llevarte unas piedras y lo vi entrando. ¿Entiendes lo que implica dejar entrar en tu casa a ese hombre? Juegas con fuego —hizo una pausa—. ¿No dirás nada? ¿Todo lo que obtendré de ti será silencio? Ese hombre es peligroso, muy peligroso; sobre todo para alguien como tú. ¿Acaso no mides las consecuencias de tus actos, no tienes miedo de lo que pueda sucederte?

—Vino a mí porque necesitaba de mi ayuda.

—¿Ahora a eso se le llama ayudar? Ese hombre no necesita de tu ayuda, solamente intenta embaucarte —colocó la copa en mi mano—. Bebe.

—¿Intentas alejarlo a él de mí con esto? ¿Y qué si yo quiero ayudarlo?

—Te usa. Su sed de poder no tiene límites. Su lugar aquí no le es suficiente, quiere más, siempre ha querido más. Ese hombre está ciego de poder. Jamás será feliz con lo que tiene, para él nunca será suficiente, ni su dinero, ni su poder, ni tú. Sobre todo tú.

—No pienso beber esto —solté la copa sobre la mesa.

—No es bueno para ti y lo sabes. No saldrá bien. Te pone en peligro inútilmente. Ya de por sí para nosotros es muy complicado, todavía más si te involucras con alguien como él. Ese hombre no cree en esto, no cree en nosotros.

—Intenta creer.

—No es suficiente y ¿sabes por qué?

Guardé silencio, sabía que se lo preguntase o no, lo diría de cualquier modo.

—Sus intenciones no son serias y no pasa más de la mera urgencia. Lo que nosotros tenemos no es cosa que deba ser utilizada y descartada sin más cuando ya no le encuentras utilidad. Esto es de por vida, es un “para siempre”. Él te descartará en cuanto no te necesite.

—Estás celoso —lo acusé y al instante me arrepentí. Vi el dolor en los

*ojos de Silver.*

*—No estoy celoso de él, no tengo intenciones de usarte. Él no me quita la parte de ti que yo amo y necesito. Lo que él tiene contigo no es nada comparado a lo que nos une. Es probable que él y muchos otros pasen por tú lado pero solamente yo permaneceré aquí y eso no me molesta. Al final tú lo veras, al final seremos nosotros dos. Y no te lo digo para luego regodearme, cuando suceda, con el típico “te lo dije”. Te lo digo ahora para que sepas que suceda lo que suceda, yo seguiré aquí para ti. Es así mi reina. Hay gente que de nuestras vidas va y viene, gente que jura amores eternos, gente que te dice que lo dará todo y luego simplemente desaparece. Eso no sucederá conmigo. Estaré allí para ti siempre, incluso cuando estés con otros, incluso cuando ya nadie confíe en ti.*

*Bajé la vista hasta la copa.*

*—No soy dueño de tu vida, mucho menos de tu destino pero ojalá bebieses de esa copa. Es que no quisiera tener que verte llorar o sufrir.*

*—No lloraré.*

*—¿Y sufrir? He visto demasiadas personas sufrir en silencio. Personas que cree que los demás no perciben lo que cargan dentro. No quiero ver tu sonrisa si lo que cargas es dolor —tomó mis manos—. Mírame a los ojos y dime que no dudas, que no tienes miedo, que crees en cada una de sus palabras.*

*Aparté la mirada de sus ojos grises. No podía hacerlo.*

*Silver no soltó mis manos.*

*—Ojalá, de todo corazón, esté equivocado, mi reina —me soltó—. Bien, como no puedo obligarte... —dio la media vuelta—. Iré a por las piedras que iba a entregarte ayer. Las tengo en el salón. Enseguida regreso.*

*Silver me dejó sola, cerrando la puerta tras su salida.*

*Quedé en silencio, con el fuego crepitando a mi derecha.*

*Le eché una mirada a la copa.*

*Quería creer en él.*

*Moví el brazo. Las yemas de mis dedos llegaron al borde de metal. Me*

*pregunté si mi duda era tan grande como para alejarlo de mí.*

*Quizás mi miedo pero no mi duda.*

*Hice algo que quizás no estuviese muy bien. Tomé la copa y caminé hasta la ventana más próxima. Extendí el brazo hacia fuera y derramé el contenido sobre la tierra.*

*Sabía que así, Silver se quedaría más tranquilo. No me agradaba la idea de engañarlo mas tampoco lo quería sufriendo por mi culpa.*

*Regresé la copa vacía a su sitio y esperé a su regreso.*

*Me retorcí los labios ansiosa.*

*Lo hecho, hecho está y no puede ser deshecho. Lo hecho, hecho está y no puede ser deshecho —canturreé dentro de mi cabeza.*

*No podía volver a llenar la copa y no tenía coraje para admitir lo que acaba de hacer.*

*La puerta se abrió y Silver reapareció.*

*—Aquí están tus piedras, mi reina—. Avanzó hasta mí rodeando la mesa. Se detuvo. Fue a decir algo y entonces vio la copa vacía y el silencio inundó su boca. No sonrió, su rostro tampoco se ensombreció, simplemente se quedó allí viendo aquel objeto. Pasados unos segundos alzó sus ojos otra vez hacia mí.*

*Me extrañó no distinguir nada en su mirada, no captar nada en su energía. ¿Estaba más tranquilo, satisfecho? ¿Sabía que había arrojado la bebida por la ventana?*

*No pude preguntárselo.*

*Silver interpuso entre nuestros cuerpos una bolsa de tela.*

*—Conseguí para ti un pequeño tesoro.*

*—¿Qué es? —entoné intentando sonreírle si bien me sentía horrorosamente triste. Tenía ganas de llorar, ganas de abrazarlo. No quería despedirme de él y una suerte de pellizco dentro de mi corazón me decía que este era el comienzo de la despedida.*

*Silver metió una de sus manos dentro de la bolsa.*

—¿No es una belleza? —una pieza alargada y delgada, de una piedra entre blancuzca y transparente apareció en escena. Parecía un trozo muy delicado de hielo. Silver lo depositó en mi mano derecha; no era glacial sino suave, mágico—. Tiene grandes poderes.

—Es preciosa.

—Me alegra que te guste.

—Debió costarte...

—Eso no importa —tendió la bolsa de tela en mi dirección—. Hay otras cosas bellas dentro pero bueno, esa es la más importante. Dicen que esta piedra aporta claridad mental dispensando emociones erráticas y potenciando el buen juicio y la razón.

—¿Qué debo entender de lo que acabas de decir?

Silver recuperó su sonrisa quizás contagiado por la mía.

—Dicen que esta piedra tiene la propiedad de dar armonía, paz y seguridad. Por eso quería dártela.

Mis dedos abrazaron el trozo de luz estriado.

—Gracias, Silver.

—De nada, reina —una vez más le echó un vistazo a la copa.

Mis manos comenzaron a arder, mis pies ya estaban en llamas. El olor del humo que llegaba a mí no era el de la chimenea a mi espalda sino el del fuego debajo de mí. Grité de dolor y desesperación y no hice más que tragar todavía más humo. Mis tripas se retorcieron. El dolor era tanto. Tironeé y fue para peor. Escuché otros gritos y mis propios gritos y solamente me restó rogar porque esto terminase pronto. ¿Por qué tanto dolor?

Mis lágrimas eran muchas, producidas por un corazón partido; no así suficientes para apagar el fuego. Supuse que porque este amor desgarrado en realidad no era tan real cuanto yo creí, por eso no servían para apagar el fuego.

Estaba sola. Sola frente al fuego quemándome viva.

Sobresaltada abrí los ojos.

Di de frente con Silver parado junto a la cama viéndome.

Azrael se escapó de mis brazos y de un único brinco llegó a la puerta que ahora estaba abierta de par en par y salió corriendo por el corredor.

Sentía mi cabello empapado en sudor, mis mejillas en lágrimas, mis piernas entumecidas de tanto dolor, hinchadas y con la piel tensa y ardiendo.

Silver se echó de rodillas al costado de la cama, una de sus manos se movió hasta mí. No entendí que hacía al pasar los dedos sobre mi labio inferior por debajo de mi nariz, hasta que apartando sus dedos, me enseñó la mancha negra que mi piel acababa de imprimir en la suya. Parecía hollín.

Desesperada me pasé una mano por el mismo lugar. Espantada comprobé que tenía esa parte del rostro tiznada de hollín como si hubiese estado respirando humo.

¡Humo!

En pánico me senté sobre el borde de la cama y lo miré.

—Dime fuiste tú quien hizo esto.

Silver negó con la cabeza.

—Vine porque gritabas dentro de mi cabeza.

—¿Qué?

—Atendía a un cliente y te escuché gritar pero no con mis oídos, dentro de mi cabeza —jadeó—. Sufrías —se acomodó sobre el borde de la cama—. Ese maldito fuego, Agatha. Le abriste la puerta —pasó su pulgar sobre mi labio. Algo más de negro tizne salió de mi piel—. ¿Soñabas que ardías otra vez?

—Sí.

—Esto no es normal.

Ni falta que hacía que lo dijese, sus dedos y mis dedos manchados ya lo pregonaban a los gritos.

—No debiste tatuarte.

—Un tatuaje no hace la menor diferencia. Esto no tiene nada que ver con el tatuaje.

—Que eso lo diga un ignorante como Owen es una cosa, que lo pronuncies tú, es muy distinto. Le abres la puerta a algo que deberías mantener lejos de ti —hizo una pausa—. Se sale de control.

—No por culpa del tatuaje.

—Tendría que ir a su estudio a partirle la cara. La cara y todos los huesos.

—No exageres. Además él no pretendía hacer ningún daño. No lo entiende y dudo que un tatuaje haga la menor diferencia. No tiene que ver con Owen ni con el tatuaje, esto empezó la noche del jueves para el viernes.

—Sí. Lo sé. Recuérdame... ¿cuándo fue que concretaste el turno con ese imbécil?

—Es suficiente —a pesar de los dolores, salté de la cama.

—No me dirás cuando es suficiente. Si quiero cuidar de ti lo haré, te guste o no. Alguien tiene que protegerte de todo lo malo que te rodea.

Y así con sus palabras, recordé lo que soñaba antes de caer en el fuego.

—También soñé contigo.

Silver me observó con una ceja en alto.

—Estábamos en un lugar que no era tu sala. Tenía paredes y piso de piedra. Parecía el interior de un castillo. Había una chimenea encendida por detrás de mí, olía a madera y a resina. Estabas frente a tu mesa de trabajo preparando un brebaje.

Silver se dio la media vuelta y sin siquiera pestañear se largó de la habitación.

—¡Silver! ¡Silver! —corrí tras él—. ¿No te interesa escuchar de qué iba el sueño que tuve contigo?— giró por el corredor a la derecha para salir al amplio espacio cuya pared de cristal daba a la piscina exterior—. ¡Silver, detente!

En vez de hacerme caso lo vi manotear algo de encima de una de las mesas de apoyo.

—Estabas allí y querías que bebiese un líquido que olía espantoso.

Silver se dio la vuelta en un movimiento tan brusco que mis pies descalzos al frenar en el suelo de mármol blanco, resbalaron. Me lo llevé por

delante. Sus reflejos funcionaron mejor que los míos: me atajó contra su pecho abrazándome. Nos miramos por un par de segundos. Imaginé que me soltaría, no lo hizo.

—¿Olía espantoso pero a qué tenía sabor?

Cómo contestarle si no lo había probado.

Ahora, como en el sueño, no tuve coraje de contarle la verdad.

—No lo recuerdo. Decías que era para protegerme.

—¿Y te protegía? Supongo que no porque despertaste con hollín debajo de la nariz. Fuiste a parar al fuego una vez más —entonó en voz muy baja.

Asentí apenas moviendo la cabeza de arriba abajo.

—No sirvió de mucho —susurró sobre mis labios.

Vi sus ojos fríos como la plata arder tanto como el fuego.

—No cometeré el mismo error que en tu sueño. Aquí y ahora te protegeré.

—Silver escúchame, no es tu responsabilidad.

—Lo será por siempre.

Eso también sonó como en el sueño.

—Silver...

—Se sale de control y no lo permitiré —me soltó.

Vi que lo que cargaba en su puño eran las llaves del auto.

—¿Dónde crees que vas?

—A detener esto antes de empeore.

—Golpear a Owen no lo solucionará. En verdad crees que eso hará que deje de tener sueños, que no vuelva a despertar con hollín debajo de la nariz igual que si hubiese estado inhalando humo.

—Tengo que protegerte.

—Tu idea de protegerme es detener lo que sea que sucede y yo lo que necesito es comprender lo que sucede, no detenerlo —tomé el puño en el que

Silver sostenía las llaves. Hice un primer intento de quitárselas; no las solté —. Si quieres hacer algo por mí, ayúdame a comprenderlo. No me quedaré tranquila simplemente ignorándolo o acabándolo. Si esto está sucediéndome por una razón será. Si no conozco la razón, si no aprendo es probable que como bien dijiste, incurra en el mismo error una y otra vez.

—Tu error es confiar en ellos.

—El error sería desconfiar sin tener un motivo.

Silver volvió a alzar sus dedos tiznados.

—Sueño con fuego desde que tengo uso de razón, Silver. No te conocía a ti ni a Owen —hice un segundo intento de quitarle las llaves y él continuó sin ceder—. Esto no está haciéndolo Owen, esto es algo que estoy haciéndome a mí misma y necesito averiguar por qué. Mis sueños ya no son lo que eran y dudo vuelvan a serlo nunca.

—Esos sueños llegan para advertirte.

—¿Según tú de qué me advierten?

—De mantenerte lejos de los que no son como nosotros.

—Lamento hacerte pasar por esto.

—Yo no lamento tenerte aquí contigo, es sólo que quisiera que fuese por otros motivos.

—Como tantas veces dijiste, lo nuestro es distinto—. Hasta en los sueños lo había repetido.

—Lo es.

Lo intenté una vez más. Silver me permitió apartar dos de sus dedos.

—Necesito descubrir la verdad, todas las verdades.

Silver me permitió apartar otros dos dedos. Le quité las llaves de la mano.

Su mano ahora vacía llegó a mi mejilla para acariciar mi piel. El olor a madera que siempre iba con él, entró delicadamente por mi nariz.

Las yemas de sus dedos bajaron despacio por mi cuello.

—Ojalá en tus sueños recordases otros momentos conmigo donde éramos solamente nosotros dos y no teníamos de qué temer. Ojalá pudieses recordar

el modo en que se sentía entonces. Te di todo mi amor y tú me dabas suficiente. Era el paraíso. Eras mi reina y no necesitaba nada más que a ti — sus labios se aproximaron a mi boca, también su pulgar para acariciar mi labio superior.

No olvidaba las cosas que había vivido con él. Sería un poco difícil borrarlas de mi cerebro, de mi piel. Para bien o para mal cada persona que pasa por tu vida deja una marca, y la impresa por Silver en mí, sería muy, muy difícil de borrar.

Sus labios tocaron los míos.

No estaba segura de no querer besarlo, tampoco de querer hacerlo, simplemente deseaba averiguar como se sentiría volver a aquello. Con mi cabeza no sabiendo si soñaba o qué, cerré los ojos e inspiré hondo.

Su mano trepó una vez más por mi cuello hasta perderse en mi nuca, en mi larga melena de un dorado casi blanco. Su otra mano rodeó mi cintura para atraerme hacia él. Más de una vez habíamos tenido sexo en esta misma sala, afuera en la piscina, en el comedor...

*—Creo que llevo un par de minutos sin decirte que te amo —articuló su voz provocándome cosquillas en el oído derecho. Sus brazos apretaron mi pecho para pegar mi espalda al suyo. Su pierna izquierda atrapó las mías—. El mundo sería tan distinto si hubiese más gente como tú. Ciertamente mucho más bello y más justo. Si las personas viesan el mundo con tus ojos... con esos ojos no es tan difícil encontrar magia en cualquier rincón, incluso en el menos esperado. Por esos ojos yo la encontré en mí. Este hombre descreído que no veía belleza por ninguna parte, ahora no para de toparse con cosas increíbles a cada paso que da —su mano izquierda trepó por mi brazo hasta llegar a mi hombro—. Aquí hay un ejemplo. Tu piel... Antes de ti creí que lo perfecto era eso mismo, perfecto, ahora entiendo que lo perfecto es lo que está repleto de imperfecciones, lo que está lleno de detalles que lo hacen único.*

*—¿Insultas mi piel? —reí.*

*—Insulto lo que era antes de ti. Tu piel es maravillosa, es parte de ti, es un mapa de tu vida y todo lo que has vivido. Y todo lo que has vivido te hace la mujer que eres hoy, y yo te amo por eso. Como podría querer cambiar ni*

*el más mínimo detalle de lo que te hizo ser quien eres. ¿Te arrepientes de algo?*

*—No —contesté y él besó mi hombro—. Bueno, quizás sí, debí haberme atrevido a hablarte antes para decirte que cada vez que te paseabas frente a mí todo mi ser te llamaba a gritos reclamándote. Incluso cuando te veía de refilón, captando apenas trozos de ti, mi cerebro paraba de funcionar. Y si mi mirada se cruzaba con la tuya por una mísera fracción de tiempo en el universo, chispas saltaban de mi corazón. ¿Alguna vez te dije que la primera vez que te vi, el día que llegaste fue como si encontrase mi lugar en el mundo?*

*—¿Este lugar se convirtió en tu lugar en el mundo entonces?*

*—No, tú te convertiste en mi lugar en el mundo.*

*Él rio suave sobre la piel de mi cadera por la cual bajaba marcando un camino de besos tan lleno de vida como debía estar el mar de estrellas en el cielo.*

*Su cabeza estaba completamente escondida debajo de las sábanas.*

*—Quiero ser todo lo que necesites que sea. Todo eso y mucho más —entonó desde su escondite.*

*—Lo eres.*

*—¿Puedo ser además quién te da placer?*

*—Acabas de darme mucho placer.*

*—¿Un poco más? —sus manos empujaron mis piernas para que le hiciesen espacio y mis caderas hasta que estuvieron en paralelo a la cama.*

*Todavía no me hacía nada y yo ya comenzaba a temblar de gusto.*

*—¿Puedo?*

*—Sí —jadeé—. También sabes hacer magia.*

*—Aprendí de la mejor maestra —entonó sonriendo. Podía notar la sonrisa en su voz.*

*Su respiración caliente llegó a mí. Se me puso la piel de gallina. Creí que caería directo sobre mí con su boca; eso mismo necesitaba, en vez de eso pasó su mano por debajo de mi rodilla izquierda y al atrajo hacia él para*

*besar el interior de mi muslo.*

*—El camino es uno solo —comentó entre beso y beso —la diferencia reside en el modo en que lo transitas. Me gusta disfrutar cada paso. Cada paso es una aventura —sus labios volvieron a mi piel para continuar su ascenso.*

*—Sí, todos aquí saben que tienes fama de aventurero. No temes arriesgarte. Dicen que te gusta enfrentarte a lo desconocido. Cuéntame alguna de tus hazañas.*

*Interrumpió sus besos para reír sobre mi piel.*

*—Una vez caí en el territorio de una mujer poderosa, una mujer dueña de muchos secretos, una mujer mística de una belleza inigualable. Una firme contendiente a mi valentía.*

*—¿Ah sí? ¿Quién era esa mujer?*

*Dio un último beso en lo más alto de mis muslo y antes de contestar su lengua barrió un par de centímetros de mi piel. Mis piernas se tensaron y mi espalda se curvó. Sus palabras, su cercanía me tenían al borde del delirio. Mi interior palpitaba por él, hacía nada más un par de minutos su cuerpo había estado dentro de mí, llenándome, invadiéndome de gusto y ahora ya lo necesitaba otra vez. Alcé los brazos y me tapé la cara mordiéndome los labios para no gritar. Sabía que no debía hacer ruido, que debía ser cuidadosa.*

*—Creo que la conoces bien —su aliento caliente apareció otra vez sobre mí—. Es una mujer tentadora, una mujer vibrante que desborda energía, una mujer cuyo mero recuerdo, cuando estoy en soledad, me pone duro, me hace perder la cabeza. Y cuando estoy con ella... cuando estoy con ella desearía poder hacer algo para no tener que perderla de vista ni un segundo. Quisiera adueñarme de cada centímetro de su cuerpo, hacerlo mío, beber de él, morir en él sin importar si es el Cielo o el Infierno lo que me depara.*

*Su boca llegó a mí en una caricia, un delicado beso que succionó todo el aire de mis pulmones.*

*—¿Es esta la fuente de tu magia?*

*No me dio tiempo a contestarle, su boca bajó a mí otra vez y su lengua entró en acción para moverse suavemente sobre mí. Impensado que un tacto*

*tan suave tuviese el poder de ser el disparador de tanto placer.*

*Quise pronunciar su nombre pero éste no llegó a mis labios porque su lengua bajó hasta la entrada de mi vagina arrastrándome por un camino mucho más excitante que el de la magia, el camino de la realidad entre dos personas que se encuentran de un modo tan único y especial que el haberse conocido tiene gusto al resultado de fuerzas supremas.*

*En ese momento no me quedó más que convencerme que todo en mi vida había sido guiado para llegar aquí, a este momento con él.*

*Su lengua me rodeó humedeciéndome más de lo que me humedecían las reacciones de mi propio cuerpo al cual no pensaba ponerle límite. Toda vez con él era un regalo, y como sabía muy bien que lo nuestro era en extremo complicado, por eso le sacaba a cada encuentro, la mayor cantidad de buenos recuerdos posibles. Si él pensaba que era el único que se excitaba y deleitaba con los recuerdos, se equivocaba. Los recuerdos de él, los nuestros juntos me atacaban a veces en los lugares más impensados, ni hablar de lo que me sucedía cuando lo veía entre la gente luciendo tan fuerte, tan poderoso, tan respetado.*

*Él era todo eso y mucho más, y ahora lo tenía aquí con su cabeza entre mis piernas dándome placer. Haciéndome suya con su boca de un modo increíble.*

*Los cortos meneos de su lengua comenzaron a provocar estremecimientos en el resto de mi cuerpo. Iba a arrancarme mi magia con su lengua. Tiré de la almohada de debajo de mi cabeza y me tapé la boca. No estaba dispuesto a ser piadoso conmigo y se lo agradecí.*

*Bajó otra vez y convirtió mi interior en un mundo de fuego. Me tenía completamente en sus manos.*

*Alce las caderas para demandarle más, me moví buscando poner su lengua donde la necesitaba, si bien eso era imposible porque la necesitaba por todos lados, dentro y fuera de mi, dulce y con suaves lamidas.*

*Jadeé y mordí la almohada. Quería gritar. Mi cuerpo estaba a punto de hacerse pedazos de tanto placer. Cuando mi piel se rasgase echaría chispas y lo quemaría.*

*Su boca me abandonó para colocar el peso de su cuerpo sobre mí.*

*Las yemas de dos de sus dedos hicieron lo que había estado haciendo su lengua y luego bajaron hasta entrar en mí.*

*Mi cuerpo los recibió gustoso. Toda su palma caliente sobre mí era una locura, una mucho más deliciosa que esa de las que muchos me acusaban.*

*Se movió dentro de mí buscando el punto exacto, buscándome allí dónde él estaba.*

*Con su otra mano quitó la mía de encima de la almohada que cubría mi rostro, arrastrándola para descubrirme. Mordió mi mentón y con sus labios llenos de mí, besó mi boca. Otro de sus dedos me penetró y entonces comenzó a moverse hacia fuera y hacia dentro.*

*—Quiero escucharlo. No me prives del resultado del hechizo. Quiero escucharte gritar por mí.*

*El movimiento de su mano tomó todavía más brío. De cualquier modo nada de lo que hacía me era suficiente, necesitaba su pene en mí, entrando saliendo con fuerza.*

*Su mano tomó mi pecho para prenderse de mi carne. Sus dedos deshicieron la forma de mi carne para darle una nueva. Tiró de mí hasta que mi pezón quedó entre dos de sus dedos para retorcerlo en una mezcla de placer y dolor.*

*Si él quería mis gritos, tendría mis gritos.*

*Todo lo que él hacía provocaba sensaciones incontenibles, apreté los ojos y gruñí, jadeé llamándolo.*

*Decidido a darme el orgasmo de mi vida, su mano se movió sobre y dentro de mí hasta que junté la energía suficiente para derribar las paredes que nos rodeaban, de un grito. Él continuó moviéndose un poco más, sacó sus dedos humedecidos en mí y así volvió a tocarme. Creí que me dejaría pero en vez de eso volvió a azotarme con su fuerza. Iba a levantarme para pedirle que parase pero su mano en mi pecho me apretó contra la cama otra vez. En realidad no quería que parara y no lo hizo.*

*Se me durmieron las piernas, el vientre y mi pecho fue invadido por un sin fin explosiones.*

*Todo salió por mi boca para entrar en la suya cuando volvió a besarme*

*para así liberarme del efecto de sus manos.*

*—Justa oponente —susurró dentro de mis labios y yo me reí—. Casi no puedo contigo. Tú sí que eres un fiero de cuidado.*

*—Estás loco.*

*—Lo dijiste. Soy un temerario —entonó y volvió a besarme con su lengua suave y delicada.*

La lengua que tocaba la mía ahora no era aquella, y si mi cuerpo estaba excitado no era causa de la cercanía del de Silver.

Despacio me aparté de él.

—Extrañaba esto —entonó todavía con los ojos cerrados y agradecí que no los abriese, en él, en su voz, en sus labios, en sus brazos esperaba encontrar a ese hombre que amaba cuando mi cerebro me llevaba a un lugar muy distinto a este.

Cerré los ojos en un intento de regresar a él y no resultó.

Me aparté de él llevándome las llaves conmigo.

—Veremos cómo resolver esto sin matarlo —entonó medio en broma medio en serio. Sus ojos de plata se fijaron en mí como balas.

—Owen no es responsable de esto.

—Lo dice alguien incapaz de pensar mal de nadie, una mujer que perdonaría cualquier cosa.

—No es así.

—¿Me perdonarías que no pudiese ayudarte a resolver lo que te sucede?

—No estás obligado a ayudarme, Silver. Entendería que quisieses dar un paso al costado.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué acabas de besarme sin querer y eso te haría sentir menos culpable?

—Cuando dices esas cosas...

—Digo la verdad y te conozco. Está bien, no pasa nada —se alejó de mí un par de pasos—. No me refería a no querer ayudarte sino a no poder hacer suficiente por ti. Está bien, reina, no te preocupes, yo sé esperar. Llevo mucho tiempo esperando y puedo esperar todavía más. Seguiré aquí cuando todos los demás se hayan ido.

*Sus palabras todavía no se diluían en el aire cuando me dio la espalda para alejarse. Su inmensa y moderna casa desapareció y entonces nos rodeó un bosque brumoso a lo que debía ser la luz de una mañana fría.*

*La tierra irradiaba sus últimos restos de calor y yo estaba calada de frío. La duda circulaba por mi sistema reemplazando la sangre. Tenía miedo y sentía como si caballos estuviesen tirando de mis extremidades en distintas direcciones.*

*Los pies de Silver avanzaban entre los remolinos de tela de su túnica negra. Mi único aliado, mi único ser de confianza, mi único par se alejada de mí, probablemente herido por mis actitudes, mi descuido y mi estupidez.*

*Más que nada en este mundo deseaba seguir sus pasos, su camino. Silver era mi seguridad, la comprensión de ese mundo al cual pertenecía y que apenas controlaba.*

*Mis pies un tanto más cobardes que el resto de mi cuerpo dieron un paso adelante pero entonces mi corazón tironeó hacia atrás, en la dirección opuesta del camino. Allí por detrás de mi espalda estaba el amor, lo desconocido, el riesgo, la aventura y una promesa de felicidad que solamente yo podía descubrir si era cierta o no. Allí atrás nada era seguro, allí atrás era yo sola contra todo.*

*Bien valía la pena el riesgo. Él lo valía todo, incluso el dolor y las cicatrices que pudiesen quedar para toda la eternidad porque un amor así no se da dos veces en la vida y es probable que no se repetiría nada igual ni en un millón de años.*

El bosque desapareció y Silver entró en la cocina.

Regresé a mi cuarto, el que Silver había puesto a mi disposición y metí dentro las pocas cosas que había sacado del bolso. Tendí al cama y regresé a la amplia sala de estar. De allí fui hasta al cocina. Allí estaba él, sentado a la mesa con una taza de té en las manos.

—Regresaré a casa.

Me miró en silencio.

Azrael llegó a mis pies y lo alcé.

—Pediré un taxi.

—No tienes que irte.

—No puedo quedarme contigo sin antes resolver esto —caminé hasta él. Silver dejó la taza sobre la mesa y se prendió de mi cintura. Acaricie su cabello plateado, y con un beso sobre la cúspide de una de las cabezas más impresionantes, de uno de los seres más magníficos que jamás tuviese oportunidad de conocer, me despedí de él.

Su mano izquierda atrapó mi muñeca derecha, sus dedos subieron por mi antebrazo alzando la manga de la camisa de gasa negra que llevaba puesta. A la luz del sol del atardecer, quedó el tatuaje que un día me había echo por él; una llave eso había sido él, la llave que me permitió abrir la puerta hacia mi vida.

Sus labios besaron la tinta.

Me soltó.

—No pidas un taxi. Yo te llevaré.

—Gracias.

—De nada, reina. Partimos cuando tú lo dispongas.

—Ahora estaría bien.

—Ahora será —se puso de pie.

Alcé la vista para mirarlo a los ojos. Ni rastro de enfado en su mirada y sin embargo debería estarlo.

Silver me llevó a casa. Antes de irse hizo una revisión general del lugar

como si temiese que hubiese alguien escondido en un rincón. Cuando estuvo satisfecho se retiró, no sin antes recordarme que podía regresar a su casa cuando quisiese y que lo llamara a cualquier hora del día si lo necesitaba.

El que tuviese un policía custodiándome no lo dejó del todo tranquilo y a decir verdad a mí tampoco me tranquilizaba, allí en su lugar había estado otro que ahora estaba muerto.

La noche se hizo dueña de todo, no de mi miedo.

Lo tenía decidido, a primera hora del día iría a enfrentar a Reed cara a cara. Esperaba que primero pudiendo resolver lo relativo a este mundo real, después tuviese más de calma para aclarar el resto.

Mis sueños se llenaron de él, de sus sonrisas de sus besos, de ver sus manos acariciando mi piel, de estar sobre la hierba abrazada a él, con los ojos cerrados, de su voz diciéndome una y otra vez lo mucho que me amaba, y cuanto había cambiado su vida. Él, agradeciéndome por permitirle entrar en mi vida, él viéndome recoger flores y hojas, piedras y agua. Él encendiendo fuego para mí, él semi escondido detrás de mi cama con piedras y cristales sobre su regazo, su rostro repleto de los brillos y reflejos de éstos.

A trozos se pasó mi noche con él, hasta que el tiempo decidido a poner todo en su lugar, regresó el fuego a mis pies y el humo a mis pulmones.

## 11. Creer sin ver.

—Todavía no puedo creer que pasaras la noche sola arriba —repitió Lidia por enésima vez desde que despidiera yo al último de mis clientes. Llevaba una mañana muy movida porque había intentado recuperar la mayoría de los turnos que tuve que cancelar al perder mis cartas—. Debiste llamarme.

—Tengo custodia.

—La tenías antes también.

—La reforzaron, el detective me llamó esta mañana muy temprano. El abogado de Silver le avisó que me encontraba en casa. Hay un oficial uniformado y otros de incognito por ahí. Estoy bien cuidada.

—Bien cuidada hubieses estado en casa de Silver. Tendrías que haberte quedado con él.

—No podía. Las cosas con él están complicadas.

Lidia me observó con las cejas en alto.

—Escúpelo.

Ignorando el dolor de cabeza que naciera por el esfuerzo de atender más personas de lo debido, procedí a contarle todo. Si hasta ahora no lo había hecho se debía solamente a que no surgió la ocasión, ambas llevábamos trabajando duro toda la mañana y sí tenía pensado contárselo pero la verdad era que prefería usar el par de horas que mantenía el local cerrado para almorzar, para efectuarle una visita a Patrick Reed. El detective esta mañana fue muy reacio a comentar nada sobre el caso y quería averiguar por mi cuenta si él tenía algo que ver o no, con todo lo que sucedía a mi alrededor.

Lo mejor que pude le expliqué lo sucedido. Lo que no me animé a contarle fue que en mi sueño le había hecho creer a Silver que había bebido ese brebaje que preparó con la intención de protegerme. Lidia a veces se iba un poco de lengua y prefería encontrar yo, un buen momento para hablar con él sobre eso, porque si bien era un sueño, tenía la impresión de que en algún punto era un reflejo de la realidad porque sentía que estaba faltando a su confianza, a sus esfuerzos por mantenerme segura.

—Bueno... si Silver supiese que mientras te besaba...

—No iba a decírselo, no podía.

—Ese hombre... ¿es Owen?

—No lo sé, no vi su rostro.

—A ver cuando lo llamas, que es otro que va sufriendo por los rincones por ti.

—No creo que sea nadie que conozca.

—Deberías invitar a Owen a almorzar. Dile que quieres enseñarle lo bien que quedó el tatuaje.

—Quizás lo vea más tarde.

—Ve ahora. ¿Para qué perder tiempo?

—Tengo que ir a otro lado ahora.

—¿Dónde?

—A sacarme una duda.

—¿Qué duda es esa? Sí que estás parca hoy. ¿Qué es lo que no quieres decirme?

—Iré a ver a Reed.

Lidia abrió los ojos de par en par.

—¿Y eso? Silver tiene razón, tienes que mantenerte alejada de ese hombre. Ya viste todo lo que te sucedió desde que él se cruzó en tu vida. ¿No tuviste suficiente? Por poco y te matan. ¿Piensas ir a enfrentarlo? ¡Desde ya que no! Sería suicidio.

—Está quedándose en un hotel, no me matará allí.

—Agatha es probable que ese hombre no necesite ensuciarse las manos jamás. Y si lo enfrentas y le dices que él podría ser el autor intelectual de todo, ni la casa de Silver podrá protegerte.

—No puedo quedarme de brazos cruzados.

—No vayas. No puedes. Es una locura. ¡Si vas iré contigo!

—No, eso no sucederá.

—Silver no estará de acuerdo con esto.

—¿Y crees que no lo sé? Tengo que hacerlo. Intentaré ayudar, se lo debo a Vorobiov.

—No le debes nada a nadie.

—Además si Reed no es responsable... él me pidió ayuda para encontrar al culpable.

—No puedes ir.

—Prométeme que no correrás a decírselo a Silver.

—Agatha, es una locura. Apártate de ese hombre; él puede cuidarse solo. Tú tienes suficiente con todo lo que te sucede.

—Voy por mi bolso. ¿Cierras al salir?

—Lo único que harás al verlo será terminar de convencerte que debes apartarte de él.

—Quizás.

—Insisto en que deberías ir a ver a Owen o regresar a casa de Silver.

—Lidia estaré bien. No necesito ni a Owen ni a Silver cuidando mis

espaldas, puedo con Reed.

—No, no puedes y por eso me preocupo tanto por ti. Ese hombre no te entiende y jamás lo hará. No es el hombre para ti. Siquiera Owen lo es. Puedes divertirte con él y seguro te divertirías mucho, pero bien sabes que el hombre para ti es, fue y siempre será Silver.

Me quedé con ganas de decirle que el hombre que tanto amaba en mis sueños, el hombre cuyo amor traspasaba la barrera de lo onírico hacia la realidad nada tenía que ver con Silver, mucho menos con Owen.

—Júrame que será la última vez que lo veas.

—No puedo hacer eso.

—Por favor, Agatha. Me tendrás en vilo hasta que regreses. Es una locura. Si no regresas aquí para las cuatro llamaré a la policía y diré que ese hombre te hizo daño.

—Te llamaré si se me hace tarde.

—Eres imposible.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Estaré bien, no te preocupes. Si no quieres venir en la tarde no vengas, no hay problema, no tengo citas y tampoco tengo cabeza para atender a nadie que no tenga turno. Tuve suficiente por un día.

—Eso no hará que me preocupe menos por ti, todo lo contrario. Intentas quitarme del medio y no me gusta —me apuntó con un dedo—. Si para las cuatro de la tarde no me llamas, pondré a toda la condenada policía de Miami sobre él, y le contaré a Silver donde fuiste. Él le echará encima las siete plagas de Egipto, ya verás.

Me reí.

—También te quiero. Vete a casa a descansar. Te llamaré más tarde —le di un beso en la mejilla y salí del local por la puerta que daba directo a la escalera que subía a mi hogar.

Cuando bajé ya cambiada, con un té en el estómago y una manzana en la mano, Lidia había partido y la tienda estaba cerrada.

Me pregunté si los policías que se encargaban de mi custodia, me

seguirían en automóvil.

Escaparme de quienes cuidaban de mí no me parecía lo más razonable; tampoco me parecía buena idea que a oídos del detective cayese el comentario de que había ido a visitar a Reed en su hotel.

Haciendo uso de todas aquellas cosas que aprendí de la vida siendo todavía Victoria, me escabullí de mi vigilancia. O al menos esa impresión me dio.

A un par de calles de mi apartamento me subí a un taxi y le pasé el nombre del hotel en el que se hospedaba Reed.

En el trayecto hacia mi destino espí un par de veces hacia atrás y en ningún momento me dio la impresión de que estuviesen siguiéndome. Con un poco de suerte, siquiera se darían cuenta de mi visita, y si lo hacían pues bien, al menos habría tenido la oportunidad de hablar claro con Reed.

El viaje hasta el hotel no era muy largo, si lo suficiente para ponerme ansiosa. Volver a tenerlo frente a mí suponía demasiadas cosas, ninguna demasiado buena. En resumen era meterme en un océano de problemas hasta el cuello.

El taxi se detuvo frente a la entrada, pague el viaje y salí del coche. Sin moverme de la acera saqué mi móvil y su tarjeta, y lo llamé a su número privado.

El recepcionista detrás del mostrador a los pies de las columnas que sostenían el techo en alero bajo del cual se detenían los automóviles que traían clientes, me sonrió, no así el hombre de seguridad que salió de detrás de una palmera. Aquí toda la gente iba elegantemente vestida, casi todos de colores claros, más que nada con muy poca ropa. Yo lucía como salida de otro planeta: falda negra hasta los pies, camisa de mangas largas del mismo color y mis botas favoritas.

La fachada blanca era luminosa así como la entrada de piedra.

Más allá de lo incómoda que pudiese sentirme, el lugar era bonito. Tenía un aspecto oriental, calmo y simple.

La línea repiqueteó tres veces.

—¿Agatha?

—¿También tiene mi número de móvil? ¿Y además agentado?

—Sí, bueno, quedamos en que te llamaría para que fuésemos juntos a mi casa y eso podía suceder en cualquier momento. Quería tener tu número a mano. Por desgracia todavía no puedo regresar en mi hogar.

—¿Está en el Setai?

—Sí, todavía me hospedo aquí.

—Está en el hotel ahora por lo que entiendo.

—Entiendes bien. Tuve dos reuniones esta mañana y pasé a darme una ducha y a cambiarme de ropa y si me da tiempo, almorzaré. ¿Por qué preguntas?

—Por que estoy en la entrada y necesito hablar con usted. No sé si está al tanto de las novedades.

—¿Qué novedades?

—Me atacaron en mi casa. ¿No lo sabía?

—No, no tenía idea. Mis abogados no me contaron nada. ¿En verdad estás aquí?

—Sí.

—¿Estás en la recepción?

—No, todavía no entro.

—Pues bien, entras y sigues derecho hasta las puertas de cristal al fondo. Al otro lado de éstas se encuentra uno de los bares. Escoge una mesa y avisa que te reunirás conmigo, así en cuanto termine de vestirme te encontraré.

—Quizás podríamos ir a otro lugar menos...

—Es un lugar es precioso, ya lo verás, además aquí tienen muy buen servicio.

—No es una reunión social.

—No tengo tiempo para salir a ningún lado, Agatha. Espérame allí, en cinco minutos bajo.

Apreté los dientes.

—Ok, lo veo en el bar.

—Perfecto. Allí te veo en un momento.

Reed colgó y yo guardé el móvil dentro de mi bolso.

Avancé hasta la tarima detrás de la cual estaba el recepcionista. Creí que me detendría pero en vez de eso me sonrió todavía más.

—Me encontraré con una persona en el bar.

—Sí, claro, que tenga muy buena tarde, adelante y bienvenida.

Le agradecí y avancé por el corto hall recubierto en su totalidad de piedra negra.

La decoración del interior del hotel era muy simple: paredes de amplios paneles de madera, otras de piedra, alfombras rústicas y sillones de colores terrosos. El espacio se abría hacia ambos lados. A un lado la recepción propiamente dicha y al otro un espacio con mesas y sillas. Había un par de tiendas de ropa.

Lo remarcable del lugar era su calma, su elegante sencillez, lo natural de todos los elementos que decoraban con pequeños detalles, el lugar.

Mi objetivo era el fondo del espacio, las puertas de cristal detrás de las cuales se adivinaba un verdadero paraíso.

Esquivé la mesa de centro engalanada con un gigantesco ramo de flores naranjas y llegué a la puerta que alguien abrió para mí.

Al otro lado había amplios reservados entre caminos de agua a la sombra de altísimas pérgolas de madera.

Vi estatuas del mismo material que las paredes del interior de la entrada, vasijas de un marrón cobrizo. Aquí fluía el gris, la madera y un ambiente zen.

Había un par de clientes por ahí repartidos y sonaba música muy suave.

Una mujer llegó a atenderme.

—Buenas tardes, bienvenida.

—Buenas tarde. Estoy esperando a alguien. Me encontraré con el señor Reed, me pidió que...

—Pues si verá al señor Reed la llevaré a su reservado. Si gusta

acompañarme...

—Sí, claro —solté. Tampoco había razón para negarme.

La mujer me guió hasta uno de los cuadrados que debajo de un trozo de pérgola, se internaba entre uno los caminos de agua.

Todo el borde interior del reservado era un sillón gris de tela satinada con un respaldo acolchado en forma de tubo. Había almohadones por doquier.

El suelo del espacio era claro y la mesa de alguna fibra natural protegida por un cristal. Sobre la mesa, una naranja encima de un soporte cuadrado de cuatro patas.

Este no era un lugar para discutir de lo que Reed y yo teníamos que resolver.

—¿Puedo traerle algo de beber o prefiere ver la carta primero? Disponemos de una amplia selección de bebidas con y sin alcohol.

—Creo que esperaré al señor Reed.

—Sí, claro. Como guste. Le traeré un vaso de agua mientras tanto.

La mujer hizo una especie de reverencia y salió del reservado el cual era lo suficientemente amplio para albergar una docena de personas. Al salir del espacio cerró el angosto pasaje con un cordón gris.

Aquí no entraría nadie más que Patrick Reed.

Por eso era su reservado —me dije.

Sola y un tanto nerviosa, eché un vistazo a mi alrededor. Noté un par de miradas sobre mí.

Procuré ignorarlas y centré mi atención en la solitaria naranja sobre la mesa.

No habían pasado ni dos minutos cuando una camarera apareció cargando sobre una bandeja de madera muy oscura, un vaso con agua. No era cualquier vaso, ni cualquier agua; lo que puso sobre la mesa era un despliegue de cristal, hielo, agua, y por lo que me pareció, menta picada, gajos de limón con cascara, *lemongrass* y alguna otra cosa más, que no conseguí reconocer.

Le di las gracias y ella se retiró para encerrarme en el reservado una vez más.

La música pasó de un sonido ambiente muy relajado a un tema que invitaba a conversaciones más privadas o quizás a situaciones menos públicas.

En mi cabeza me repetí un par de veces que este no era el sitio correcto para encarar a Patrick Reed sobre su posible responsabilidad en lo que le sucedió a Vorobiov y en el ataque del que fui víctima.

Al espacio de reservados al otro lado del camino de agua, llegó una pareja y ni bien se sentaron se pegaron el uno al otro encajándose en la esquina del cuadrado entre los almohadones, venían seguidos de una camarera que cargaba una bandeja con un balde del cual asomaba una botella de champagne y dos copas.

No es el lugar correcto, no es el lugar correcto —las palabras se escaparon por entre mis labios. Me moría de sed y de calor pero me dio vergüenza beber del agua, después de todo tenía pensado levantarme de mi asiento en este mismo instante para largarme de aquí.

Con tristeza le eché una mirada al vaso de fresco aspecto y me puse de pie. Me incliné para recoger mi bolso y en cuanto alcé la cabeza lo vi aparecer por las puertas de cristal.

Mis rodillas quedaron a medio camino de estirarse. Y así, en la posición más ridícula permanecí observando su avance en dirección a la barra.

Iba de traje claro, de un tono entre marrón y gris que quedaba perfecto con el bronceado de su piel, con el color claro y neutro de su camisa y con sus ojos.

En mi vida había visto a un hombre moverse así, cada paso que daba parecía cuidadosamente estudiado, premeditado para causar un efecto particular, ¿qué efecto?

Giré la cabeza hacia mi derecha y vi que la chica que había llegado con su pareja lo observaba a él con la copa en alto.

A la recepcionista le faltaba babear y una de las camareras que se alejó con la bandeja repleta de copas y tragos, se quedó observándolo con total descaro.

No era difícil comprender las razones del encandilamiento que causaba en la gente. Así, en este ambiente se parecía más al hombre que conocí en el

Mystical. A Reed le sobraba confianza en sí mismo, y seguro tenía muy claro que había alcanzado una posición en que por más que fuese un mortal más, la gente que te rodea no te ve como un simple ser humano sino más bien como un dios terrenal.

Dos hombres que venían de frente, del otro extremo de esta suerte de jardín, se detuvieron para saludarlo, eran hombres jóvenes de aspecto muy elegante también. Con él intercambiaron apretones de manos y unos cuantos gestos ostentosos como si estuviesen felices y orgullosos de tener la oportunidad de saludarlo.

Los vi cruzar un par de palabras y unos segundos más tarde partieron.

Reed regresó su atención a la barra.

La recepcionista se le acercó y demasiado cerca de su cuello le dijo algo. Apuntó en mi dirección y a mí me dieron ganas de tirarme debajo de la mesa para esconderme.

Reed no me dio tiempo a escabullirme, giró la cabeza, me miró y sonrió.

Y yo todavía en esta posición ridícula.

¿Desde cuando reaccionaba así con los hombres?

Me enderecé bajo su atenta mirada; la chica del bar le hablaba sin embargo él continuaba con sus ojos en mí. Su sonrisa era un espectáculo, su boca y esa barba salpicada de canas algo realmente tóxico; sería más sano morir en la hoguera que morir de él.

Mentalmente le rogué que apartase la mirada. Esto era absolutamente ridículo. ¿Qué hacía, Reed, qué esperaba sacar de esto?

Bajó la vista hacia el bolso que estrujaba entre mis manos y al instante sus ojos, con las cejas en alto, y sin perder al sonrisa, subieron otra vez hasta los míos.

—Yo... —entoné en voz alta si bien no podía oírme desde donde se encontraba. Con un dedo apunté en dirección a la puerta y él negó con la cabeza.

Reparé que al otro lado de la barra justo frente a él, había movimiento otra vez.

La empleada le pasó a Reed un balde de cristal, dentro había una botella de champagne. Le tendió dos copas.

Reed tomó el balde por el borde y sujetó las dos copas con la otra mano para comenzar a moverse en mi dirección.

¿Acaso este hombre no necesitaba parpadear? Esos ojos de tigre eran demasiado para mí. Siquiera Silver que tenía una mirada de lo más potente, podía conseguir nada semejante.

Reed podía tener mucha oscuridad dentro y sin duda aquella oscuridad era fuerte, una fuente de energía inagotable.

No dejaba de mirarme y yo tampoco podía apartar mis ojos de él, y quería salir corriendo, deshacerme de esta sensación, recuperar mi sentido común y hablarle de aquello que tenía planeado discutir con él. Entre el miedo y las sospechas que despertaban en mí su persona, había algo más, algo que lo aglutinaba todo así como los caminos de agua unían todo aquí afuera.

Andando tal si esta fuese su casa, Reed llegó hasta el acceso al privado.

—Hola —saludó deteniéndose al otro lado del cordón.

—Hola.

Otra vez con las cejas en alto y esos ojazos que no paraban de irradiar energía bajó la vista para señalarme el cordón.

—¿Me echas una mano aquí?

—Ah, sí, claro —con poca, por no decir ninguna elegancia, solté el bolso sobre el sillón y fui hasta él. Al acortar la distancia que nos separaba a dos pasos, me llegó su aroma, no olía a perfume mas si a jabón, quizás al champú que había utilizado para lavarse el cabello que todavía tenía húmedo. Trague en seco. Di los otros dos pasos. Iba a agacharme para apartar el cordón, Reed me detuvo.

—Sostenlas —me tendió las copas.

Lo miré. Las tomé. Su piel hizo contacto con la mía y entonces el mundo volvió a arder, ya no eran llamas subiendo por mis piernas o en mis manos, eran llamas altísimas, más altas que yo, más altas que él. Iluminaban su rostro, rugían furiosas y le otorgaban a todo, un lustre dorado maravilloso. Las llamas quemaban pero no dolían, no al menos de un modo desagradable.

Ojos de tigre y mi mano sobre la suya rodeando las copas. Olfateé el aroma del campo al amanecer, hierbas secándose, madera perfumada quemándose.

Lo mejor de todo fue que en su tacto, además de percibir su aura normal había una nueva sensación: un rayo de luz, esperanza quizás.

¿Si fuese quien ordenó la muerte de Vorobiov, si fuese el hombre que anoche podría haberse metido para espiarme y así luego enviar a sus posibles secuaces por mí, tendría esta calma, esta sensación tan pacífica y agradable dentro?

¿Me engañaba a mí misma?

Quizás supiese que en realidad había conseguido afectarme así como a muchas de las personas que nos rodeaban ahora.

Me costó creer que pudiese mirarme así a los ojos si en realidad me hubiese mandado matar.

Hay asesinos muy locos —me recordé y con un parpadeo alejé las llamas y todo lo demás. Llevándome las copas conmigo, aparté mi mano de encima de la de él.

—¿Todo bien? Quiero creer que no pensabas irte. Bueno ahora ya no puedes irte —se agachó y apartó el cordón.

Le hice espacio sin responder.

—No creo que lo que tenemos para hablar sea correcto discutirlo en... —tragué saliva —el champagne está de más.

—El champagne nunca está de más —contestó y colgó el cordón encerrándonos dentro de esta burbuja cuadrada virtual de la que me sentía imposibilitada de escapar.

—Es que todavía no almuerzo y...

—Recién ordené comida, tampoco yo, y si empiezo así, los dos acabaremos muy mal. Es que estoy muerto de sed —el punto final de sus palabras fue una sonrisa sexy—. Pasó por mi lado y avanzó hasta donde había estado sentada yo.

A las prisas, después de no poder reaccionar en un primer momento, fui

tras él.

—Señor Reed...

—¿Otra vez con eso? —dejó el balde de hielo sobre la mesa y tomó la botella por el cuello—. Soy Patrick—. Empezó a desenvolver la parte superior de la botella.

—Escuche, esto es serio.

—“Escucha”; te llamo Agatha y tú me llamas Patrick. No le quita seriedad.

—Pero sí distancia.

Reed alzó sus cejas otra vez, sonreía apretando los labios. Arrojó el trozo de envoltorio a un lado y fue por el armazón de alambre que mantenía el corcho en su sitio.

Coloqué las copas sobre la mesa.

—¿Quieres mantener la distancia? Eso será difícil.

—Señor Reed que me diría si le digo que creo que el otro día usted se metió en mi casa para espiarme, para después mandar al asesino a acabar conmigo al igual que lo hizo con Vorobiov.

Reed soltó una carcajada.

—Te diría que dejes de beber lo que has estado bebiendo para cambiarlo por una copa de champagne.

La botella sonó al ser descorchada.

—No es gracioso, señor Reed, estoy acusándolo de ser el autor intelectual de todo.

—Sí, lo entendí —sirvió champagne en las dos copas y me tendió una.

—Sería un desperdicio mandar asesinarte sin pasar un buen rato contigo antes.

—¿Habla en serio? —solté anonadada.

—Totalmente —chocó su copa contra la mía—. Salud.

—¿Estás loco o qué?

—Quizás sea un “o qué”. Gracias por no llamarme señor Reed —con su copa tocó la mía otra vez y bebió un largo trago. Con cara de placidez tomó asiento.

—Me parece que usted no debería beber ni un sorbo más. Es un asunto muy serio y usted sale con tonterías. ¿También maneja sus negocios así? ¿O es que está tan mal de la cabeza que no le importa que le diga que creo que quiere borrarne del mapa?

—Llamé a mi abogado antes de bajar —se inclinó hacia delante para apoyar sus codos en sus rodillas—. ¿En verdad crees que fui a tu casa a espirarte para luego asesinarte? Vamos Agatha. No tenía idea. Mi abogado es un imbécil. Si no lo despedí recién por no haberme contado lo que te sucedió fue porque en realidad es muy bueno en lo que hace. Espero poder cruzar unas cuantas palabras con el detective también. Se supone que deberían cuidar de ti. Eres la única testigo. La más directa al menos, tu amiga vio al asesino por un par de segundos por lo que entiendo —colocó la copa sobre la mesa y se echó hacia atrás para esta vez, apoyar sus codos sobre el almohadón en forma de tubo—. ¿Te acompañó tu custodia hasta aquí? Me extraña que te permitiesen venir. Saben que me hospedo aquí, y para ellos, al igual que para ti, todavía soy sospechoso.

—Me escapé de mi vigilancia —solté.

Patrick revoleó los ojos.

—No debiste hacerlo. Bueno, todavía no respondes a mi pregunta.

Lo miré.

—No sé qué pensar de usted.

—No soy tan estúpido para ir a espiarte y a continuación mandar matarte. Agatha a mi modo de ver, el asesino no necesita de planes tan burdos. Se metió en mi casa y desconectó las alarmas con un código privado que es casi imposible de *hackear*. Asesinó a un policía. Entiendo que lo viste.

Asentí con la cabeza.

—Lamento eso. También lamento mucho lo que te sucedió. Esto que sucede sobrepasa mi todo “o qué”, ¿lo entiendes? También tienes que entender que el detective sabrá que estuviste aquí conmigo; me vigilan. Los tengo siguiendo cada uno de mis pasos desde que me soltaron de la

comisaría. Cuando lo sepa tendrás más problemas todavía; no le agrado a ese hombre. Y tampoco creo que le haga mucha gracia que te escapases de sus oficiales. ¿Cómo lo hiciste? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No pienso decírselo.

—Imagino aprendiste el truco cuando todavía eras Victoria.

En vez de contestar alcé mi copa y bebí. El champagne estaba buenísimo, era el mejor que yo hubiese probado jamás.

—Ok, no contestarás. Muy bien, lo entiendo. ¿Qué haremos ahora?

—Todavía no estoy muy segura de creer en usted.

—¿Y eso por qué? Te juro por mi madre que no lo hice.

—No jure por su madre.

—¿Qué tengo que hacer para que creas en mí?

—No lo sé. Quizás usted no lo entienda... me molesta no poder ver nada más en usted que no sea esa...

—¿Esa qué?

—Esa oscuridad que carga.

—No manejo tus términos, ¿a qué te refieres con eso?

—A eso mismo, oscuridad.

—¿Soy malo? ¿Será porque tengo secretos? Todo el mundo los tiene, seguro también tú. No queda más remedio, Agatha, a veces hay que creer sin ver. Ya lo dijiste, la oscuridad no es tan mala, a veces no ves, simplemente tienes que creer en esa mano que se tiende en tu dirección en plena oscuridad y a veces no te queda más remedio que tenderla sin ver el rostro de aquel al que le das tu apoyo. No siempre sale bien, lo admito —hizo una pausa—. No estoy engañándote. No asesiné a Vorobiov y no quiero acabar con tu vida. Lo digo muy en serio, preferiría poder salir a cenar contigo al menos una vez antes de dejar de verte.

—Eso último estuvo de más.

—No comparto tu opinión —recogió su copa y la vació dentro de su garganta—. ¿No te sentarás? El almuerzo llegará en cualquier momento.

En silencio tomé asiento al otro lado de mi bolso, dejando éste entre ambos.

—De verdad que quieres mantener la distancia —murmuró por lo bajo inclinándose hacia delante para rellenar su copa.

Lo ignoré.

—¿Te lastimó?

Entendí que se refería al atacante.

—Me golpeó pero estoy bien.

—Si no te atendieron bien en el hospital puedo llevarte con mi médico. Es de confianza; me haré cargo de todos los gastos.

—No necesito ver a otro doctor y usted no tiene que pagar nada. De hecho —metí la mano dentro de mi bolso y saqué mi billetera. Sobre la mesa puse los mil dólares que había dejado en mi casa—. Esto es suyo.

Patrick manoteó el dinero, tomó mi mano derecha por la muñeca y lo puso dentro de mi puño sin pronunciar palabra.

Dos camareras nos interrumpieron llegando con demasiados y muy variados platos de comida.

—Guarda eso, no quiero volver a ver ese dinero —susurró sin perder el tono firme.

—Pero...

—No es soborno Agatha. No me fastidies y guárdalo que lo necesitas.

Dijo aquello en un tono tan familiar, entre dulce y resuelto que no pude replicar.

Las camareras desplegaron los platos sobre la mesa y una puso cubiertos para nosotros.

Reed les agradeció, yo tras él. Ellas partieron.

Reed había ordenado lo que parecía ser el menú completo.

—Bien, tenemos un poco de todo —soltó adelantándoseme—. Tenemos sopa de coco, lubina *tandori*, *dumplings* de vieiras, pato Pekín, quínoa con verduras y mi preferido... —acercó un plato que había quedado por detrás de

todo, hasta nosotros —patatas fritas —entonó lleno de felicidad.

Por supuesto que no era un plato de patatas fritas común y corriente, si hasta me daría pena desarmar la torre que el cocinero había montado con éstas.

—Conozco al Chef ejecutivo, por eso me las prepara. No están en el menú y él odia hacerlas. Dice que contamina su cocina cada vez que se las pido —tomó una y la pasó por la gran gota de una salsa roja que no tenía apariencia de ser ketchup. Se la llevó a la boca y masticó despacio.

Tenía una cara de placer tal que parecía estar devorando el plato más exquisito y succulento jamás creado por la humanidad.

Me hizo gracia y se me escapó una sonrisa.

—¿Qué? —me preguntó después de chuparse los dedos lo cual tuvo en mí el mismo efecto que verlo emerger del interior del hotel.

—¿Están buenas?

—¿Qué te parece?

Reí.

—Que sí.

—Pues lo están.

—¿Qué es eso?

—Salsa agridulce con un toque de picante—. Tomó una entre sus dedos y la pasó por la salsa—. Abre la boca —la acercó a mí con una mano por debajo de la patata para evitar chorrear salsa.

Quise tomarla para metérmela yo en la boca, no me lo permitió.

—No, abre la boca y cierra los ojos. Pica un poco pero te prometo que no tomaras fuego. Anda, confía en mí.

Este hombre definitivamente iba a meterme en más de un problema.

—No te daré veneno, es solamente comida, lo juro. Anda, se buena y abre la boca.

—¿Qué haces?

—Tú tienes tus trucos, yo los míos.

—No son trucos.

—¿Magia? —me guiñó un ojo—. También tengo la mía. No des más vueltas. Abre ya. Tarde o temprano teníamos que acortar la distancia.

—¿Feliz?

—No hasta que pruebes esto. Te juro que cuando la pruebes serás más feliz.

Lo miré. Vencida por sus ojos, por la situación, por su sonrisa y por su aroma, cerré los ojos y abrí la boca.

Patrick puso la patata sobre mi boca y la soltó. Me bastó masticar una vez para querer convertirme en asesina. La mordí una vez más y la tragué. Picaba como mil demonios.

—¡Patrick! —chillé rescatando mi copa de champagne para apagar el fuego en mi boca. Bebí todo de un sorbo y no sirvió de mucho—. ¡Mentiroso! —reí porque él reía; porque era simplemente imposible no acompañar con mi energía como reflejo, la que él despedía sobre mí en este momento. Se me saltaban lágrimas por los ojos—. Es fuego. Te odio, acabas de quemarme viva.

Rellenó mi copa de champagne.

—Te juro que es la primera impresión —soltó carcajeándose.

Le quité la copa de la mano y bebí.

—¿Primera impresión?

—Sí, las siguientes que comas no resultarán tan picantes. La salsa además de ser picante es muy sabrosa.

—No pienso meterme otra en la boca, además dudo que recupere la capacidad de paladear nada más.

—Exageras —rio.

—No debería volver a confiar en ti.

—Quizás no —se encogió de hombros—. Tranquila, lo demás no pica. Y nada, fue una tontería, solamente jugaba, si puedes confiar en mí. De verdad

haré lo que sea que me pidas para que entiendas que puedes confiar. Si tu amigo... Silver, quiere recibirme, si tú quieres hacerme lo que necesites para sacarme la verdad pues me someteré. No maté ni mandé asesinar a nadie y la verdad es que después de que me dijiste de tu ataque tengo muchas ganas de arreglar cuentas con ese desgraciado encapuchado.

—Tú no arreglarás cuentas con él, ese hombre está loco. Es un asesino con todas las de la ley, de esos tipo psicópatas. Un hombre que no tendría reparos en poner dentro de tu boca una patata frita embadurnada en salsa picante. Ya sabes —bebí un sorbo de champagne —ese tipo de hombre.

—Un peligro para la humanidad.

—En efecto.

Reed me guiñó un ojo y fue a por otra de sus patatas.

Muchos problemas —repetí una vez más dentro de mi cabeza sin poder apartar mi mirada de él.

Por un par de minutos nos dedicamos simplemente a disfrutar de que teníamos servido.

Patrick habló de la comida, de los condimentos que llevaban, de lo mucho que le gustaban todos los platillos que tuviese reminiscencias asiáticas y entonces la conversación derivó en sus experiencias. En su primer viaje solo, sin demasiados lujos, casi de mochilero, había recorrido gran parte de Asia enamorándose de sus costumbres, culturas y paisajes, su gente, de todo lo que vio.

Todavía no me queda muy claro cómo llegamos hasta allí pero terminó hablándome de sus libros favoritos, de un par de pinturas que tenía en su casa.

Lo que no me sorprendió fue que al rato, cuando los platos que compartíamos comenzaron a mermar en su contenido, y llegó la segunda botella de champagne, empezase a hablarme de su trabajo con una pasión arrolladora. Mencionó tantos proyectos, tantas nuevas tecnologías, tantos recursos que emplearía para tornar sus construcciones más amables con el medio ambiente que me perdí. De cualquier modo lo más importante no eran las palabras sino el modo en que las pronunciaba; a veces los discursos mejor escritos no calan en las personas ni la mitad de lo que entraron en mí sus

palabras ahora.

Más allá de las bromas, de los aspectos de su personalidad que no terminaban de agradarme y de todo aquello que sabía que escondía detrás de su oscuridad, resultaba imposible no sentirme a gusto con él. Llevaba demasiado tiempo sin sentirme bien y dispuesta a todo con alguien ajeno a mi entorno. Bueno, en realidad quizás ya había dejado de ser ajeno a mí. La distancia entre nosotros no era la misma que cuando llegó y sí, había aceptado confiar en él sin ver.

## 12. Hechizos.

La camarera retiró los últimos platos que quedaban sobre la mesa. Quedamos solos una vez más.

Patrick se reclinó sobre el almohadón y me miró.

—Es tu turno de hablar. ¿No te parece?

—¿Mi turno de hablar? ¿Qué quieres que te diga?

—Me gustaría que me hablaras sobre lo que sabes hacer. Tu magia, tus hechizos o como te guste llamarlo. Es algo que no entiendo y me gustaría comprender. ¿Tienes esto desde siempre?

—Sí, así es. Al principio no lo comprendía. Ha estado siempre en mí.

—¿Funciona como en las películas, con encantamientos y esas cosas?

—No sé qué películas ha visto pero sí, hay encantamientos y esas cosas.

—La verdad es que no muchas; solamente supongo que tengo la misma idea generalizada que tienen todos sobre las brujas y la magia. ¿Tienes un

libro de hechizos?

Asentí con la cabeza.

—Uno muy antiguo. Y aunque te parezca demasiado simplón, la mayoría de los hechizos que practico los tengo anotados en cuadernos. Gran parte de lo que hacemos se traspasa de uno a otro por el boca a boca. Puedes cargar esto sin embargo si no aprendes como controlarlo jamás lograrás emplearlo en nada que de verdaderos resultados.

—A ti te enseñó Silver, tu amigo.

—Sí.

—¿Solamente aprendiste de él?

—No conozco nadie que sepa más que él.

—¿Silver te dio ese libro?

—Sí, él me lo dio.

—¿Y de dónde lo sacó él?

—No creo que esta conversación nos lleve a ninguna parte.

—A mí sí me guía por un camino, soy neófito en esto. Tengo pasión por aprender y por intentar comprender lo que me es desconocido.

—Silver tiene una biblioteca muy nutrida e igualmente antigua. Como comprenderás, y eso sí es casi como en las películas, las brujas no son precisamente heroínas de la humanidad. Silver lleva toda su vida adulta esforzándose por captar toda fuente fidedigna de conocimiento. Lo que también es cierto, es que mucho de lo que hacemos es intuitivo. Algunos hechizos que funcionan para mí, no funcionan igual para Silver. Cada quién tiene su tipo de percepción y a eso hay que amoldar las técnicas —me detuve porque Patrick se había quedado viéndome sin parpadear—. ¿Qué?

—Es muy serio.

—Claro que lo es. No son trucos de feria, Patrick. Cargar con esto es tanto un don cuanto una pesadilla.

—¿Por qué es una pesadilla?

—No pedí lo que tengo y no puedo devolverlo ni aunque quisiera. No

siempre es agradable. No es fácil de comprender para quién nunca lo vivió, y usualmente no calza bien con la vida mundana. Mi vida es esto y un mundo paralelo que por lo general, es abrumador. Jamás tuve una vida normal, no sé lo que es eso, no sé lo que es no percibir la energía de las personas que te rondan. No tengo idea de cómo evitar ver ciertas cosas o cómo apagar mi cerebro para que no esté constantemente alerta a todo lo que me rodea. Imagino que alguien como yo hubiera vivido mejor en una época en la que la vida no era tan acelerada, una vida en un lugar más tranquilo, en...

—La vida para personas como tú no era buena cuando la gente tenía vidas más sencillas, cuando las ciudades eran más pequeñas. Hace doscientos años todavía cazaban a personas como tú.

—Sí, ya lo sé. Igual así.

—¿Tan malo se pone que incluso hubieses preferido aquello?

—No lo sé en realidad.

—Ahora la gente es más abierta a esas cosas, se acepta con mayor facilidad.

—A veces se toma demasiado a la ligera. Como te lo tomas tú, que crees que es solamente un modo de llegar al asesino, de descubrir quién está detrás de todo esto. Es así para demasiadas personas. Para mí es mi vida. Esto no se acaba ni se apaga cuando cierro el Mystical. Básicamente yo no dejo de trabajar nunca. Es un negocio abierto las veinticuatro horas.

—Tampoco dejo de trabajar siquiera cuando duermo. Sueño que voy a mis obras, que tengo reuniones de trabajo —comentó alegre como si quisiese darme ánimo.

No le dije que yo soñaba con encierro, torturas y fuego. Menos tenía pensado hablarle sobre aquel hombre que invadía mi mente de visiones cargadas de pasión y amor, del hombre sin rostro por el cual incluso en este momento, se disparaba mi corazón en busca de algún hechizo que pudiese traerlo a la vida junto a mí.

—Entiendo que no es lo mismo —acotó enseguida, leyendo mis facciones—. No pretendía desmerecer tu don. Tienes toda la razón, definitivamente es muy difícil de entender para quien no lo ha vivido. Por mi falta de comprensión no desmerezcas mi interés. La vida es lo desconocido, lo que

falta por experimentar, lo que hay para descubrir. Aburrido sería que lo supiésemos todo, que conociésemos cada secreto del universo. Mi error es haber creído que el universo tenía menos secretos de los que en realidad tiene —me sonrió y apartó su mirada de mí por una fracción de segundo—. Mi cerebro era un poco más pequeño antes de conocerte; al menos ahora tiene la oportunidad de crecer. Ahora que dejé a un lado el miedo...

—¿Miedo?

Patrick sonrió sin despegar los labios.

—Sí, miedo. No recuerdo con exactitud lo que sentí la primera vez que te vi, te lo digo, esa noche no era yo. Sé que en mi exabrupto había miedo también; lo había la noche del sábado cuando te acercaste a la puerta de mi casa y el día que fui a la tuya. Todavía te temía cuando pasé por esa puerta —apuntó con la cabeza la puerta de cristal que conectaba con el interior del hotel—. Queda un poco en mí y espero que pase pronto.

—Vamos por partes ¿sí? ¿Te doy miedo?

—Mucho.

—No bromees.

—No es broma. ¿Nunca estuviste frente a una persona que te da la sensación de que tiene la capacidad de leer cada uno de tus secretos, de tus sentimientos? ¿Nunca tuviste la impresión de estar frente a alguien capaz de verte tal cual eres, de ver lo que quizás siquiera tú ves en ti?

Sí, frente al hombre de mis visiones —le contesté dentro de mi cabeza.

—Pues eso, que a nadie le gusta quedar tan vulnerable, siquiera a los más fuertes porque incluso los más fuertes tienen puntos débiles, muy débiles. Una parte de mí quiere continuar aquí sentado frente a ti, la otra está deseando largarse desde que me senté.

—Despreocúpate, no puedo verlo todo.

Patrick rio suave.

—Seguro mientes para hacerme sentir menos incomodo. Imagino que siquiera ante tus clientes sueltas todas las verdades que ves sobre ellos.

—A veces, sin embargo no lo veo todo en ti. Te lo dije cuando te tiré las

cartas, veo oscuridad, hay enojo, culpa y un manojito de sentimientos tan denso que... Es difícil traspasar la barrera de tu cuerpo para llegar a lo que hay dentro.

—Yo no siento esas cosas.

—¿No?

—No. No cargo ira ni grandes culpas ni nada tan denso que pueda impedirte ver quien soy. No soy un santo, solamente una persona normal. Tengo una vida medianamente feliz, como cualquier otra y la verdad es que antes de esto mi vida era muy placentera. No tengo enemigos ni resentimientos, Agatha, siquiera con mi padre. A mi verdadero padre me refiero. Te lo digo, no soy el hombre del mejor temperamento del mundo pero tampoco llevo una fiera enjaulada. No reprimo nada horroroso, lo juro.

—¿Puedo pedirte que hagas algo por mí?

—Dime.

—Me tenderías tu palma derecha.

—¿Es para hacer lo que creo que harás?

—Usualmente a los hombres se les lee el futuro en la mano izquierda, el pasado en la derecha; muchas personas utilizan solamente la mano dominante de la persona para hacer la lectura pero yo tengo mis métodos.

—¿Podrás verlo todo?

—No lo sé. ¿De qué tienes miedo, de que te ponga yo a ti en la misma condición en que estoy yo frente a ti? Sabes que fui Victoria y lo que eso implica.

—Hiciste tonterías cuando eras adolescente, ¿quién no las cometió alguna vez?

—Muy amable de tu parte intentar minimizar los hechos.

—No eres más esa persona, ahora eres Agatha; yo no puedo dejar de ser Patrick, es lo único que siempre he sido. Allí reside la gran diferencia.

—Bien, no puedo obligarte ni lo haré —retrocedí un poco sobre el sillón. Patrick detuvo mi alejamiento tendiéndome sus dos puños cerrados.

—Con una condición. Me dirás todo lo que veas. Quiero sinceridad, no

un amable truco de feria.

Tragué saliva. Jamás decía toda la verdad; no es bueno que la gente sepa toda la verdad.

—Es a todo lo nada, así suele ser conmigo.

Cubriendo sus puños con mis palmas, junté sus manos y cerré los ojos.

—No tengo un alma, soy un alma, soy una fuerza de la naturaleza. Soy el símbolo del fuego y quiero ser libre para seguir mis sueños, para vivir mi vida a mi manera. Soy el espíritu libre que arde con pasión. Hermano fuego rodea mi vida con tu llama protectora y enséñame cómo caminar en mi luz para irradiar pasión y calidez. Que tu luz brille fuerte en mi sendero —abrí los ojos y lo encontré observándome con atención—. Lo que quieras que vea lo veré—. Acunando sus puños en mis palmas giré sus manos hacia arriba—. Muéstreme lo que quieras que vea, Patrick.

—¿Qué fue eso? —la voz le tembló.

—¿Mi oración?

—¿Tu oración?

Noté que tragaba con dificultad. Su cuello se ensanchó.

—¿Porqué el fuego? El fuego suele destruirlo todo. En realidad siempre lo destruye todo, lo consume incluso hasta no dejar nada, siquiera cenizas.

—El fuego también da vida. Es parte de mi vida, Patrick.

—No me gusta el fuego, jamás me ha gustado.

—El fuego provoca miedo y también fascinación.

—A mí no me fascina. Solamente no me gusta.

—Bien, no tiene que gustarte. Es mi oración nada más. ¿Quieres que lo hagamos o no? —le di un apretón a sus manos, sus puños estaban increíblemente tensos sobre mis palmas.

Noté que su índice se movía. Sus manos se echaron a temblar antes de que el resto de sus dedos se desplegasen como alas para enseñarme las marcas que el camino había impreso en él y las posibles rutas de su andar.

Fui a por su mano izquierda.

Vitalidad. Eso fue lo primero que capté en su línea de la vida profunda y larga. Sus manos tenían la forma de quien es creativo y perceptivo. Patrick debía ser una persona un tanto introvertida, con algunos cambios de humor. Su mano me contó que hacía todo con paciencia y meticulosidad, que la intuición, pese a ser alguien muy aferrado a la realidad, jugaba un papel importante en sus decisiones.

La marca más fuerte que atravesaba su palma desde la muñeca hasta el dedo índice me mostró a un hombre que tenía muy claro su destino, o quizás fuesen sus objetivos. Desde su nacimiento debía ser alguien con una voluntad muy fuerte y sin embargo me sorprendió notar que fuerzas ajenas a él lo habían guiado a determinadas situaciones que no le agradaban del todo.

Lo miré a los ojos y vi luchas internas, indecisiones sobre el deber y el querer.

Pese a todas sus dudas, Patrick había llegado donde quería.

Noté que había sido un tanto egoísta en cuanto al amor y que continuaba siéndolo, quizás por miedo a llegar demasiado lejos.

Patrick podía tener muchos temores pero los suprimía con una confianza arrolladora, con un tino para el liderazgo inigualable. Inteligente, sagaz, certero en sus decisiones. Disciplinado y muy independiente, quizás más de lo que debiera serlo un ser humano.

Tanta fuerza de voluntad quizás, a lo largo de los años, lo hubiesen hecho dejar por el camino, demasiadas cosas amadas, cosas a las que tal vez debió darles más valor, o quizás allí jugaron en contra sus miedos.

Definitivamente su vida la había utilizado para aprender todo lo que había estado a su alcance absorber.

Patrick era un aventurero tanto de cuerpo como de mente. Alguien destinado a ver el mundo, a sentirlo, a dejar una parte de él en cada sitio para tomar una parte de ese lugar y llevárselo consigo.

Percibí un alma antigua, quizás no demasiado sabia pero sí sensible, un alma necesitada de captar las sensaciones que lo rodeaban para traducir en éstas, las suyas.

Vi una vida saludable mas no necesariamente armoniosa.

Su alma tampoco tenía demasiada armonía.

Su espíritu no podía estarse quieto y me pareció notar que jamás había estado demasiado aferrado a nadie, siquiera a sus más profundos afectos. ¿Por qué? Un dolor inmenso, una culpa gigantesca, una vergüenza que quizás no tuviese real razón de ser.

Vi dolor. Vi un carga pesada que cada día se convertía para él en un lastre más difícil de acarrear.

Pasé a su otra mano.

Inestabilidad absoluta. Temores, demasiadas inseguridades, un océano de vergüenza. Ira. En resumen: caos. Caos y una luz de esperanza acompañada de un ruego. Patrick tendría que explicar sus miedos, que pedir perdón, que admitir sus pasiones y sobre todo, sus afectos, ¿ante quién? Principalmente ante sí mismo. ¿Lo conseguiría?

No todo está escrito.

Alcé la vista y lo miré.

—No puedo ver cada uno de los días de tu vida, he visto quién eres. Eres fuerte, decidido. No le temes al mundo. Como te dije en mi casa, no le temerías a un pantera ni que por armas para enfrentarla, tuvieses únicamente tus manos. El problema Patrick no es lo externo, si no lo que llevas en ti. Le temes a algo que cargas dentro y yo no puedo decirte qué es. Lo único que puedo contarte es que si no lo resuelves, toda esta vida que has sabido crear para ti, no significará nada. De esta vida no te llevas lo que haces si no lo que eres, lo que te permitiste sentir —me aclaré la garganta—. Muchas religiones cree que las vidas que vivimos son para aprender una lección, para hacernos más sabios y avanzar. No es mi intención insultarte y no te lo tomes a mal pero si no aprendes tu lección, continuarás regresando al mismo punto una y otra vez.

—¿No es así para todos? Bueno, quizás no para ti, los seres elevados como tú tienen otro tipo de existencias —protestó cerrándose por completo—. ¿No hay nada allí que pueda llevarnos al asesino?

—No es el reporte del clima.

Sobre su mano dibujé un pentagrama para invocar la fuerza del fuego, mi elemento, con el fin de protegerlo.

—¿Qué haces?

—Intento darte algo de estabilidad.

Alzó las cejas observándome con curiosidad.

—Es protección, Patrick.

—¿Para protegerme del asesino?

—No, para protegerte de ti mismo. Necesitas claridad.

Patrick se quedó boquiabierto.

Con sus manos todavía entre las mías, junté sus palmas y dentro de mi cabeza entoné una plegaria por él. Las palabras pronunciadas dentro de mi cabeza jamás debían ser escuchadas por oídos ajenos a los que no eran como Silver y como yo, siquiera Lidia sabía de estas cosas.

Cerré mis ojos y continué con esta entrega de mí al universo por él, deseando de todo corazón, lograr ayudarlo al menos un poco.

Por la tensión en sus manos quedó claro que esto era demasiado para él. Terminé y lo solté.

—Eres lo más extraño que me ha sucedido en la vida sin embargo no necesariamente lo más desagradable.

—Gracias por eso, qué amable de tu parte —solté en tono socarrón.

—Ahora te temo todavía un poco más.

—No te eché una maldición, Patrick, además, si tú no crees en mí, ni lo uno ni lo otro funcionaría. Eso según tú.

—¿Lo dices para dejarme más tranquilo?

—No necesitaría ni tocarte ni verte para hacerte daño. De cualquier modo yo no desperdicio mi energía en esas cosas.

—Todavía quiero creer en ti, creo más en ti que hace cinco minutos. Por eso te temo todavía más. Ahora sé de qué eres capaz.

—Bien, tienes ventaja. Yo no sé de qué eres capaz tú.

—Agatha... Perdona, cuando te tengo en frente por momentos pierdo el control.

—Pensé que solamente perdiste el control el viernes por la noche.

—Eso fue distinto. Este que pierde el control frente a ti ahora, si soy yo. No sé nada de magia pero...

—¿Qué?

—Es difícil resistirse al hechizo.

—¿Qué hechizo?

—No es el color o la forma de los ojos, es la mirada —susurró y escurrió sus manos de entre las mías.

No quedamos en silencio un instante.

—Te parece que ordenemos café o quizás té —lanzó cortando el momento entre nosotros—. No creo que aquí sirvan un té tan bueno como el que preparas...

Sus labios continuaron moviéndose pero no logré captar lo que decían.

*—El mundo es distinto ahora que estás conmigo.*

*—El mundo es el mismo, amor.*

*—Entonces es probable que tu entrada en mi vida cambiara el modo en que lo veo. Así debe ser. Antes veía solamente una parte.*

*—Viste del mundo mucho más de lo que ha visto cualquier persona que yo conociera antes. Viste cosas con las que otros solamente pueden soñar — estreché su espalda desnuda contra mi pecho.*

*El agua de la tina se movió a nuestro alrededor.*

*Tomó mis manos y jugueteó con mis dedos arrugados de tanto permanecer aquí dentro.*

*—Te llevaré a conocer todos esos lugares. De tu mano se verán de un modo completamente distinto. Supongo que contigo los veré como si fuese la primera vez. ¿Vendrás, no es así? —giró la cabeza ligeramente enseñándome apenas un poco de su perfil—. Lejos de aquí podremos estar juntos sin problemas.*

*Mi corazón se echó a palpar con más fuerza. Qué otra cosa podía*

querer yo, que caminar a su lado, que poder estar con él del mismo modo que están otras parejas sin temer hacerle daño, sin meterlo en problemas, sin arruinar por completo su vida. Imaginarnos juntos me llenó de felicidad. También de angustia. Estaba cansada de ocultarme, de al verlo por la calle y no poder acercarme a él para decirle cuanto lo amaba.

Aquí nadie podía verlo conmigo. Eso destruiría su vida, echando por tierra todo por lo que él trabajó tanto. Además aquí las cosas se ponían cada vez más difíciles. Si hasta muchas de las personas que solían recurrir a mí en búsqueda de ayuda habían dejado de visitarme y otras lo hacían a escondidas y llenas de miedo de ser descubiertas.

—Pensé que querías establecerte aquí.

—Sí, así es. Pero algún día viajaremos.

Sus palabras me sonaron extrañas, no por el tono, mi corazón captó una frecuencia que no le agradó, que me agrió un poco lo dulce de este momento.

Guardé silencio. Me molestó dudar de él pero...

—¿Amor, estás bien? —sus manos encerraron las mías—. Sé lo que piensas, incluso sin verte a la cara—. Se acurrucó contra mí—. Encontraré un modo para que podamos estar juntos. Confía en mí. Todo saldrá bien.

—Sí, claro—. Intenté sonar convencida para él sin embargo no pareció haberlo logrado.

—Lo que creo que no podré solo, tendrás que ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Cómo? No se me ocurre un modo en que yo pueda hacer algo por...

—Con tu magia, amor. Debe haber un hechizo que pueda facilitarme la llegada a la cima. Sabes que una vez que consiga lo que quiero ya nadie podrá hacerme frente, nadie se atreverá a erigir ni media palabra en tu contra y podremos estar juntos en paz, sin miedos.

—Pero tú no... siempre dices que la magia...

—Sé lo que dije. Ahora te digo esto, necesito tu ayuda. ¿Me la negarás?

—Claro que no. Sabes que jamás le niego ayuda a nadie.

—¿Entonces hay un modo? No necesito decirte que quiero ese puesto

*más que nada en la vida. Bueno, no más que a ti —rio—. Si pudiese tener las dos cosas sería completamente feliz. Sabes que tengo un contrincante de cuidado.*

*—Lo sé, ese hombre es terriblemente desagradable.*

*—Imagínate que él llegase al poder.*

*Se me puso la piel de gallina. No quería ni pensar en eso.*

*—Tienes que ayudarme, amor. No digo que hagas algo que lo dañe, por supuesto que no, jamás te pediría eso. Necesito que me des un empujoncito, es todo. ¿Harías eso por mí —alzó mi mano derecha hasta sus labios y besó el dorso.*

*—Claro, te ayudaré.*

*—Gracias, amor. Juntos seremos imparables.*

*No debería molestarme que me pidiese ayuda, si yo, ya dentro de lo posible, ponía en él todas mis energías, todo lo que sabía para protegerlo. Nada de malo tenía que me pidiese que le diese un impulso para asegurar su ascenso, así y todo, esto no me agradaba.*

*Me esforcé por convencerme de que no tenía por qué sentirme incomoda, se supone que para eso están los que uno ama, ¿o no?; para apoyarte y ayudarte en todo. Seguro él haría lo mismo por mí si la situación fuese a al inversa. Él lo haría por mí, por eso deseaba tanto llegar a lo más alto aquí, para que pudiésemos ser libres y vivir nuestro amor en paz.*

*Cerré los ojos y aprovechando el agua a nuestro alrededor invoqué su fuerza para que limpiase su alma de cualquier duda, para que le diese claridad mental y la pureza suficiente para que su corazón lo guiase por buen camino.*

*Estando yo así, con los ojos cerrados, lo sentí moverse sobre mí. Sus labios llegaron a mi boca para devorarme con la misma pasión de siempre, su mano buscó mi cuerpo debajo del agua y la mía el suyo mientras su lengua me llevaba al delirio.*

*En un parpadeo el mundo volvió a cambiar y yo regresé a mi lado junto a Patrick. Del beso del hombre que amaba, poco quedaba en mis labios. Lo que*

sí persistía de manera muy consistente era una gran angustia.

Un móvil que no era el mío, comenzó a sonar mientras no sé qué comentaba Patrick sobre unas leyes de construcción aquí en la ciudad.

—Discúlpame, debo atender.

—Sí, claro.

Apartando su rostro de mí, se llevó el aparato a la oreja y después de un “sí, dime” se limitó a escuchar y asentir como si quien estuviese al otro lado de la línea fuese capaz de ver los movimientos de su cabeza.

Por un par de segundos lo observé deseando poder meterme dentro de su cabeza para adivinar sus pensamientos, para descubrir quién era el hombre detrás de ese nombre y apellido que tanto decía para muchos.

Patrick podía entonar cientos de miles de palabras y así como el hombre de mis sueños y visiones diurnas, parecía estar muy lejos de lo que en realidad sus palabras deberían expresar.

No era de extrañar que uno me recordase al otro y viceversa.

Recordar... cómo alguien que no existía podía recordarme a alguien que yo apenas si conocía.

Otra vez dejé de escuchar las pocas palabras pronunciadas por Patrick, el murmullo de las conversaciones que nos rodeaban y la música ambiente para caer en un silencio tenso, opresivo.

Incluso el olor del aire cambió.

Pasé de olfatear comidas condimentadas y un fresco aroma a naranjas que no tenía idea de dónde provenía para pasar a oler a bosque, a madera, al fresco de la mañana.

El hotel se perdió en un bruma matinal helada que ascendía hasta un cielo muy bajo y gris que advertía todavía más frío.

*A mi alrededor un campo interminable, el lugar que amaba, mi lugar, con el sonido de los animales a lo lejos y todavía un resto de la noche sonando en mis oídos.*

*Sabía que alguien venía subiendo la cuesta. Lo sentía y siquiera*

*necesitaba verlo.*

—*Silver.*

—*Sí. Soy yo.*

*Su cuerpo enfundado en una túnica negra apareció ante mí. El viento la arremolinaba alrededor de sus pies revolviendo también su larguísima cabellera plateada.*

—*¿Qué haces aquí?*

—*Tú estás aquí. Donde tú estés, allí estaré yo.*

—*Silver...*

El campo desapareció y mis ojos vieron otra vez la entrada de cristal hacia el lobby del hotel; Silver enfundado en su túnica negra continuaba aquí, avanzando en mi dirección.

—No deberías estar aquí, Agatha.

—Sí, no necesito que lo repitas, me lo advertiste —giré la cabeza, Patrick continuaba al teléfono sin percatarse de la llegada de Silver. De hecho nadie más que yo daba la impresión de notarla pese a lo estrafalario de su aspecto. En la vida normal Silver llamaba poderosamente la atención por lo plateado del cabello que le llegaba a la cintura, por su piel pálida y por el gris resplandeciente de sus ojos; ahora añadiendo la túnica negra que lucía, era completa y absolutamente imposible de pasar por alto.

Silver caminó hasta el cordón que cerraba el reservado.

—No deberías estar aquí. Vete ahora. Lárgate. Ven a casa conmigo. Te protegeré con mi vida. Haré todo lo que sea necesario hacer para evitarte cualquier daño. No lo empeores, Agatha. Daré mi vida por ti, haré que te olvides de él, te daré otra vida si eso es lo que necesitas, lo haré una y mil veces más, todas las que sea necesarias para evitarte el dolor. No permitas que el fuego te consuma otra vez —extendió su mano hacia mí —ven conmigo, te llevaré muy lejos de aquí, donde nadie pueda hacerte daño, donde tu magia pueda fluir a su antojo, donde tú puedas ser libre sin tener que temer a los que te rodean. Por favor Agatha, levántate y ven hacia mí. Larguemos muy lejos de aquí los dos a donde nadie nos conozca.

—No puedo irme, prometí que le ayudaría.

—Agatha te lo suplico, no lo hagas. El mundo continua siendo el mismo.  
Negué con la cabeza.

—Lo siento, Silver. No puedo dejarlo. Tenemos que encontrar al asesino para volver a vivir los dos.

—Tú puedes volver a vivir. El asesino no te hará ningún daño si permaneces a mi lado.

—No puedo dejarlo.

—Por favor.

—No, Silver, esto es lo correcto. Tengo que demostrar que él no asesinó a Vorobiov.

El hotel desapareció una vez más y entonces de la nada brotaron llamas que nos encerraron a Silver y a mí en un espacio helado. Todo lo demás a nuestro alrededor, incluso Patrick y su móvil, ardían sin percatarse de nada.

—Ayúdame a ayudarlo, Silver.

—Mi reina... te amo. Te amaré por siempre.

No recuerdo haber visto a Silver llorar; no, jamás antes lo había visto llorar.

La angustia que su llanto desprendía se metió en mi pecho.

Silver retrocedió un paso para entrar en las llamas.

De mi garganta brotó un alarido de terror que nadie escuchó.

Quise levantarme de mi sitio para socorrerlo pero no conseguí despegar mi trasero del almohadón gris.

A diferencia de las llamas que cubrían a Patrick sin dañarlo, las que envolvieron a Silver pegaron la tela negra de su túnica a su cuerpo mientras las consumían arrancándole trozos que el calor del fuego hacía levitar, llevándoselos con el humo hacia el cielo de la tarde.

El fuego le arrebató su esplendorosa cabellera y tomó cuenta de sus bellas manos con las cuales Silver intentaba proteger su estupendo rostro.

Lo almorzado trepó por mi garganta. Comencé a sudar. Mi espalda quedó empapada. Mi garganta no podía parar de gritar y mis ojos de llorar. Este corazón que un día lo había amado y que hoy todavía lo quería con todas sus fuerzas, se retorció dentro de mi pecho. Mi interior comenzó a consumirse de tristeza.

Silver cayó al suelo para convertirse en una bola de fuego y al bajar la vista para seguir su sufrimiento, para intentar quitárselo de encima con mi mirada vi el fuego en mis piernas.

El dolor de la quemazón trepó por mis muslos.

Mis pulmones se llenaron de humo.

No podía moverme.

El fuego me quemaría otra vez.

Silver ya no gritaba, no debía quedar vida en su cuerpo.

Giré la cabeza y vi a Patrick todavía al teléfono.

Tenía que pedirle socorro. Incluso viendo que las llamas lo cubrían, extendí un brazo. Tenía que salvarme de esto, tenía que ayudarme. Era el único que podía librarme de morir quemada.

Atontada por el dolor me costó horrores juntar las fuerzas necesarias para llamar su atención.

Logré alzar el brazo derecho.

—¡Patrick!

Mi mano cayó sobre su antebrazo.

El fuego desapareció de él, pero entonces me invadió a mí por completo. Ya no pude respirar.

Patrick giro la cabeza, en sus ojos había horror, miedo.

El teléfono se le escapó de las manos.

—Agatha —jadeó su voz como si estuviese ahogado por el humo que no me permitía respirar a mí.

Tomándome por los hombros, metiéndose en mi fuego me abrazó sin decir nada.

El fuego desapareció al instante.

El calor de la llamas fue reemplazado por el de su cuerpo.

El olor del humo se apartó lentamente hasta que lo único que mi nariz logró captar fue el aroma del cuerpo de Patrick.

Me percaté de que así como él tenía sus brazos rodeándome a la altura de los hombros, los míos rodeaban la parte baja de su espalda.

Un alivio supremo llegó a mí con su abrazo. Sentí su corazón latiendo con fuerza contra mi pecho.

—¿Te encuentras bien?

—Ahora sí.

—¿Qué...? —su pregunta quedó inconclusa. Se apartó un poco de mí con su mano derecha trepando por mi hombro, pasando por encima de mi clavícula hasta llegar a la base de mi cuello. Sus ojos de tigre fijos en los míos iniciaron un tipo de fuego muy distinto al que me quemara recién. Su boca respiró sobre mía dándome la impresión de querer succionar mi alma—. ¿Segura que estás bien?

Asentí con la cabeza.

Su mirada bajó hasta mis labios.

Todo mi cuerpo tironeó del espacio hacia él.

Desesperadas mis manos se prendieron de su chaqueta.

—A veces por un par de segundos el mundo se detiene dándote espacio para hacer lo que deseas hacer. Una tregua en la vida real. Unos segundos que puedes olvidar si quieres cuando regresas a la vida real.

—¿Es un hechizo?

—Sí, supongo que podríamos decir que es magia —susurré sobre su boca sin poder apartar sus ojos de los míos. Encantada por sus pupilas, por su mirada de tigre me incliné todavía un poco más hacia delante.

Si no se apartaba de mí hasta ahora...

Mis labios atraparon su labio superior. El calor de su carne entre la mía

me hizo perder la cabeza. Aparté de él mi boca por una fracción de segundo y la distancia me supo a la peor tortura del universo, peor a que me arrancasen uñas o me quemasen. Fue como si todo dentro de mi se desgarrase para quedar resumido a jirones irreconocibles.

La mano de Patrick subió por el costado de mi cuello hasta mi nuca.

—Quiero esos segundos para mí —entonó. Fue él el responsable de que la distancia entre nosotros volviese a convertirse otra vez en nada. Atrapó mis labios con los suyos y le devolví el gesto pegándome contra él.

Su labio superior, el tacto de su lengua, su piel, su nariz rozando la mía. Su mano enredada en mi cabello mientras la otra bajaba por mi columna.

Me olvidé del fuego, me olvidé de Silver y del resto de la locura a nuestro alrededor. Con todas mis ganas le di la bienvenida al interior de mi boca y entonces ya no pude parar ni él tampoco. Sentí que llevaba demasiado tiempo esperando esto, deseándolo y añorándolo, y toda esa energía acumulándose durante tanto tiempo se abrió paso toda de una vez. Su boca explotó contra la mía y no necesité abrir los ojos para sentir las llamas que a nuestro alrededor saltaron como paredes salidas de la nada, alzándose al cielo. Paredes altísimas que nos encerraron, que nos permitieron alejarnos de la realidad.

Sus manos estaban en todos lados y las mías no daban abasto para reconocerlo. Su lengua era como una llama, quemándome por dentro.

¿Se puede perder el alma con un beso?

Me dio la impresión de que sí, y la verdad es que me dio miedo no tener idea de a quién estaba entregándosela.

Un error, seguro que sí; sin embargo uno de los mejores errores de mi vida.

Deseé no tener que volver a abrir los ojos, no tener que apártame de él, no tener que salir de este hotel, no necesitar regresar a la realidad.

Si había un momento de mi vida que quería durase para siempre era éste porque llevaba demasiado tiempo sin sentirme así de llena, viva y con cada pensamiento y sentimiento en su lugar.

Hay personas que besan bien, buenos besos y personas que solamente te besan a ti como nunca nadie jamás podrá besarte. No fue el beso, fue todo,

desde el aroma del aire hasta sus dedos entre mi cabello y todas las estrellas alineadas más allá de la luz del sol.

Patrick capturó mi labio inferior con los suyos y soltó aire para mí en un jadeo reprimido que revolucionó todo mi sistema.

—¿Cuántos hombres me envidiarán ahora?

Abrí los ojos para verlo sonreír sobre mí todavía con los ojos cerrados. Qué distinto se veía así sonriente, relajado sin esa potente mirada gobernándolo todo, dándole fuerza a ese carácter tan innecesariamente puesto por delante de todos esos sentimientos que quise creer que debía haber allí dentro de su cuerpo.

Nadie que así bese, que así sonría, que así toque puede ser simplemente un depredador o una fiera salvaje —me dije—. Demasiada pasión, quizás —añadí a continuación dentro de mi cabeza.

Abrió los ojos y me miró sin perder la sonrisa.

—¿Qué fue eso? —me preguntó en un jadeo.

—No tengo idea.

—Creí que tenías las respuestas.

Negué con la cabeza.

—Fue uno de los momentos más extraños de mi vida. Místico —entonó y ladeó su sonrisa—. El primero. Sin duda sería incapaz de explicar lo que sucedió desde el momento que me tomaste por el brazo.

No pude decir nada.

—Bueno, el beso... —aproximo su boca otra vez a la mía.

Todo su ser se metió en mí otra vez.

Iba a besarme y de la nada su mano saltó de mi nuca a posarse sobre mi cuello, justo encima del tatuaje. No llegó a tocarme demasiado pero el grito de dolor que solté lo espantó y se apartó.

—¿Qué pasó, qué hice? —me preguntó horrorizado. Tenía cara de miedo.

—Es que tengo un tatuaje nuevo. Justo aquí —apunté mi cuello por detrás, me subí el cabello y me di un poco la vuelta para enseñárselo.

—Perdona. No sabía. Lo siento. ¿Tanto duelen? Ya se ve bien.

No, en realidad no debería doler tanto —le contesté dentro de mi cabeza.

—No te preocupes, no es nada.

Patrick se inclinó sobre mí y aprovechando que mi cabello todavía estaba en alto, dio dos besos sobre mi piel, uno a cada lado de mi cuello.

—Para que cure pronto —me dijo al volver a ponerse frente a mí—¿Qué significa?

—Representa al fuego.

—Intenso.

Más de lo que él pudiese imaginar.

—Escucha. Se supone que deba trabajar ahora. Tengo una reunión —se inclinó para recoger su teléfono; la comunicación se había cortado—. Puedo verte a la noche. Quisiera mucho verte esta noche. Me gusta esto de escaparme un poco de la realidad contigo. ¿Eso estaría bien?

¿En qué mundo, en qué realidad podría decirle yo que no?

—Sí.

—Sé que tenemos cosas que hacer... atrapar al asesino y eso; podemos continuar haciendo las dos cosas al mismo tiempo.

Estaba tan atontada que no pude más que sonreírle.

Patrick apartó un mechón de cabello de delante de mi rostro que en vez de sujetar detrás de mi oreja o mi hombro deslizó sus dedos hasta el extremo y se lo llevó a la nariz así enrollado entre las puntas de sus dedos—. ¿Quién necesita trucos cuando tiene magia? —susurró y su mirada me devoró—. Espero poder recuperar mi casa esta noche o mañana por la mañana a más tardar. ¿Podría pasar por tu casa más tarde? Te llamaré.

—Sí, supongo.

—¿Supones? —sonrió—. No me agrada la idea de que te quedes allí sola.

—Estaré bien.

—Estarías mejor conmigo.

Le arrebaté mi mechón de cabello.

—Creo que debería irme ya.

—A menos que quieras subir y quedarte aquí para esperarme a que regrese de mi reunión.

—Mejor que no.

—Puedo llegar diez minutos tarde, bueno, mejor que sea una media hora.

Me incliné sobre él, las yemas de mis dedos buscaron el pulso de su sangre en su cuello, el mundo latía allí. Lo besé suavemente labios.

—Es hora de que me vaya.

Patrick atrapó mi muñeca.

—Espero que esta locura acabe rápido. Me gustaría tener mi cabeza libre de cualquier otra distracción que no seas tú.

—Sí, claro —tironeé de mi mano y él no me soltó.

—Creo que empiezo a creer y es tu culpa.

—¿Estoy contagiándote mi locura?

—Y estoy contagiado y dudo que haya cura para eso.

—Me voy ahora —lo besé una vez más.

—Sí no queda más remedio. Te llevo a tu casa.

—No es necesario.

—No me agrada que vayas por ahí sola.

—Estoy bien, puedo defenderme sola.

—Seguro que sí y de cualquier modo insisto.

—No te preocupes, sobreviviré hasta la noche sin ti.

—¿Sí? Creo que yo sin ti no.

—Sí, claro —tiré de mi mano y él me soltó—. No necesitas decir esas cosas.

—Mi boca no habla por necesidad sino por voluntad. No quiero volver a sentir lo que sentí antes de besarte, cuando me llamaste.

—¿Qué fue lo que sentiste?

—Que te perdía sin siquiera tenerte —pestañeó—. Casi me olvidaba, ¿pudiste preguntarle a tu amigo si podría ayudarnos a encontrar al asesino? Es por el bien de ambos.

—Hablaré con él —le dije para no tener que contestar la exacta verdad. La realidad era que esperaba poder convencer a Silver de ayudarme, bueno eso después de intentar aclarar mi visión de hace un momento. Todavía rondaba por mi cabeza la idea de que quizás Silver estuviese cuidando de mí más allá del mundo real y que era probable que supiese dónde y con quién me encontraba yo ahora, y esto no le agradaría ni un poco.

—Bien, perfecto, cuanto más manos mágicas tengamos de nuestro lado, mucho mejor. Oye, cambiando de tema, ¿dónde te hiciste el tatuaje? Parece bien hecho. ¿Es un lugar de confianza o es uno esos antros un tanto oscuros de dudosa higiene?

—Tengo un amigo que tiene un estudio y sí, es de confianza. Owen es un artista.

—Tienes muchos amigos.

—¿Es un problema?

—No, si son solamente amigos.

Esquivé su comentario recogiendo mi bolso.

—¿Son solamente amigos?

No contesté.

—Tienes demasiados pretendientes. No es que me sorprenda; sí me molesta. Quizás no debería permitirte partir —su mano se prendió de la tira de mi bolso—. Yo no estoy con nadie más y no tengo intenciones de estar con nadie más.

—No necesitas decirme eso.

—Ya te dije que mi boca no dice lo que necesita, sino lo que quiere. Y lo que mi boca quiere es lo que yo quiero: a ti solamente para mí. ¿Es mucho pedir?

—No lo sé.

—Bueno, el tiempo lo dirá, supongo. El tiempo siempre pone todo en su lugar.

—Eso es cierto.

—Debería pedir que el tiempo quiera ponerte a ti conmigo, quizás si le prometo que cuidaré de ti...

Su otra mano llegó a mi muñeca de la mano que sostenía el bolso.

—Tengo que irme y tú tienes una reunión.

—Tú te escapas de mí y yo bien podría no ir a ninguna parte.

—Quizás. Hasta luego, Patrick.

Se quedó mirándome un momento en silencio y al final me soltó.

—Hasta más tarde.

Giré sobre mis talones y salí del reservado.

Nuestras miradas se cruzaron una vez más cuando ya dentro del lobby, me giré para cerrar la puerta. Esos ojos de tigre ciertamente también hechizaban.



### 13. Cazando sombras.

En cuanto el taxi comenzó a alejarse del hotel me arrepentí más y más de no haber aceptado la proposición de Patrick de quedarme con él. Saber que tendría que intentar meterme a escondidas en mi hogar me incomodaba como una piedra dentro de una de mis botas negras.

Bueno, eso si el detective no se había enterado ya de que había salido sin avisar escapándome del sistema de seguridad que habían dispuesto para mí.

Imaginé el peor de los escenarios y mi sexto sentido me dijo que mejor daba la vuelta. Seguro el detective habría sido informado de que me habían visto entrar en el hotel de Patrick, si era como él decía, que estaban siguiéndolo y vigilándolo.

No, no tendría escapatoria, debería enfrentar lo que se me venía encima, incluido el enojo de Silver.

Me di un golpe en la frente; mi estúpida cabeza y yo. Mi corazón y yo.

Mis dedos bajaron hasta mis labios. Mis labios y yo, y lo que Patrick les había hecho, lo que me había hecho a mí. Las palabras que pronunció todavía hacían eco en mis oídos.

Hice que el taxista me dejase a la vuelta de casa.

Dando un patético espectáculo llegué a la esquina y me asomé por el ángulo de la vidriera del *drugstore*.

En verdad no hacía falta ser adivina para imaginar que me toparía con

esto: dos coches patrulla, el automóvil de Owen, él hablando con uno de los oficiales. Silver con su móvil en la oreja, mirando de reojo a Owen como si no quisiese perderlo de vista.

Mi móvil comenzó a sonar. Cuando lo encendí en el taxi vi que tenía tres llamadas perdidas de él y dos de Owen; planeaba contestarlas en cuanto llegase a casa. No sería necesario, los dos estaban aquí.

Retrocedí un paso y lo saqué de mi bolso.

Silver.

—Tú y yo tenemos que hablar seriamente. Más te vale estar bien, estar con vida porque de otro modo te resucitaré de entre los muertos para que escuches mis gritos. ¿Estás loca o qué, Agatha?

—Estoy a la vuelta de la esquina.

—Ven aquí ahora. Tendrás que afrontar esto.

—Voy ...—colgué y eché el aparato dentro de mi bolso otra vez. Al alzar la cabeza vi pasar un coche dorado, en el coche iba el detective, lo vi por la ventanilla del lado del acompañante. Creo que no me vieron; ya me verían. El vehículo dobló en la esquina. Se dirigía a mi apartamento.

Inspiré hondo dos veces. Esto no sería fácil, Patrick tenía razón, me había metido en un buen problema al ir a verlo.

Despegué la espalda de la pared y di el primer paso para rodear la esquina.

En esta fiesta no faltaba nadie, vi a Lidia quien evidentemente acaba de llegar.

Conté los pasos hasta que el primero de ellos notó mi llegada.

—¡Agatha! —fue Owen el primero en avanzar en mi dirección—. ¡¿Agatha te encuentras bien?! —me llevó por delante en un abrazo que me cortó la circulación y me impidió respirar.

—Estoy bien, estoy bien.

—Te llamé, estaba preocupado por ti y vengo a verte y no estás, no contestas a la puerta —me apartó un poco de su lado—. El policía que custodia tu casa me dijo que no te había visto salir. Les dije que te llamaba y

no respondías. Pensamos lo peor, entramos en tu casa a buscarte y no te encontramos. Llamé a Lidia y ella me dijo que no sabía nada de ti.

Lidia había mantenido el secreto.

—Pusieron sobre aviso al detective. Recién llega. ¿Dónde estabas, qué pasó?

—No me pasó nada. Estoy perfectamente bien—. Por encima del hombro izquierdo de Owen detecté la mirada de ceño fruncido del detective y el rostro furioso de Silver. Lidia tenía cara de no saber dónde meterse.

Continué mi camino hacia ellos.

—¿Segura que estás bien?

—Sí, perfectamente, no te preocupes.

—¿Te escapaste de tu seguridad?

—Owen...

—Hay un asesino suelto y ya intentó terminar contigo. No deberías darle más oportunidades.

—Señorita Briz, mejor será que tenga una muy buena explicación para esto. Sé que este no es el mejor lugar para hacer esto pero mis agentes la vieron entrando en el hotel en el que se hospeda Patrick Reed.

—¡¿Qué?! —Owen se puso pálido—. ¿Para qué fuiste allí?

Las mejillas de Lidia enrojecieron. Silver giró la cabeza para mirarla. No necesitaba que le dijese en voz alta que Lidia sabía a dónde había ido yo, y eso no le agradaba ni un poco. Lidia lo miró y se encogió de hombros.

—¿Tiene alguna idea de lo que ha hecho?

—Patrick me pidió ayuda para encontrar al asesino —solté en mi defensa.

—¿Y usted se ofreció como carnada? Escapándose de la seguridad que dispuse para usted lo único que podría conseguir es eso, que el asesino la encuentre y se cargue a la única persona que lo ha tenido cara a cara.

—No, entiendo su punto pero él me pidió ayuda con mi magia, además quería comprobar por mis propios medios si él tiene algo que ver con todo esto.

—Sus medios son cosa suya, no pretendo faltarle el respeto sin embargo desde ya le advierto que no se entrometa en mi trabajo, no me lo complique poniéndose en peligro inútilmente. ¿O será que usted tiene algo que ver con él y todavía no me lo ha confesado? Si es así y no me lo dice le juro que lo descubriré.

—¿Algo que ver con él? ¿Qué dice?

—Lo que oye. No sería la primera vez que una persona culpable se hace pasar por inocente hasta el punto de fingir ser atacada por el asesino.

—Él no tiene nada que ver.

—¿Él? ¿Patrick? ¿Cuándo tomó tanta familiaridad con el señor Reed?

—Agatha no digas una palabra más. Tu abogado está por llegar —soltó Silver.

—Esto es ridículo. Reed no es responsable de la muerte de Vorobiov y lo que yo intentaba hacer es aclararlo. Tanto él cuanto yo necesitamos encontrar al asesino. Eso es lo que tengo con él —y así solté la verdad muy a medias, menos que a medias quizás.

Silver me lanzó una mirada muy poco alegre.

—Además creí que lo habían dejado libre porque no tenían ningún prueba en su contra.

El detective se cruzó de brazos y apartó la mirada.

—¿Usted cree que es el asesino?

—Lo que yo creo es que si sabe lo que le conviene, se mantendrá alejada de Reed, no haga que desconfíe también de usted.

—No tiene ningún motivo para ninguna de las dos situaciones.

—Señorita Briz, no le daré explicaciones, dije suficiente.

—Patrick me dijo que sabía que usted lo vigilaba, es ridículo. Él no mató a nadie. Debería estar protegiéndolo no...

—Escúcheme bien —el detective se plantó delante de mis pies —no pienso desestimar ningún detalle y usted es más que un detalle. No confío ni en mi propia sombra, menos que menos en usted, de modo que mejor no me de motivos o le juro que mandaré a encerrarla hasta que encuentre las pruebas suficientes de que Reed es culpable y de que usted es inocente, en el caso de que así lo sea.

—Detective usted no tiene ningún motivo para responsabilizar a Agatha de lo que hizo ese hombre.

—Silver, Patrick no hizo nada.

—Agatha por favor, no digas nada más. No te pongas en peligro inútilmente por un desconocido.

—Puede que sea un desconocido pero no es culpable. Patrick no tiene nada que ver, Owen. Haré lo que sea necesario para demostrarlo.

—¡Agatha cierra la boca de una vez! Mi abogado llegará pronto y él hablará por ti.

—No necesito un traductor, Silver. Puedo hablar por mí misma. Lo presiento, Patrick no tiene nada que ver con esto. Sí, hay demasiadas sombras, demasiados puntos oscuros pero solamente lo rodean, él no está metido en esto.

—No debiste ir a su hotel y lo sabes.

—Mejor escucha a su amigo —me gruñó el detective—. Y le hace caso. Es que no toleraré esto. Creo que quizás fui demasiado benévolo con usted pese a que todo indicaba que debí haber hecho lo contrario. ¿Sabe lo que averigüé?

Guardé silencio.

—Que de hecho usted tiene experiencia con alarmas del tipo de la que el señor Reed tiene instalada en su casa. Y además de eso Reed parece haber tenido otros problemas por agresiones en el pasado. No sé exactamente cual es la relación entre ustedes dos o qué traman; que no le quepa duda de que lo descubriré.

—Pues mientras usted pierde el tiempo yo ayudaré a Patrick a encontrar al asesino.

—¡Agatha! —el grito de Silver rompió el cielo como si fuese uno de los truenos que cayeron la otra noche.

No tenía por costumbre tolerar que me hablase de aquel modo sin embargo guardé silencio, esta vez no era lo mismo, esta vez su grito entonando mi nombre me recordó demasiado a lo que sentí cuando se me apareció en esa visión o lo que fuese, que sucedió en el hotel de Patrick.

Cerré la boca.

—Escuche, solamente no vuelva a escaparse de mi vista.

—Le prometí a Patrick que haría todo lo posible para encontrar al asesino y eso haré, en cuanto tenga pistas lo pondré al corriente —le dije en el tono más calmo que pude.

—Parece que usted no comprende la gravedad de las sospechas que pesan sobre su cabeza.

—Sí usted tiene dudas sobre mí, le ayudaré a aclararlas. No pienso apartarme del lado de Patrick Reed. Ni él ni yo tenemos nada que ver en esto y se lo demostraremos.

—¿Agatha te volviste loca? —soltó Lidia hablando por primera vez.

—Lamento que nadie aquí me apoye en esto pero si usted —miré al detective a los ojos —insiste en que Reed es el culpable, jamás encontrará al asesino.

—Escúchame Victoria. No sé qué te dijo, no sé qué te prometió o juró — el detective hizo una pausa y se quedó viéndome, sus ojos me dijeron que sabía más de lo que había expresado con palabras. Casi segura estaba de que alguno de sus hombres nos había visto besarnos—. Sí no tienes nada que ver con la muerte de Vorobiov, si no quieres terminar ensuciándote por culpa de algo que recién comienza, y que supongo no tendrá futuro, mejor te apartas de este lio.

—¿Qué? —Owen frunció el ceño con fuerza.

Nadie le contestó.

En la mirada de Silver había furia.

—Estaré vigilándote.

—Si vuelve a verme con él ya sabe por qué es.

—No, no creo que me quede muy claro el porqué. Cuídate, Victoria.

—Eso haré.

El detective suspiró largo y tendido.

—Le di la orden a mis oficiales de derribar la puerta, eso fue antes de que me avisaran que estabas con él, creíamos que te había sucedido algo malo.

—Está bien.

—Yo no tengo más nada que hacer aquí, de modo que si me disculpan, me retiro.

No hubo despedidas. El detective dio la media vuelta y llamando con un dedo a su compañero se metió en el vehículo después de dispensar a las otras patrullas. Frente a mi puerta quedó únicamente un oficial.

Silver dio dos pasos lentos hacia mí. Lidia que se encontraba más lejos, corrió tras él pero Silver la detuvo con un puño en alto sin siquiera mirarla.

—¿Qué debo hacer para que entiendas?

—Silver no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Tienes que alejarte de ese hombre.

—Tú mejor cierras la boca —le gruñó Silver a Owen—. Que ya suficiente hiciste para arruinarlo todo.

—¿Quién te crees que eres? Yo estoy aquí para ayudar a Agatha y no necesito tu permiso.

—No servirías de ayuda ni aunque quisieses. En este asunto, y en muchos otros, no eres más que un estorbo. Un estorbo bastante dañino y siquiera lo comprendes.

—Brujo, mejor te vas, eres tú el que molestas, lo único que haces es ahogar a Agatha.

—¿Cómo me llamaste?

—Brujo. Es eso lo que eres. Un ridículo y...

Owen no pudo terminar la frase porque el puño de Silver impactó contra su quijada. Silver hizo uso de algo más que su fuerza física para derribar a Owen y eso me enfureció. La energía que despidió su cuerpo me hizo tambalear a mí también. —¡Silver! —quizás primero debí atender a Owen quien había acabado en el suelo; en vez de eso fui contra Silver, de un empujón en los hombros lo hice retroceder, devolviéndole con creces toda la energía que él había soltado sobre nosotros.

El policía que había quedado frente a mi puerta se nos vino encima.

—¡Mejor te quedas aparte de esto! —le advertí con esta voz llena de furia que no era para él sino para Silver. Mi dedo en alto en dirección a la puerta lo hizo retroceder. Era probable que su mente le dijese que hiciera otra cosa pero no pudo resistirse—. Te pasas de la raya. Te pasaste de la raya —le dije a Silver.

—Y tú no tienes idea de lo que haces. ¡¿Qué fue lo que te dije?! ¿Es que acaso no me escuchas? No tienes idea de lo preocupado que estaba. Esto

jamás debió suceder. Debes apartarte de él. Ya lo ves, el detective se echará a tu cuello ante la menor provocación. ¿Quieres terminar tras las rejas? ¿Esperas destruirlo todo otra vez o es que acaso tu deseo es morir?

—No exageres.

—No exagero y eso mismo es lo que no comprendes. Es tu vida, Agatha. No es un juego para ti, en cambio es evidente que para ese hombre si lo es, para él, todo más allá de su propio ego lo es. Y este sujeto patético no hace más que empeorarlo todavía más.

—¿Y qué fue lo que hiciste hace un rato? —solté enfrentándolo.

—¿Lo que hice?

—Sabes de qué hablo. ¿Por qué viniste? ¿Acaso te avisó Lidia? Dudo que Owen te llamase para contarte que yo no estaba en casa. Esos llamados a mi móvil fueron de más temprano, ¿no es cierto? y como no te contesté...

—Escúchame bien —Silver se pegó tanto a mí que su nariz rozó la mía—. Tú y yo somos distintos y lo sabes, tan bien cuanto que intentar llevar la vida que ellos tienen, es imposible, nuestra sangre puede ser igual de roja que la de ellos pero nosotros sangramos de un modo diferente, mi reina. Owen no tiene espacio alguno en tu vida y si le abres la puerta a Reed, lo único que conseguirás es destruir tu mundo.

—Patrick no asesinó a Vorobiov.

—Algunos rastros de sangre son invisibles.

—No sigas con eso.

—Te tiene justo donde quiere. Debe sentirse muy satisfecho. Seguro saltará de alegría cuando sepa lo mucho que lo has defendido.

—Silver así no me ayudas...

—No me permites ayudarte. ¿Es que acaso no confías más en mí?

—Claro que sí pero no me gusta que te metas en mi cabeza, que me sofoques. Él no es responsable de lo que le sucedió a Vorobiov.

—En sus manos quedará tu sangre.

—Eso no sucederá.

—Agatha tienes que apartarte de él —jadeó Lidia —Silver tiene razón. Ya ves lo que sucedió —ella pasó junto a Silver y fue a ayudar a Owen a levantarse. Vi que un hilo de sangre corría por el costado de la boca de mi amigo.

—Este no es nuestro mundo, no es nuestra realidad —comenzó a decirme Silver en voz muy baja.

Moví mi rostro y mirada hasta él.

—Ahora está todo mezclado sin embargo todavía podemos apartarnos de esto. La cacería recién comienza y si borramos nuestro rastro tal vez podamos desaparecer.

—No quiero desaparecer, Silver. Ya cubrí mi cuota de huidas por una vida.

—Es para salvar tu vida.

—La única forma de salvar mi vida es cazando las sombras que me rodean, es dar vuelta el tablero, Silver. Dejar de ser la presa para ser el cazador.

—No haces eso, solamente le permites a las sombras acecharte.

—Hace un rato pensé que eras una de esas sombras.

—Intento protegerte, es todo. Te lo dije, siempre estaré contigo y si es necesario, daré por ti mi vida una y mil veces. No lamento nada que lo que he hecho por ti y dudo pueda lamentar lo que haga a futuro. Te amo, Agatha, eres parte de mí así no quieras serlo, así intentes extirparte de mí. Solamente me resta pedirte que no nos mates. Por favor te lo ruego, entra en razón — Silver tomó mis manos—. Eres la única, puede haber mil mundos, mil vidas pero tu siempre lo serás. Si te mueres muero contigo, si naces, naceré por ti otra vez. Por favor, Agatha, dime que dejarás de verlo.

Se me puso la piel de gallina, ya no había enojo en los ojos de Silver, en su lugar una tristeza inconmensurable.

—Lo siento, no puedo, dejarlo. Es difícil de explicar, es que es lo correcto.

—¿Besarlo formaba parte de hacer lo correcto? No soy estúpido, Agatha y creo que por todo lo que hemos vivido, me merezco al menos la verdad. Sé

lo que sientes, no resulta el fingir que no lo veo. Tampoco fingiré que no veo lo demás. Tu corazón siempre fue demasiado transparente para mí. Te lo juro, todavía estás a tiempo de alejarte de esto y debes hacerlo.

—No me gusta...

—¿No te gusta qué? ¿Estar así de conectada a mí? Creí que hacía mucho había quedado claro que entre nosotros la mayoría de las veces las palabras sobran, reina. Es una muestra más de que nosotros no somos como los demás. Eso que crees sentir no es más que una sombra más, y le has abierto la puerta invitándola a destruirte, igual que como hiciste con Reed, que como hiciste con él —apuntó en dirección a Owen con su mentón —con el fuego. Si sigues por este camino, esto te destruirá, nos destruirá.

—No huiré.

—Es salvar tu vida.

—Ayúdame, Silver.

—Lo ayudaré a él, intentaré descubrir si fue él quien mató a Vorobiov o no, y le daré al detective todas las pistas que encuentre si aceptas alejarte de él para siempre.

—Él no lo asesinó ni mandó asesinarlo y lo que haces es extorsión.

—Todo en esta vida tiene un precio, Agatha. Si quieres verlo libre de esto apártate de él. Créeme, no te merece ni podría merecerte a su lado ni en un millón de años. Ni él ni los hombres en tus sueños y visiones, Agatha. Solamente yo, el único que estuvo y estará por siempre para ti.

—No le hagas caso, Agatha, este sujeto está completamente loco. Incluso creo que es peor que ese Reed. No te preocupes, yo te buscaré un abogado y te sacaré de este lío. Ninguno de los dos puede darte lo que necesitas. Son dos soberbios, uno se cree que puede por encima de todo por estar forrado en dinero y el otro tiene un ego tan grande que se cree que es el Mago de Oz o Gandalf.

El puño de Silver llegó tan rápido a su garganta que Owen no pudo hacer nada para evitar que lo tomase por el cuello.

Así como cuando Patrick me besó, un muralla de llamas nos rodeó a los tres, dejando fuera a Lidia, el policía y el resto del mundo.

Giré la cabeza y vi los dedos de Silver poniéndose todavía más blancos a causa de la fuerza con la que apretaba la carne de mi amigo.

Las venas en el cuello de Owen se ensancharon. Su piel comenzó a teñirse de rojo y el rojo le subió hasta el rostro. Empezó a ahogarse y tenía los ojos tan abiertos que parecían a punto de saltársele de las órbitas.

—Silver, suéltalo.

Sujetándolo por el cuello Silver tiró de él hasta pegarlo a nuestro lado.

—Rata de la oscuridad, eres insignificante y si no acabé contigo hasta ahora es porque no tenía ganas de ensuciarme las manos.

Con mis dos manos tomé la muñeca de Silver, intenté apartar sus dedos de la carne de Owen; de nada sirvió. Silver estaba completamente fuera de sí, con toda su energía desatada. Rara vez le daba rienda suelta a este tipo de demostraciones, por lo visto hoy no se sentía cohibido de hacer gala de quién realmente era. La magia de Silver quizás llevaba demasiado tiempo contenida.

—Suéltalo.

—Alimaña, si continúas fastidiándome te devoraré del mismo modo en que mi serpiente se come su cena: de un único bocado. ¿Queda claro?

—Silver suéltalo de una vez —dije tironeando de sus dedos con todas mis fuerzas—. Owen no puede respirar. Suéltalo. Lo matarás. Estás loco. Ya detente de una vez. Las cosas no se resuelven así.

—Es el único modo de resolverlas, además no morirá, no todavía, primero se desmayará —me sonrió—. Es lo que se merece por tatuarte, que experimente lo que se siente al asfixiarse. Debería hacer que lo queme el fuego también o teñir el poco aire que pueda pasar por su laringe, con olor a humo.

—Silver esto no es gracioso. Es cruel. Estás siendo cruel.

—La vida lo es. Quizás debería serlo un tanto más para ellos, para que así lo entiendan de una vez.

—¡Silver ya basta! Le haces daño y a mí me hace daño verte actuar así. Crees que me hace feliz verte comportarte de este modo. ¿Acaso lo haces para que te diga que me apartaré de todos ellos? Si así es, prefiero apartarme

también de ti. No es el modo, Silver.

Al instante la mano de Silver soltó el cuello de Owen, y éste se alejó tosiendo y palpándose el cuello con ambas manos. Boqueaba como un pez fuera del agua. Las llamas desaparecieron, el mundo volvió a girar y fue como si para los demás nada hubiese sucedido.

—No me gusta que hagas estas cosas y con eso no me refiero solamente a estrangular a Owen, eso se sobreentiende. Me refiero a eso de manipularlo todo. No quiero que vuelvas a meterte en mi cabeza, no quiero que deformes la realidad de este modo. Al final acabaré creyendo que también eres responsable de las otras sombras.

—Yo no... —jadeó horrorizado.

—¿Qué sucede con ustedes dos hoy, acaso perdieron la cabeza? Si siguen así iremos todos presos —Lidia sostuvo a Owen por la parte baja de la espalda—. Lo llevaré dentro para darle algo de beber. Necesita sentarse. Agatha, Silver tiene razón en algo, mira a lo que te arrastró Reed, tienes que apartarte de él, las cartas de Silver tenían razón, lo destruirá todo.

Silver la miró de reojo, parpadeó, giró la cabeza y luego la miró fijo, por un par de segundos y sin parpadear con sus impresionantes ojos grises.

—Te veo dentro —me dijo a mí y se apartó llevándose a Owen a toda prisa. Silver podía meter mucho miedo incluso en quienes lo conocían bien.

Silver esperó a que se alejasen lo suficiente.

—Podemos largarnos de aquí mañana mismo, a un sitio en que nadie vuelva a encontrarnos jamás. No le diremos una palabra a nadie. Tengo suficiente dinero para que podamos desaparecer sin problemas. Haremos que todos se olviden de nosotros, comenzaremos de cero siendo solamente nosotros dos, en paz y sin riesgos, sin miradas insidiosas, sin falsas buenas intenciones. Piénsalo, no tienes que contestarme ahora mismo. Si me llamas esta noche puedo arreglarlo todo para mañana, ni el detective podrá encontrarnos.

—Todavía me cuesta crees que pienses que lo mejor es huir.

—Te quiero con vida de modo que sí, lo mejor es huir. Iré a casa para comenzar a prepararlo todo. Deshazte de esa rata pronto y ni una palabra a Lidia.

—Silver yo no voy a...

—Ni una palabra a nadie y no me digas que no, en un par de horas podrías no pensar de la misma manera. No vuelvas a apagar tu teléfono, por favor. No es que me agrada hacer lo que hice y por cierto, no todo eso fui yo. Fui yo mezclándome con todo lo que llevas dentro y te juro que no fue agradable verlo, por eso quiero sacarte de aquí, sé que es la única forma de salvarte —posó una mano sobre mi cuello, temblaba—. Ten mucho cuidado, por favor—. Ladeó la cabeza y me dio un beso en la mejilla —te amo, reina.

Silver me soltó, dio un paso atrás y sin un “adiós” dio la media vuelta para caminar hasta su automóvil y partir.

Me quedé sola parada en la acera sin saber hacia dónde moverme.

Mi móvil comenzó a sonar.

Lo extraje de dentro de mi bolso.

Extraño tus besos.

Desearía que no te hubieses ido.

Desearía no estar en esta aburrida reunión.

Patrick.

Pensar en su nombre me sacó una sonrisa en medio de este infierno.

Mi móvil volvió a tocar.

Creo que podré regresar a mi casa esta tarde.

Es buena noticia.

Mi abogado le ganó la pulseada al detective.

¿Qué te parece si para festejar te llevo a conocer un

lugar que es muy especial para mí?

Mi cerebro le contestó que sí automáticamente y un poco de alivio entró en mi al comprender que al fin tendría acceso a la casa de Patrick y a todo lo que el asesino pudiese haberse dejado en el camino.

Si el detective tenía algo en contra de Patrick pues entonces yo lo vería también, y si no, conseguiría las pruebas necesarias para demostrarle que él no era el responsable.

Me encantaría conocer ese lugar que es especial para ti.

Y es un alivio que al final recuperarás tu casa.

Estoy segura que el asesino debe haberse dejado algo allí.

Encontraré eso que el detective no puede ver y daremos con él para detenerlo, para que tú y yo podamos continuar con nuestras vidas en paz.

Contesté y su respuesta no tardó nada en llegar.

¿Paz?

No tendré paz porque ahora te tengo en mi vida.

No quiero paz.

Te quiero a ti conmigo.

¿Es muy ridículo que te diga que te extraño?

Me quedé viendo el texto por un par de segundos y entonces entró el siguiente.

En mi vida le había enviado en mensaje así a nadie.  
Para no sentirme tan ridículo a continuación deberías decirme que te sucede lo mismo.

Miedo. Un profundo vacío en el estomago y en el pecho. Ganas de abrazarlo de besarlo de sentirme con él como me sentía con él hombre de mis sueños y visiones.

Ese lugar que quieres mostrarme debería estar en otra galaxia.

Una desconocida para el resto de la humanidad.  
Una en la que nadie nos moleste,  
una en que no debemos pensar en nadie más, en nada más.

Escribí y al alzar la vista vi que el policía me lanzaba una mirada.

Te llamo en cuanto me libere, lo que espero sea muy pronto.

No pienses en nada más ni en nadie más que en mí.

Yo no puedo hacer otra cosa que pensar en ti.  
Creo que si sigo así, hoy perderé un par de millones.  
Tengo que dejarte. Te llamo más tarde.  
Tu gato no es la pantera, la pantera eres tú y sí,  
el tigre le tema a la pantera.  
Es que no sé si has podido ver a la pantera. Eso lo  
explica todo.

La poderosa pantera negra que no le teme al fuego. La pantera negra siempre esta directamente asociada con el misterio, el misticismo y la magia. Su aterciopelado color negro sugiere la noche, la luna, la oscuridad primigenia y la energía que asciende desde las profundidades. La pantera negra era un símbolo de la mujer bella y valerosa. Virgen, madre, guerrera, seductora, sacerdotisa y bruja.

La pantera capaz de saltar, correr y nadar. La pantera negra puede tragarse al sol. Devorar el mundo y reinar sobre todas las luces y sombras.

La pantera negra ha trascendido sus deseos más básicos y está preparada para acceder a reinos más elevados —no tenía idea de dónde salieron esas palabras mas se quedaron haciendo eco dentro de mi cabeza hasta que mi móvil volvió a sonar.

Te veo luego.

No supe qué más contestar.

La pantalla se puso oscura y de cualquier modo continué viéndola por un par de segundos. Los procesos dentro de mi cerebro iban más lentos de lo normal.

Al final lancé otra vez el móvil dentro de mi bolso y me eché a andar en dirección a la puerta del Mystical, por allí habían entrado Lidia y Owen.

Cuando estuve lo suficientemente cerca enumeré los daños. La policía había abierto mi puerta si no con un ariete, al menos de un par de patadas bien dadas con las que destrozaron el cerrojo y parte de la puerta, dejándola inservible. Tendría que reemplazarla.

Intenté no amargarme por el estado de la entrada a mi casa.

El policía cruzó una mirada conmigo. Con eso me bastó, no necesitaba decirme ni una palabra, no estaba ni un poco feliz conmigo. Su cara de perro era más que expresiva.

Ni modo...

Abrí la puerta y entré en mi mundo.

Lidia había sentado a Owen en uno de los sillones del local y le limpiaba la sangre con un par de pañuelos de papel.

—Debería ponerse hielo —me dijo Lidia al verme entrar.

Owen me miró por encima del hombro de ella.

—Lo siento, Owen.

—No es tu culpa que Silver sea un idiota.

Silver no era un idiota, y su reacción, en gran parte sí era mi responsabilidad.

—Lidia puedes encargarte de esto un momento. Subiré con Owen a curarle la herida.

Lidia dejó el bollo de pañuelos descartables en la mano de Owen y se apartó.

—Sí, claro, no te preocupes, yo me arreglo aquí, ustedes suban. ¿Quieres que llame a Alberto para que se encargue de la puerta de entrada? Tendrás que cambiarla.

—Sí, gracias. Dile que lo dejo en sus manos, que necesito que la cambie cuanto antes.

—Ya mismo lo llamo.

Owen se levantó y medio se tambaleó.

—¿Puedes? —tendí una mano en su dirección.

—Sí, estoy bien —se prendió de mi mano de cualquier manera—. Apóyate en mis hombros.

Eso hizo con uno de sus pesados brazos.

Lidia abrió para nosotros la puerta que daba al hueco de la escalera al igual que la puerta rota de entrada que daba a la calle.

—¿Los ayudo?

—No, está bien, Lidia, gracias —le contestó Owen —solamente me mareé un poco. Estoy mejor.

—Bien, suban entonces. Aquí estaré por si me necesitan.

Subimos los primeros escalones y Lidia cerró la puerta.

—¿Quieres que te lleve al hospital? Silver a veces...

—Nunca creí que lo de ustedes llegase a eso.

—¿A qué te refieres? Entre él y yo...

—No es una novedad que Silver te ama y que haría cualquier cosa por estar contigo; no me refería a eso, me refería a la magia que ustedes tienen. El modo en que Silver me empujó, en el que casi me estrangula no fue normal, había algo más allí, lo sé.

Detenidos a mitad de la escalera, aparté la mirada.

—¿Las llamas fueron tuyas, no es así?

Por poco y me desnucó por volver a enfrentarlo.

—¿Qué?

—Las vi, nos rodeaban. Fue una locura, nunca creí que... no es que no creyera que tú de verdad tienes un don pero... eso fue... buff... es que no podía creerlo. Dime que no aluciné, que fuiste tú o que fue él quién las creó.

Tragué saliva.

—No creo que fuese Silver y tampoco es que yo... si lo hice no fue a propósito y jamás... Todavía no puedo creer que las vieras.

—Allí estaban, un poco difícil no notarlas. Fue solamente verlas, sentí su calor. En mi vida había experimentado nada similar.

—Lamento que tuvieses que pasar por todo esto. No deberías... —se me escapó el aliento y no pude seguir hablando.

—¿Es así como las sientes cuando sueñas?

—Cuando las llamas aparecen por lo general no es a mi alrededor sino sobre mí, Owen. Las siento quemarme.

—Si esto me asustó del modo en que lo hizo no quiero ni imaginar lo que debe ser para ti...

—Podría decir que casi estoy acostumbrada a ellas. El fuego es parte de mi vida, no le temo como antes, bueno quizás sí pero ahora lo vivo de otro modo, por eso te pedí que me tatuaras. Es diferente. Antes quería huir de ellas, hoy por hoy necesito enfrentarlas para descubrir su significado.

—Quiero ayudarte a encontrarlo.

—Son mis sombras, Owen. Hemos hablado de esto un millón de veces. Tú tienes una vida normal, lo que soy no calza contigo. Ni si quiera yo sé a qué me enfrento, cómo podría pedirte que lo enfrentases conmigo.

—No estás pidiéndomelo, te lo ofrezco. Te quiero a mi lado por completo, con todo lo que eres, incluido tu fuego. No me importan tus sombras si las compartes conmigo. Estoy dispuesto a zambullirme de cabeza en la oscuridad por ti.

—No actúas con coherencia.

—Bueno, el amor no suele ser muy coherente.

—Owen...

—Sé que Silver es muy importante para ti, no pretendo extirparlo de tu vida sin embargo tampoco creo que una persona con su temperamento sea lo que necesitas ahora.

—Silver es el único que entiende de esto.

—No él único. Si me permitieses... Agatha si pude ver las llamas es probable que pueda ser parte de lo demás también y quiero ser parte de lo demás, quiero entender lo que te sucede.

Sin contestar tiré de él para hacerlo subir.

—Si es necesario te ayudaré a encontrar al asesino.

—¿Qué?

—Que si necesitas que te ayude con Reed lo haré. Es que sé que estaré haciendo algo por ti y para mí...

—Owen.

—¿Qué?

Volvimos a detenernos.

—Él... es que...

— ¿Qué es lo que hay entre Reed y tú?

—No sé. Todavía no lo sé. Lo siento.

—No quiero ponerme a nivel de Silver pero no crees que quizás... es que cómo necesita tu ayuda... —hizo una pausa—. No quiero que te lastime, es todo.

—No se siente como eso.

—Espero no lo sea. No creas que son celos los que hablan, es que de verdad me parece que ese sujeto no es nada bueno. No te olvides de cómo lo conociste. Sé que yo puedo sacarte de esto, Agatha. Silver es un idiota sin embargo tiene razón con respecto a ese sujeto. Debes alejarte de su lado. No necesito poseer las cualidades de Silver, para saber que debes alejarte de él, que tu vida a su lado corre peligro. Puedo darte lo que ninguno de ellos dos puede, conmigo tendrías paz. Podríamos ser felices, podría ayudarte a calmar tu fuego, a aquietar tus pesadillas. Ahora que lo he visto sé de qué se trata, quiero ser quien te traiga paz. Quiero intentar darte la vida que te mereces. No será una vida de lujos... nosotros dos vivimos de otras cosas, sé que seríamos felices, que podríamos formar una hermosa familia.

Cómo contestarle que no podía pensar en lo que me proponía si en este momento, delante de mis ojos, tenía una maraña de sentimientos que por delante llevaba un hombre sin rostro y un hombre con una mirada de tigre que destrozaba mis pensamientos para colarse hasta lo más hondo de mi cerebro.

—Bien. No diré más. Sabes que aquí estoy y no me iré.

—Lo sé. Mejor subamos, necesitas ponerte hielo en ese labio y creo que te iría bien un té.

Owen me sonrió.

—Sí. Además me gustaría esperar a Alberto, quiero que arregle esa puerta como corresponde.

La ternura de este hombre no tenía límite.

—¿No tienes que regresar al estudio?

—¿Por qué, quieres que te tatúe algo?

—No hoy, quizás más adelante.

—Por cierto, cómo va el tatuaje.

—Bien, creo. Anda, subamos, el labio se te está poniendo morado.

Entre sorbo y sorbo de té, Owen se puso hielo sobre el labio.

No consiguió su cometido de quedarse a supervisar el trabajo de Alberto, Adele la madre de su hijo lo llamó para que pasase a buscarlo, había surgido algo y ella debía salir.

Una hora y media más tarde me encontraba sola en mi casa intentando darle un sentido a todo lo que sucedía.

## 14. Índigo.

La tarde fue cayendo a cuentagotas mientras Alberto y su ayudante

cambiaban mi puerta y la cerradura.

Cambió la guardia de policía y algunos de los productos que vendíamos en el Mystical cambiaron de dueños.

Cambió el olor del aire y se afianzaron las necesidades de mi corazón.

Algunas cosas son más eternas que otras; incluso las eternidades más largas tienen fin, el océano en el horizonte, desde mi terraza parecía no tenerlo, el índigo se tornaba cada vez más oscuro hasta mezclarse con el horizonte en un infinito que me hizo perder la noción del espacio que ocupaba mi propio cuerpo.

No fue adrede mas llevaba demasiado rato esperando un mensaje de Patrick; una espera derivó en otra y recordé las cenizas que descansaban en mi mesa de luz esperando por su descanso definitivo.

En silencio caminé hasta el lado de mi cama.

Azrael saltó sobre las mantas y se sentó junto a mí para entregarme su cuello. Llevaba un par de días desatendiéndolo y se me antojaba recostarme con él subido sobre mi pecho para sentir sus ronroneos directo en mi corazón pero como a todo le llega su hora...

Eran solamente cartas; eso podía pensarlo otra persona, no yo. Fueron mis cartas durante demasiado tiempo, un par de ojos extra que vio por mí cosas que no cubrían diez vidas.

Sentí como si fuese a enterrar a un ser querido, un trozo de mí, más que un brazo o una pierna, un trozo de mi alma, un trozo de mi propia eternidad, una pieza en ese rompecabezas hermoso que formaba el índigo sobre el horizonte.

—Tengo que hacer esto —le expliqué a Azrael y él alzó sus vibrantes ojos amarillos hasta mí—. ¿Quién es la pantera más bella? —sonreí. Azrael me entregó el costado de su cabeza.

La pantera...

Me faltaban mis ojos de tigre aquí y ahora; de cualquier modo no creía que él pudiese terminar de comprender esto.

Dejé de rascar el cuello de Azrael y me incliné para sacar las cartas.

Puse la caja sobre mi falda e inspiré hondo. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

La culpa también la tenía el atardecer. Así como el día se terminaba, mucho finalizaba hoy, quizás más de lo que podía soportar despedirme en veinticuatro horas.

Abrí la tapa y observé el pañuelo que contenía las cenizas. Volví a cerrar la tapa y las dejé a un lado por un segundo y besé la cabeza de mi gato.

—Intentaré no regresar muy tarde —rasqué su cuello—. Te quiero, mi belleza. Espérame aquí.

Con la caja en una mano, bajé en busca de mi bolso y las llaves de mi auto.

No me importaba si el detective se enojaba conmigo por salir.

Recogí mis cosas y con las nuevas llaves de mi puerta en la mano, salí a la calle.

—Saldré —le solté al policía—. No tengo idea de dónde voy y no sé a qué hora regresaré. Si el detective se enoja dile que me llame al móvil.

El hombre parpadeó sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Que tengas buenas noches.

El sujeto siguió sin contestar.

Caminé hasta mi automóvil.

Por mí podían seguirme si querían, tanto me daba.

Me metí en mi coche, dejé la caja que contenía el pañuelo con las cenizas sobre el asiento del acompañante y le di marcha al motor.

No tenía idea de mi destino. No se me ocurría ningún lugar en el que enterrar las cartas porque en el fondo no quería despedirme de ellas pese a que sabía que debía darles paz.

Vagaba por alguna calle perdida de la ciudad cuando mi móvil sonó.

Hola.

Al fin me libero.

Se hizo mucho más largo de lo esperado.

Una buena noticia: ¡regresé a mi casa!

Detuve el automóvil junto al cordón y contesté.

Sí, la tarde se hizo muy larga.

Me alegro que al fin estés en tu casa.

¿Estás bien?

¿Ya no quieres verme?

Debí suponer que te arrepentirías.

No estoy arrepentida y sí quiero verte.

Lo que sucede es que tengo que hacer algo antes.

¿Estás en tu casa?

Si puedo ayudarte en algo...

No quiero enroscarte con mis locuras.

Es un poco tarde para echarse atrás.

Quizás es un poco más de lo que  
pudieses desear tener que soportar.

No des más vueltas.

¿Qué sucede?

¿Dónde estás?

No estoy segura de dónde estoy.

Llevo un rato conduciendo.

Necesito un lugar en el que enterrar  
mis antiguas cartas.

Las que destrocé.

Lo siento.

Pasaron un par de segundos en los que ninguno de los dos escribió nada y fue ese el tiempo que tomó convencerme de que aquí acababa todo. Tanto Silver cuanto Owen tenían razón. Sobre todo Silver, nuestro mundo estaba en otra galaxia, en una demasiado lejana como para invitar a nadie a acompañarnos a vivir allí.

Me mordí el labio inferior.

Mejor acabarlo así, antes de siquiera en verdad empezar.

El sol que casi se perdía detrás de los edificios me encandiló con sus últimos rayos.

Mi móvil volvió a sonar.

Conozco un sitio que quizás te agrade.

Es un lugar tranquilo, con una vista increíble.

No digo que necesariamente tengas que enterrarlas allí.

Puedo enseñártelo y tú decides.

¿Quieres?

Mis dientes soltaron mi labio inferior permitiéndome así sonreír.

¿Seguro que quieres meterte en esto?

Si me lo permites lo haré.

Quiero hacerlo y no solamente porque

me siento responsable de lo sucedido con tus cartas.

También porque quiero estar contigo en esto.

¿Me enseñarás más de tu magia?

Eres un hombre extraño.

No te llego ni a los talones.

Y si soy extraño, tu forma de serlo es mucho mejor que la mía.

Puedo estar allí en 15'

Patrick me pasó la dirección.

Yo no solía ir a ese lado de la ciudad pero acepté verme con él allí con un enorme “sí” que me devolvió todo eso que sentí cuando me besó.

Puse el automóvil en marcha otra vez y fui a encontrarme con él.

...

Como no conocía bien la zona mas intuía que la dirección que Patrick me había pasado no debía estar muy lejos, fui buscando un lugar para estacionar.

Con el océano de frente a unos doscientos metros encontré un espacio en el que dejar mi coche. Caminaría para buscar la dirección.

Recogí mi bolso y la caja con las cenizas y bajé a buscarlo. Imaginé que él ya debía haber llegado; yo en determinado momento me perdí y recuperar el camino me obligó a dar un rodeo que me demoró al menos unos diez minutos.

Crucé la calle y me eché a andar sacando el móvil de dentro de mi bolso para comprobar la dirección que debía buscar. Doblé la esquina, el océano estaba justo en frente, pasando la tranquila línea costera que compartían un trozo de arena y un gran parque arbolado con juegos para niños y un espacio con mesas y sillas, una pérgola y otros agradables rincones armados para que los transeúntes tuviesen la oportunidad de vivir otro aspecto de la naturaleza.

La dirección que yo buscaba debía ser sobre este lado de la calle obviamente, sólo que no se me ocurría dónde podía haber aquí un buen lugar para enterrar las cenizas de mis cartas porque por los alrededores no había más que edificios.

Había hecho bien en estacionar en la calle lateral, aquí no cabía un alfiler, era un automóvil estacionado detrás del otro.

Seguí caminando, buscando el número que Patrick me había pasado.

Debía ser a mitad de manzana.

Pasé junto a dos enormes camionetas negras y delante de éstas apareció un automóvil blanco deportivo. En un parpadeo lo identifiqué, era un Lamborghini. Uno descapotable y en el asiento del conductor estaba sentado un hombre que yo conocía.

Sus ojos de tigre dieron conmigo a través del espejo retrovisor.

Giré la cabeza hacia el lado de los edificios, la entrada justo frente a donde Patrick estacionara, era él número que me había pasado.

Se bajó de su auto.

—Hola, llegaste. Pensé que no vendrías, estaba por llamarte.

—Hola, es que me perdí.

Me sonrió.

—Me alegra que vinieras.

—¿Cómo hiciste para estacionar justo frente a la dirección que me pasaste? Toda la calle está repleta de automóviles.

Su sonrisa se amplió.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Desde que te llamé?

—Patrick... Por eso me pasaste ese número.

Asintió con la cabeza.

—Ok. No sé qué tramas pero no veo por aquí ningún lado en que pueda enterrar las cenizas. ¿Para qué me hiciste venir hasta esta zona de la ciudad?

—Estaba aquí. A veces vengo a pensar y dije ¿por qué no?

—¿Vienes con tu coche hasta aquí y te sientas a pensar?

—Bueno, no es que me siente aquí mismo a pensar. Te pasé ese número

porque estaba estacionado aquí y donde iba a proponerte enterrar tus cartas no tiene número—. Con la cabeza apuntó hacia el otro lado de la calle, hacia el mar, hacia el parque—. Mi lugar especial.

—No puedo enterrar las cartas en un lugar público. Es decir... si pasa la policía y me ve cavando un pozo allí... No es buena idea. Debiste contarme cual era tu plan.

—Todavía no te lo cuento. Si me escuchases tal vez no sería tan mala idea.

Sola, se me escapó una mala cara que no era para él, fue porque el día se me estaba haciendo un tanto largo y pese a que me agradaba la idea de pasar un rato con él, esto se sentía extraño; cargaba demasiadas palabras y opiniones ajenas en mi cabeza.

Las propuestas extrañas de Patrick no me ayudaban mucho en la tarea de afianzar mi confianza en él.

—Te escucho.

Patrick en vez de contestarme regresó al automóvil. Se estiró hacia dentro y recogió algo largo que estaba dentro de una bolsa de papel marrón. Al enderezarse se guardó las llaves del automóvil en el bolsillo del pantalón.

Me tendió su mano.

Acepté lo que me ofrecía sin tener real idea de lo que era.

—Ven crucemos. ¿Quieres que te lleve eso? —ofreció haciendo referencia a la caja.

—No, estoy bien.

—Andando.

Sus dedos estrecharon mi mano.

Pasamos otra vez junto a las dos camionetas negras de vidrios polarizados y llegamos a la esquina, una vez allí, en un gesto galante, bajó a la calle y miró hacia ambos lados y entonces al cerciorarse de que no venía ningún vehículo me invitó a seguirlo.

—Patrick no insistas, no podemos enterrar mis cartas allí. Admito que es un lugar bonito y tranquilo, que tiene una vista increíble pero...

—Confía en mí al menos un poco.

Subimos a la acera.

—Este terreno es mío —anunció deteniéndose en la entrada del parque—. Iba a construir una pequeña marina aquí, al final conseguí un terreno mejor y se lo cedí a la ciudad en tanto y en cuanto decidan mantenerlo como un lugar público. Personalmente me ocupé de diseñar los espacios y me encargué de supervisar todas las obras. Mi empresa se encarga de cuidar el parque, de mantener los juegos en condiciones y demás. Es un lugar tranquilo a esta hora, durante el día se llena de niños. Pensé que podíamos enterrar las cartas allí junto a la pérgola. Tiene vista al mar. Bueno, no creo que las cartas lo noten, quizás sí, bien, eso lo sabrás tú. Al menos te quedarás tranquila al saber que quedaron en un lugar bello y puedes venir aquí cuando quieras. No es muy cerca de tu casa pero vale la pena el viaje —de un tirón muy entusiasta, me hizo entrar en el parque.

Tropecé con mis propios pies y mi falda negra se enredó entre mis piernas.

El verde del lugar invadió mis pulmones al instante. La noche que casi se coronaba reina por completo, había despertado aquí, un montón de aromas que permanecían dormidos durante el día.

Había flores por todas partes y sin duda que el espacio era increíble sin embargo...

Patrick cortó mis pensamientos de plano al detenerse.

—Mira eso —su mano, la que sostenía apuntó hacia el frente. La pérgola estaba entre en árbol de magnolias blancas enormes y la línea índigo del agua—. ¿No te parece un lugar increíble?

—Es... —se me puso la piel de gallina y todo mi cuerpo se estremeció.

Patrick le dio un apretón a mi mano y así quedaron pulverizados los restos de “peros” y dudas que quedaban en mí después de ver aquel estupendo rincón.

—Sabía que te gustaría.

—¿Seguro que podemos hacer esto aquí?

—Sí, nadie nos llevará detenidos por cavar un pozo en mi terreno. No te

preocupes —rio—. Será uno pequeño y dudo que el detective encuentre motivos para encerrarnos por esto.

—¿Por qué haces esto por mí?

Patrick iba a dar un paso y lo detuve frenándolo por su mano. Con el tirón sus dedos se cerraron todavía más sobre los míos como si temiese que pudiese separarnos.

—Te lo dije, me gusta este lugar y me pareció un buen sitio para tus cartas.

—Eso ya lo dijiste, me refiero a todo, a tomarte la molestia de...

—No es molestia. Además si algo sucede al menos tendré esto de ti aquí.

—¿Si algo sucede?

—Pese a lo que puedan decir tus cartas o cualquier predicción yo continúo creyendo que el destino es algo totalmente incierto.

—¿Por qué querrías tener algo de mí aquí?

—Porque me gusta el modo en que me siento cuando estoy contigo. Créeme, no soy muy bueno en esto. Puedo destacarme en otras cosas sin embargo en lo tocante a compartir mi tiempo con otro ser humano... Pese a todo contigo es extrañamente sencillo. Igual me pones muy nervioso —soltó riendo una vez más. Fue una sonrisa entre feliz y ansiosa, quizás más inquieta que feliz y eso me lo dijeron sus ojos, al apartarse de los míos.

—¿Por qué te pongo nervioso?

Tiró de mi mano para que volviésemos a movernos; me planté en mi sitio.

—Patrick.

—No me lo pongas más difícil —entonó. Sus ojos no paraban de moverse, apenas rozando por accidente mi mirada.

—Soy un ser muy racional y el tipo de personas que son como yo no esperan que estas cosas le sucedan a uno de la noche a la mañana.

Me quedé observándolo.

—Vamos, esto ya es maldad —rio otra vez —no insistas. Dije demasiado. No sirvo para hablar, eres tú la que debería decir cosas bonitas. La persona

mágica aquí presente es la que debe ser poética, no el hombre que maneja los números.

—Si esto no es poético...

—Sí, soy un romántico —soltó a modo de broma.

—Hablo en serio, Patrick. No te escapes por la tangente. Con, o sin magia puedes hablarme con la verdad.

Inspiró hondo hinchando su pecho al máximo dentro de la chaqueta de su traje.

—Solamente... —rio y apartó sus ojos de mí otra vez.

Tiré de su mano y lo atraje de nuevo hacia mí, apartó su rostro y entonces volví a buscarlo con los míos.

—Patrick.

—Es tan simple como que a pesar de todo, no puedo desear otra cosa que estar contigo. Es como anhelar estar dentro del océano, en el agua incluso mientras se desata un huracán. Sabes que por más que las olas en superficie tengan un poder destructivo impresionante, dentro, incluso antes de llegar al fondo, el agua es tranquila y podrías quedarte allí suspendido por siempre, gravitando dentro de ese azul.

Nos quedamos en silencio mirándonos.

Mi oídos apenas si podían creer lo que habían escuchado de sus labios.

—Ahí lo tienes, me salió poético y todo. Tenías razón en eso también.

—¿En que más tengo razón?

—En eso que te dijeron las cartas, en que deberías alejarte de mí. Bueno, si entras en razón aquí me quedarán tus cartas. Quizás para cuando te alejes de mi lado no me sentiré tan culpable por haberlas destrozado.

—Patrick... —no sabía que decir. Solamente conseguía que se me escapase su nombre de los labios. Mi corazón latía enloquecido y me costaba respirar y no por malos motivos.

—Es una tontería, no me hagas caso.

Mi espíritu se movió hacia delante empujando todas y cada una de mis

células hacia él. La distancia que nos separaba, a mi alma le pareció infinita y no la resistí. Sin tener demasiado cuidado le eché al cuello el brazo con el que sostenía la caja y comencé a besarlo. Se me olvidó la delicadeza, se me olvidaron todos los líos en los que estaba metida y no me importó si las lenguas de fuego que pudiesen crecer a mi alrededor, llegaban hasta la luna, necesitaba besarlo.

Cómo podía ser que mis labios percibiesen tanto de él, si hasta sentía que toda yo me concentraba en esa parte de mi ser. Fui solamente mis boca y lo besé, sentí la consistencia de su carne, la suavidad de la piel de sus labios y en el momento en que su lengua rozó la mía, se desató la mayor tormenta de fuego de la que hubiese sido testigo jamás.

El olor de las flores fue reemplazado por el humo, un humo que se mezcló con él olor tostado de su piel, con el color de sus ojos y la textura de su cabello entre mis dedos ahora ya que había soltado su mano para prenderme de lo más alto de su cuello como si quisiese que me elevase a esa altura tan distante en la que se encontraba.

Uno de sus brazos rodeó mi cintura y después buscó por debajo de mi chaqueta de cuero, por debajo de mi blusa negra, todo rastro de mi cuerpo que pudiese captar. Si mis manos querían trepar por él, su boca quería declarar su dominio sobre mí, podía no haber construido aquí una marina y sin embargo se adueñaba de mi cuerpo para erigir sobre mi piel un castillo de torres con pretensiones celestiales.

Existen ciertas experiencias que nublan la razón del cerebro y en eso se convirtió este beso. En un punto perdí la noción de lo que sentía con el cuerpo para ir más allá.

Todo corazón necesita un espejo en el que reflejarse, otro en cuyo latir diese con el ritmo de su propia existencia; y toda alma necesita encontrar otra que la entienda para estar en calma con lo que siente. Quizás ambos, corazón y alma estuviesen equivocados, mi alma, mi corazón, su corazón y su alma aquí, en este beso se fueron a ese rincón de efímera eternidad en el que todo está bien; a esas milésimas de segundo de completa, absoluta, suprema y maravillosa felicidad.

Patrick sonrió sobre mis labios.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome.

—Este beso lo aclaró. Te lo dije, no necesitaba ponerlo en palabras — tocó mis labios con los suyos una vez más—. Mejor nos damos prisa o caerá la noche. Si lo hacemos en plena oscuridad entonces sí resultaremos más sospechosos.

—Sí, tienes razón —desenredé mi brazo de su cuello.

—Dime donde quieres hacerlo. Estoy listo para entrar en acción —soltó entusiasmado develando lo que contenía la bolsa de papel; una pala de jardín con mango amarillo.

—Es nueva.

—Muy observadora.

—¿Fuiste a comprar una pala para enterrar las cartas?

—En realidad hice un poco de trampa aquí. Envié a alguien. Yo ya estaba aquí y temí que si salía con el coche de allí —apuntó con la cabeza hacia la acera de enfrente —no volvería a encontrar lugar para estacionar. Además no quería que arriesgarme a que llegaras y no estar. No hubiese sido lo mismo. No fue tan heroico. Prometo hacerlo mejor la próxima vez. ¿Me lo perdonas?

La sonrisa que le di me la quitó él de la mejor manera.

—Eso es un sí, ¿no?

—Gracias por traerla, yo siquiera pensé en eso.

—De nada.

Nos quedamos en silencio otra vez, sin poder quitarnos los ojos de encima.

—Lamento lo que le hice a tus cartas. Nada de esto es suficiente para reparar el daño. Me comprometo a ir compensándotelo de a poco, si me lo permites. Puedo invitarte a cenar después. ¿Estaría bien eso?

—Estará muy bien si me invitas porque quieres estar conmigo. No para resarcirme el daño. No tienes que hacer eso.

—Bien. Entonces será una cita.

Reí.

—Sí. Claro.

—Bueno, me dices dónde y cavo el pozo. Tenemos que hacer algo antes o... no tengo idea de si hay un ritual que seguir o...

—No, solamente les agradeceré y las enterraré.

—Ah, bien, ¿dónde quisieras?

—¿Qué te parece allí donde crecen esas flores violetas? —señalé los arbustos que rodean el lado de la pérgola que daba al mar.

—Me parece bien —en mi dirección tendió su mano otra vez.

Los dos fuimos a lo mismo, a entrelazar nuestros dedos.

Espiándonos con sonrisas llegamos hasta el sitio escogido.

Patrick me soltó y me preguntó dónde. Apunté entre los dos arbustos y él se quitó la chaqueta y la colgó de la baranda de madera que cerraba la pérgola del lado del mar. Se remangó la camisa y de rodillas se echó al suelo para empezar a cavar.

—¿Enterrarás la caja también? —curioseó cuando me arrodillé junto a él acomodando ésta a un lado del montón de tierra.

—No, es un regalo de Silver, no quiero desprenderme de ella.

—Es de una factura excelente. Parece oriental.

—Sí, creo que lo es, y también antigua.

—Se nota —señaló desde lejos el resquicio en el que faltaba una de las incrustaciones de marfil—. Debe ser valiosa.

—Lo es para mí.

—Seguro —continuó cavando un momento más—. ¿Silver es así de importante para ti?

Asentí con la cabeza.

—Ojalá pueda darte algo a lo que le des un valor semejante —en silencio me sostuvo la mirada—. En una vida en que todos poseemos demasiadas cosas, no es fácil dar algo que destaque de ese modo. Y sé que no tiene que ver con el valor monetario del objeto en cuestión. Es desesperante no saber qué darte para dejar en ti una marca así como dejó esa caja en ti.

—No necesitas darme...

—¿Nunca sentiste la imperiosa necesidad de ser parte de la vida de alguien? —soltó interrumpiéndome.

—Eso no se logra con un objeto.

—No sé qué hacer para dejar una marca en ti.

—No quiero que dejes un marca en mí. Podrías quedarte a mi lado. Todo lo que dices suena a despedida. El querer que mis cartas queden aquí, el necesitar darme algo, dejar una marca. Apenas acabas de empezar conmigo y ya piensas en el adiós.

—No quiero tener que despedirme de ti, por eso mismo. Es patético — apartó la mirada resoplando una sonrisa socarrona—. Tan lamentable. Discúlpame, mejor pretendes que no dije nada. Es que esto me sobrepasa y no tengo idea de cómo manejarlo. No sé por qué me sucede. Es como cuando apareciste en mi casa la madrugada del sábado, cuando encontraron en cuerpo de Vorobiov, yo simplemente no podía soltarte.

—No necesitas agarrarme, Patrick, no tengo intenciones de ir a ninguna parte. Esto es igual de extraño para mí.

—Y yo que creí que podrías explicarme de qué iba. Eres la que tiene experiencia con las cosas mágicas.

Me encogí de hombros.

—Por suerte no lo sé todo.

Patrick me sonrió y su sonrisa vino hasta mí para besar mis labios. Continuaba sonriendo cuando se apartó de mí para seguir cavando.

Unos segundos después saqué de la caja el pañuelo que contenía las cenizas.

—Así está bien. No es necesario que caves más, es suficientemente profundo.

Hizo la pala a un lado y se sacudió las manos, tenía tierra debajo de sus uñas y un poco en sus pantalones y sin embargo su elegancia no había mermado ni un poco porque lo suyo lo cargaba a flor de piel y no tenía que ver con sus ropas así como su fuerza no tenía que ver con el tamaño de sus músculos.

A veces las personas no se percatan de todo lo que están entregándote sin siquiera tener la intención de hacerlo.

Le sonreí y me devolvió el gesto en un nuevo, fresco y radiante resplandecer de sus labios.

Extraje el pañuelo de dentro de la caja.

La noche brillaba sobre nosotros convirtiendo el mar y el firmamento en una sola eternidad de color índigo.

—Gracias por estar conmigo, por ayudarme, gracias por ser parte de mí por tanto tiempo —sin querer apreté el pañuelo entre mis manos. Temblé ante la idea de colocarlas allí en la tierra, sentía como si de verdad estuviese depositando en aquel hueco, una parte de mí.

—Debería devolverte la carta que se salvó.

Negué con la cabeza.

—Es tuya.

Patrick tomó mis manos entre las suyas y me ayudó a bajarlas hasta la cavidad en la tierra.

—Gracias a ellas que te trajeron hasta mí.

Pese a la tristeza, mis labios se curvaron hacia arriba una vez más.

—Es cierto, gracias a ellas por eso también.

Nuestras manos tocaron la tierra del fondo.

Mi garganta se cerró cuando solté el pañuelo liberando también las manos de Patrick.

Fui la primera en echar tierra para cubrirlas pero sus manos no se quedaron quietas por mucho tiempo.

Al acabar de enterarlas solamente se escuchó la noche.

Patrick supo darme el tiempo que necesitaba y después de eso...

—Si quieres podemos dejar la cena para otro momento, o puedo llevarte a tu casa y prepararte algo de comer allí. Si no tienes nada de pasada puedo parar a comprar lo que se te antoje. Soy un cocinero con habilidades bastante respetables. Mi madre es una excelente cocinera e hizo todo lo que pudo para

enseñarme bien. O puedo llevarte a mi casa y prepararte algo allí —sonrió pícaro.

—Vine con mi coche.

—Ah, bien, es un no. Está bien, lo entiendo. No te preocupes —se sacudió las manos una vez más y se levantó.

—¿Siempre te rindes tan rápido?

Bajó la vista para mirarme.

—Estoy rendido desde que te vi.

Mi corazón le dio una patada a mis costillas.

—Tengo mi automóvil allí a la vuelta y no dije que no quiera cenar o que no quiera pasar las siguientes horas contigo —recogí la caja y me puse en pie—. Tengo a la policía custodiando la puerta de mi casa.

Patrick inspiró hondo.

—También yo, bueno en realidad son dos e intentan ir de incognito. Además seguro me siguen. Mi casa... bueno, no sé si quisieras... como fue el escenario...

—Mejor nos enfrentamos a eso otro día. Tenemos cosas que hacer allí, para encontrar al asesino, me refiero —me apuré a explicar ante su sonrisa ladeada que hizo que me diesen muchas ganas de besarlo. De cualquier modo tenía demasiadas ganas de hacer que se quedase a pasar la noche conmigo, de pasar con él el día de mañana, la siguiente noche y así el resto de los días que tuviese por delante—. No estoy muy segura de tener demasiado con lo que preparar una cena.

—No te preocupes por eso, pararemos a comprar de camino, ¿te parece bien? Puedo enviar a alguien a que recoja tu automóvil más tarde y te llevo en el mío.

—No, no hace falta, con que me guíes para no volver a perderme es suficiente.

—No volverás a perderte, no pienso perderte de vista. Vamos, te acompaño hasta tu auto.

Y eso hizo. Me subí a mi vehículo, di la vuelta manzana y llegue hasta el

suyo. Con su coche blanco me guió hasta las cercanías de mi apartamento. En una esquina a unas pocas calles de llegar se detuvo, bajó la ventanilla y me avisó que iría de compras, que me adelántese, en quince minutos estaría conmigo.

El semáforo se puso en verde, yo seguí por aquella calle y él dobló a la derecha en la esquina.

El habitáculo de mi automóvil se llenó de humo y apenas podía respirar, fue instantáneo. Se apartó de mí y sentí que moría entre asfixiada y quemada aquí dentro.

Me tomó al menos cinco calles recuperarme un poco.

A toda velocidad estacioné. Salté del auto hacia la calle arrastrando mi bolso, la caja y el mundo conmigo. Mis prisas no eran para escapar del humo sino unas más triviales. Sí, Patrick había visto mi casa ya, sin embargo esta visita suya era muy distinta, quería poner un poco de orden, si me era posible darme una ducha rapidísima y cambiarme de ropa, si tenía la gracia de un par de minutos más: poner sobre mi rostro un poco de maquillaje que tapase mis ojeras.

Con un rápido “buenas noches” saludé al policía y remonté las escaleras alzando mi falda para no matarme por correr hacia arriba como si el mundo fuese a acabarse en treinta segundos.

Encendí luces. Solté mi bolso sobre el escritorio. Allí también dejé la caja.

A las apuradas saludé a Azrael, puse música y le di de comer.

Metí dentro del lavavajillas las tazas de té que usamos con Owen y lo puse a funcionar. Me cercioré de tener vino blanco frío. Recogí papeles, ropa y demás cosas que tenía por ahí y corrí otra vez escaleras arriba en dirección a mi cuarto. Eché la ropa sucia en el canasto arrancándome al mismo tiempo la que llevaba puesta. Al quitarme la camisa me la llevé a la nariz antes de meterla en el canasto. Olía a mi perfume, a humo y a aroma de Patrick. Por un par de segundos me perdí allí.

Regresé a la realidad para tender la cama y como loca me metí en el baño.

Directo a la ducha.

No pudiendo creer mi suerte, salí a las prisas. Escogí un bonito conjunto de ropa interior negro, mi falda negra favorita, una a la que le sobraban gajos de terciopelo, seda, pequeñas lentejuelas y cristales, y una blusa negra que hacía perfecta combinación. Me arremangué las mangas de la camisa, cerré solamente los botones suficientes y corrí de regreso al baño. Por miedo a hacer un desastre que me tomaría valiosos segundos arreglar, desestimé el uso del delineador negro decantándome por la máscara de pestañas.

Mi melena platinada había visto mejores días de modo que la alcé sobre mi cabeza en un moño que sujeté con el palito del cual colgaba el pentagrama, regalo de Lidia.

Iba bajando las escaleras cuando sonó el timbre.

¡Justo a tiempo!

Otra carrera hacia la cocina.

—¿Sí?

—Adivina —me dijo su sonriente voz a través del portero eléctrico.

—¿Mi cena?

—Sí, tu cena —contestó ahora sí riendo abiertamente.

—Bajo a abrirte.

Había cambiado la puerta pero no le había dado tiempo a Alberto de instalar la cerradura eléctrica.

Nerviosa como si fuese una primera cita, bajé.

Al abrir la puerta lo encontré parado a un lado del policía que me cuidaba, quién lo veía como si tuviese enfrente al mismísimo Diablo. Patrick sonreía hasta con los ojos, hasta por los poros, cargando alegremente contra su pecho, dos bolsas con víveres.

El detective no tardaría ni cinco minutos en saber que Patrick estaba aquí.

—Pasa.

—Gracias —me dijo a mí—. Que tengas una buena noche —le deseó al policía.

Patrick entró y yo saludé al policía con la mano.

—Creo que no le hace muy feliz verme aquí.

—Creo que no. No te preocupes, sube —cerré la puerta.

—Nunca pensé que una mujer pudiese ducharse y cambiarse de ropa a esa velocidad. Estás muy bella —entonó deteniéndose un par de escalones por delante de mí para darse la vuelta y mirarme—. Hermosa. Y yo aquí sucio de tierra.

—No te preocupes, estás tan guapo como siempre.

—Nada como tú —soltó y continuó subiendo.

La sonrisa más boba se instaló en mi cara.



## 15. Podría sentirme así por siempre.

—Es bueno estar aquí otra vez—sus palabras salieron en forma de un largo suspiro al cruzar el umbral de la puerta.

Azrael, desde la esquina de la alfombra entre los dos sillones y justo frente al ángulo de la mesa del café, nos observó.

Al menos no salía corriendo ni le soplaba erizando todo su pelaje en señal de desagrado.

—Al menos no bufa —observó Patrick pensando lo mismo que yo—. Igual creo que no ve con buenos ojos mi presencia.

—Así son los gatos, tendrás que ganarte su confianza.

—De ser así creo que nos saltamos un paso, empezamos con la pata izquierda —Patrick caminó hasta Azrael y mi gato alzó sus cuartos traseros de la alfombra para curvar su espalda y afilar su mirada. Patrick no se inhibió—. ¿Cómo se llama?

—Azrael.

—¿Cómo el ángel de la muerte?

Me quedé viéndolo, no tenía idea de que supiese eso.

—Mi madre es muy religiosa. Mucha gente piensa que Azrael era una suerte de criatura oscura, en realidad se suponía que era el encargado de tranquilizar y guiar las almas de los recién fallecidos.

Continué boquiabierta.

—¿Sorprendida? —entonó con una ceja en alto. No esperó mi respuesta, dio un paso más hacia Azrael.

Mi gato se apartó un poco pero no se fue.

—¿Sostienes esto? —inclinó las bolsas de papel en mi dirección.

—Sí, claro —tomé las bolsas—. Ten cuidado puede ser muy...

Mi advertencia no llegó a tiempo, Patrick bajó la mano y Azrael le tiró un zarpazo para acto seguido, salir corriendo.

—Creo que todavía no hay suficiente confianza entre nosotros.

La mueca en su rostro despertó en mí, primero una oleada de ternura y luego... con las bolsas con víveres de por medio acerqué mi rostro hacia él deseando besarlo una vez más, y en otras cientos de miles también.

—¿Y esto? —curioseó con una sonrisa refiriéndose a mi gesto.

—Porque eres muy valiente.

—De saber que solamente necesitaba hacerle frente a tu gato una vez... —susurró con una sonrisa mirándome directo a los ojos.

—¿Me besarás o no?

Patrick se rio.

Su respuesta fue posar sus dos manos sobre mi cuello y comenzar a besarme.

El cuidado con el que tocó mis labios con los suyos consiguió que lo desease todavía más.

Mi nariz cerca de su piel... sus manos en mi cabello...

Patrick apartó ligeramente sus labios de los míos para inspirar hondo y a continuación se lanzó directo hacia mi boca ya sin tanto cuidado. Una de sus manos soltó mi cabello y maldije las bolsas que cargaba en mis brazos porque yo no podía tocarlo tal como él me tocaba a mí, y deseaba con toda el alma hacerlo.

Mis labios llegaron a la comisura de los suyos.

—Me echas cuando quieras —jadeó dentro de mi boca.

—Sí, claro —atrapé sus labios entre los míos—. ¿De verdad te irías si te lo pidiese?

—Por supuesto —apretó sus labios y se los relamió como saboreando lo que quedaba de mí en él —pero mejor no lo hagas, ¿sí? No quisiera tener que irme. Ya es muy tarde para salir de aquí.

—Quizás perdiera la llave —bromeé.

—Eso suena excelente; no poder salir de aquí... Tentador —sonriendo me besó una vez más, fue solamente tocar mis labios y de cualquier modo todo mi cuerpo reaccionó. No quedaba parte en mí que no lo desease.

—Me molesta una sola cosa.

—¿Qué? —dijo apartando su rostro de mí a través de sus manos en mi cuello.

—Estas malditas bolsas —las alcé un poco y él se carcajeó.

—Sí, claro —comenzó a quitármelas de encima—, las llevaré a la cocina —hizo el amago de alejarse de mí pero no se lo permití. Le saqué una bolsa y la dejé sobre el sillón, luego la otra.

—Mejor así.

—¿Y la cena?

—Más tarde —rodeé su cuello con mis brazos—. De cualquier modo no te irás a ninguna parte. Recuerda que perdí la llave.

Patrick rio otra vez. Su sonrisa era plácida, estupenda, un lago al sol de la tarde entre montañas que formaban un paisaje estupendo.

Su brazos atraparon mi cintura. Se enroscaron a mi alrededor encerrándome en su cuerpo, contra su pecho, sus abdominales, su cadera, su entrepierna y sus piernas.

Si quedaba algún milímetro de distancia entre nosotros, fui yo la que lo convirtió en humo.

Nuestras bocas se estrellaron, colisionaron como dos enormes estrellas.

Su lengua me hizo saber que sus gestos al principio suaves no le temían al placer.

Me alcé todavía más contra él necesitando sentirlo todo de su cuerpo, necesitando tenerlo pegado a mí y sin ropas de por medio.

Las manos de Patrick tiraron de la parte baja de mi camisa para soltarla de la cintura de la falda, una de sus manos se coló por el interior de la prenda atravesando la línea de mi espina dorsal para llegar hasta la escapula del otro lado, sus dedos treparon todavía más arriba, hasta el espacio entre mi hombro

y mi cuello y allí se clavaron para apretarme contra él mientras su otra mano hacía algo similar, rodeando mi cintura hacia abajo para tomarme por el muslo del lado contrario. Sus dedos fueron atrayendo la falda hacia arriba para encerrarla en su puño.

Quitó mi boca de encima de él y mordió su mentón. Al alzar la vista me encontré con sus ojos de tigre devorándome.

—Me encanta que uses faldas —susurró justo cuando sus dedos, libres de toda la seda y el terciopelo llegaron a la piel sobre mi muslo—. Eres la bruja más sexy que conozco y no te lo tomes a mal. Es que me vuelve loco todo esto —sus palmas se pegaron a mi piel, palmas y dedos extendidos. Sus manos se encontraban en dos puntos de mi cuerpo y de cualquier modo la abarcaban por completo—. ¿Me tomarías como tu discípulo? Soy algo duro de entenderas mas prometo serte fiel.

—No es tan sencillo, primero debes demostrar tus aptitudes para la magia.

—¿Mis aptitudes para la magia? —pegó sus caderas a mí y puso los ojos en blanco. Me reí.

—Sí, que unos pocos besos no cuentan.

—Entiendo —sonrió—. Me alegra que no tomes a cualquiera por discípulo —tocó mis labios con los suyos en un beso que selló la felicidad a mí piel. No podía creer que estuviese sintiéndome así con él, así de tranquila y de relajada, sin miedos, sin necesidad de preguntarme ¿y después qué?, o si habría un después. Por más que me pesara la verdad era una, siquiera podía recordar las sospechas que todos enarbolaban en su contra. Incluso resultaba muy sencillo ignorar las advertencias de las cartas; si es que no comprendía el porqué de todo aquello. Nada tenía sentido. A pesar de su oscuridad, estar a su lado se sentía como nada que yo hubiese sentido antes en mí vida. Bueno, no en la vida real pero sí... sí con aquel hombre de mis visiones y sueños.

—Podría sentirme así por siempre —articuló soltando mi labio inferior después de haber tironeado de él.

Abrí los ojos aturdida, tenía exactamente esas palabras en la punta de la lengua.

—Definitivamente esto no es normal. Sigo creyendo que me hiciste algo

—entornó los párpados —y no es justo. ¿Me tienes actuando contra mi voluntad?

Mi mano se deslizó desde su nuca hasta su cuello. Tenía tantas ganas de tocar su piel, que las yemas de mis dedos fueron arrastrando pliegues de tela en su recorrido por su pecho. Mi piel ya odiaba su camisa.

Pasé por encima de sus pectorales, percibí sus costillas, más abajo sus abdominales, el ángulo de los oblicuos y me topé con el cinturón que sostenía sus pantalones. Mis dedos jugaron con la hebilla sin que mis ojos se despegasen de los suyos, contra mi boca, mi nariz y mi pecho recibí las señales de que su pulso se había acelerado. Si le costaba respirar tanto cuanto a mí...

Mi mano siguió camino hacia abajo y para eso tuve que apartarme un poco de él; lo que lamenté. Ni modo, mi retribución estaba a un par de centímetros.

Algunas personas subestiman el valor que tiene el encontrar la paz en la intimidad con el otro, y no era solamente una cuestión de piel, las cuestiones de piel se disuelven con el tiempo así como la piel se arruga con los años, se llena de cicatrices y se quema con el sol. Una cuestión de piel es eso mismo, un evento superficial que si no tiene nada que lo soporte se queda en superficie, en algo que no consigue penetrar hasta lo profundo de ti, en algo que el viento puede arrebatar sin dificultad.

Mi mano llegó a su entrepierna. Cubrí por completo esa parte de su cuerpo avanzando hasta enfrentar su boca con la mía.

—¿Se siente como si fueses contra tu voluntad? —mi voz apenas se escuchó; su cuerpo captó el mensaje a la perfección.

La mano de Patrick bajó por mi espalda. Ladeó la cabeza y atravesó su boca con la mía.

—Podrías ser muy poderosa. Mi mente lleva nublada desde que te conozco. Apenas si me reconozco a mí mismo estos últimos días —sonrió en mis labios—. Quizás fue al revés: no me embrujaste sino que quitaste de mí un hechizo que me impedía ser yo. Lo que creí sería el peor desastre de mi vida terminó convirtiéndose en lo que nunca siquiera deseé encontrar. Es que siquiera sabía que esto existía —apartó su rostro ligeramente de mí, una vez más—. Ahora sí creo en la magia. No me queda más remedio, decir que no

existe sería como negar tu existencia, como pretender que esto no está sucediendo.

Mi mano trepó por su pecho una vez más, hasta llegar al pulso en su cuello.

—Esto está sucediendo —lo besé.

Patrick asintió con la cabeza.

—Mi habitación está escaleras arriba.

Su pecho y corazón rieron para mí.

Sacó su mano de dentro de mi blusa.

Me arrancó una carcajada al alzarme contra su cuerpo por los muslos.

Enrosqué mis piernas en su cintura y mis brazos a su cuello.

Si me deleitaba el que su cuerpo pudiese soportar así, el peso del mío, me aturdía la idea de lo que pudiese hacer cuando no nos separase la ropa, cuando no quedasen barreras entre nosotros.

Quizás la magia disolvió las leyes de la gravedad y por eso no le costó nada cargarme escaleras arriba.

Besándonos llegamos a mi cama.

Patrick me bajó al suelo sin apartar su boca de la mía.

Con su lengua atorando mis pensamientos, comenzó a quitarse la chaqueta y yo lo ayudé. Fuimos a por su camisa y sus endemoniados botones mientras sacaba ampollas en mi piel por culpa de las quemaduras que me provocaban sus besos. Mi cuello debía verse al rojo vivo pero no me importaba. Podía calcinarme hasta los huesos si quería. Esto lo valía todo, incluso esa oscuridad que amenazaba sobre el anverso de las cartas del tarot que ahora eran más mías que nunca.

Su camisa cayó al suelo y mis dedos temblaban demasiado por culpa de la ansiedad como para enredarme entre la seda y los pequeños botones. Tiré de la prenda para soltar lo que por delante, todavía permanecía sujeto por debajo de la cintura de mi falda y me la arranqué por la cabeza obligándonos a ambos a separarnos por un par segundos.

Como un cuervo que encuentra la libertad en la noche cerrada, mi blusa

voló hacia alguna parte.

Mis manos y las suyas llegaron al mismo tiempo a la hebilla de su cinturón.

Entré los dos soltamos apartamos el cinturón y nos atropellamos para bajar el cierre de sus pantalones.

Al tiempo que sus manos volvían a mi cuello alcé una pierna y tiré de una de mis botas, la otra no tardó mucho en dejar mi pie.

Mis botas y sus zapatos quedaron perdidos, quizás juntos, en algún rincón de mi cuarto.

Las yemas de sus dedos hicieron contacto con mi vientre para descender hasta el borde de la falda. Despacio, Patrick la empujó hacia abajo.

Dentro de mi cabeza repetí la misma oración con la que acompañé el dibujo del pentagrama en su mano. Necesitaba cuidar de esto, guardarlo como el tesoro máspreciado. Silver podía haberme dado aquella antigua caja y las cartas que también sin duda tenían un valor monetario incalculable pero Patrick estaba dándome esto, esto que no tenía nombre en el mundo real. Esta magia aquí no se daba con hechizos, pociones, ungüentos ni amuletos y ciertamente no había altar que tuviese la oportunidad de hacerle justicia porque así como muchas cosas en el mundo, lo más supremo no tiene explicación.

Patrick continuó empujando mi falda hacia abajo, hasta pasar mis bragas negras con la cual sus dedos jugaron mientras sus labios atrapaban el lóbulo de mi oreja.

Al caer por mis piernas, la falda me hizo cosquillas. Toda mi piel se erizó.

Con sus brazos alrededor de mi cintura tomé aliento sobre sus párpados.

Mis dedos cayeron como lluvia sobre su espalda y todas las estrellas del firmamento se posaron sobre mí cuando su pene presionó sobre la parte baja de mi abdomen.

En caricias parecía que nuestros cuerpos se contaban sus secretos.

Quizás él no tuviese idea de lo que hacía; con su tacto se adueñaba de los recuerdos de aquel hombre que con tanta facilidad se unía a mí, que con tanta entrega me poseía en sueños y visiones a las que hasta hoy no les encontraba

explicación.

¿Habrían sido el futuro adelantándose a esto? Una predicción que las cartas no podían enseñar porque era demasiado intensa. Sí, esto que generábamos juntos tenía un poder destructivo mucho más alarmante que la amenaza sorda en las cabezas cerradas de todos los que un día creyeron o continúan creyendo que la magia es puramente diabólica y dañina.

La magia da vida igual que un beso.

La magia despierta energías insospechadas en rincones resecos y oscuros.

Eso hizo Patrick conmigo, trajo de un universo escondido dentro de mí, todo aquello que tanto me costaba hallar incluso en los momentos en que más necesitaba de mi magia para ayudar.

Patrick puso en la palma de mi mano un espiral en la que el pasado, el presente y el futuro se enredaban.

Besándome como si se le fuese la vida en ello, me hizo caminar de espaldas a la cama hasta que mis pantorrillas tocaron el cubrecama.

Con su cuerpo inclinándose sobre mí, trepé sobre el colchón.

Arrancándonos pequeños besos, yo retrocedí sobre las mantas y él gateó acorralándome del modo más placentero, con sus brazos y piernas.

—Desearte hace que me sienta más liviano que el aire y al mismo tiempo mi cuerpo pesa tanto que no quiero hacer otra cosa que no sea dejarme caer sobre ti —Patrick dio un beso cuidadoso debajo de mi ojo derecho, luego otro sobre mí frente—. No quiero aplastarte con el peso de esto que siento.

Sus palabras no fueron una declaración sexy, tampoco una broma. Abrí los ojos y me lo encontré observándome con un gesto serio, con real preocupación en la mirada, con una sonrisa de angustia que solamente puede tener alguien que quiere y se preocupa por el objeto de su amor. En efecto, la lujuria se queda en la piel, lo demás se metía por mis poros; esa mirada suya, esa sonrisa y sus palabras fueron absorbidas por mi carne, incrustándose en mí como los zarcillos de una enredadera que busca una superficie a la que aferrarse para crecer.

Su boca regreso a la mía y pronto me permití olvidarme de ese fognazo de preocupación.

Así fuese un momento único, lo tendría y lo conservaría para siempre. Solamente esperaba que no quedase empañado por ninguna cortina de niebla como la que se alzaba dentro de Patrick al enfrentarse a las cartas o a mis propios poderes en busca de verdades.

Liberé mi cuerpo a la superficie del cubrecama y muerta de deseo le clavé las uñas como si deseara rasgarlo para liberar lo que pretendía desgarrarme el pecho de tanto sentir.

Patrick quedó alzado sobre mí, con sus ojos en los míos.

De encima de la cama tomó mi mano derecha y la alzó hasta sus labios para entregarme un beso galante y tierno. Con cuidado depositó mi mano en su sitio y a continuación bajó hasta mi boca. Otro beso tan delicado como la seda.

Se movió hacia atrás y bajó hasta mi pecho derecho.

Su boca caliente me arrancó el aliento cuando bajó hasta mi sostén para cubrir mi pezón inundándolo de calor.

Me retorcí de gusto y sentí que todo mi cuerpo se preparaba para él.

Movió su cabeza hasta mi otro pecho y allí repitió la operación. Esta vez jadeé de gusto y tomé su cintura para atraerlo hasta mí pero él se mantuvo firme sobre sus rodillas y codos.

Su nariz rozó el borde de mis sostén negro y cayó sobre la piel de mi pecho para llegar hasta la altura de mi corazón. Allí otro beso ligero como una pluma purificó mi alma.

Los besos se multiplicaron por miles cuando se movió hasta el centro de mi pecho y por allí bajó.

Perdí su espalda mas encontré su hermoso cabello.

Patrick encontró el piercing en mi ombligo y después de entretenerse allí con su lengua, provocando que los músculos en mi espalda sufriesen lo mismo que han de sufrir las cuerdas de una guitarra cuando se la toca, siguió camino hacia abajo. Ahora sus besos fueron sobre el borde de mis bragas, sobre la tela de éstas y luego sobre...

Mi cerebro estalló, literalmente explotó. Su boca, atreves del fino tejido encontró mi clítoris. El mero roce y el calor de su boca comenzaron a

hacerme delirar.

Uno de sus dedos tironeó del borde superior de la prenda mientras su boca intentaba derribar la barrera que separaba su lengua de mi cuerpo.

Otro de sus dedos llegó a lo más alto del bastión para tirar hacia abajo.

Patrick apartó su boca de mí, sus ojos se movieron por todo mi cuerpo hasta dar con mi mirada. Sin pronunciar palabra empezó a apartar mis bragas de mí y con gusto lo ayudé alzando mis caderas.

Al quedar libre de éstas, mi necesidad de él se hizo todavía más patente.

Su boca regresó a mí mientras sus manos atraparon mis muslos para impedirme escapar del placer.

Sus lengua, sus labios, incluso su nariz. Todo mi cuerpo se hinchó de gusto. Para él volví a alzar mis caderas moviéndome hasta conseguir guiar sus besos a los puntos en los que necesitaba.

Gruñidos se abrieron paso por mi garganta. Gruñidos de un animal al borde del abismo.

Patrick bajó con su boca todavía más sobre mí. Su saliva se mezcló con mi humedad y por eso el dedo que deslizó en mi interior al apartarse un poco, hizo que la piel se me erizara igual que cuando pasaba los dedos por la superficie suave de las cartas del tarot.

Buscó un mundo dentro de mí, moviéndose despacio y lento, suave y haciendo uso de toda la fuerza de su brazo. No encontró un mundo sino la energía suficiente para crear uno nuevo.

Jadeé su nombre y él vino con su boca hasta la mía para atrapar cada una de las letras y después deformarlas hasta conseguir articular mi nombre.

El “Agatha” de sus labios sonaba como todos los nombres que hubiese podido tener en una eternidad de vida.

No quedó suavidad ni en su brazo ni en sus dedos sino una necesidad volcada a dar una enormidad de placer que sin tregua me llevó a tener un orgasmo sobre su mano y también en su boca.

Cerré los ojos y sus labios a través de mis párpados llenaron mis retinas de imágenes de él que se mezclaron con el bosque en la noche, con él hombre

de mis visiones y un fuego ardiendo cerca, con cada roce y cada pellizco de sus labios sobre mis pezones, en mi cuello o contra la piel de mi pubis.

Intoxicada de él y sin antídoto, me estiré hacia la mesa de luz, abrí el cajón y saqué un par de preservativos.

Con mi vientre tenso, al igual de tensa que estaba mi vagina a la espera de su pene duro, el que ya había sentido varias veces sobre mis piernas y abdomen, el que acaricié con mi mano mientras sus dedos estaban dentro de mí, lo vi prepararse.

Todo mi cuerpo se contrajo sobre sí mismo.

Patrick se colocó sobre mí. Una de mis manos fue a la parte baja de su espalda, la otra a su virilidad. Lo necesitaba con urgencia dentro de mí.

Mis piernas se enlazaron con las suyas y tomándolo por la punta lo deslicé sobre mi clítoris acariciándome con él, sintiéndolo caliente y tan necesitado de mi cuanto lo estaba mi interior.

Lo apreté hacia arriba y abajo una vez más encendiéndome, encendiéndolo.

Fue su tono de jadear, de mirarme con necesidad, de apretar los dientes hasta que sus labios se hicieron eco de la fuerza de su mandíbula.

Con la misma firmeza que un segundo atrás lo bajé hasta la entrada de mi vagina y entonces de antemano sentí su primer embate en los músculos de su piernas, a continuación en la parte baja de su espalda; su trasero se tensó y entró en mí un poco.

Salió y mi cuello se tensó, sus pectorales también.

Lo atraje una vez más hacia mí y perdí el control. Patrick me asió con fuerza casi inmovilizándome para hacer de mí lo que quería y lo que quería era placer.

Despacio entró y salió de mí, delineando las profundidades de mi cuerpo.

Empezó a moverse de costado y entonces tuve la impresión de que él podía hacer de mí lo que quisiera, estaba deformándome, cambiándome a otra cosa.

Sin perderme de vista me besó una y otra vez hasta que sus jadeos y mis

gemidos cortaron los besos pero no el contacto visual.

Entró y salió de mí todas las veces que los segundos llevan transcurriendo desde que el mundo es mundo o al menos esa fue la impresión que me dio.

Mi cuerpo dejó de ser carne para convertirse en fuego.

La cama tomó fuego, el suelo se puso al rojo vivo, las paredes se cubrieron de un manto dorado. La noche se puso roja y la luna por un par de segundos emuló al sol y yo, con él, con sus ojos de tigre en mis ojos de pantera morí y renací un millón de veces, y lloré y reí por dentro hasta que todo lo que sentí en mi vida, lo que sentiría en el futuro quedó aturdido por un estallido de felicidad que me hizo gritar, que lo hizo gritar, y que dejó al mundo en silencio porque después de semejante verdad no quedaban más palabras por decir y se le debe respeto a la magia más maravillosa y suprema del universo: el amor.

Y mi corazón sucumbió allí mismo horrorizado de sentir de verdad lo que había sentido por el hombre de mis visiones y entonces escuché su voz repitiendo como una mantra, una y otra vez, que me amaba, que me amaría por siempre, por todas las eternidades, por todas las estrellas en el cielo.

Contuve las palabras al borde de mis labios porque no creí que pese a todo lo que había dicho, Patrick quisiese oírlas. Si lo nuestro seguía adelante, tendría tiempo de sobra para decírselas.

Patrick cayó primero sobre mi boca. Con su cuerpo todavía dentro del mío escondió su cabeza entre mi cuello, mi hombro, mi nuca y mi descontrolada melena plateada.

*—No querrías sentir esto por siempre —declaró la voz de Silver dentro de mi cabeza y lo vi allí parado junto al fuego, engalanado con su túnica negra—. Esto te consumiré.*

*—No puedo evitarlo.*

*—Yo sí —contestó volviendo su rostro blanco en mi dirección; su lado izquierdo quedó teñido por el naranja de las llamas y ese fue el único rastro de vida que pude ver en él en ese instante.*

*—Sí lo sintieses entenderías que querrías sentirlo por siempre.*

*Dio un largo parpadeo, sus ojos plateados se centraron en el fuego.*

*—Lo siento, lo experimento, está en mí y sé que lo sentiré por siempre.*

*Las llamas tomaron cuenta de mi cuerpo y mis pulmones quedaron invadidos por el humo más negro y denso que yo hubiese inhalado jamás.*

Mis ojos se abrieron de par en par como una de esas cajas que contienen sorpresas. Los resortes me dispararon otra vez hacia la realidad.

Me alcé de la cama arrastrando a Patrick conmigo porque mis pulmones necesitaban oxígeno y recostada no era capaz de absorberlo.

La bocanada que di fue equiparable a la que hubiese necesitado dar después de dos minutos sin oxígeno.

Completamente descolocado por la situación Patrick se sentó a mi lado.

—¿Agatha?! —sus manos tomaron contacto conmigo. Requisaron primero mi cabello y luego mi rostro en busca de una herida que no estaba allí, de un mal que no le sería sencillo entender.

Entre jadeos y parpadeos que tenían como fin borrar las lágrimas de asfixia en mi rostro, lo sentí acariciarme, lo vi mirarme con preocupación.

Su voz me dijo que me amaba mas ésta no salió de sus labios.

Su voz me dijo que me odiaba, que no me lo perdonaría jamás, que se arrepentía del día que me conoció, que yo le había hecho sentir cosas falsas, que era una embaucadora que corrompió su alma para hacerme de su poder, de su condición social, de su dinero e incluso de su cuerpo. Su voz me dijo todo eso pero sin emitir sonido alguno, salió de mi cabeza, de mi corazón, del mundo alrededor de mí y de cada uno de mis recuerdos.

Nada de esto estaba bien.

Mi única reacción fue no saber cómo reaccionar.

Patrick me abrazó para arrastrarme otra vez a la cama.

A su lado me convertí en un ovillo, dejando de ser una pantera para convertirme en una madeja de cordel con la que podía jugar un tigre.

...

Abrí los ojos para encontrarme con Patrick profundamente dormido a mi lado, de cara a mí con su mano derecha a pocos centímetros de mi nariz. Respiraba tranquilo, su rostro no daba señales de otra cosa que no fuese una profunda entrega a un sueño placido. El mío no había sido así, no tenía idea de qué soñaba antes, pero al final de mi pesadilla fue lo mismo de siempre: el fuego consumiéndome, el humo asfixiándome.

Todavía con la respiración agitada y todo el cuerpo empapado en sudor, me arrastré por la cama apartándome de él. Cuando estuve lo suficientemente lejos de su persona, me incorporé y bajé de la cama para ir hasta el baño en búsqueda de mi bata.

Necesitaba cinco minutos a solas.

Intentando hacer mis pasos más livianos, fui hasta la puerta en puntas de pies y salí del cuarto entornándola.

Respiré más tranquila porque sabía que ahora corría menos peligro de despertarlo.

Iba bajando las escaleras cuando Azrael apareció al pie de éstas para recibirme.

Mi apartamento estaba a oscuras apenas iluminado por la luz de la luna.

Al llegar abajo lo alcé en brazos; él recibió gustoso mis caricias. Juntos y a los cabezazos —así me acariciaba él— fuimos hasta la cocina.

Yo tenía un poco de hambre y sed, y mi pantera negra se merecía un premio por haberse comportado bien. Era prácticamente un milagro que no hubiese llegado a la habitación bufando con todo el pelo erizado para echar a Patrick de allí.

Lo bajé frente a su cuenco con agua y el dispensador de alimento y fui a por un sobre de comida húmeda que le daba a modo de premio.

—¿Quién es el gato más bueno?

Azrael alzó sus ojos amarillos hasta mí.

—¿Quién comerá un sobrecito rico? —canturreé sacudiendo el paquete

mientras con la otra mano buscaba un platito en el que volcar el contenido.

Unos maullidos como los que dan los gatitos cuando buscan a su madre porque tienen hambre, llenaron la cocina.

Acaricié su cabeza y puse el plato en el suelo. Ansioso anduvo de un lado para el otro por delante de mis rodillas mientras abría el sobre.

—Aquí tienes —comencé a volcar el contenido en el plato y él a modo de agradecimiento se refregó una vez más—. Qué lo disfrutes —rasqué su cabeza y lo dejé comiendo para poner a calentar agua para un té.

Fui a por las compras que habían quedado en la otra habitación. Al ver las bolsas sobre el sillón, no supe muy bien porqué, todo se hizo más real. Patrick estaba arriba en mi cama durmiendo, Patrick estaba conmigo y yo estaba loca por él; más que eso.

El amor es peligroso, tanto como jugar con fuego. Lo más peligroso de todo era que yo no comprendía las reglas de este juego; no tenía idea de qué iba en realidad y me asustaba que todo lo que me sucedía por estos días se mezclase con tanta facilidad con lo que llenaba mis sueños y mis visiones.

Hasta ahora había intentado tomármelo con calma, desestimar cualquier indicio de peligro, esa tristeza que surgía de esa voz que por momentos me amaba y en otros me odiaba.

Más allá de mi magia, de todo lo extraño que rodeara mi vida desde que tenía uso de razón, esto sucedía ahora mismo, debía tener una explicación y ya no podía demorarme más en comenzar a buscarla. Si todo lo que sucedía no pasaba de una mera coincidencia pues bien, si no...

Se me formó un nudo en el estomago.

La tetera eléctrica me avisó que el agua estaba caliente. Volqué el líquido dentro de la taza y dejé reposar la bebida mientras mi frente descansaba sobre el borde del mueble que corría por encima de la encimera.

Pensar en lo que tenía por delante me daba dolor de cabeza.

—Ey, ¿qué haces allí sola, tan lejos de mí?

Giré la cabeza para verlo parado justo debajo del marco de la puerta, con algo de cara de dormido y vistiendo solamente ropa interior.

—¿Todo bien?

—Sí.

Se sonrió y caminó hasta mí para abrazarme, acomodándose contra su pecho.

—Me asusté cuando no te vi en la cama al abrir los ojos. Pensé lo peor —acercó su nariz a mi cabello e inspiró hondo—. ¿Quieres que me largue?

Negué con la cabeza por debajo de su nariz.

—Pensé que ya no me querías más aquí. ¿Segura que estás bien? —insistió buscando mi mirada.

—Sí, tenía un poco de hambre y sed, eso es todo —respondí soltando la verdad a medias.

—El té no te quitará el hambre. Veo que trajiste las compras —apuntó en dirección a las bolsas encima de la mesa con la cabeza—. Te prometí una cena. ¿Me dejas que cocine para ti? Lo admito, también tengo algo de hambre.

—Sí, claro —la sonrisa brotó sola en mis labios porque él me miraba de un modo único, porque sus brazos me brindaban un abrazo sincero. Aún así tuve que poner un poco de esfuerzo para que esa sonrisa luciese lo suficientemente convincente, para que no me preguntase otra vez qué me sucedía.

Todavía no me preguntaba nada de lo ocurrido en mi cama cuando mi cerebro derrapó en territorio peligroso, mas imaginaba que no tardaría mucho en hacerlo. No tenía apariencia de dejar pasar lo sucedido.

—Sé que no entiendo la mayor parte de las cosas que haces, que mi mente es un poco cerrada, sin embargo estoy intentando... Quiero saber qué pasó contigo. Debiste ver tu rostro, estabas entre pálida y ruborizada, te costaba respirar, tu piel estaba empapada y helada, y la mirada en tus ojos... cuando me miraste a los ojos parecías estar viendo tu peor pesadilla —movió la cabeza de un lado al otro—, no quiero ser eso. Por eso me preocupó abrir los ojos y no verte allí. ¿Me dirás que es? Al menos quiero intentar comprenderlo. Por favor, dame la oportunidad de entender quién eres y lo que implica ser tú.

—No creo que realmente quieras escuchar eso.

—Ponme a prueba.

—Patrick, es muy enredado. No quiero darte motivos para que pienses que estoy loca.

—No pensaré que estás loca, supongo que simplemente descubriré que eres todavía más especial de lo que yo creía —sonrió—. Entonces me sentiré como un pobre diablo que no tiene nada de especial. Ojalá se me contagiase un poco de tu locura. Daría cualquier cosa por ver el mundo del modo en que lo ves, vivirlo como tú lo vives, ese mundo tuyo es más completo que el mío, más intenso. Hace un rato hiciste el mío más intenso —sonrió pícaro—. Quiero al menos un poco de eso durante las veinticuatro horas de mi día.

—Sí pensarás que estoy loca. Patrick yo no pedí esto que tengo, lo que vivo, las cosas que percibo. Todo eso nació conmigo y no puedo extirparlo de mí.

—No deberías hacerlo.

Me zafé del agarre de sus brazos.

—Escucha, mejor dejamos las cosas como están.

—Eso no sucederá. No es un juego; sí, es solamente el principio y queda mucho por delante pero no iré a ninguna parte así que mejor me lo cuentas. Quiero saber todo de ti. Quiero saber si puedo hacer algo para ayudarte, sin importar lo que sea. No me iré, no pienso apartarme de tu lado. Si no me quieres, si fue esta noche o quizás esta noche y un par más para ti, pues entonces me lo dices, de lo contrario si como yo, necesitas más de esto, te sugiero que empieces a explicarme qué fue lo que te sucedió. Necesito saberlo, Agatha. Es que se me congeló la sangre al verte así, es que sentí que te perdía para siempre. Fue... —su rostro se ensombreció—, nunca temí tanto por nadie. Fue como si cayeses por un pozo y yo por detrás de ti sin poder hacer nada para que te fueses al fondo. No me preocupa hundirme en el fondo contigo pero al menos quisiera poder intentar hacer algo para evitar que caigas, incluso si eso implica caer por ti. ¿Quedó claro?

—Quizás quieras sentarte.

Ante mi ofrecimiento Patrick frunció el entrecejo.

—Ok, no soy tu amigo Silver, no tengo experiencia en estas cosas pero soy un hombre fuerte y si es necesario lo seré más por ti. No me quebraré, no saldré corriendo. Quiero entender.

—Tengo visiones.

—Bien, es un comienzo. Gracias por confiar en mí. ¿Qué clase de visiones?

Apoyé la espalda contra la heladera tomando un poco más de distancia de él.

—No sé de que clase, no sé si hay clases. Lo que sé es que de muy pequeña tengo una pesadilla que se repite una y otra vez. En la pesadilla el fuego sube por mis piernas, quema mis manos al tiempo que el humo llena mis pulmones asfixiándome.

Se quedó mirándome sin parpadear por un incómodo momento.

—Eso debe ser... es horrible. ¿Y dices que sueñas eso desde pequeña? ¿Cuán real es?

—Lo suficiente para así como anoche, despierte asfixiándome, empapada en sudor, con la piel ardiendo y roja como si en realidad si estuviese quemándome viva. A veces tengo que saltar de la cama y meterme en la ducha para dejar que el agua fría corra por encima de mi piel.

—No puedo ni imaginar lo que debió ser soñar eso siendo una niña.

—Bueno, es difícil, las primeras veces pensé que el sueño se iría; con los años... tuve una época en que me desesperaba cada vez que me enviaban a la cama. No quería ni cerrar los ojos.

—Agatha...

—Mis padres pensaron que estaba loca, sobre todo porque también podía sentir otras cosas; verlas antes de que sucediesen. Uno se acostumbra a soportar lo que haga falta y con el tiempo hasta aprendí a controlar algunas cosas de mi magia. Las pesadillas no quieren ser controladas —le dije forzando una sonrisa.

—¿Qué crees que significan?

—Cada quien lo interpreta de un modo distinto. Dejas de creer que es una

advertencia o el síntoma de algo que vives por esos días, cuando llevas toda tu vida soñando lo mismo. Llevaba mucho tiempo sin hacerle verdadero caso a esos sueños. Es que me cansé de prestarles atención, de que sean el centro de mi vida. El problema es que desde hace casi una semana todo cambió.

—¿Cómo?

—Las pesadillas son todavía más intensas y han surgido otras y además de eso —tragué saliva— las pesadillas se están saliendo de su sitio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya no se limitan a ocupar mis horas de sueño, el fuego también aparece cuando estoy despierta. El fuego y otros sueños que tampoco sé qué son.

—¿Qué otros sueños tienes?

—Mejor lo dejamos así, ¿sí?

—Ja,ja,ja —falseó una risa—. No —dio un paso certero en mi dirección—. Cuéntamelo todo.

—Patrick es más de lo que desearías escuchar.

—Pues a veces uno no puede tener lo que desea y si es contigo, antes que paz, deseo la verdad. ¿Podrías hacerme el favor de contarme qué es?

—Bueno, empecé a soñar con un hombre al que no le veo el rostro.

Alzó ambas cejas.

—Un hombre al que sé que amo.

—¿Quién es ese hombre? ¿Estás enamorada de él? No sabía que estuvieses con alguien más.

—No, no es eso. No sé quién es, Patrick. No tengo idea de su identidad, no es alguien que yo conozca en la vida real, siquiera vi su rostro. Ya soñé un par de veces con él pero jamás lo veo. Él está conmigo, me ama y yo sé que no debería estar conmigo. Es siempre a escondidas. Es... es intenso y sé que lo amo en esos sueños, sé que daría todo por él y él me dice que daría todo por mí.

—¿Lo amas?

—No es tan simple. Es que al igual que tú, él no entiende de esto. Él al igual que tú es de un mundo distinto al mío. Cuando estamos juntos él me jura amor eterno sin embargo hubieron otros sueños.

—¿Cuáles?

—Unos en los que estoy encerrada en un lugar oscuro y frío. Es como un calabozo. Cuando estoy allí me gustaría que él viniese a rescatarme; sé que no debe hacerlo, por su seguridad no debería volver a acercarse a mí y de cualquier modo continúo deseando que venga a rescatarme. Sé que me han torturado y que me harán todavía más daño y él no llega. Entonces aparece ese otro hombre cuyo rostro tampoco veo porque allí en ese lugar negro, todo es oscuridad. Creo que es un carcelero, no sé, quizás un guardia. Él me promete que me ayudará a salir de allí.

—¿El hombre al que amas no llega por ti?

Negué con la cabeza.

—Anoche y otras veces, así como fue capaz de decirme y hacerme sentir lo mucho que me ama, me demuestra su desprecio también. Me dice que me odia, que arruiné su vida, que lo embrujé para hacerlo amarme, para aprovecharme de su posición, para arrebatarme su dinero —hice una pausa—. La otra noche soñé con Silver, estábamos en un lugar que no es su lugar de trabajo, era otro sitio, uno con paredes de piedra y ventanas muy altas, Silver lucía una especie de túnica negra muy larga y... él me daba una poción para beber.

—¿Qué clase de poción?

—Para, como dijo él, apartar a ciertos seres humanos de mí. En vez de beber la poción la tiraba.

—¿Por qué hacías eso?

Aquí venía lo difícil. Inspiré hondo.

—Creo que mis sueños comienzan a mezclarse con la realidad. En el sueño Silver me decía que había visto a un hombre entrar en mi casa, ese hombre podría ser el hombre con el que sueño o... Silver no se cansa de repetir que no debo estar cerca de ti ni de Owen. Es probable que sea por todos, no lo sé. Mi única certeza es que no quiero alejarte de mí.

—¿No quieres alejarte del hombre de tus sueños, no es así? —me preguntó al cabo de un instante en el que se quedó mirándome.

—Antes de alejarlo de mí me gustaría descubrir quién es.

—Entonces... estoy compartiéndote con alguien que siquiera tú conoces. No es del todo agradable saber que cuando cierras los ojos piensas en alguien más y que no quieres dejar de pensar en él. Podría ser alguien del pasado, un antiguo novio. ¿Y qué sucederá cuando recuerdes quién es? Entiendo que nos conocimos el viernes, que empezamos con el pie izquierdo, que por mi culpa estás metida en un gran lío... es que yo no pienso en nadie más cuando duermo o cuando cierro los ojos.

—No puedo ni quiero ignorar los sueños que tengo. El fuego ha sido por siempre un sueño atascado en mis sueños. Es como si por años hubiese estado trabada en un punto de mi existencia y ahora por fin comienza a fluir. La sensación es como si hubiese dejado una película en pausa y recién ahora le doy al *play* otra vez. Necesito saber qué sucede a continuación. No puedo parar la película ahora. No son sueños normales, Patrick. Sé que esto me llevará hacia alguna parte.

—Lejos de mí —se cruzó de brazos y se dio la media vuelta.

—¿Qué dices?

—Nada, no tiene importancia, no me hagas caso —llegó a la mesa y abrió una de las bolsas de compras—. ¿Quieres que te prepare de cenar?

—Patrick —llegué hasta él—. Yo no quiero eso, no quiero alejarte de mí, es que no puedo ignorar lo que me sucede así como no pude ignorarte a ti. Dijiste que querías intentar entender —tomándolo del brazo hice que me mirase—. Quiero ponerle fin a esta locura para así no tener que preocuparme más por el fuego, para así seguir adelante con mi vida sin que este sueño esté interrumpiendo cada momento de mi existencia. Si incluso cuando almorzamos juntos en el hotel tuve una visión. No quiero estar contigo a medias, teniendo la cabeza y el corazón oprimidos por esta locura. Qué más quisiera yo que no haber tenido que dejar la cama en la que estabas acostado, que no haberte asustado al despertar así —alcé mis dedos hasta sus manos—. No quiero que esas visiones y esas pesadillas empañen esto. Quiero disfrutarlo sin tener que tener miedo, bueno, al menos miedo de eso otro, quiero que todos mis miedos, todas mis locuras y toda mi intranquilidad

proceda de lo que me sucede contigo porque así es en este instante. Mi fuego ya arruinó demasiadas cosas en mi vida y no quiero que arruine esto que tengo contigo también.

—Pero y si ese hombre...

—Patrick, prefiero tener la realidad a una visión —mi mano corrió hacia abajo por su mentón y su pecho—, quiero esta realidad para mí —le sonreí—. Y sí, me encantaría que me hicieses de cenar porque me muero de hambre. Además estoy segura de que ningún hombre de ensueños cocina tan bien como tú.

Un poco de su preocupación se fue gracias a un amago de sonrisa en su rostro.

—¿Solamente eso hago mejor que el hombre de tus sueños?

—Patrick aquello podía sentirse real —acerqué mis labios a los suyos —pero esto es lo real. Nunca me permití vivir en mis sueños, la realidad es mejor porque aquí los sueños se materializan.

—¿Entonces no quieres materializarlo a él, al hombre que amas?

Reí.

—Ya lo hice —le contesté y comencé a besarlo. Es que estar con él, besarlo a él se sentía igual de bien que besar aquel hombre de mis visiones o incluso mucho mejor.

—Sí, claro.

—Te lo aseguro, no tienes de qué ponerte celoso.

—Quiero tu magia solamente para mí.

—La tendrás, solamente permíteme que acabe con esto. Ya lo verás, en cuanto toda esta locura termine, en cuanto aclaremos lo que sucedió con Vorobiov seremos solamente tú y yo.

—Y Azrael —comentó señalando hacia abajo, hacia mi derecha.

Bajé la vista y vi a Azrael sentado a mis pies.

—Eso parece.

—Por mí no hay problema, con él no me molesta compartirte.

Mis labios acariciaron los suyos.

—Un problema menos. Resolveremos esto juntos, confía en mí, haré lo que haga falta para encontrar al asesino de Vorobiov.

—Y yo pese a toda mi ignorancia, mi estupidez y mis celos haré lo que sea necesario para ayudarte a averiguar porqué sueñas todas esas cosas. Gracias por no beber la poción que te dio Silver.

—No tienes ni que mencionarlo, solamente prepárame de comer que me crujen las tripas.

Patrick se rio.

—Cómo gustes.

La cocina nunca fue mi fuerte y eso quedó en evidencia cuando Patrick me hizo ayudarlo. De cualquier modo mi vergüenza quedó a un lado, llevaba mucho tiempo sin pasar un momento sencillo y bueno de verdad. Lo mejor de todo: ese momento era a su lado, entre sonrisas, besos y miradas cómplices.

Mientras preparábamos la comida Patrick me habló de su madre, de lo mucho que había batallado para que ambos saliesen adelante cuando solamente eran ellos dos, me contó sobre su padrastro a quien él llamaba papá porque eso mismo había sido siempre para él. Con orgullo y amor habló de sus hermanos.

Desinhibido me contó anécdotas de su infancia, de su época de escuela y de universidad.

La conversación se puso un poco más tensa cuando me tocó a mí hablar, no era fácil admitir que lo mejor para todos había sido que yo dejase atrás a mis padres y dos hermanos varones mayores que yo, que jamás pudieron o supieron acoplarse a mi magia o al menos aceptarla como una parte de mí, la cual me era imposible cambiar.

Tampoco me dio mucho orgullo contarle que durante muchos años de mi vida había sido una persona de comportamiento para nada ejemplar. Cuando Patrick se había dedicado a los estudios, a formarse y hacerse de una vida, yo había pasado el tiempo robando casas, automóviles y billeteras a transeúntes descuidados.

—Lo importante es que esa parte de tu vida terminó —fueron sus

palabras cuando terminé de contarle la cantidad de veces que había terminado en problemas—. Si siguiesses, si no hubieses aprendido nada de todo aquello sería muy distinto pero no es así.

Negué con la cabeza.

—El detective sabe que tengo experiencia con el tipo de alarma con la que tienes instalada en tu casa.

—Sí, lo sabía, mi abogado me lo dijo. Ese hombre está desesperado por encontrar un chivo expiatorio. Agatha, no te preocupes.

—¿Y qué hay de las pruebas que dice que tiene en tu contra?

—No tendrá nada cuando encontremos al asesino. Tranquila, como tú dijiste, resolveremos esto juntos.

—Ojalá pueda encontrar en tu casa pistas que nos lleven a averiguar quién es.

—Las encontrarás, estoy seguro de que sí. Ahora sé que eres todavía más especial de lo que creí.

—¿No te da miedo?

—¿Debo temer?

Negué con la cabeza.

—Estaba pensando que no importa si Silver quiere ayudarnos o no, igual me gustaría hablar con él, aclararle quién soy. No quiero que vuelva a intentar apartarme de ti ni en los sueños ni en la realidad —su mano llegó a la mía para enredar sus dedos en los míos—. Estoy aquí para quedarme. Me gustaría tener la oportunidad de hacerle entender eso. No iré a ninguna parte, no al menos sin ti.

Como pude salí de esa conversación. Esperaba que ni a Silver ni a Patrick se les enquistase en la cabeza la idea de encontrarse, no al menos hasta que las aguas se calmasen un poco. Silver estaba demasiado descontrolado, demasiado a la defensiva en lo tocante a mi persona, y eso no era nada bueno, menos el que sin reparo, permitiese que su magia fluyese libre frente a extraños, con gente que de eso nada entendía, y en situaciones en las que solamente podían empeorarlo todo.

Por otro lado Patrick encontraba bajo demasiada presión por las sospechas que pesaban sobre él y no sonaba bien enfrentarlo a un Silver que últimamente hacía erupción por cualquier cosa.

Si conseguí modificar el rumbo de la conversación fue en parte porque él me lo permitió, de otro modo no hubiese sido tan sencillo; quedaba claro que cuando Patrick quería algo, resultaba un poco difícil cambiar el camino que su mente y toda su energía ya tenían delineado.

Cenamos y conversamos un rato más y a final terminamos la noche en la cama otra vez, deseándonos todavía más, besándonos, demostrándonos el uno al otro que podríamos estar así por siempre.

Me dormí entre sus brazos sin tener miedo de despertar por culpa del fuego, él estaría allí para apagarlas, si las llamas me despertaban, estaría allí para darme aire con sus besos.

Por primera vez en mucho tiempo me dormí realmente tranquila, en paz, llena de energía gracias a lo que mi corazón comenzaba a sentir por él.

## 16. El único culpable.

—Él te destruirá. Deberías irte, buscar un lugar en el que no pueda dar contigo, lo más lejos de aquí posible. No le digas a nadie donde vas, siquiera a mí, solamente vete, aléjate de él lo más que puedas. Es el único modo de que estés a salvo. La gente habla, murmuran cosas. Todo el mundo está observándote a la espera de que caigas. Están deseosos de que cometas un error, de que les permitas ver lo que no deben ver porque jamás lo entenderían. Ellos no nos entienden, no son como nosotros —Lidia me tomó por la cabeza—. Te quiero, eres mi mejor amiga, mi hermana, un trozo de mi alma y no puedo simplemente quedarme de brazos cruzados viendo como esto te consume, como te lleva a la ruina. Sabes que no es únicamente el dolor, tu vida está en juego —hizo una pausa—. Hay una muerte de por medio. No puedes pasar por alto eso. Las sospechas vuelan como flechas y tú pareces insistir en pararte delante de la diana. Sé razonable, apártate, al menos por un tiempo, hasta que todo se calme. Silver tiene razón, debes apartarte, alejarte. Deja que te lleve lejos.

—Lidia, no puedo dejarlo.

—Tienes que hacerlo. Tienes que admitir que lo que tienes con él no te llevará a ninguna parte. Tu único destino a su lado es la ruina y no permitiremos que te hundas así por nada. Ni Silver ni yo lo permitiremos.

—No es por nada, Lidia. Lo amo.

—No puedes amarlo, apenas si lo conoces. Es una locura. No antepongas su vida a la tuya. Por él tomaste demasiados riesgos, por él te expusiste innecesariamente. Hiciste por él cosas que no debieras. Se aprovecha y se lo permites. Te llevará al fuego, al fin. Ese hombre es el único culpable de todo lo que sucede. Desde que apareció nuestras vidas no son las mismas. Estábamos mucho mejor antes, éramos una familia, teníamos un presente y un futuro, ahora solamente tenemos discusiones, discordia. Éramos fuertes juntos, invencibles.

—Lidia creí que él te gustaba, si incluso al principio casi pretendías echarme a sus brazos.

—Cometí un error. No tenía idea de quién era él en realidad. No es el hombre que pensé que sería —soltó mi cabeza y se apartó para taparse el rostro.

Solamente entonces me di cuenta de que nos hallábamos en mitad de un bosque, amanecía o quizás estuviese anocheciendo, no estaba segura.

—Es mi culpa, todo esto es mi culpa. Jamás debí llevarte a él. Si algo te sucede será mi responsabilidad. Por favor —regresó a mi para tirarse de rodillas a mis pies y tomar mis manos—. Por favor, te lo ruego, vete con Silver, permite que te lleve lejos de aquí.

—Es tarde, no puedo irme, no quiero irme. Nada sucederá, resolveremos esto juntos —tiré de sus manos para hacer que se pusiese de pie—. Si te pones de mi lado podremos convencer a Silver de que me ayude para dar con la verdad todo saldrá bien.

—Nunca saldrá bien. Ese hombre es terrible y no te merece. Te hará daño. Nos hará daño a todos. Imagino las mentiras que te dijo, seguro ha dicho que te ama, que te amaría por siempre y que haría cualquier cosa por ti. No es cierto, es ególatra, mentiroso y soberbio. No le importa nada más que no sea su persona, sus metas. Él tiene un objetivo y ese objetivo no eres tú.

—No lo conoces.

—Te cegó con sus palabras mentirosas. Con los discursos que querías escuchar. Te lo ruego, por lo que más quieras, escúchame, ese hombre no es lo que parece. Ya lo verás, te dará la espalda. He visto su alma, su energía... hay demasiada oscuridad en él. Devorará tu luz, tu energía y cuando ya no te necesite te dará la espalda.

—No puedo creer que me desees eso.

—No lo deseo, por eso mismo estoy aquí, para pedirte que lo apartes de tu lado, que te vayas muy lejos hasta que él se olvide de ti. Es probable que no le tome mucho, que él encuentre alguien más en un parpadeo, alguien más a quien pueda exprimir. Te amo, eres mi hermana, no quiero ver que nada malo te suceda, por favor.

Lidia se puso en pie, soltó mis manos y dio un paso atrás.

—Necesitas ese fuego para saber que estás despierta —recitó dando otro

*paso hacia atrás.*

*—¿Qué dices?*

*—El fuego te hará saber que estás despierta, que esto es real.*

*—El fuego... no entiendo de qué hablas.*

*—Lo sabes, lo sabes muy bien.*

*Lidia dio otro paso hacia atrás y entonces las llamas saltaron a mi alrededor para apartarme de ella. El fuego formaba un anillo perfecto teniéndome como su centro, su eje. Ya no pude ver a Lidia, mucho menos escuchar sus palabras pese a que la escuchaba gritar. Era imposible identificar las palabras que salían de su boca.*

*El anillo de fuego se fue ampliando cada vez más, alejándola a ella de mí, paso a paso, apartando su voz de mis oídos. Las llamas gritaban más fuerte que ella, eran más altas y más potentes que la magia con la cual procuraba apartarlas para regresar a mí.*

*Sentí que las llamas en vez de querer dañarme estaban protegiéndome.*

*El fuego quemó los árboles, los arbustos y el pasto a mi alrededor y si bien sentía su calor las llamas no parecían tener intención de dañarme.*

*Las llamas se alejaron de mí cada vez más, más y más hasta que al bosque regresó el silencio y la única luz dorada que mis ojos podían ver era la de la luz del sol saliendo por el horizonte.*

*Escuché a los pájaros cantar y el fresco de la mañana acarició mi piel. Olía a tierra húmeda.*

*—¿Agatha?*

*Su voz no me asustó pero sí me sorprendió, no esperaba encontrarlo aquí. El fuego recién se había extinguido.*

*Giré sobre mis pies para encontrarme a Patrick a mi espalda.*

*—¿Te encuentras bien?*

*—Sí, yo estoy... —mi mirada se topó con sus manos teñidas de rojo. Densas y grandes gotas se desprendían de las yemas de sus dedos.*

*—¿Estás herido?*

—¿Qué... yo? Pensé que tú...

—Tus manos, Patrick, tus manos están empapadas en sangre.

—¿De qué hablas? —alzó sus manos ensangrentadas—. ¿Esto?

—Sí, eso, ¿te encuentras bien?

Patrick no contestó. Su voz optó por el silencio.

Un sonido extraño repercutió en el bosque, un sonido que nada tenía que ver con este sitio.

Sonó, una, dos y tres veces en un ritmo particular. Una campanilla... sonaba demasiado alegre.

El fuego cayó sobre nosotros como si fuese lluvia, quemándome a mí, quemando a Patrick y consumiendo el bosque hasta convertirlo en cenizas.

El timbre volvió a sonar antes de que tuviese tiempo de abrir los ojos.

Todavía oliendo a humo dentro de mis pulmones, terminé de despertar.

Mi cerebro guardó todo lo sucedido en el sueño para revivirlo en una fracción de segundo antes de que pudiese pestañar una vez.

Lidia, Patrick, el fuego... Silver.

Patrick dormía plácidamente a mi lado. Por lo visto no había escuchado el timbre de la puerta.

Miré la hora en el despertador.

La que había tocado el timbre debía ser Lidia.

Ella algunas mañanas antes de que empezásemos nuestra jornada en el Mystical venía aquí, desayunábamos juntas y nos tomábamos un momento para nosotras dos.

Antes de que la policía destrozase la puerta para cerciorarse de mi estado, ella solía tener una copia de las llaves por lo que entraba sin tocar.

Con cuidado bajé de la cama y me vestí con lo primero que encontré, lo que fue mi bata.

Al salir cerré la puerta del cuarto.

Bajé las escaleras corriendo para evitar que Lidia volviese a tocar el

timbre, no quería que despertase a Patrick.

Manoteé las llaves de encima de la mesa y me lancé a por el segundo tramo de escalera.

Abrí, la luz del amanecer dio de frente en mis ojos recordándome demasiado a mi sueño de unos minutos atrás.

Lidia apareció sonriente al otro lado de la puerta.

A unos metros un automóvil de la policía y dos oficiales conversando.

—Traje el desayuno —entonó contenta y uno de los oficiales alzó la vista en mi dirección. Su mirada decía mucho, él debía saber que yo no estaba sola dentro, imaginé que sabía muy bien con quién me encontraba. Me pregunté si se lo habrían informado al detective—. ¿No me invitas a pasar? Traje cosas ricas. Pensé que necesitaríamos azúcar hoy, después de todo lo que sucedió ayer.

—Sí, pasa, tenemos que hablar.

—Ya lo creo que sí —entró y cerró la puerta por detrás de sí—. ¿Volviste a hablar con Silver? Debe estar que trina. ¿Y Owen te llamó? Esa Adele parece olfatear cuando ustedes dos están juntos para así arruinarles el momento.

—No había un momento entre Owen y yo, Lidia. Y no creo que lo haya. Es mi amigo y seguirá siéndolo.

—¿Discutieron? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No fue una discusión, conversamos y le aclaré como son las cosas, bueno, no es que las cosas estén muy claras, simplemente que no quiero que continúe aferrado a una ilusión. No quiero hacerle daño, lo aprecio demasiado.

Llegamos arriba.

—No te entiendo, hace tan solo unos días pensabas en darle una oportunidad a eso que tenían entre ustedes y ahora...

—Las cosas cambiaron, o quizás no cambiaron, quizás hoy se ven un poco más claras. Lo quiero sí, mas no del mismo modo que él a mí.

—¿Qué sucede aquí? —curioseó al entrar en el apartamento—. ¿Qué...?

No se siente... hay algo... —espió en mi dirección—. ¿Quién está aquí? Si no está aquí al menos estuvo —su rostro se deformó de terror y empeoró todavía más al ver lo que había quedado de la mesa puesta para la cena que compartimos anoche Patrick y yo—. ¿Agatha, qué fue lo que hiciste? —entonó alzando la voz.

—*Shhh*, no hables tan fuerte, todavía duerme. Está arriba.

—¿Patrick Reed está arriba?! ¡¿Te volviste loca?! Agatha metiste a un asesino en tu casa.

—No es un asesino.

—El detective dijo que tiene pruebas en su contra.

—No puede tener nada en su contra porque él no asesinó a Vorobiov.

—¿Esa es la verdad o lo que quieres creer? No puedo entender porque tienes intención de ayudarlo siquiera. Ese hombre será tu ruina. Es el culpable de todo lo que te sucede.

—El viernes prácticamente querías lanzarme a sus brazos.

—Sí, eso porque no sabía quién era él en realidad, qué clase de hombre era.

Quedé en silencio. Sucedió otra vez, mi conversación con ella en mi sueño se repetía aquí y ahora.

Sentí como el calor y el color se escurría por mi rostro, bajando por mi cuello, mi pecho, dejando mi corazón frío y lleno de preocupación.

A pesar de toda mi experiencia me costaba asimilar que esto en verdad estuviese sucediendo. Definitivamente mis sueños llegaban mucho más allá de lo que creí.

—¿Qué? ¿Qué sucede, por qué te quedas mirándome de ese modo?

—Porque cuando llamaste a la puerta estaba soñando que tenía contigo una conversación similar a esta, casi idéntica.

—¿No bromees?

—No bromeo. Es verdad, mis sueños...

—¿Estaba diciéndote que te apartases de Reed?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Hasta tu subconsciente te lo grita, Agatha. Podrías hacer el favor de hacernos caso. ¿Me hacías caso en el sueño?

—Bueno es que nuestra conversación quedaba interrumpida por un anillo de fuego que nos separaba, el anillo se hacía cada vez más grande hasta alejarte de mí. Estábamos en un bosque y el fuego lo quemaba todo. Cuando las llamas desaparecía ya no estabas allí.

—¿Qué sucedía entonces?

Sabía que a Lidia no le agradaría escuchar que aparecía Patrick con las manos cubiertas de sangre y sin ninguna herida a la vista; si hasta yo era capaz de entender que era probable que esa sangre no fuese suya sino la de otra persona, y lo que eso implicaba.

No necesitaba que me gritase aquí y ahora una vez más, que Patrick era responsable de todo lo malo que me rodeaba, yo no creía que fuese así pese a toda la oscuridad en él.

—Cuando te demoras tanto en silencio, solamente significa una cosa, una cosa que no suele ser buena. Dime qué es. Juntas le encontraremos un sentido.

Apreté los labios.

—Patrick aparecía por detrás de mí. De sus manos goteaba sangre, sus manos estaban cubiertas de sangre y él no parecía estar herido.

Lidia abrió enormes sus ojos castaños.

—No necesitas tener ningún sexto sentido ni ser un genio para comprender lo que eso significa. Sabes que él es responsable, te lo dices a ti misma en sueños. Las manos de Patrick Reed están manchadas de sangre. No permitas que también corra por su piel tu sangre. Tienes que sacarlo de aquí. No te preocupes, te ayudaré, seremos cautas, no le diremos nada, seremos sutiles, que crea que todo está bien. En cuanto se vaya llamaremos a Silver, él te sacará de aquí, te llevará lejos. Ni siquiera yo quiero saber dónde te lleve, lo importante es tu seguridad. Ese hombre no tiene límites. Tienen que irse ustedes dos solos hasta que lo encarcelen. Antes de eso, esta ciudad no será segura para ti.

—Lidia ya detente, repites todo mi sueño.

—Con más razón. Sí así es, no pienso detenerme. Es una locura. Tenemos que sacarte de aquí cuanto antes.

—No pienso ir a ninguna parte. Lo ayudaré a encontrar al asesino, iré a su casa y buscaré rastros, tiene que haber dejado algo allí.

—Los rastros que encuentres no te llevarán en ninguna otra dirección que no sea la de Reed. Agatha por favor, entra en razón. Está usándote, se aprovecha de ti, no me extrañaría que tarde o temprano consiga responsabilizarte de la muerte de Vorobiov. Si hasta el detective sabe que alguna vez entraste en casas con alarmas como la que él tiene instalada.

Y hasta Patrick lo sabía.

Tenía que dudar de eso también.

Una punzada de amargura atravesó mi estomago. Duda. Pura duda. ¿Sabía él de antemano todas esas cosas sobre mí?

—Tienes que entrar en razón —insistió—. Corres un grave peligro.

—Sí, todos corremos peligro, Patrick también, por eso tengo que encontrar al asesino.

—Ese no es tu trabajo, es el del detective. Tu trabajo está abajo, en la tienda, con la gente que te necesita.

—Patrick me necesita.

—Te usa.

—No es así.

—Estás completamente ciega. ¿Te enamoraste de él, no es así? Debí detener esto antes. Agatha que no lo conoces, no sabes nada de ese hombre.

—Sí sé, anoche hablamos muchísimo y ayer por la tarde me ayudó a enterrar las cenizas de las cartas. Él no es lo que parece, hay mucho más allí.

—Debe ser un magnífico actor si a pesar de toda esa oscuridad que viste en él, hizo que te enamorases.

—Lidia le conté sobre mis pesadillas, mis visiones, incluso sobre el hombre que...

—¡Estás loca! —estalló con un grito—. No puedes contarle ese tipo de cosas a él, no las entiende y jamás las entenderá.

—Intenta hacerlo.

—¡Mentira! —Lidia se llevó una mano a la frente. La noté desesperada y eso me angustió pero ella no había visto de Patrick lo que yo—. No puedes estar enamorada de él —jadeó y entonces al pie de la escalera apareció Patrick, con cara de dormido y vistiendo solamente sus bóxers. Sus ojos no parecían detectar la presencia de Lidia, tenía sus ojos fijos en mí aunque por su mirada parecía sí haber escuchado las últimas palabras de mi amiga.

—Buenos días —entonó con voz de dormido.

—Buen día.

Con los rasgos endurecidos, movió su rostro en dirección a mi amiga.

—¿Lidia, no es así?

Lidia no le contestó.

—¿Qué sucede aquí? ¿Te encuentras bien, Agatha?

—Sí, todo está bien.

—Desde tu cuarto no daba esa impresión.

—Es que tú no deberías estar aquí —lanzó Lidia en su dirección.

—Bueno, no te cabe a ti decidir eso por más amiga de Agatha que seas.

—Somos como hermanas y te guste o no, haré todo lo que esté en mis manos para evitar que salga lastimada.

—No tengo intención de lastimarla.

—Me cuesta creer eso.

—Y a mí me da igual lo que tú creas.

—Quizás así sea. Ya veremos qué dices cuando el detective ponga frente a ti las pruebas que tiene en tu contra.

—Él no podrá hacer nada, esas pruebas no existen. No maté a nadie y nada tengo que ver con lo que le sucedió a Vorobiov. Ese hombre solamente intenta inculparme para ganar notoriedad, es muy buen negocio para él que su nombre salga junto al mío en los periódicos.

—Das asco. Tu ego da asco.

—Lidia, hazte un favor a ti misma y lárgate de aquí ahora.

—¡Eres tú el que debe irse!

—Si no te largas... —comenzó a amenazarla Patrick con un puño en alto.

—¡Alto! ¿Qué pasa con ustedes? ¿Qué es lo que sucede aquí? ¿Desde cuando...?

Patrick no me permitió terminar la pregunta.

—Creo que tu amiga está enojada conmigo.

—¿Qué?

—Eres un desgraciado soberbio, ¿lo sabías? Agatha deberías apartarte de él cuanto antes.

—No pienso ir a ninguna parte y si mi presencia aquí te molesta, quizás seas tú la que daba irse.

—¿Por qué dices que Lidia está enojada contigo? —le pregunté a Patrick

presintiendo algo que no sabía si en realidad quería saber.

—Que te lo explique tu amiga.

—Estoy preguntándotelo a ti.

Patrick perforó a Lidia con la mirada.

—No tiene ni una pizca de vergüenza —gruñó Lidia. Sonó a quejido de animal herido, lo que terminó de darme mala espina.

—Terminen con esto los dos o se largan lo dos.

—¡¿Agatha?!

—Mejor me cuentan qué es lo que sucede aquí.

—Lidia se ofendió porque le dije que no.

—¿Qué?

—Se me insinuó y le dije que no.

Sentí como si me hubiesen dado una bofetada.

—Qué conveniente manera de expresarlo.

—¿Cómo lo pondrías tú? —la enfrentó Patrick dando un paso al frente para cruzarse de brazos—. Dudo que exista un modo más claro de expresarlo.

—Lidia cuéntame lo que sucedió.

—Lo que sucedió es que el sábado conseguí su número y lo llamé. Estuvimos conversando un rato.

—Y yo intenté ser lo más educado posible...

—A mí me parece que tienes problemas de memoria. Por aquello de que también olvidaste dónde estuviste la noche del sábado.

—No sabes nada, no tienes idea.

—No sé pero tengo buena intuición. Puedes haber engañado a Agatha, no lo conseguirás conmigo. Puede ser que no fuese tuya la mano que apuñaló a Vorobiov; sin duda la orden partió de ti.

—Estás loca.

—¿Por qué no me dijiste que habías hablado con él, Lidia?

—No tenía importancia. Es sólo que cuando le dije quién era se mostró muy interesado en la magia, lo cual me sorprendió. Tomando en consideración lo que había hecho, era de entender que no quisiese saber nada con ésta. En vez de eso me preguntó si yo también era como tú, si poseía un don de nacimiento. Me pareció muy raro que me preguntase aquello, que hubiese registrado el dato después de la escandalosa noche. Cuando le dije que no, dejó de mostrarse interesado en mí.

—¡Eso no es así! No lo pongas de ese modo.

—No hay otro modo de ponerlo. Yo solamente lo llamé fingiendo que quería invitarlo a tomar algo para ver si podía sacarle información, para ver si podíamos dar con Vorobiov...

—¿Estaban espiándome?!

—Tenía que encontrar a Vorobiov para advertirle de lo que habían dicho las cartas —contesté yo.

—Él me dio conversación y cuando la charla llegó a ese punto dejó de interesarse en mí. Lo bueno sería averiguar por qué y por qué la noche del sábado frente a su casa, con el cuerpo de Vorobiov todavía sin enfriarse, se mostró tan aferrado a ti, tan necesitado, después de haberte insultado del modo en que te insultó el viernes.

Patrick se puso serio.

Lidia cuadró los hombros y enderezó la columna ganando altura.

—¿Qué dirás a eso, Patrick? —le soltó ella a él.

—Las cosas no fueron así. Sí, te lo pregunté, lo admito, sí te dejé que me dices conversación y que pareciese que...

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Lidia.

—No es así como lo pones. Yo solamente necesitaba comprender, es que lo del viernes fue una locura. No podía entender lo que me había sucedido.

—Admite que usas a Agatha.

—Eso no es así. Estaba intentando llegar a ella para comprender.

—Sí, claro, para comprender. No puedes esperar que creamos ni en una sola palabra de las que salen de tu boca.

—Agatha, es que ni siquiera estaba seguro de qué era lo que necesitaba poner en claro. Desde el viernes por la noche no me sentí yo mismo. Mi cabeza era una locura; tenía el estómago revuelto y...

—Eso no te impidió echarle a tus a tus abogados a Henry, Caleb y Jake. Para eso tu cabeza funcionaba muy bien. También funcionó para llevarte a Vorobiov del hospital y para preguntarme a mí si yo sabía cual sería el futuro de Vorobiov. Vamos Patrick, admite que tenías esto muy bien planeado. Algo me dice que querías asegurarte si Agatha o yo sabíamos que tú mandarías a matar a Vorobiov.

—Eso no es así.

—¿Entonces por qué le preguntaste a Lidia por el futuro de Vorobiov?

—Por que estaba asustado. Me sentía muy fuera de mí y tenía un muy mal presentimiento y desde que vi la carta que me había guardado, la carta de tu mazo... Soñé contigo esa noche —añadió viéndome a los ojos.

—Qué conveniente que digas eso —refunfuñó Lidia.

—No sé si es conveniente o no, es la verdad. Me sentía pésimo por lo de tus cartas, de esa noche tengo recuerdos como fogonazos. Tu cara de terror. Me sentía culpable, horrible. No sabía nada de la magia... quería saber de ti, Agatha, quería intentar comprender por qué actué así contigo. No entiendo nada de aquella noche. Te lo dije, Andrey me caía muy bien. No tenía motivos para golpearlo.

—Si para asesinarlo. Unos cuantos millones —resopló Lidia.

—No maté a Vorobiov para quedarme con el proyecto ni con su dinero, ni por ningún otro motivo.

—Siquiera puedes decirle a la policía dónde estuviste la noche del sábado.

—¡No lo recuerdo! —gritó Patrick con el rostro rojo de ira.

—Debías estar muy drogado al igual que la noche del viernes.

—Yo no consumo drogas.

—Perfecto, entonces ha de ser ese tu estado normal. No te hace mucho favor decir que simplemente eras tú mismo.

—No era yo mismo. Agatha tienes que creerme, solamente intentaba aclarar lo sucedido. Mi plan era llegar a ti, pedirte disculpas y que pudieses ayudarme a entender lo sucedido.

—No puedes esperar que creamos eso que dices.

—Es la verdad. No podía creer lo que mis ojos veían cuando apareciste en la puerta de mi casa entre todos los periodistas y la policía. En ese instante el mundo dejó de ser el que yo conocía.

—Qué poético. ¡Eres un mentiroso!

—¡No miento!

—Eres de la peor calaña. Contaminas todo, lo arruinas todo. Eres el único culpable, el responsable de que nuestras vidas llegasen a esto. Éramos felices cuando tu no existías.

—El sábado cuando me llamaste me dio la impresión de que mi existencia te entusiasmaba bastante.

No supe si fue el tono en que lo dijo o la mirada que puso al decirlo, fue eso y un eco en mi cerebro, una luz blanca que resonó e hizo temblar mi cerebro y mi corazón. Me pareció ver algo; la imagen pasó a través de mí a una velocidad tal que en realidad no conseguí guardar en mi cerebro detalles que recordar ahora, sino solamente una sensación, una que no era para nada buena.

—¡Alto! Los dos, ya basta, suficiente. Lidia por favor, espérame en la cocina.

—Pero...

—Por favor.

Lidia resopló más al final dio media vuelta y se marchó.

—Patrick me acompaña arriba, por favor.

—Agatha, tienes que creer en lo que te digo.

—Tenemos que hablar.

—Está bien. Lo que tu digas pero por favor, no dudes de mi palabra. No es mentira, no estoy usándote y no sé qué fue lo que me sucedió ni la noche del viernes ni el sábado.

Lo miré.

—Está bien, subamos —aceptó.

Patrick me cedió el paso.

En silencio llegamos arriba.

Cerré la puerta.

—Te juro que digo la verdad —insistió una vez más—. Debí haberte contado que soñé contigo, es que me dio vergüenza, no soy ese tipo de hombre. No entendía nada y después de lo sucedido imaginé que no querrías saber nada de mí y yo moría por saber todo de ti. Fue lo más extraño que me sucediera jamás y no tenía idea de cómo manejarlo, ni que hablar de controlarlo. No estoy acostumbrado a que me pasen este tipo de cosas, no suelo ser yo el que busca... es normal que las mujeres se me acerquen. Sé que a tus oídos esas últimas palabras mías debieron sonar un tanto mal, no las dije con ese sentido que ahora retuerce tu rostro de disgusto. Lo que quiero decir es que a mí me cuesta tomar la iniciativa, no estoy acostumbrado a experimentar tamaña necesidad por nadie. Así no pudieras ayudarme a encontrar al asesino de Vorobiov habría salido a buscarte, Agatha. Las cosas se torcieron más de lo imaginable; yo igual tenía intenciones de dar contigo. Vorobiov y yo hablamos de ti, no me dio tiempo para preguntarle todo lo que quería saber, me dio la impresión de que él te entendía demasiado bien y verte a través de sus ojos fue impresionante. Ojalá no hubiese muerto, así no estarías pensando mal de mí ahora. Te juro que no lo asesiné ni mandé a nadie a terminar con su vida. Lamento no haberte contado de mi conversación con Lidia. No fue lo mejor intentar usarla para llegar a ti, lo sé, es que estaba desesperado. No necesito que me expliquen que no es agradable ser rechazado, es que no podía hacer otra cosa que pensar en ti. Admito que ella es una mujer bella pero... Eres tú, Agatha.

Nos quedamos en silencio.

—Soñé que te besaba y cuando desperté me sentí tan vacío. Desolado. Al abrir los ojos me sentí perdido. Culpable. Sabía que no querrías saber nada de mí y una parte de mí entendía que así debía ser después de lo que hice. Otra parte de mí quería pasar por sobre eso, rogar por tu perdón, venir contigo a decir que haría lo que fuese necesario para que olvidases mi estupidez, para que intentases ayudarme a darle vuelta a mi ignorancia, para que llenases mi

vida de tu magia, de toda esa energía que cargas dentro. Solamente quería que me dieras la oportunidad de ver el mundo con tus ojos —me dedicó una sonrisa triste—. Por horas me ahogué en la sensación de tener la certeza que no te merecía a ti, o siquiera tu perdón. Había tenido lo más maravilloso de este mundo frente a mí y lo perdí, lo dejé escapar por miedo. No quiero ser el hombre que deja escapar nada semejante por miedo. No quiero tener que volver a arrepentirme por algo que te hice. No quiero lastimarte ni dañarte de ningún modo, quiero pasar todo el tiempo que pueda pidiéndote perdón, haciendo lo que sea necesario para ganarme tu perdón.

—Patrick...

—¿Es cierto eso que dijo Lidia? Siquiera sé si lo que escuché fue real o un sueño. Quisiera que fuese real. Daría cualquier cosa por que tu voz me diese una confirmación, o que al menos lo haga tu sonrisa. Incluso si tu sonrisa miente, estaré feliz. Si sonrías y me pides que me vaya al menos me llevaré esa alegre duda conmigo, esa posibilidad de que sientas eso será lo que me de energía para seguir adelante, para demostrarte por todos los medios que haga falta que no soy un asesino, que me arrepiento de haberte insultado, de haber roto tus cartas, de haberte ocultado lo de Lidia.

El silencio nos rodeo otra vez, es que yo simplemente me había quedado sin habla.

—¿Me amas?

No pude contestar, lo que sentía era demasiado inmenso y ocupaba tanto de mi pecho que nada más que mi corazón podía funcionar correctamente, en realidad ni tanto. Mis latidos eran una suerte de repiqueteo enloquecido que como fin más que bombear sangre parecían pretender generar fuerza suficiente para crear de la nada una pasión que podría durar mil años.

—No sé si ese es el nombre o cómo debiera describirlo. Te lo dije, no soy experto. Mi única certeza es que nunca me sentí así por nadie, que esto trasciende cualquier cosa que tenga significado en una palabra, tampoco en miles. Es como tu magia, inexplicable, mística. Es un don como el que usas cuando tiras las cartas o intentas ver dentro de mí. Es una locura y por eso mismo es tan...

No necesitaba que entonase ni una palabra más. Lo que sentía por él, lo que sentía por el hombre de mis sueños, lo que erizaba mi alma en aquel

calabozo oscuro, lo que consumía mi cuerpo al entrar en el fuego, Patrick me hacía sentir todo eso por millones de veces amplificado.

Queriendo reír y llorar, gritar y cantar, me lancé sobre él para alcanzar su boca y besarlo. Sabía que entendería la respuesta pese a la falta de palabras.

Patrick bajó su pie izquierdo al suelo. Con ese zapato calzado en su pie, quedaba completamente vestido y listo para partir.

—No tienes que irte.

—Sé que no; debo. Tengo que ir a trabajar y además de eso no quiero causar más fricciones entre Lidia y tú. Quizás debemos permitir que asimile esto —entonó y se quedó observándome, su mano derecha se posó sobre mi mejilla izquierda—. Hay muchas mujeres bellas, ninguna como tú.

—Sí, claro —reí.

—Es cierto —acercó su boca a la mía—. Ni creas que te librarás por mucho de mí. En cuanto me desocupe te llamaré. ¿Qué te parece que hagamos planes para que esta noche te quedes en mi casa?

—Bueno, de cualquier modo pensaba ir para intentar descubrir pistas sobre el asesino.

—Y si no queda más remedio te quedarás a compartir la cama conmigo.

—Si no queda más remedio —bromeé entre sus labios.

—Pobre de ti, los sacrificios que debes hacer.

—Sí, me convertiré en santa.

Patrick se rio con ganas.

—¿Tú crees? Y yo que pensé que nos corrompíamos mutuamente —su beso me llenó para así pervertirme un poco más. La pasión y el deseo eran demasiados.

Tenía ganas de desvestirlo otra vez, de olvidarme que abajo estaba Lidia.

—Debo irme y tú debes bajar a desayunar con tu amiga.

—Quédate a tomar una taza de café.

—Sí me quedo cinco minutos más ya no podré irme —apartó mi rostro del suyo con sus deliciosos dedos—. Te llamaré en cuanto pueda.

Un rápido beso más y lo siguiente que vi fue a él alejándose en dirección a su automóvil, al policía mirándome torcido.

Cuando Patrick se fue, sentí que me llenaba de una horrible nada que se encendería como gasolina por culpa del fuego que trepaba por mis piernas y manos. Ese vacío que él dejaba me tornaba todavía más inflamable.

Lo perdí de vista y al instante comencé a añorarlo.

Me dieron ganas de correr tras él, de pedirle que me llevase a dónde fuese que fuera, de rogarle que nunca más me separase de su lado.

La separación entre nosotros se haría infinita.

*—La vida es muy extraña ¿no te parece? —enredó sus dedos en los míos.*

*—Sí, lo es —acaricié su mano al traerla sobre mi pecho, estábamos los dos acostados y nuestro techo era un cielo claro de un celeste profundo, sabía que recién habíamos hecho el amor porque todavía lo sentía dentro de mí y sobre toda mi piel. Mi boca todavía ardía de deseo por él.*

*—No le pediré explicaciones, no pienso cuestionarle el por qué me permitió encontrarte pero me encantaría que me dijese porqué te merezco, porqué soy lo mejor que podría sucederte, porqué nadie más que yo puede hacerte feliz, porqué me necesitas.*

*—Cuanto ego, señor, tenga cuidado o morirá quemado por su propio fuego.*

*—Ya me quemó el tuyo y no es ego, es miedo, es inseguridad. Sé que no me necesitas, sé que no soy lo mejor que podría sucederte y que es probable que otros hombres llenasen mejor mis zapatos a tu lado. Solamente temo perderte.*

*—No me perderás. No me iré a ninguna parte y no necesito a nadie más que a ti, eres mío y soy tuya, no importa lo que diga el destino. Lo que llevamos dentro es más poderoso que cualquier otra fuerza.*

*—Lo que tú llevas dentro —sentí su cabeza moverse hacia mí. Besó mi*

*hombro—. Quizás no deba decir en voz alta lo mucho que te amo para que el universo no vea que aquí hay algo errado y decida poner todo en su sitio. Debería esconderme del destino para que no me encuentre a tu lado. De cualquier modo, así intente arrastrarme lejos de ti con los trucos más sucios, no lo conseguirá, así haga que te pierda de vista, yo volveré a encontrarte.*

En un parpadeo regresé a la puerta de mi hogar. Ahora el policía me observaba con un gesto curioso.

Le dediqué una media sonrisa en vez de explicarle que había tenido una visión.

Entré y cerré la puerta deseando que el momento de encontrarme con él, llegase otra vez y pronto.

## 17. Despertar de la fantasía.

Al entrar en la cocina me encontré con Lidia sosteniendo entre sus manos, la tetera. Iba de camino a la mesa puesta para el desayuno –solamente para dos–. Se detuvo al verme y evidentemente daba por descontado que Patrick no compartiría la mesa con nosotros.

Debió escucharnos bajar mas el que lo excluyese sin preguntar no me agradó.

Puso cara de querer soltar sobre mí todas sus armas, la detuve alzando mis manos en señal de paz.

—¿Se fue?

—Sí, se fue.

—Me parece bien —resopló reanudando su andar.

—Se fue solamente por el momento. No es que lo apartara de mi lado Lidia, eso no sucederá, o al menos no es mi intención que suceda.

—Cuando ya no te necesite, se alejará solo.

—No necesitas decirme eso—. Sus palabras me dolieron.

—Aléjalo de tu vida antes de que te lastime y te deje. Eso es lo único que ese hombre sabe hacer. Lo peor es que no experimenta remordimiento alguno.

—Patrick no es así, Lidia.

—¿Cómo estás tan segura?

—Por que sé lo que siento. Estar con él fue como despertar de la fantasía. Como traer la fantasía a la realidad.

—No deberías traer la fantasía a la realidad, son cosas muy distintas. Vivir en la fantasía no suele deparar en nada bueno.

—Ignorar que amas a alguien tampoco. Ni siquiera sé por qué lo amo pero así es, supongo que lo amo porque es él, y nada más. No creo necesitar muchos más motivos. Cuando estoy con él es todo, la paz y la inquietud más emocionante. Cuando estoy con él experimento todo.

—No puede ser bueno —entonó posando la tetera sobre la mesa.

Sus palabras me hicieron gracia, y además me causaron un poco de tristeza; me costaba creer que mi amiga soltase una frase semejante, ella que era una enamorada del amor, una mujer que parecía hecha para creer en ese tipo de magia más que nadie en este mundo. Lidia además de saber divertirse era del tipo de persona que se lanza a fondo y con la pasión a flor de piel a todo ser humano que medianamente le brinde un espacio en su vida; por eso le habían roto el corazón un par de veces. Ella insistía en que el hombre llegaría, un hombre valiente que tuviese lo que hay que tener para admitir que se puede amar hasta el fin de los días.

—No puedes hablar en serio.

Lidia espió en dirección y sin responder tomó asiento.

—Cualquiera menos con él, Agatha. Ese hombre no me gusta.

—Sí, eso me quedó claro —tomé asiento frente a ella—. Si hay riesgos con él, los tomaré, tengo la impresión de que vale la pena.

—No sabes lo que dices.

—Vamos Lidia —tomé la taza que tendió en mi dirección—. ¿Tú si lo sabes? —le dije con una sonrisa, mi intención era jugar un poco para aflojar la tensión.

—¿Haría una diferencia que te dijese que sí lo sé? Si siquiera escuchaste las advertencias de Silver, por qué escucharías las mías siendo mi magia mucho más básica y menos desarrollada.

—Porque eres mi amiga.

—Tú amiga te dijo y te dice que ese hombre no le gusta —sirvió té en su taza.

El no saber qué contestar a eso se comió mi voz.

Posó la tetera sobre la mesa.

—Lo que siento por él es tan fuerte como lo que me sucede con el hombre de mis visiones —comencé a entonar. Bebí un sorbo de té—. Por eso digo que fue como despertar de la fantasía. Lo que sentía en mis sueños y en mis visiones se hizo real, casi palpable a pesar de ser un sentimiento.

—Solamente trasladas todo eso a la realidad porque necesitas encontrarle una explicación. Ese hombre no puede ser el objeto de tu afecto.

—Sí, necesito una explicación, en eso tienes razón; lo que sucede es que siento que no encontraré explicación alguna si lo aparto de mí. Sería como borrar una pista. No puedo ni quiero dejar a un lado esto. Llegaré al fondo de lo que sucede.

—¿A cualquier precio? Me parece una locura incluso dentro de nuestros cánones. Apartarte de él —hizo una pausa—. Le das la espalda a la magia que te acompañó durante toda tu vida; nos das la espalda a nosotros.

—No te doy la espalda, por favor, ponte un poco en mi lugar. Lidia, si viste algo, si presentiste lo que sea... respeto tu magia y no creo que sea básica o poco desarrollada como tú dices. Confío en tu instinto sin embargo no puedo hacer oídos sordos del mío y todo en mí tira en su dirección. Si Patrick esconde alguna cosa lo descubriré esta noche cuando vaya a su casa.

—A ponerte en peligro inútilmente. No me hace muy feliz que tan voluntariamente te ofrezcas para convertirte en otra de sus víctimas.

—Eso no sucederá.

—Ya sucedió. Lo amas. El daño está hecho.

—Lidia por favor...

Lidia apartó sus ojos de mí y alzó la taza hasta sus labios.

—Todo estará bien —insistí—. Tendré mucho cuidado y si descubro pistas que lo incriminen no diré una palabra, iré directamente a ver al detective. Lo prometo, seré juiciosa, no tienes de qué preocuparte. Tengo experiencia con criminales —le sonreí —recuerda que solía ser uno de ellos.

—No eres una asesina despiadada y con sangre fría. No te compares —entonó muy seria a lo que fue un amago de broma—. Me angustia que te tomes esto tan a la ligera.

—No lo tomo a la ligera, necesito tu apoyo.

—Y lo tienes. No con respecto a él —me aclaró—. Está bien, comete la locura de ir a su casa para ver si encuentras pistas pero empieza a alejarte de su lado, así sea o no el asesino de Vorobiov, ese hombre no es bueno para ti. En tanto y en cuanto él nos ronde, nada estará bien.

Lo dejé estar, es que no quería continuar discutiendo con ella.

...

—¿Se siente diferente tener un nuevo mazo de cartas?

Recogí las cartas y las junté debajo de mis manos alzando la vista para ver a mi clienta.

—No, ya no. La verdad es que imaginé que me costaría acostumbrarme a cartas nuevas, no lo fue, me siento muy cómoda con éstas. Y por más que me cueste admitirlo, quizás incluso mejor que con las anteriores—. Así era. No tenía idea si tenía que ver con que había enterrado las cenizas o con que ya había dejado pasar lo sucedido, lo cierto era que mi energía y las de mis clientes fluía por estas cartas mucho mejor. Cada vez que las sacaba del abrigo de su cobertura de tela lila mi mente se expandía en todas direcciones, igual mi corazón. Incluso pese a que las cartas no fueron capaces de decirme mucho sobre Patrick, era como si fuesen una extensión de mí, una de mis manos.

—Bueno, yo me sentí muy cómoda —me sonrió—. Más que con las otras cartas y eso que vine con algo de miedo después de que me dijese que las habías cambiado. Pensé que tu energía no se canalizaría igual y temí que tu habilidad se viese mermada por el cambio. Sabes que te tengo una fe ciega... me alegra que todo esté bien. Además te veo radiante. Creo que nunca te había visto así.

Terminé de envolver las cartas en el lienzo lila y las guardé en la caja teniendo en mis retinas la imagen de un hombre, su voz, sus besos.

—Esa sonrisa —canturreó—. Alguien está enamorada. Me alegro por ti. Sé como son ustedes los jóvenes. Al menos aprovecha para divertirte.

Con dificultad mi clienta se levantó de la silla, a sus ochenta años

continuaba tirándose las cartas al menos una vez al mes; lo hacía desde que tenía veinte años, los últimos cinco conmigo.

Me levanté con ella.

—¿Qué tal es? Debe ser guapo. Es lo menos que puede ser para estar contigo. ¿Es inteligente? No estaría de más que fuese un caballero, por estos días esa es una cualidad que le falta a los hombres.

Le tendí mi brazo para que se sujetase; con su otra mano se apoyaba en un bastón.

—Podría decirse que sí es un caballero y guapo... —esos ojos de tigre, su barba, su cabello, sus manos, sus brazos, sus abdominales, todo en él... —. Sí, definitivamente es guapo.

—¿Y qué tal va su cuenta bancaria? Eso también es muy importante. Imagino que tú por nada dejarías esto, sin embargo es bueno saber que tu hombre al menos puede invitarte a un buen restaurante de vez en cuando y que no tendrá problemas en hacerte un regalo para San Valentín.

—Dinero no le falta —no echamos a andar en dirección a la salida de esta habitación anexa del Mystical en las que yo efectuaba mis lecturas—. De cualquier modo él tiene cosas mucho más interesantes que su dinero.

—Imagino que sí —entonó con una sonrisa pícar—. Debería conseguirme un jovencito para mí también. ¿Cuál es su nombre?

—Patrick.

—Suenan bien.

—Sí, suenan bien —tiré de la puerta y salimos al Mystical. Allí había un par de clientes dando vueltas. Lidia estaba en la caja cobrándole a una señora.

—Ojalá puedas presentármelo un día.

—Ojalá así sea.

Palmeó mi mano.

—En verdad que estoy muy contenta por ti, se te escapa el amor por la mirada, cariño.

Al escuchar esas últimas palabras, Lidia alzó la vista desde la pantalla para mirarnos.

—Te llamo en un par de semanas para hacerte otra visita.

—Claro, Ruby, cuando tú quieras.

—Perfecto, cariño. Disfruta con tu hombre. Nos vemos en unos días.

Ruby se estiró para darme un beso en cada mejilla y se soltó de mi mano. Con su paso lento, que dentro de todo avanzaba bastante seguro, se alejó hacia la puerta. No llegó a tomar el pomo de ésta porque en ese instante entró Silver quien la sostuvo para permitirle a Ruby salir.

—Gracias, caballero.

—De nada. Que tenga una buena tarde —le deseó dedicándole una reverencia.

Silver podía ser así de caballeroso, salido de una época distinta de un mundo que nada tenía que ver con éste. Eso se notaba mucho tanto en su carácter cuanto en su aspecto. Sus prendas eran siempre, no por eso sencillas o normales. De no conocer a Silver, a simple vista podrías pensar de él que iba disfrazado de una suerte de guerrero espacial con cruz de samurái. Conociéndolo entendías que era simplemente él.

Lo más especial en su persona era definitivamente su cabello plateado el cual llevaba prácticamente toda la vida sin cortar y que hoy, por primera vez en mucho tiempo no lo lucía completamente recogido ocultando su largo sino que lo lucía sujeto por detrás de la cabeza en una cola baja que disimulaba lo cortísimo que lo llevaba por los costados y en la nuca.

La brisa levantó su melena y por una fracción de segundo quedé embobada mirándolo.

Ruby salió y entonces Silver entró.

De sonreírle con tranquilidad a Ruby, pasó a mirarme a mi con preocupación.

Ya comenzaba a parecerme extraño que ni llamase ni hubiese pasado por aquí antes.

—Lidia.

—Hola, Silver —contestó ella entregándole la bolsa con su compra a la clienta.

—Reina.

—Buenas tardes, Silver.

—Me alegra ver que no estás ocupada. Necesito hablar contigo.

—Bueno, no tengo más citas por hoy pero tenemos varios clientes...

—Seguro Lidia puede hacerse cargo de todo por un rato —se detuvo frente a mí y giró la cabeza para mirar fijo a Lidia. Sentí toda su fuerza palpitando, su energía desplegada a nuestro alrededor y eso no era buena señal. Sabía que Silver estaba haciendo algo y eso no me agradaba.

—Claro —contestó la aludida con una mirada demasiado hueca para ser una mirada normal.

—Lo ves —entonó en mi dirección con suma placidez.

—No vuelvas a hacer eso nunca más.

—¿Qué cosa?

—No te hagas el desentendido. No puedes coaccionar así a la gente —le dije en voz baja—. No está bien. De hecho es horrible que lo hagas. No uses tu poder para eso.

—Tú utilizas la tuya para ayudar a un asesino.

—Baja la voz. Él no asesinó a nadie —farfullé por lo bajo. Silver comenzaba a enojarme una vez más.

—¿Podemos subir? —con sus ojos grises abarcó a todos los que nos rodeaban.

—Sí, mejor.

—¿Dejarás tus cartas allí? —apuntó con la cabeza en dirección al cuarto anexo.

Negué con la cabeza y giré sobre mis pies. No esperaba que se quedase aquí de modo que no me sorprendió cuando me siguió.

—Esta mañana hice que mis abogados llamasen al detective para pedirle permiso para que tú y yo podamos salir del país —comenzó a decir en cuanto entramos en la sala.

—No iré a ninguna parte, Silver —tomé las cartas y las guardé en la caja.

—No, claro que no porque no lo tienes permitido. El detective dejó entrever que sospecha que eres cómplice de Reed. Los vieron juntos en su hotel, ayer en un parque público y anoche a él entrando aquí y saben que no se fue hasta esta mañana.

—Te dije que no huiría.

—No es por huir, es por preservar tu vida.

—Estaré bien.

—No, claro que no. ¿Pasó la noche aquí? Parece broma. No entiendo si es que perdiste la cabeza o qué. Hasta Lidia está enojada contigo.

—No puedes meterte así en la cabeza de las personas.

—Como poder puedo, que no deba es otra cosa. En este caso es mi deber porque te amo y la sentí rara y quería ver que sucedía, de cualquier modo no pude ver mucho, solamente que había resentimiento. Imagino que discutieron o algo así. Dudo que sea por trabajo.

—No, no fue trabajo.

—Al menos ella parece conservar su raciocinio. Es tu amiga y quiere verte lejos de ese asesino.

—Que Patrick no asesinó a nadie, Silver.

—Asesinar, mandar matar; no veo la diferencia.

—Ni lo uno ni lo otro. No pienso alejarme de él.

Silver se pasó una mano por el mentón.

—No puedo creer que estés haciendo esto.

—Y yo no puedo creer que le hicieras eso a Lidia, que la controles de esa manera. Ahora entiendo porqué ayer Owen vio las llamas. Fuiste tú.

—¿Qué dices?!

—¿No lo recuerdas? Allí afuera en la calle, las llamas, tu mano ahorcándolo...

Silver puso cara de no entender de qué le hablaba.

—¿Cómo? —jadeó unos segundos después.

—Eso mismo me pregunta yo, ¿cómo? Hiciste que Lidia te contestase que no tenía ningún problema en quedarse sola atendiendo el local; si puedes controlar su voluntad dudo que te cueste mucho trabajo hacer que Owen viese las llamas. Quizás debiste ir tú mismo a preguntarle al detective si podía salir del país. Un pestañeo y habrías tenido el permiso que querías.

—Sabes que no tengo por costumbre controlar así a las personas.

—¡Genial! No vuelvas a hacerlo —apreté las cartas contra mi pecho e hice el amago de avanzar para salir del cuarto, Silver me detuvo frenándome al tomarme por el brazo.

—Agatha haré lo que sea necesario hacer para asegurarme de que estés bien.

—Lo que haces no es para que esté bien, lo haces para apartarme de él. Son cosas distintas.

—Es lo mismo, ese hombre es el peligro.

—No pienso alejarme de él.

—¿Por qué tienes que ser tan terca?

—No soy terca, Silver. Estoy enamorada de él.

Silver se quedó con sus ojos calvados en mí, sin parpadear, con su rostro congelado en el tiempo. Si hasta me dio la impresión de que su blanca piel se había cubierto de una capa de hielo. Sus ojos eran dos témpanos.

—No sabes lo que dices —soltó de pronto volviendo en sí.

—Sí lo sé. Lamento tener que decírtelo así. No quería; planeaba que tuviésemos una conversación seria y tranquila. No en estos términos. No me gusta que discutamos, sabes que para mí lo eres todo. Eres más que mi familia, que un amor. Eres mi otra mitad en el sentido más completo. Me enseñaste todo lo que sé, me enseñaste a ser yo misma, a no tener miedo de lo que soy, a liberar lo que cargaba en mí, a controlarlo. Te debo todo, te amo pero sabes que no de ese modo en el que tú quisieras que te ame. Me parte en dos decírtelo, es más, en este momento siento que me ahogo con mis propias palabras —mis latidos se aceleraron y mi piel se calentó. Los ojos se me llenaron de lágrimas y sentí como si en el pecho, muy cerca del corazón alguien hubiese horadado un agujero en mi carne con un cuchillo oxidado.

Casi podía sentir la sangre corriendo por mi pecho, empapando mis ropas. Silver en todo sentido me desgarraba. Esto que teníamos no tenía un nombre en el mundo; y a pesar de ser así de fuerte, no era lo que él necesitaba de mí.

Vi el cuello de Silver ensancharse al tragar.

Dio un paso atrás.

—No puedo creer que esto esté sucediendo.

—Lo siento.

—Pese a todo... todo lo que hice para evitarlo. Llevo demasiado tiempo intentando evitar esto.

—¿Evitar que ame a alguien más? Silver, sabes tan bien como yo que nosotros no servimos para estar juntos de ese modo.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Yo no puedo amar a nadie más.

—No lo intentas.

—¡No puedo! —estalló en un grito y sus ojos se pusieron rojos y vidriosos—. No puedo. Ojalá pudiese arrancarte de mí —se llevó las manos al pecho y tiró de sus ropas—. Lo he intentado todo. Todo lo que sé y no da resultado. Es que no puedo extirparte de dentro de mí. Es que lo que siento por ti es mi fuerza. No puedo perderte otra vez, no quiero, no lo resistiré. No pienso permitir que te lastimen todavía más, mi cuerpo no podrá soportarlo, mi alma ya no puede con esto —Silver se arrojó de rodillas frente a mí y se prendió de mis manos. Rompió a llorar al instante.

—Silver qué haces, por favor.

Sus dedos se clavaron mis manos.

—No lo hagas —lloró.

Mi corazón se resquebrajó como un cristal al que alguien hubiese arrojado una piedra.

—Silver —me agaché frente a él.

—He dado lo mejor de mí y así y todo no fue suficiente para mantenerte segura.

—Estoy segura. Silver —tomé su rostro entre mis manos—, todo saldrá bien. Te lo prometo.

—No —enterró su rostro empapado en lágrimas entre mis manos. Jamás lo había visto así. Estaba completamente descontrolado y del modo más egoísta le rogué dentro de mi cerebro que se recompusiese en ese instante, verlo en este estado así de afectado me destrozaba al punto de no tener idea de cómo haría para ponerme en pie otra vez.

—Escúchame, tendré cuidado. No pienso dejarte mientras tú no me dejes a mí. Si tú vives yo viviré, si tú te mueres, muero contigo. Silver por favor —alcé su rostro hasta el mío—. Contra viento y marea, a pesar de las idas y venidas, sin importar quienes salgan o entren de nuestras vidas, nosotros dos estaremos siempre juntos.

—Ya me dejaste una vez.

—Silver cuando terminamos necesitaba un poco de distancia pero seguimos siendo nosotros. No importa cuán fuerte discutamos, cuantas cosas desagradables nos gritemos el uno al otro. Siempre estaremos juntos, hasta que seamos viejitos y mi cabello tenga el mismo color del tuyo.

Con sus ojos al rojo de tanto llorar y su pestañas empapadas, me observó. Soltó una de mis manos y tomó un mechón de mi cabello entre sus dedos. Liberó su otra mano de la mía y tomó un mechón de su cabello. Lo vi enlazar nuestro mechones en silencio.

—Oro y plata.

—Mi oro es falso —bromeé sonriéndole, no soportaba verlo llorar, no por las lágrimas en sí, sino por el dolor que emanaba de su pecho.

—No hay nada falso en ti.

—Tu cabello es mucho más hermoso que el mío.

—No es más que un triste recuerdo del paso de los años.

—Siempre amé tu cabello. No es triste y los años vividos debieron tener sus gratificaciones.

—Hoy por hoy parecen no haber servido de mucho.

—No digas esas cosas, Silver. ¿Qué sería de mí sin ti? Valoro cada

segundo contigo, incluso esos muy largos en que te pones fatal. No hay día en que no agradezca el haberte encontrado.

—No soy suficiente, no hice lo correcto. Debí ser más fuerte, más inteligente, más cuidadoso. Tú corres peligro y no he podido hacer nada para evitarlo. Soy un fracaso.

—¿Puedes explicarme de dónde salió todo esto? Silver que este no eres tú. Hiciste lo imposible para cuidar de mí, para ayudarme, incluso lo que no es humanamente posible. No tengo nada para reclamarte, absolutamente nada. Has cuidado de mí como nadie más y lo sigues haciendo, solamente tienes que entender que no puedes ni debes protegerme de todo así como yo no puedo evitarte todos los dolores por más que quiera, en especial este —acaricié sus mejillas barriendo sus lágrimas. Nuevas rodaron al instante desde sus ojos—. No hay tiempo, espacio o persona que pueda separarnos. No planeé esto, sucedió. Lo amo y no creo que haya nada que pueda hacer al respecto —hice una pausa—. Sabes cuando vives algo que es demasiado confuso y también muy fuerte, y que no puedes entender por qué sucede pero allí está. Eso me sucede con él. Por primera vez en mi vida pese a lo complicado que es todo hoy, siento que estoy en mi camino. Y tengo la impresión de que este camino me dará las respuestas que necesito, o por lo menos me permitirá encontrarlas. Antes simplemente era como un trozo de una melodía, ahora estoy descubriendo toda la partitura. No puedo detener esto. Siento que podrían lanzar sobre mí todo el fuego, todas las tormentas, hoy creo que podría resistirlo todo y eso es en gran parte gracias a ti.

Silver se limpió la cara con las manos.

—Los caminos no son siempre agradables.

—Ni que lo digas. No tengo miedo, Silver.

—Sí, ya me di cuenta. Siempre supe que no te dejarías gobernar por el miedo. Jamás te has dejado gobernar ni por éste, ni por el sufrimiento. Por eso estás aquí hoy. Lo que sucede es que hay otro tipo de dolores que nos afectan más, esos que no tienen que ver con la carne. Eso es lo que quiero evitarte, reina. Ya sufriste lo suficiente.

—Quizás estén allí para enseñarme alguna cosa.

—Preferiría que no te lo tomases con tanta filosofía.

Silver tomó nuestras hebras de cabello y las separó.

—Siempre fuiste tú el que decía que todo sucedía por algo.

—Debería aprender a dejar la boca cerrada.

Le sonreí.

—No, incluso cuando dices cosas que me provocan matarte, prefiero tu boca expresando todo eso que cargas dentro. Te juro que estaré bien, Silver. Nada me sucederá. Lo prometo. Estaré aquí para ti por lo que dure nuestro para siempre e incluso un poco más allá.

Silver tomó mi mano izquierda y depositó un beso sobre el dorso.

—No me daré por vencido —apartó sus labios de mí—. Y si él te lastima te juro que no mediré fuerzas, que haré todo lo que necesite hacer para hacerle pagar cada fracción de segundo de tu dolor —soltó mi mano y se puso de pie—. Él pagará por cada segundo de tu amor que desperdicie, por cada una de tus lágrimas —susurró—. Por cada minuto, de cada hora, de cada día, de cada año de... —se detuvo. Nuevas lágrimas se despeñaron de sus ojos.

—Silver...

Entoné su nombre para detenerlo para frenar la locura que vi en sus ojos pero él no dio marcha atrás. Hecho una tromba salió de la salita abandonándome allí de rodillas.

La puerta quedó abierta.

Lidia con cara de no entender nada, se quedó mirándome.

Me puse de pie. Recogí la caja de las cartas de encima de la mesa otra vez y poniendo como excusa que iría a guardarlas, subí a mi apartamento.

Ni rastros quedaron de la partida de Silver.

...

Imaginé o más bien DESEÉ que para esta

hora estuvieses extrañándome tanto que necesitarías llamarme.

¿Te encuentras bien?

¿Cómo fue todo con Lidia?

Dos veces leí su mensaje antes de tomar coraje y llamarlo por teléfono.

—Agatha —Patrick exclamó mi nombre rebosando entusiasmo.

—¿Estás ocupado?

—Dame un segundo, ¿sí?

Noté que tapaba el auricular de su móvil. Su voz sonó opaca. Hablaba con alguien pero no identifiqué ninguna palabra en particular.

Pasados unos segundos su voz regresó a mí.

—Ahora sí —soltó en un suspiró—. Disculpa que te hiciera esperar, estaba con gente.

—Podía llamarte más tarde.

—No, de ninguna manera, quería hablar contigo, lo demás puede esperar. ¿Todo está bien?

¿Habría notado extraña mi voz?

Tenía demasiadas cosas en la cabeza y en el corazón, y eso jamás me era fácil de ocultar.

—Más o menos; ya lo resolveré. No te preocupes.

—¿Es por Lidia? Te juro que no fue mi intención...

—Ya se le pasará, en cuanto vean que todo va bien.

—¿Vean? ¿Con quién más tuviste problemas? ¿Fue por mi culpa?

—El detective cree que somos cómplices. Es una estupidez.

—Ese hombre no puede ser más absurdo, empezando porque me cree el

asesino y siguiendo porque dice que eres mi cómplice. Es un idiota, un inepto. Le diré a mis abogados que lo llamen. ¿Fue el detective quién te dijo eso? No puedo creer que fuese hasta tu casa para...

Lo interrumpí.

—No, no he vuelto a ver al detective. Silver vino a avisarme, sus abogados se lo dijeron. Ellos están representándome.

—Es completamente ridículo. Quizás lo mejor sea que mis abogados hablen con los de Silver o mejor, que yo hable con Silver. Tenemos que aclarar esto de una buena vez. Ni tú ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Andrey y tú corres peligro.

—Es que nos vieron juntos y saben que anoche te quedaste en mi casa.

—Tenemos todo el derecho a intentar continuar con nuestras vidas en paz.

—Ya lo creo. No me importa lo que piense el detective, encontraré al verdadero culpable.

—Lo encontraremos juntos. ¿Vienes esta noche a mi casa? Te ayudaré con lo que haga falta para intentar encontrar cualquier pista que pueda haber dejado atrás el asesino.

—Sí, pensaba ir cuando cierre el Mystical en la noche, ¿si te parece?

—Claro que me parece. Luego puedo prepararte de cenar otra vez y sería agradable que te quedaras. Me encantaría que pasaras la noche conmigo. Imagino que no tendrás ninguna otra cita. Y espero que a ese hombre de tus sueños y visiones ni se le ocurra aparecer por aquí; esta noche te quiero solamente para mí. Esta noche y todas las noches que me queden. ¿Qué dices, cenas conmigo?

—Lo pensaré —contesté con una sonrisa en los labios que él no podía ver; seguro sí sentir.

—Me las arreglaré para encontrar un modo de convencerte. Puedo ser muy persuasivo.

—¿Ah sí?

—No sabes cuanto.

Su voz sonó aterciopelada y me hizo cosquillas en los oídos, en mi vientre.

Nos quedamos en silencio, yo porque no podía parar de pensar en lo sucedido con Silver.

—¿Agatha, segura que te encuentras bien? Si tienes un problema deberías contármelo para que al menos intente ayudarte. ¿Tuviste una visión? Queda claro que no soy un experto en la materia mas estoy aquí para ti, al menos puedo escucharte.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es? ¿Qué debo hacer para arrancártelo? Puedes contarme lo que sea. Quiero saber todo de ti.

—Es que Silver vino a verme y tuvimos una conversación que me dejó preocupada. Nunca lo había visto así, estaba angustiado, genuinamente preocupado. Él... —quedé sin aliento, sentí todo el peso del universo sobre mi pecho.

—¿Preocupado por qué?

—Por mí.

—Porque yo estoy contigo —completó—. Por lo que advirtieron las cartas cuando te hizo esa lectura.

—Sí —admití—. Dijo que no era lo suficientemente fuerte para protegerme, que quería evitar que saliese lastimada otra vez, que todo lo que había hecho por mí... Es mi mejor amigo, Patrick, es mucho más que eso. Es difícil expresar lo que él y yo tenemos. No es una relación romántica.

—¿No lo es para ambos o solamente para ti?

—Para mí.

—Ahora queda más claro.

—No, no es eso. Hace un rato no parecía el mismo. Él siempre ha sido muy fuerte, muy decidido y hoy lo vi quebrado, agotado, como si llevase siglos batallando contra algo demasiado potente. Te repito que nunca lo había visto así y me preocupó. Además su comportamiento...

—Sí te hizo daño... —comenzó a gruñir.

—No, él jamás me haría daño. Es que... no sé si lo creerás pero Silver tiene ciertos poderes que bien, no son...

—Suéltalo de una vez, ¿qué es lo que puede hacer Silver?

—No es tan malo como quizás pueda sonar, no estoy de acuerdo con él cuando lo hace, de hecho se lo dejé muy claro hace un rato. No es que él tenga completo control...

—Agatha ya no des más rodeos, ¿qué poder tiene él?

—Puede controlar la voluntad de otros, su mente —solté sintiendo un sabor amargo en la boca—. No por completo por supuesto. Eso no...

—¿Qué hace qué?! —estalló en mi oreja tan fuerte que tuve que apartar el móvil de mí—. ¿Qué dices? No quiero que vuelvas a acercarte a él nunca más. Ese hombre es un peligro, no me importa si es tu amigo, si no puede controlar las mentes por completo, si lo que tienes con él es especial. En mi vida pensé que pronunciaría palabras semejantes y que creería en ellas pero si hasta se me erizó toda la piel. Te quiero lejos de él, lo más lejos posible. Podría usarlo en tu contra.

—Nunca haría nada así.

—¿Cómo lo sabes? Quizás ya hizo y siquiera te diste cuenta.

—No, Patrick... Silver solamente quiere protegerme.

—Sí, de mí. ¡Y una mierda, Agatha! Eso no se llama querer proteger. Eso se llaman celos y lo que ese hombre quiere es apartarte de mí. No se lo permitiré. No importa cuantos trucos sepa.

—Patrick no te pongas así, si Silver quisiera... —otra vez me interrumpió.

—¿Si él quisiera? —repitió—. No vuelvas a abrirle la puerta de tu casa.

—Es mi amigo. Te digo que de verdad si quisiese... él quería que nos fuésemos del país para mantenerme segura y le dije que no. Tuvo tiempo de sobra para controlar mi voluntad y no lo hizo.

—Considera la opción de que quizás hayas podido defenderte de él y que por eso no pudiera controlarte. ¡Mierda que no puedo creer que esté diciendo esto! —soltó fuera de sí—. Ese hombre es un peligro para ti. Trae a Azrael

contigo, ambos se quedarán en mi casa. Aquí estarás segura y si no quieres quedarte aquí podemos ir a un hotel, te alejaré de su lado, no permitiré que te haga daño.

Silver había dicho exactamente lo mismo en relación a él.

—Dices que no puede controlar las mentes por completo pero ¿de qué es capaz?

—Hizo que Owen viese las llamas a nuestro alrededor, ellos discutieron ayer, Silver se pasó de la raya. Nunca creí que se comportase así. Lo noto demasiado desesperado.

—Ese sujeto está mal de la cabeza. ¿Qué más hizo?

—Hoy cuando vino a verme controló a Lidia para que se quedase atendiendo la tienda mientras nosotros hablábamos. Te lo digo, no me haría lo mismo a mí ni en un millón de años —eso me decía mi corazón.

—Bueno, intenta convencerte de eso todo lo que quieras. Yo prefiero mantener mis dudas por tu seguridad —hizo una pausa—. Me contaste que tienes pesadillas con fuego desde siempre pero que últimamente son más potentes y que has tendido visiones mientras estás despierta. Si él hizo que Owen viese fuego, cómo sabes que no es el responsable de lo que tú estás viéndolo a toda hora, que tengas esas otras visiones. Incluso podía ser él ese otro hombre, el de tus visiones, ese que podrías amar, quizás sea él intentando hacer que lo ames.

—No es él.

—Dices que no ves su rostro.

—Que no es él, Patrick. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Si hoy Patrick no salía corriendo de mi vida...

—Por que aunque no tenga rostro... sé que no lo es. Estar cerca de Silver se siente completamente distinto. Estar con ese otro hombre se siente más como me siento cuando estoy contigo.

Patrick se quedó mudo.

—Es eso —agregué ante su silencio—. Patrick no tienes porqué querer

seguir siendo parte de mi vida. Puedo ayudarte con lo del asesino pero entenderé si no quieres...

—Ni siquiera te atrevas a terminar esa frase. No pienso dejarte, definitivamente no está en mis planes sacarte de mi vida. No me importa cuantos pretendientes sin rostro tengas, no me importa si Silver es un condenado brujo de verdad con súper poderes, no le tengo miedo y te defenderé de él con uñas y dientes. Soy un jodido tigre —soltó—. Ya lo dijiste tú. No me asustará.

Me reí porque me morí de amor con lo que dijo.

—¿Qué es lo que te hace gracia? A mí nada de esto me parece divertido. El sujeto podría ser un psicópata.

—Silver no es un psicópata y me hizo gracia que dijese que eres un tigre.

—Bien, me gustan los tigres, ¿ok? Además es lo mínimo que puedo ser, siendo tu una pantera.

—Me gusta eso.

Fue su turno de reír.

—A mí también —hizo una nueva pausa—. De verdad que no me gusta él. Antes no tenía nada en su contra, es que no es normal ir por la vida controlando la mente de los demás. Cómo me gustaría tener en este instante entre mis manos al responsable de la muerte de Andrey.

—No si puedo evitarlo. Lo encontraremos y se lo entregaremos al detective. Ni en sueños permitiré que se acerque a ti.

—Sé defenderme.

—Bueno, no será necesario porque no lo tendrás frente a ti.

—¿También te preocupa mi bienestar? —entonó sugerente.

—¿Tú qué crees?

El aire saliendo de su boca en una sonrisa me llegó por la línea telefónica.

—Me alegra que así sea. Odio tener que hacer esto; tengo una llamada que debo atender, es que estaba esperándola. Te llamo cuando salga para mi casa y nos vemos allí.

—Claro.

—¿Te apetece cenar algo en particular?

—Cualquier cosa que prepares estará bien para mí.

—Qué halago. Me alegra que confíes así en mí a tal punto.

—Tu madre te enseñó bien.

—Le diré que dijiste eso.

—¿Sí?

—Sí. Seguro que en cuanto le hable de ti querrá conocerte.

Ante sus palabras mi cerebro tuvo que reorganizar sus pensamientos.

—Bien, continuaré extrañándote un poco más. Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme. Y si Silver aparece por allí otra vez, comportándose extraño me avisas e iré a ponerlo en su sitio.

—No necesitas hacer eso.

—Es que no me quedaré tranquilo hasta que estés conmigo.

—Silver no es peligroso.

—A mí me parece que sí. Bueno, tengo que dejarte. Me muero por verte. Ten mucho cuidado.

—Y tú.

—Mientras tú estés bien, yo estaré bien. Hasta más tarde, Agatha.

—Sí.

—Sí —dijo remoloneando los sonidos entre sus labios.

—Adiós.

—Adiós.

—Ya cuelga, Patrick.

—Pero fuiste tú quien me llamó —entonó riendo.

—Adiós, Patrick.

—Adiós, Agatha.

Reí.

—Voy a colgar ahora.

—Ok. Yo seguiré aquí.

Reí una vez más.

—Estás loco.

—Quizás lo estemos los dos. Bendita locura —hizo una breve pausa—. Perdón, ahora sí debo irme. Prométeme que llamarás si me necesitas.

—Lo prometo. Te amo. Adiós —solté a toda velocidad y colgué para no dejarlo en la necesidad de contestar nada a mi “te amo”.

Dejé el móvil sobre la mesa. Azrael aprovechó mis manos vacías y se hizo caricias.

## 18. Cabeza en el polvo, pies en el fuego.

—¿Eso es todo lo que necesitas?

—Sí, creo que sí.

Sally me pasó la caja con las hierbas de las cuales me proveyó para que esta noche, además de buscar cualquier señal que el asesino hubiese podido dejar en casa de Patrick, me asegurase de hacer todo lo posible para mantenerlo a salvo. Prepararía los amuletos antes de ir a su casa y aunque ni bien fuese a sus espaldas, los colocaría por la propiedad; quizás esto fuese demasiado para él, no para mí y me quedaría más tranquila sabiendo que una parte de mi magia se quedaría con él cuando yo no estuviese allí.

—Bien. Recuerda que si necesitas ayuda —se ofreció—. Tal parece que estás en medio de algo importante, ¿es para más de un trabajo?

—No es exactamente un trabajo. Es para un amigo —resumí para no tener que contarle toda la historia que había entre Patrick y yo. Gracias de cualquier modo, creo que podré sola. Prometo que si necesito ayuda te llamaré.

—Sí, por supuesto, aquí estoy para ti.

—Gracias por todo. Supongo que nos veremos la semana que viene para que te haga una tirada.

—Sí, allí estaré sin falta.

—Entonces hasta la semana que viene. Nos vemos —recogí la caja del mostrador y salí del local.

En cuanto pisé la acera sentí un cosquilleo extraño en la nuca. Eché un vistazo a mi alrededor y no noté nada extraño. La gente iba por la calle tranquila, el tránsito circulaba fluido y un tanto escaso. Había decidido venir hasta aquí a pie porque estaba solamente un par de manzanas de mi casa y necesitaba la caminata, sobre todo para hacer un poco de tiempo antes de regresar al Mystical; a pesar de todo la cosas hoy entre Lidia y yo continuaban un tanto raras. Quizás fuese por nuestra discusión de la mañana o tal vez en parte por lo que le había hecho Silver; no tenía idea cuanto de su magia había dejado en ella.

Dando un paso más, sacudí la espalda para quitarme de encima las malas sensaciones.

No estoy segura de que diese demasiado resultado. Sentía como si tuviese un centenar de pares de ojos en mi nuca, o al menos un solo par con una de esas miradas que hieren, una mirada con ninguna buena intención.

Disimuladamente antes de llegar a la esquina espí hacia atrás. Otra vez no vi a nadie siguiéndome, tampoco observándome, tanto más, parecía que el resto de los transeúntes no reparaba demasiado en mí; eso tenía de bueno esta ciudad, todo el mundo aquí tenía un aspecto tan distinto, desde el más estafalario hasta el más normal, que nadie se sorprendía por ver a una mujer de cabello platinado y por la cintura, pálida e íntegramente vestida de negro, al igual que siempre, con docenas de amuletos colgando de su cuello, cargando en sus brazos una caja con paquetes de distintas hierbas frescas y secas, semillas y algunos polvos ya preparados con mezclas que la mayoría de las personas no conocían ni tenían idea de para qué servían.

Mis ojos podían no dar evidencia de que nada extraño estuviese sucediendo sin embargo mi piel me decía algo muy distinto.

En la base de mi cerebro se instaló una sensación de pesadez. Corría

peligro, estaba segura de eso.

Volví la vista al frente y apuré el paso. No tener idea de qué era lo que me acechaba me ponía todavía más nerviosa; ¿cómo intentar defenderme si siquiera podía ver la amenaza?

Procuré seguir caminando como si nada, mas no creo que mi actuación fuese del todo creíble, tenía los hombros tensos y si bien mis piernas se movían rápido, mis músculos parecían querer frenar mis pasos a propósito. El miedo quería dejarme congelada allí mismo en mitad de la calle, un miedo que nunca antes había experimentando estando despierta. Sí en mis sueños, sí dentro de aquella mazmorra oscura, cuando mi cabeza se llenaba del polvo de la soledad y del abandono, si cuando mis pies en el fuego me recordaban lo delicada de mi propia existencia, la que hubiese entregado un millón de veces, de ser necesario, por mi amor.

Crucé la calle y seguí mi camino repitiéndome que nada me sucedería, estaba a la luz del día, con gente rodeándome, aquella mazmorra no existía y mi fuego interno era más poderoso que el fuego que pudiese rodearme.

Espió hacia atrás una vez más. Nada. Me volví pero no a tiempo para ver al hombre que venía de frente tan distraído cuanto yo lo estaba, él escribiendo en su móvil.

Mi hombro chocó contra el suyo, las cosas dentro de la caja se sacudieron. Cerré los ojos y al abrirlos...

—¿Muerto?!

*La exclamación de una voz masculina llamó mi atención por eso me distraje y choqué con quién venía de frente por esta calle que apenas podía llamarse así. Era un pueblo, uno muy sencillo y pequeño, rural.*

*El hombre con el que choqué me insultó. Él siguió su camino pero yo frené en seco para continuar escuchando aquella conversación que siquiera tenía idea de dónde provenía.*

—Sí, su socio está muerto. Lo encontraron esta mañana.

—¿Saben de qué murió? Anoche lo vi, estaba bebiendo, no daba la impresión de padecer ninguna enfermedad. ¿Acaso lo mataron para robarle?

—No lo creo, dicen que todo en su casa estaba intacto. No estaba herido lo que comentan es que sí tenía un aspecto horrible. Por ahí corre el rumor de que lo envenenaron.

—Envenenado. Eso sí que será un problema para él. No creo que El Tigre esté muy feliz de haber pedido a su mejor aliado.

—Ni yo.

—¿Lo sabe ya?

—No tengo idea. ¿Será que no lo sabría de antemano?

—¿Qué quieres decir, que tuvo algo que ver en su muerte?

—No lo sé. Dicen por ahí que El Tigre anda en malas compañías.

—El Tigre es un señor entre señores y un malandro entre malandros, todo el mundo sabe eso.

—Sí pero hablan de cierta compañía femenina.

—Sí, creo que ya sé de que hablas, también escuché rumores al respecto.

—Todos sabemos muy bien lo que ella hace; una cosa es recurrir a sus servicios cuando hay necesidad pero otra muy distinta...

—Es una mujer muy bella, no me extraña que él cayese en sus redes, es nuevo aquí y no sabe a qué atenerse, El Tigre se cree invencible, esa mujer seguro...

—Debe haber sido una presa fácil, a ese hombre lo puede su ego. Debíó pensar que podía controlarla y seguro es ella quién lo controla a él. No me extrañaría que lo convenciese para que...

—No puedes creer que lo asesinaron.

—Bueno, dicen que El Tigre se había ganado su confianza al punto de que el pobre desafortunado lo tomase casi como a un hijo. No me extrañaría que heredase todas sus tierras y bienes, el difunto no tenía más familia. A mi modo de ver no fue una desafortunada muerte y sí un asesinato a sangre fría. Si alguien sabe sobre venenos es esa mujer.

No necesité que nadie me explicase que esos hombres hablaban sobre mí, sobre él. Veía lo que me rodeaba, escuchaba las palabras, y así y todo sabía que nada de esto era real, al menos en su contexto. La muerte lo había sido,

él y yo lo éramos.

*En otras circunstancias quizás hubiese deseado salir de esta visión cuanto antes, en este instante lo único que deseaba era seguir escuchando para intentar echar un poco de claridad sobre la situación.*

*—Bajo el efecto de algún hechizo o poción, o incluso estando completamente de acuerdo con esta muerte, lo cierto es que si nadie llega al fondo de este asunto, esos dos se verán muy beneficiados. Sobre todo ella. Sin El Tigre no es más que una bruja, una ladrona, lo que siempre ha sido, lo que todos conocemos. Deber soñar con convertirse en una señora. Si ellos lo asesinaron, si nadie los frena, se saldrán con la suya. Imagina lo que ambos podrían llegar a hacer con tanto dinero y con tanto poder entre sus manos, ella con su magia además...*

*—Calla que se me hiela la sangre.*

*—Este lugar se convertirá en un infierno, habrá demonios circulando por ahí y ya no volveremos a tener paz, estaremos perdidos. Que Dios se apiade de nuestras almas.*

*—No se lo permitirán —entonó el otro con voz temblorosa—. No puedo creerlo de ella. Curó a mi esposa. Nosotros no teníamos dinero, no nos cobró nada.*

*—La bestia escondida debajo de la piel del cordero. Solamente esperaba el momento propicio para salir y mostrar su verdadera cara.*

*—Pero si siempre ayudó a todo el pueblo. Quizás él la cambiara, siempre fue una buena chica a pesar de todo. Si robaba jamás lo hacía a los pobres, es más, dicen por ahí que muchas veces lo hizo para ayudar. Sabes que ella no vive con lujos.*

*—Pues ahora tendrá todos los lujos que quiera.*

*—Qué difícil me resulta creer todo eso. Quizás estén yendo muy lejos con sus habladurías.*

*—Los que lo vieron opinan distinto, dicen que el cuerpo presentaba un aspecto horrendo, estaba negro y rodeado de su propio vomito, con una mirada de terror por siempre perpetuada en sus ojos.*

*—Es una locura, esa chica...*

*—Esa chica es una bruja.*

*La conversación quedó en silencio.*

*Así, parada en mitad de la calle me quedé por un instante hasta que sentí movimientos a mi izquierda. Giré la cabeza para ver en un portal a un hombre despidiéndose de otro, eran los dueños de las voces que había escuchado dentro de mi cabeza.*

*Uno de ellos me sostuvo la mirada con fiereza, el otro me observó lleno de pena para al final bajar la vista y alejarse de allí a paso apurado.*

*Creían que yo lo había matado.*

*El miedo terminó por endurecer mis músculos.*

*Yo no había asesinado a nadie, tenía que encontrar el modo de defenderme, necesitaba pruebas de mi inocencia y de la suya, nosotros no éramos responsables de ninguna muerte.*

*Tenía que encontrar aquellas pruebas para presentárselas al detective antes de que él esparciese por toda la ciudad, una culpa que no era nuestra.*

En un parpadeo aquel pueblo desapareció y reapareció ante mí el hombre con su móvil en una mano.

—Disculpa, no te vi —me sonrió. Era un hombre joven y elegante de sonrisa fácil y mirada amable—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. Disculpa, tampoco te vi.

—Te asusté. Lo lamento. Quieres que te acompañe a alguna parte. Te pusiste pálida.

—No, estoy bien. No hay necesidad, vivo muy cerca de aquí.

—Si quieres te invito un café.

—Gracias, no es necesario además ahora no puedo.

—Una pena. ¿Lo que llevas ahí está bien?— Alzó sus ojos como si quisiese hacer saltar su mirada hacia dentro de la caja.

—Sí, no te preocupes, aquí dentro no hay nada que pueda romperse.

—Bien, si no puedo convencerte de que tomes un café conmigo...

—No, lo siento.

—Fue un placer. Ten cuidado, ¿sí?

—Sí, gracias, también tú.

—Adiós.

—Adiós.

El hombre siguió su camino.

Girando un poco sobre mis pies lo vi alejarse. Él no se parecía en nada a los dos hombres de mi visión y sin embargo pese a su amabilidad, el miedo no se borraba de mí.

Forcé a mis piernas a ponerse en movimiento una vez más, les costó reaccionar y los primeros pasos fueron un tanto temblorosos, a los pocos metros cobré velocidad. El miedo apuró el paso también, lo tenía pisándome los talones, casi pegado a la espalda como si quisiese saltar sobre mí para apretar hasta la asfixia a mi pecho ya oprimido por un mal augurio.

De no haber sido porque tenía la caja fuertemente asida contra mí, mis manos se hubiesen echado a temblar.

Continué andando. Tenía que confiar en que los hombres del detective estuviesen siguiéndome, que si algo intentaba caer sobre mí, ellos me defenderían.

Por el largo de otra manzana, hice todo lo posible para convencerme de eso y no dio resultado.

Pensé en llamar a Silver para preguntarle si él podía ver algo rondándome sin embargo después de nuestra conversación de hoy temprano, me sabía mal llamarlo.

El nombre de Lidia pasó por mi cabeza y tuve la misma sensación de que ella ya me había advertido lo suficiente, los dos lo hicieron y si bien los había escuchado, seguí adelante con mi decisión. Esto sería algo que resolvería sola.

La siguiente esquina llegó a mí no sé muy bien cómo. Venía tránsito de ambas direcciones. Frené y disimuladamente miré hacia atrás.

El corazón se me subió a la boca al ver por detrás de mí, entre otras personas que esperaban para cruzar, a un hombre vestido de negro con guantes y pasamontañas, parado justo detrás de mí. Sus ojos desplegaban tanta oscuridad a su alrededor que siquiera alcancé a ver de que color los tenía, menos pude reparar en el color de sus pestañas o en el tono de su piel.

No hizo ningún intento de atacarme mas no por eso su posición frente a mí, resultaba menos hostil.

Mi cabeza se puso pesada, como si estuviese llena de polvo.

Una sensación, quizás algo que flotaba en el aire me dijo que pese a ver a aquel hombre con una consistencia solida y tan precisa como la del resto de las personas que me rodeaba, no era real.

Alcé un brazo; él siguió con la mirada el movimiento de mi mano derecha en dirección a su rostro. Quise tocarlo y mi mano dio con la nada. Fue como intentar atrapar esas diminutas partículas de polvo que flotan en el aire, a mano limpia.

El hombre desapareció.

...

—Por lo visto compraste media herboristería —soltó Lidia ni bien crucé la puerta.

Por culpa del miedo y los nervios la sangre todavía me palpitaba en los oídos con la fuerza de uno de esos enormes tambores coreanos que una vez vi tocar a un grupo de chicas que no parecían tener la fuerza suficiente ni para matar una mosca y sin embargo lo hacían con brío. Ellas me sorprendieron en ese momento pero no me sorprendería nada que cualquiera de ellas pudiese ahora conmigo. Las piernas me temblaban y no me sentía capaz de dar ni un solo paso más. No terminaba de entender lo sucedido a unas calles de aquí mas de cualquier modo no necesitaba que nadie me explicase que no era nada bueno.

Cerré la puerta detrás de mí, la tienda estaba vacía y el sol comenzaba a

caer.

—Estás más pálida de lo normal. ¿Te sientes mal? ¿Qué sucedió?

No llegué ni a dar dos pasos que Lidia apareció al rescate quitándome la caja con las hierbas de los brazos.

—¿Qué tienes? ¿Llamo al policía de afuera? Seguro él podrá hacer que el detective esté aquí en menos de diez minutos.

—De nada serviría —mi voz sonó temblorosa y lejana—. No puede atrapar el polvo, menos que menos una visión.

—¿Qué viste?

—Al asesino de Vorobiov.

—¿Viste su rostro?! ¿Podrías identificarlo?

—No, no lo vi, llevaba puesto el pasamontañas igual que cuando nos topamos con él en casa de Patrick.

—¿Hizo algo, te dijo algo?

—No más que amenazarme con su sola presencia. Debe rondarme.

—No deberías volver a salir a la calle sola —sacudió la cabeza negando —y desde ya que no deberías ir a casa de Reed esta noche. ¿Todo esto es para protegerlo? —alzó la caja—. Es muy probable que no se lo merezca.

—No empecemos con eso otra vez.

—Es una locura lo que haces. Meterte en la boca del lobo —caminó hasta el mostrador y colocó la caja sobre éste.

—Si no fue él, es la única forma de demostrarlo, y si lo fue, la única de comprobarlo.

—Tú no crees que haya sido él —resopló.

Negué con la cabeza.

—Todo lo que Patrick esconde, incluso ese gran arrepentimiento y los temores no provienen de la muerte de Vorobiov, Lidia, creo que ya estaban con él el viernes por la noche.

—Eso ha de ser porque ya lo tenía planificado.

—No lo creo. Lo que sí sé es que hasta ahora no puedo relacionar esa oscuridad que carga dentro de sí, con la persona que es cuando está conmigo.

—Bueno, hay asesinos seriales que son amorosos con sus familias y amigos; nadie sospecha de ellos, son buenos vecinos y esas cosas. La ilusión dura hasta que encuentran un hacha ensangrentada en su casa y...

—Lidia no digas tonterías.

—Todavía no puedo creer que te metiera en su vida, no me lo perdonaré jamás.

—Pues yo te estaré agradecida. Él es... —Lidia me miró con tan mala cara que dejé de hablar.

—Algunos amores son una perdición.

—Él no lo es, no al menos en un mal sentido.

—Amas a un hombre que conociste hace días.

—No lo siento así. Eso es lo que intento explicarte, es extraño. Nunca tuviste la impresión de que tu cerebro puede no haber comprendido algo todavía pero tu corazón y tu cuerpo lo saben desde hace mucho. No lo sé, pese a no entender muchas cosas sobre él siento como si lo conociese de toda la vida. Con él estoy tranquila, en paz.

—Estás loca, Agatha.

—Sí, bueno, no es de ahora, ya me conoces.

—No es broma. No crees que si el detective sospecha de Reed, sus motivos tendrá —Lidia rodeó el mostrador y se agachó por detrás. Al reaparecer tenía una pequeña caja violeta en sus mano derecha—. Para ti.

—¿Qué es? Todavía falta para mi cumpleaños.

Tendió la caja en mi dirección una vez más.

—No es un regalo de cumpleaños. Ábrelo. En realidad es algo que encargué hace un tiempo, llegó en el momento justo.

Abrí la cajita, dentro había una especie de capsula dorada que colgaba de una cadena.

—Era para que le pusieses dentro lo que necesitases. Me tomé la libertad

de armar algo por ti para protegerte. Tú harás eso por él pero no lo haces por ti de modo que yo lo hice. Contiene algunas hierbas, polvo de ciertas piedras.

—Es...

—Iba a dártelo por tu cumpleaños pero no pensaba esperar. Me quedaría más tranquila si lo llevases todo el tiempo, en especial cuando estés con él.

—Lidia, él no...

—Por favor —llegó hasta mí y tomó la cadena con su dije de dentro de la caja. La cadena era muy bonita y resplandecía todavía más al dorado del atardecer. A pesar de lo larga que era, soltó el gancho que la mantenía cerrada y se movió hasta colocarse por detrás de mí para colocármela —prométeme que no te la quitarás.

La cadena y la pequeña cápsula quedaron por encima de la cadena de la cual colgaban en resto de mis dijes relegándolos a un segundo plano.

No podía oler nada en particular y sin embargo todos los olores me asfixiaban. Me puse tensa, la espalda me dio un tirón y todo el vello de mi cuerpo se puso en pie. No tenía idea de con qué había confeccionado Lidia este amuleto pero mi cuerpo estaba rechazándolo. Era probable que ella por no ser demasiado experta en la materia, hubiese exagerado con ciertos elementos. O quizás estuviese tan preocupada que no midió con aquello que utilizó para repeler a los peligros y ahora me repelía a mí también.

Por supuesto no dije nada, ella estaba demasiado angustiada, lo notaba y ya teníamos las dos suficiente por un día con nuestra discusión de más temprano como para añadirle ahora otro disgusto.

Lo dejé estar.

—¿Te gusta?

Le sonreí.

—Claro que sí.

—Ahora que lo llevas puesto me siento un poco más tranquila. Júrame que no te lo quitarás —tomó el meñique de mi mano derecha con el suyo.

—Lo prometo —entoné esforzándome por meter oxígeno en mis pulmones.

—Bien, ahora que llegaste, que llevas el amuleto en tu cuello y que no hay clientes a la vista quería pedirte si no puedo irme un rato antes. Jake me pidió que le de una mano, esta noche tienen un evento grande y necesita a gente de confianza a su lado.

—Claro, no hay problema, ve.

—Estaré despierta hasta muy tarde y pendiente de ti. Pienso llamarte en el correr de la noche para asegurarme de te encuentres bien.

—Estaré perfectamente bien.

—Júrame que si ves que fue él, no se lo dirás, disimuladamente te largarás de allí e irás directamente con el detective a denunciarlo.

—No fue él.

—Júramelo.

—Está bien, te lo juro.

Lidia recogió su bolso de detrás del mostrador.

—Y también júrame que no te lo quitarás —estiró su mano hasta mi pecho y en su puño encerró el regalo que me hiciera—. Es dejártelo puesto o que tengas que soportar que vaya contigo a todas partes para cuidar de ti.

Me reí.

—Eso no es necesario, Lidia.

—Para mí lo es, me preocupo por ti. Eres como una hermana, eres mi hermana. No podrías evitarlo ni aunque quisieras. Eres la responsable de gran parte de mi energía, de gran parte de mi magia y de que Silver todavía continúe intentando enseñarme algo, sabes que cuando te conocí ya casi no me tenía paciencia, no soy un ser elevado como ustedes dos y él pierde los estribos con mis rudimentarios poderes.

—Si Silver continúa enseñándote es por ti y no por mí, insiste porque sabe que llevas algo dentro. Eso no lo haría por mí y lo sabes.

—No lo sé —soltó el amuleto—. Quizás sí, quizás no. Ojalá crea que puedo dar mucho más de lo que esperaba de mí.

—Los dos somos bastante conscientes de la energía que llevas dentro. Recuerda que por eso me acerqué a ti cuando nos conocimos. Tu energía me

llamó a gritos, es como si supieses mi nombre desde siempre. Si tu magia no logra más es porque no terminas de liberarla, de soltar tu mente.

—No creo ser una persona que se contenga demasiado.

—Tal vez no para ciertas cosas —le dije guiñándole un ojo ante su sonrisa pícaro —sí para otras. No es la primera vez que te lo digo: sabes bien que si te dedicases a esto por entero tu magia no tendría nada que envidiarle a la nuestra. De eso no me cabe la menor duda. Te falta focalizarte.

—Bueno, estaba focalizada cuando prepare ese amuleto —apuntó con la cabeza en dirección a la cápsula dorada—. Sabía muy bien lo que quería conseguir y puse toda mi energía allí, una parte de mi alma —me sonrió—. Una parte de mí se queda aquí contigo, te acompañará donde haga falta. Espero pueda protegerte.

Continué guardando silencio con respecto a los efectos de este amuleto. Mi respiración iba a un ritmo más normal, igual sentí una fuerza oprimiendo mi pecho. Definitivamente Lidia estaba muy preocupada por mí.

Los brazos de mi amiga, de mi hermana llegaron y me rodearon, los míos cubrieron sus espalda por encima de su larguísima melena que era tan larga como la mía, solo que de distinto color; su cabello castaño era similar al mío, a aquel con el que llegué aquí.

Lidia se apartó un poco de mí.

—Te quiero más que a nada en este mundo, ¿lo sabes, no es así? —sus ojos castaños derrocharon lo que ella todavía no se atrevía a darle a su magia. Parecía un aparato de rayos X, una fuerza drenó todas las venas en mi cerebro escurriendo de mi cabeza todo pensamiento racional, alejándome de la realidad hacia otro plano, hacia un tiempo que corría de un modo distinto en una curva indecisa que no sabía si ir o venir. Más o menos así me había sentido la primera vez que me topé con ella en mitad de la calle de camino a por un café. Ella tenía ya el suyo entre sus manos... había sido un momento tan surrealista.

—Bien, me voy ya que sino alguien que conocemos bien tendrá una crisis nerviosa y ya tiene suficiente.

—¿Patrick frenó esa locura de abogados en contra del Mystical?

—No sé, quizás deberías preguntárselo tú. Al menos podría hacerlo por ti,

digo, que si después de todo está contigo, allí estarían sus buenas intenciones si lo hiciese. Si todavía no ha frenado el proceso, pues bien, los hechos hablan por sí solos. Ese hombre pretendía quitarles un dineral, más de lo que vale el Mystical. Pregúntaselo, allí tendrás a tu hombre, será el Patrick Reed de la respuesta que te dé —Lidia me dio un beso en la mejilla—. Bien, cuídate. Recuerda que te llamaré de modo que más te vale tener el móvil encendido, si no contestas pensaré lo peor.

—Ok, no te preocupes, lo dejaré encendido pero no hay necesidad de que me llames.

—Eso es lo que tu opinas. Bien, me voy. Cuídate.

—También tú.

—Te quiero.

—Y yo a ti —Lidia acomodó la tira de su bolso por encima de su hombro y salió.

Un largo suspiro emergió de mi nariz.

...

Tiré de la cinta para cerrar la última bolsita. La cerré con un lazo y la dejé a un lado junto con las otras once. Las había cerrado con cintas de colores distintos para recordar lo que contenía cada una porque serían empleadas para distintos usos.

Mi hogar estaba impregnado en el aroma de las distintas hierbas y aceites.

A Azrael parecía no aquello; con delicadeza felina saltó sobre la mesa y se echó a un lado de las bolsitas, sin demasiado entusiasmo estiró una pata y con las uñas enganizó una para acercarla un poco hasta su cabeza. La olfateó y la soltó.

—¿A ti qué te parece Patrick? Ya sé que en un principio no te agradó ni un poco —rasqué su cuello —no es lo que todos dicen, no podría serlo y que yo me sintiese así por él. Bueno, al menos eso creo.

Azrael continuó disfrutando de las caricias sin inmutarse.

Sentí la vibración del móvil antes de que comenzara a sonar. Era Patrick.

—Hola —entonó entusiasmado.

—Hola. ¿Estás libre ya?

—Me alegra que lo preguntes porque así es. Recién salgo de hacer unas compras para la cena de esta noche, precisaba de algunos ingredientes frescos que no tengo en casa.

—Te tomas la comida muy en serio.

—No la comida, a ti. No creas que pasé por alto eso último que me dijiste antes de colgar. Todavía tengo tus palabras en mis oídos, dando vueltas por mi cabeza. En eso pensé toda la tarde, es que no conseguí concentrarme en nada más.

—No debería haberlo dicho, son cosas mías, si hasta yo sé que no es coherente.

—Queda claro que de coherencia no vamos sobrados.

—Tú parecías un hombre coherente.

—Quizás solamente lo pareciera y no lo fuera. La única certeza que tengo ahora, con la poca coherencia que consigo juntar es que mi cabeza es un descontrol. Y eso no me molesta. Mucho menos me molesta que me digas que me amas. Con otra mujer es probable que hubiese salido corriendo ya, que no la hubiese vuelto a llamar pero contigo la única dirección en la que quiero correr es a tu casa y hablar contigo por teléfono no me alcanza. ¿Te paso a buscar? Puedo ayudarte a recoger unas cosas y a llevar a Azrael a mi casa.

—Ya veo que no te molesta.

—Si, prácticamente estoy pidiéndote que te mudes conmigo.

—Por esta noche dejaré a Azrael aquí y no hace falta que vengas por mí. Te veo en un rato.

—¿Tienes todo lo que necesitas para lo que sea que vayas a hacer en pos de intentar encontrar rastros que pudiese haber dejado el asesino?

—Sí, lo tengo todo bajo control, no te preocupes, lo único que necesito de ti es que mantengas la mente abierta.

—¿Nada más? Que decepción —bromeó—. Y yo que creí que querías

algo más conmigo.

—Eso ni lo dudas. Te veo luego.

—¿Recuerdas como llegar a mi casa?

—Sí, Patrick.

—No necesitas saltar el muro esta vez.

Me reí.

—No, ya lo sé.

—Bien, allí te esperaré ansioso. No tardes.

## 19. ¿Cuánto tiempo te tomó llegar aquí?

Giré el volante hacia la derecha y aparecí en la calle en la que vivía Patrick.

Mis anteriores visitas a esta parte de la ciudad habían sido muy distintas, si hasta el clima era completamente opuesto. La noche caía despacio y brillante. En el horizonte todavía restaba un poco del fuego del sol; sobre mi cabeza la cúpula relucía con un azul brillante punzado por estrellas.

Esta noche no habría tormenta. Soplaban una brisa suave y cálida que mecía las palmeras y el resto de la vegetación, al ritmo en que debía moverse el agua que servía a modo de extensión del jardín trasero de muchas de estas mansiones.

Este día había sido muy largo y me costaba creer que fuese a terminarlo con él aquí.

Inspiré hondo y dejé que el automóvil avanzara los pocos metros que me distanciaban de su casa.

De camino aquí repetí para mí misma unas cuantas veces que debía mantenerme tranquila. A nadie le había dicho nada, si no me lo guardaba para mí, lo único que hubiese conseguido hubiese sido todavía más resistencia de

parte de todos los que no querían saber nada de verme aquí.

Mi incomodidad no tenía nada que ver con Patrick sino con Vorobiov, con su muerte.

Hay rastros que se mantienen sobre los objetos, incluso en el aire.

El paso de la violencia no es gratuito únicamente por sus resultados directos. El asesino había dejado atrás demasiado, al menos para mis sentidos. Esperaba poder captar cosas que me sirviesen si no para identificarlo, al menos para conseguir un camino a él.

Andrey también había dejado de sí aquí, eso lo sentí cuando después de bajar de mi automóvil todas las cosas que necesitaba, llegué al portón de entrada del caserón.

Detrás de la amabilidad de sus sonrisas todavía no olvidadas, de sus palabras de coraje había miedo y dolor. Andrey no se había ido de aquí en paz y eso era entendible; su vida fue arrebatada del peor modo posible. Esperaba poder ayudar con eso también.

Patrick tenía suerte de no percibir todas estas cosas, de otro modo jamás hubiese podido continuar con su vida en esta casa.

—Comenzaba a preguntarme dónde estabas. Planeaba salir a buscarte ahora mismo —entonó su voz a través del intercomunicador.

—Ya estoy aquí.

—Sí, te veo, adelante, pasa.

A mi derecha sonó un murmullo metálico y el portón comenzó a abrirse.

El jardín delantero era demasiado denso y a pesar de que el servicio de luz hoy era normal la oscuridad se adueñaba de todo.

Los cabellos más cortos en mi nuca se erizaron. La sombra helada se desperdigó por mi espalda.

Desde donde me encontraba se veía el camino de ascenso al garaje, al jardín; por allí habíamos corrido Lidia y yo escapándonos del asesino.

Intenté acomodar mi cuerpo debajo de mis ropas.

Patrick no salió por allí a recibirme sino por la puerta delantera.

Lo vi al girar la cabeza.

Sonreía viéndome.

Iba vestido en tonos claros. La camisa con un par de botones sueltos, sus manos en los bolsillos de los pantalones, el cabello despeinado y, al girar por el camino, tuve toda su imagen a mi disposición para ver que iba descalzo.

Más allá de su aspecto, el cual no era para despreciar, sobre todo por lo imponente de su mirada y lo maravilloso de su sonrisa, lo que más me atraía de él no estaba a la vista. Era algo que no puede ser afectado ni por el hombre, ni el tiempo, ni ninguna fuerza de la naturaleza, era eso que lo hacía tan él, eso que lo hacía tan él y tan perfecto para mí.

Ni de haber puesto todo mi empeño en ello hubiese podido contener mi sonrisa. Mis mejillas tironearon de mis labios y mi corazón hizo eso que todo cuerpo hace cuando se sabe próximo a su santuario de paz.

—Es increíble tenerte aquí.

—¿Qué, no creías que vendría? —le pregunté remontando lo que quedaba de camino.

—La espera fue demasiado extraña. ¿Cuánto tiempo te tomó llegar aquí? Yo diría que una eternidad.

El camino se acabó, al fin llegaba a él. Alcé la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tampoco tanto —susurré sonriéndole.

—¿Quinientos años?

—Yo diría que un poco menos.

Patrick me quitó la caja que cargaba en los brazos. Luego fue a por mi bolso para apoyarla sobre ésta.

—Al menos doscientos años —aproximó sus labios a los míos—. No, eso es muy poco. Fue mucho más, yo creo que sí fue una eternidad. Si no sabía qué hacer allí dentro, o qué hacer con mis manos vacías —enredó sus dedos en los míos—. Mi casa no tiene magia, mi vida por sí sola no tiene ni una pizca de chispa. Si no estás por ahí el mundo es bastante más aburrido y no tan bello.

No le di tiempo a besarme primero; sus ojos me lo pedían a gritos y mi cuerpo se sentía tan perdido como el suyo sin un contacto entre nosotros. Toqué sus labios con los míos y entonces a mí también me dio la sensación de que había pasado una eternidad desde que estuvimos juntos por última vez.

—Lo ves —apartó su boca de mí apenas un centímetro—. No deberías irte de aquí, no deberíamos volver a separarnos nunca más.

Moví mis labios sobre los suyos, degustando el tacto de su boca y de su piel.

—Lo digo en serio Agatha, cada vez que te pierdo de vista me pongo muy nervioso. Es como si... —fue a decir algo más pero de pronto alejó su cabeza de mí apretando los párpados y la frente.

—¿Qué tienes?

Todavía con la frente fruncida abrió los ojos.

—Me mareé y me dieron nauseas.

—¿Te sentiste mal durante el día?

—No, había estado perfecto.

Tomé su rostro entre mis manos.

—Te pusiste pálido.

—Mejor vamos a dentro, necesito sentarme un momento.

—Quieres que llame a un doctor.

—No, no es nada. Tengo el estomago revuelto es todo.

Su rostro quedó empapado de sudor frío.

Patrick se deshizo de mis manos y salió corriendo hacia el interior de la casa y yo tras él.

Lo llamé dos veces y aún así él no se detuvo.

Sus pies descalzos resistieron mejor la curva sobre la superficie del piso tan liso y pulido cuando dobló por el corredor pero yo con mis botas de suela por poco mi me mato en un resbalón que conseguí atajar de milagro.

Lo vi empujar una puerta a su derecha con sus dos manos para arrojarse dentro.

—¡Patrick! —chillé al ver su cuerpo estremecerse.

Llegué a la misma puerta que él y al instante lo escuché, vomitaba.

Prácticamente planeaba tirarme de cabeza dentro del toilette para ayudarlo; una alarma dentro de mi cabeza me detuvo.

Patrick aferrado al inodoro vomitó una vez más como si su cuerpo pretendiese expulsar hasta sus tripas.

Solté el marco de la puerta del cual me había atajado para frenar mi carrera y retrocedí un paso.

Bajé la vista y lo sentí palpar sobre mí. Sabía muy bien que los materiales inertes no palpitan, no al menos en el mundo que todos conocen. Sí en el mío.

En cuanto puse una mano sobre la capsula dorada hasta mi piel empezó a asfixiarse.

No pude ser delicada. Tiré de la cadena y me lo arranqué para arrojarlo a un lado del pulcramente claro corredor.

Inspiré hondo una vez y entré en el toilette para ayudarlo. Patrick continuaba vomitando.

—Tranquilo, tranquilo que ya pasa.

Debajo de mis manos que lo acariciaban, su espalda se tensó una vez más. Vomitó hasta que no quedó nada dentro de él y quizás un poco más. Las arcadas lo hicieron ahogarse poniendo su rostro rojo y cristalino sus ojos.

Quedó empapado en transpiración. La camisa se la había pegado a su espalda.

Como pude lo recosté contra la pared y le pasé en una caricia las manos por el cabello y la frente.

—¿Mejor?

Asintió con la cabeza.

—No sé que me sucedió. Estaba ahogándome y no podía controlarme, fue

horrible. Frente a mi pasó lo poco que recuerdo de la noche del viernes en el Mystical. No sé qué te dije pero me vi gritándote. Furioso y no entiendo por qué —se agarró la cabeza—. ¿Qué fue lo que me sucedió?

—¿Ahora?

—Ahora, la noche del viernes, la del sábado y mientras te esperaba.

—No entiendo de qué...

—Llegué aquí con las compras y ya no entendí nada. No estoy seguro de qué hice mientras te esperaba. No lo sé, no tengo recuerdos por eso te dije que fue como si te hubiese esperado una eternidad. Fue como nadar en mar abierto en plena noche. Hacerlo en el océano asusta menos, créeme —se pasó los talones de las manos por los ojos para barrer las lágrimas que humedecían sus pestañas —en mar abierto al menos tienes un centenar de estrellas. Aquí era solamente oscuridad, oscuridad y una horrible sensación de vergüenza, de dolor, tristeza. Una desazón enorme. Creí que no volvería a verte jamás y que era mi culpa. Es mi culpa —acotó—. Porque, no sé. No entiendo nada—. Esta vez sus manos barrieron todo su rostro—. Es mi culpa. Por mí estás metida en esta locura de asesinos sueltos.

—No es tu culpa, Patrick. Simplemente sucedió.

—Siento mucho que no tengas relación con tus padres, que tengas que vivir a miles de kilómetros de ellos, que no acepten tu magia. Yo amo tu magia, te amo a ti y no puedo creer toda esta culpa que... —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Dime que me perdonas —soltó prendiéndose de mis manos.

—No tengo nada que perdonarte.

—Lo siento, de verdad lo lamento muchísimo.

—Patrick...

—¿Escuchaste que te dije que te amo? Es que no estoy seguro de haberlo pronunciado en voz alta o solamente de sentirlo.

Mi corazón se puso a repiquetear de alegría.

—Sí, te escuché y aunque no lo pronunciaras en voz alta lo hubiese oído igual.

Me sonrió.

—Tenía tantas ganas de besarte, de abrazarte y luego cuando llegaste...

—Tranquilo, ya pasó.

—Sí, creo que sí. No sé qué fue pero ya está.

Acaricié su rostro.

—Ahora estoy hecho un asco —me dijo con una media sonrisa.

—Date un momento, te prometo que no pienso irme hasta que no puedas besarme.

Amplió la sonrisa un poco más, todavía lo notaba un tanto débil.

—¿Lo juras?

Le contesté que sí con un movimiento de cabeza.

—No permitiremos que nos separen.

Su voz no fue más que un susurro.

Me acomodé a su lado y lo abracé.

—No te preocupes, estamos aquí juntos y nadie nos separará.

...

Patrick no tuvo oportunidad de cocinar para mí, apenas si pudo mantenerse en pie el tiempo suficiente para enjuagar su boca después de vomitar.

Llevarlo hasta su cama en el piso de arriba no fue tarea sencilla, su cuerpo enseñaba síntomas de un agotamiento que no era normal para alguien que estaba perfectamente bien de salud cuarenta minutos atrás.

A pesar de que tenía otra vez color en el rostro, se encontraba tan débil que a los minutos de tenderme en la cama junto a él, se quedó profundamente dormido aunque no con un sueño demasiado tranquilo, se lo notaba molesto y sus ojos se movían debajo de sus párpados entre espasmos que daba su cuerpo.

Su estado no hacía otra cosa que preocuparme más y más, todo dentro de mí me decía que lo suyo no era un simple indisposición; no era ni un virus ni nada que hubiese comido que podría haberle caído mal.

Esperaba que fuese lo que fuese que Lidia había puesto dentro de esa cápsula, no tuviese un efecto demasiado duradero porque me daba la sensación de que eso era lo que le había afectado.

Mi interior se retorció entre los nervios, el miedo de que le sucediese algo malo y las ganas de llamar a Silver para que viniese a ayudarme con él.

A la hora de estar tendida a su lado en una habitación a oscuras solamente iluminada por la luz de la luna, me levanté de la cama decidida a poner manos a la obra.

Tenía toda la intención de bajar a buscar la caja con los amuletos que había armado en la tarde pero entonces me llevó por delante su presencia en esta casa.

Pese a que la decoración era casi nula y que nada en el mobiliario o el resto de los objetos era de un color más oscuro que el de la arena, Patrick estaba aquí en cada rincón de un modo muy particular así como el perfume más intenso puede esconderse dentro de una sencilla botella de cristal. Tildar a esa botella de insulsa era un gran error.

Me aparté de la cama un par de pasos para verlo allí en su lugar rodeado de las cosas que le era familiares.

No reparé en su presencia antes, sobre la mesa había un marco con una foto de una mujer con un niño en brazos, un bebé que no debía alcanzar el año. Madre e hijo compartían en mismo color de ojos.

Sobre una mesa de apoyo en la pared opuesta un cuenco de cerámica contenía un montón de piedras todas distintas que no tenían la apariencia de ser producto de un montaje armado por un decorador de interiores.

Avancé hasta la mesa y comprobé que si eran todas distintas en colores y texturas. Las imaginé como recuerdos de sus viajes. Giré la cabeza por encima de mi hombro me asomé a mirarlo. Sin duda era algo que él haría; a pesar de sus ropas costosas, de una casa gigantesca en una de las zonas más caras de la ciudad, de coches de lujo y empresas que facturaban millones todos los años, aquí dentro no había absolutamente nada lujoso ni llamativo,

era un lugar que más que tranquilo rozaba en lo austero.

Lo único que me incomodó y no logré entender muy bien por qué fue que dentro de mi cabeza se formó una idea: el bagaje material de Patrick era demasiado liviano, y pese a que de él se notaba mucho en cada rincón, no parecía estar muy arraigado en este lugar. En cualquier momento podría decidir irse y largarse, lo cual le tomaría un parpadeo.

Un nudo se formó en mi estómago.

Para olvidarme de aquello caminé hasta la puerta de su vestidor.

Allí el espacio no era tan zen.

Bastó que ingresara un par de pasos para que me quedase muy claro que Patrick ponía mucho esmero en su aspecto.

El vestidor era tan grande como mi cuarto y todas sus paredes estaban cubiertas de armarios con zapatos, camisas, trajes, corbatas. Todo tipo de prendas, todas muy elegantes.

Me moví hacia mi derecha y abrí uno de los cajones. Estaba lleno de relojes de aspecto costoso.

Con apenas un toque en el frente, el cajón se cerró.

En el centro del espacio había otro mueble con cajonera que al mismo tiempo hacía las veces de mesa de apoyo.

No solía espiar a las personas de este modo pero la curiosidad que me causaba Patrick era demasiada.

Sobre aquella mesa atiborrada de cosas, entre cajas de zapatos que debían ser nuevos, tres camisas todavía en sus empaques, una caja de perfume y otro de loción para después de afeitarse, divisé una bolsa que me resultó muy familiar.

Un paso y terminé de reconocerla. Era la bolsa de una librería mística en la que yo solía comprar.

Intentando desacomodar las cosas lo menos posible, eché un vistazo a su contenido: un libro sobre tarot, otro sobre adivinación y dones de nacimiento, y un tercero sobre metafísica.

Patrick todavía no los había abierto pero el que estuviesen allí me alegró

porque además de Silver, quien estaba metido en mi mundo hasta la crisma, ninguna de mis otras parejas, novios o como se los quiera llamar, se había involucrado tanto así en la magia.

Decidí que era suficiente, dejaría la privacidad de Patrick en paz.

Salí del vestidor y de la habitación, y bajé las escaleras para ir a buscar la caja que había quedado abandonada en el frente de la casa conjuntamente con mi bolso.

Encendí un par de luces en mi camino. Así la casa se veía menos vacía y un poco más acogedora. Todavía no me concentraba en buscar nada, mas los rastros de dolor todavía se podían percibir en el ambiente, también el miedo y no menos, la furia. De hecho creo que la furia era lo que resaltaba sobre todo lo demás, con una nota entre amarga y ácida, tan punzante como el centro ácido de esas golosinas dulces que solía comer de pequeña.

Llegué aquí convencida de que podría hacer esto sola sin ningún problema y cuando ingresé en la casa estaba tan preocupada por la condición de Patrick que todo lo demás quedó a un lado. Ahora que estaba aquí sola, enfrentándome a todo y con la cabeza libre para captar lo que me rodeaba, ya no me sentía tan segura.

A un escalón de llegar al corredor, tuve demasiado presente la visión de asesino por detrás de mi en la calle. Hasta ese momento había tenido claro que las visiones en realidad no pueden hacerte daño... en este instante no estaba demasiado segura de que así fuese. No estaba segura de nada, ni de nadie...

Mis ojos vieron el objeto sin que me propusiese yo buscarlo. Allí en una esquina del corredor estaba la cadena dorada por la que corría la capsula.

Casi con miedo la recogí del suelo.

Tocarla tuvo el mismo efecto que llevarla puesta: ahogo.

Tendría que hablar seriamente con Lidia sobre esto. Si se proponía armar un amuleto para algún cliente se vería en problemas, definitivamente ella aún no estaba preparada para un trabajo así. Intentaría que no se ofendiese pero se lo diría, era por su bien y por el de sus clientes.

Decidida a ver qué demonios le había puesto dentro, resistí la cuasi asfixia e intenté abrir la capsula, eran dos partes con una rosca por el medio.

Puse todas mis fuerzas y la rosca no cedió ni un solo milímetro. Retorciéndome los dedos lo intenté un par de veces más y nada.

Desistí, la dejaría en mi automóvil hasta regresar a casa.

Afuera hacía una noche preciosa, clara y repleta de estrellas sin embargo todo lo bello no lograba contrarrestar lo que el asesino había dejado aquí.

Aquí parada junto a la caja y mi bolso con la cadena colgando de mi mano podía haber jurado que esta no era su primer muerte. Ciertos actos se enquistan en el alma, en la energía de las personas hasta enfermarlas y consumirlas, matando lo puro que queda en ellos. Con ese hombre debía ser así y pese a las sospechas de todos, incluso las del detective, Patrick no cargaba con esta energía.

Caminé hasta mi automóvil y dejé la cadena dentro de la guantera.

Regresé, levanté mis cosas del suelo y entré cerrando la puerta detrás de mí. A un lado se encontraba el panel de la alarma. Sabía como desarmarla y reconfigurarla para ingresar un nuevo código de seguridad pero ya suficiente irrupción en la privacidad de Patrick había sido meterme en su vestidor y revisar sus cosas.

Probablemente no sirviese de mucho pero como era lo único que nos separaba del exterior, cerré las dos trabas con las que contaba la puerta.

Además del panel de seguridad junto a la puerta había una vasija de cobre con tapa, del alto de mis caderas.

Coloqué mi bolso sobre la mesa de apoyo y rebusqué en la caja el amuleto que necesitaba. Quité la tapa y entonando mentalmente unas pocas frases con las que pretendía activar su efectividad, solté la bolsita dentro de la vasija y la tapé.

Me tomé un par de segundos para estudiar lo que me rodeaba.

Cerré los ojos y me concentré. Me dejé ir, guiar por el camino que deja el tiempo cuando corre sin sentido y hacia todas direcciones.

No escuché más los sonidos de la noche y si una risa que conocía, la de Patrick. Eran carcajadas divertidas y provenían de la sala. Con él había también otras voces alegres, ruidos de copas y platos, una voz femenina madura que entre risas también lo instaba a comportarse.

De las risas de lo que debía ser una comida familiar y todavía con los ojos cerrados lo capté a él frente a mí, en la oscuridad, parado frente a la puerta como si no pudiese decidir entre salir o no. Su rostro era la preocupación viva.

Lo vi pasarse las manos por esos ojos de tigre rodeados de largas pestañas y gruñir desesperado. Su angustia se me pegó.

La escena desapareció y entonces volví a encontrar a Patrick en otro lado; su presencia gritaba desde la cocina sin emitir el menor sonido.

Abrí los ojos y pese a todo lo malo que implicaba aquel lugar, fui hasta allí.

La cocina era bonita incluso a oscuras mas aquí dentro palpitaba el mal.

Sentí a Vorobiov en una primera instancia. Su miedo, su confusión...

Patrick apareció otra vez frente a mí.

Bajo el umbral de la puerta cerré los ojos una vez más y me concentré en ellos.

No eran experiencias por separado sino una vivencia que ambos habían compartido.

—¿A qué le temes? —le preguntó Vorobiov a Patrick.

—No es miedo, es respeto. No me gusta, Andrey.

—Es magia. El hombre tiene su parte mística desde que el tiempo es tiempo.

—Pues yo la perdí en el proceso de evolución.

—Por más que evolucionemos ciertos sentidos continúan siendo muy primitivos.

—No en mí, Andrey.

—Tienes miedo.

—Ya te dije que no temo.

—Mentira. Si que lo tienes, estás aterrado; no por la magia en sí sino por lo que implica.

—¿Y según tú qué es lo que implica?

—No lo sé, quizás un recuerdo.

—Nada en mi vida puede recordarme a la magia como tú la llamas. Mi madre es muy católica, no cree en ese tipo de cosas, nadie en mi familia lo hace y no tengo amigos que acostumbren tirarse las cartas ni nada de eso. Como podría tener un recuerdo de algo con lo que jamás tuve contacto.

—No lo sé, esperaba que tú me lo dijese. Mis sentidos no son los de mi abuela; eso no evita que me percate de que tienes miedo, que esto descoloca toda tu existencia. Quizás siquiera tú sepas porqué todavía, seguramente lo sabrás en algún momento.

—Eso que dices no tiene sentido.

—Tarde o temprano lo tendrá.

—Andrey sabes que te admiro pero...

—¿Pero qué? ¿Voy con nuestra charla más lejos de lo que a ti te resulta confortable? —Andrey hizo una pausa—. Incluso para algunas eternidades el tiempo se termina, Patrick. Llega el día y entonces no te queda más remedio que afrontar la realidad. El tiempo siempre te encuentra.

—Estás demasiado críptico. Ha de ser mi culpa. Ahora me siento todavía peor por golpearte.

—Con gusto tomé tus golpes.

—¿Qué dices?

—Tu ira no era dirigida a mí, estabas completamente ciego, siquiera me veías. Podrías haber golpeado a cualquiera. ¿Cuánto tiempo llevabas conteniendo eso?

—¿Conteniendo qué?

Sentí la mano de Vorobiov en el pecho de Patrick justo sobre mi pecho.

Andrey se mantuvo en silencio.

—¿Esa es tu explicación? Interesante —entonó burlón.

—Patrick sabes tan bien como yo que hay más que lo que no alcanzamos a ver, tú sabes que necesitas una explicación para todo eso que no

comprendes, todo eso que llevas dentro y que te agobia.

—¿Qué dices?!

—No necesitas hacerte el desentendido, sabes perfectamente de lo que estoy hablándote. Tienes que encontrar las respuestas que necesitas.

—Siquiera tengo las preguntas.

—Llegarán también.

—¿Qué es lo que sabes?

—Solamente lo que presiento.

—¿Y eso es...?

—Que hay algo que te pesa y mucho. Te duele como ningún dolor físico podría doler. Quizás encuentres el remedio para eso y para poner en orden cosas que no pudiste corregir hasta ahora. Es tu oportunidad de hacer lo que quieres hacer, de poner paz, de rectificar. Lo único importante es que no desaproveches la oportunidad.

—No sé cual es esa oportunidad a la que te refieres —se quedó en silencio un momento—. Lo tendré en cuenta.

—Sé que sí —Vorobiov palmeó el hombro de Patrick y el mío, y entonces los dos desaparecieron y quedé sola en la oscuridad hasta que sentí a alguien llegar por mi espalda. Vorobiov entró en la cocina, le echó un vistazo a su móvil cargando sobre la encimera y caminó hasta la cafetera de filtro la cual estaba llena, la cocina todavía olía a café, la luz no debía haberse cortado hacía mucho rato porque le había dado tiempo a hacer su trabajo. Afuera la tormenta hacía estragos en el cielo. Todo estaba oscuro.

Andrey tomó una taza del mueble justo frente a él y la llenó de café.

Su violencia me llevó por delante. Todavía no entraba en la cocina y de cualquier modo todo había quedado contaminado con su maldad.

Su pie hizo sombra en la cocina.

En su mano empuñaba el filo que derramaría la sangre de Andrey en la cocina.

Su ingreso no lo delató, el hombre era un fantasma y Andrey seguía concentrado en su taza de café de la cual había bebido dos sorbos.

Podría haberlo asesinado en silencio, sin que Andrey se diese cuenta de lo que sucedía; en vez de eso, el hombre lo llamó por su nombre.

Andrey se dio la vuelta posando la taza sobre la superficie de piedra de la encimera.

—Sabía que vendrías —entonó Andrey en inglés con su fuerte acento ruso.

El hombre encapuchado pasó frente a mí entonando unas cuantas palabras en ruso.

Esa voz definitivamente no era la de Patrick, tampoco sus ojos, o al menos no se le parecían en nada. Tenían más o menos la misma textura física y allí morían todas las coincidencias.

Andrey le contestó también en ruso.

El hombre hizo girar el cuchillo en su mano contestándole.

Andrey avanzó hasta el centro de la cocina enfrentándolo con la cabeza en alto sin dejar de hablar.

El hombre rio.

Andrey se detuvo frente a él. Estiró el cuello alzando el mentón.

La cocina quedó en silencio y entonces sucedió.

El hombre del pasamontañas y guantes lo tomó con la mano izquierda la nuca y acercó el filo a su garganta.

El cuello de Vorobiov se ensanchó al tragar con dificultad. Las manos le temblaban. El pulso del asesino continuaba firme.

Con el arma pegado a su piel clara, Andrey entonó unas palabras que sonaron a plegaria sin apartar los ojos de quien le podría fin a su vida.

Un segundo de silencio y todo se tiñó de rojo. El hombre clavó sus dedos en la nuca de Andrey y el filo en su mano derecha rebanó piel, carne y todo lo que encontró a su paso bañando la cocina de sangre al instante. Éste no duró mucho en pie. Su vida le goteaba por las puntas de los dedos, chorreaba por su pecho.

Sentí su corazón bombear con dificultad como intentando aferrarse a la sangre que quedaba dentro de sus venas.

La sangre emergió de entre sus labios y entonces entornó los párpados hasta que ya no pudo ver. Su rostro se puso pálido, su pecho perdió la batalla contra la muerte, la violencia y la realidad.

El hombre lo soltó y el cuerpo cayó al suelo con la sangre todavía brotando de su cuello como el río de lluvia que caía afuera.

El asesino dio un paso atrás para que la sangre no tocara las suelas de sus botas de combate negras. Retrocedí con él pese a que sabía que no podía ni tocarme ni verme. Giró la cabeza sobre su hombro para mirar en dirección a donde yo me encontraba. No entendí que podía llamar su atención hacia esta dirección, la casa continuaba en silencio y la lluvia afuera, camuflaba sus movimientos. Dio otro paso hacia mí y me asusté, ¿podría verme? Un paso más y di un respingo. Me costó entender que en realidad miraba en dirección a la puerta de la cocina, hacia el corredor. De un salto me aparté del hueco al ver que se echaba a andar mientras guardaba el cuchillo en la cintura de sus pantalones.

Pasó por delante de mí hecho una exhalación. Sus pesadas pisadas cruzaron el corredor y se lanzaron escaleras arriba. Lo seguí, necesitaba saber qué había ido a hacer arriba, porque de esa parte de la casa venía cuando me topé con él la noche de la muerte de Vorobiov.

Él fue saltando los escalones de a dos. Mi cuerpo turbado por la visión y el miedo no fue capaz de tanto.

Llegamos al corredor superior.

El asesino pasó por delante de la puerta de la habitación de Patrick para dirigirse a la habitación al fondo. Con sus manos enguantadas abrió la puerta cerrada.

La luz de un rayo iluminó de blanco el corredor.

Al llegar a la habitación lo encontré agachado frente a la pila de equipaje de Andrey. Las tres maletas estaban cerradas mas sin las trabas.

Abrió la primera y sin desordenar nada, comenzó a rebuscar entre la ropa. Fuese lo que fuese que buscaba no lo encontró en la primera por lo que abrió la segunda que era la más grande de las tres. También a conciencia comenzó a revisarla y entonces...

El hombre se quedó quieto con la mano metida entre una pila de camisas

prolijamente dobladas.

Lo escuché reír y entonar un par de palabras en ruso.

Sacó la mano de entre la ropa para después apartarla y dejarla a un lado en el suelo, hizo lo mismo con la que estaba a la izquierda.

Una parte del fondo de la maleta quedó al descubierto.

El asesino metió los dedos por el borde y levantó el forro. Debajo de éste había algo negro escondido. Un paquete. Lo extrajo. Era una especie de sobre de tela grande que cerraba con elásticos. El encapuchado los apartó del medio, para quitar la solapa. Al hacerlo los dos vimos lo que contenía; eran unas hojas muy gruesas con algo escrito. Parecían una suerte de bonos o algo similar. Acciones quizás, no lo sé, de eso no entendía demasiado.

El sobre tenía tres divisiones. El asesino hizo pasar las hojas como contándolas. Rio una vez más. Allí estaba lo que buscaba.

Hizo a un lado el sobre, acomodó el fondo de la maleta. Colocó una vez más la ropa en el interior y la cerró.

Se puso en pie y bajó el cierre de su chaqueta, debajo llevaba un chaleco antibalas. Soltó uno de los costados del mismo y metió el sobre negro por debajo de éste, lo cerro una vez más, subió el cierre de la chaqueta y se me vino encima.

Me plegué a la pared.

Había asesinado a Andrey por dinero. Tenía que contárselo al detective.

Salió al corredor superior una vez más, iba a paso rápido y de pronto se detuvo al borde del primer escalón, debió escucharme, o al menos sospeché que quizás ya no estaba solo.

Bajó y yo tras él. Llegamos abajo casi al mismo tiempo. Me vi pasar corriendo por delante de la escalera. Grité desesperada temiendo que esta vez sí pudiese atraparme. Eso no sucedería. El corredor estalló en llamas que envolvieron a mi yo de la visión y al asesino. El humo se metió en mis pulmones y el calor del fuego como agujas se clavó en mi piel.

Todo se puso oscuro una vez más.

*La luz reapareció de la mano de Silver quien al abrir la contraventana de madera, dejó entrar en la estancia en la que me encontraba, la luz de un amanecer muy pálido. Entendí que me había despertado y que no se suponía que debiera estar aquí, esta era mi casa, no la suya.*

*El espacio a mi alrededor olía a humo y a madera, también un poco a humedad como si hubiese llovido durante la noche.*

*Silver iba con su atuendo habitual en mis visiones: una larga túnica negra.*

*El saber que esto no era real me tranquilizaba a medias porque en realidad se sentía como si fuese una situación que sí había sucedido.*

*—¿Escuchaste lo que dicen por ahí? —su gruñido sonó a regaño.*

*—Buenos días —le contesté alzándome de la cama. Conmigo me llevé la manta; hacía frío.*

*—No tienen nada de buenos. ¿No escuchaste mi pregunta?*

*—Sí, sí la escuché.*

*—Es serio.*

*—No son más que habladurías.*

*—Pues esas habladurías dicen que él y tú se complotaron para asesinarlo. El hombre murió envenenado. ¿Te dije o no te dije que debías apartarte de él?*

*—Lo amo.*

*Silver resopló.*

*—No me cabe duda, no desconfío de ti sino de él. Tenía demasiadas buenas razones para quitarlo de en medio. Le dejó todo y El Tigre aquí no tenía nada más que un montón de historias de aventuras.*

*—Él no necesitaba su dinero.*

*—No puedes estar segura de eso, nadie aquí lo conoce bien. No sabemos de él más de lo que cuentan sus labios, y no hay nadie que pueda corroborar sus historias. Podría ser todo una sarta de mentiras. Nadie lo conoce, siquiera tú.*

—Él no lo asesinó, ni yo.

—Ni yo. No utilizaron un veneno común. Lidia consiguió averiguar algo más, dice que tuvo que ser alguien de los nuestros, nadie más habría sabido preparar aquello, ella dice que no sabe de ninguna persona en el pueblo que tenga los elementos necesarios para hacerlo. Ella no los tiene pero yo sí.

—No tienen nada contra nosotros.

—Es hora de que nos larguemos de aquí, los tres. Los murmullos ya son una constante.

—No pienso dejarlo.

—Vendrán contra nosotros en cualquier momento. Tenemos que irnos. Lidia está preparando sus cosas. Pensábamos largarnos esta noche.

—¡¿Qué?! No puedes hablar en serio.

—Lidia tiene miedo y con toda la razón del mundo. La gente sabe lo que somos y si nos soportaban hasta ahora se debió a que no parecíamos una amenaza. Con una muerte así de por medio... Se terminó, Agatha, tenemos que irnos cuanto antes.

—Bien, intentaré convencerlo de que venga conmigo.

—Él no vendrá con nosotros, primero y principal porque no pienso permitirlo, es el origen de todos nuestros males y segundo, lamento decirte esto pero no creo que acepte acompañarnos siendo que ahora es uno de los hombres más ricos del pueblo. Él no vendrá, aquí tiene todo lo que él siempre ha querido.

—Él no es así, no quiere eso, está acostumbrado a moverse constantemente, su vida a sido un viaje sin fin, vive de sus aventuras.

—Pues yo creo que El Tigre al final encontró un sitio en el que instalarse.

—Eso no es así, hablaré con él, nos acompañará, después de todo si también sospechan de él.

—Él no es uno de los nuestros, dirá que fuiste tú, que lo hechizaste para ponerlo a tu merced, que fuiste tú quién mató a ese hombre, que lo engañaste. Agatha reacciona. Esta fantasía de amor se terminó, aquí

*comienza la realidad. Por favor te lo ruego —dio dos pasos hacia mí —no lo empeores. No hagas que se convierta en una tragedia.*

*—No será una tragedia. Además ya sé lo que dicen, todavía no tienen nada contra nosotros.*

*—Ahh sí, me había olvidado de tu amigo. Él está metido allí en medio, es tan poca cosa que puede filtrarse por cualquier parte. ¿Sabes que ese hombre haría lo que fuera para impedir que te vayas?*

*—No mentiría con algo así, él sabe que estaría poniéndome en peligro.*

*—Mayor peligro sería para él, perderte.*

*—No digas eso.*

*—Es un necio, tan poca cosa que siquiera puede pensar.*

*—No es necio. Solamente...*

*—Para él tú no eres su amiga. Te ama, Agatha y del modo más ciego que existe. Jamás entenderá de razones. En ti no ve más que su amor.*

*—¡Basta! ¡Ya basta! No quiero escuchar una palabra más.*

*—El supuesto amor de esos dos hombres...*

*—Dije que es suficiente, Silver. No quiero escuchar nada más.*

*—Ellos no te aman como debieran. Yo sí.*

*Nos quedamos en silencio. Cruzamos una última mirada y me agaché frente a la chimenea para encender el fuego.*

*—Podría haber sido él, Agatha. Tienes que reconocerlo.*

*—Él no asesinó a nadie.*

*—Te está matando a ti, de a poco. Ni siquiera se da cuenta de eso. Tampoco pareces darte cuenta de a lo que nos conduce este camino.*

*—Estaremos bien.*

*—Repite esto tanto cuanto quieras. Sé que solamente intentas convencerte de que así será cuando en realidad no lo es. ¿Tanto vale lo que sientes por él?*

*—Sí me amas como dices, no necesitas preguntarlo.*

—Sí él te ama tanto como supuestamente ama, querrá verte a salvo. Confío en que tenga el bueno tino de alejarte de su lado para que puedas continuar con vida.

*Se me formó un nudo en la garganta.*

—Al igual que el resto de nosotros debe haber escuchado los rumores. No creo que le cueste comprender que irán contra ti antes que contra él. Y si van contra él, le resultará más sencillo defenderse. Eres el blanco perfecto Agatha, los tres los somos, se nos echarán encima como lobos hambrientos. Hablaré con él. Si tú no entras en razón quizás él lo haga.

—Silver...

—Confío en que tenga mejor juicio y en que te ame tanto cuanto mereces. Igual estoy intentando dar con el asesino, que no me quedaré de brazos cruzados hasta dar con el desgraciado que hizo eso, nuestra magia no fue creada para tales fines. Estamos aquí para ayudar, para darle energía a la vida, para ponderar lo magnífico y místico de la naturaleza, no para oscurecerlo ni extinguirlo, mucho menos para nuestro beneficio. Sí fue uno de los nuestros se lo haré pagar.

—¿Y si no?

—Lo pagaré también —los dientes de Silver rechinaron—. Lo encontraré —. Silver llegó a mí—. Agatha por favor, condúctete con cautela, son tiempos turbulentos. Piensa que podríamos irnos y volver cuando todo se aclare.

—Si es que se aclara.

—Tampoco sería tan malo empezar de cero en otro lugar. Nosotros podemos ser lo que somos en cualquier momento y en cualquier lugar.

—Lo sé.

*El fuego encendió.*

*Silver se agachó y besó mi coronilla.*

—No te dejes ver mucho por el pueblo e intenta no trabajar demasiado.

—Tengo que comer, Silver.

—Sí, por eso allí tienes dinero y comida —apuntó la bolsa encima de la sencilla mesa de madera. Me pregunté cuántos siglos separarían esta visión

*de mi realidad. ¿Dos, tres, más?—. De cualquier modo me quedaría mucho más tranquilo si aceptases quedarte en mi casa.*

*—Estoy bien aquí.*

*—¿Por cuanto tiempo? Las cartas...*

*—Sé lo que dijeron las cartas.*

*Silver resopló.*

*—Debo irme ahora. Cuanto antes intente resolver esto, mucho mejor para todos. Procura no salir de casa y si puedes evitarlo, no recibas a nadie, si es posible que la gente se olvide de que existes.*

*Me reí.*

*—Haré lo que pueda, Silver.*

*—Esfuézate, es tu vida la que está en juego.*

*—No te enojés.*

*—No lo tomas con la seriedad suficiente.*

*—Sí, pero no tengo miedo. Todo saldrá bien. Ya lo verás.*

*—Agatha...*

*—Tranquilízate, ve y ocúpate de tus cosas. Yo estaré bien.*

*—Lidia dijo que vendría hoy a verte.*

*—¿Para convencerme de partir?*

*Asintió con la cabeza.*

*—No soy el único preocupado. Nos tenemos solamente a nosotros, somos la única familia que tenemos y siempre tendremos.*

*—Lo sé.*

*—Prométeme que pensarás en lo de esta noche. Todavía tenemos la oportunidad de irnos en relativa paz.*

*—Huir jamás es pacífico.*

*—Peor será si tenemos que hacerlo con una horda furiosa persiguiéndonos.*

*Le sonreí.*

*—No es divertido.*

*Caminé hasta él y besé su mejilla. Iba a apartarme pero Silver me atrapó por la cadena que colgaba de mi cuello.*

*—A veces siquiera basta con toda la magia del mundo. La ceguera de esos hombres es algo que nunca lograremos controlar. No les entreguemos nuestras cabezas sin dar pelea.*

*Posé mi mano sobre la suya.*

*Ninguno de los dos añadió nada más. Lo solté y él me soltó.*

Silver partió y yo me escabullí de esa visión en un torbellino de oscuridad para regresar al corredor de la casa de Patrick.

Definitivamente esta no había sido una visión común y corriente. Era más bien algo similar a un recuerdo.

Necesitaba explicaciones y presentía que Silver era el único que podía dárme las. Owen, Lidia, Silver, Patrick y yo todos en una misma visión...

Parada muy quieta en la penumbra me estremecí.

## 20. Libera tu mente.

Apenas comenzaba a sentir el fuego en las yemas de mis dedos cuando una sensación ajena al sueño, lo extinguió.

Quedé flotando en los resabios de una pesadilla que no podía recordar y que sin embargo que sabía que había estado allí, me lo decían los latidos de mi corazón, el sudor en mi piel y el miedo que atenazaba mi cerebro.

La sensación regresó, era un suave cosquilleo en mi mejilla derecha.

Moví los ojos por debajo de mis párpados sin abrirlos.

Percibí su perfume y sonreí.

—Buen día. No pretendía despertarte.

—Buen día. Me alegra que lo hicieras —abrí los ojos, su rostro estaba junto al mío, de mi lado derecho, Patrick tendido de costado, soportando el peso de su cabeza sobre su brazo, me observaba. Iba en bata y tenía el cabello húmedo. Por suerte ni rastro quedaba de su malestar de anoche. Sus ojos de tigre brillaban otra vez. La mañana parecía bastante avanzada y de cualquier modo yo no había dormido mucho, después de colocar todos los amuletos recorriendo la casa en busca de otros rastros que hubiese podido dejar el asesino detrás de sí, sin captar nada. Pasé más de una hora en el cuarto en el que se había alojado Andrey para intentar sentir lo que su presencia dejara atrás, necesitaba saber si tenía miedo y hasta que punto sabía lo que iba a sucederle porque verlo enfrentar al asesino de aquel modo dejaba en claro que tras esa escena había mucho que yo desconocía.

Cuanto deseaba tener aunque ni bien fuese, los conocimientos más básicos de ruso para entender al menos de qué iba la conversación que su asesino y él, tuvieron. Eso lo haría todo más sencillo con el detective.

Todavía no tenía idea de cómo le explicaría lo sucedido anoche.

El resultado del pasar tanto tiempo concentrada en aquel cuarto no fue más que ganarme un terrible dolor de cabeza del que ahora quedaban en mí, resabios.

La mano izquierda de Patrick acarició mi mejilla.

—¿Ahora eres tú la que no se siente bien? No tienes buena cara.

—Anoche me dio mucho dolor de cabeza y cuando me desperté comenzaba a soñar con el fuego. Lo lamento, mis mañanas suelen ser así de extrañas.

—No tienes nada que lamentar —aproximó su rostro al mío. Olía a jabón, a loción de afeitar, a su exquisita piel. Sus labios tocaron mi boca en un delicado beso—. Me alegra tenerte aquí. No hay mejor modo de despertar que contigo a mi lado. ¿Quieres que te busque algo para el dolor de cabeza? Te lo traeré con el desayuno —sonrió—, para compensarte la cena que no te preparé ayer. Qué vergüenza, no soy el mejor anfitrión. Siquiera sé qué me sucedió.

Yo creía saberlo. Evité contárselo para que la relación entre Lidia y él no

empeorase todavía más.

—No, estoy bien, este tipo dolor de cabeza no se pasa con calmantes.

—¿Qué tipo de dolor de cabeza es? —preguntó acariciando mi cabello sin quitar su mirada de la mía.

—Bien, anoche traje conmigo un par de amuletos para proteger tu casa, mejor dicho para protegerte a ti de cualquier mal. Iba a empezar a recorrer la casa para colocarlos mientras rastreaba al asesino cuando tuve una visión.

Patrick tomó mi rostro con su mano.

—Debiste despertarme. ¿Estás bien? Ahora me siento todavía peor. Siquiera puedo cuidar de ti en mi propia casa.

—No es tu culpa.

—Si lo es. Tengo una constante sensación de deuda contigo. Es como si te debiese mucho más de lo que haces ahora por mí, y mi vergüenza va más allá de haberte tratado mal en el Mystical, de haberte insultado y destrozado tus cartas. Es como si te debiese una eternidad de vergüenza. Nunca te lo dije pero... —hizo una pausa y me miró a los ojos; su mirada cayó a mis labios —la mayor parte del tiempo me cuesta mirarte a la cara y tengo la constante impresión de que de un momento a otro te darás cuenta del tipo de persona que soy y te irás. Anoche soñé que te ibas una y otra vez, que me dejabas, enojada, furiosa conmigo y no sé por qué. Lo que sí se es que tenías toda la razón del mundo en abandonarme. No tengo idea de que significa todo eso —me dedicó una sonrisa triste—. Es tan inexplicable cuanto lo es tu magia. ¿Por qué me siento así?

Me quedé en silencio. Tenía que contarle de todas mis visiones de anoche.

—Patrick tenemos que hablar —comencé a incorporarme, él se levantó hasta sentarse frente a mí.

—¿Hablar? No puedes decirme que se terminó. Te amo. Sí, lo sé, no entiendo nada, no soy como tú, no tengo tu buen carácter, no suelo caerle muy bien a la gente, soy un tanto parco y apenas si nos conocemos...

—Patrick no es eso, no quiero terminar contigo, todo lo contrario —acaricié su rostro al notar su angustia en mi pecho—. Es que necesito que

hagas algo por mí porque tengo que contarte una cosa y no sé, quizás sea un poco complicada de entender porque siquiera yo la tengo muy clara. Es parte de lo que me hace tan diferente, quizás parte de lo que hace que te sientas así conmigo. No lo sé, no estoy segura, lo que sí se es que la realidad y mis visiones llegaron a un punto en que se mezclan tanto que comienzan a parecer dos realidades.

—No entiendo. ¿Qué necesitas que haga?

—Libera tu mente. Intenta... intenta creer que hay mucho más de lo que no puede verse.

—No necesito intentarlo, contigo ya descubrí que hay mucho más allá de lo que todos vemos.

—Empezaré por lo que creo es más urgente —tomé aire—. Anoche tuve una visión en la que vi al asesino poner fin a la vida de Andrey. Estaba allí parada en la cocina y lo vi todo. Él había ido a por una taza de café, la luz debía haberse cortado no mucho antes. Se encontraba de espaldas a la puerta, siquiera escuchó al asesino llegar. Podría haberlo asesinado sin que él se diese cuenta pero en vez de eso lo llamó por su nombre. Andrey dejó la taza y si bien tenía miedo había calma en su voz, fue como si estuviese esperando aquello, no por desearlo sino porque imaginaba que sucedería. Yo le advertí que corría peligro y creo que él ya lo sabía, no sé si por un presentimiento o porque alguien lo había amenazado.

—¿Lo viste asesinarlo?

Asentí con la cabeza.

—Agatha... —sus manos llegaron a mi cuello—. No creí... cuando dijiste de intentar dar con pistas que hubiese podido dejar el asesino no creí que fueses a verlo todo. Debió ser horrible, no debiste hacerlo —me atrajo hacia él y me besó despacio sobre los labios—. Es una locura. No quiero que vuelvas a hacer nada semejante. Ciérrate a esas visiones, no tienes por qué pasar por esto. Lo haremos de otra manera, tiene que existir otro modo de dar con él.

Me aparté un poco de sus labios.

—Patrick está bien. Escucha. Por lo que vi me dio la impresión de que Andrey hasta sabía quien era su asesino. El hombre lo llamó por su nombre y

cruzaron un par de palabras en ruso. No tengo ni la menor idea de qué se dijeron, no hablo ruso y no creo que pueda repetirlos.

—¿Qué es lo que dices?

—Creo que se conocían. No termina ahí —tragué saliva—. Después de matarlo, el hombre salió de la cocina y subió al cuarto de Andrey. Fue directo a su equipaje. Revisó dos de las maletas y no necesitó registrar nada más porque dio con lo que buscaba en la segunda. Despegando el fondo de una sacó un gran sobre de tela negro que contenía unos papeles, podían ser bonos, acciones o alguna otra cosa similar.

Patrick abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué demonios hacía con eso en su equipaje?

—No tengo idea pero el asesino fue directo a buscarlos.

—Podría ser una fortuna.

—Imagino que sí, no tengo ni la menor idea. El hombre no era un improvisado, debajo de la chaqueta negra llevaba un chaleco antibalas y casi no tengo dudas de que fue él quién desarmó la alarma. No era un simple ladrón, Patrick y sabía que eso estaba allí. Podría haber robado aquello y nada más; no lo hizo.

Patrick alzó las cejas.

—Estaba decidido a matarlo.

—Debían conocerse. Allí debía haber mucho más de lo que pudiste ver.

—Eso imagino. Tenemos que contárselo al detective aunque dudo que crea en mí. Al menos si revisan la maleta y ven que no miento, quizás tengamos una oportunidad.

—Bueno, haremos que crea en tus palabras. Hablaré con mis abogados.

—Hay más.

—¿Más sobre el asesino? ¿Qué descubriste?

—No, no sobre el asesino.

—¿Sobre quién entonces?

—Sobre nosotros creo. Mis visiones se ponen cada vez más extrañas, es

como si se mezclase la realidad con cosas que he visto antes o quizás sean cosas imaginadas. No estoy segura. En realidad no me lo parecen. En una locura, es como si fuese otra realidad y todos estamos allí.

—¿Todos quiénes?

—Tú, yo, Silver, Lidia y Owen.

—¿Owen... el amigo tuyo que te tatuó?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Silver no lo mencionó pero sabía que hablaba de él, creo que Owen es el hombre que me ayudaba en esa mazmorra, tu eres el hombre que yo amo en mis visiones, el hombre del cual Silver quiere alejarme porque me llevará a la ruina.

—¿Y Lidia y él?

—Seguimos siendo nosotros tres con nuestros poderes. En la visión Silver me despertaba para advertirme del peligro. No te lo conté, tuve otra visión en la que sabía que hablaban de ti, de que alguien había matado a tu socio y todos sospechaban de nosotros, de mí en particular por ser bruja. Esas visiones no son en la actualidad. Tener poderes en esta época no es un delito, quizás nadie crea que los tienes pero al menos no te mandarían a la hoguera por eso.

—¿La hoguera? ¿Agatha qué es lo que me estás diciendo?

—Que ese hombre había muerto envenenado de un modo poco común, de un modo que solamente Lidia, Silver y yo podríamos llevar adelante. La gente hablaba, comenzaba a murmurar a nuestras espaldas. Estábamos en peligro. Silver me pedía que me largase de allí esa misma noche, él y Lidia ya tenían arreglada nuestra salida de aquel pueblo.

—¿Pueblo?!

—Sí, algún lugar en el campo. En la visión todos creían que o bien podíamos estar confabulados porque ese socio tuyo te dejaba todas sus tierras en el pueblo convirtiéndote en un hombre rico y tú en realidad si bien tenías dinero... es que te gustaba mucho viajar, hablabas de tus aventuras en países exóticos pero todos creían que por fin querías instalarte, hacerte de un nombre, convertirte en un señor. Ellos decían también, que yo te había

embrujaado para aprovecharme de ti y quedarme con todo.

Patrick se puso pálido como la cera.

—¿Qué?!

—Yo le decía a Silver que no tenía de que preocuparse, que Owen por ser un guardia allí era mis oídos y ojos, que él me advertiría si las cosas se salían de control.

—¿Agatha cómo sabes que...? Dios santo, esto es una locura. ¿Que me embrujabas para aprovecharte de mí, que habíamos matado a ese hombre para quedarnos con sus tierras?

—En esas visiones yo no soy más que una bruja, una curandera, o al menos eso creo.

—¿Embrujarme?

—Tuve otra visión en la que me gritabas lleno de odio y dolor, eso mismo, que yo con algún truco o poción, te había hecho amarme.

—Yo sé muy bien lo que siento por ti y no es producto de ningún truco.

—Sí pero en las visiones...

—Esas visiones no son reales, Agatha, esto es real. Yo estoy aquí y te amo, y nosotros no asesinamos a nadie, lo probaremos y continuaremos con nuestras vidas.

—Patrick... —las lágrimas comenzaron a escaparse de los ojos porque sentía mi corazón partirse en dos igual que cuando las llamas comenzaban a devorarme y él no venía a salvarme—. Lo siento, sé que el hombre que esperaba que me rescatase de aquel calabozo eras tú. Sabía que no vendrías pero te esperaba. Tantas veces habías dicho que me amarías por siempre. No llegabas y las llamas acababan conmigo.

—¿Lo que dices es que yo no te defendía cuando te culpaban de la muerte del hombre? ¿Agatha cómo sabes que eso es así? Si te culpaban a ti lo más probable, y tú lo dijiste, es que me culpasen a mí también. Si estamos juntos ahora seguro estuvimos juntos en ese instante también. No soy tan sensible como tú, jamás tuve visiones de fuego pero con lo que siento por ti me basta para saber que no te dejaría. Son visiones Agatha, y la realidad es que hoy estamos aquí los dos juntos y que enfrentaremos esto y todo lo que tengamos

por delante. Son sólo visiones, amor —Patrick barrió mis lágrimas con sus manos —no resistiría verte sufrir. Estoy seguro de que pronto me verás en tus visiones ardiendo contigo, a tu lado —me sonrió—. Son solamente visiones, es probable que mezcles allí la realidad con tus miedos igual que como lo hacemos mientras soñamos. Lo que tampoco descarto es que Silver esté metiéndose en tu cabeza para separarnos, no me sorprendería que pretendiese quebrar lo que tenemos. Hizo que Owen viese llamas, de allí sacaste todo, me imagino que tu cerebro se quedó con eso también así como tienes muy presente a Lidia y la muerte de Andrey —hizo una pausa—. Creo que deberías dejar de ver a Silver. Si vieses tu rostro en este instante —gimió—. Quisiera ir a buscarlo para molerlo a golpes. No tienes porqué pasar por esto. No es justo que te haga pasar por esto para tenerte a su lado. Es una condenada locura. Lo resolveremos cuanto antes y nos largaremos de aquí. Te alejaré de todos tus tormentos en cuanto pueda.

—Mis tormentos suelen acompañarme donde voy.

—Entonces será mi trabajo silenciarlos, calmar el dolor —su mano corrió por mi mandíbula hasta mi cuello para descender con suavidad—. Haré que te olvides de todos los dolores, de los engaños. Encontraremos la paz juntos. Ya lo verás —Patrick besó mis labios—. Te amo y no te dejaré por nada del mundo. Saltaré al fuego por ti, haré todo lo que sea necesario hacer.

Me prendí de su cuello. El aroma de su piel comenzaba a nublar mis pensamientos. Por mi rostro ya no corrían lágrimas y mi piel daba vistas de lo que él me hacía experimentar.

—No te dejaré —repitió dentro de mi boca—. Nunca. Estaré contigo por siempre sin que importen las distancias en espacio o tiempo. Eres mi pantera y yo tu tigre... por siempre, Agatha. Por siempre —susurró dentro de mi boca.

Ninguno de los dos conseguimos contenernos más, nos deseábamos demasiado.

Salté hacia su boca y su lengua entró en la mía para arrebatarme hasta el último centímetro cubico de oxígeno. Sus manos rodearon mi cintura, me pegó a él.

Nuestros cuerpos estallaron el uno contra el otro.

Patrick tiró de mi cabello para exponer mi cuello a su boca y se dedicó a devorarme con furia mientras una de sus manos trepaba desesperada por mi espalda debajo de mi camisa, y la otra se clavaba en mi trasero para pegarme contra su entrepierna.

—Estoy loco por ti. No quiero perderte —sus labios llegaron otra vez a los míos, sus ojos se fijaron en mí—. Quiero ser todas tus fantasías, Agatha. Quiero ser para ti todo lo que necesites que sea—. Su boca absorbió mi aliento—. Dime que puedo serlo.

—Lo eres.

Su boca me regaló algo a medio camino entre una gran sonrisa y un beso. Un beso sonriente quizás, uno lleno de amor y deseo que me recordó a lo bien, a lo muy completa y en paz que me sentía estando con él en la realidad y en esas visiones que llenaban incluso momentos en los que no estábamos juntos.

—Esto es tan grande que no cabe en mí.

—También lo es para mí, Patrick —mi mano bajó por su cuello y luego por sus pectorales. Su piel estaba caliente y todavía algo húmeda. Tenía el pecho tenso y sentía que de igual modo reaccionaba el mío a la proximidad entre nosotros. El deseo y el amor eran demasiado para contener debajo de los músculos, mucho menos con la piel. Mi mano siguió camino hacia abajo pasando por encima de sus abdominales, quedé entre el calor de su cuerpo y la suavidad de su bata. Lo toqué del mismo modo en que deseaba que tocara mi vientre también. Necesitaba sus manos y su boca sobre mí.

Las yemas de mis dedos subieron por la pendiente de sus oblicuos; bajaron y alcanzaron la saliente de su cadera izquierda. Solté su bata con la otra mano.

Volví a palpar su pecho de subida, sentí su corazón palpar debajo de mi palma.

Con las dos manos aparté la bata de sus hombros para admirar sus formas con mis dedos. Su piel bronceada era la más deseable que yo hubiese podido tocar. Sus músculos las clavículas, su cuello...

Acerqué mi rostro al suyo. Adoraba sentir su barba sobre mi piel, sentirla cuando me besaba.

Patrick me hacía desearlo una eternidad.

Tenía la boca hecha agua de ganas de besarlo.

Atrapé su labio inferior entre mis dientes con cuidado y lo lamí mientras mi mano derecha bajaba una vez más. Tiré de su boca hacia la mía. Nuestro alientos se mezclaron en un jadeo de fuego.

Mi lengua tocó la suya caliente que pese a moverse lenta, no se quedaba quieta. Patrick era elegante hasta para besar. Elegante y sagaz, un cazador nato.

Sus destrezas se tambalearon cuando mi mano llegó a su pene. Ese control casi líquido que tenían sus movimientos, se fue al demonio cuando comencé a acariciarlo. Mi mano quedó llena de su cuerpo caliente y mi boca de sus jadeos.

Patrick se alzó sobre sus rodillas y me alzó sosteniéndome firme con su manos sobre mi trasero. Comenzó a besarme con todavía más hambre que antes.

Me soltó para desabrochar mi blusa botón a botón. Estaba tan impaciente que casi hace volar por los aires todos los botones.

Una de sus manos se coló por debajo de mi sostén para tomar por asalto mi pecho. Ahora los dos jadeábamos.

Quitó la mano y comenzó a apartar la camisa de mis hombros.

—Lamento interrumpir esto pero te necesito desnuda ahora. Hay demasiado entre tu piel y la mía y eso me molesta —gruñó sexy dentro de mi boca.

Aparté la mano y entre los dos me arrancamos de encima la blusa. Y el

sostén.

Su boca llegó a mi otro pecho encerrando mi pezón en su calor. Patrick me lamió y succionó. Sus dientes me atraparon en un tirón que era más delicioso que doloroso.

Bajó el cierre de mi falda y otra vez con tirones la bajó apartando también mis bragas. Ambas prendas quedaron en mis rodillas sobre el colchón. Con sus dos manos en la parte baja de mi trasero me pegó otra vez a él mientras su boca degustaba mi cuello.

Su pene que comenzaba a ponerse duro, quedó entre nuestros cuerpos.

—Espera aquí, no te muevas —me pidió después de mirarme a los ojos dándome un beso que no podía conseguirse usando los labios.

Patrick bajó de la cama y se metió en el baño.

Unos segundos después a mis oídos llegó la evidencia de su ansiedad: debía estar buscando algo y en el proceso de encontrarlo se le habían caído un montón de cosas.

Rezongó y me hizo gracia.

Me senté sobre la cama y terminé de quitarme la falda y las bragas. Todo mi cuerpo se llenó de una sensación muy difícil de describir al verme aquí en su habitación, sobre su cama, desnuda.

Patrick reapareció.

—Ahora sí —entonó y se detuvo a los dos pasos de atravesar la puerta para verme.

Vi que en su puño cargaba una caja de preservativos.

Todo mi interior se estremeció y no solamente por la idea de volver a tenerlo dentro de mí, sino porque sus ojos de tigre recorrieron todo mi cuerpo como si en realidad no pudiese creer lo que estaba viendo. Saber que amas con esta intensidad y que eres correspondido, y además de eso, que por tus venas y por las de quien amas corre una gran cantidad de pasión es simplemente increíble.

Lo más maravilloso todavía era sin duda lo que existía entre él y yo, y que no tenía que ver con lo físico. Patrick era mi rincón seguro en la infinitud

del tiempo, en la violencia del universo que crea y destruye a cada segundo.

Mi corazón se hizo fuego de tanta felicidad.

—Una delicia de visión —susurró. Su voz podría haber sonado inocente, sus ojos hacían una traducción muy distinta de sus palabras.

Mi tigre caminó hasta la cama. Parado a mi lado, tomó mi rostro y comenzó a besarme. Su beso me guió hasta recostarme contra el colchón justo por debajo de la almohada que olía a él.

Su boca atravesada contra la mía cumplió su cometido al dejarme sin aliento. Sus besos descendieron hasta mi mentón, bajaron por mi barbilla hasta mi cuello matándome de deseo, haciéndome sentir entre ahogo y el éxtasis.

Con labios y lengua pasó por encima de mi clavícula y llegó a mi pecho. El mundo se hizo un nudo alrededor de mi pezón por culpa de lo que él hacía. Su boca debía estar hecha para mí, calzaba a la perfección con todas las curvas de mi cuerpo. Igual sus manos, en especial la que bajaba ahora por mi vientre hasta mi pubis.

Uno de sus dedos llegó a mi clítoris.

Su nombre se me escapó en un jadeó mientras una de mis manos se internaba en su cabello húmedo.

Patrick comenzó a mover su dedo en círculos suaves sobre mi mientras su boca dibujaba una cinta de besos a lo largo de mi vientre.

Movió dos de sus dedos hasta la entrada de mi vagina tentándome, enloqueciéndome.

Entró en mi mezclando la tensa seda de su piel con la humedad de mi interior.

Su boca regresó a la mía.

—Haré que te olvides de todo lo malo, no quiero que pienses en otra cosa que no sea en nosotros aquí y ahora. Si estamos juntos todo saldrá bien. Es tu turno, libera tu mente, deja partir todo lo demás.

Sus dedos no paraban de moverse por sobre mí, dentro de mí. ¿Cómo pensar en algo más si el placer inundaba mis venas, si mi piel vibraba al

ritmo de sus movimientos? Mis neuronas no podían hacer otra cosa que intentar asimilar el placer de su tacto. Su presencia, su aroma, todo su ser volcado sobre mí resultaba arrebatador.

—Esto somos tú y yo y nadie más —me dijeron sus labios y sus ojos.

Su lengua atrapó mi boca al tiempo que sus movimientos se aceleraban.

Cerré los ojos por un segundo y me concentré en los sonidos, en el de sus besos, en el de su mano por dentro y por fuera de mí. ¿Cómo soportar tanto placer sin convertirme en humo ahora mismo?

Empecé a jadear de placer dentro de su boca. Patrick no dejaría de moverse sobre mí hasta hacerme llegar al orgasmo y se lo agradecía. Me sentía catapultada hacia un destino incierto.

—Patrick... Patrick... —estremeciéndome, recibí una de sus miradas de tigre cubierta de satisfacción. Él sabía que estaba a punto de hacerme estallar.

El placer subió por mi vientre, atravesó mi pecho como la llamarada de un lanza llamas y llegó a mi cerebro opacando todos mis sentidos. Mi magia se apagó, todos mis pensamientos murieron, quedó solamente el placer, uno inmenso que tenía su boca, manos y ojos como cómplices.

Patrick me besó pero no me dio tregua por mucho tiempo. Se apartó de mí para colocarse uno de los preservativos.

Pese a que mi cuerpo todavía estaba en el limbo, lo desee con locura dentro de mí.

Apartó mis piernas alzándolas a los costados de su cadera.

Se reclinó y volvió a besarme.

—Ahora volveremos a ser sólo uno —permitió que parte del peso de su cuerpo descansara sobre el mío para moverse sobre mí, acariciándose y acariciándome con su pene. El calor me inundó una vez más.

Sus manos bajaron por mis pantorrillas suaves e impetuosas, todo al mismo tiempo, y volvieron a subir mientras sus caderas se movían entre mis muslos. Llegó hasta atrás de mis rodillas y entonces sus manos bajaron por la parte posterior de mis muslos envolviéndome con sus brazos.

Nuestro beso se cargó de intensidad y de mucho más deseo.

Patrick se apartó un poco de mí, sus manos ascendieron.

Tomé su trasero. Sentí sus músculos empujar un poco contra mí.

Sus dientes tomaron mi mentón, la punta de su pene la entrada de mi vagina, recordándome que igual que en las visiones, el placer que él me daba, no tenía igual. Todo mi cuerpo debía saber incluso antes de que nos besásemos por primera vez, que como lo nuestro no había ni habría nada.

Mis manos treparon por su espalda.

Nos besamos una vez más.

Entró un poco más en mí y los dedos de su mano derecha se aferraron a mis muslos mientras el índice y pulgar de su mano izquierda apresaban un mechón de mi cabello.

—Amo tu cabello —declaró—. Tus ojos —sus dedos acabaron de encender mi muslo —tu piel—. Con su boca cubrió la mía—. Tus labios. Todo, Agatha. Esto es real, nosotros somos reales. Nada ni nadie podrá acabar con lo nuestro jamás, sin importar cuanta magia usen, cuantos asesinos manden a rematar nuestras vidas, porque incluso si nos matan, seguiremos vivos, esto seguirá vivo —inspiró sobre mí nariz y entonces de un empujón entró del todo en mí, y ya ninguno de los dos pudimos parar de movernos porque nos necesitábamos demasiado. Nuestros cuerpos chocaron, se enfrentaron y al final se aliaron para fundirse en caricias, jadeos, en un placer que no cabía ni dentro de mí, ni dentro de él, ni en este cuarto ni en esta casa, ni en toda la ciudad.

Repitió mi nombre una y otra vez, y yo el suyo hasta que las palabras perdieron por completo su significado.

Alrededor de la cama saltaron llamas que lamian el techo, que nos iluminaban y que en vez de querer devorarnos parecían querer protegernos, formando para nosotros una burbuja dentro de un mundo que no podría entender aquello que nos unía.

*Cerré los ojos y lo escuché colmando mi oído de susurros dulces. No podía verlo sin embargo sus caricias me transportaron a un lugar que olía a hierba y en el que sonaba de fondo agua de un río corriendo suave. Sentí sus manos sobre mí entre mantas de lana que me hacían cosquillas. Su cuerpo*

*contra mío sobre una pared fría que olía a humedad pero mi nariz no conseguía concentrarse en otro aroma que no fuese el de su sudor, el perfume de su piel o el sabor de su boca en la mía. Sus dedos rozaron apenas el dorso de mi mano entre un montón de gente en la calle de un pueblo en un tiempo perdido; a escondidas, un tacto clandestino que hizo que mi corazón latiese a todo galope. Miradas a la distancia, palabras de deseo, él teniéndome a mí en jadeos sostenidos y deliciosos. Miles de escenas que se comprimieron en una fracción de segundo trayendo a mi mente y a mi corazón, la seguridad de que esto me llevaría a la locura, a la perdición y para eso no necesitaba las cartas. Liberé mi mente, la dejé partir en todas direcciones captando todo lo que quisiese enseñarme.*

Él, siempre él. Su sonrisa abierta rodeada de su barba. Su mirada vibrante.

Patrick apuró sus movimientos todavía más.

Sus manos estaban a los costados de mi cabeza, clavadas en el colchón, las mías en su espalda, empujándolo una y otra vez contra mí.

Mi interior explotaría. Mi pecho estallaría también. Grité su nombre soltando parte de la energía que él continuaba dándome hasta que él también encontró su punto y gruñó enseñándome su rostro cubierto de demasiados sentimientos como para desmenuzarlos todos.

Un último empujón desesperado y se clavó en mi hasta el fondo.

Patrick se quedó viéndome, jadeando.

Mis manos llegaron hasta su cuello. Lo atraje hacia mí y él se dejó arrastrar pese a que continuaba con esa extraña mueca en el rostro. Estaba demasiado serio y no supe cómo interpretar aquello.

Las llamas se extinguieron.

—Patrick —susurré.

—Te amo —me dijo.

—Y yo a ti.

Sus manos envolvieron mi rostro.

Besó mis dos mejillas y a continuación mis labios.

—Tanto —añadió con un hilo de voz.

—También te amo demasiado, Patrick.

Su rostro por fin se relajó en una sonrisa.

Otro beso cariñoso sobre mis labios.

—Quédate conmigo y no te vayas.

—Aquí estoy, Patrick, no iré a ninguna parte —mis uñas invadieron su barba con cuidado. Él giró la cabeza a un lado y besó mi palma.

Apartó sus caderas saliendo de mi interior.

Se tendió a mi lado y me abrazó.

Nos quedamos en silencio simplemente mirándonos hasta que mis ojos se cerraron una vez más.

Mi cabeza abandonó la realidad para caer en el terreno de las pesadillas.

Escuché su voz gritando que me odiaba una y otra vez. Él acusándome de engañarlo, de usar mi magia en su contra, de arruinar su vida y romper su corazón.

Lo vi destilando odio por la mirada y también mucho dolor. Escuché mi voz entre hipidos jurándole que mi amor era real, que lo que él sentía también debía serlo y que yo no había hecho nada malo, que lo último que quería en este mundo era dañarlo, verlo arruinado o dolido. Le rogué que confiase en mí, que si me amaba me diese al menos el beneficio de la duda.

Su respuesta: darme la espalda.

## 21. Los cuatro elementos.

Abrí los ojos y por un par de segundos no conseguí identificar dónde me

encontraba. Me sentí perdida y angustiada por una pesadilla que siquiera recordaba. Lo único que sabía es que si había soñado con mi fuego, Patrick no se encontraba a mi lado. Por supuesto no podía culparlo por eso, él no tenía gobierno alguno sobre mi cabeza, menos sobre mis delirios o lo que fuesen las pesadillas y las visiones que llevaban días sin darme tregua, es más, cada vez se ponían más intensas y complicadas, como si siguiesen los lineamientos de un guión. El fin parecía estar escrito ya, y eso me alteraba. Llevaba días luchando conmigo misma para no creer en las predicciones de Silver, en lo que le dijeran las cartas que ahora eran mías.

Sufrimiento para el alma y el corazón, una gran decepción y mi vida en peligro.

Tarde o temprano todos llegamos al mismo fin pero siempre tuve la convicción de que el destino se forjaba todos los días, a cada minuto; por eso que esta situación me preocupaba tanto, porque pese a intentar modificar lo que el destino amenazaba ser, cada cosa que hacía, cada paso dado se torcía en la dirección en la que no quería ir.

Sí, había visto al asesino y sabía que robó algo de Vorobiov, lo malo era que no tenía forma de probarlo y que siquiera podía darle al detective un rostro que buscar.

Lo visto era mucho y al mismo tiempo no era nada.

Y cómo no preocuparme por todo lo demás...

Mi cerebro tenía la mala costumbre de recordar bien las palabras por eso iban y venían dentro de mi cabeza las de Lidia; no sabía por qué todavía no me atrevía a preguntarle a Patrick si había desistido con la demanda contra el Mystical.

Luego estaban las palabras de Silver, el modo en que se comportó la última vez que nos vimos.

La de Patrick diciéndome que Silver podía estar detrás de todo lo que yo veía.

Owen... Con él la magia siempre quedaba un tanto al margen, eso hasta que vio el fuego.

Los cuatro... partes esenciales de mí así como los cuatro elementos son parte de todo. Podía tener el fuego tatuado, pero la vida pese a su caos era el

balance perfecto de todos, fuego, aire, agua y tierra. ¿Cómo extirpar a cualquiera de ellos de mí?

Un par de parpadeos y la habitación cobró forma a mi alrededor, también los recuerdos de la noche y la reacción de mi corazón frente a estos.

Giré sobre la cama, a mi lado no había nadie.

La bata de Patrick estaba a los pies de ésta, mis ropas sobre el sillón que tenía vista a la ventana que enmarcaba palmeras y por detrás, la bahía.

Al sentarme me estiré para recoger la bata la cual llevé a mi nariz. Cerré los ojos e inspiré hondo, parte de su esencia persistía allí. Me di el gusto de adueñarme de esa parte de él al vestirla.

Deseando abrazarlo y que me abrazara, me encogí dentro de la bata; no era estar en sus brazos y de cualquier modo se sentía bien.

Salí en su búsqueda ahora más tranquila porque todo mi cuerpo sabía que él no se encontraba demasiado lejos de mí, estaba dentro de la casa, eso seguro, si hasta casi sentía el eco de la sangre al correr por sus venas, en mi corazón.

En cuanto puse un pie en el corredor mis tripas crujieron; desde el alba habían pasado muchas horas ya y mi cuerpo demandaba ser alimentado, sobre todo ahora que a mi nariz llegaba el aroma de muchas cosas ricas.

Bajé las escaleras olvidando las cosas que había visto anoche.

Me quedaban un par de escalones por descender cuando escuché su voz; estaba al teléfono y no parecía muy feliz.

Los sonidos y el aroma provenían de la cocina.

Frené frente a la puerta para verlo andar de un lado para el otro con una taza de café en la mano y su móvil pegado a la oreja.

—¿Cómo que no puede hacerse?! Siempre hay un modo. Sabes que no me gusta que me digan que algo es imposible. Sí es imposible es porque no lo has intentado —Patrick se quedó escuchando lo que le contestaban sin siquiera registrar mi presencia. Posó la taza sobre la mesa—. Pues yo sí creo en eso. Te digo que lo vio, que ese hombre robó unos papeles de la maleta de Andrey y que debían ser acciones o bonos y si ella lo vio, yo le creo y si yo le creo, tú me crees a mí y haces lo que te digo.

El murmullo airado que provino del otro lado de la línea terminó de sacar a Patrick de sus casillas quién no le permitió a su interlocutor, terminar de expresarse.

—¿Quién mierda te paga los honorarios?! —le gritó—. Te digo que ella cree que Andrey y el asesino debían conocerse. Le habló en ruso, se miraron a la cara, el hombre fue directo a su maleta. Que la busquen y la analicen, debe tener un doble fondo. Que averigüen si Andrey hizo retiros de bancos en las últimas semanas. ¡Mierda que yo no soy el detective y estoy sacando todas estas deducciones! Ve tú y dile lo que Agatha vio, ella puede ir a dar una declaración en cualquier momento. ¡Hazlo! No quiero más peros, quiero a ese desgraciado tras las rejas o de preferencia muerto, y me importa un mierda tu opinión al respecto, no te pago para que tengas una opinión sino para que hagas tu puto trabajo el cual consiste en defenderme, por si no lo recuerdas.

Esta vez fue su turno de ser interrumpido.

—¡Pues defenderla a ella ahora es tu trabajo también! —bramó Patrick aturdiéndome hasta a mí—. Con el pulso todavía acelerado y jadeando, manoteó la taza de encima de la mesa—. Te pagaré lo que haga falta, el dinero no es un problema, el problema es que necesito frenar esto para poder seguir con la obra adelante, ¿será que en tu cerrada cabeza de abogado entra eso que acabo de decirte? Obedéceme ya —se detuvo frente a la cafetera y tocó un par de botones, la maquina de expreso empezó a emitir unos sonidos. Al instante el líquido castaño llenaba la taza. Patrick se quedó escuchando lo que le decían—. Bien, está bien. Tan sólo hazlo y ya —le contestaron—. Sí, claro, esperaré tu llamado—. Apartó el teléfono de su oreja, cortó la comunicación y de mal modo lo lanzó sobre la encimera. Se dio la vuelta y entonces me vio.

Le costó reaccionar ante mi presencia, no tanto como a mí al captar su habitación cuando abrí los ojos sin embargo su incomodidad me llegó.

—Hola, buen día. Te desperté —comenzó a andar en mi dirección.

—Buen día —negué con la cabeza—. Ya estaba despierta, o más o menos.

Nos encontramos a mitad de camino dentro de la cocina, Patrick dejó su taza de café sobre la mesa y me sonrió.

—Buen día —repitió ahora con un gesto más amable y relajado—. Perdona es que los abogados son una raza especial, o al menos los míos. Son excelentes pero...

Posé mis dedos sobre sus labios, en una caricia los aparté y entonces fue el turno de mis labios acariciar la piel de los suyos.

—Es un idiota —me dijo cuando aparté mi rostro. Patrick no me permitió ir muy lejos, sus brazos rodearon mi cintura.

—¿Un idiota porque no cree en las extrañas visiones de tu novia? —no fue mi intención condecorarme con ese título, simplemente me salió.

—Eso suena bien —sonrió tentador apretándome todavía más contra él—. Novia... Igual tiene gusto a poco esa palabra. No alcanza a abarcar lo nuestro ni con la mejor intención.

—Tu abogado no es un idiota. Supongo que simplemente intenta evitar que quedes como imbécil. No es fácil para la mayoría de las personas aceptar lo que hago. Menos debe serlo cuando tienes entre manos un caso de asesinato. Deja que tu abogado se ocupe solamente de defenderte a ti, yo hablaré con Silver para que me ponga en contacto con su abogado y entonces iré a ver al detective y le contaré lo que vi.

—Eso sí que no; no te quiero cerca de Silver. No confío en él ni un poco. Ahora mis abogados son tus abogados y fin de la discusión.

—Tus abogados tienen suficiente trabajo contigo. El detective...

—Ese hombre es otro inútil. Tú no te preocupes —sus labios atraparon entre tentadores y hambrientos los míos—. Me gusta mi bata sobre tu cuerpo —...sonrió sobre mi boca—. En realidad me gusta más tu cuerpo al descubierto; igualmente.

—Patrick no cambies de tema, que el detective ya amenazó con que te...

—*Shhh...* —me soltó—. El desayuno está listo, bien, en realidad sería almuerzo por la hora. ¿Te preparo te? Hay frutas, jugo, tostadas, huevos. No es la cena que te prometí... ya llegará también.

—Tu móvil sonó un par de veces dentro de tu bolso desde que bajé a la cocina, creo que ahora se quedó sin batería.

Al instante pensé en Lidia. Me sorprendió que no hubiese irrumpido aquí

en mi búsqueda. Lidia...

Aclaré mi garganta mientras él ponía a calentar agua para mí té.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, lo que sea —tomó una taza del mueble a su derecha, también un plato y se movió hacia la izquierda.

—Lo que pasó en el Mystical...

—Sí, qué hay con eso —sacó el cajón un tenedor, un cuchillo y un cuchara. Se alejó de mí un poco más.

—¿Qué pasó...? Bueno es que supe que iniciaste una demanda contra Jake, Caleb y Henry por lo sucedido.

—Sí, así es —colocó el té dentro de la taza a la espera del agua y comenzó a llenar un plato con huevos que había en una sartén un poco alejada del calor.

—¿Todavía la tienes en pie?

Con el plato lleno y apuntando en mi dirección, Patrick se detuvo.

—¿Por qué me preguntas eso? —me tendió el plato—. Sí, todavía está en pie. Me fastidia que la gente haga mal su trabajo.

—Pero fue por eso por lo que nos conocimos —contesté sin tomar el plato que me tendía.

—No tiene nada que ver, son asuntos distintos.

—Fue un error, imaginé que lo dejarías pasar siendo que nosotros...

Patrick insistió con el plato en mi dirección. El agua llegó a su punto.

—Agatha eso no tiene nada que ver contigo.

—Sí tiene que ver porque fue por ese error que nos conocimos y además ellos son mis amigos y...

—¿Estás pidiéndome que levante la demanda porque son tus amigos?

—No, estoy pidiéndotelo porque a ti te enojó tener mi presencia allí porque no creías en la magia pero ahora si crees, se lo dijiste a tu abogado recién y...

Patrick me interrumpió.

—Por sobre todo creo en ti.

—¿Eso qué significa?

—Agatha toma el plato y desayuna.

—No puedo comer si no aclaro esto. La demanda es porque yo no debía estar allí y estaba. Nosotros ahora estamos juntos, o eso creo —solté confundida—. Y crees en que vi al asesino pero no... nada de esto está claro, Patrick. Fue un accidente, Jake no tiene la culpa, estaba tapado de trabajo y se le olvidó que tú le pediste que quitasen el puesto de allí.

—Así que fue él quién se olvidó —Patrick dejó el plato sobre la encimera.

—¿Qué importancia tiene?

—Debía tener muchas ganas de verte.

—No digas esas cosas. ¿Vamos, en verdad te parece coherente que sigas adelante con eso? Te lo repito, son mis amigos y gracias a esa noche nos conocimos.

Patrick inspiró hondo y se apartó de mí para ir a preparar mi té.

—¿Esa es tu respuesta? La demanda que les pusiste los dejará en la ruina. Sin hacerme el menor caso, comenzó a verter el agua dentro de la taza.

—¿Qué hubiese sucedido si Andrey no hubiese muerto?

—¿Qué?

—Si estuviese vivo.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué habría sido de nosotros dos si Andrey no hubiese muerto?

—No lo sé, no tengo ni la menor idea. Es probable que tú hubieses seguido con tu vida y yo con la mía.

—¿Sí?

—No lo sé, no tengo forma de saberlo. No puedo cambiar lo que sucedió, no puedo volver el tiempo atrás. Las cosas son lo que son. Por eso mismo, lo

que es ahora no borra lo que fue ayer. Vivimos las consecuencias de lo que fue y no fue. Lo lamento por tus amigos pero no me gusta que me tomen por idiota.

—¿Es por tu ego, porque crees que él simplemente me dejó allí porque quería verme? No podías estar celoso de él si siquiera me conocías. ¿De qué hablas?

—Son negocios, nada tiene que ver con mi ego o con los celos.

—¿Así de poco te costó dejar atrás la muerte de Andrey? —aquello último se me escapó, no pretendía sonar así, no quería culparlo de algo que no tenía idea de si era así o no; sólo que esta conversación... no imaginé que se negaría a retirar la demanda, simplemente no tenía sentido.

Patrick retrocedió un paso poniéndose serio.

—No puedes ser tan rotundo e implacable con los errores ajenos —añadí ante su silencio. Tienes que aprender a perdonar, sobre todo si son cosas tan pequeñas como éstas.

—Lo que sucedió esa noche no fue pequeño.

—¿Eres igual de estricto con tus errores, no te perdonas las cosas que haces?

—¿Tú que crees?

—Lo que yo creo es que hay cosas que simplemente debes perdonarlas para permitirles partir, con arrastrarlas detrás de ti solamente consigues generarte más peso y el lastre, lo único que consigues es tornarlo todo más difícil —avancé hasta él—. Patrick por favor, sé que con entrar en tu vida he cambiado demasiadas cosas, no es tarea sencilla lidiar con lo que yo implico.

En silencio, su mano derecha fue a posarse sobre mi cintura.

—Ojalá comprendieses lo muy agradecida que estoy de que Jake se olvidara de que le pediste que no me querías ahí.

—No era por ti.

Le sonreí.

—Quiero imaginar que no.

Su brazo me atrajo hacia él.

—Lamento lo que sucedió con Andrey pero estoy agradecida de haberte conocido, es más, es raro pensar en mi vida antes de ti porque en realidad es como si siempre hubieses estado allí.

—Son negocios, Agatha, no tiene que ver contigo.

—Pues Henry, Jake y hasta Caleb, con lo poco que me soporta, no son negocios para mí, ellos son mis amigos, mi gente, los que me aceptaron cuando nadie más me aceptaba, al igual que Lidia, Silver...

—Y tu amigo el tatuador —acotó adelantándoseme.

—Sí, y él —fue mi turno de rodear su cintura.

—El que también ve fuego —resopló.

Acerqué mis dientes a su barbilla tentándolo.

—Celoso —susurré y tomé su barba para mí.

—No estoy celoso —dijo mirando hacia cualquier lado menos a mis ojos.

—Sí lo estás. No te preocupes mi tigre que todos ellos son parte de mi vida pero no como tú, ninguno como tú.

—¿Lo juras? —entonó dentro de mi boca.

Mi otra mano se colgó de su cuello.

—Por mi vida —le contesté y tomé su labio inferior para mí.

—¿Es esto un soborno para que desista de la demanda?

—No, es la muestra de que en la vida puedes tener mucho más si dejas pasar las cosas que en realidad no importan demasiado.

—No debería sorprenderme que hables así, da la impresión de que hubieses vivido cientos de vidas.

Eso opinaba yo de Silver.

—Y a mí me da la impresión de que yo he vivido una sola, una y otra vez, cometiendo siempre los mismos errores.

—Patrick —acaricié su nuca —no digas esas cosas. Tan solo te falta permitirle a ese hombre que me llevó a ese parque a enterrar las cenizas de mis cartas, salir más a menudo.

Se sonrió.

—Esto es soborno, del mas descarado—. Palmeó mi trasero riendo—. Mejor desayunas o sino te comeré yo a ti.

Me reí.

—Eso suena bien.

—Come primero —se alejó un poco de mi para pasarme la taza de té.

Su móvil volvió a sonar.

Patrick le echó un vistazo a la pantalla. Y contestó.

Mi cerebro se trabó cuando lo escuché hablar en lo que sin duda, era ruso.

—Disculpa un momento, tengo que atender esto. Enseguida regreso.

Abandonó la cocina y yo me quedé con la taza de té en la mano y oliendo al plato de huevos revueltos a unos pasos de mí.

Su voz hablando en ruso se perdió por el corredor y todo mi cuerpo no logró terminar de reaccionar.

No sabía que hablaba ruso.

No podía culparlo por hablar ruso.

El que Vorobiov hablase con su asesino en ruso...

Patrick no era ese hombre... él no...

Ni mi cabeza ni mi cuerpo se sentían seguros de nada en este instante.

No quería pensar de ese modo ni debía, no tenía verdaderos motivos y de cualquier modo...

Solté la taza junto a los huevos y fui a por mi móvil el cual estaba dentro de mi bolso sobre una de las encimeras. Sí, en efecto se había quedado sin batería. Busqué el cargador y lo conecté a la corriente.

Bebí un sorbo de té por hacer algo mientras el aparato se cargaba un poco; en cuanto me lo permitió lo encendí. Tenía llamadas de Owen, de Silver pero las mayoría eran de Lidia, llamadas y mensajes al por mayor.

Los mensajes tenían casi todos un mismo formato “dónde estás”, “necesito saber que estás bien”, “si ese hombre te hace algo lo lamentara”,

“llámame o iré con la policía en este instante”.

El mensaje de Silver, pese a todo, no era tan drástico, solamente me pedía que lo llamase.

Owen quería que bebiésemos una taza de café juntos.

Llamé a Lidia.

—Hola, estás viva, qué bueno saberlo.

—Hola, Lidia, perdón por no llamarte.

—Estaba apunto de cerrar el Mystical para ir a buscar al detective, imaginaba que el próximo cuerpo que encontraría en casa de Reed sería el tuyo.

—Estoy viva.

—¿Viva y bien o solamente viva? ¿Qué tal salió todo, conseguiste averiguar algo sobre el asesino? ¿Le preguntaste a Patrick por la demanda contra el otro Mystical? Por lo que me dijo ayer Caleb, no la ha quitado.

—No, no la quitó, se lo pregunté.

Lidia guardó silencio.

—Le pedí por favor que la quitase.

—¿Y lo hará? ¿Te dijo que sí?

—No, no me dijo que sí; espero que lo haga.

—Todavía no me contestas si solamente viva o además bien—. Resopló—. Nos conocemos, Agatha. ¿Y del asesino, encontraste rastros de él?

—Lo vi, es largo para contar por teléfono.

—¿Cuándo sales de esa maldita casa? Me pone los pelos de punta el saber que estás allí. Anoche dormí con un ojo abierto.

—Fue una noche extraña —omití decirle que me había quitado el amuleto que me diera porque supuse que eso era lo que causó la descompostura de Patrick.

—Por lo que dices entiendo que quizás no estás muy bien. Sal de allí y vamos a almorzar a alguna parte para que conversemos tranquilas.

—Recién me levanto. Iba a desayunar justo ahora, de cualquier modo preferiría que hablásemos en un lugar tranquilo como tu casa o la mía.

—¿Y eso?

—No quiero tener público.

—Me preocupas cada vez más —su voz cayó en el silencio—. ¡Iré por ti en este instante! —soltó—. Ese hombre es tu ruina.

—Lidia no entiendes, no tiene que ver solamente con él. Mis visiones siguen avanzando. Todo esto debe tener un significado; debo hablar con Silver.

—Lo que tienes que hacer es alejarte de Reed y permitir que Silver te lleve lo más lejos posible.

—No iré a ninguna parte. El asesino todavía anda suelto y yo ya huí de mi vida una vez, no lo haré una segunda.

—Huiste una vez para salvarte. Qué hubiese sido de ti se te quedabas en casa de tus padres. En verdad habrías terminado enloqueciendo por culpa de ellos. Tu familia no te quería, no te comprendía, por eso llegaste a nosotros, nosotros somos tu familia y no te abandonaremos. No es huir Agatha, es apenas alejarte un poco hasta que todo se calme, hasta que Reed esté tras las rejas.

—Lidia, Patrick no asesinó a nadie.

—No es un bueno hombre y lo sabes, los hombres buenos no necesitan esconder su verdad de las cartas o incluso de tus dones. Su alma es oscura y lo sabes —hizo una pausa—, te hará daño. Dudo que sea capaz de hacer otra cosa que no sea destruir. Todo lo que toca muere. Patrick Reed es peor que tu fuego, Agatha. Sé que en el fondo también lo sabes. Negar la verdad no la hace desaparecer. Saldrá a la luz tarde o temprano. Solamente intento evitarte el dolor que generará su descubrimiento. No necesitas nada que él pueda darte, te lo aseguro.

—Él me da paz Lidia. Lo amo y me ama.

—No dudo de tu amor, sí del de él. Para alguien que jamás creyó en la magia, que la desprecia del modo en que la desprecio y te despreció en el Mystical, le es muy conveniente tenerte ahora a su lado. No eres más que su

coartada, Agatha. Él no quiere que descubran que es responsable de la muerte de Vorobiov y insistes en que fue alguien más y no él. Eso le cae de maravillas a su defensa.

—No está conmigo por eso.

—Sal de allí, Agatha.

Escuché los pasos de Patrick regresando.

—Hablamos más tarde, sí.

—Agatha no me cortes. Sal de allí —lanzó desesperada sobre mi oreja.

—Todo está bien. Hablamos luego. Adiós.

Lidia siguió rogándome que saliera de la casa pero tuve que cortarle, Patrick entraba en la cocina y no quería que la escuchase.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó sonriendo.

La sonrisa que me entregó moría en los confines de sus labios, la curvatura de

éstos era la única forma de ese gesto puesto que tanto el tono de su voz cuanto su mirada y el resto de la expresión de su rostro no tenían nada de felices.

—Con Lidia, ella se ocupa del Mystical cuando yo no estoy.

—¿Y todo va bien? Luces preocupada, ¿surgió algún problema?

—No, todo en orden. ¿Y tu llamado? ¿Todo bien? ¿Contestaste en ruso?

Patrick apartó la mirada y dejó de sonreír. Posó su móvil sobre la encimera.

—Sí, hablo ruso —continuó camino a la cafetera—. Por eso conocí a Andrey, estábamos en una fiesta en Moscú y él me escuchó hablar. Mi acento no es perfecto y se acercó de pura curiosidad porque sabía que yo no era de allí; de cualquier modo dominaba el idioma. Nos conocimos de casualidad.

—Tienes muchos conocidos en Rusia.

Patrick se preparó un café.

—Sí, de hecho sí, tengo un par de socios que son de allí.

—No me constaste que hablabas ruso.

—Ruso, español, francés, italiano, un poco de chino mandarín, algo de latín, un poco griego y por supuesto inglés. Ahora sabes todos los idiomas que hablo —entonó a lo que a mi me sonó un tanto de mal modo—. Es una pena que no puedas repetirme las palabras que Andrey y el asesino cruzaran, podría traducértelas para que sepas que se dijeron.

—No te interesa saber qué se dijeron.

Patrick iba a beber de su café, desistió, bajó la taza y soltó un suspiro.

—Me apena mucho lo que le pasó a Andrey, de verdad que él me caía muy bien y me interesaba continuar haciendo otros negocios con él y sus compañías. La verdad es que esto empieza a fastidiarme, no me hace la menor gracia que me culpen de asesinato y todo este embrollo está retrasando la construcción y el resto de mis negocios. Sinceramente ya ni quiero saber que se dijeron, no me importa saber por qué lo mataron, solamente quiero que esto termine de una buena vez —llegó a mí. Su mano ascendió hasta mi mejilla—. Quiero tener tiempo para poder estar contigo y no tener que preocuparme de nada más, para que tú no tengas que preocuparte de nada más, para que te olvides de tus visiones.

Patrick se acercó un poco más a mí, sus labios tocaron mi frente y al instante mi cuerpo se heló, tanto y de un modo tan brusco que la sacudida afectó directamente la estabilidad de mis piernas. Mis rodillas flaquearon por un segundo. Me tomé de sus hombros para no caer.

*Por el fuego, el viento, el aire y el agua.*

*Por la calma y la tempestad, el sol y la luna.*

*Por la carne y el espíritu que nos hacen uno.*

*Por los besos y las bofetadas.*

*Las heridas, los vicios y los placeres.*

*Por todos los males de esta tierra y la magia que lucha contra ellos.*

*Por tu odio y mi amor el tiempo nos convertirá en uno.*

*¿Qué me perdonarías tú, qué te perdonaría yo?*

*El fuego, el viento, el aire y el agua que forman un único universo en el que la nada lo es todo y el todo no es nada.*

*No existiría agua, aire, viento o fuego que pueda separarnos.*

*Esta soy yo, este eres tú, por siempre.*

Mi voz en palabras que jamás entoné en voz alta, hizo eco dentro de mi cabeza. Esas palabras sonaron con visiones del rostro de Patrick en un tiempo y un espacio que sabía no eran estos, mas que se sentían de igual modo que este instante: él tan lejos y tan cerca de mí.

*Tras un segundo de oscuridad me vi frente al fuego, añadiendo hierbas en un caldero.*

*—¿Qué haces?*

*Era la voz de Lidia. No necesité volverme para verla llegar e identificarla.*

*—Huele raro. ¿Qué preparado es ese, nunca lo había olido antes? ¿Es algo nuevo?*

*Terminé de echar las hierbas y removí el preparado.*

*Sentí los pies de Lidia llegar a mí. Ella puso una de sus manos sobre mi hombro derecho.*

*—Definitivamente es una poción nueva.*

*Por el rabillo de mis ojos vi su perfil aparecer a la altura del mío, con la nariz en alto olfateando los vapores que salían del caldero.*

*—¿De dónde sacaste la receta y para qué sirve? Te escuché entonar unas palabras cuando entraba.*

*Revolví el contenido tres veces más, y solamente entonces, al terminar de contar, me concentré en ella.*

*—La abuela —contesté y Lidia se quedó viéndome. Por la mueca en su rostro comprendí que ella entendía de quién yo hablaba pero yo no entendía a quién me refería.*

*Las palabras que salieron a continuación de mis labios, me lo explicaron.*

*—Me topé con la abuela en el camino cuando regresaba del pueblo.*

*—La abuela jamás sale de su casa, no puede caminar. Esa mujer debe tener una centena de años, es más, la creía muerta. La vi una sola vez en mi vida, cuanto tenía unos cinco años, creo, y ya era muy vieja. Pensé que para ahora sería solamente una leyenda, no una persona de carne y hueso.*

*—Pues la vi, estaba allí, con su cabello blanco al viento, inclinada sobre un burdo bastón. Oía a dulce, a madera.*

*—Debía oler a moho —bromeó—. De verdad que creí que había muerto hace mucho.*

*—Está viva.*

*—Bien, si tú lo dices. ¿Y para qué es esta poción? ¿Por qué te la dio?*

*—Ella escuchó los rumores.*

*—Está muy vieja pero por lo que parece no perdió la audición.*

*—Si hasta sorda se habría enterado de lo que todos cuentan.*

*—Insisto en que huele extraño. ¿Está lista?*

*—Sí, lo está.*

*Lidia olfateó una vez más.*

*—Tenemos que irnos de este pueblo, Agatha. Tenemos que irnos lejos los tres. A la abuela no se atreverían a tocarla, nadie ha dicho una palabra en su contra pero nosotros... nosotros no somos de aquí y ya no nos quieren. Tarde o temprano él también se irá, este tampoco es su pueblo. Larguémonos esta noche. Para mañana a esta hora estaremos muy lejos de aquí, comenzando de nuevo, viviendo libres otra vez.*

*—No lo dejaré.*

*—Agatha no seas necia. Tenemos que irnos los tres.*

*—Ustedes dos pueden partir cuando quieran —me levanté y aparté el caldero del fuego para colocarlo sobre el suelo de piedra a esperar que la temperatura del brebaje descendiese.*

*—No nos iremos a ninguna parte sin ti. Nosotros tres somos uno solo.*

—Pues él es la cuarta parte que me falta, no puedo abandonarlo aquí.

—¿Y si él te abandona a ti? Agatha llevan mucho tiempo viéndose y hasta ahora no junta el coraje de admitir frente a todos que está contigo.

—No es fácil, su posición...

Lidia me interrumpió.

—Su comfortable posición —remarcó—. Esas no son más que excusas, él podría presentarte como su mujer cuando quisiese y no lo hace. No lo hará jamás y tú lo sabes. Lamento decírtelo, me duele tanto cuanto a ti porque eres mi amiga y no quiero verte lastimada; la verdad es una sola Agatha. El Tigre tiene otros planes, tu no encajas en su vida. Somos brujas y él un señor, uno que ahora gracias a la muerte de su socio es todavía más rico.

Tragué en seco.

Permanecemos en silencio.

Lidia me abrazó.

—¿No me dirás para que es la poción?

Colé mi mano izquierda dentro del delantal. Mi mano dio con el trozo de papel en el que estaba anotada la receta y las palabras que debía entonar casi al final. La abuela no me había dado una explicación exacta de qué efecto tenía esta bebida pero intuía que a diferencia de la de Silver, la que escogí no beber, no apartaría a mi amor de mí, todo lo contrario, las oraciones recitadas tenían sabor a una unión eterna, al amor que desconoce el tiempo y el espacio, e incluso los dolores. No necesitaba tirarme las cartas una vez más para saber que delante de mis pies había dolor y mucho sufrimiento, y no sólo para mí.

Desde que llegué aquí siendo pequeña, la abuela fue un personaje que me marcó, la llamaban la bruja blanca, una mujer con poderes extraordinarios, incluso más desarrollados que los de Silver. Todos sus dones eran de nacimiento y si bien su fecha de nacimiento era un completo misterio, para muchos quedaba más que claro que el tiempo que contaba, bien podía ser eterno.

Al igual que Lidia, yo también la había creído muerta para pasar a ser una leyenda.

*Todos decían que la abuela no se dejaba ver a menos que...*

*La visión se puso borrosa y por un instante volví a ver los ojos de Patrick. Un parpadeo y regresé frente al fuego.*

*...a menos que un suceso nada bueno, estuviese a punto de desarrollarse.*

*La abuela había dicho que era para protegerme.*

*No temas —había dicho—. Hay vida incluso después de la vida. Prepárala y bébela.*

*Preparada estaba, ahora solamente me faltaba beberla.*

*—Se supone que es para mantenerme a salvo. Para mantenernos a salvo. Deberías beberla también.*

*—Bueno, no diré que no a semejante invitación. Vivimos tiempos turbulentos.*

*Le sonreí. Me puse en pie y fui a por dos cuencos y un pequeño frasco. Los cuencos eran para Lidia y para mí, el frasco para guardar una parte que le daría a mi amor.*

*Lidia me observó llenar los dos cuencos.*

*—¿Para él? —me preguntó cuando vertí líquido en el frasco.*

*—Sí.*

*—Crees que pueda llevarme un poco, me gustaría analizar la receta. Ya sabes como soy.*

*Sí, allí en esa visión, esa versión de mí, sabía que como Lidia, nadie manejaba las recetas de pociones, incluso en muchas ocasiones era mejor que Silver. Lidia era exacta y efectiva a límites insospechados. Sus carencias a la hora de la magia tenían que ver con lo perceptivo, con lo natural. Lo que le faltaba de nacimiento lo había obtenido con la práctica y con una dedicación enfermiza.*

*—Claro, no hay problema, allí arriba hay más frascos.*

*—Si la abuela compartiese lo que sabe... —canturreó poniéndose en pie.*

*—Sí ella nos enseñase todo lo que sabe es probable que ya no viésemos el mundo con los mismos ojos con los que lo vemos ahora.*

*—Lo tendríamos todo mucho más claro.*

*—¿Tú crees? —se me puso la piel de gallina—. Por momentos me da la impresión de que ella ha visto mucho más cosas de las que quisiera haber visto, y sabe más de lo que una mente necesita para tener paz.*

Entoné esas palabras y entonces a mi mente, la que habitaba en el mundo real, vino la imagen de Silver, él me daba la misma sensación. Con magia o sin magia seguimos siendo seres humanos y hay eternidades que no deberíamos soportar, verdades que jamás deberíamos conocer porque todavía no estamos listos para manejarlas, para hacernos cargo de lo que implican.

*Lidia regresó a mí y cargó la botellita que se guardó en un pliegue de su sencillo vestido grisáceo. Del suelo, frente a sus rodillas recogió el cuenco y lo alzó en mi dirección.*

*—Por Mercurio que recorre la Tierra, el Cielo y el Infierno. Por el Sol, rey del universo y de la naturaleza a quien se le debe toda vida. Por la Luna que ilumina nuestros sueños e ilusiones y que sabe guardar en su silencio, los misterios ocultos; por Venus fuente de creación y nacimiento. Por Saturno, guarda del tiempo y representante de la igualdad entre los hombres. Por el aire, el fuego, la tierra y el agua; desarrollo, maduración, declive y disolución. Por nosotros tres.*

Que Lidia en su brindis nombrase los cuatro elementos hizo que se me pusiese la piel de gallina otra vez, esta vez, en el mundo de mis visiones.

*—Por los elementos que nos dan vida y por nosotros cuatro, Lidia —la corregí yo añadiendo a mi amor en el brindis.*

*Lidia asintió con un movimiento de cabeza y un parpadeo.*

*Ambas nos llevamos los cuencos a los labios.*

*Despegué los labios y bebí, deseando de todo corazón que el líquido y su magia, pudiesen ayudarnos, que los cuatro elementos del universo se*

*complotaran en nuestro favor.*

*Creí que tendría un sabor horrible y me equivoqué. El líquido caliente, dulce y suave inundó mi boca recordándome a esos buenos momentos que son más que imágenes, sonidos y aromas, sentimientos bellos que quedan guardados en el corazón.*

*Tragué un poco y descargué el resto del contenido en mi boca.*

*El perfume del brebaje inundó mi nariz, me llegó al cerebro y se expandió sobre mi pecho como una nube ligera en una tarde de primavera.*

*Mi pecho se convirtió en una atardecer entre amarillo, naranja y azul, acariciado por una brisa cálida. Mi corazón era el astro que caía sobre el horizonte todavía lleno de energía y listo para emerger cuando el tiempo así lo dictaminase. Mi cerebro sería la luna, guardiana de todos los secretos místicos.*

*Todo mi cuerpo se convirtió en aquella poción, en los cuatro elementos, en el universo.*

*Sentí como si perdiese peso. Alcé los brazos; tenía la impresión de que flotaban en agua tibia. Mi cuerpo no pesaba nada. La sensación era estupenda.*

*Abrí los ojos y me encontré con la más bella e implacable mirada de tigre.*

## 22. Tú y yo tenemos historia.

—¿Segura que estarás bien? Me quedaría más tranquilo si permanecieses aquí. Imagino que después de lo sucedido la casa no te parecerá muy segura pero la verdad es que lo es. Los del sistema de seguridad vinieron, efectuaron un par de cambios. Confío en que lo que pasó no volverá a suceder. Además así como tú tienes un guardia en la puerta de tu casa, aquí ellos también

rondan. De incognito mas allí están.

—No, Patrick, prefiero ir a casa, a trabajar. Dejé a Azrael allí y además tengo cosas de las que ocuparme, no puedo abandonar mi vida.

—Sí me abandonas a mí —sus brazos rodearon mi cintura.

—Tienes que ir a trabajar y yo también.

—Puedes traer a Azrael y el resto de tus cosas.

—Tengo que ocuparme de mi negocio.

—¿No tengo forma de convencerte?

Negué con la cabeza y le di un rápido beso sobre los labios para soltarme de él. Una parte de mí comenzaba a morir de la angustia por dejarlo, la otra necesitaba tomar distancia de su cuerpo, su alma y su energía para poner las cosas en claro. Mis últimas visiones parecían mucho más que eso, y esto comenzaba a asustarme de verdad. Mi cabeza estaba llena de imágenes, aromas, sabores y sensaciones que más que producto de delirios de mi mente mezclados con realidad, tenían gusto a recuerdos, todos ellos demasiado vívidos. Era como si todo aquello hubiese sucedido nada más ayer, y no en un época que viéndola hoy, semejaba ser un tanto irreal e imposible; una época en que bruja era una mala palabra, una casi prohibida, un tiempo en que los hombres le temían a todo lo que no podían ver o comprender del todo, una en que en vez de buscar explicaciones y aprender, intentaban tapar y extinguir todo lo que no fuese conocido, todo lo que no pudiese explicarse.

En mi cabeza flotaban demasiados detalles: el que en mi visión Lidia se llevase una botellita de aquella poción, el que yo supiese que ella era muy buena con ese tipo de preparados, el que el olor de la abuela me recordase demasiado al perfume de Silver.

Sumaban demasiados los motivos por los cuales necesitaba hablar con Silver cuanto antes. Si alguien podía darme una respuesta ese era él.

—Es una pena —Patrick me devolvió el beso del mismo modo en que yo se lo entregué, ligero. Me soltó—. Prométeme que tendrás mucho cuidado. No salgas de tu casa y mantén la puerta del Mystical cerrada, no le abras a nadie que no conozcas.

—No puedo hacer eso, Patrick.

—Por un par de días puedes solamente atender a tus clientes de siempre.  
Negué con la cabeza.

—Quédate tranquilo, estaré bien. Además Lidia está allí.

Patrick apartó la mirada. Las llaves de su automóvil tintinearón cuando alzó el puño.

—Espero que tu abogado pueda hablar con el detective sobre lo que vi.

—Tranquila, lo hará, nos quitaremos esto de encima.

—¿Retirarás la demanda en contra de...?

Patrick no me permitió terminar de formular la pregunta.

—Te dije que no quiero discutir eso contigo. Tú no te preocupes, ese es un asunto mío.

—Pero Jake es...

Otra vez me interrumpió.

—Una cosa son los asuntos personales y otra los negocios. Yo no mezclo. No volvamos a tocar el tema, ¿sí? En verdad me incomoda —se quedó viéndome serio por un par de segundos—. Debo irme, tengo demasiadas cosas de las que ocuparme, llevo un par de días descuidando mi trabajo y hoy se hizo muy tarde.

—Es mi culpa—. Demoré demasiado el desayuno. Me había dado un ataque de angustia, de miedo de perder lo que creía que teníamos, y me aferré a él besándolo, tocándolo no solamente con mis manos y el resto de mi piel sino también con mi pensamiento. Mi necesidad nos empujó a ambos a hacer una vez más el amor allí mismo en la cocina.

—Bueno, desde que te conocí mi vida no es la misma —entonó él, interpretando mis palabras de otro modo—. De a poco volverá a normalidad —acotó y yo no supe de qué modo interpretar aquello.

Otro detalle que no podía quitarme de encima era como un lejano susurro de palabras amargas que no alcanzaba a escuchar por más que pusiese todo mi empeño en captar el sonido de aquellas letras articuladas por una voz sin sexo ni edad que bien podría ser mi propia voz o cualquier otra.

Era como si fuesen palabras dichas no a una distancia de espacio sino de

tiempo.

—Te llamo más tarde, ¿sí?

—Sí, claro.

—Y si tienes alguna otra visión llámame. Cuanto antes encontremos al asesino de Andrey...

Patrick se quedó mirándome. En sus labios afloró una sonrisa que cambió por completo la expresión en su rostro.

—Te amo —entonó sin parpadear. Su mirada entró por mis ojos hasta lo más profundo de mi cerebro. Esa mirada hizo una replica de miles dentro de mí, reavivando los latidos de mi corazón—. Te extrañaré más de lo humanamente posible.

—De una manera mágica.

—Sí —convino en voz baja sin perder la sonrisa—, de una manera mágica.

Patrick tomó mi mano izquierda con la suya, sus dedos se deslizaron por mi palma al tiempo que la alzaba hasta él. Sus labios imprimieron un beso sobre mi dedo del corazón—. Te amo —repitió.

Sus dedos se deslizaron por los míos permitiéndole a mi mano partir de regreso hasta mi cuerpo.

Patrick abrió la puerta de mi auto para mí.

—Mi señora —entonó con un acento que no era el suyo.

De alguna parte dentro de mí salió una reverencia.

—Mi señor.

Patrick me sonrió.

Dejé la caja y mi bolso dentro del automóvil y me volví hacia él.

—También te amo. Más de lo que amé a nadie jamás, más de lo que una sola vida puede abarcar.

Patrick tocó mi mejilla derecha con sus dedos.

Cuando muera continuaré amándote—. Esas palabras las entonó su voz

dentro de mi cabeza cuando sus labios tocaron los míos.

—Vete ya o sino no podré dejarte ir —retrocedió un paso—. Hasta luego.

Mis ojos licuaron en una mirada una sonrisa y esa sensación de que se forma un nudo de pura angustia en la garganta.

Me metí en mi moche y me alejé de la casa viéndolo allí todavía parado junto a su vehículo.

En cuanto llegué al portal, las puertas se abrieron para mí.

Salí a la calle tranquila.

Al dar vuelta a la esquina vi su auto en mis espejos retrovisores. Patrick siguió derecho por su calle.

Nos alejamos el uno del otro.

No hice ni dos calles cuando mi móvil comenzó a sonar. Como no encontraba el móvil dentro del bolso, detuve mi vehículo en la esquina para buscarlo. La tonada dejó de irritar el espacio a mi alrededor y yo seguí sin encontrarlo.

Di con el aparato justo cuando comenzó a sonar una vez más.

Era Owen.

—¡Hola! —su voz temblorosa estalló en mi oído.

Me asusté al instante.

—¿Agatha estás ahí?

—Hola, sí, aquí estoy. ¿Sucede algo, te encuentras bien?

—Ne-necesito hablar contigo ahora mismo. Llamé a tu casa y al Mystical, Lidia contestó, dijo que no estabas. Necesito verte, necesito hablar contigo cuanto antes. Tenemos que vernos. ¿Dónde estás? Puedo buscarte.

Owen sonaba como a punto de tener un ataque de nervios.

—¿Rocco está bien, le pasó algo malo? ¿Es Bowie?

—No, no son ellos. Rocco y Bowie están bien.

—¿Eres tú? ¿Estás en tu estudio? Puedo ir para allí ahora mismo.

—Sí, estoy en el estudio. Tenemos que vernos, que hablar, me sucedió algo muy extraño. Solamente tú puedes entenderlo, o al menos eso espero. Fue muy raro, Agatha, más que raro. Todavía tengo la sangre helada. Si no se lo cuento a alguien... en realidad no puedo contárselo a nadie más que a ti porque no tiene que ver con otras personas. Tú sabrás lo que esto significa.

—¿Qué cosa, Owen, que pasó?

—No me siento como la misma persona desde el otro día —entonó casi al borde de las lágrimas—. Todo cambió. Me desconozco. Hasta me resulta difícil trabajar. No puedo concentrarme; solamente pienso en ti y en eso. El fuego está por todas partes. Es desquiciante. Veo cosas que no están allí, escucho voces. Tengo la impresión de que vivo un sueño, un delirio. Quiero despertar, necesito despertar, Agatha. No puedo vivir así.

—Owen de qué hablas. ¿Desde cuándo estás así?

—Desde que vi las llamas la otra tarde cuando discutí con Silver. Es...

Un gemido de Owen me llegó a través de la línea.

—Vivo con angustia y vergüenza. Sé que te fallé.

—Que me fallaste, ¿cuándo?

—No estoy seguro, solamente sé que no cumplí contigo y por eso te perdí.

—No me perdiste; tranquilo Owen. Nosotros seguimos siendo amigos.

—Lo siento tanto —lloró ya sin poder contener más la angustia que hasta ahora venía filtrándose por su voz.

Como un torrente en extremo caudaloso todo lo que el experimentaba ahora, en la otra punta de la ciudad, llegó a mí y no por la línea telefónica, arrasando con mi corazón. Percibí una enorme cantidad de tristeza, vergüenza. Dolor.

—Owen, está bien, jamás me hiciste daño. Seguimos siendo nosotros.

—No, te fallé, te perdí.

—Intenta tranquilizarte por favor —puse mi automóvil otra vez en movimiento —voy hacia allí. Todo estará bien. Escucha, tengo que conducir, debo colgar. Espera por mí, voy en camino. Inspira hondo, cálmate.

—No puedo, lo intenté. No consigo quitarme de encima esta sensación.

—En un momento estoy allí. Quédate en el estudio y no salgas.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer, somos amigos.

—Sí, pero yo...

—Nada, Owen. Entre nosotros todo está bien y seguirá estándolo. Debo colgar ahora. Procura tranquilizarte. Voy en camino.

Nos despedimos y colgué.

Dejé el móvil a un lado.

*—Debo encontrar el modo de sacarte de aquí —sus brazos refregaron mi piel, intentaba hacerme entrar el calor, de nada serviría, el frío estaba metido en mí, enquistado en mi interior.*

*Entre trazos de luz en la oscuridad, encontré su mirada. Eran los ojos de Owen sobre mí, su gesto amable de siempre, su preocupación, un lugar seguro en un mundo lleno de dolor, en esta mazmorra de oscuridad y abandono. En este infierno creado por hombres con más crueldad de la que seguro se puede encontrar en el Infierno mismo.*

*Continué temblado de frío pese a sus intentos de hacerme entrar en calor.*

*Owen abrazó mi cuerpo sucio y mal oliente sin importarle el asco que yo misma sentía por mí en este instante.*

*Dentro de mi cabeza me dije que este era un buen momento para morir. Estaba famélica, débil, agotada de dolor y cansancio. Mi cerebro apenas si funcionaba, solamente servía para recordarme las penurias sufridas por el resto de mi cuerpo, la decepción de ver en la humanidad, el miedo cegador, el rechazo a intentar comprender la realidad del otro, la necesidad. Si todos ellos supiesen lo mucho mejor que se vive permitiendo que la magia fluya por tus venas. Jamás viví en un mundo de fantasía, mi realidad siempre fue la misma que la de todos, sólo que yo simplemente me permitía ver más allá; jamás comprendí cómo era que el resto de los seres humanos lograban seguir adelante con sus vidas sin percibir, sin ver todo lo que nos rodeaba.*

*Nuestra propia humanidad era mágica, cada persona lo es de un modo diferente.*

*Agotada y por sobre todo, vencida; quise simplemente dejarme ir. Morir.*

*Contrario a lo que se cree, no es tan sencillo morir. La vida a veces se emperra demasiado en seguir existiendo incluso cuando no parece tener absolutamente ningún propósito.*

*No quiero seguir existiendo así —le dije dentro de mi cabeza a nadie en particular—. Esto no tiene ningún sentido.*

*Abracé su cuerpo queriendo entregarle lo poco de vida que quedaba en mí. Hubiese deseado poder pasarle mi magia, mis sueños, las esperanzas que un día hicieron palpitar mi corazón con fuerza. Creí que podría cambiar algo, hacer una diferencia, no como un acto magnánimo sino para conseguir que otros pudiesen tener la misma felicidad que yo al ver el mundo hasta su esencia, con su magia al ras de la tierra y en cada cosa que crece sobre ella.*

*Por un tiempo pensé que había conseguido hacerle ver a una persona, ese mundo maravilloso, creí que esa persona me amaba, que si al menos no llegaba a comprenderlo todo, intentaba hacerlo. Me equivoqué. Lo aposté todo a él, a ese sueño y ahora aquí estaba yo, abandonada a lo más oscuro de la existencia de un ser humano, a lo más mezquino de una sociedad confabulada contra lo más bello que se nos da cuando empezamos a existir: la vida; la vida única, completa y plena con todos sus detalles buenos y malos.*

*—Lidia y yo estamos haciendo planes para sacarte de aquí. Solamente debes aguantar un poco más. Es más complicado de lo que creímos... —se interrumpió—. Confía en nosotros, lo conseguiremos.*

*—Silver... —apenas si logré balbucir.*

*—Los dos están escondidos, están bien, es solo que todo se complicó. Aguanta, te sacaré de aquí.*

*—Pídele... pídele algo para... —el esfuerzo de hablar me mataba, hacia que mi cuerpo temblase todavía más, es que la sangre corría por mis venas con dificultad; mi corazón intentaba extraer del rojo, la poca energía que pudiese quedar.*

*—¿A Silver? ¿Qué necesitas de él?*

*—Lo que sea para terminar con esto. Ya no puedo, no puedo—. Quise llorar; no me quedaban lágrimas y eso me amargó todavía más. Necesitar llorar y no poder es desesperante.*

*Hundí mi rostro contra su pecho y puse todas mis fuerzas en dejar de respirar, no quería morir sola pero ahora allí con él era el momento ideal.*

*Contuve mi respiración igual que si estuviese debajo del agua.*

*Al principio fue soportable.*

*Mientras Owen me acariciaba me dejé ir. Detrás de mis párpados la oscuridad se convirtió en un río de aguas tibias en pleno verano.*

*Imaginé el sol por encima de la superficie cristalina. El astro rey allí arriba, los pájaros en los árboles, las flores, el perfume del pan recién horneado.*

*Una única lágrima salió de mí.*

*Mis pulmones comenzaron a arder. Los odié por pedirme oxígeno.*

*Ya basta, déjenme ir —les dije mentalmente.*

*La presión por aire empezó a azotar mis oídos e hizo fuerza contra mi paladar. Mi corazón se puso a latir con fuerza desesperado. Al ahogo se puso insoportable y firme me dispuse a contenerlo, mas todo mi cuerpo estaba tan agotado que los músculos de mi pecho y vientre no resistieron la presión, y cedieron a la desesperación de mi diafragma para llenar los pulmones de aire.*

*La primer bocana que entró al unísono por mi nariz y boca se sintió como una llamarada.*

*Deseé poder gritar de frustración.*

*Hundí el rostro todavía más en su pecho.*

*—Pídele...necesito terminar con esto.*

*La oscuridad quedó en silencio.*

*Las manos de Owen soltaron mi espalda para tomar mi rostro.*

*—No debes rendirte. Sé que es difícil. Por favor no te rindas. Continuamos peleando por ti.*

—No más.

—Shh... no digas esas cosas. No morirás, te lo juro, no morirás. Tienes que beber la sopa, le puse un brebaje que me dio Silver, dice que es para que tengas más fuerza. Lidia me dio a beber una pócima a mí y me siento mucho mejor, ella no es Silver pero es estupenda con esas cosas también, igual dijo que era algo que había preparado la abuela.

Alcé la vista y lo miré.

—¿Te la dio?

Él asintió con la cabeza.

—Dijo que me protegería.

Yo se la había dado a mi “ojos de tigre”, eso lo sabía. Él al principio no quiso beberla, al final lo convencí diciéndole que si no creía en esto, no le haría ni mal, ni bien.

Ahora él, Owen, Lidia y yo la habíamos bebido.

En el fondo de mi cabeza surgió una nueva preocupación.

—Te sacaremos de aquí y nos iremos lejos. Nadie nos encontrará jamás.

Escondí mi rostro entre su hombro y su cuello preguntándome que tan lejos de aquí quedaría ese jamás.

Cerré los ojos y me dejé ir a través del calor de su cuerpo.

Mi corazón me recordó que continuaba partido y esperando por alguien que no llegaba pese a que los días pasaban. Nadie lo mencionaba; ¿estaría bien, estaría vivo? No sabía nada de él y siquiera me atrevía a preguntar. Por desgracia y aunque me diese un poco de vergüenza, me sentaba peor tener la certeza de que él se encontraba bien. Había renegado de mí y de nuestro amor, y si bien sabía que eso lo mantendría con vida en un principio, continuaba esperando que recapacitase, que viniese por mí para llevarme muy lejos a un lugar en el que pudiésemos amarnos sin sombras y sin miedos, sobre todo sin cobardías.

Owen acarició mi coronilla, sus dedos entraron entre las hebras de mi cabello sucio que un día había sabido mezclarse con el sol; cuan poco de mí quedaba hoy.

El verme extinguirme así, afectó a mi yo en esa visión y a la que ahora se encontraba frente al volante.

Por el cristal de el parabrisas vi la realidad entremezclada con la oscuridad de aquella mazmorra. Aquí dentro de mi vehículo sentí el olor a suciedad y sangre que manchaba mi piel.

*Las manos de Owen acercaron el cuenco de sopa a mis labios.*

*—Tienes que comer un poco —me dijo.*

*La sopa no olía a sopa, tampoco tenía el sabor de aquella comida. Mis papilas gustativas, mi nariz, mi garganta... todo se llenó del perfume de Silver del sabor que su piel había dejado en mí las pocas veces que nos besamos en un tiempo en que yo era apenas el comienzo de una mujer que lo puso a él en lo más alto del universo. Lo nuestro allí había acabado antes de comenzar y eso lo sabía yo ahora, adentro de mi automóvil sin comprender cómo, lo que también sabía era que pese a todo, él continuaría siendo parte de mi vida por siempre, y yo de la suya.*

*Tragué una parte de él con aquel sorbo de sopa. Silver no había preparado una poción cualquiera, había condensando una parte de su ser en ella. Sí, esto me daría energía porque era él, inagotable y eterno.*

*Lo sentí dentro de mí y a mi alrededor volviendo a sentirme querida en un modo en que nadie más podía quererme.*

*Silver consiguió que dejase a un lado mis ganas de morir, de no volver a ver la luz del sol.*

*Silver jamás me dejaría morir.*

*Su fuerza sacó una breve sonrisa en mis labios. Mis ojos se llenaron de lágrimas, el ritmo de mi corazón palpité a la velocidad de otro que estaba lejos de aquí... a mi alrededor olía a madera y sentí contorneando mi rostro un cabello plateado largo y sedoso que no era el mío.*

*Me pregunté si alguna vez volvería a ver a Silver a la cara para agradecerle este momento y todos sus gestos hacia mí, todo lo que aceptó compartir conmigo pese a que yo no pude darle lo que él más quería de mí:*

*mi amor.*

Apreté los párpados y traje uno de los tantos recuerdos que tenía de él, recuerdos de esta Agatha que era hoy: Silver sonriéndome divertido, Silver enseñándome algo importante frente a su mesa de trabajo, con su gran libro debajo de sus palmas, Silver durmiendo a mi lado, pacífico, y tan terrible y estupendo por su poder.

—Tú y yo tenemos historia, reina —me había dicho un día mientras caminábamos tranquilamente por la playa disfrutando del atardecer.

Recuerdo que en ese momento simplemente alcé la vista de la arena y lo miré a los ojos, a esa profundidad gris.

Silver no añadió nada más a su comentario y yo simplemente lo tomé como otra de sus salidas místicas que cada tanto soltaba como bombas pretendiendo enseñarme una lección. Muchas veces yo había captado el significado de sus palabras más eran la mayoría, las que se me escapaban. Entendí que no debí dejar pasar ni una sola vez sin preguntar a qué se refería, en especial no debí permitir que aquella frase pasara sin pedirle una explicación.

Él y yo teníamos historia y de eso no me quedaba casi ninguna duda; mi cerebro no podía ser tan creativo como para generar este tipo de visiones. Esto no era producto de mi imaginación en una fusión con la realidad, era una realidad que había sido, una verdad de otro tiempo. En este instante, detenida con mi automóvil en una esquina perdida en ninguna parte, eso me quedó muy claro. No eran visiones, eran recuerdos de otra vida, de otra historia que todos habíamos tenido juntos, una cuyo final desconocía, una que parecía querer repetirse ahora.

Se me puso la piel de gallina y mi corazón se aceleró. Una parte de mi cerebro encontró un poco de paz mientras otra comenzó a funcionar enloquecida.

—Estoy loca —entoné en voz alta intentando procesar la seguridad que me invadía, la certeza de que no me equivocaba en mis deducciones—. No puede ser cierto—. Me aferré del volante—. Nosotros allí... —giré la cabeza y miré mi móvil sobre el asiento del acompañante—. Nosotros aquí—. Los ojos se me llenaron de lágrimas—. ¿Qué fue lo que hiciste, Patrick? ¿Me

dejaste? ¿Permitiste que las llamas me consumiesen? ¿Abandonaste nuestro amor? —las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas—. ¿Qué me hiciste amor?

Mi corazón se resquebrajó en cientos de pedazos. La confusión y el miedo eran demasiado fuertes.

Debía ver el resto, tenía que aclarar esa historia dentro de mí, aquella del pasado y la que corría delante de mis pies hoy día.

Tenía que hablar con Silver, debía ver a Owen, tenía que saber si Lidia recordaba alguno de todos esos instantes nuestros que todavía corrían por mi mente y por sobre todo, debía hablar con Patrick.

Mientras las lágrimas continuaban cayendo por mi rostro, mis manos empezaron a sudar.

Me agarré la cabeza otra vez con la sensación de que estaba volviéndome loca, nada de eso podía ser cierto, no debía ser cierto.

—¿Por qué? —gemí y sentí el fuego quemando mis pies, mis piernas.

Viendo poco y nada por culpa de las lágrimas, le di marcha una vez más al motor. Mi destino sería Owen, lo ayudaría así como él me ayudó a mí a aliviar la oscuridad al menos por momentos.

Con los puños de mi camisa negra barrí las lágrimas y me puse en marcha.

...

Tenía la impresión de que mi cuerpo estaba jugando en mi contra para demorar mi encuentro con Owen. Me había costado mucho conducir hasta aquí y estacionar estaba siendo un suplicio, en mi vida me había complicado tanto encajarlo entre otros dos vehículos. Comencé a desesperarme tanto que por poco lo dejo abandonado en mitad de la calle; no me importaba si se lo llevaba la grúa, yo solamente necesitaba hablar con Owen.

Al final logré calmarme, y sin abollar o rozar los otros dos vehículos, estacioné.

El semáforo debió aliarse también con mi atontado cuerpo, demorando de más el paso del tránsito.

Frente a mí un hombre hablando por su móvil no daba señales de darse cuenta de lo mucho que se demoraba nuestro cruce.

Lancé una mirada hacia el estudio de Owen. Por sus elegantes puertas de cristal emergieron a la calzada dos hombres jóvenes, uno de ellos con un vendaje casi a la altura del hombro y el otro todo a lo largo del antebrazo derecho.

Embobada mirando hacia en frente, sentí al hombre delante de mí moverse y supuse que el semáforo había cambiado. Bajé el bordillo tras él sin siquiera mirar.

Todo sucedió demasiado rápido. Escuché la frenada, la bocina sonando y un potente empujón sobre mi lado izquierdo el cual me lanzó otra vez sobre la acera.

Caí al suelo y un móvil aterrizó a mí lado para rebotar un par de veces, milagrosamente sin romperse.

De repente a mi alrededor se llenó de gente.

—¿Te encuentras bien? —la voz llegó acompañada de una mano de uñas pulcras, camisa blanca de gemelos y traje oscuro. Creí reconocer la tela oscura del hombre que había estado parado delante de mí frente al semáforo hablando por móvil.

Su otro mano llegó a mí.

El móvil que aterrizó a mi lado debió ser el suyo.

Alcé la vista hasta él. Era un rostro masculino mas de facciones suaves, sin rastro de barba e incluso sin señales de estar cubierto por una piel que estuviese expuesta a la intemperie más de un par de segundos al día; para resumirlo: daba la impresión de ser un rostro nuevo en el cuerpo de una persona adulta. Nada de cicatrices, arrugas o manchas de sol. Su piel era tan nueva como la tela de su traje la cual de hecho todavía olía a como recién sacado de una tienda.

Acepté las manos que me tendía para ponerme en pie mientras todas las personas a nuestro alrededor nos preguntaban si nos encontrábamos bien; el

automovilista por poco y nos atropella pasó el semáforo cuando ya había cambiado en rojo.

—Salió de ninguna parte —comentó una señora a mi izquierda—. Deberíamos llamar a la policía, creo que tengo el número de placa.

—Creo que era un hombre el que conducía. No pude ver demasiado bien su rostro, pasó a demasiada velocidad —comentó otra persona mientras mis manos hacían contacto con la piel suave de las palmas del hombre.

Alcé la mirada hacia la suya. Qué mejor modo de comenzar a agradecer que mirar a los ojos a alguien, mi mirada le diría seguro lo muy agradecida que le estaba por evitar que aquel loco me atropellase.

Los ojos que vi me llevaron por delante todavía con más contundencia que la que hubiese podido arrebatarme mi vida si el automóvil hubiese dado contra mí.

¿Cómo reconoces un par de ojos que jamás has visto? La respuesta no es “con la vista” y sí “con el alma” o como se le quiera llamar a eso que nos hace quienes somos y que no es material.

A gritos esa fuerza en mí quiso llamar a ese hombre de otro modo, del modo en que la nombré cuando en la visión le dije que Lidia que ella me había dado la poción “La Abuela”.

Mi cerebro se puso a dar tumbos mientras mi cuerpo se ponía en pie auxiliado por sus suaves y firmes manos.

—¿No alcanzó a tocarte, no es así?

Negué con la cabeza imposibilitada de usar mi voz. Sin embargo la voz dentro de mi cabeza funcionaba muy bien repitiendo una y otra vez que ese hombre era “La Abuela” y que yo, Victoria Briz, más conocida como Agatha, perdía así, la poca cordura que me quedaba.

Quedé en pie. El hombre no me soltó. Alguien le tendió su móvil y él no lo tomó simplemente se quedó observándome sin entonar palabra hasta que el aparato comenzó a sonar.

—¿Ambos se encuentran bien? —quiso saber alguien más.

El móvil no dejaba de sonar.

El hombre me soltó yo contesté que sí con mi recién recuperada voz.

—¿Se encuentran bien? ¿Necesitan que llamemos una ambulancia?

—Deberíamos llamar a la policía, ese hombre podría haberlos matado a ambos. Lo más probable es que de haberlos arrollado no se habría detenido.

—Es probable —resopló alguien más—. La calle está llena de locos.

—¿Corazón te encuentras bien? —me preguntó la señora que quería llamar a la policía.

—Sí, estoy bien. No se preocupe.

—¿Y usted señor? Es un héroe, la salvó.

Los que nos rodeaban hicieron comentarios al respecto, alabando su acto mientras el dueño de aquellos ojos verdosos licuados en centenas de manchas rojas que como los aros en el tronco de un árbol, cuentan los años vividos, se quedaron viéndome. ¿Estaría pensando él lo mismo que yo, que esta no era la primera vez que nos veíamos?

Abrí la boca para preguntarle y volví a cerrarla. Lo que mi cabeza elucubraba no podía ser cierto. Ninguno de nosotros vivió otra vida, aquello que veía en sueños y visiones no podía ser verdad. El mundo real era este, no aquel y aquella poción que me diera para protegerme de nada sirvió en mis delirios y de nada serviría ahora. Moría quemada porque quienes me encerraron en aquella mazmorra me creían una asesina. La contundencia de la realidad era más fuerte que cualquier pócima, por eso ese automóvil con su masa real y palpable, podría haber acabado con mi vida hace un momento.

A mi nariz llegó el olor del humo y de la carne quemada, sentí el calor envolviéndome, ahogándome. El calor y el humo me asfixiaban, la gente con sus gritos de bruja, los que me preguntaban cómo me encontraba, me asfixiaban. A punto de sufrir una crisis nerviosa me aparté un poco del hombre; necesitaba aire.

—Gracias —balbucí—. Debo irme.

—De nada, ten cuidado —fue su pacífica respuesta la que llegó acompañada de un lento parpadeo.

Ningún ser humano normal reaccionaría con tanta calma ante lo que acababa de suceder. Mi cerebro se lanzó una vez más a labor de intentar

convencerme de que tanto él cuanto yo sabíamos que esta realidad que pisábamos ahora, no era la única.

Su móvil comenzó a sonar otra vez.

Entre la gente que discutía si había que llamar a la policía o no, me escabullí.

De refilón vi al hombre contestar su móvil.

Aprovechando que el semáforo me daba el paso, crucé para lanzarme frenética en dirección al estudio de Owen.

Ni bien pisé la acera opuesta saqué mi móvil del bolso. Mis dedos no pararon de temblar siquiera cuando los obligué a llamar a Silver.

Giré la cabeza y vi que el hombre que me había salvado de ser arrollada continuaba plantado en la esquina hablando por su móvil.

El número de Silver me dio ocupado. Repiqueteó un par de veces y al final me saltó su buzón de voz.

—Debo verte cuanto antes. Creo que estoy enloqueciendo, Silver. Mejor dicho, no lo creo, así es —un nudo en mi garganta cortó mi voz—. Cosas demasiado extrañas me suceden, cosas extrañas incluso para nosotros. Sé que nuestra última conversación no terminó del todo bien... necesitamos hablar.

Fui un tanto descortés, no añadí ningún tipo de saludo; corté y lancé mi móvil dentro de mi bolso una vez más, la entrada de la tienda de Owen estaba apenas a unos metros de mí.

Debí entrar en el estudio con ímpetu de más ya que todos los rostros se volvieron hacia mí.

Rita, la primera en alzar al cabeza de la pantorrilla de su clienta, me observó con las cejas en alto. Su máquina de tatuar quedó en el aire, silenciosa, esperando por beber más tinta que luego meter debajo de la piel en una orquídea violeta rodeada de hojas de un vivo verde.

Takeshi apartó la fibra verde con la cual dibujaba a mano alzada un pez *koi* sobre las costillas de su cliente.

Desde el fondo del salón Bill y Jonas se volvieron de la mesa que utilizaban para dibujar, en mi dirección.

—Hola. ¿Todo bien? —me preguntó Takeshi.

Me aclaré la garganta.

—Hola. Sí, todo bien. ¿Dónde está Owen?

—Atrás —contestó Rita bajándose el barbijo.

—Tiene dolor de cabeza —completó Takeshi—. Le dijimos que se fuese a casa; no hay caso, no quiere irse. Estaba esperándote creo.

—Sí. Mejor paso.

—Sí, claro —comentó Rita.

Mientras me alejaba hacia el interior del estudio sentí las miradas de todos ellos, incluso de los clientes que esperaban para ser atendidos, sobre mi nuca.

Ingresé en la trastienda pasado la cortina negra que daba inicio al pasillo y percibí la oscuridad a mi alrededor.

La oscuridad estaba aquí presente y no solamente por la falta de luz, sino en forma de una sensación opresiva.

Un olor que no provenía de aquí sino de las visiones en mi cabeza, llenó mi nariz, olor a humedad, a mugre, a moho y a rancio. El olor a sucio de mi cuerpo, la mezcla con la sangre y lo poco que liberara mi humanidad en un cubo de madera en un rincón.

La cortina quedó atrás y así la vergüenza cayó sobre mí.

Ya no quería estar allí, resumida a esa ínfima porción de humanidad.

Mi garganta se cerró. Deseé una vez más, poder morir, apagar mi cerebro y mi corazón para siempre.

—Owen —llamé sin saber si su nombre allí era el mismo que aquí.

Mi piel se heló y a pesar de que iba en mis cortas botas negras con puntera de metal sentí como si estuviese caminando por la piedra fría y húmeda sobre las plantas de mis pies ásperas y sucias.

Continué avanzando por el corredor percibiendo los lejanos latidos de su corazón.

—¿Owen?

A mi llamado respondieron pisadas pequeñas que incluían el chasqueo de uñas contra el piso. Escuché los jadeos y resoplidos de Bowie y finalmente lo vi aparecer por entre esta oscuridad que era más intensa de la que en realidad debía rondar por aquí.

Ladró a modo de saludo y llegó a mi resoplando. Su corto rabo sacudía el resto de su cuerpo en una demostración de alegría.

—Hola, bonito —rasqué su lomó—. ¿Dónde está tu papá? — inclinándome un poco más, rasqué los pliegues en sus belfos. Aceptó mis cariños por un par de segundos y luego dio media vuelta para salir corriendo en dirección al espacio que hacía las veces de oficina y en muchas otras también, de vivienda de Owen.

Apuré el paso.

De refilón vi la puerta entreabierta. Allí la oscuridad era todavía más densa.

—¿Owen, estás allí? Soy Agatha.

Empujé un poco la puerta.

Las persianas negras estaban corridas y todas las luces apagadas.

Vi la sombra de Owen, recostado de lado sobre uno de los sillones. No podía ver mucho debido a la falta de luz, sin embargo me pareció que se hallaba tendido de espaldas a la puerta, con el rostro oculto contra el respaldo.

Entré y entorné la puerta una vez más, necesitábamos privacidad.

Bowie dio una vuelta a mi alrededor y después fue a acostarse a una de sus tantas colchonetas repartidas por el estudio; esta también era en parte su casa así como la de Owen.

Pese a que este lugar en nada se parecía a la mazmorra en la que yo me veía, igual tenía el vello de punta y la garganta cerrada como si aquí no hubiese suficiente aire que respirar.

Comencé a sentir que las paredes se me venían encima, a tener miedo de no conseguir salir de aquí jamás, no al menos con vida.

Morir no sería lo peor —me dije—. Hay cosas mucho más dolorosas.

—Owen soy yo —avancé por entre la mesa y los sillones que la rodeaban. No dio señales de haberme escuchado llegar.

Me acerqué a él un poco más intentando no sobresaltarlo con mi llegada, parecía dormido puesto que respiraba tranquilo y pausado. Dejé mi bolso a un lado y me senté sobre el borde de la mesa. No estoy muy segura de porqué sentí la necesidad de simplemente quedarme allí viéndolo dormir en silencio; quería cuidar de sus sueños, de la magia que había en él en esa forma tan humana suya de ser. Owen era una de esas personas buenas por naturaleza, un ser que no entiende de hacer daño, mucho menos de rencores o de tomar provecho de una situación; él era tanto allí en mis visiones cuanto aquí, una persona que solamente conoce de amar, de vivir para disfrutar de la vida sin necesidad de aparatosos añadidos o cotillón, su sensibilidad era su mejor complemento.

Así como en mis visiones el calor de su cuerpo reparaba mis miedos, también lo conseguía en esta vida.

Estiré un brazo y posé mi mano derecha sobre su hombro. El calor de su carne, de su energía, traspasaba la tela de su camisa a cuadros.

Mi cuerpo no se conformó con una caricia. Me entraron ganas de abrazarlo para así hacerle saber lo mucho que él me importaba.

Owen se estremeció debajo de mi tacto. Lo vi encogerse sobre sí mismo como si tuviese frío. Se abrazó para darse calor y fue así que una de sus manos llegó a la mía. Al principio sus dedos apenas rozaron los míos pero al encontrarlos, su mano quiso buscar el resto de mi cuerpo. Cubrió mi mano con la suya. Se removió.

Bajé de la mesa y me arrodillé frente al sillón captando sobre mí pecho el calor de su espalda.

Owen le dio un apretón a mi mano.

Lo llamé por su nombre en voz muy baja.

Movió la cabeza.

—Owen soy yo.

Su mano apretó la mía con más consistencia. Noté el cambio en su respiración, debía haber despertado.

—Aquí estoy.

—¿Victoria?

Que me llamase por mi verdadero nombre me tomó por sorpresa, él era de las pocas personas que lo conocían pero jamás me llamaba allí. El nombre quedó repiqueteando en mis oídos como si fuesen campanadas escuchadas dentro del campanario mismo. Todas las letras que componían aquella palabra me aturdieron.

Sus dos manos se unieron a la mía. Owen se movió, giró la cabeza y me miró.

—Hola.

—Hola —saludó con voz de dormido—. Estás aquí.

—Sí —acaricié su frente, tenía la piel helada y al mismo tiempo estaba sudado, era sudor frío—. ¿Te sientes mal?

Desde ya que no tenía buena cara.

—No estoy nada bien. Creo que estoy volviéndome loco. He estado viendo cosas... cosas que no sé qué son. Solamente tú puedes comprender lo que me sucede.

—¿Qué fue lo que viste?

—Primero fue fuego, una columna de fuego que se me aparecía por todas partes, frente a mí, ardiendo en rugidos que hacían que me entrasen náuseas y mi corazón se partiese. El fuego me atravesaba en dos de dolor; no porque me quemase a mí. Era tan extraño, tan perturbador. Veía el fuego y no hacía más que pensar en ti —tomó mis manos con fuerza—. Sentía tanta vergüenza y tanto dolor. Te fallé, allí, de algún modo. No sé cómo, solamente sé que el mundo se terminaba en ese fuego, mi vida se terminaba allí.

Mi cerebro no podía creer lo que mis oídos escuchaban.

—Y luego apareció ese sitio oscuro y frío y tú allí, como abandonada, apenas con vida, temblando entre mis brazos, muerta de miedo y yo temía por ti y quería hacer algo para sacarte de allí pero no sé... no sé si fui capaz. Te amo, Victoria. Lo siento.

Owen rompió en llanto soltando mis manos para ocultar su rostro debajo

de sus brazos.

—Te perdí —lloró—. Fue mi culpa. No pude evitar que te hiciesen todo ese daño.

—Owen...

—Es cierto. No sé cómo... solamente sé que eso que vi se sentía muy real. Sé que suena como una locura es que ese sitio... y tú...

Aparté sus brazo pese a que opuso resistencia. Owen lloraba a mares con los párpados muy apretados, su rostro estaba rojo y la angustia se notaba en el rictus de sus labios.

—Owen escúchame —tragué saliva, Patrick había dicho que todo esto podía ser culpa de Silver; Owen no estaba loco mas yo sí estaba a punto de perder la cabeza.

Owen siguió sollozando sin prestarme atención.

—Necesito que abras los ojos y me veas. Owen por favor, no estás volviéndote loco. Mírame, lo que tengo que decirte debo hacerlo contigo viéndome para que sepas que es real. Owen por favor —desesperada sacudí sus brazos tomándolo por las muñecas. Abrió los ojos todavía sin dejar de llorar—. Escúchame bien, no estás volviéndote loco.

—Tengo visiones —gimió —y me atormentan. Te fallo una y otra vez, y ese lugar... es otro tiempo, Victoria. Es un mundo que no...

—Owen no sé si lo que diré a continuación te tranquilizará o lo empeorará; al menos sabrás que no estás solo —con esas palabras capté su atención—. Escúchame bien: tengo las mismas visiones y no me refiero solamente al fuego. Ese sitio oscuro y frío, húmedo y apestoso que se parece demasiado a un calabozo o quizás una mazmorra.

Parpadeó rápido un par de veces y par de lágrimas más rodaron por sus mejillas.

—Han estado torturándome, todo me duele y me doy asco a mí misma pero tú vienes a darme fuerza y no únicamente con alimentos que traes a escondidas, es tu espíritu, eres tú y tus ganas de sacarme de allí, de liberarme de todo, de salvarme. Eres la luz en aquel sitio, eres lo único que me mantiene con vida.

Owen se quedó viéndome muy serio.

—En esas visiones eres un guardia o algo así.

Asintió con la cabeza.

—Y quieres ayudarme a escapar. Sé que estás dispuesto a todo por mí.

—Cada vez que esos delirios pasan, quedo con la sensación de que no conseguí ayudarte. Debí sacarte de allí. Te amo y te fallé. Ese fuego... te decían bruja, no entendían tu magia, lo maravilloso que mora en ti. Toda esa maravillosa cantidad de energía que podría darle vida a un mundo entero — sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Apretó los párpados para derramar un torrente de lágrimas—. ¿Cómo es que esto sucede? ¿Cuál es la realidad? Es que no sé si es esto o aquello, si soy yo o ese hombre. Por favor, dime qué tú sabes qué es todo esto.

—No estoy segura, Owen. Las cosas que vi fueron demasiado reales.

—Agatha...

—¿Sí?

—Tienes que alejarte de él —un nuevo torrente de lágrimas cayó de sus ojos.

—¿Alejarme de quién?

—De ese hombre. Silver y Lidia tienen razón, debes alejarte de ese hombre. Extirparlo de tu vida cuanto antes.

No necesite que me explicase que se refería a Patrick.

—Ese hombre...

—Owen todo está bien, tuve una visión del asesino, lo encontraremos, no te preocupes. Estaremos bien, todo se aclarará.

—No, nada estará bien si no te alejas de él. No sé como explicártelo, es que simplemente sé que no es bueno para ti. No vi su rostro en ningún momento y sin embargo tengo la seguridad de que era el responsable de que estuvieses encerrada en aquel sitio; él el causante de cada gota de tu sangre derramada, de cada una de tus penurias y dolores, así como lo es y lo será aquí. Sé que suena a locura, es que tienes que creerme.

—Patrick no hizo nada malo, Owen.

—Sí.

—No, él quiere encontrar al asesino de Vorobiov, sus abogados irán hoy a ver al detective para contarle lo que vi. Ese hombre que entró en su casa robó algo del equipaje de...

Owen sacudió mis brazos interrumpiéndome.

—No lo entiendes —exclamó. Me soltó y se incorporó—. Ese hombre no te ama, está utilizándote, Agatha. A ese hombre no le importa nadie más que sí mismo, es incapaz de amar. Jamás podría quererte del modo en que Silver o yo te amamos. Te dio la espalda y volverá a dártela una y otra vez.

—Owen...

—Es la razón de todos tus males. No cree en tu magia, no cree en ti. Te engañó y te engaña. No le importa tu dolor o lo mucho que puedas sufrir; te romperá el corazón. A ese hombre no le importas, Agatha y jamás le importarás. Podría contabilizar el darle miles de oportunidades y sin embargo una y otra vez, te dará la espalda sin siquiera intentar nada por ti. Te desprecia lo sé, tú me lo dijiste allí, en esa oscuridad, llorando con tus últimas energías. Sabrías que él no iría por ti, que te había abandonado. Déjalo, apártate de él, de su vida. El detective encontrará al culpable. Permite que Silver te lleve lejos de aquí; necesitas irte —tomó mis manos una vez más y las juntó entre las suyas—. No importa si te pierdo para siempre, si no vuelvo a verte, yo me conformaré sabiendo que estás bien, viva, que él no podrá tocarte ni volver a romper tu corazón nunca más. Vete, huye, que ese hombre jamás vuelva a saber de ti. Tienes que irte.

Quedé muda.

No quería abandonarlo por el estado en que se encontraba mas necesitaba tener a Silver frente a mí. El mundo, mi mundo, nuestro mundo se caía a pedazos.

—No debí tatuarte el fuego.

—Hiciste lo que te pedí y no me arrepiento de mi tatuaje.

—Eso no hace más que incrementar mi culpa.

—Nada de esto es tu culpa.

—Todos somos responsables.

—Te prepararé una taza de té.

Hice el ademán de levantarme, Owen me tomó por las muñecas impidiéndomelo.

—¿Cómo es que pude ver todo aquello? Parecía tan real; juraría que era real. ¿Lo era?

—No lo sé, Owen. Para mí también se sentía demasiado real.

—Sí los dos vemos lo mismo...

—Así es, llevo días viéndome a mí misma en ese sitio y al principio no sabía que la persona que me traía comida y pretendía ayudarme eras tú; llegó un punto en que te sentí y supe que eras tú, después me lo confirmó tu mirada —hice una pausa—. No estoy segura de qué sea todo esto... —me interrumpí un segundo—. Lo averiguaré. Hablaré con Silver.

—Te acompañaré —esta vez fue él quien hizo el amago de levantarse y yo se lo impedí.

—No, mejor permíteme que hable yo primero con él.

—Pero...

—Además lo llamé y aún no contesta a mi llamado. Mejor será si voy sola. Te prepararé algo de té y me quedaré contigo un rato hasta que te sientas mejor. Tienes que tranquilizarte, ¿sí? Todo saldrá bien, resolveremos esto sea lo que sea.

—No quiero que vuelvan a lastimarte —dijo lanzándose a llorar otra vez.

Su mirada me partió el alma.

—Nadie me lastimará. Estaré bien —limpié sus lágrimas—. Te tengo a ti —le sonreí—, nada malo me sucederá.

Negó con la cabeza.

—No pude protegerte entonces...

—*Shh...* no digas eso, claro que lo hiciste, me diste tanto. Lo sentí, me acompañabas a cada momento—. Acaricié sus mejillas—. Quédate aquí, iré por el té que yo también necesito uno —forcé una sonrisa hacia mis labios.

Owen por fin me permitió levantarme.

Bowie llegó para reemplazarme.

Antes de ir a poner agua a calentar levanté las cortinas, es que necesitaba arrancar la oscuridad de aquí porque me recordaba demasiado a aquel sitio y eso hacía que se me cerrase la garganta y que mi cuerpo se pusiese rígido como si estuviese secándose, muriendo.

Preparé dos tazas de té que le serví con unas galletas que encontré. A regañadientes Owen ingirió ambas cosas mientras intenté darle conversación sobre otros asuntos que nada tenían que ver con nuestras visiones o con Patrick.

Si él supiera todo lo que rondaba por mi cabeza en esos momentos.

Los pensamientos eran tantos que mi cabeza estaba a punto de estallar y mi corazón latía desacompasado del miedo que le producían todas las dudas que no querían dejarme, porque escuchar a Patrick gritarme que me odiaba, que yo lo había embrujado para que me amase...

No podía ni quería creer que me había utilizado ni que me utilizaba ahora.

Entonces dentro de mi cabeza saltaban los recuerdos de las imágenes de la tirada que me había hecho Silver; todos esos ominosos significados, toda esa oscuridad, el dolor, el engaño, la malicia y una espiral de sufrimiento.

Silver jamás contestó mi llamado original ni ninguno de los mensajes que le envié más tarde. Dos horas después, a regañadientes, Owen finalmente me permitió partir.

## 23. Perdidos en la luz de la oscuridad.

*—Alza la oscuridad desde el amanecer, que corra por tus venas mientras el fuego te recuerda que estás viva y despierta. Permite que la oscuridad te*

muestre lo que tiene para enseñarte, en ella se esconden los secretos mejor guardados de la magia. Abre tus ojos y aprende a ver en la oscuridad. Piérdete en su luz. Tienes que encontrar ese hilo plateado que lo conecta todo de un modo único e inexplicable. Acepta la luz, Victoria. Acepta la oscuridad. Piérdete en la luz de la oscuridad para dar el último paso que te separa de nosotros —entonó Silver moviéndose a mi alrededor.

A pesar de que tenía los ojos cerrados sabía que el sol comenzaba a emerger por el horizonte y que había alguien más presente, una tercera persona que pese a que no terminaba de reconocerla, creía haber tenido ante mi presencia antes.

El aire a mi alrededor todavía olía a noche, el campo también llevaba aún su traje nocturno; quedaban grillos cantando y a lo lejos algún lobo despidiéndose de su madre la luna.

La noche también era nuestra madre, la luna plata nuestra guía.

Las personas que no saben nada de magia creen que en la noche se esconde lo maligno, que todo lo nocturno está relacionado con Satanás, que nos movemos en la noche para esconder actos macabros.

No es así, la noche solamente nos protege de los hombres que no comprenden que la verdadera naturaleza de los seres humanos es tan mágica cuanto se lo permitamos ser.

Aquí, en nosotros y en nuestros poderes no hay relación alguna con el Infierno, solamente somos aquello para lo que nacimos ser. Renegar de eso habría sido absurdo, un desperdicio y un ultraje a aquello tan superior que ha sabido crear cada ínfima porción de vida de este mundo.

Un pequeño estallido; un olor acre que impregnó el aire que llegó a mí; sentí el calor del fuego por delante de mi cuerpo.

—Hasta que caigamos, hasta que el mundo deje de ser mundo, seguiremos siendo nosotros: Plateados, hijos de la magia, protegidos de la luna, mensajeros de la magia —entonó Silver.

El momento al fin había llegado. Lamentable que todo lo que sucedía a mi alrededor no me permitiese disfrutarlo como lo esperaba y deseaba. Demasiadas cosas empañaban la emoción del momento.

Llevaba muchos años deseando ser como Silver y para eso había

*estudiado y practicado, esforzándome a nivel tanto mental cuanto físico.*

*Silver solía decirme que tenerlo de maestro no era suerte tal como yo solía repetir, sino que una relación que estaba escrita en un renglón del destino.*

*No podía ser de otro modo —repetía él—. Es que eres como nosotros. La magia encontraría el camino para juntarnos. Por fin serás una de nosotros, Victoria, una Plateada.*

*Podía nombrarme del mismo modo en que ellos se llamaban sin embargo mi posición distaba mucho de ser la suya. No tenía idea de cómo, pero todavía recordaba la primera vez que Silver me habló de los brujos como él, de las personas que desarrollan la magia a su nivel. Desde ese primer día en que mencionó a los Plateados mi objetivo se convirtió en uno: ser una de ellos.*

*Llevaba doce años preparándome para serlo.*

*—Es hora de que entones tu juramento —me dijo Silver con su voz cargada de una profunda emoción. Noté la urgencia y la desesperación en su pedido.*

*Las palabras del juramento se convirtieron en un remolino dentro de mi cabeza nublando mi visión detrás de mis párpados cerrados. Allí en lo profundo de mi mente o quizás en un lugar muy lejos de ésta, fuera de mi cráneo, estaba yo parada en la oscuridad que ahora se enturbiaba impidiéndome ver el hilo plateado que debía alcanzar y sostener al entonar las palabras.*

*Extendí el brazo y casi lo alcanzo, pero la hebra plateada tembló y mis dedos fallaron en su agarre.*

*Quería mi cabello plateado, quería ascender el escalón que me ayudaría a no ser más una carga para conseguir convertirme en ayuda, en toda la energía que sentía que se escondía en mí.*

*Algo, no supe qué, enturbió todavía más el mundo a mi alrededor. Vi todo como debajo de un río revuelto, el cual acarreaba detritos y tierra después de una fuerte tormenta.*

*Por entre la basura y el marrón que se ponía cada vez más rojo, divisé el hilo plateado. Maldije y estiré el brazo una vez más. Toqué el hilo con las*

*yemas de mis dedos pero estaba tan tenso que se me escapó.*

*—Silver —entonó una angustiada voz femenina que no era la mía y que pese a sonar familiar, no podía adjudicar a un rostro.*

*—No, todavía tenemos tiempo.*

*La voz de Silver tembló al contestarle a la mujer.*

*Una sensación que no era física me hizo tambalear. Sentí el peligro filtrarse por mi piel, traspasar mis músculos hasta meterse en mis huesos.*

*—No, Silver. Están aquí, debemos irnos ahora —entonó aquella voz que sabía había escuchado antes.*

*—Victoria, hazlo, di las palabras—. La voz de Silver tembló al hablarme.*

*Las palabras... si siquiera era capaz de recordarlas.*

*—Victoria...*

*Hice mi mejor esfuerzo y no logré resistir lo que la fuerza que se avecinaba sobre nosotros, tenía como intención. Eran hombres, estaban furiosos, tenían sed de sangre y de destrucción. En ellos había mucho miedo, quizás por eso estaban furiosos. Nosotros provocábamos en ellos ese miedo. Creían que los hechizaríamos, que les haríamos cosas horribles para burlarnos de ellos. En sus cabezas éramos poco menos que fieras salvajes.*

*Escuché el galope sobre el campo retumbando en el cielo nocturno. Sus gritos. Se encontraban muy cerca ya.*

*Perdí por completo de vista el hilo plateado.*

*Sin querer despegué los párpados. Vi el fuego ante mí, la noche estrellada sobre mi cabeza, y más allá del fuego, entre las ondulaciones del paisaje, el sol saliendo.*

*Sentí a Silver llegar por mi derecha, la mueca en su rostro era la viva preocupación.*

*—Tenemos que irnos de aquí ahora —entonó la voz femenina.*

*Giré la cabeza para buscar su rostro.*

*Me topé con los rasgos de una mujer joven, quizás de mi edad o apenas un poco mayor, como Silver. Como Silver también eran sus facciones, si casi*

*semejaban dos gotas de agua. Reconocí sus ojos, su mirada. Su cabello continuaba siendo plateado pero en vez de algo opaco por la edad y la falta de cuidado, brillaban tanto cuanto el de Silver.*

*No entendí cómo no lo había notado antes, cómo no vi en aquel rostro cambiado por la edad, los rasgos de Silver. Esa mujer que desde mi lado izquierdo nos observaba a Silver y a mí, llena de preocupación no era otra que “La Abuela”.*

*Los miré a ambos por turnos procesando lo que acababa de descubrir, no solamente eran hermanos sino que...*

*En medio de esa visión apareció otra; estábamos Silver, esa mujer y yo, en la cocina de su casa. Así como recordé que en ese momento había asociado sus rasgos con los de la abuela, lo hacía ahora.*

*—Somos hermanos... gemelos —me había confesado Silver adelantándose a mis pensamientos—. Iga... Ignacia, “La Abuela” es mi hermana.*

*—¿Qué?! —había jadeado yo aturdida. Siquiera sabía que Silver tenía familia. En ese momento y ahora, en esta visión, quedé obnubilada observándolos por turnos, no solamente maravillada por la belleza de ambos sino impresionada por una situación que no esperaba ni remotamente.*

*—Hermanos, Victoria. Silver y yo somos hermanos de sangre y tu serás nuestra hermana por la magia —me había dicho ella en aquella cocina caldeada y perfumada, aproximándose a mí para tomarme de las manos con las suyas tan delicadas y blancas—. Es un placer que al fin nos veamos las caras, tal como somos. Lamento no habértelo dicho antes; ni modo, para todo hay un momento y un lugar, y estamos aquí los tres.*

*Iga me había abrazado y después de eso el recuerdo en la visión se licuó en momentos alegres y placenteros que fueron interrumpiéndonos por el apremiante tono de Iga en aquel campo en plena noche.*

*—Silver no hay tiempo para esto. Tenemos que largarnos de aquí ahora. Han salido de cacería y nosotros somos las presas. Se nos terminó el tiempo. Se acabó, tenemos que largarnos, nuestra vida en este lugar es parte del pasado.*

*Debemos irnos en este instante; vienen a por Victoria. Ya no hay modo de cambiar lo que sucede. Tenemos que largarnos de aquí, los tres, ahora y*

*para siempre.*

*—¿Qué?! —giré la cabeza y miré a Silver. El galope de los caballos se escuchaba cada vez más fuerte.*

*—Lo siento, tenemos que irnos. Haremos esto cuando pongamos suficiente distancia entre este lugar, esta locura y nosotros. Ya no podemos vivir aquí, mi reina. Tenemos que irnos... ahora. Nos quieren muertos.*

*—No puedo irme... —pensé en mi amor, no podía dejarlo aquí con estos hombres buscando un responsable por la muerte de su socio. Tenía que llevarlo conmigo a donde fuese que fuésemos.*

*—Sí, sí puedes —Silver me tomó por la muñeca y su hermana comenzó a arrojar con los pies, tierra sobre el fuego para apagarlo—. No son capaces de recordar que un día curamos sus enfermedades, que los salvamos de sus males y que les dimos paz cuando sus almas estaban turbadas. En este instante para ellos no somos más que brujos, esbirros de Satanás, criaturas de la noche que deben ser eliminadas.*

*—No puedo irme sin él. Si yo no estoy, lanzarán la culpa sobre sus hombros.*

*—Victoria no puedes continuar preocupándote por él. Tienes que salvarte a ti misma ahora.*

*—Pero...*

*El fuego murió.*

*Silver echó la capucha de mi capa sobre mi largo cabello todavía oscuro.*

*—Creímos que podríamos resolverlo —de refilón le lanzó una mirada a su hermana —lo lamento, no fuimos capaces. Tenemos que irnos —tiró de mí.*

*—No puedo ir a ninguna parte, no puedo dejarlo aquí, lo matarán.*

*—Y si te quedas te matarán a ti.*

*—Victoria, no puedes permitir que te atrapen —me dijo Iga.*

*—¿Y que hay de Lidia?*

*Silver y su hermana volvieron a cruzar una mirada.*

—Le haré saber que es hora de partir —entonó Iga—. No hay tiempo. A los caballos Silver.

Silver asintió con la cabeza.

Escuché a un caballo resoplar, giré la cabeza y vi las dos monturas atadas a unos arbustos. Iga fue hasta ellos.

Silver me enfrentó, sus ojos grises llenaron todo mi campo de visión en ese momento fui a parar otra vez a la cocina de Silver, su hermana me liberaba del abrazo.

—Te lo explicaré todo.

—¿Tienes una hermana?

—Sí, nadie más que tú lo sabe, nadie más debe saberlo por ahora.

—¿No puedo decirle a Lidia?

Silver negó con la cabeza.

—Nadie, Victoria. Por ahora deberá ser nuestro secreto.

Iga moviéndose llamó mi atención, ella se cruzó los labios con un dedo.

Regresé a los ojos grises de Silver en el campo.

—Tenemos que irnos ahora, mi reina o no saldremos de este pueblo con vida —entonó con voz cargada de angustia y prisa—. Si nos hubiese dado tiempo a cambiarte no estaría tan preocupado pero todavía no eres una de los nuestros y tus fuerzas... Por favor, Victoria, tenemos que irnos ya —tiró de mí y yo no me moví de mi sitio—. Te lo ruego.

—No puedo dejar a Raúl aquí, sobre él también pesan sospechas.

—A él no lo acusarán de brujería y a ti sí. No le sucederá nada, Victoria, tienes que confiar en mí. Tenemos que irnos ahora mismo.

Silver volvió a tirar de mí y yo no pude moverme ni un ápice. Por detrás de su cabeza vi a Iga ya montada en su caballo.

—Silver por favor —pidió Iga.

—Adelántate —le contestó éste sin quitar sus ojos de mí.

—No puedo —gimió ella en respuesta.

*—Iga, por favor vete ahora, yo me ocuparé de esto.*

*“Esto” era yo, y eso me amargó.*

*—No puedo dejarlo, Silver —escuché el caballo de Iga alejarse.*

*—Y yo no puedo dejarte a ti.*

*Los dos nos volvimos a mirar hacia mi espalda al mismo tiempo. Sentí su reacción hacerse eco de la mía al verlos llegar. Los hombres estaban aquí.*

*Silver me tomó de la muñeca y tiró de mí hacia el caballo. No volví a resistirme porque sabía que si lo demoraba lo atraparían a él también. Corrimos juntos.*

*Silver me ayudó a montar. Él saltó a la montura por delante de mí luego de soltar las riendas del arbusto.*

*Los gritos de los hombres inundaron mis oídos de miedo.*

*Con dos gritos, Silver puso su caballo al galope rumbo al horizonte en sentido contrario al pueblo. Yo jamás había estado más allá de ese horizonte que mis ojos podían ver ahora.*

*El caballo comenzó a resoplar bajo el peso de ambos.*

*Con todas mis fuerzas rodeé la cintura de Silver.*

*El caballo no podría con nosotros dos encima, nos alcanzarían.*

*Silver le dio ánimo al caballo.*

*Los hombres se nos acercaban cada vez más.*

*Gritaban mi nombre, me llamaban bruja.*

*Reconocieron a Silver y se gritaban entre ellos que debían atraparlo también. Quedaba claro que no pretendían darnos la oportunidad de escapar.*

*Giré la cabeza y los vi, debían ser una veintena de personas entre parte de la guardia y hombres del pueblo. Los conocía a todos, a muchos de ellos los había atendido, a sus familias también. En sus ojos había furia; ya no nos reconocían como las personas que un día esperaban que fuésemos: su última esperanza. Ahora éramos un peligro que debían eliminar.*

*Silver le dio a los flancos del caballo con los tacones de sus botas. El*

*pobre animal aceleró un poco más. Supe que no duraría mucho a este ritmo.*

*El sol salió justo a tiempo para mostrarnos a esos hombres alcanzándonos.*

*—¡No permitan que se escapen!*

*—¡Los tenemos!*

*Y casi nos tenían, nos rodeaban.*

*Por delante de nosotros y de la nada, reapareció Iga.*

*Los gritos de “bruja”, irrumpieron en el aire de la mañana desde todas las voces posibles.*

*Silver le pidió a su hermana que se fuese de allí y ella no le hizo caso.*

*Uno de los jinetes que nos seguía se pegó al flaco derecho del caballo de Silver.*

*Mi corazón me hizo ver que esto no saldría bien.*

*Una mano como garra se cerró sobre mi hombro derecho. Por unos segundos los dedos se clavaron en mi carne, hubo un forcejeo, Silver intentó apartar al hombre, yo también lo intenté, le gritó al caballo, el hombre hizo lo mismo con el suyo, los dedos tironearon de la manga de mi vestido. El caballo que nos seguía se detuvo en seco, el tirón desde atrás fue imposible de resistir. Mis brazos tironearon de Silver al tiempo que resbalaba de la grupa del caballo.*

*Lo solté para no tirarlo, no podía hacerle eso.*

*Lo dejé ir y caí entre una locura de hombres vociferando, polvo y caballos.*

*Mientras caía vi a Silver resbalar. Quedó medio colgando de costado con un solo pie en los estribos. Iga lo alcanzó justo a tiempo para evitar que terminase en el suelo.*

*Todo sucedió demasiado rápido. Ella, irradiando una cantidad increíble de luz plateada le plantó cara a los otros jinetes, se escuchó un estallido. Parte de la horda que nos había seguido, conjuntamente con sus monturas fueron a parar a la tierra como si hubiesen sido derribados por una mano invisible.*

*Di contra el suelo. Los cascos de uno de los caballos, golpeó mi lado izquierdo.*

*Alguien saltó sobre mí haciéndome daño, inmovilizándome contra el suelo.*

*Escuché a Silver gritar mi nombre; a Iga soltar un largo y angustioso “¡No!”.*

*Mi mirada se cruzó con la de Silver por encima del hombro del hombre que me tenía aprisionada contra la tierra.*

*Silver detuvo su caballo. Los hombres se abalanzaban otra vez sobre él y su hermana. Fue ella la única que reaccionó y se lo agradecí, no quería que lo atrapasen por mí, lo quería demasiado como para pretender que se pusiese en riesgo por mi culpa. Iga tiró de las riendas del caballo de su hermano y se lo llevó de allí. Por un instante los vi alejarse hasta que mi corazón comprendió que estaban a salvo, entonces me rendí contra el suelo.*

*El hombre sobre mí me dio un puñetazo y la oscuridad se adueñó de todo, se quedaría sobre mí, dentro de mí, a mi alrededor.*

*Volví a abrir los ojos para verme a mí misma dentro del calabozo.*

*Grité de angustia, de dolor. Grité hasta quedarme sin voz y sin aire. El mundo volvió a ponerse negro.*

Jadeando abrí los ojos. Todavía no entendía cómo había hecho para llegar a la casa de Silver y no tenía idea de cuánto tiempo llevaba con mi automóvil detenido allí frente a su entrada.

El sol comenzaba a caer, el día a morir.

Todo me daba vueltas.

Me aferré del volante y despegué la espalda del asiento, la tenía empapada en sudor. Todo lo que llevaba puesto estaba pegado a mi piel pegajosa.

Con una mano temblorosa bajé el cristal de mi ventanilla. El moverme implicó un desgaste de energía que no tenía nada de normal.

Saqué el brazo y llamé a la entrada de su puerta, necesitaba que abriese el

portón para poder entrar con mi automóvil.

—Agatha...

—Ábreme ahora, Silver. Tú y yo tenemos que hablar.

Silver no contestó con su voz sino con el ronroneo mecánico del portón de su casa al abrirse.

Metí el brazo otra vez, le di marcha a mi coche e hice que trepase por el camino hasta la casa.

Supuse que estaría esperando por mí en lo más alto de las escaleras que daban a la entrada de su casa; no fue así, Silver no había salido a recibirme.

Tomé mi bolso y con piernas temblorosas, salí del automóvil.

En cuanto el aire del exterior rozó mi piel para después meterse en mi interior por mis fosas nasales, percibí algo extraño.

Como si no tuviese suficiente con aquella visión que me dejó allí trabada en mitad del caos del mundo.

Las cosas con Silver no habían quedado del todo bien la última vez que nos vimos mas lo que sentía en este instante no tenía que ver con eso.

Cerré la puerta de mi coche azotándola sin querer.

Di dos pasos por el camino y me detuve. Alcé la vista en dirección a la casa, todo se veía igual: las plantas en el frente, la pintura de la entrada, la escultura a un lado de la puerta... y sin embargo nada se sentía igual. No podría precisar qué era lo que había cambiado, solamente tenía la certeza de que todo mi cuerpo lo rechazaba.

Me dije que debía de ser por lo que acababa de experimentar.

Se me puso la piel de gallina y mi columna vertebral se tensó igual que si por detrás de mí, resonasen las pisadas de un gigante que avanzaba para arrinconarme contra un abismo. Era más o menos como elegir entre morir aplastada de un pisotón o saltar al vacío.

Escogí el vacío, que si bien en realidad me causaba más miedo, tenía al menos la promesa de darme respuestas. No podía continuar temiéndole a la verdad.

Acomodé la tira de mi bolso sobre mi hombro y me eché a andar otra

vez.

Comencé a subir los escalones y de Silver, ni señales.

La puerta del frente estaba cerrada pero sin cerrojo.

—¿Silver? —entoné alzando la voz al tiempo que asomaba la cabeza dentro de la propiedad. Incluso después de que él y yo terminásemos nuestra relación, jamás perdí la familiaridad con esta casa y su dueño. Siempre me sentí como muy en mi hogar aquí y no solía sentirme en la necesidad de pedir permiso para entrar en las pocas ocasiones en las que Silver no me había esperado en lo más alto de las escaleras para darme la bienvenida.

Tan pocas fueron esas ocasiones... ninguna como ésta.

Lo llamé una vez más y la única respuesta fue el silencio.

Puse un pie dentro y todo en mí me instó a salir corriendo. Las casas tienen memoria, eso me lo había enseñado Silver, incluso muchas veces recuerdan cosas que no vieron y que si experimentaron sus dueños; los recuerdos de quien viven en éstas, así como sus energías, pasan a ser las energías de la propiedad. La casa de Silver hoy parecía cargar con todo el peso de su alma.

Me detuve en el hall de entrada para echar un vistazo a mi alrededor.

En los amplios espacios no había nadie y sin embargo el ambiente era el mismo que si la casa estuviese llena de gente. Gente silenciosa que solamente se limitaba a observar, a esperar.

Esa infinidad de ojos sobre mí me puso todavía más nerviosa que la visión, porque aquí no había galope de caballo ni gritos de hombres que me advirtiesen sobre el peligro.

—¿Silver, estás ahí? —nada—. ¿Silver? —otra vez silencio—. Silver si estás ahí sal, esto no es gracioso. Tenemos que hablar —lancé alzando un poco más la voz—. ¿Silver?

Ante la inminencia del anochecer las luces de varias de las lámparas y veladores repartidos por el interior de la propiedad se encendieron gracias al sistema automático.

Por los amplios ventanales que rodeaban toda la casa vi que lo mismo sucedía afuera, en el jardín se encendieron los reflectores que le daban nueva vida a la fachada y a la vegetación, incluso a la piscina.

Inspiré hondo y me adentré en el espacio. Usualmente no me hubiese costado percibir a Silver para ubicarlo dentro de la casa sin embargo en este instante mis sentidos estaban demasiado sobrecargados.

Me estremecí. Definitivamente la situación no me gustaba nada, menos ahora que tenía la impresión de que algo no muy bueno se arrastraba a mi alrededor; esa sensación me recordó a la serpiente de Silver. Yo no tenía nada contra ninguna criatura del mundo animal sin embargo aquel reptil me ponía los pelos de punta.

Toda mi piel se heló.

—Silver.

Qué momento tan poco oportuno el suyo para hacerse rogar.

Atravesé una de las tantas áreas de estar, dispuestas en el enorme espacio y me dirigí hacia su rincón más personal.

Ante las puertas negras que daban a un rincón casi imposible para el mundo real, me detuve. Alcé la vista para recorrer su superficie. Mas que puertas semejabán una pared inquebrantable. ¿Acaso no querían permitirme el paso?

Extendí una mano, las yemas de los dedos de mi mano derecha resbalaron por la fría superficie que a pesar de ser madera, hoy tenía el tacto de un frío cristal.

Dando un paso más apoyé la palma sobre la puerta.

Del otro lado había alguien, de eso estaba segura, el problema residía en que no podía confirmar que fuese Silver, y eso resultaba preocupante. Debía ser él porque fue él quien contestó a la puerta cuando llamé desde la calle; de cualquier modo, hoy todo podía ser cualquier cosa y a la vez nada. Ya no tenía idea de en qué confiar.

Mi mano se deslizó hacia abajo, hasta la picaporte.

—¿Silver? —entoné intentándolo una vez más.

Supuse que no conseguiría abrir la puerta y sin embargo la picaporte cedió sobre la presión de mi brazo.

Despacio empujé la puerta y lo llamé.

Lo vi parado frente a la mesa de trabajo principal. Sus manos estaban apoyadas sobre la misma y sobre sus brazos descansaba el peso del resto de su cuerpo, en especial el de su torso y de su cabeza la cual caía hacia adelante como si se hubiese cansado de tanto leer el gran libro que tenía en frente.

Una vela ardía junto al libro y la sala olía a palo santo.

Todo estaba un tanto revuelto aquí, como si Silver hubiese pasado las últimas veinticuatro horas trabajando de manera frenética sin tener tiempo para detenerse a poner un poco de concierto entre sus pertenencias.

Había pilas de libros por todos lados, frascos y potes destapados, cuencos usados, montones de ramilletes de hierbas secas, cajas abiertas con parte de su contenido expuesto.

Esta sala siempre había sido como un gran y poderoso animal que ahora parecía destripado y débil.

El aire estaba cargado de una energía muy densa que no pude determinar si era buena o mala.

Una brisa proveniente de no se dónde, hizo ondear las puntas del larguísimo cabello de Silver.

Empujé la puerta un poco más y entré.

—¿Silver te encuentras bien?

No contestó, a un lado ardía un fuego al igual que en aquella visión en la que él me había dado de beber una pócima que yo no tragué. El haberlo engañado entonces todavía me perturbaba hoy.

El fuego crepitó.

El olor a madera llegó a mi nariz.

—¿Qué tienes? —le pregunté mirando a mi alrededor en busca de aquello que lo tenía tan consternado—. ¿Silver?

Como pesadas hebras de plata, un mechón de su cabello rodó por su mejilla hacia atrás cuando él alzó un poco la cabeza para verme.

—¿Qué es?

Con su mirada gris, llegó a mi un estremecimiento helado.

—¿Qué sucede?

Enderezó la espalda despegando las manos de la mesa.

—¿En qué trabajas?

—¿Estás bien? —me preguntó en vez de contestar a mis preguntas.

—Es eso mismo lo que te pregunté y aún no me contestas. ¿Qué es lo que sucede aquí?

Un cosquilleo frío me recorrió la espalda otra vez. Involuntariamente me giré, tenía la impresión de que alguien tenía su mirada sobre mi nuca.

—Me alegra que vinieras.

—Tenemos que hablar pero si no te sientes bien...

Silver desvió sus ojos de los míos y miró por encima de mi hombro como si estuviese viendo algo más que el fuego que ardía detrás de mi espalda.

Giré la cabeza para no encontrar nada una vez más.

—Estás mucho más raro de lo normal.

—Tú también te ves distinta.

—Sí, bien es que han estado sucediendo cosas. Tuve un par de visiones más y no soy la única que las tiene.

Las cejas de Silver se alzaron sobre su frente.

—Owen...

Silver se agarró del borde de la mesa con una mano. Me dio la impresión de que se había mareado.

—Dime de una vez qué es lo que tienes —me detuve frente a él—. Silver necesito que me cuentes todo aquello que tienes para decirme.

—¿De qué hablas?

—No creo tener tanta imaginación y mucho menos afirmaría que mi imaginación es contagiosa como para que se le pegue a terceras personas. Owen vio el fuego el otro día en la calle frente a mi edificio y desde entonces todo ha cambiado de él. Vengo de verlo, es decir lo vi hace un par de horas porque las últimas horas las pasé perdida en una visión o no sé donde. Owen

no solamente estaba confundido sino también asustado. Lo vi en esa mazmorra oscura y él me vio a mí. En sus visiones Lidia le dio de beber una poción que creo que es la misma que en una de mis visiones yo le compartí a ella, una misma pócima que ella y yo bebimos y que también le di de beber a Patrick que en esa realidad no se llama Patrick sino Raúl. La receta me la daba una mujer del pueblo en el que yo vivía, en el que todos nosotros vivíamos, una mujer a la que llamaban “La Abuela”.

Silver se echó atrás apenas unos centímetros, quizás fuesen milímetros pero para mí su reacción ante la mención de esa mujer fue más que evidente.

Antes de entrar aquí vi a esa mujer, ya no era “La Abuela”, una mujer mayor sino una mujer con tu mismo cabello, con tus mismos rasgos, tu hermana. Ella y tú iban a iniciarme a un nuevo nivel de magia o algo así, estábamos en mitad de un campo... cuando lo hiciera mi cabello sería como el tuyo, como el de ella, seríamos todos Plateados —meneé la cabeza negando—. No lo conseguíamos porque los hombres que me encerraron en esa mazmorra de la que Owen pretendía ayudarme a escapar, llegaron justo para darnos caza, para darme caza a mí más precisamente, por crearme culpable de la muerte del socio de Raúl, o Patrick, o como lo quieras llamar.

Silver soltó la mesa.

—Creo que no son visiones, Silver. Creo que son recuerdos y necesito que me lo confirmes o lo niegues. ¿Qué es todo esto? —me eché a temblar—. Estamos volviéndonos locos o es real. ¿Fue real? ¿Tienes una hermana que se llama, Iga? Me la presentaste antes de que eso sucediese, en la cocina de tu casa en... ¿Qué es todo esto, Silver?

Silver apretó los labios.

—Contéstame.

Silver volvió a mirar por encima de mi hombro y yo di un respingo porque la presencia detrás de mí ya no era una mera sensación, mucho menos un simple cosquilleo en mi nuca, era física y me habló.

—Hola, Victoria. Qué bueno volver a verte.

La mujer de larguísimos cabellos plateados me sonrió alzando una mano.

No vestía como en mis visiones sino que iba completamente de negro con las ropas más modernas y costosas que hubiese podido encontrar en el

mercado, si hasta parecía salida de una banda de rock que tuviese el privilegio de contar con mucho dinero para gastar en asistentes de imagen y vestuario.

—Mierda —jadeé sin poder creer lo que veían mis ojos.

Ella se sonrió.

—¿Iga? —la miré a ella y luego a Silver.

Silver asintió con la cabeza.

—Agatha creo que ya conoces a Iga.

Las rodillas me fallaron, me mareé porque todo el mundo a mi alrededor se puso a dar vueltas de manera frenética. Me vi a mí misma siendo una niña que corría libre por un campo labrado, me vi en el mercado de un pueblo de la mano del que supe era uno de mis hermanos mayores. Vi a mi madre cocinar frente al fuego, a mi padre a caballo. Me vi siendo una adolescente dando vueltas por las calles que eran mi pueblo siguiendo a la oscura figura de Silver a escondidas y completamente obnubilada tanto por su imagen cuanto por su energía, porque sabía que él era el único que podía enseñarme a usar mi magia, había escuchado los rumores sobre él y su alma se susurraba cosas, me llamaba.

Me vi a mi misma quizás un año más tarde en aquel lugar de paredes de piedra y altas ventanas, frente al fuego, removiendo algo en un caldero con la mano de Silver guiando la mía.

Nos vi a los dos quizás un par de años después frente a una mesa de trabajo, frente a un libro muy parecido al que Silver enfrentaba cuando entré aquí un momento atrás.

Mi cabeza y mi corazón se llenaron de aromas y recuerdos, de risas y voces que conocía de otra vida, imágenes que como hilo conductor me llevaban muy lejos de aquí y también muy cerca porque la historia parecía estar repitiéndose.

Mi visión regresó al aquí y ahora pero mi corazón y mi alma quedaron atrapados entre dos mundos y así estarían hasta que aclarase todo esto.

—Silver... —jadeé su nombre desesperada.

—Lo lamento —gimió él con pesadumbre.

—Hicimos lo que creímos debíamos hacer.

Giré la cabeza y miré a Iga.

—¿De dónde saliste tú?, no estabas aquí cuando entré.

La hermana de Silver me sonrió otra vez.

—Cuando seas una de los nuestros lo comprenderás.

—¿Cuándo sea una de ustedes? Podrían empezar por explicarme como es que todos esto es posible. ¿Cómo es que estamos aquí, que volvimos a encontrarnos? Porqué ahora. Llevo toda mi vida soñando con el fuego pero nunca antes... ¿por qué lo recuerda ahora Owen? ¿Lo sabe Lidia? ¿Y qué hay de Patrick?

Ninguno de los dos me contestó.

—Silver, por favor, necesito respuestas. Mi cabeza está por estallar. No es buen momento para el silencio.

—¿Por qué ahora? —soltó Iga en con una risa seca—. Nosotros no controlamos el destino, simplemente intentamos asegurarnos de tener una segunda oportunidad y aquí estamos todos, teniéndola.

—¿Cómo lo descubrieron ustedes dos? ¿Cómo se encontraron? ¿Cuánto tiempo llevan sabiendo que son hermanos?

Iga desvió su mirada hacia Silver. Alzó sus cejas y tentó sus labios con una media sonrisa.

—¿Qué?

—Descubrimos que somos hermanos cuando nacimos, Victoria —respondió Iga.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nosotros nacimos una sola vez, Agatha —me contestó Silver.

—¡¿Qué?! —esto se ponía cada vez peor.

—Iga y yo nacimos incluso mucho, mucho antes de conocerte a ti en esa otra vida que recuerdas.

—¿Qué dices? —por poco y se me desprende la mandíbula del rostro al escuchar aquello—. No puedes hablar en serio. ¿Cuántos... cuántos años

tendrías si así...?

—Demasiados —articuló Iga con una sonrisa.

—Llevamos mucho tiempo esperando este reencuentro. En realidad solamente esperábamos encontrarte a ti. Esa era la función de la poción que te dio, Iga, era nuestro seguro de volver a verte para terminar con lo que habíamos iniciado si algo salía mal. Necesitábamos protegerte e Iga lo hizo. No te di la pócima yo y sí ella porque la última que te di para protegerte, la tiraste.

—¿Qué?! ¿Cómo sabes eso?!

—Por lo visto también lo recuerdas.

—Silver yo...

—Ya no tiene importancia... —Silver se apartó de la mesa.

—No quise advertirte sobre la poción porque temí que no la bebieses si lo hacías —explicó Iga—. Simplemente no imagine que la compartirías con Lidia y con Raúl y que ella le daría de beber a Eduardo —sacudió la cabeza —perdón, Owen, tal como tú lo conoces ahora.

—Entonces la intención de ustedes era que solamente yo...

—Sí, Agatha. Queríamos protegerte porque incluso no habiendo hecho tu promesa, eras uno de los nuestros. Lo has sido desde que naciste.

—Pero Patrick...

—Lo que sucedió con Raúl y los demás fue un imprevisto. Un suceso secundario.

—¿Un suceso secundario? Silver no puedes hablar en serio.

—Esto era por lo que eres, por tu magia, nuestra magia. Los demás no son como nosotros. Todo empezó por ti, por eso aquí estamos.

—¿Sabías quien era Patrick cuando...?

—Por supuesto que sí. Jamás podría olvidar su rostro, tampoco olvidé el de Lidia o el de Eduardo. Pasé demasiados años recordando y reviviendo en el recuerdo cada cosa que pasó en aquel tiempo. Cuando lo vi a él casi enloquezco —Silver sacudió la cabeza—, no podía creer que ese hombre hubiese aparecido otra vez para arrebatarte de nuestro lado, para impedir tu

destino una vez más. Él todavía pone en jaque tu futuro, Agatha. Debí acabar con él cuando tuve la oportunidad.

Recuperé la capacidad de movimiento para dar unos pasos con destino incierto sin saber qué hacer con mi cuerpo, con mi mente o mi corazón.

—¿Morí en el fuego? —fue la primer pregunta que brotó de mis labios pese que eran demasiadas las que se agolpaban dentro de mi boca pugnando por salir.

—Sí. Lo lamento, no pudimos evitarlo.

—Todo se complicó demasiado —acotó Iga.

—¿Cómo?

—Pese a que Eduardo intentó sacarte de allí, todo se complotó en nuestra contra —contestó Iga.

—¿Y Patrick... qué hizo él, no intentó ayudarme? Sé que allí dentro yo esperaba su llegada?

Ante mi pregunta Silver se quedó viéndome. Sus labios guardaron silencio.

—Tenemos que llevarte muy lejos de aquí cuanto antes.

—Eso no es lo que te pregunté, Silver. No fueron visiones pero si escuché su voz diciéndome que me odiaba, que lo embrujé para que me amase. ¿Eso significa que él yo...?

—Raúl fue a verte poco después de que te apresaran. Le permitieron verte por ser quien era. Para todos nosotros eso era imposible. Incluso pesando sobre él la sospecha de ser tu cómplice, consiguió llegar a ti —hizo una pausa—. Lo vi después de que fuese a visitarte. Él también me dijo a mí que lo habías embrujado, que eras responsable de la muerte de su socio y que te odiaba por abusar de su corazón, por hacerle creer en cosas que no existen, por ponerlo en ridículo, por hacerlo amarte. Intenté explicarle que tú no tenías nada que ver en aquella muerte y que no existe ninguna pócima que consiga que una persona se enamore de ti. Raúl no quiso escucharme, nos dio la espalda. Te dio la espalda, Agatha y sé que encontrará el modo de hacerte responsable ahora de la muerte de Vorobiov y que se deslindará de ti así como lo hizo entonces.

—No, eso no... —mi voz tembló, mi cuerpo tembló.

—No te amaba entonces y no te ama ahora. Te usó y te usa ahora para salirse con la suya. Siquiera fue cuando... —Silver trago con dificultad—. Todos los demás estábamos allí; él no apareció.

Se me puso la piel de gallina y sentí el fuego quemando mis piernas, las puntas de mis dedos y el humo caliente quemando y asfixiando mis pulmones.

—Iga y yo hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para evitarte la mayor cantidad de dolor. Con todo el dolor de mi alma hicimos que partieses pronto. Te ayudamos a morir para que no sufrieses lo que tantas otras almas en tu lugar antes —Silver se me acercó para tomarme por las manos—. No tienes idea de lo que significó para mí hacer aquello. Pasé años destrozado, sintiéndome la peor basura de este mundo. No solamente no había podido ayudarte a evitar aquello sino que además tuve que darte muerte antes de que el fuego lo hiciese.

Lágrimas empezaron a rodar por el rostro de Silver.

—El mundo se acabó allí para mí y solamente volvió a abrirse para mis ojos cuando Lidia sin tener ni la menor idea de quién era ella y quién tú eras, te trajo a mí una vez más —sus manos apretaron las mías—. Llevaba tanto, tanto tiempo esperándote. Cuando te vi no lo podía creer —Silver me sonrió con los labios y con sus ojos que continuaban llorando—. Fue una eternidad demasiado larga la que esperé por ti —hizo una pausa—. Valió la pena. Estás aquí ahora, con nosotros una vez más.

s llegó por nuestra derecha, sus manos se unieron a la nuestras.

—Es nuestra segunda oportunidad, Victoria. Ahora lo haremos bien, ahora sellaremos lo que debió quedar plasmado para siempre aquella noche en que te apresaron.

—Cuando lo consigamos entonces ya no tendremos de qué preocuparnos.

—¿Qué significa eso, Silver?

—Cuando seas una de los nuestros serás como nosotros, la maldad humana ya no podrá dañarte, el tiempo dejará de ser tu enemigo para convertirse en tu mejor aliado, serás parte de la naturaleza, de la magia de este mundo así como lo somos nosotros. Es tu destino, el que siempre fue.

¿Lo quieres, no es así? Sabes que has estado esperando una eternidad por eso, incluso antes de conocernos a nosotros, en todas las otras vidas que puedas haber vivido, en todas las vidas que viviste después de conocernos y sin volver a encontrarnos. ¿Quieres ser una de nosotros?

El “sí” salió de mis labios antes de que tuviese tiempo para pensar en una respuesta porque estaba instalado dentro de mí desde siempre, tal como él lo dijera.

Silver me sonrió.

—No tienes idea de lo feliz que me hace escucharte decirlo.

—Hay cosas que todavía no comprendo.

—Lo entendemos, Victoria. Es más de lo que se pueda asimilar en una sola noche.

—No, no es eso. ¿Lidia lo sabe, Silver? Ella sabe que fue parte de nuestro pasado.

—No lo creo, jamás ha dicho ni una sola palabra al respecto. Lidia tiene magia pero no es como nosotros, es más, en esa otra vida su magia era más poderosa de lo que es hoy, es posible que con el tiempo su alma se contaminase con cosas de la vida que el resto de los mortales viven. Algunas almas olvidan de donde provienen.

—¿Y Owen recordará lo demás?

—Es difícil de saber, con el correcto estímulo es probable que sí. Creo que fue Silver el responsable de que el comenzara a recordar.

—¿Y por qué comencé a recordar yo? —mi cerebro me dio la respuesta a esa pregunta ni bien terminé de formularla—. Patrick... él hizo que yo comenzara a recordar.

Silver asintió con la cabeza.

—Por desgracia creo que así es, aunque imagino que de cualquier modo, tarde o temprano tú hubieses comenzado a recordar. Llevabas una semana teniendo sueños y...

—¿Qué sucedió cuando yo morí en el fuego? —solté.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasó después, qué hicieron? ¿Qué fue de ustedes, de Owen, de Lidia y de Patrick.

—Eduardo desapareció incluso antes de que la última hebra de humo saliese del fuego que consumió tu carne —explicó Iga—. Hablé con dos de sus compañeros esa noche. Eduardo abandonó el pueblo con lo puesto, hay quienes dijeron que lo vieron alejarse por el camino hecho un mar de lágrimas. Con Silver lo buscamos y jamás volvimos a saber de él, quizás muriese de viejo en alguna parte, después de vivir su vida.

—¿Y Lidia?

—Lidia quedó quebrada cuando partiste, Agatha. Recuerdo haberla mirado a los ojos sin encontrarla en su mirada. Lloró toda esa tarde y esa noche, y a la mañana siguiente también. Después de que murieses pensamos que todo había terminado, tanto nuestra historia allí cuanto la locura de persecución por la muerte del socio de Raúl; no fue así. Estábamos los tres, nosotros dos y Lidia, reunidos en campo abierto a las afueras del pueblo cuando llegaron a avisarnos que éramos los siguientes.

—¿Los siguientes?

—Raúl... Patrick... —Silver meneó la cabeza—, los convenció a todos de que nosotros tres te habíamos engatusado con nuestra magia, que éramos los culpables de que el Demonio te poseyese para así engañarlo a él y matar a tu socio. Según El Tigre nosotros tres queríamos adueñarnos del pueblo entero y te usamos.

Escuchar a Silver llamar a Patrick “El Tigre” hizo que mi corazón diese un vuelco.

—En un principio creímos que Raúl estaría dolido por lo sucedido y que por eso actuaba así pese a que él sabía que nosotros éramos tus amigos, tu familia. Pensamos que estaba ciego de dolor.

—Tú pensaste eso, Iga, no yo —aclaró Silver—. Yo todavía continué creyendo que fue él quién asesinó a su socio entonces, y quién volvió a matar ahora. A Raúl no le costó más que un parpadeo darte la espalda entonces y lo mismo hará ahora. Él jamás te amó ni te amaré, Agatha. Su alma era oscura entonces y lo es ahora. El único alimento de su energía fue y es la codicia.

—Eso no puede ser cierto.

—Lo es —entonó Silver—. Esa misma tarde dejamos el pueblo llevándonos apenas poco más que lo puesto. Tuvimos suerte de contar con la magia suficiente para disimular nuestra partida. Te perdimos a ti y lo perdimos todo. Dos días después en un pueblo en mitad de ninguna parte, perdimos a Lidia.

—¿Cómo la perdieron?

Iga apartó la mirada y Silver bajó sus ojos al suelo.

—Lidia siempre fue muy buena con las pociones —comenzó a explicar, Silver—. Ella se quitó la vida con una de las tuyas. Cuando fuimos a buscarla al alba, para seguir camino y poner la mayor distancia posible entre los malos recuerdos y nosotros, la encontramos ya sin vida.

Fue como si un trozo de hielo atravesase mi pecho, más precisamente mi corazón.

—Ya ves toda la destrucción que causó ese hombre.

—Por mucho tiempo vagamos sin sentido —añadió Iga—. Fue difícil procesar tanto dolor. Cuando eres lo que nosotros, ante la pérdida, la injusticia y el sufrimiento el alma te duele un universo entero, una eternidad, Victoria.

—No comenzamos a recuperarnos hasta unos diez años más tarde, cuando supimos que a partir de entonces, contaríamos con la oportunidad de quizás volver a verte, de encontrarte en este basto mundo. Te busqué en cuanto rostro se cruzó por mi camino. En cada niña, en cada bebé, en cada mujer, en cada calle de cada ciudad de cada país en que te busqué, Agatha.

—Hasta que aquí, ya vacíos de esperanza, vinimos a encontrarnos todos —acotó Iga—. En el momento menos pensado, en el lugar más inesperado.

Quedé muda. No tenía idea de qué pensar o qué sentir.

—Tenemos que cambiarte cuanto antes —me susurró Silver un instante después—. Cambiarte y alejarte de aquí.

—¿Pero y Owen... y Lidia?

—Patrick Reed es una amenaza demasiado grande para ti, para los tres, Victoria. Incluso para Owen y Lidia. Imagínate lo que podría suceder si él recordase quien es y quienes somos.

—Si es que no lo recuerda ya, Agatha. Es muy probable que esté jugando con todos nosotros y contigo.

Como una puñalada por la espalda recordé lo sucedido entre Lidia y Patrick. Y recordé a Patrick hablando en ruso por teléfono.

—Su odio no hizo más que incrementarse con el paso del tiempo.

—Silver él no pudo ser el asesino —quería creer en esa frase que mis labios pronunciaran.

—¿No pudo ser o preferirías que no fuese? Agatha si Reed todavía no recuerda, su memoria podría regresar de un momento a otro, y entonces no quedaría rincón seguro en este mundo para ti o para nosotros.

—Exageras, él no es más que...

—¿Más que qué?

—Un ser humano, dices que él no es como nosotros.

—No, no lo es —Silver me sostuvo la mirada en silencio.

Escuché a Iga tomar una profunda bocanada de aire.

—Hay quienes dicen que Raúl aprendió muchas cosas durante sus viajes —hizo una pausa—. Hay cosas que no se aprenden, Victoria, hay cosas con las que se nace o no.

—¿Qué cosas, a qué te refieres? Ya pasó el momento de ser crípticos.

—Cuando él llegó al pueblo todos comentaban que El Tigre tenía sus trucos, su magia. Mucha gente le temía por eso. Nuestros oídos no fueron los únicos que escucharon que él había tenido contacto con magia no muy...

Silver no le permitió terminar.

—Es por eso que en cuanto supimos como había muerto su socio desconfiamos de él pero tú no quisiste escucharnos entonces y no parece querer escucharnos ahora.

—¿Magia? Patrick no tiene... si él la tuviese yo... —tenía el pecho tan cerrado por culpa del miedo que apenas si conseguía respirar—. Lo habría percibido. Sabría que él... —no pude terminar la frase.

—Ese tipo de magia tiene sus trucos, Victoria. Ellos no quieren que sepan

quienes son o de qué son capaces.

—Eso es una locura, Iga, no puede ser cierto.

—La magia es una sola, luminosa, pura, bella y plateada, sin embargo seres como él saben deformarla para llenarla de oscuridad contaminándola con su maldad —continuó explicando Iga y Silver asintió con la cabeza ante las palabras de su hermana.

—Eso no puede ser cierto.

—Tantas cosas que en apariencia no pueden ser ciertas, lo son.

—Sí pero él no...

—Agatha —Silver volvió a tomarme de las manos—, tenemos que cambiarte y después nos largaremos de aquí. Quizás tengamos suerte y Reed se olvide de todo, incluso de que Owen y Lidia existen.

—No podemos protegerlos a ellos también, Victoria. Y no queremos que vuelvan a sufrir lo que sufrieron. No se lo merecen. Que vivan sus vidas en paz.

—¿Pero y si...? —no quise pero me preocupé por ambos pese a que prefería no atreverme siquiera a pensar en que Patrick pudiese hacerles daño —. No...

—Lo siento, mi reina. Nada de esto debió suceder. Ojalá hubiese podido acabar con esto aquella noche. Si te hubiese cambiado a tiempo nadie habría sufrido.

—No fue, ni es tu responsabilidad, Silver.

—Llevo siglos intentado convencerlo de lo mismo —me dijo Iga en voz muy baja—. Mi hermano no me escucha, Victoria. Tú siempre fuiste su voz de la verdad, tienes que hacérselo entender

Silver y yo nos miramos. Ahora comprendía porqué lo quería más allá de lo imaginable y de un modo tan inexplicablemente distinto al resto de las relaciones humanas.

—Mi abogado me aseguró que tienen pruebas en contra de Reed, Agatha. Sea lo que fuera que pudieses ver en tus visiones, sea lo que sea que quieras creer, es evidente que solamente ves las partes que tu corazón prefiere

recordar para no sufrir más dolor.

—Tengo que hablar con él, tengo que ver a Patrick, necesito que me diga la verdad.

—No puedes enfrentarlo —soltó Iga.

—¡No debes volver a verlo! —gritó Silver.

—No puedo huir sin saber la verdad, es más, no puedo simplemente huir. No debo porque de ese modo volveré aquí, a esta posición en la que estoy hoy, una y mil veces para intentar saber qué sucedió. Si no sé la verdad, esto jamás dejará de ser lo que es y yo no podré ser una de ustedes.

Iga y Silver cruzaron una mirada.

—El riesgo es demasiado grande.

—Mayor es el riesgo si lo dejo todo tal cual está —tragué en seco—. Necesito saber qué fue lo que sucedió, Silver.

—Ya tienes la verdad, Agatha. Sabes lo que necesitas saber.

—No, Silver. Lo amé demasiado entonces y lo amo demasiado ahora. Si me engaña y me engañó, si me utilizó, tengo que saberlo. Mi amor es real y creí que lo era el suyo. Necesito comprobar qué es lo que fue y qué es lo que es hoy.

—Solamente te harás daño. Él destrozó tu corazón, te abandonó. Renegó de tu amor, te usó y...

—Ya basta. No digas más. Necesito la verdad de sus labios y eso no es negociable. No me importa si desato su ira. Esto es entre él y yo. Pueden irse cuando quieran, pueden llevarse a Lidia y a Owen con ustedes —negué con la cabeza—, yo no iré a ninguna parte hasta que sepa la verdad de sus labios, sea lo dolorosa que sea. No me iré de aquí, de esta vida o de esta ciudad sin escuchar lo que tenga Patrick para decirme —negué con la cabeza—. No lo haré.

Los hermanos volvieron a cruzar una mirada en silencio. Los recordé así mismo, con, los ojos de uno en el otro, desde la altura de una niña, con el sol sobre sus cabezas, encandilándome mientras intentaba descubrir cada aspecto mágico en sus rostros y cabelleras, en sus ojos sobre mí como si estuviesen intentando decidir si yo valía la pena toda esa emoción que generaba en ellos.

Recuerdo que la primera vez que los vi, quizás teniendo cuatro o cinco años, los creí ángeles que habían descendido del cielo para rescatarme de la maldad en mis extrañas visiones, creí que serían ellos los que me librarían de esa magia a la que temía porque no comprendía y la hacía producto del Infierno.

Los vi tan bellos, tan perfectos que ardía de ganas de agradecerle a Dios a gritos por su presencia frente a mí.

Si hasta tenía presente, como si en ese mismísimo instante estuviese sucediendo, el miedo que me daban mis ganas de tocarlos, y lo mucho que temía que fuesen humo que se escurriese entre mis dedos... con lo mucho que necesitaba la calidez y suavidad que se desprendía de su imagen. Quería un abrazo de ellos, quería dormir bajo su cuidado, reír con sus sonrisas y ver

a través de sus ojos. Quería sentirme así de libre cuanto se veían ellos.

Con lo años aquel recuerdo se diluyó y mezcló con una realidad más áspera y dura que no dejaba demasiado lugar para los sueños de una niña; si incluso acabé olvidando el rostro de Iga. Y no fue hasta que de grande, de adulta y al volver a reencontrarme con Silver y con la realidad ya declarada de su magia, y la mía, en la que dejé de pensar en aquel sueño como un delirio.

Silver le dio una apretón a mis manos y las de Iga se juntaron a las nuestras.

Así como sabía que era una de ellos, tenía la certeza de que ellos no me abandonarían jamás.

Juntos y a como diese lugar, descubriríamos la verdad, fuese dolorosa o liberadora.

El espacio a nuestro alrededor se oscureció súbitamente con una negrura de la que siquiera la noche era digna, un negro tan denso que parecía imposible de cortar con la espada más afilada.

Perdí por completo la visión por lo que me aferré al tacto de Silver e Iga.

Sentí avvicinarselo que llegó en la forma de una luz cegadora.

Abrí los ojos para ver un grueso hilo de palta caer desde el techo o mejor dicho desde el cielo, para atravesar nuestras manos y perderse mucho más allá del centro de la tierra.

Todo fue luz, luz, paz y magia, la parte más mística del ser humano, la parte más humana del ser humano.

Fue tanta la luz que ya no pude ni ver ni oír, ni sentir nada más que un mar plata rodeándome.

*Preferiría no haber visto aquello: sus ojos de tigre furiosos, fijos en mí como si quisiese asesinarme con una mirada. Raúl destilaba odio.*

*No pude escuchar lo que decía y de cualquier modo el movimiento de sus labios no necesitaba traducción para mí. No podía creer que me dijese que me odiaba, que no quería volver a saber de mí, que esperaba que me*

*podriese en el Infierno acompañada de mi magia.*

*Todo en mí me decía que él no estaba en sus cabales hoy, que no tenía ni la menor idea de porqué decía o sentía todo aquello que empañaba su corazón y sus sentimientos hacia mí.*

*No era él.*

*No es él quien piensa así —me dije—. Algo le sucede, este no es Raúl, no es él, no puede ser él.*

*—¿Qué te hicieron? —le pregunté preocupada extendiendo mis brazos en su dirección por entre los barrotes necesitando tocarlo y abrazarlo.*

*—¡¿Que qué me hicieron, preguntas?! ¡¿Qué fue lo que me hiciste tú?! —escupió con furia—. Bruja —entonó en voz baja—. Bruja —lanzó alzando la voz—. ¡Bruja, bruja, bruja, bruja! —berreó completamente fuera de sí hasta que dos guardias vinieron a llevárselo. Entonces todo quedó en silencio, silencio absoluto.*

## 24. Capturados.

Percibí sus pisadas aproximándose.

La chaqueta aterrizó sobre mis hombros y debajo de ésta me encogí abrazándome las piernas. Silver apareció en mi campo visual, me dio un apretón con sus manos y vino a sentarse a mi lado en la escalera.

La noche había caído hacia rato ya.

—Iga está preparado de cenar—. Silver imitó mi posición pegándose a mi lado. Primero, al igual que yo, se quedó un momento contemplando el horizonte y después volvió su rostro en dirección a mi perfil—. Lo siento mucho.

Inspiré hondo.

—Deja de decir eso, Silver. No era tu responsabilidad evitar lo que sucedió.

—Debí ser más listo, más rápido; debí estar más atento a ti, para eso era tu maestro.

—Hiciste más de lo que debías.

—Debí irrumpir en esa cárcel, asesinar a todos y sacarte de allí. Nunca fui ese tipo de mago pero por ti debí serlo.

—No me habría gustado verte convertido en un asesino por mi culpa.

—Ninguno de esos hombres merecía la vida.

—No digas esas cosas, Silver. Olvídate de eso, ustedes dos hicieron todo lo que pudieron y casi los atrapan por mí. No quiero ni imaginar lo que habría sucedido si también hubiesen caído en las garras de aquellos hombres.

—Si nos hubiesen capturado habría sido la excusa perfecta para no contener nuestra magia.

Solté mis manos de mis rodillas y tomé su mano derecha.

—Estoy con vida gracias a ti y a Iga. Les debo más de lo que varias vidas alcanzarían a pagar.

Silver me devolvió el apretón.

—Una y mil veces... todas las que sean necesarias, estaré allí para ti, mi reina. No importa lo que suceda o cuanto tiempo pase, te querré por siempre. Cuando vives una vida como la de Iga y la mía, el tiempo cobra otro significado y la paciencia es un rasgo fuerte en tu persona. Te esperaré todo lo que sea necesario.

—¿Esperarme?

—Él puede ir y venir de tu vida una y mil veces mas yo siempre estaré aquí para ti, para cuando quieras amarme, para cuando me permitas amarte.

—Silver... —en este instante me sentí pésimo; su amor por mí era más que una expresión subjetiva de sus sentimientos, era un abrazo cálido y seguro de lo único que nos hace verdaderamente quienes somos: nuestras almas.

—Es nuestra segunda oportunidad no la suya, Agatha. Ese hombre es el mismo por lo que repite los mismos errores que cometió en el pasado. Bien, en realidad no debería llamarlo errores, Raúl sabe muy bien lo que hace, siempre lo supo.

—No pudo ser él el asesino de Vorobiov.

—Tú no quieres que lo sea; es distinto.

—Lo hubiese visto.

—No si él es quién sospechamos que es. Podría ser más poderoso que nosotros tres juntos y si así es, no es necesario que te diga que estamos en serio peligro. Si descubre que sabemos quién es... que recuperaste la

memoria. Así como te lo dije una vez, lo repito ahora, Agatha; llegó el momento de irnos de aquí. Debemos abandonar la ciudad y no podemos decirle a nadie cual será nuestro destino. A él le tomaría un parpadeo arrancarle esa confesión a quien quiera que se la revelemos.

—Lidia...

Silver negó con la cabeza.

—No es una de los nuestros y no debemos arrastrarla tras nuestros pasos. Al igual que para Owen, la historia de ella termina aquí en esta vida.

—Pero Lidia... —se me escapó un jadeo—. Nunca debí darle de esa pócima.

—Fue nuestro error.

—No, fue mi culpa. Tiré la que tú me diste —me dio tanta vergüenza que tuve que apartar la mirada de sus ojos—. Perdón por eso, Silver. Actué de un modo despreciable.

Tomándome por el mentón me obligó a enfrentar su mirada.

—Lo que pasó, pasó. No podemos cambiar lo sucedido; sí el futuro. Y no tendremos futuro a menos que nos larguemos de aquí muy pronto. Ya hablé con mi abogado, lo puse al tanto de nuestra necesidad de partir. Creo que esta misma noche deberíamos ir a tu apartamento a por Azrael y tus cartas y quizás alguna otra cosa que quieras llevar contigo. No necesita ser mucho, Agatha, Iga y yo tenemos los medios suficientes para armar una vida para los tres en cualquier sitio sin problemas, es más, nos conseguiremos identidades nuevas. Mi abogado también se ocupa de eso.

—¿Tu abogado sabe quién...?

—Mi abogado no es cualquier abogado y está con nosotros desde hace mucho. Además nosotros tres no somos los únicos, Agatha. Hay otros como nosotros. Algún día te los presentaré, cuando esta locura termine viviremos la vida para la que nacimos.

—Todo esto es tan extraño. ¿Por qué no me confesaste la verdad cuando te conté sobre mis visiones?

—Temía forzar tus recuerdos y que no me creyeses. Debías descubrirlo por tu cuenta. Tenía la esperanza de que lo hicieras antes que los demás.

Puede que Owen no recuerde nada más que lo que ya vio, es más, no necesitamos decirle que no son recuerdos. Quizás Lidia no recuerde nada jamás. Ciertamente no necesita recordarlo. El único que me preocupa es Raúl. Es probable que él jamás olvidase ni un solo minuto de lo sucedido en el pasado. En cuanto sucedió se lo comenté a Iga y ella está conmigo en esto, lo dos somos de la creencia de que Reed recordó todo cuando te vio por primera vez en el Mystical y por eso reaccionó así.

—¿Con qué fin ocultaría la verdad?

—Tu magia, Agatha, eso y algo que se llama envidia. Muchos no soportan no ser dueños de todo el poder. Después de lo que sucedió en el pasado, El Tigre no hizo más que subir escalón tras otro hasta meterse en las altas esferas del poder humano. Se convirtió en un hombre muy rico y poderoso. Si al principio creímos que la tierra se lo había tragado, que había desaparecido, supimos de él unos cuarenta años después de que todo sucediese. Vivía solo en un enorme caserón que más parecía un castillo. Consiguió que todos le temiesen, en especial su servidumbre. Jamás tuvo amigos o familia, solamente su poder y su dinero.

—¿Y qué fue de él, murió?

—Eso no está claro, Agatha. Corrían rumores, unas personas decían que simplemente desapareció de un día para el otro. Sí, se lo veía envejecido igual que cualquier otro hombre de su edad pero ya sabes de Iga. Cambiar de aspecto es algo muy sencillo. Bien pudo no morir jamás si su magia es la que sospechamos.

—No podemos irnos sin descubrir la verdad.

—Entiendo lo mucho que te lastimó, Agatha. Lo que él te hizo no tiene perdón sin embargo no podemos arriesgarnos a que vuelva a causarte daño. No te enviarán a la hoguera pero ir presa por asesinato o exponerte a lo que él es, tampoco es un buen panorama.

—No puedo creer que él no me... —me atragante con mi propia saliva de lo imposible que me parecía todo esto—. No puedo creer que no me ame. Sé de qué modo me siento cuando estoy con él. Él me trajo una paz que nunca creí que tendría, siento su amor. Es decir... no puede ser un truco.

—No hay magia que pueda crear amor mas es posible, por periodos cortos, hacer creer a alguien que lo amas y te ama.

Por debajo del abrigo que él me trajera, se cayeron mis hombros.

—Entiendo tu preocupación Silver; es que no puedo marcharme sin averiguar la verdad, sin descubrir si me ama o no, si es responsable de la muerte de Andrey, si mató a aquel hombre en el pasado también. Me ame él o no, yo lo amo demasiado, creo que lo amo desde la primera vez que lo vi hace ya tanto tiempo. Si ese amor resistió todo aquello por lo que pasé, incluso el fuego, el morir y el tiempo de espera hasta volver a encontrarnos aquí, por algo ha de ser. Estuve pensando —hice una pausa— quizás se asustó, tal vez alguien le dijo algo sobre mí o sobre nosotros y por eso me dijo, por entre los barrotes que nos separaban, que yo lo había engatusado. Que su amor no era más que producto de un hechizo —tragué saliva—. Lo vi, Silver y no me pareció que estuviese actuando. Lo noté realmente afectado, es más, siquiera parecía él, no me miraba del mismo modo en que solía posar sus ojos sobre los míos.

—Existe la posibilidad en que antes de eso estuviese actuando y entonces sí fuera él el hombre que te dijo que te odiaba.

Aparté la mirada.

—Entiendo que prefieras no pensar eso —añadió.

—No es eso, Silver es que hay algo que no me convence. No sé qué es... es así como un cosquilleo en la nuca que no se va.

Silver movió sus ojos hasta mí.

—Dime —pidió.

—No sé qué más decir. No puedo explicarlo. Lo admito, no quiero creer que sea mentira, es que no puedo creer que su amor sea mentira porque se siente demasiado grande, intenso y real. Es que sé que hay algo más, Silver.

—Mantener en alto ciertas esperanzas en ocasiones no es muy saludable. Sé que esto te duele, lo siento, tu dolor me llega así como sentí tu corazón romperse cuando él te despreció, así como percibí tus latidos lentos y sufridos cuando estabas allí dentro esperando por él, a que entrase en razón y fuese a ayudarte porque hubiese bastado con una palabra suya para liberarte de tu destino y jamás lo hizo. Yo estaba allí cuando encendieron el fuego, Agatha. Sentí lo que tú sentías y por un momento hasta me planteé cambiar a su forma para que lo vieses allí, creí que quizás no sería tan doloroso si lo veías

mirarte con el mismo amor con que tú lo mirabas a él. Desistí. Sostener el engaño en ese momento me pareció demasiado cruel, sobre todo porque sabía que tarde o temprano este momento llegaría. No quería darte falsas esperanzas.

Silver pasó uno de sus brazos por encima de mis hombros, fue una tentativa tímida de abrazarme hasta que yo recosté mi cabeza sobre su hombro derecho, entonces me apretó contra su cuerpo.

—Se siente muy bien tenerte aquí otra vez, Victoria.

Inspiré hondo su perfume a madera.

—Se siente muy bien volver a verte Bialy.

Silver rio manso.

—Pasó mucho tiempo desde la última vez que me llamaste por mi verdadero nombre.

—Acabo de recordarlo.

—De a poco recordarás todo lo demás, cosas que te había enseñado. Tu verdadera magia está allí latente, escondida en alguna parte de tu interior.

—¿Cómo es que somos esto?

—Las flores no se preguntan por qué son flores, simplemente lo son. Debes ser lo que eres, en su máxima expresión, ese debe ser tu objetivo.

—Claro —reí tranquila. No podía esperar una respuesta distinta de Silver.

Me apreté un poco más contra su cuerpo. Aún sintiéndolo todo, todavía resultaba difícil de creer que juntos habíamos vivido otra vida, y que él y su hermana llevaban todo este tiempo esperado que yo regresara.

El destino nos había esperado a todos y deseaba que nos diese una respuesta porque no podía pasar el resto de la eternidad sin obtenerla. Necesitaba descubrir si había estado amando al hombre errado durante todo este tiempo.

Silver y yo nos quedamos allí en silencio disfrutando de la noche y de la compañía que nos hacíamos el uno al otro. Era como si ante la mera presencia de nuestros cuerpos y de la verdad revelada, las heridas que tanto tiempo permanecieron abiertas, comenzasen a sanar.

No necesitamos más que el silencio y nuestras manos entrelazadas para tener un poco de paz.

Vi otra vez el fuego y repasé aquellos recuerdos que un día creía visiones, ahora con más calma. Cada escena se acomodó en su espacio y tiempo, para hacer de la historia que habíamos tenido, nuestro camino hasta aquí.

A pesar de las dudas y los miedos, una parte de mi pasado quedó otra vez en el pasado para permitirle al futuro y sobre todo al presente, afianzarse en su lugar. Tenía a Silver conmigo, a Bialy, a este pedazo de mi alma que sin importar qué, sería siempre una parte muy importante de mí.

Cerré los ojos e inspiré hondo.

—Huele bien —entoné en voz muy baja.

—Sí, lo sé. Después de que preparases la poción que te dio Iga siendo “La Abuela”, las cosas empezaron a empeorar de manera drástica. Iga y yo te contamos la verdad sobre nuestro parentesco. Esa noche te quedaste a comer en nuestra casa, Iga preparó ese mismo plato. A ti te encantó, dijiste que podrías comerlo por siempre y eso ella jamás lo olvidó. Nosotros teníamos tanto miedo por ti y tú estabas tan tranquila, decías que nada nos sucedería, que todo saldría bien. Nuestro ánimo era oscuro sin embargo tú te veías como si en verdad nouviésemos nada de que preocuparnos. Siempre valoré eso de ti, jamás pensabas mal de nadie, siempre te resistías a ver las cosas de un modo oscuro. Para ti siempre ha sido luz.

—Por eso es una de nosotros, Silver —entonó Iga saliendo al patio—. Antes solías ser así hermano —posó sus manos sobre la cabeza de Bialy — ruego para que vuelvas a ser como antes —se inclinó y besó su coronilla.

—Cuando apartemos a Victoria de esto, quizás.

Iga se agachó por detrás de Silver y nos abrazó a los dos.

—Esto es increíble —lanzó ella con una sonrisa llena de esperanza.

Noté que al igual que Bialy, olía a madera y recordé que era parte de ser un Plateado.

—La cena está lista y ustedes dos necesitan reponer energías. Andando, que tenemos mucho que hacer. El camino por delante es muy largo.

—Tienes razón —Silver palmeó mis manos—. Necesitas alimentarte.

Entremos. Después de comer empezaremos a organizar nuestra partida.

—Silver, no iré a ninguna parte antes de hablar con Patrick y eso no es negociable.

Los hermanos se miraron.

—No me iré. Además Patrick le contó a su abogado sobre las visiones que tuve en su casa y éste iba a hablar con el detective.

—Victoria, no creo que eso lo ayude, el detective lo cree culpable —Iga miró a su hermano.

—No hasta que no se sepa la verdad, Silver.

Silver sacudió la cabeza rindiéndose.

—De cualquier manera, ambos tienen que comer. Andando, entremos — Iga palmeó nuestras espaldas y se puso de pie.

Los dos la seguimos al interior de la casa y de allí a la cocina.

...

Es posible tener un momento de paz en mitad de la tormenta.

*Me levanté de la mesa con Silver para recoger la vajilla y entonces nos vi a los tres en su casa alrededor de una fuerte mesa de madera. Cerca del fuego colgaban ollas y sartenes. Había estantes con frascos; hierbas secas junto a una de las ventanas. Dos escobas muy rústicas junto a la puerta; verlas me hizo sonreír; había gente que creía que las brujas volaban en escobas. Todavía con una sonrisa en el rostro imaginé a Silver montado en una de éstas, ¡qué ridículo! Si la gente comprendiese el verdadero significado de la magia.*

*Iga dijo algo y Silver rio para luego rellenar nuestros vasos con más vino.*

*A pesar de la sorpresa, de recién conocer que Iga no era otra que La Abuela, estas dos personas aquí, se sentían como si fuesen mi única y verdadera familia.*

*Mi felicidad sería completa si mi amor estuviese presente. Fuera de estas paredes no necesitaba a nadie más que a Raúl. Lo que hubiese dado por poder compartir la velada también con él.*

*La cocina olía a hogar, a humo y a madera. Percibía la magia de Silver y su hermana, y por detrás de las paredes de esta burbuja de paz, un tono ácido que contrastaba alterándolo todo.*

La campanilla de un móvil al sonar, me sacó de esa cocina para traerme a la que me rodeaba, mucho más moderna y compleja.

Silver dejó los platos junto al lavavajillas y fue a por su teléfono, el cual se encontraba en el otro extremo de la cocina, sobre una mesita de café entre dos sillones en el rincón de estar.

El cosquilleo regresó a mi nuca con más intensidad que antes.

Ignacia y yo nos miramos.

—Buenas noches, ¿qué sucede, Desplat?

Me alteré al escuchar el apellido de su abogado.

Silver permaneció un par de segundos en silencio escuchando lo que le decían hasta que alzó sus ojos en mi dirección.

—Eso no tiene sentido —entonó Silver.

Iga se puso de pie.

—¿Hermano, qué sucede?

Silver se cruzó los labios con un dedo indicándole que guardase silencio por un momento.

—Imposible que tengan nada en su contra. No puedo permitir que ella se presente allí. No tengo garantías de que luego...

Mis rodillas se aflojaron e Iga insistió una vez más con su pregunta.

—¿Cuándo sucedió eso? —Silver guardó silencio otra vez—. Entiendo —otra pausa—. Sí, escucho lo que me dices y de cualquier modo nada me convence. Todavía podemos sacarla de aquí.

—¿Silver? —el rostro de Iga se desfiguró—. Sonó el timbre de la puerta

y la pantalla que hacia las veces de visor para las cámaras de seguridad, se encendió para mostrarnos la puerta principal.

La imagen reveló el rostro del detective Crowell secundado por al menos tres policías.

—Están aquí, Silver. Es demasiado tarde para intentar sacarla de la casa.

Silver apartó el móvil de su oreja.

—¿Vienen por mí? —mi sangre se enfrió dentro de mis venas.

—Capturaron a Reed hace no más de cuarenta minutos, fueron por él a su casa, intentó escapar y lo atraparon. Mi abogado se enteró de que la siguiente serías tú, el aviso no llegó a tiempo. Dicen que tienen pruebas en contra de ambos. Los acusarán formalmente de asesinato a los dos.

—¿Qué?! ¡Eso es ridículo! —estalló Iga y el timbre de la puerta volvió a sonar—. No pueden tener nada en su contra.

—Ya lo sé, Iga—. Silver regresó a su llamado—. Llegaron.

Silver se limitó a escuchar lo que le decía su abogado y yo a mirar la pantalla. Sucedió otra vez, con diferencia de siglos pero sucedía otra vez. Lo único que era distinto ahora era que Patrick también estaba preso.

¿Intentó escapar? Ese detalle quedó dando vueltas por mi cabeza.

Escuché la voz del abogado de Silver cuando lo puso en manos libres.

—Tiene que ir con ellos, Bialy. Sé que no suena bien, que asusta la idea; si intenta escapar lo complicará todo. No se resistan, cooperen y será más sencillo para mí sacarla de allí después. Confío en que no serán más que un par de horas y te doy mi palabra de que esta vez nadie la lastimará. No será como fue antes, Silver, esta vez repararemos el pasado. No pueden tener nada en su contra y subsanaré el malentendido esta misma noche. El Tigre deberá hacerse responsable de sus actos. No pudo actuar más como es él: golpeó a tres policías, uno de ellos está bastante mal herido. Apuntó al detective con el arma que le quitó al oficial que por poco lo mata. Gatilló el arma; dicen que a último momento se detuvo. Lo tenía en la mira y podría haber acabado con él sin problemas. Te lo digo, Reed no saldrá del calabozo en mucho, mucho tiempo. Sólo, cavó su fosa al mostrarle a todos, el tipo de hombre que es.

—Eso no puede ser cierto —jadeé negándome a ver la violencia que

Patrick ya había enseñado en otras ocasiones.

—Los ánimos están demasiado alterados, Bialy. Deja que Victoria acompañe al detective sin ofrecer resistencia. Iga y tú pueden seguirlos en tu automóvil. Yo estaré en la comisaría esperándolos. El resto de mi grupo va en camino y tenemos a todos trabajando para demostrar que los cargos no tienen fundamentos. Victoria es una de ustedes y no volveremos a permitir que se cometa una injusticia en su contra.

El timbre sonó con más insistencia que las dos veces anteriores.

—Silver si no abrimos la puerta la tirarán abajo —le urgió Iga angustiada.

—Abre, Silver. No pienso huir, no ahora. Es momento de descubrir la verdad.

—Ese detective no busca la verdad, Agatha, no sé qué pruebas inventadas pueda tener en su contra, no me importa, sea como sea, para mañana en la mañana, te lo juro, te sacaré de allí, así tenga que matar con mis propias manos a todos los policías de la estación, así tenga que acabar con esta maldita ciudad, te sacaré de allí.

—No te preocupes, Bialy. No serán más que horas. Lo prometo.

Silver quitó el manos libres y se llevó el aparato a la oreja otra vez.

—Allí te veremos.

Se despidieron y Silver colgó para ir a atender la puerta.

—Señor Kostka sabemos que la señorita Briz está allí con usted; tenemos una orden. Ella tendrá que acompañarnos.

La voz del detective nos llegó por el altavoz.

Silver me lanzó una mirada cargada de angustia con la que me pedía disculpas.

—Está bien, Silver, no te preocupes. Buscaré mis cosas. De cualquier modo sé que no estaré sola. Ustedes dos vendrán conmigo y confío en tu abogado, sé que para el amanecer estaré fuera de allí—. Intenté sonar tranquila y convencida de que así sería mas en realidad estaba muerta de miedo. La caza de brujas podría haber dejado de existir, podrían haber abolido la hoguera sin embargo la perspectiva del encierro me daba pánico.

El encierro y las dudas de culpa recayendo sobre los hombros de Patrick.

Silver tenía razón, no quería creerlo culpable de la muerte de Vorobiov, yo no lo había matado y por desgracia, por más que pusiese toda mi buena voluntad en ello, no podía asegurar la inocencia de Patrick. Quería decirlo pero no podía.

—Adelante detective, lo veremos en la entrada en un segundo—. Silver me miró por última vez y presionó el botón que abría la puerta.

Suspiré.

—Todo saldrá bien —me aseguró Iga.

Recogí mi bolso y mi abrigo; Silver y su hermana tomaron sus cosas.

En silencio nos encaminamos los tres hacia la puerta principal.

A través de los cristales que rodeaban la casa vi al detective y a una docena de oficiales.

Silver apretujó las llaves de uno de sus tantos automóviles en su mano izquierda. Tuve la sensación de que las destrozaría.

Iga abrió la puerta.

—Tengo una orden de arresto contra Victoria Briz —entonó el detective y yo di un paso al frente saliendo a lo más alto de las escalinatas delanteras.

Dos oficiales avanzaron en mi dirección.

Uno de ellos comenzó a decirme mis derechos.

La vez anterior simplemente me habían arrebatado a la fuerza de la montura de Silver.

Me eché a temblar de miedo.

*Vi la oscuridad, mis pulmones quedaron impregnados otra vez, del mal olor de la mazmorra. Todo mi cuerpo se quejó del dolor resultante de las torturas con las cuales intentaron arrancarme una confesión que yo no podía darles.*

Uno de los policías hizo el amago de inmovilizar mis manos.

—¡Eso no es necesario! —rugió Silver.

El detective alzó una mano y asintió con la cabeza.

—Tranquilos—. Los dos oficiales reaccionaron a la orden del detective para limitarse a tomarme cada uno de un brazo.

Algo en mi interior me dijo que yo podía haber dejado a los dos fuera de combate, completamente paralizados sin siquiera alzar una mano, de así desearlo.

“La magia no existe para eso” —me recordaron las palabras de Silver en un momento vivido en el pasado lejano.

La energía se quedó dando vueltas por mis brazos. Hasta que no conseguí detenerla no me quedé tranquila, temía herirlos sin querer.

—Andando —entonó el detective.

Los dos oficiales me hicieron avanzar mientras los restantes nos rodeaban.

Sentí al detective seguirnos, a Silver y a Iga meterse a toda velocidad dentro de uno de los automóviles detenidos al costado de la casa.

Me sacaron de la propiedad de Silver para meterme en una patrulla. Había tres de estos detenidos frente a las puertas de la casa junto con dos automóviles civiles; en uno de estos se montó el detective.

Las puertas de entrada de vehículos se abrieron, Iga apareció al volante con Silver en el asiento del acompañante. El costoso vehículo que conducía se puso a la cola de la comitiva policial.

Por un instante cerré los ojos e intenté convencerme de que esto era una visión, una pesadilla y que despertaría en aquella otra vida, en la casa de Bialy, rodeada de esa realidad.

No sucedió. Al abrir los ojos me encontré a mí misma en el asiento trasero de un auto patrulla con un oficial a cada lado y otros dos en los asientos delanteros al otro lado de la mampara de cristal.

La comitiva se lanzó a la calle.

Giré la cabeza buscándolos, Iga y Bialy venían por detrás de mí.

Cerré los ojos una vez más y mi cabeza volvió a quedar llena de recuerdos: un beso y una mirada de Patrick, de Raúl, sus brazos rodeándome, su voz diciéndome una y otra vez lo mucho que me amaba.

Se me escapó el aire de los pulmones.

Él no podía estar mintiendo.

Abrí los ojos para que se me llenasen de lágrimas.

No mientas —le pedí dentro de mi cabeza.

...

Al llegar a la comisaría perdí de vista a Silver y a su hermana. Los automóviles patrulla y los dos coches que nos precedían ingresaron al edificio por un acceso que quedaba vedado a los civiles. Y así de pronto, me sentí todavía más perdida y sola, tal es así que las dudas y temores se hicieron un festín con mi persona inclinando la balanza hacia el lado más oscuro y terrible.

Aquella noche en que me capturaron y esta volvieron a mezclarse dentro e mí. El mismo miedo, la misma rabia resultante de la injusticia.

La comitiva se detuvo en un estacionamiento interno junto a una pasarela de hormigón y barandas de acero, que al instante quedó rodeada de oficiales de policía que emergieron por una puerta que conectaba con el edificio.

Me resistí a creer que semejante despliegue fuese por mí. Nada de esto tenía razón de ser; no entendía siquiera qué pruebas podían tener en mi contra.

El oficial a mi derecha abrió la puerta del automóvil; ante ésta apareció el detective.

—Baja, Victoria —ladró.

El oficial a mi izquierda me empujó por el hombro.

Los otros policías comenzaron a descender por la rampa hacia nosotros.

—Detective, ni Patrick ni yo tenemos nada que ver con la muerte de

Andrey. Patrick me dijo que hablaría con usted para contarle sobre la visión que tuve; el asesino robó algo de una de las maletas; podrían ser bonos, acciones o algo similar. Repetiré para usted todo lo que vi. Tiene que encontrar a ese hombre detective.

—Ya no quiero escuchar ni una palabra más sobre tus supuestas visiones, Victoria. Te recomiendo que no digas una palabra; sé quién eres, no me engañarás con este cuento de la magia y demás. Ser una supuesta bruja no te ayuda de modo que te recomiendo que cierres la boca y no digas nada más. ¡Tus manos!

—¿Qué?!

El oficial que salió por delante de mí, de la patrulla, tiró de mis manos hacia delante exponiendo mis muñecas al detective. El crujido de las esposas al cerrarse alrededor de mi carne me puso la piel de gallina. No era la primera vez que esto pasaba pero jamás antes tuve real conciencia de lo que significaba, antes no sabía lo que me había sucedido en el pasado y tampoco me importaba lo que pudiese ocurrir conmigo, porque creía que si el fuego de mis visiones estaba a mi lado, yo sería resistente a todo. Ahora que sabía que ese fuego me había matado después de sufrir tantas torturas y dolores en el alma, nada era lo mismo.

—Te recomiendo no intentar nada extraño, Victoria, eso no te haría ningún favor.

—¿Nada extraño?

—No me refiero a aquello que ya hiciste una vez: romperle un brazo a un policía no sumaría puntos a tu favor, pero no, no me refiero a eso.

Miré a mi alrededor. Muchos de los oficiales me observaban con desprecio mas otros tantos tenían los ojos invadidos por el terror.

—Pero si acaba de decir que...

El detective acercó sus labios a mi oído derecho.

—Tengo experiencia de sobra con las brujas —susurró en un tono alegre y amenazante a la misma vez.

Me aparté de él de un salto para chocar contra los dos oficiales que se habían parapetado a mis espaldas.

No pude controlar el temblor que se desató en mi cuerpo.

Di un traspié y alcé la cabeza para intentar reconocerlo. Él se enderezó.

—¿Qué pasa, Victoria, dije algo que sonó familiar para tus oídos?

Los recuerdos de la noche en que me habían capturado eran demasiado borrosos. Yo había tenido demasiado miedo y no solamente por mí, además aquella noche cuando me apresaron fue tanto más violento que un par de esposas alrededor de mis muñecas.

El detective me dedicó una sonrisa sardónica.

—No debiste regresar, Victoria.

Como un rayo cayó sobre mí su mirada de odio y un puñetazo suyo que dio en mi vientre para partirme en dos haciéndome caer al suelo derrotada y sin oxígeno. Eso sucedió en un momento en que por ser sospechada de bruja, no tenía defensa alguna de cualquier maltrato que quisiese darme; hoy por hoy y con tantos ojos como testigos, no podía tocarme con sus manos sin embargo lo hacían con sus miradas y con sus palabras.

Debí contenerme, no pude; demasiada rabia acumulada hizo erupción y mis manos esposadas se lanzaron hacia su cuello. Arañé la piel y no más, no supe cuantos oficiales cayeron sobre mí para liberarlo a él de mi furia sin duda no fueron pocos. No me golpearon pero hubo un forcejeo y la situación me dejó temblorosa y aturdida.

—¡Llévensela! —rugió el detective apartándose mientras se pasaba una mano por el cuello para comprobar si lo había lastimado.

Para bien o para mal, había impreso tres rayas rojas sobre su garganta.

A empujones y rodeada de más oficiales de lo que podían ser necesarios para contener a una mujer de mi tamaño, me obligaron a subir la rampa en dirección a la puerta.

¿Qué tanto temía el detective que hizo uso de semejante cantidad de oficiales para conducirme dentro de la comisaría? ¿Qué causase un revuelo como el que supuestamente causó Patrick?

Mi cerebro hizo *clic* y las ideas se acomodaron. Todas ellas, todas las suposiciones, las palabras de Silver.

La vida que había vivido en esta época no me lo enseñó todo sobre la magia, sí aquella que tuve siglos atrás: a veces la fuerza de una persona no depende únicamente de su físico, sobre todo para alguien que cuenta con la magia de su lado, con magia superior como la que se suponía cargaba Patrick según Silver, con la que tendría yo, o mejor dicho, con la que se desarrollaría en mí cuando cambiase y comenzase a ser una Plateada.

Eso era lo que ese hombre que hoy se hacía conocer como el detective Crowell temía, quizás sus conocimientos no eran demasiados, sí suficientes para tomar medidas de seguridad. Él sabía que debía tener cuidado con nosotros y por eso esto. ¿Qué más sabía? ¿Quién se lo había enseñado?

Si conocía lo suficiente sobre mi magia debía saber que las visiones eran reales y...

Me pregunté qué tanto me aventajaban sus conocimientos sobre la realidad de los eventos.

Creí sentir mi sangre ponerse ácida de pura angustia.

En cuanto ingresamos a lo comisaria todos se volvieron en nuestra dirección. En el pasillo otros oficiales y detectives se quedaron mirándonos sorprendidos. Los oficiales detrás de los mostradores alzaron sus cabezas, unas personas que bajaban de un ascensor de detuvieron ni bien atravesaron las puertas como si tuviesen miedo de cruzarse en mi camino.

Unos pasos más y divisé el hall de entrada del edificio que se abría detrás de unos molinetes y el mostrador principal; entre los bancos de la sala de espera y oficiales que iban y venían, vi a Silver, su hermana y el abogado que me representaba.

Silver gritó mi nombre y se abalanzó hasta los molinetes, entre Iga y el abogado lo detuvieron. Forcejeó y se armó un revuelo.

Una mano pesada cayó sobre mi hombro para empujarme hacia delante de muy mal modo.

Unos pasos más y di con los rostros de los abogados de Patrick quienes se habían puesto de pie. En las sillas más atrás reconocí a uno de sus hermanos.

—Es inocente, ella no tiene nada que ver en esto —gritó Silver—. Ese desgraciado de Reed es el responsable, él la engañó, es él quien tiene las manos manchadas de sangre. Que sea él quien se pudra en la cárcel. Eso sería

poco comparado con lo que se merece.

Los gritos de Silver reverberaron en el alto hall.

Un par de policías lo rodearon. Los abogados de Patrick enseguida se lo tomaron contra él, diciéndole que guardase silencio o lo acusarían de difamación porque su cliente no tenía ninguna responsabilidad en la muerte de Vorobiov; a uno de ellos le escuché decir que la única criminal aquí era yo, que tenía antecedentes y que había engañado a Patrick para robarle a él y a Andrey.

Por supuesto ni Silver ni Iga permitieron que las palabras corriesen.

Silver se abalanzó sobre los abogados y el hermano de Patrick también apareció en escena. Volaron un par de puñetazos, muchos insultos y gritos. El alboroto en el hall de entrada fue descomunal. De no tengo idea dónde, brotaron más oficiales para intentar separarlos.

Desesperada le grite a Silver que se tranquilizara; de nada sirvió.

—¡Silver! ¡Silver no! —le pedí angustiada. No pude ver en qué terminó porque me alejaron de allí a empujones para hacerme subir por una escalera con el detective a la cabeza.

Intenté espiar por encima de mi hombro, temía que Silver terminase detenido también. Al llegar al descanso de la escalera perdí por completo la visión del hall.

—¡No puede hacer esto!

—Estoy haciéndolo —me contestó el detective—. Por tu bien te recomiendo que no pronuncies una palabra más, Victoria. Aunque si quieres confesar tu responsabilidad por la muerte de Vorobiov será un placer tomar tu declaración cuando lleguemos arriba.

—Yo no lo maté... ¡No hice nada!

—Bueno, ese discurso no te servirá de mucho.

Me obligaron a remontar el segundo tramo de escaleras para llegar arriba.

El detective chasqueó los dedos y entre cuatro oficiales me apartaron de él para llevarme por un corredor poblado de puertas sobre el lado izquierdo y de ventanas con rejas sobre el derecho.

Frente a la tercera puerta esperaban dos oficiales. Uno de ellos la abrió; me obligaron a entrar. Era una habitación gris que no contenía más que una mesa y dos sillas de metal; en el techo un tubo de luz fluorescente y sobre una de las paredes un vidrio espejado a modo de ventana. Me empujaron hacia una de las sillas, vi dos cámaras, una del lado de la puerta que apuntaba directo hacia mí, la otra quedaría en el ángulo opuesto a mi espada y de cara al espejo.

Con palabras secas y los mismos malos modos me conminaron a sentarme en una de las sillas. Tomándome por el brazo izquierdo liberaron las esposas de esa muñeca y usaron el extremo libre para fijarlo a un gancho que había sobre la mesa para evitar que me levantase de mi sitio.

Sin mayores explicaciones se apartaron de mí.

—¡Alto! No pueden dejarme aquí, no tengo nada que ver. ¡Detective! — lo llamé y no dio la cara—. ¡¿Para quién trabaja?! ¡¿Por qué hace esto?! ¡Patrick y yo somos inocentes!

Uno de los oficiales se rio de mí sin creerse en la necesidad de ocultar la gracia que le hacían mis palabras o mi situación.

—¡Detective! —berreé con todas mis fuerzas para llamar su atención y de nada sirvió.

Dando un portazo me dejaron allí sola.



## 25. Destino.

—El destino está formado en parte por sucesos que no puedes controlar, agentes externos contra los que en algunos casos, nada puedes hacer, ya sean personas, cosas o eventos. Eso es solamente el cincuenta por ciento de lo que componen tu presente y futuro, la otra mitad la pones tú, Victoria, en ocasiones adrede, otras involuntaria. Con errores u acciones que no siempre resultan como planeaste y que en otras se dan exactamente como querías pero que en realidad no causan el efecto que esperabas. El destino es una maraña demasiado enredada y complicada, y gracias al cielo que así es — Iga, todavía sosteniendo la misma margarita a la que llevaba dándole vueltas entre sus dedos pulgar e índice de la mano derecha, se sentó junto a lado en la piedra, de cara el río—. Tan aburrido sería si fuese una simple línea recta hasta el final del camino.

—Solamente digo que ciertas cosas podrían ser más sencillas.

—Sí, todos experimentamos esa sensación en algún que otro momento de nuestras vidas.

La miré de reojo, no estaba de ánimo para este tipo de charlas puesto que acababa de tener una muy complicada y tensa conversación con Raúl. Hoy no parecía muy feliz ni con su vida, ni con tenerme a mí a su lado, era como si de pronto algo en mi persona le desagradase, en particular mi magia. A pesar de que un par de días atrás había bebido la pócima que “La Abuela” me había mandado preparar, hoy siquiera estuvo dispuesto a

*escuchar hablar de mis temores con respecto a la situación que nos tenía en vilo a todos; la muerte de su socio era un suceso del que no podíamos librarnos y cuando le expliqué que los augurios no eran buenos, que debíamos partir, no me hizo el menor caso, dijo que no podían acusarnos de nada, que él no podía abandonar este lugar, que quería quedarse aquí para terminar lo que había comenzado al llegar; tenía demasiados planes y sus metas eran altas, no huiría con el rabo entre las patas por una tonta sospecha sobre brujería.*

*De nada sirvieron mis intentos de aclararle que no era una tontería. Al final terminé dejándolo solo para no reñir, para despegarme de esa sensación que al estar con él, se me metía por los poros entristeciéndome: no podía precisar qué era sin embargo tenía claro que algo entre nosotros no iba bien.*

*Lo que terminó de destruir mi día fue una fuerte discusión con Lidia. Siquiera entendía cómo se inició aquello, solamente sabía que en un momento dado estábamos gritándonos la una a la otra por quien tenía la razón sobre una poción y un hechizo contra magia oscura con la que pretendíamos cuidar su casa, la de Silver y la mía hasta que pudiésemos irnos del pueblo. Ella había acabado diciéndome que yo no tenía idea de nada y que por eso se había desatado este lío en el que ahora estábamos inmersos.*

*—¿A qué se debe ese silencio tuyo? ¿Tienes dudas sobre lo de esta noche? ¿Miedo?*

*Había tenido la intención de contarle a Lidia sobre lo que sucedería esta noche conmigo porque me pesaba guardarle el secreto; llevaba mucho tiempo pesándome en los labios el no contarle la verdad sobre Iga, sobre su verdadera identidad y sobre lo que Silver y ella eran en realidad. Sí, Lidia era muy buena con las pociones sin embargo no tenía idea sobre ese otro mundo mágico escondido incluso para muchos de los que teníamos magia corriendo por nuestras venas.*

*Desistí cuando noté el enojo en su mirada pese a que quería compartirlo con ella así como compartí con ella cada detalle de mi vida, incluido ese primer instante en el que vi a Raúl y algo dentro de mí me aseguró que lo amaría por siempre.*

—¿Qué llena tu cabeza, Victoria?

—Demasiadas preocupaciones, Iga.

—Resolveremos cada cosa a su debido tiempo. Con tu cambio será más sencillo. Todavía más cuando nos larguemos de aquí. Nuestro ciclo en este sitio llegó a su fin; es hora de emprender un nuevo camino. ¿Silver te contó que llegamos aquí buscándote?

*Negué con la cabeza, no tenía idea.*

—Sí, incluso antes de que nacieras. Es que sabemos cuando sucederá.

—¿Sabrían que yo nacería?

—Sí —rio—, incluso mucho antes que tus padres siquiera supiesen que se amaban el uno al otro.

—¿Cómo?

*Iga alzó la margarita hasta la altura de sus labios y sopló. La flor estaba fresca y rozagante todavía, sin embargo con el soplido de Iga, los pétalos se soltaron para salir volando en un espiral que quedó dando vueltas frente a su rostro.*

*Movió un dedo y éstos se movieron hacia mí. Otro movimiento de sus dedos y los pétalos blancos flotaron en dirección al arroyo para posarse sobre sus aguas calmas. La corriente se los llevó suave camino al poniente.*

—A partir de esta noche, Victoria. Todo quedará más claro a partir de esta noche. No te preocupes, que llevamos un buen tiempo dándole forma al destino.

*El agradable paisaje del campo me abandonó.*

Debajo de mi nariz olía a metal y percibí el tacto de dicho material rodeando mi muñeca derecha.

No sabía si había despertado o soñaba.

Pese a todo deseé volver al campo para no tener ante mis ojos, la mesa de metal de esta sala en la jefatura de policía, ni la esposa alrededor de mi muñeca.

Mi espalda se quejó de dolor cuando me enderecé. Había estado durmiendo sentada, con el torso recostado contra la mesa; ¿cuánto tiempo?, no tenía idea, aquí dentro no había ventanas y yo no llevaba reloj, y mi único modo de saber la hora era mi móvil, el cual había quedado dentro de mi bolso, el cual me quitaron antes se meterme aquí. Sabía que nada de esto podía ser parte de un procedimiento regular; de principio a fin no tenía ni pies ni cabeza y ese hombre... el detective, ¿por qué hacia esto?

La puerta crujió y se abrió.

El detective apareció.

—Victoria.

Giré sobre la silla en dirección a la entrada, el largo de la cadena de las esposas no me daba para ponerme en pie, no al menos en una posición completamente incorporada. Estar sujeta a la mesa era desesperante, sobre todo porque la mesa estaba fija al suelo; lo había comprobado antes de caer rendida.

Alguien pasó por el corredor por detrás del detective mientras la puerta estaba abierta; no se interesó ni por él, ni por quien estaba aquí dentro, y yo solamente me detuve a percibir que todavía era de noche.

El detective entró y cerró la puerta.

—¿Dormías?

Su tono resultaba repelente.

—¿Qué hora es, cuanto tiempo llevo aquí?

—¿Qué importancia tiene eso?

El detective fue a tomar la silla y la arrastró primero hasta la cámara que colgaba junto a la puerta. Se subió al asiento y tocó algo por detrás de ésta; la luz roja de encima se apagó.

—¿Qué hace?

—¿Tú qué crees? —bajó de la silla, rodeó la mesa y la llevó hacia el otro extremo de la habitación.

—No puede hacer eso —me puse de pie; no fue mucho lo que conseguí enderezarme con mi muñeca sujeta a unos quince centímetros de una mesa

que era un tanto baja. Me di un tirón sin querer; esto cobraba cada vez peor apariencia.

—Estoy haciéndolo, Victoria.

—¿Quién le paga para hacer esto? No puede apagar las cámaras, no puede interrogarme en estas condiciones. ¡Quiero a mi abogado!

La segunda luz roja se apagó.

El detective se bajó de la silla riéndose de mí.

—¿Pagar? —hizo una pausa. Se quedó observándome con la cabeza ladeada—. No todo en el mundo se mueve a base de dinero, Victoria.

—¿Entonces?

En respuesta obtuve un largo suspiro. El detective regresó la silla al otro lado de la mesa y allí se acomodó cruzándose de piernas como si estuviésemos sosteniendo una conversación amigable en un café o algo así.

—Luces mucho mejor ahora. Ciertamente esta época nos favorece a todos —entonó como si tal cosa.

Su mano izquierda llegó a mí mano derecha sujeta a la mesa. Me aparté todo lo que pude lastimándome la piel todavía un poco más. Sus dedos treparon por mi muñeca.

—La higiene por estos días es mucho mejor. Todos podemos cuidarnos un poco más —su mano trepó por mi antebrazo.

Di otro tirón y la mesa se sacudió. Sin querer pateé la silla y ésta se cayó.

—Me gusta más tu cabello así. Llama más la atención que tu melena castaña. Una pena que no vaya a tornarse plateada, ¿no crees?

Di un nuevo respingo. Era evidente que él sabía mucho, demasiado quizás.

—¿Quién demonios es usted?

El detective quitó su mano de encima de mí.

—Quién yo sea no tiene ninguna importancia, Victoria. Soy solamente una parte del destino, un elemento más para llegar al fin.

—Está loco —mi voz salió áspera y con miedo. El no tener idea de sobre

qué iba esto, aumentaba mi preocupación. ¿Cómo defenderte de algo que siquiera sabes qué es?

—Eso quisieras; no es así. Sirvo a buen fin mayor, Victoria. Te lo dije, soy simplemente un elemento más.

—No entiendo qué pretendes sacar de esta situación.

—Yo nada, yo simplemente sirvo —ser reclinó sobre el respaldo de su silla—. De cualquier modo sé que resultaré beneficiado.

—En qué puede beneficiarle que yo esté presa, que Patrick esté entre las rejas. ¿Acaso sabe quién asesino a Vorobiov e intenta encubrirlo?

El detective soltó una carcajada tal que pegué un salto del susto.

—Todavía no lo comprendes.

—Si quiere que lo entienda, explíquemelo.

—Vamos, Victoria, que sé que recuerdas algunas cosas del pasado. ¿Tan lenta eres? En fin —suspiró—, de cualquier modo no tiene importancia. Solamente estamos reparando un error.

—¿Qué error es ese?

El detective sacó un pequeño frasco marrón del interior de su chaqueta y lo colocó sobre la mesa. Por un par de segundos lo dejó en el sitio en que lo había apoyado, después lo hizo resbalar por el metal en mi dirección.

—¿Qué es eso?

El detective sacó del otro lado del interior de su chaqueta, unas hojas y una pluma y me las tendió.

—Es tu confesión. Te declararás culpable de la muerte de Vorobiov y luego beberás eso y fin de la historia.

—¡¿Qué?!

—Nunca serás una de ellos y pagarás por todo lo que hiciste.

—Yo no hice nada.

—Firma.

—No pienso firmar nada —tiré de la cadena de las esposas—. Quiero a mi

abogado. ¿Quién es el responsable de esto?!

—Alguien a quien molestaste mucho desde tu primer aliento, Victoria. Firma y bebe.

—No lo haré. ¡No pienso hacerlo!

—Si lo amas, beberás.

—¿De qué habla?

—No querrás verlo encerrado por el resto de sus días. Acepta la culpa y él será libre.

—No.

—¡Firma!

—¡No!

—Firma o haré que ambos lamenten el haber regresado.

—¡No! ¡Auxilio! —tiré de las cadenas—. ¡Suélteme!

Estirándose por encima de la mesa el detective me tomó por el cuello de la camisa para tirar de mí hacia delante obligándome a enfrentarlo. Nuestras narices casi se tocaban.

—Firma el condenado papel o esto se pondrá feo. Te lo aseguro, será peor que el tiempo que pasaste en aquella mazmorra y desearás que el fuego te quemara. No debiste recordar a los hermanitos plateados y sobre todo, no debiste volver con Raúl. Si no firmas, esto acabará muy mal para ambos, es la última advertencia, Victoria. O bebes o toda la oscuridad se desplomará sobre ambos y entonces sí, lamentarás haber nacido.

Negué con la cabeza.

Intenté no echarme a temblar; no estoy segura de haber tenido éxito. Lo sentí por detrás de mi espalda, abriéndose camino a mi alrededor. Era una presión densa y maligna que me hizo encoger dentro de mi propia piel.

—Firma.

—No —mi voz tembló. Por el rabillo de mi ojo izquierdo vi la oscuridad que comenzaba a rodearnos como si fuese una densa niebla.

—¡Firma! —el detective dio un puñetazo sobre la mesa y entonces todo

se puso oscuro.

Fue como si me ahogase en barro. Quise gritar pero mi boca estaba llena de una sustancia acre imposible de describir.

Entré en pánico. Escuché gritos de terror, voces que clamaban mi nombre. Sentí como si con miles de agujas intentasen extraer de mí toda mi energía. Vi a Raúl otra vez a través de las rejas diciéndome que me odiaba. Vi la cara de horror de Silver cuando me atraparon en aquel campo, los ojos de mirada turbia y descolocada de Owen la última vez que nos vimos.

Todo el sufrimiento otra vez...

—¡Crowell!

Como succionada por una gran aspiradora, la oscuridad desapareció, las luces de las cámaras volvieron a ponerse rojas. El detective soltó el cuello de mi camisa y de un manotazo, recogió el frasco de encima de la mesa para esconderlo en el bolsillo de su pantalón.

En la puerta con la respiración agitada y cara de enojo había un hombre de traje que debía rondar los sesenta años. Si bien se lo notaba furioso, sus ojos celestes destilaban bondad. Lo secundaban dos oficiales y por detrás de ellos el abogado de Silver.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

—Señor... —el detective balbuceó un par de palabras ininteligibles.

—Hasta lo que yo estaba al tanto, la orden de detención era solamente contra el señor Reed. ¿Qué hace ella aquí? ¿Lleva tres horas detenida? ¿Con qué cargos? Su abogado presentará una queja formal, ¿sabes lo que eso implica?

—Ella también es responsable, señor, lo sé.

—¿Qué pruebas tienes?

—Simplemente lo sé. Es una corazonada. Ellos dos son socios en esto.

—¿Socios? ¿Acaso ella depositó bonos en alguna cuenta a su nombre?

—No, señor, pero sé que ella y Reed... ellos están juntos.

—¿Qué pasa con los bonos? Vi en una visión al hombre que asesinó a Andrey llevarse algo que debían ser bonos o acciones.

—Victoria no digas ni una palabra más —soltó abogado de Silver desde el corredor.

—Se lo dije a Patrick y él se lo informó a su abogado, dijo que el abogado se lo diría a usted —lancé en dirección al detective.

El detective se carcajeó una vez más.

—¿De verdad crees que Reed me vendría con el cuento que lo inculparía sin dudas?

—¿Sabías eso? —me preguntó el hombre de ojos celestes.

—Sí, lo vi en una visión, ese hombre encapuchado sacó esos papeles, fuesen lo que fuesen de dentro del equipaje de Andrey.

—¡Agatha no digas una sola palabra más! —me gritó el abogado perdiendo la compostura.

El hombre de ojos celestes se volvió a verlo.

—Le dije que ella está con Reed —resopló el detective—. Son socios en esto.

—Desvaría, ni Patrick ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Andrey.

—Señorita Briz, le sugeriría que no diga una sola palabra más hasta no hablar con su abogado. Quisiera una declaración suya de ser posible esta misma noche.

—En eso estaba —entonó el detective.

El hombre de los ojos celestes lo miró mal.

—Apagaste las cámaras y la tenías aquí sin un verdadero motivo. Vete, yo me encargaré de esto.

—Pero...

—¡Fuera!

—Señor ella miente.

—¡Dije que fuera! ¡Ahora Crowell, largo de aquí!

De mal modo el detective pescó las hojas y la pluma de encima de la

mesa y se largó empujando a todos.

Desesperada busqué a Silver con la mirada, tenía que contarle lo que acababa de suceder.

—¿Cree que pueda darme su declaración ahora, señorita Briz? Le pido disculpas por lo sucedido; le prometo que será un trámite rápido y luego podrá irse a casa. Cuanto antes aclaremos lo sucedido, mejor será para todos.

—Patrick no es responsable de la muerte de Andrey.

—Eso déjenoslo a nosotros.

—Victoria, por favor —el abogado entró en la sala.

Los oficiales apartaron a Silver y a Iga.

—¿Crees que puedas hablar ahora, Victoria? —me preguntó el abogado.

—Sí, supongo que sí —tragué saliva.

—¿No le parece que deberían soltarla? —el abogado apuntó con sus ojos en dirección a las esposas.

—Sí, claro, disculpe.

Un momento después estaba libre de aquella mesa y repitiendo lo que había visto en mi visión.

Media hora más tarde me permitían salir de la sala.

Silver me atrapó en un abrazo.

—¿Te encuentras bien?

El abogado se detuvo a hablar con el hombre de los ojos celestes, Silver y yo nos apartamos por el corredor. Iga estaba sentada en un banco más allá.

—Silver el detective Crowell sabe todo, incluso mucho más de lo que yo creo que sé. Sabía sobre Iga y tú. Puso sobre la mesa una supuesta declaración mía en la que yo asumía toda la culpa por la muerte de Andrey y me tendió una botellita cuyo contenido imagino acabaría con mi vida cuando la bebiera. Dijo que si no lo hacía, Patrick pagaría las consecuencias. Insistió en que si lo amaba debía firmar aquello y beber de la botella. Cuando me negué amenazó en traer la oscuridad sobre nosotros, y de hecho lo hizo. No

sé qué habría sucedido si ustedes no hubiesen irrumpido allí. Ese hombre está con alguien, no sé quién, no me lo confesó, dijo que servía a un fin más grande. Él tiene magia, Silver, al menos un poco. Sabía todo. Tenemos que averiguar qué es lo que sucede aquí.

Iga se nos acercó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Qué sucedió allí dentro? Se sentía extraño.

Silver alzó los ojos en dirección a su hermana después de que ésta terminase de pronunciar la frase.

—Es más grande de lo que creímos.

—¿Bialy? —entonó Iga después de espiar por encima de su hermano en dirección al corredor que dejáramos atrás.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo que no están contándome?

—No estamos seguros de lo que sea. Sí, sentimos la magia allí. Es magia oscura.

—Reed —acotó Iga.

—¡¿Qué?! No, no él —jadeé desesperada—. Ustedes se equivocan.

—Debe esperar poder quitarse los cargos de encima, por lo visto está muy complicado. Ya lo escuchaste, Victoria, dicen que movió unos bonos, es probable que fuesen esos que viste que le robaron a Vorobiov—. Giró la cabeza para mirar a su hermano—. No pude escuchar mucho más, aún intentan descubrir el origen de los bonos para ver si pueden conectarlos con Vorobiov, Bialy. Todavía están a la espera. No pude captar nada más — repitió.

—¿Captar? ¿Cómo?

—En otro momento te lo explicaremos, Agatha. Está bien, Iga, no te preocupes.

—No tiene sentido, les digo que cuando le dije a Patrick que había tenido esa visión él llamó a su abogado, yo lo escuché, él me dijo que le informarían al detective. Si ellos saben de los bonos es porque el abogado de Patrick se

los informó. No puede ser, para qué se inculparía así inútilmente. Crowell y Patrick no tienen nada que ver, hay alguien más aquí. Una persona o más de una, no estoy segura. Patrick no es responsable de lo que sucedió allí dentro.

Los hermanos cruzaron una mirada otra vez.

—¿Por qué querían hacerte firmar una confesión de culpa entonces? — me preguntó Iga quién obviamente había escuchado mi conversación con Silver así como escuchara lo demás.

—Es probable que Agatha tenga razón —articuló Silver con voz pausada y por poco y me desnucó para mirarlo.

—¿Hablas en serio?

—No sería tan estúpido como para soltar una sospecha semejante siendo que después esos bonos figurarían en sus extractos financieros.

—¿Entonces? Ya no entiendo nada. Si Patrick no asesinó a Vorobiov quién lo hizo y cómo es que los bonos aparecieron en sus cuentas o donde sea, y por qué el detective quería hacer firmar una declaración en la que asumirías toda la culpa.

Silver se quedó en silencio pensativo. De pronto alzó la cabeza y yo con él, había escuchado los pasos mas no les había prestado atención.

—¡Bruja! —la exclamación estalló de frente sobre mi rostro—. ¡Bruja! —volvió a gritar Patrick y su rostro se encendió de rojo al tiempo que intentaba soltarse de los dos oficiales que lo traían, imaginé, con destino a una de las salas de interrogatorio.

Percibí el modo en que mi corazón se resquebrajaba igual que un cristal.

—¡Maldita bruja! ¡Fuiste tú quien hizo eso! ¡Tú lo asesinaste! Me inculpaste, me dijiste sobre esos bonos y yo fui directo a contárselo a mis abogados. No tengo idea de cómo los hiciste aparecer en mis cuentas pero no debería extrañarme, después de todo eres una criminal. ¡¿Con cuantos millones te quedaste?! ¡Maldita, me mentiste! Hiciste que cayera en tus redes. ¡Me engañaste! —Patrick terminó de enfurecer convirtiéndose en una fiera salvaje—. ¡Bruja! ¡Maldita desgraciada! ¡Te odio! ¡Arruinaste mi vida! ¡Pagarás por eso!

No se cómo, Patrick se soltó de los oficiales y se me vino encima.

Todo sucedió demasiado rápido, mucho más rápido de lo que me costaría asimilar la mirada de odio en sus ojos. Esposado se lanzó directo hacia mí. Oficiales brotaron de todas partes para defenderme sin embargo quien llegó primero a él fue Silver quién no hizo más que alzar una mano. Puede que para los demás, la frente de Patrick chocase contra la palma de Silver, alzada en el aire igual que una pared de hormigón pero yo que estaba cerca, lo vi muy claro. A los dos o tres centímetros de distancia antes de la piel de Silver, Patrick chocó contra nada para caer inconsciente al suelo. Los oficiales cayeron sobre él. Silver me apartó tirando de mí hacia atrás.

El abogado de Silver y el hombre de los ojos celestes llegaron en el acto.

—¡Patrick!

—¡Apártate, Agatha!

—No, Silver, es que él no...

—¡Llévenselo de aquí! —ordenó el hombre de los ojos celestes.

—Pero es que...

—Bialy, Iga, lo mejor será que se lleven a Victoria de aquí, ahora mismo.

—Es libre de irse señorita Briz —me dijo el hombre de los ojos celestes mientras los oficiales levantaban a Patrick quién continuaba inconsciente, del suelo—. Lamento mucho lo sucedido.

—Iremos por tus cosas y podrás largarte de aquí —añadió el abogado.

—Pero es que... —desesperada miré a Silver. Esto no podía estar sucediendo otra vez, si bien ahora quien estaba preso y bajo sospecha era Patrick, la situación se repetía.

—Salgamos de aquí ahora.

—Silver...

—No permitiré que pases un segundo más bajo el mismo techo que ese hombre.

Atontada y sin poder moverme por mis propios medios, fui retirada de aquel corredor por Silver y su hermana quienes me acompañaron a recuperar mi bolso.

Antes del amanecer, tal cual predijo el abogado de Silver, me encontraba

fuera de la jefatura de policía.

...

—Patrick cree que fui yo —jadeé sintiéndome vacía.

Silver me tomó de la mano e Iga se asomó hacia atrás para mirarme desde el asiento del conductor al detenerse frente al semáforo en rojo. Íbamos de regreso a casa de Silver.

—No fue él. Es probable que siquiera tenga idea de nada, que no recuerde nada.

Silver dio un parpadeo lento.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

—Ojalá lo supiese.

—Quien asesinó a Andrey está intentando inculparlo. No sería tan descabellado pensar eso. Quizás encontraron el modo de mover esos bonos hacia su cuenta sin que él supiese nada. Esos policías siquiera deben haberse molestado en averiguar si Andrey tenía enemigos o algo así. Patrick dijo que quizás no...

—Escúchame bien, Agatha, es probable que esto no sea solamente sobre Patrick.

—Es cierto —convino Iga dándole fuerza a las palabras de su hermano.

—¿De qué hablan?

Silver apretó mi mano.

—Nosotros tenemos otros enemigos. Bueno, no es que sean enemigos directos, no es que hiciésemos algo para hacer que nos odien.

—¿A qué te refieres, Silver?

—Hay envidias.

—¿Envidias?

—No todos ejercen la magia como nosotros y no todos creen que

nosotros hacemos justo uso de lo que poseemos. Hay y siempre hubo, quienes creerán que no le damos suficiente valor a los dones que tenemos.

—¿Y eso?

—Algo así como celos profesionales —me contestó Iga desde el asiento delantero—. Hay quienes creen que nosotros deberíamos revelarnos contra todo lo que nos rodea y exigir más de lo que tenemos. Somos diferentes y para muchos, no deberíamos simplemente quedarnos en las sombras y mantener lejos de la vista del resto de los seres humanos, aquello de lo que somos capaces.

—¿Qué esperan esos otros que...? —no conseguí terminar la pregunta.

—No lo sé con exactitud, gobernar el mundo tal vez. Ese tipo de ridiculeces —me contestó Iga y Silver asintió con la cabeza.

—También están aquellos que creen que debiera dárseles una oportunidad para ser lo que somos y jamás la reciben. Eso también deja a muchos, disconformes.

—Puede ser que Patrick simplemente sea una víctima de la situación —añadió Iga desde el frente.

—O uno de ellos. Todavía no lo descarto —acotó Silver—. Si bien tengo la impresión de que detrás de la actitud de Patrick había algo más.

—Tenemos que encontrar a los responsables.

—No, tenemos que sacarte de aquí antes de que sea demasiado tarde. Es nuestra segunda oportunidad y no creo que consigamos la gracia de tener una tercera contigo, Agatha.

—Silver, no pienso ir a ninguna parte mientras Patrick siga entre rejas.

—Él te abandonó a ti estando entre rejas.

—Pues yo no pienso abandonarlo a él —nos quedamos en silencio—. No lo haré, Silver, no importa lo que me digas, no permitiré que se cometa una injusticia.

—Agatha tu vida está en juego. Podrías morir por salvarlo. No tienes real idea de lo que todo esto es.

—No iré a ninguna parte, Silver. No sin él.

—Está sucediendo otra vez —soltó Iga en un suspiro desde el asiento delantero.

El semáforo cambió a verde y ella puso el automóvil en movimiento.

—Agatha te lo ruego.

—No, Silver, es mi oportunidad para corregir aquello que no debió suceder. Encontraré a los responsables de esto y sacaré a Patrick de la cárcel. Él no asesinó a nadie y lo sabes.

—Te asesinó a ti, te abandonó allí. Nos dio la espalda, no te ayudó cuando debió hacerlo. No me importaría si hubiese asesinado a Vorobiov por dinero, me importa que te dio la espalda a ti, que rompió tu corazón, que se quedó cruzado de brazos mientras a ti te enviaban a la hoguera. Puedo perdonarle todo lo demás, no eso. Él jamás te amó como debió amarte, como lo amas tú. No te merece y no se merece que pases por alto el modo en que te falló.

Mi corazón comenzó a doler una vez más. Las rajaduras y grietas comenzaban a ensancharse igual que un glaciar en época de deshielo.

Él me dio la espalda entonces y me la daba ahora.

Siquiera eso conseguía matar mi amor.

Así él me hubiese dado la espalda a mí, yo no podía dársela a él. Me aseguraría de que saliese de la cárcel y quedase libre de sospecha, después de eso...

Los ojos se me llenaron de lágrimas al comprender que en un punto Silver tenía razón, era probable que el amor de Patrick no fuese lo suficientemente fuerte y que tampoco lo fue en el pasado.

—Encontraremos a los responsables, lo sacaremos de la cárcel y seguiremos adelante con lo que no pudimos concretar esa noche. Quiero convertirme en una de ustedes, quiero que me enseñen todo lo que pueda aprender, ya sea aquí en esta ciudad o muy lejos, donde ustedes crean que sea conveniente. Pero no nos iremos a ninguna parte hasta corregir todos los errores del pasado.

Iga me espía por el espejo retrovisor. Me lanzó una mirada de empatía con la que decía un gran “lo siento”.

—Además si voy a ser una de ustedes...

—Él no puede ser uno de nosotros —susurró Silver.

Tragué en seco; esa perspectiva tampoco sonaba muy bien.

—Lo sé —mi voz no fue más que un susurro—. Quiero cumplir mi destino mas no antes de resolver esto. No puedo tener un futuro sin poner en orden el pasado.

—Claro.

Me aferré de la mano de Silver.

—Estaré aquí para siempre, reina, por todo el tiempo que eso sea, que tú quieras que sea.

Me costó darle forma a la sonrisa que él esperaba de mí.

Los tendría a ellos por siempre mas también viviría conmigo por siempre, por toda la eternidad un amor que no conseguiría encontrar su igual en el corazón amado.

Ojalá existiese una poción que me hiciese parar de amarlo. Si Lidia era tan buena con las pociones quizás ella pudiese prepararme alguna; ojalá recordase cómo.

## 26. Tú eres la magia.

En cuanto abrí la puerta de la habitación percibí el exquisito perfume de la comida entremezclado con el aroma de un perfumado té. Más allá de los tonos en el aire, la casa de Silver se encontraba en total calma como si no hubiese nadie aquí.

Por primera vez en mi vida no podía recordar lo que había soñado. No tenía idea de si el fuego había aparecido a quemarme en la hoguera, si el frío se metió por mis poros conjuntamente con la humedad en esa miserable mazmorra. No recordaba haber revivido ningún momento junto a Silver, Iga u Owen, o siquiera Lidia.

A cambio de eso, tenía la impresión de haber caído inconsciente para que mi cerebro se apagase por completo.

Pese a todo, incluso al descanso de mi cuerpo, mi mente era un mar de

preocupación por todo lo sucedido.

La angustia con la que llegué aquí anoche no se me quitaba de encima y en este instante necesité mi hogar, mi vida de siempre y a Azrael.

Inspiré hondo y solté el aire para procurar liberar un poco de lo que cargaba encima y me dirigí a la cocina.

Allí encontré a Silver al teléfono, sentado a la mesa con una taza de té en su mano derecha y su móvil en la izquierda. Estaba solo; Iga debía estar cerca puesto que percibía su energía.

Mis pasos descalzos no hicieron ningún ruido, lo que me delató fue lo mismo que delataba la presencia de la otra Plateada en algún rincón de la casa.

Silver se volvió en mi dirección para darme los buenos días con una sonrisa. Sin descuidar su llamado, apuntó en dirección al horno y luego a la tetera que tenía enfrente.

No creía que mi estomago estuviese en condiciones de resistir comida, preferí la opción del té. Fui por una taza y me senté frente a él.

—Muy bien. Ahora lo tengo más claro. Bueno, tú me avisarás cuando podamos largarnos de aquí. Me gustaría tener todo listo para lo antes posible. Ya no tenemos nada que hacer en esta ciudad, lo mejor será que busquemos nuevos horizontes.

Coloqué la tetera en su sitio y me llevé la taza a la nariz. Silver podía hacer todos los planes que quisiera, no por eso yo no me iría de aquí sin aclarar la verdad antes.

—Gracias por todo. Hablaremos más tarde —Silver hizo una pausa—. Sí, sí, adiós—. Cortó la comunicación y apoyó el móvil sobre la mesa—. Buen día, ¿cómo estás?, ¿pudiste dormir?

—Sí, creo que dormí profundamente, siquiera recuerdo si soñé o no. Es la primera vez en mi vida que no tengo la pesadilla en la que muero quemada. Es como si mi cerebro se hubiese apagado por completo.

—Es que no necesitas tener pesadillas que te recuerden tu vida porque ya recuerdas tu vida.

—No por completo. Tengo presentes muchas cosas, incluidos los rostros

de mis padres, de mis hermanos, momentos de mi infancia pero imagino que tantas otras cosas están todavía en el olvido.

—Fue hace mucho, Agatha, las recordarás y si no, pues bien, te harás de recuerdos nuevos.

—Me gustaría recordar las cosas que me enseñaste entonces.

—No te preocupes —tomó mi mano libre —volveré a enseñártelas, será un placer.

Le sonreí.

—¿Quién era al teléfono?

—Mi abogado. Llamó para avisar que apartaron al detective Crowell de la investigación, lo procesaron por irregularidades en su proceder. Dice que hoy declaró por la denuncia que pusimos y que no recuerda nada de lo sucedido.

—¿Y eso?

—Dijo recordarte a ti pero nada más.

—¿Recordarme a mí?

—Mi abogado dice que declaró que sabía que te conocía de antes, de otra vida, que sabe que habías estado presa, que te recordaba de entonces pero que no tiene idea de nada de lo que sucedió ahora.

Quedé boquiabierta.

—Acusó tener lagunas mentales desde que se inició la investigación, dijo que no recuerda casi nada de estos últimos días.

—¿En verdad declaró eso? Deben suponer que perdió la cabeza y a mí no me extrañaría que mintiese en eso de tener lagunas mentales. Todavía no puedo creer que declarara que me conocía de otra vida.

—Quizás espere que con decirlo, lo declaren mentalmente incapacitado y así se libre de lo que podría caerle encima por lo que hizo. Incautaron el frasco que llevaba encima, el que contenía lo que quería que bebieras. Lo han enviado a analizar. El resultado se conocerá esta noche o mañana por la mañana.

—Tenemos que encontrar el modo de averiguar si trabaja para alguien, Silver. No puedo irme sin sacar a Patrick de allí, sin aclarar la muerte de

Andrey.

Silver bajó la vista y bebió en silencio.

—¿Qué?

—Agatha más allá de las irregularidades cometidas por el detective, las pruebas en contra de Patrick siguen firmes. Dieron con el banco que emitió esos bonos, es un banco ruso. Deben ser los bonos que tú viste. Creen que había más dinero en bonos que Patrick debe haber desviado a otras cuentas no declaradas.

—Eso no puede ser cierto.

—Entre ese dinero y el que Vorobiov invirtió en el proyecto de construcción el capital de Reed se incrementó al doble al menos. Imaginan que las ganancias que sacaría de la venta de la construcción lo convertiría en el hombre más rico del estado.

—Patrick no haría eso.

—Lo lamento, Agatha. Las pruebas allí están. Con lo que respecta al detective... bien, como te conté mi abogado no es un abogado cualquiera... por lo que hemos podido ver con Iga y él... bien. No tenemos mucha idea de cómo sucedió mas por lo visto, al menos es cierto que te conocía de aquella otra vida. No tenemos idea de cómo fue que llegó aquí, pero aquí está. Me encantaría tener oportunidad de hablar con él para saber cuánto del pasado recuerda sin embargo lo veo difícil, al menos por el momento no creo que podamos acercarnos a él lo suficiente, y no pienso quedarme aquí mucho tiempo más. Incluso pese a todas las dudas que tengo sobre él y que tanto me molestan —Silver bebió el resto de su taza de té y se puso de pie—. Quizás cuando tú seas una de los nuestros podamos dedicar nuestro tiempo a averiguar quién está detrás de lo sucedido.

—¿Eso significa que ya no desconfías de Patrick?

—Eso significa que quiero apartarte de cualquier riesgo posible hasta que seas lo suficientemente fuerte.

—Patrick no tiene magia, Silver. Y la verdad es que no creo que recuerde nada de lo sucedido en el pasado.

—De cualquier modo no podemos fiarnos de nadie, Agatha; los tres

estamos en peligro. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—No me iré sin sacarlo de allí —insistí.

—Escúchame, Agatha, te lo dije anoche: esto es más grande de lo que imaginas. Si me lo preguntas yo creo que utilizaron a Crowell, que estuvo bajo alguna suerte de hechizo o algo, del que quizás por momentos pudo liberarse para hacer su trabajo correctamente y en otros, influenciados por voluntad ajena, intentó confundir la causa para salvar a los verdaderos responsables. Alguien de algún modo intentó controlarlo para que te inculpase.

—No iré a ninguna parte en estas condiciones.

—Eres terca como una mula, ¿lo sabías?

—Y todavía continúas diciéndome así —recordé una infinidad de veces en que él me había llamado de aquel modo.

—Haremos todo lo que podamos mientras arreglamos nuestra partida. Iga está preparándose para salir. Verá a algunas personas, quizás pueda averiguar algo sobre quienes están detrás de los actos de Crowell porque queda claro que ese hombre no debió actuar solo.

—¿Y Patrick?

—Mi abogado intenta encargarse de eso —negó con la cabeza—, no hay mucho con qué trabajar. Te lo repito, las pruebas lo incriminan —abrió el lavavajillas y colocó la taza dentro—. Esta mañana muy temprano hablé con Lidia, someramente le expliqué que anoche te habían detenido y que todo se solucionó, que quedó probado que no tenías nada que ver. No le conté sobre Crowell, por su seguridad es mejor que no lo sepa, le dije que te quedarías conmigo unos días. Me dijo que ella se ocuparía de abrir el Mystical; le contesté que lo mejor era que dejase la tienda cerrada, no queremos que nadie vaya a buscarte allí y se encuentre con ella. Cuanto más problemas podamos evitar mejor. Te quedarás aquí con nosotros hasta nuestra partida.

—Bien...

Silver alzó sus cejas y me sonrió.

—¿Bien? ¿Aceptas quedarte aquí? No puedo creer que estés dándome la razón.

—No te acostumbres, Silver. Como sea, tengo que ir a casa a buscar a Azrael, prácticamente lo dejé abandonado allí y hay cosas que quisiera recoger. Mis cartas, ropa y un par de cosas que son importantes para mí.

—Sí, claro. Te acompañaré.

—No es necesario, estaré de regreso antes de que te des cuenta.

—No pienso dejarte partir sola.

—Por favor, Silver, tu sigue intentando dar con quién está detrás de la muerte de Andrey. Además me figuro que mi casa todavía cuenta con protección policial.

—Sí, mi abogado me lo confirmó sin embargo para algunas cosas, las armas humanas no sirven de mucho.

—No estaré allí más de media hora. Es meter unas cuantas cosas en un bolso, a Azrael en la transportadora y salir de allí. Te prometo que no me demoraré más.

Silver cerró la puerta del lavavajillas y se quedó mirándome.

—Bien —convino a regañadientes—. Solamente porque tengo cosas que hacer y de ellas depende que nos larguemos de aquí pronto.

—Lo ves —le sonreí—. Así resolveremos todo más rápido.

Silver puso los ojos en blanco.

—Con respecto a Owen y a Lidia.

—Lidia no tiene idea de lo que sucede, Agatha. Imagino que nuestra partida la confundirá al principio... debe quedar claro que no podemos decirle nada a nadie, en fin, no podemos hacer más. No debemos llevarla con nosotros, ya sufrió una vez, no debemos hacerle pasar por esto en una segunda ocasión.

Sentí una presión en el pecho al saber que perdería a mi amiga. Con toda esta locura llevaba demasiado tiempo extrañando lo que nosotras solíamos ser y tener. Ocultarle la verdad podía ser seguro para ella mas eso no lo hacia menos doloroso.

—Con respecto a Owen... —Silver emprendió su regreso a la mesa—, nos aseguraremos de que lo olvide todo. Tampoco podemos llevarlo con

nosotros ni explicarle la verdad. Estoy seguro que podrá seguir adelante con su vida. Él tiene todo aquí, desde su hijo hasta la profesión que ama.

Que dijese eso me llamó la atención.

—No me mires así, no odio a Owen, Agatha. Por momentos lo considero un idiota, es cierto; no puedo negar que entonces intentó ayudarte incluso poniendo en riesgo su propia vida por eso con Iga haremos todo lo posible para que él recupere esta vida que tenía.

—Es una buena forma de agradecerle —entoné con voz quebrada—. De cualquier modo me parece poco por lo que hizo por mí, tanto entonces cuanto ahora.

—Lo sé, no podemos hacer nada más, ni por él ni por Lidia. Sus futuros no entran en el nuestro, van en caminos diferentes y no tenemos derecho a quitarles la magia que hay en sus existencias porque puede que no tengan nuestra magia pero a su modo, cada vida humana, por más normal que aparente ser, la tiene —Silver se detuvo frente a mí para colocarse de rodillas justo delante de mis pies. Tomó mis manos—. Aún no puedo creer que al final esto vaya a suceder. Lo haremos —añadió con una media sonrisa.

—Sí —lágrimas se agolparon en mis ojos—. Lidia solía decirme que debía creer en la magia porque la magia creía en mí.

—Tú eres la magia, Agatha. Eres más de lo que imaginas—. Suspiró largo y tendido—. Tenemos tanto de qué hablar. Parece increíble el tiempo que pasó desde que te vi por primera vez y supe que cambiarías nuestras vidas, sólo que no tenía idea de cuanto, las cartas jamás hubiesen podido prever todo lo que sucedió. No eras más que un bebé y yo te imaginaba convertida en una mujer con tu cabello plateado realizando la magia más estupenda.

—¿Un bebe?

—Sí, y uno muy llorón por cierto.

—Mientes —reí.

—No, Iga te lo confirmará. Volvías loca a tu madre. En el pueblo decían que llorabas mucho porque las brujas te atormentaban. Si ellos hubiesen sabido la verdad —se puso de pie—. Deberías comer algo antes de salir. Iga preparó toneladas de comida, ella está feliz de tenerte con nosotros, quizás

más que yo; no ha sido fácil para ella soportarme todos estos años. Además le alegra que la perspectiva de que te conviertas en su hermana.

—A mí me alegra también. Nunca pensé que podría aceptar ese futuro de un modo tan... no sé si la palabra es simple, es que pensé que me costaría más asimilar un cambio semejante. Debería aterrarme la perspectiva de vivir tanto y sin embargo se siente como algo... ¿natural?

—Es que está en ti desde que naciste, Agatha. Esto debía suceder. Anda, come algo y terminemos con todo esto de una vez, todavía no sales a buscar a Azrael pero yo ya te quiero aquí de regreso.

Me reí.

Iga entró en la cocina para darme los buenos días. Después de eso no paramos. Me obligaron a comer y cuando se dieron por satisfechos con la cantidad de comida que metí en mi estómago, todos fuimos a prepararnos para ocuparnos de lo que debíamos hacer.

—No te demores, no hables con nadie, ve directo a tu casa, recoges todo lo más rápido que puedas y sales de allí. Mi abogado se ocupará de todo lo demás después de que partamos. No te preocupes, no perderás tus cosas. Si te parece bien haré que él venda las propiedades y cierre el local.

—Pensaba en dejárselo a Lidia. Imagino que eso puede arreglarse de alguna manera.

Silver palmeó el marco inferior de la ventanilla baja de mi automóvil.

—Sí, claro, se lo diré. Lo arreglaremos. Me parece muy buena idea.

—Perfecto.

—Bien, recuerda, nada de desviarte. A tu casa derecho, recoges todo y regresas.

—Tranquilo.

—No podré quedarme tranquilo hasta no tenerte aquí de regreso. Me llamas en cuanto llegues.

—No es necesario, Silver.

—Me llamas y eso no es negociable.

—Ok, ok —canturreé.

—Bien, vete ahora antes de que me arrepienta de esto.

—Te quiero —le dije. Sentía por él algo tan distinto a todo lo demás que ignorarlo era humana y mágicamente imposible. No era comparable con el amor que sentía por Patrick pero ningún amor es comparable con otro.

Pensar en Patrick me entristeció.

—Y yo a ti, mi reina. Cuídate y regresa sana y salva.

—Eso haré. Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer. Ahora sí, vete ya que esto comienza a ponerme nervioso.

Me reí.

—Te veo luego.

—Sí —contestó él y entonces le di marcha al motor de mi automóvil y partí.

Un semáforo me detuvo a las pocas calles de llegar a mi casa. De refilón espí en dirección a mi bolso en el asiento del acompañante; allí se encontraba mi móvil.

Le debía a Owen al menos una llamada pero sabía que si lo hacía, corría riesgo de empeorar su situación. No podía sentirme todavía peor en relación a él. Nada de lo sucedido parecía destinado a tener un final siquiera medianamente feliz, si es que incluso nuestra partida con Iga y Silver era una medida que en realidad no resolvía nada, solamente apartaba para más adelante situaciones que desconocía. ¿Quién nos enfrentaba, qué pretendía? ¿Tanto odio y celos le generábamos?

Con un suspiro dejé estar el móvil en su sitio. En lo que fue el camino de mi mirada, de regreso al frente, di con la guantera de mi automóvil; se me puso la piel de gallina, es que lo había olvidado por completo, allí dejé la otra noche, la capsula dorada que Lidia había preparado para protegerme y que sospechaba, había hecho tanto daño a Patrick.

Hacia la tapa me estiré tirando del cinturón de seguridad. Empujé el cierre

hacia adentro y la tapa se abrió descubriendo la cadena con la capsula dorada sobre las pocas cosas que guardaba allí dentro. Aparté la mano un poco dudando en si tomarla o no. Si hasta me había hecho mal a mí también.

Volví a estirarme y lo tomé por la cadena para evitar tener contacto directo con la cápsula. El dorado de la misma resplandeció ante el sol de lo que se encaminaba hacia una tarde radiante.

No la acerqué demasiado a mí y de cualquier modo se me revolvió el estomago. Lidia, al igual que yo había regresado a esta vida sin todos los conocimientos de su vida anterior, o al menos todavía no descubría que los cargaba en su interior.

De un bocinazo quién venía detrás de mí en una gigantesca camioneta, me arrancó de mis pensamientos. El semáforo había cambiado a verde.

Arrojé la capsula dentro de mi bolso y puse en marcha mi automóvil.

El oficial de policía continuaba parado cual estaca en la puerta de mi casa, custodiando a Azrael y al Mystical cerrado y con su interior a oscuras.

Me dio tristeza saber que tendría que abandonar todo aquello por lo que peleé desde que puse un pie en este país. Al menos el esfuerzo no sería en vano, Lidia sin duda seguiría adelante con todo y con un poco de suerte, quizás descubriese todo el potencial que yo sabía, llevaba dentro.

Con cara de sorpresa, el oficial me vio llegar.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —me contestó apartándose un poco de la puerta.

—¿Quieres que te baje algo de beber o de comer?

—No, no es necesario además estoy de guardia.

—Sí, pero si necesitas beber algo... de nada sirve que te deshidrates allí por culpa del calor.

El joven oficial, muy rubio y blanco estaba rojo y con la piel perlada en sudor.

—Te bajaré algo fresco en un momento.

Asintió con la cabeza al tiempo que se llevaba una mano a la gorra.

Abrí la puerta y entré en mi casa. Al instante sentí a Azrael. Mi pantera negra tendría toda la razón del mundo en estar ofendido.

Trepé las escalera y al abrir la puerta me encontré con él sentado en la alfombra justo delante de la entrada, entre los sillones de la sala de estar, la mesita junto a la ventana que daba a la calle, aquella sobre la que hacía mis lecturas de tarot privadas y la puerta de la cocina al fondo. Sabía que Azrael podía resistir un par de días sin mí en lo tocante a sus suministros de alimento y agua pero los gatos son más que saciar su estomago.

La mirada amarilla que me lanzó no auguraba nada bueno.

Convertido en una roca negra, me miró fijo sacudiendo la punta de la cola, mejor dicho azotándola contra la alfombra en clara señal de enojo.

—Lo sé —entoné y él continuó impávido—. Si te contará todo lo sucedido no lo creerías —cerré la puerta por detrás de mi espalda—, o quizás sí. De verdad lo lamento, Azrael —me agaché frente a él colocando mi bolso a un lado. Lo olfateó alzando el cuello—. Tendremos que irnos.

Me miró.

—Para no regresar —añadí. Hice el amago de tocarlo temiendo que me rechazara; en vez de eso estiró el cuello y refregó su cabeza contra mi mano para empezar a ronronear. Inclineda sobre él, rascando su cuello besé su cabeza y lo abracé—. Tal parece que estoy perdonada.

Azrael refregó los lados de su cabeza por mi frente inclinada hacia él, hicimos contacto frente con frente por un momento mientras yo le dedicaba las caricias que le debía de estos días.

—Iremos a casa de Silver y luego de eso no sé, lo único que sé es que no regresaremos aquí—. Enderecé al espalda e inspirando miré a mi alrededor. Aquí en este edificio había encontrado y sabido hacer un hogar en el que me sentía cómoda por primera vez en mi vida.

Al distraerme Azrael se liberó de mis manos, avanzó hasta mi bolso y asomó la cabeza dentro. No tardó ni un segundo en soltar uno de sus resoplidos de furia poniendo todos sus pelos de punta y echando las orejas hacia atrás.

—¿Y ahora qué?

En respuesta a mi pregunta Azrael salió corriendo para perderse entre el mobiliario.

Al ponerme en pie, alcé el bolso conmigo, lo apoyé sobre el respaldo de uno de los sillones y rebusqué la cadena. Buscaría unas pinzas con las que pudiese abrir la cápsula para descubrir qué contenía. Suponía que abrirla no tomaría más de cinco minutos de todo lo que planeé hacer aquí para después regresar a casa de Silver y la verdad era que saber que el guardia estaba abajo, me tranquilizaba.

Con la cadena colgando de los dedos y el brazo bien extendido para tenerla lo más lejos de mí posible, fui hasta la cocina, allí tenía herramientas. Por las dudas procuré contener el aliento.

La solté sobre la mesa y fui a abrir la ventana para que circulase el aire.

El timbre de la puerta sonó.

—Soy yo —la voz de Lidia me llegó por el altavoz—. Pasaba por aquí para ver como estaba todo en el Mystical y el oficial me comentó que estás en casa. ¿Pensé que te quedarías con Silver? —añadió esto último bajando un poco la voz como si pretendiese que el oficial la oyera.

—Sí, es que tenía que buscar unas cosas.

—¿Puedo subir?

—Sí, claro, bajo a abrir.

—Bien —me contestó ella y entonces recordé que le había prometido al oficial algo fresco de beber.

Tomé de la heladera una botella de té frío pesqué unas galletas de dentro de la alacena y me lancé escaleras abajo.

Al abrir la puerta y verla experimenté un gran alivio. Solamente ella y yo podíamos saber cuanto nos extrañábamos y necesitábamos la una a la otra. Con lo que desde el exterior podría ser considerada una reacción exagerada, nos reunimos en un abrazo de apretón fuerte. Entre sus brazos suspiré aliviada y ella igual.

—Parece que hubiesen pasado años —me dijo.

—Perdón por desaparecer así. Los últimos días prácticamente me llevaron por delante.

—Tranquila, estamos aquí ahora —me soltó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, sube que enseguida estoy contigo—. Pasé por delante de ella para llegar al oficial, al mismo tiempo cediéndole el paso para que pudiese ascender las escaleras—. Toma, no quiero que te desintegres aquí montando guardia —le tendí las cosas.

—Muchas gracias, señora.

—De nada. Si necesitas algo más, lo que sea no tienes más que pedírmelo.

El oficial me agradeció una vez más y yo entré en casa.

Al cerrar la puerta sentí un cosquilleo en la nuca.

Puse un pie sobre el primer escalón y toda la escalera, que era de material tembló igual que si fuese de madera y tan vieja que la fibra de la misma estaba a punto de convertirse en polvo.

El cosquilleo en mi nuca cayó en cascada por mi columna cervical.

Resistiendo el miedo de que toda la casa colapsara sobre mí, ascendí el resto de los escalones.

Al llegar arriba vi por la puerta abierta que Lidia no estaba a la vista.

Puse un pie dentro del apartamento propiamente dicho. El silencio era demasiado profundo. La mala sensación a mi alrededor también lo era.

—¿Lidia?

—En la cocina —entonó con voz cantarina—, es que acabo de descubrir que yo también tengo sed.

No puedo precisar qué fue lo que en su voz, me cayó tan mal, solamente sentí que debía salir corriendo y al mismo tiempo que no podía irme de allí sin enfrentar lo que ella generó en mí.

No tenía tiempo para llamar a Silver y de cualquier modo...

En un flash que duró una milésima de segundo mi apartamento desapareció para ser reemplazado por un campo en plena noche. La luna

brillaba sobre mí. Todo a mi alrededor era magia y pese a estar allí, en medio de la nada, sola y a merced de toda la maldad de universo, supe que al mismo tiempo tenía de mi lado toda la bondad.

Tragué saliva y di el primer paso.

Me detuve solamente al llegar al marco que dividía la cocina de la sala de estar.

Lidia estaba frente a la heladera abierta. Se escuchó el tintineo de botellas.

Mis ojos me susurraron que debía mirar hacia la izquierda y eso hice, giré la cabeza, ni la cadena ni la cápsula estaban sobre la mesa. Las cortinas de la ventana abierta ondulaban sobre la silla. Busqué con la vista la pieza que Lidia me diera, caída entre las sillas de este lado por miedo a que la cortina la hubiese empujado. No estaba por ninguna parte.

Lidia cerró el frigorífico llamando mi atención.

Frente a mi destapó una pequeña botella de té helado igual que la que le diera al detective.

—¿Qué sucede, perdiste algo?

El aire se escapó de mis pulmones.

Lidia destapó la botella y bebió un sorbo. Al bajar la mano y la vista me enfrentó, la cadena salió de debajo de su puño, la cápsula quedó colgando de su dedo meñique.

—Se suponía que debías llevarla todo el tiempo contigo.

Su voz sonó demasiado áspera como para que creyese que ella estaba preocupada por mi seguridad.

Retrocedí un paso.

—¿Y bien? —insistió ante mi falta de respuesta—. ¿Por qué te la quitaste?

—¿Qué le pusiste dentro?

—Deberías responder a mi pregunta primero, soy tu amiga y estoy preocupada por ti.

—¿De verdad?

—Tu desconfianza me insulta, Victoria.

—¿Cómo sabes que desconfío?

—Bueno... —dejó la botella sobre la encimera— ...somos brujas. Tenemos un sexto sentido, ¿no crees? ¿No lo tienes tú?

—Lidia...

—¿Qué pasa, Victoria? —Tantos pasos dio ella en mi dirección, tantos pasos retrocedí yo—. ¿A qué le temes? ¿A mí?

—Sea lo que sea que pusieses dentro, le hizo mal a Patrick, tuve que quitármela por él.

Lidia hizo que la cadena diese un salto, la cápsula cayó dentro de su puño.

—A mi también me hizo mal. No deberías armar amuletos si no sabes... —no conseguí terminar la frase, ella con una carcajada me interrumpió.

—¿Si no sé, dices? —volvió a reír—. Lidia se arrojó la cápsula dentro de su bolso el cual estaba en una de las sillas que rodeaba la cocina—. No crees tú es que es buen momento para parar con tanta mentira.

Retrocedí de espaldas un par de pasos más.

—Me contó un pajarito, uno un tanto parlanchín que no supo hacer demasiado bien su trabajo, que tú sabes más de lo que admites saber en este instante—. Dime, Victoria, ¿cuánto recuerdas? ¿cuánto del pasado te contó Bialy ya?

No pude contestar nada, mi cerebro funcionaba a toda máquina ahora.

—Sé muy bien que Iga está en la ciudad. Vamos, no seas tímida, dime cuanto recuerdas.

—Casi todo —admití enfrentándola—. Creo. Los recuerdo a ellos, a ti, a Owen, a Patrick. Recuerdo las torturas y el modo en que morí. Silver me contó sobre lo que sucedió contigo y porqué volvimos. Bebiste de la poción que me dio Iga y le diste a beber a Owen.

—Y también al que ahora es el detective Crowell. Él solía ser un hombre útil, al menos lo fue en el pasado. Esta vez no fue de demasiada ayuda. Ni

modo... —se encogió de hombros —son los riegos de encargarle el trabajo sucio a terceras personas.

—¿Qué dices?

—Lo que digo es que así como en el pasado, no te convertirás en una de ellos, Victoria. Eso no sucederá y no tendrás una tercera oportunidad—. Lidia se llevó una mano a la parte posterior de la cintura de la falda y de allí sacó un cuchillo.

—¡¿Qué haces?! ¿Qué es todo esto? Lidia, nosotras somos y fuimos amigas.

—¿En serio? —soltó ella riendo—. Jamás fuimos ni seremos amigas, Victoria. Tú arruinaste mis oportunidades no una vez, sino dos veces. De hecho arruinaste mis dos vidas.

—No hice tal cosa.

—Lamento decírtelo pero sí. Sabes que cuando descubrí quien era Bialy, en aquel pueblo inmundo, mi magia era muy superior a la tuya, siempre lo fue y sin embargo ellos dos te eligieron a ti para acompañarlos. Me dieron la espalda, me ignoraron. Te sacarían a ti de ese inmundo lugar para convertirte en una Plateada y a mí me dejarían para que me pudriese allí.

—Lidia... —su nombre se escapó de mi en un jadeo.

—Yo lo descubrí todo y tú siquiera tenías idea de lo que eras. Sí, tu magia estaba allí sin embargo no eras más que una chiquilla tonta que no podía controlar ni su propio cuerpo. Para cuando tú aprendiste a hablar yo ya ejecutaba magia que ni hoy tú podrías.

—¿Qué?

—¿Y crees que me equivoqué con lo que coloqué dentro de la cápsula? Vamos, Victoria, ¿ese es el concepto que tienes de mí, lo que crees que soy? Qué pérdida estás corazón. No tienes ni la menor idea de nada.

—¿De qué debo tener idea?

—De todo lo que hice hasta ahora desde que Patrick apareció.

El corazón comenzó a latirme en los oídos.

—Cuando conocí a Silver sabía que era un gran mago pero por ese

entonces no recordaba nada. Yo sabía que tenía mucha magia en mí, siempre la tuve y por eso recurrí a él. A Silver jamás le importó aquello de lo que yo era capaz; es probable que simplemente no quisiese ver mi potencial. Te esperaba a ti como un tonto otra vez, para entregarte toda su sabiduría; siempre ha estado enamorado de ti, te ama desde que te vio la primera vez en aquella otra vida cuando no eras más que un bebé. Silver puede ser muy fuerte, mas su amor por ti lo convierte en un verdadero idiota, en uno demasiado descuidado que siquiera se percató de lo que sucedía bajo su nariz.

—¿Qué es lo que has estado haciendo?

—Lo que debía hacer para corregir los errores del pasado. Yo no recordaba nada hasta que vi a Patrick en el Mystical contigo. De lejos lo vi, tú con tus cartas... él sentado frente a ti con Vorobiov allí. La verdad cayó sobre mí como un balde de agua fría y apenas si podía creerlo. Lo recordé todo, todo lo que sentí, lo que viví, lo que padecí por tu culpa durante tanto tiempo. Por eso no me quedó más remedio que poner manos a la obra —me apuntó con su daga—. Patrick no es más que un humano. Imagino que su primera reacción frente a ti fue porque algo en su interior le dijo que ustedes dos ya habían tenido algo y que aquello no fue muy bien —me dedicó una sonrisa socarrona—. Su segundo brote de violencia esa noche fue mi responsabilidad. Es que se me dan muy bien las pociones, Victoria. En eso no hay nadie mejor que yo. Siquiera Silver, aunque quizás él no opine lo mismo. Patrick es muy fácil de controlar, hora más que antes, su mente es débil y carga demasiados arrepentimientos y vergüenzas por lo que te hizo. Gracias a mí no tiene idea de lo sucedido la noche en que asesinaron a Vorobiov.

—¿Mataste a Vorobiov?

Lidia se carcajeó.

—No, pero mi magia me permitió saber que no tenía mucho futuro, que su muerte era inminente. Creo que Andrey tenía más que un par de enemigos. El hombre debía dinero a un par de mafiosos y a mucha gente no le caía simpático porque a pesar de ser un mafioso también, tenía montado a su alrededor todo ese esquema de hombre bueno que ayudaba a los necesitados. No es mi asunto pero su muerte me cayó fenomenal así como la muerte del socio de Raúl. A él si no me quedó más remedio que asesinarlo y de cualquier modo fue una tarea sencilla. Unas gotas aquí y allí, y asunto resuelto. No solamente fastidiaste mis oportunidades de ser una Plateada sino

que también me arrebataste antes y ahora, al hombre que yo amaba. Cuando moriste en la hoguera creí que sería fácil poder seguir controlando a Raúl, hacer que continuase creyendo que te odiaba y que tú habías arruinado su vida —se interrumpió para inspirar hondo—; todo se desmoronó y él ya tampoco quiso saber de mí. En esta vida fue lo mismo pero él ya no me interesa. Que se pudra en la cárcel, es lo que se merece. Admito que no sé cómo hicieron esos mafiosos para colar esos bonos que le robaron a Andrey en sus cuentas pero no podría estar más feliz. Lo inculparon para librarse de sospechas y a mí todo me cayó como anillo al dedo. Lo único que falló es que mi intención era que tú también te pudriese en la cárcel con él —resopló—. Crowell se emocionó mucho contigo. Tenía que darte a beber de la botella y se suponía que fuese muy discreto. El hombre se encegueció, es que en el pasado le encantaba cazar brujas, era una adicción y su deporte favorito, y supongo que terminó de recordar eso. Recuerdo lo feliz que estaba en aquella otra vida cuando le dije que sospechaba que tú habías matado al socio de Raúl con una poción. Por eso te encerraron y te quemaron, Victoria. Una pena, todo iba tan bien —suspiró—, esta vez también había logrado convencerlo de tu culpabilidad.

—¿Quién eres, qué eres?

—Soy aquella, Lidia y esta Lidia de hoy. A Silver les gusta llamarnos Oscuros para sí diferenciarnos de lo que ellos dicen que son: Plateados. La cuestión es que todos somos lo mismo, Victoria, solamente magia.

Todas las alarmas terminaron de saltar en mi cabeza.

Allí estaba el enemigo que Silver esperaba encontrar después de que me cambiasen a mí.

A mis espaldas, la puerta que daba a la escalera se cerró de un portazo.

A pesar de que las persianas estaban abiertas, todo a nuestro alrededor se tornó oscuro.

Encontrar al asesino de Vorobiov ahora no me parecía tan urgente. Tenía la impresión de que no lograría salir de aquí con vida a menos que... a menos que esa supuesta magia que yo llevaba dentro, terminase de recordar lo que ya sabía de aquella otra vida, lo que Silver le había enseñado.

Lidia apuntó con el cuchillo hacia mi garganta.

—De mí no quedarán rastros aquí y me aseguraré de convencer a todos de que Patrick te mandó matar en venganza por abandonarlo en aquel calabozo. ¿Ante todos gritó que te odiaba, no es así? Vamos, que no resultará muy difícil de creer que desde allí dentro orquestó tu muerte, después de todo es un hombre poderoso y ya pesa sobre sus hombros la sospecha de una muerte. Quien asesina una vez, asesina dos —me sonrió.

—Estás loca. Lidia yo no...

—¡Cierra la boca! ¡Estoy harta de ti! Harta de todo esto.

—Silver descubrirá la verdad e irá detrás de ti. Él ya sabe que...

—No sospecha de mí, no tiene idea de que tengo este poder y tampoco lo tenía en el pasado, para él siempre seré solamente la bruja que tenía una magnífica facilidad para las pociones y nada más. Dentro de la cápsula había una preparación destinada a que Patrick se lanzase en tu contra, de preferencia que acabase con tu vida pero es evidente que al igual que en el pasado, te ama demasiado. Trabajar con un corazón y una mente tan atribuladas lo complica todo. En fin, ya no importa, aquí estoy yo para terminar de resolverlo.

—Lidia... —retrocedí un paso por la sala de estar en penumbras buscando a mi alrededor algo que pudiese utilizar de arma para defenderme y entonces vi a Azrael bajar corriendo por las escaleras con todo el pelaje encrespado, resoplando y bufando. Creí que llegaba al rescate al percibir la magia de Lidia; en vez de concentrarse en nosotras salió corriendo por entre ambas y fue a esconderse debajo de la mesa del tarot.

Percibí algo más, algo que no fue un ruido... provenía de arriba. Hubiese podido jurar que no estábamos solas.

Al bajar la vista por las escaleras me topé con la mirada de Lidia, ella también estaba atenta a la planta alta.

Las pisadas de botas sobre las escaleras estallaron como balazos dentro de mi apartamento mas lo que empuñaba el hombre encapuchado en su mano no era un arma de fuego sino aquel cuchillo que ya utilizara una vez, más precisamente para acabar con la vida de Andrey.

El hombre se lanzó escaleras abajo. Sabía que su blanco era yo, que estaba aquí para ponerle fin a mi vida.

Olvidándome de que me quería muerta, me puse del lado de Lidia porque entendí que aquel hombre nos mataría a las dos. No tenía pensado dejar más cabos sueltos, no otra vez.

El timbre de la puerta sonó distrayéndonos a ambas, no al hombre encapuchado quien se lanzó sobre nosotras rugiendo.

Sin pensarlo dos veces manoteé mi bolso del respaldo del sillón y lancé un golpe en dirección a su cabeza. El filo de su cuchillo pasó entre mis brazos y la mano izquierda de Lidia.

El timbre volvió a sonar.

Lidia soltó un sablazo en dirección al cuello del encapuchado y después en mi dirección. El hombre le tiró un golpe con la mano libre y dio una estocada en dirección a mi torso. Volví a intentar golpearlo con mi bolso pero éste dio en el lado externo de su poderoso brazo derecho sin causarle el menor daño.

El timbre sonó una vez más, ahora insistente y largo.

El encapuchado descuidó el lado que daba a Lidia y con su mano izquierdo atrapó mi bolso tirando momentáneamente de él y de mí.

Lo solté y el bolso cayó al piso.

Lidia aprovechó el descuido del asesino y usó su cuchillo para atacarlo. El hombre tarde se dio cuenta de lo que ella hacía. Rugió cuando Lidia cortó sus ropas y la carne de su brazo izquierda haciéndole un tajo que tiñó de rojo la hoja del cuchillo.

Con un rugido el encapuchado se lanzó sobre ella. Su puño cerrado golpeó a Lidia quién trastabilló y fue a dar contra la mesa del tarot. Azrael salió disparado hacia la cocina.

El timbre sonó una vez más, ya de modo histérico. Alguien abajo sabía que las cosas aquí no iban bien.

El asesino comprendió que no le sobraba el tiempo por lo que se lanzó sobre mí con todas sus fuerzas.

De milagro logré escapar del abrazo de oso que venía acompañado con la resplandeciente punta de su cuchillo. Salté en dirección a la cocina. Debía encontrar un arma con la cual defenderme y allí tenía varias cuchillas que

podían servir.

Tropecé y por poco caigo. Aterricé contra el respaldo de una de las sillas de la cocina. Sentí el puño del encapuchado cerrarse detrás de mí. Impulsándome hacia delante, volqué la silla a mi espalda para detenerlo al menos un poco. Mis dos manos se lanzaron hacia el cajón de los cuchillos. Tiré de éste con tanta fuerza que se salió de las correderas y todo cayó al suelo.

Resbalé, caí sobre mis manos retorciéndome las muñecas. Con las plantas de los pies intenté alzarme.

El encapuchado gruñó justo detrás de mí.

Divisé en el suelo, entre un montón de cubiertos la cuchilla más grande que tenía.

Mis manos sudorosas por poco pierden el mango negro del filo. No logré el mejor agarré pero no tenía tiempo para pensar, menos que menos para acomodar la empuñadura. Me di la vuelta y tiré el golpe en dirección al encapuchado que caía sobre mí. Al inclinarse él un poco más hacia delante vi por encima de su hombro derecho que Lidia se le lanzaba encima con el cuchillo por delante.

Todo fue muy rápido pero no por eso menos impresionante. Mi hoja se clavó en el vientre del encapuchado y la de Lidia por su espalda.

El hombre soltó un grito y luego otro ahogado para desplomarse sobre mí. El cuchillo se le escapó pero el que yo empuñaba seguía en mi mano, pegada a su abdomen.

Lidia se hizo hacia atrás con su filo en alto. Vi su rostro desencajado al caer hacia atrás por culpa del peso muerto del asesino.

El timbre sonó una vez más y entonces escuché un estallido que sonó como a un disparo.

Todo mi cuerpo y en especial mi cabeza, dio contra el suelo atontándome.

El asesino me aplastó con su cuerpo, su sangre empapó mi mano. Asqueada solté la empuñadura.

—Ahora esto vuelve a ser solamente entre tú y yo —entonó Lidia avanzando hasta mí—. No volverás, Victoria. Tu historia termina aquí.

Con el brazo izquierdo empujé el cuerpo sin vida del asesino mientras que mi mano derecha intentaba recuperar el agarre de la empuñadura de la cuchilla empapada en sangre.

—¡Morirás, morirás aquí y ahora y para siempre!

—¡Victoria! —la voz de Owen estalló en mi apartamento después de que alguien abriese la puerta de una patada.

—¡Alto! —gritó el policía.

Lidia no les hizo el menor caso y se arrojó sobre mí.

La correría y los gritos de los recién llegados se confundieron con los chillidos furiosos de Lidia, con los que continuaba jurando que yo no regresaría jamás, que moriría aquí.

Owen y el oficial de policía irrumpieron en la cocina en el momento en que logré salir de debajo del asesino.

El oficial con su arma en mano dio una vez más la señal de alto que Lidia no acató. No veía, escuchaba o sentía más que el odio que me tenía.

El disparo cortó el aire y mi visión se puso blanca, blanca igual que cuando el humo del fuego se hizo dueño de mis pulmones para arrebatarme la vida.

Ya no sentí ni calor ni frío, ni dolor ni malestar alguno. Fue simplemente paz, una paz plateada y bella que me acunó entre sus brazos.

Allí me relajé sin que nada me importase. Si había muerto o continuaba con vida y esto no era más que una visión o un extraño sueño, no tenía la menor importancia. Todo estaba bien aquí.

27. Te amo, te amé, te perdí.

—Victoria. ¡Victoria! Victoria despierta.

Su mano tocó mi mejilla arrebatándome de la luz. Abrí los ojos para ver a Owen arrodillado a mi lado.

—Eduardo —su nombre brotó de mis labios sin que me diese cuenta. Owen me sonrió.

—Es tan extraño que me llames así.

—Es tu nombre ¿o no?

—Lo es —contestó ayudándome a sentarme sobre el suelo. Al hacerlo vi mi cocina siendo invadida por policías. También vi el cuerpo del asesino y el de Lidia.

Owen siguió la dirección de mi mirada.

—Recordé muchas cosas, por eso vine a verte. Cuando llegué aquí tuve una muy mala corazonada. Sabía que algo malo sucedía y no conseguía convencer al oficial de que derribase la puerta. Cuando me dijo que Lidia estaba aquí contigo... No tenía idea pero creo que ahora comienzo a comprender algunas cosas.

—Es mucho más de lo que imaginas.

—Supongo que así es. Recordé lo que era Silver y muchas otras cosas. No soy uno de ustedes más la mirada de Lidia sobre ti explicó muchas cosas —tomó mis manos. Sonrió para mí—. Al menos esta vez si pude ser de ayuda.

—Owen...

—Sí ella te hubiese hecho daño...

Liberé mis manos de las suyas y lo abracé.

—Gracias —le dije apretándolo contra mí.

—No puedo creer que te tenga aquí entre mis brazos, que estés aquí, que los dos estemos aquí. Esto es... —me sonrió—. Tendrás que explicarme cómo es que esto es posible.

—Magia —susurré sobre su oído derecho y él se carcajeó debajo de mi abrazo.

—Sí, claro, debí imaginarlo— fue su turno de estrecharme—. Por primera vez en una eternidad creo que puedo respirar en paz —suspiró—. Ahora sí puedo respirar en paz.

Un oficial moviéndose sobre el cuerpo del asesino, nos interrumpió. Los dos nos giramos en su dirección para verlo descubrir el rostro del hombre, con sus manos cubiertas en guantes. Era un hombre de piel muy clara y cabello de un rostro ceniciento. No recordé sus facciones de ninguna parte, de hecho como había dicho Lidia, las dos situaciones simplemente se habían conjurado, era parte del destino, lo que llega sin que lo puedas controlar y lo que está en tus manos intentar modificar.

—¿Lo reconocen?

—No —soltamos los dos al unísono.

—Creemos que entró por los techos, hay gente revisando toda la manzana —el policía palmeó los lados del torso del asesino.

A mi cocina entró el hombre que había irrumpido en la sala de interrogatorios cuando el detective Crowell actuando por Lidia, intentó acabar conmigo. Comprendí que incluso hasta último momento ella había conservado al menos alguna esperanza con Patrick porque quería que yo firmase aquella declaración en la que me echaba toda la culpa encima para liberarlo a él. Debía esperar que la amase, que le diese una oportunidad.

Los ojos se me llenaron de lágrimas por ella y por todo lo que vivió y vivimos.

—¿Señorita Briz se encuentra bien?

—Sí, estoy bien —le respondí al hombre—. Me golpeé un poco al caer pero no me hicieron daño.

—No entiendo nada de esto, quién es ella. El oficial de guardia dice que es una amiga suya. ¿La atacó?

Asentí con la cabeza.

—Y ese hombre es el asesino de Andrey Vorobiov, el mismo que robó los bonos de su maleta en la casa de Patrick Reed y estoy seguro de que si procede como debe, en la investigación descubrirá que Patrick no tiene nada que ver con la muerte de Andrey y que quienes movieron esos bonos en su

cuenta han de ser los mismos que encargaron a ese hombre, acabar con la vida de Andrey. Solamente pretendían inculpar a Patrick para que fuese un asunto cerrado y ellos quedar libres de sospecha.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Una de mis visiones —mentí. Si quería que me creyese y si no... De cualquier modo estaba segura que investigando al menos un poco, conseguiría descubrirlo por su cuenta—. No espere que explique nada más hasta que llegue mi abogado.

—No te preocupes, Iga y Bialy vienen en camino.

Le sonreí a Owen.

En la cocina entró un grupo de hombres que debía ser de la policía forense.

—¿Puedo salir de aquí?

El hombre asintió con la cabeza.

Azrael me maulló desde la puerta.

Owen me ayudó a levantarme para ir hasta él y recogerlo del suelo. Entre los dos le dimos cariño en un intento calmarlo.

Los tres nos instalamos en el sofá más grande de mi sala de estar.

Cinco minutos más tarde entró un oficial con cara de haber ganado la lotería. Como un flechazo fue directo a la cocina después de preguntar al primer oficial que vio, por el Jefe McKinney.

Le indicaron la cocina y hacia allí fue.

Desde la sala escuchamos al oficial contándole a McKinney, el hombre que me salvara de Crowell que habían encontrado el automóvil que debía pertenecer al asesino con un montón de evidencia dentro, incluidos papeles que parecían bonos y un móvil repleto de datos por demás interesantes. El oficial dijo reconocer un nombre como el de un sujeto que llevaba un tiempo siendo sospechoso de manejar una de las mafias más grandes y peligrosas de Rusia.

El Jefe McKinney espió por la puerta de la cocina buscándome. Asintió con la cabeza.

Quise pedirle a gritos que ordenase la liberación de Patrick en ese instante.

—Todo se resolverá —intentó cálmame Owen—. Ya lo verás, todo saldrá bien, tienen la verdad en sus manos. Tendrán que ponerlo en libertad.

—Sí, eso es cierto—. Él estaría en libertad pero quizás no quisiese saber nada de mí después de lo sucedido. Patrick no recordaba nada del pasado y que lo recordase quizás no sería de mucha ayuda. Además qué futuro podíamos tener juntos y cada célula de mi cuerpo pedía el cambio que Silver e Iga me habían ofrecido y él continuaría siendo un mortal.

Veinte minutos después, Silver gritó mi nombre desde la puerta de entrada. Iga y él lucían más pálidos de lo normal. Los dos se nos echaron encima para abrazarnos.

Perdí la cuenta de la cantidad de veces que Silver le agradeció a Owen estar allí, el ayudarme, el salvarme.

—Lidia —entoné cuando Silver se apartó un poco—. Fue ella.

Iga, Silver y su abogado, los tres, giraron para mirar hacia atrás, hacia la cocina.

—Este lugar está impregnado en su magia —entonó Iga en voz muy baja.

—No entiendo como no lo noté antes —me dijo Silver.

—Ella quería ser una de ustedes. Dijo que nunca notaste su magia, ni antes ni ahora. Dijo que...

Silver no me permitió seguir.

—Cuando supimos de ti también supimos de ella pero yo le dije a Iga que no podríamos ocuparnos de las dos y me decanté por ti porque creí que tenías más aptitudes. Ella era muy buena sin embargo le faltaba algo y la desestimé del modo más cruel. Ahora lo veo. Todo esto es mi culpa. Debí... debí... — la mirada de Silver se enturbió.

—No digas eso, Silver. Los dos sabíamos que si bien la magia de Lidia era fuerte ella no tenía todo lo necesario para ser una de los nuestros, allí tienes la prueba —Iga apuntó con la cabeza hacia atrás.

—¿Intentó asesinarte? —me preguntó el abogado de Silver en voz muy

baja aproximándose a nosotros.

—Sí —le contesté—. Además amaba a Patrick —le expliqué a Silver—. También lo amó antes. Yo le arrebaté todo lo que ella quería por eso....

—No necesito que digas nada más, Victoria. Terminó —Silver posó sus manos sobre mis manos, las cuales se encontraban encima de Azrael.

—Intentaré minimizar esto lo más que pueda —prometió el abogado a Silver.

—Sí, por favor. Si podemos evitar que el nombre de Lidia sea ensuciado... no es solamente su culpa. Al menos me gustaría poder hacer eso por ella.

—Claro, no te preocupes. Haré todo lo que pueda.

El abogado se esforzó lo más que pudo, sin embargo las horas que le siguieron a esos hechos fueron eternas. Nos interrogaron a todos largo y tendido, y si bien yo sabía que Patrick había sido puesto en libertad minutos antes de la media noche de ese día, no volví a saber de él.

En mi interior imaginé que me esperarían a la salida de la sala de interrogatorios o en el hall de la estación de policía; no estaba allí cuando Owen, Iga, Silver, su abogado y yo fuimos liberados por fin.

Fue una noche todavía más larga en la que les conté a todos, lo sucedido y en la que Silver intentó explicarle a Owen cómo eran las cosas.

Sorprendido pero aliviado, Owen se fue a su casa al amanecer y yo me rendí al sueño necesitada de olvidarme de todo, en especial de la fría distancia de Patrick al menos por un par de horas. Tres llamados había hecho a su móvil sin obtener respuesta.

...

Recogí las cartas de encima de la mesa y sosteniéndolas entre mis manos, en silencio, les agradecí.

—Extrañaba tanto nuestras conversaciones con las cartas de por medio. Sabes qué, me da la impresión de que éstas te van mejor. Es como si fuesen

parte de ti. Me hacen sentir todavía más confiada en tus manos.

Tendí el paño lila sobre la mesa y le sonreí. Si ella supiera.

Estas cartas llevaban demasiado tiempo siendo mías. Silver las había comprado un tiempo después de que la vida nos separase, jurándose que me encontraría una vez más y que me las daría. Lo consiguió y me las dio.

—Es cierto, Ruby, estas cartas son muy mías.

—Me alegra que te sienten tan bien, lo que no me alegra es ver esa mirada triste en tus ojos. Pareces llena de energía sin embargo hay algo que está opacando todo eso que llevas en ti.

¿No se suponía que la adivina aquí era yo? Sí, estaba increíblemente feliz porque después de mucho esperar al fin podría hacer efectivo mi cambio. A partir de esta noche sería una Plateada como Silver e Iga. En los últimas dos semanas de espera a que todas las cuestiones legales por la muerte de Vorobiov y el ataque que sufrí de manos de su asesino y de Lidia se aclarasen, mi magia crecía a pasos agigantados. Comencé a recordar muchas cosas que me enseñara Silver en mi otra vida y ahora me era imposible contener la magia.

Terminé de envolver las cartas en el paño y las coloqué dentro de la caja.

—Sucedieron muchas cosas, Ruby.

—Lo sé cariño, es que me preocupo por ti. Perdiste a tu amiga e intentaron asesinarte. Eso afecta a cualquiera sin embargo... ¿Qué sucedió con aquel hombre del que me hablaste la otra vez?

Era él la verdadera razón de mi tristeza.

No me atreví a tocar a su puerta; sí lo llamé por teléfono un centenar de veces y le dejé mensajes que Patrick jamás regresó. Al final terminé aceptando que lo nuestro estaba destinado a terminar así, para siempre pese a que yo tenía la certeza de que lo amaría por siempre.

Negué con la cabeza.

—Eso se terminó, Ruby.

—¿Qué dices?

Tocaron a la puerta.

—¿Sí?

Paula, la chica que había contratado para que me ayudase en la tienda, pidió permiso y asomó la cabeza hacia dentro de la salita. Ella había llegado a mí por Owen, fue él quien me la recomendó, después de que fuese a su estudio para tatuarse; mientras él trabajaba sobre su piel, conversaron largo y tendido, y ella le contó que tenía ciertas aptitudes, ciertos dones que le hicieron pensar en mí. Él sabía que yo ya estaba en tratativas de encontrar a alguien para que me ayudase aquí porque después de todo, con Silver e Iga decidimos que no había razón para que nos marchásemos de la ciudad al menos por el momento.

Desde el primer instante en que la tuve en frente comprendí por qué a Owen, ella le había hecho pensar en mí. Sin dudas que Paula era muy especial, más de lo que él creía, incluso más de lo que yo me atreví a imaginar. Silver me lo confirmó cuando la llamé por segunda vez y con él, pretendimos que su presencia allí, en ese café en mitad de la entrevista de trabajo, era una mera casualidad. Quizás un día ella también pudiese convertirse en una de los nuestros.

—Alguien quiere verte, Agatha. Pidió si podías hacerle una tirada. No tiene cita y le expliqué que estabas ocupada; insistió en que esperará por ti todo lo que tenga que esperar, “una eternidad, si hace falta”, eso dijo —Paula metió un poco más de su torso por el hueco de la puerta y me sonrió pícaro—. Es un hombre increíblemente guapo. No como Owen pero tiene lo suyo.

Owen no lo sabía: Paula estaba perdida por él. Esta misma noche, saldrían en plan amigos al cine pero yo los había visto juntos en varias ocasiones siendo testigo del modo en que se llevaban. Aquello prometía; además las cartas me lo confirmaron.

Le sonreí.

—¿Quién es? ¿Es uno de los clientes regulares?

—No, no figura en tu lista.

—¿Cómo se llama?

—Me dijo que te dijera que era El Tigre quién había venido a verte.

Al escuchar aquello por poco y me caigo de la silla. Sentí que la sangre se me escurría del rostro pese a que mi corazón se había puesto a bombearla a

chorros por mis venas. Mi corazón desbocado me tornó difícil la respiración.

Intenté decir algo, no tengo idea de qué era, de cualquier modo las palabras no alcanzaron a trepar por mi garganta.

—Bien, si tienes visitas yo me retiro.

Ruby, ayudándose con su bastón, se puso de pie.

—¿Qué le digo a ese hombre, Agatha? Insistió mucho, de hecho dijo que era un asunto de vida o muerte, que necesitaba verte y que si era preciso te rogaría. Se lo notaba bastante desesperado.

—No deberías esperar que nadie te ruegue niña, tú eres mejor que eso y no lo necesitas.

—No, no necesito que ruegue, Ruby es que... es una persona que conozco desde hace mucho tiempo pero había perdido las esperanzas con él, creí que no volvería a verlo nunca más.

—Bueno, si eso creías, mejor que no demores más el reencuentro. Ayúdame niña, que salir sola del aquí me tomará una eternidad y un palpito me dice que Agatha y ese hombre necesitan estar a solas cuanto antes.

Paula me miró esperando mi aprobación. Asentí con la cabeza y ella terminó de entrar en la salita para ofrecerle su brazo para que se sostuviese.

Me levanté de la silla.

—Gracias, Ruby —intercambiamos un abrazo y un beso—. Te veo en unos días.

—No dudes que aquí estaré.

De camino a la puerta me adelanté a ellas para abrirla.

Lo primero que vi, lo único que vi, fueron sus ojos, esos ojos de Tigre que amaría toda la vida sin importar qué.

Quise sonreír, llorar, decirle que lo amaba; mi cuerpo trabado no emitió señal alguna y la mirada de ilusión que me dedicó en un primer momento quedó ahogada en la mueca seria en su rostro.

Ruby se despidió de mí con una sonrisa. Ella y Paula abandonaron la salita para mezclarse con los clientes que deambulaban entre cristales, péndulos, hierbas, aceites esenciales, pirámides, libros, bolas de cristal, velas

y hornillos.

—Ella lo atenderá ahora —le avisó Paula al pasar por su lado guiando a Ruby hacia la puerta. Las dos espieron en mi dirección.

Como mi cuerpo no conseguía mantenerse en pie, me aferré del marco de la puerta pegando además, mi espalda contra éste.

Patrick dudó los dos primeros pasos, supe que tenía miedo de que lo rechazara. Al final caminó hasta mí.

—Hola, Victoria.

Tragué saliva.

—Entono tu nombre y es como si mi piel fuese a estallar. No puedo creer estar pronunciándolo, no puedo creer estar viéndote aquí, apenas si puedo creer que yo esté aquí ahora después de tanto. ¿Cómo es que esto es posible?

—Magia. Para bien o para mal... magia —le respondí comprendiendo que él había recordado todo.

—Lo siento. Vine a pedirte perdón por abandonarte... por hacerlo dos veces. Te amo, te amé, te perdí.

—Raúl...

Al escuchar su nombre de mis labios sonrió cerrando sus ojos, su rostro se tornó plácido.

—Es tan extraño —abrió los ojos—. Lo lamento tanto, sé que no tengo perdón. Lo recordé todo, te vi sufrir por mi culpa. Te herí tanto y lo hice dos veces y no sé... no entiendo por qué te dejé entonces, porqué te dije aquellas cosas cuando estabas encerrada. Hay lagunas que no puedo explicar, momentos de aquella vida y de esta que no son más que borrones confusos en los que siquiera me sentí como yo mismo. Tienes todo el derecho del mundo a pedirme que me vaya, que desaparezca de tu vida... todos esos mensajes que me dejaste. Intentaste ayudarme y yo te di la espalda. Siquiera te agradecí. Te pusiste en peligro por mí. Por supuesto que supe que es asesino se presentó en tu apartamento y lo de Lidia... no entiendo porqué hizo eso ella, era tu amiga, yo sé cuanto te quería.

—Mejor pasas —apunté con la cabeza al interior de la salita.

Patrick movió la cabeza asintiendo y entró. Yo lo hice tras él, cerrando la puerta por detrás de nosotros.

Llegó a la mesa y rozó con las yemas de sus dedos, la tapa de la caja que contenía las cartas del tarot.

—Es como si tu corazón palpitase aquí dentro. En realidad todo aquí eres tú. Si es que con el mero hecho de entrar en la tienda me sentí menos vacío, menos miserable por la distancia que yo mismo puse entre ambos —quitó la mano de la caja—. ¿Cómo es que volvimos, Victoria? ¿Cómo pudimos nacer todos otra vez aquí? Todavía no puedo creerlo.

—La poción que te di a beber, aquella con la que dije que te protegería. Me la había dado quién yo creí que era La Abuela. ¿Te acuerdas de la abuela?

—Sí, claro, ella curaba a la gente del pueblo, decían que también era bruja.

—Pues lo era, y no una cualquiera, La Abuela es en realidad Ignacja, la hermana de Silver, de Bialy.

—¿Y ella es como él? ¿Una Plateada? Lo que contaste que un día tú también serías —hizo una pausa—. Gran parte de la culpa de que jamás llegaras a serlo, es mía. Debí defenderte, debí sacarte de aquel lugar como fuese. No tengo perdón —insistió y avanzó hasta mí—. No tengo derecho a tener la oportunidad de pedirte perdón siquiera. Te fallé de todos los modos posibles, lo sé... por favor —me tomó de las manos y se hincó de rodillas frente a mí—. Te lo ruego. Al menos ayúdame a comprender por qué te dejé allí, por qué te di la espalda aquí. ¿Soy simplemente un cobarde? ¿Soy tan malo? No te merezco pero te amo y te amaré hasta que se me acabe esta vida y por todas las otras vidas que pueda vivir, con o si pociones. Todavía no comprendo como eso sucedió sin embargo...

—Patrick ponte de pie —tiré de mis manos—. Todos regresamos aquí por esa poción, Lidia, Owen, tú, yo. Se supone que debía tomarla yo sola pero... Iga la preparó por si algo salía mal y...

—Salió mal porque yo permití que la culpa de esa muerte recayese en ti cuando tú no tenías nada que ver, lo sé. No tengo idea de quién asesino a mi socio pero...

—Fue Lidia, Patrick. Ella lo asesinó para echarme la culpa, para quitarme

del medio. Lidia tenía mucha magia, ella también quería ser como Iga y Silver; ellos me escogieron a mí. Arruiné esa oportunidad en su vida y también... cuando llegaste al pueblo ella se enamoró de ti así como me sucedió a mí. No soportó que le arrebatase eso también. Lidia y Owen bebieron la poción porque yo la compartí con ella sin saber qué era en realidad. Algunas cosas se salieron de control y si no recuerdas mucho del pasado y tienes momentos confusos desde aquella noche en el Mystical fue por Lidia, cuando me viste estallaste porque una parte de ti, sabía quién yo era, el resto de esos momentos que no puedes recordar son su culpa. Ella era demasiado buena con sus pociones y te controló entonces para alejarte de mí, y lo hizo también ahora para confundirte, para arruinar nuestras existencias. No fue tu culpa, Patrick, su magia era muy potente. También controló al detective Crowell para que me inculpase en la muerte de Andrey.

Con la cabeza en alto y sus ojos fijos, permaneció un momento como asimilando aquella información.

—Ella no me controló los últimos días, Victoria. Continúo siendo el mismo ser despreciable que pensaba que era. Si no lo hubiese recordado todo anoche te habría perdido para siempre y todo ¿por qué? Por no creer en la magia —se puso de pie sin soltar mis manos—. Te amo desde siempre creo, es que estaba tan convencido de que esto no podía ser real, que no debía ser real. Es que lo que siento por ti era demasiado perfecto. Tenía miedo de creer en este amor, de creer en la magia porque de ser así, entonces todo podría ser posible y yo soy demasiado cobarde para saber que cualquier cosa que uno quiera puede convertirse en realidad. Tenía tanto miedo de perderte como de tenerte.

—Jamás me perderías, Patrick. Si me amas no hay posibilidad de que me pierdas nunca —con mis manos todavía entre las tuyas llegué a su cuello—. Te amo.

Metió mis palabras dentro de su cuerpo, de su corazón, con un largo parpadeo. Sonrió.

—¿Me perdonas? Te juro que intentaré compensarte lo que te hice por el resto de mis días.

Me pegué a su cuerpo.

—No necesitas que te perdone nada, Patrick. Te amo.

—Y yo te amo a ti más de lo que puedas imaginar.

—Sólo que existe un problema y es el mismo que teníamos entonces. Es un detalle que no es menor y que tienes derecho a no aceptar pero que yo no puedo evitar. Antes pensábamos que tendríamos tiempo para conversar sobre esto y nos lo arrebataron; ahora no tenemos demasiado tiempo para discutirlo porque es casi un hecho, sucederá esta noche.

—Serás una de ellos —entonó él en voz muy baja con sus ojos de tigre clavados en los míos.

—Así es —susurré asintiendo con la cabeza.

—Moriré y tú continuarás con vida. Te abandonaré una vez más.

—Imagino que tú no quisieras tener que dejarme. La verdad es que no sé cómo soportaré vivir sin ti. Sé que si se lo pedimos Iga... ella podría preparar la poción otra vez. Tardaríamos en reencontrarnos pero yo jamás perdería las esperanzas y por ti esperaré una y mil eternidades Patrick.

—Como sea, te haré sufrir otra vez.

—No digas nada más, solamente di que harás esto por mí, que te quedaras a mi lado para permitirme amarte, que aceptarás amar a una bruja que no envejecerá jamás, que no morirá jamás.

—Tendré siempre a mi lado, incluso cuando muera, a la mujer más maravillosa. ¿Qué más puedo pedir? —Patrick me sonrió, liberó sus manos de las mías para enroscar sus brazos alrededor de mi cintura y entonces comenzó a besarme. En ese instante cayeron sobre nosotros como lluvia fresca en un día de calor, todos los besos que nos habíamos dado y todos los que nos daríamos en el futuro. Fue como tener el infinito rodeándonos, dándonos vida. Fue la expresión de la energía más duradera y fuerte, el amor.

...

—¿Lista? —me preguntó Silver alejándose del fuego para acercarse a mí.

Patrick le dio un apretón a mi mano derecha. Giré la cabeza para verlo sonreír.

—Sí, lista.

Iga se distanció del fuego también y al hacerlo me permitió ver los rostros entusiasmados de Owen y Paula. Él estaba aquí porque era una parte demasiado importante de mi vida como para dejarlo a un lado y ella porque esa misma tarde con Patrick presente en el Mystical, Iga y Silver habían llegado para ofrecerle ser participe de sus conocimientos: Iga la tomaría como aprendiz si ella así lo deseaba.

Patrick estaba aquí porque no podía estar en ningún otro lado, porque su amor por mí y mi amor por él, era parte de mi magia.

En un gesto por el cual lo amé todavía un poco más, Patrick guió mi mano derecha hasta la mano que Silver tendía en mi dirección. Sobre su palma posó la mía y en voz muy baja me dijo que fuese a cumplir mi destino.

En ocasiones toma más tiempo que otras sin embargo todo lo que tiene que ser, al fin será.

Y lo fue. Esa misma noche, frente a esas almas que ya eran parte de la mía, unas desde hacía mucho tiempo, otras quizás desde siempre y una desde hacía muy poco, me convertí en aquello que añoraba desde hacía mucho tiempo ser.

Con Silver unido a mí por aquello que no tiene nombre ni descripción, acepté ser lo que la vida es, entregándome al todo para convertirme en nada en particular y sí en una porción ínfima de cada cosa, uniéndome así al universo para aprender a respetar cada uno de sus movimientos, de sus creaciones y de sus pérdidas.

Comprendí que la magia no es un don que obtienes por una gracia, por ser distinto o mejor que otros, es algo que llega a ti por saber que eres igual, que no eres más que una parte, un simple elemento que escoge ocupar su sitio para darle más vida a la vida.

Permití que el pasado fluyese y no pensé en el futuro más allá del siguiente segundo en el que inhalé.

El mundo a mi alrededor se llenó de luz y lo que envolvió la piel de mis pies descalzos, de mis piernas debajo de la falda negra y de mis manos, no fue el fuego, sino un halo plateado que de a poco se encargó de cubrir mi piel siguiendo su ascenso hacia arriba por mi cuello.

Creí que estallaría de felicidad y de energía. De hecho estallé; y entonces no vi más que una blancura suprema y como si un rayo caído del cielo atravesase mi cuerpo, la energía reverberó en mi interior y sentí del modo más extraño e inexplicable, mi cabello cambiar de color. Lo vi plateado y luminoso dentro de mi cabeza, sin necesidad de abrir los ojos y sin necesitar de un espejo.

Supe que tenía el mundo por delante, la eternidad para intentar retribuirle al universo esto que había puesto en mis manos porque él y yo misma, confiábamos en que podía utilizarlo para bien.

Abrí los ojos y lo vi allí, mirándome con amor, acompañándome como la haría por siempre sin importar el tiempo o la distancia que pudiesen separarnos.

No podía sentirme más agradecida de tener tanto, de que la magia jamás hubiese dejado de creer en mí, nada de esto hubiese sucedido de no ser así.

## Epílogo.

La media noche, la luna llena, el cielo repleto de estrellas. El viento en mis oídos, el aroma de la noche de invierno. Las risas.

Los fuegos artificiales al otro lado del río.

Esta ciudad y muchas otras guardan recuerdos nuestros, el mundo entero es testigo de las cosas que vivimos, de lo felices que fuimos, de lo afortunados que nos sentíamos por haber tenido una segunda oportunidad para amar.

Cada segundo de mis vidas con él, cada beso y cada caricia estaban tan vivas en este momento que me costó creer, pese a que era una realidad muy palpable, que él ya no estaba a mi lado. Si tenía la impresión de que de un momento a otro llegaría para abrazarme por la espalda, luciendo aquel rostro lleno de energía, con su mirada penetrante de tigre.

La última vez que me abrazó sus manos estaban arrugadas y cubiertas de pequeñas manchitas oscuras, sus ojos opacados por la cantidad de años tan vividos y de cualquier modo su mirada sabía recordarme lo mucho que me amaba y que siempre estaría conmigo.

Sus últimas palabras fueron que lo esperase, que regresaría por mí y ambos sabíamos que así sería puesto que cuando sus doctores no dijeron que pocos días de vida le quedaban, Iga y yo nos pusimos manos a la obra con la poción que lo traería de regreso a mí.

Angustiado y pidiéndome disculpas por abandonarme una vez más, Patrick la bebió.

—Será un parpadeo, Patrick —le había dicho yo para guiar el pequeño vaso hasta sus labios ya que sus manos demasiado temblorosas y débiles, no eran capaces de articular aquel gesto por sí solas—, cuando abras los ojos otra vez, la magia te habrá traído de regreso a mí.

Las enfermeras no debían comprender porque aquella extraña y joven mujer y ese hombre de noventa y tres años, se juraban amor eterno una y otra vez, entre lágrimas y sonrisas.

Patrick se fue en paz una noche en esta misma fecha, con los fuegos artificiales también detonando entre las estrellas. Patrick no se fue solo, mi amor y el cariño de Iga, Silver y Paula se fue con él, y sabía que en algún punto, un trozo de Owen, quién nos había abandonado unos años antes, también lo acompañó en su partida.

Nos despedimos de él como si fuese un hasta mañana pero estos treinta y cuatro años se hicieron muy largos.

Alcé la vista al cielo sabiendo que él debía estar allí, por alguna parte esperando por mí así como yo esperaba por él.

Más fuegos artificiales estallaron.

—Te amo, amor, aquí estoy, buscándote y sé que también me buscas. La magia te guiará hasta mí, tan solo déjate llevar y volveremos a estar juntos para amarnos un poco más en esta eternidad —ya no conseguir contener las lágrimas. Cada año, esta noche es un renacer de esperanza que carga una pizca de tristeza y así sería hasta que él regresase—. Te amo, mi tigre, regresa pronto.

Cerré los ojos y visualicé su rostro.

—¡Mamá! ¡Allí estás!

Giré la cabeza para ver a mi hija con su resplandeciente cabello plateado, aparecer seguida de Silver, Iga y Paula, caminaban en mi dirección prácticamente escondidos debajo de sus abrigos, cargando en sus manos copas de champagne y un par de botellas.

—¡Feliz año nuevo! —me gritó Casandra y en su cabello se reflejaron los colores de los fuegos artificiales que no paraban de estallar sobre nuestra cabeza.

Ella llegó a mi lado para tenderme una copa que Silver rellenó.

—Feliz año nuevo —me deseó él también.

Iga me dio un fuerte abrazo y Paula chocó su copa con la mía, intercambiamos una mirada cómplice y sincera, ella no necesitaba decirme que sabía que en este instante yo no podía pensar más que en él.

—Porque este año regrese con nosotros —fue el brindis de Silver al tocar su copa de cristal con la mía.

—Este año será, mamá —entonó Casandra.

—Que así sea —se unió Iga.

—Por que la magia vuelva a juntarnos a todos otra vez —Paula completó el círculo de copas, ella esperaba por Owen.

—Por la magia —brindé yo.

—Por la magia —repitieron todos los demás al unísono mientras sobre nuestras cabezas las estrellas y los fuegos artificiales continuaban confundiéndose en un espectáculo único: el de la vida.

